

Selecta

Mina Vera

*Nuestro
Momento*



Nuestro momento

Mina Vera

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A Marimar y Sergio, mis hermanos de sangre.
Y a esos amigos a los que, como bien sabéis,
os quiero como a hermanos.
¡Qué afortunada soy por teneros a mi lado!

«You shoot me down
but I won't fall.
I am titanium».

Sia,
Titanium

(Me disparas
pero no caeré.
Soy de titanio).

Todos los personajes y nombres de comercios y empresas que se citan en esta historia son fruto de la imaginación de la autora, incluido el pueblo en el que se desarrolla, Villa San Juan, si bien ha sido ubicado en un lugar real como es la provincia española de Valencia.

Capítulo 1

Las célebres notas centrales de *Smoke on the water* de los Deep Purple sonaron amortiguadas desde algún rincón de la bolsa de deporte de Juan. Su móvil estaba sepultado bajo toallas y dentro del bolsillo de un pantalón anegado de agua y barro que casi había tenido que arrancar de sus piernas. Aquella melodía indicaba que quien le llamaba era su cuñado, fan del mítico grupo y bajista del suyo propio. O al menos esto último lo había sido antes de que el mundo se les cayera encima a ambos. Dejó a medio atar su segunda bota y se apresuró a encontrar el aparato con manos impacientes.

Tras revolver todo el contenido de su bolsa y acabar optando por darle la vuelta y vaciarla en el suelo, logró hacerse con el teléfono y descolgar en el último tono.

—¡Sí! ¡Álex! —le gritó, haciendo eco en el solitario vestuario masculino.

—Hola, tío. Ya pensaba que no me ibas a coger.

—¿Dónde estás? ¿Alguna novedad?

—Sí, Juan. Puede que...

—¿Qué? ¡Álex! —Juan miró la pantalla pensando que el problema sería la cobertura, pero el logotipo de la marca del aparato parpadeó un instante antes de que la imagen se fundiera a negro—. ¡Mierda! ¡Putá batería!

Rebuscó sin éxito el cargador entre sus pertenencias a la vez que de reojo iba buscando algún enchufe por las paredes. Ni lo uno ni lo otro quisieron mostrarse ante sus ojos, por lo que empaquetó de cualquier manera todo lo que

había tirado por el suelo y salió como una bala hacia su furgoneta. En la guantera llevaba un cargador que podía enchufar al mechero del vehículo.

Aunque no había aparcado muy lejos del polideportivo donde se aseaba cada día tras su jornada de trabajo, la corta carrera unida a la lluvia torrencial, a su ansiedad y al cordón desatado de su bota le hicieron caer de bruces a medio camino, golpeándose en la barbilla y en un codo poco antes de que la mochila le cayera en la cabeza.

—¡Joder! ¡Pero qué coño pasa hoy!

Vociferando improperios, entró en el vehículo, lanzó la bolsa en el asiento del copiloto y sacó el cargador de mala gana. Cuando introdujo la llave en el contacto y la giró, el motor sonó como un perro estrangulado y la boca se le llenó de palabras tan feas que le quemaron hasta la lengua.

Tras casi diez intentos se dio por vencido. Las máquinas se habían aliado ese día en su contra, pensó, recordando cómo la taladradora les había dejado tirados a él y a su equipo esa misma mañana, obligándoles a cambiar los planes de trabajo desde primera hora.

Ahora se arrepentía de haber creído merecer unos minutos de relax y desconexión nadando. Sus chicos se habían duchado y se habían ido a sus casas tras una dura jornada de trabajo bajo la lluvia. Sin embargo, él había preferido estirar los agarrotados músculos y liberar la estresada mente bajo las cloradas aguas de la piscina municipal a la que tenían libre acceso por gentileza de la alcaldesa del pueblo cuyo Centro Cívico estaban ampliando y modernizando.

Suspiró e intentó tranquilizarse para buscar la solución más rápida y eficaz. Su móvil era lo más nuevo que poseía, más por ser necesario para su trabajo que por capricho, por lo que imaginaba que cualquiera tendría un cargador compatible que poder prestarle.

Salió del vehículo y caminó calle abajo —dejando atrás el polideportivo, algo alejado del centro del pueblo y a pocos metros del paseo que bordeaba la pequeña playa que aún no había tenido tiempo de visitar— con el objetivo de

entrar en el primer bar o comercio que encontrara y poder pedir ayuda. Un cargador, un teléfono público, lo que fuera, para retomar la conversación con su cuñado antes de que se perdiera en la selva otras dos semanas sin haberle dicho qué era lo que había descubierto. Solo después de hablar con él, llamaría a la grúa. Y por fin podría marcharse a su casa y dormir hasta la mañana siguiente. ¡Maldito día!

—¿Otro chocolate?

Luz apuró su taza a la vez que un relámpago iluminaba todo alrededor, de forma que advirtió que se estaban quedando a oscuras a pesar de ser solo las cinco y media de la tarde. Se levantó para pulsar el interruptor de las fluorescentes, pero una mano la sujetó con firmeza por la muñeca.

—No me cambies de tema ni intentes escaparte, bonita. Esto hay que solucionarlo ya mismo.

La mirada que su cuñada le lanzó advertía que no pensaba zanjar el tema tal como ella deseaba. Olvidarlo y dedicarse al resto de sus clientes, que sí merecían su tiempo y esfuerzo. Se zafó de su agarre, encendió las luces y se sentó de nuevo en la mesa de recepción. Dejó la taza a un lado con un suspiro derrotado.

—Ya he hecho todo lo que estaba en mis manos, Lidia. No voy a decirle la verdad a esa chica y arruinar su boda por una tontería. Si ella ha elegido a un imbécil con el que compartir el resto de su vida, es su problema, no el mío.

—¿Ah, sí? Y por eso la vas a dejar en la estacada a siete meses del evento. La has llamado y le has mentado, Luz, ¡mentado! —gritó, haciendo aspavientos—, diciéndole que no puedes seguir ocupándote de su boda porque te van a operar de una hernia. ¿Cuánto hacía que no decías una mentira?

—Eso da lo mismo. Además es una mentira piadosa. —Aquellos dos ojos negros como la noche seguían atravesándola con mirada acusadora. No podía culparla, pues ella misma le había inculcado desde niña que mentir era algo muy feo. Sin embargo, Lidia ya no era una nena a la que educar. Era toda una

mujer que debía entender que entre el negro y el blanco había diferentes tonos de gris—. ¿Qué querías que le dijera? ¿Que el hombre con el que va a casarse intentó besarme mientras le enseñaba el muestrario de alianzas?

—¡Ya te dije que sí hace un mes! —Abrió las manos de forma exagerada y las puso en alto—. Eso es exactamente lo que tienes que hacer.

—No, eso es lo que harías tú. —La señaló con el dedo índice, tocándole la punta de su chata nariz, intentando con aquel cariñoso gesto quitarle hierro a aquella discusión—. Yo no puedo tener eso sobre mi conciencia.

—¿Y dejar que se case con un tío que le va a poner los cuernos a la primera de cambio te parece bien?

—No, claro que no. —Frustrada, se apretó los ojos con ambas manos y se recostó sobre el respaldo del sofá exhalando todo el aire de su interior—. Pero si le digo lo que pasó, no va a creerme. O va a creer que soy yo la que tiene interés en él. Tal vez piense que fui yo la que hizo algo para provocarlo o...

—Eso es estúpido, además de machista y... puf, es que me pongo mala solo de oírte. —Apretó los dientes como un perro rabioso—. Pero como sé que de buena a veces eres tonta, tomé cartas en el asunto.

—¿Qué? —Se incorporó de golpe y varios rizos rubios se escaparon de su coleta baja—. ¿Qué has hecho, Lidia?

Luz miró con cierto horror a su joven cuñada. Ya no era la niña que conoció, no, pero a veces se comportaba de un modo tan infantil e impulsivo que rozaba lo suicida.

—He seguido al tal Lorenzo y le he pillado *in fraganti* no una, sino dos veces.

—¿Te has vuelto loca? —La voz le salió tan aguda que no la reconoció como suya—. Eso es acoso.

—No, es periodismo de investigación —corrigió con la barbilla bien alta, convencida de que había actuado de forma correcta.

—No, no lo es, si lo que quieres es ser una periodista seria y no una

paparazzi.

—Solo he hecho unas fotos en la vía pública. —Se cruzó de brazos e hizo un puchero, gesto habitual en ella desde siempre—. Eso no es un delito.

—¿No se las habrás mandado a Susana? —Luz ya se estaba temiendo una demanda además de un bochornoso momento de explicaciones y disculpas con una pareja a la que no tenía ninguna gana de volver a ver.

—No. Pero solo porque no tengo su número. Esperaba que tú me lo dieras.

—Ni loca.

—Si te enseño las imágenes cambiarás de idea.

—No quiero verlas. Bórralas —dijo de la forma más directa y tajante que fue capaz.

—Se le ve metiéndole la lengua hasta el último empaste a una rubia y a una morena. En días diferentes, eso sí. Y porque he estado de exámenes, que si no le habría pillado con una castaña y otra pelirroja, seguro.

—Mierda —farfulló Luz, frotándose de nuevo la cara, en concreto las sienes, donde se le estaba empezando a formar un dolor agudo. Se mordió la lengua. Odiaba las palabrotas, tanto oírlas como pronunciarlas.

—¿Quieres verlas? Si lo haces, tal vez se te quite de la cabeza esa estúpida idea de que tú tuviste parte de culpa en que el muy cabrón intentara besarte. El culpable es él. No tú, ni Susana. —Antes de que pudiera volver a negarse, Lidia puso la pantalla ante sus ojos mostrando una de las fotos más reveladoras—. Dame su contacto. Puedo enviárselas desde número oculto. Y que ella decida.

Luz estaba valorando la remota posibilidad de hacerle caso cuando un movimiento en la puerta le hizo desviar la vista. Había entrado un cliente y ni se había dado cuenta. Un cliente calado de la cabeza a los pies que, por cómo la miraba, había oído más de la cuenta.

—Perdón. —Juan carraspeó al verse observado con ojos horrorizados. Realmente aquel turbio asunto que había llegado por accidente a sus oídos no le importaba lo más mínimo, pero no había creído oportuno interrumpir.

Aunque vista la cara de la mujer que se acercaba a él, pálida y desencajada, más le hubiera valido hacerse notar antes—. Buenas tardes. Verás, he tenido un problema con la batería del coche, y la del móvil, hoy nada parece funcionar. Y necesito hacer una llamada muy urgente. ¿Podrías prestarme un cargador y dónde enchufarlo unos minutos?

—Y una toalla —oyó que murmuraba la joven que se había quedado sentada a la mesa situada en el centro de la amplia estancia de aquel negocio que aún no tenía muy claro a qué se dedicaba, pero que había sido el primer local en cuya puerta había visto un cartel con la palabra *abierto*.

—Sí, por supuesto. Pasa por aquí. —Juan la siguió hasta un mostrador cercano—. Lidia, ve a por esa toalla, y sírvele también una taza de chocolate caliente.

—No es necesario, de verdad. No os molestéis —se apresuró a rechazar, aunque era consciente del charco que se estaba formando bajo sus pies.

—No es molestia. —Fue la más joven, una chica esbelta y morena de tez y cabello, la que se acercó a él con una toalla en una mano y una taza en la otra—. Luz es una ayudadora profesional. Y yo soy su ayudante, por lo que soy la ayudadora de la ayudadora. Todo un trabalenguas. —Rio divertida—. ¿Quieres también un bizcocho?

En un momento, Juan tuvo una toalla en la cabeza, una taza en una mano, un bizcocho en la boca y un cargador sobre el mostrador situado a pocos metros de la mesa a la que volvieron a sentarse ambas mujeres.

Tras un gesto de agradecimiento, conectó su móvil al cable y esperó largos segundos hasta que la pantalla quiso iluminarse. Entre tanto, no pudo evitar escuchar los susurros de la mesa contigua. La más joven de las mujeres seguía insistiendo en que debían advertir a la pobre cornuda. La otra tapaba la pantalla del teléfono una y otra vez tratando de no ver la prueba del delito. Mientras todos los sistemas de su móvil se conectaban, en agradecimiento a su hospitalidad y también porque creía que la mujer lo estaba pasando realmente mal con aquella situación, se decidió a hablar, a riesgo de meterse donde

nadie lo había llamado.

—Disculpad. No he podido evitar oír vuestra conversación. Y solo como aportación... ¿Se os ha ocurrido pensar que tal vez ese tío lo esté haciendo todo a propósito? —Ante la cara de desconcierto de ambas, matizó sus palabras—. Has podido fotografiar al tipo con dos mujeres en plena calle. Y a ti te ha intentado besar sin miramientos. Tal vez sea su cobarde forma de evitar una boda en la que no tiene mucha gana de participar. O incluso... —se aventuró, pensándolo un poco más— puede que ella lo sepa y no le importe. Que le dé manga ancha mientras con la que se case sea con ella.

—¿Una relación abierta? —sintetizó Lidia.

—O unos ojos que miran para otro lado —añadió Juan, recordando a un par de colegas que habían tenido destructivas relaciones de ese calibre—. No sería ni el primer caso ni el último.

—Llevan juntos media vida —aportó Luz—. ¿Por qué querría él casarse o seguir con ella si prefiere andar con otras?

—Costumbre. Comodidad. Interés. A saber. Disculpad —concluyó Juan cuando por fin el móvil estuvo operativo—. ¿Álex? ¡Dios! ¡Por fin!

Al otro lado de la línea, se podían oír los característicos sonidos de un aeropuerto.

—Joder, Juan, te he llamado por lo menos cien veces.

—Lo siento, la puta batería. Cuéntame antes de que me dé un infarto.

—Sigo en la India. Pero estoy en el aeropuerto a punto de coger el primer vuelo a Tailandia. Puede que tenga algo.

—¡En serio! ¡Eso es fantástico!

—Bueno, al menos he conseguido dar con alguien que reconociera su foto. Pero si de verdad es él, utiliza otro nombre, otra vez. Aunque puede que esté siguiendo una pista equivocada.

—Es lo primero que tenemos en semanas. Intenta seguir esa información, a ver a dónde te lleva—. Se secó la cara con la toalla que llevaba colgada al cuello y se dio cuenta de que las chicas habían dejado de hablar y lo miraban

sin disimulo. Al sentirse observadas, sonrieron y se giraron para seguir hablando entre ellas. Él se giró también, pues la conversación era privada, por mucho que él hubiera sido el primero en invadir la de ellas—. ¿Has hablado ya con mi hermana?

—La he llamado antes que a ti. La he notado bastante animada. ¿Está estable o finge para no preocuparme?

—No, no finge. Lleva una buena racha, y está animada. Seguro que lo estará más aún si la has llamado ya.

—Creo que se podría decir que nuestra conversación la ha animado. —Rio misteriosamente—. Ya te contará ella.

—¿El qué?

—No puedo hablar más. Tengo que embarcar. Te llamo en cuanto tenga noticias.

—Vale. Oye —se apresuró a decir antes de que le colgara—, ¿necesitas dinero?

—Pues... lo necesité hace una semana. Mis padres me hicieron un giro.

—Álex... —Se tapó la cara con la toalla, no queriendo ver nada—. Te dije que dejaras a tus padres fuera de esto.

—Sé cómo está la situación, Juan. Tú te encargas de lo de allí y yo de lo de aquí. ¿Te parece?

—No.

—Pues es igual. Así va a ser. Y punto. Te dejo. Un abrazo. Cuídala.

Antes de que pudiera añadir nada, la señal se cortó. Aunque pulsó la rellamada, fue inútil. Álex ya había apagado el teléfono.

—Maldito cabezota —farfulló.

Cuando se dio la vuelta, casi chocó contra la mujer rubia, que se acababa de acercarse a él.

—¿Has acabado?

—¿Eh? —Dio un paso atrás, pues la proximidad de la joven lo desconcertó. Era bastante más bajita que él, olía a fruta y su rostro redondo y sonriente

transmitía solo buenas vibraciones. Aun así, su presencia tenía algo de imponente que Juan no supo definir—. Sí. Gracias.

Le devolvió la toalla y se dispuso a desenchufar su móvil, pero ella tiró del cable para impedirsele.

—Déjalo un poco más, sino se te apagará enseguida. Y levanta la barbilla. Voy a curarte eso.

Juan la observó abrir un pequeño botiquín sobre el mostrador y sacar gasas y yodo. Se tocó la mandíbula donde recordaba haberse golpeado e hizo una mueca de dolor. Después contuvo un quejido cuando ella apretó la gasa a toquecitos contra su piel raspada.

—No te afeites en unos días para que no se te abra la herida. No es profunda, pero la harías sangrar de nuevo. Deja que se regenere la piel.

—Eso haré. —Aprovechó para mirarla de cerca. No se parecía en nada a la otra chica. No debían de ser familia, así que descartó que fuera su hermana mayor, si bien por la forma de hablarse era lo que le había parecido. Esta era rubia de piel clara, y sus cejas del mismo tono que su pelo delataban que no se teñía. Ojos castaños con algún matiz más claro que la postura no le permitía concretar. Estatura media, peso medio, aunque se intuían sinuosas curvas bajo la ropa holgada que vestía. Manos delicadas, de finos dedos y uñas bien cuidadas. Y ese rico olor a fruta, algo cítrico, advirtió—. Gracias.

—De nada. ¿Algún otro golpe que tratar? —Tras quedarse quieto pensando un par de segundos, se remangó el jersey hasta el codo. El raspón no había levantado apenas la piel, por lo que no necesitaba ayuda para curar—. ¿Eso es todo?

—Por suerte, sí.

—Muy bien—. Cerró el botiquín—. Ahora que tu móvil y tú estáis atendidos, vamos a ver qué podemos hacer por tu coche. ¿Dónde lo tienes aparcado?

—Gracias, pero no es necesario. Llamaré a la grúa.

—Eso puede llevarte horas. Yo tengo unas pinzas en el garaje. Lidia, mejor

usamos tu coche que ya está fuera.

—Claro. Toma. —Le lanzó las llaves y Luz las cogió al vuelo—. Yo las busco, ¿dónde las guardas?

—En la estantería de la derecha, en la balda de arriba. En una bolsa de lona gris.

Lidia desapareció por una puerta y Juan vio a Luz meterse tras el mostrador, coger unas llaves y dirigirse a una de las muchas vitrinas que había repartidas por la diáfana estancia.

—Toma, llévate esto. —Sacó un objeto pequeño y blanco y se lo tendió. Él caminó hasta donde ella estaba y miró el cacharro mientras lo dejaba en su mano—. Siento no tenerlo sin corazoncito, pero si no, tiene que ser rosa con dos alianzas, o lila con los nombres Carmela y Sebastián, y la fecha de su boda. Supongo que te quedas con el blanco —añadió riendo.

—Supongo. ¿Qué es?

—Una batería externa USB. Para tu móvil. Para emergencias, como la de hoy. Se lleva mucho como detalle de boda, por eso tengo tres modelos de muestra en exposición. Todos cargados.

De pronto Juan se puso a mirar a su alrededor, tratando de pensar dónde se había metido.

—Vale, te veo un poco perdido. Estás en *Nuestro momento*, mi negocio. Es a la vez tienda y punto de atención a clientes. Ayudo a parejas que quieren casarse a organizar un día memorable para ellos. Un recuerdo para toda la vida.

—¿Eres eso que llaman *wedding planner*?

—Más o menos. Con muchos matices, pero sí.

—Vale. Ahora entiendo muchas cosas.

—¿Muchas?

—Sí, esto, el detalle de boda —explicó—, aquellos maniqués del fondo vestidos de novios —enumeró, aunque los acababa de ver—. La historia de ese tío y sus infidelidades.

—Ah, eso. —Hizo una mueca de disgusto, casi de dolor—. Agradecería que lo olvidaras.

—Sí, por supuesto. Pero tú no deberías sentirte mal por culpa de un imbécil así.

—Lo intento. Gracias. —Dando por zanjado el asunto, le dio la espalda y fue a por su móvil. Al volver, lo conectó a la batería que acababa de regalarle.

—Entiendo que el hecho de que te sucediera eso en tu trabajo debe de ser muy desagradable —prosiguió él, incapaz de mantenerse callado—. Pero eso que has dicho, que igual tú hiciste algo para que él pensara que querías... No lo creo. Si tu amiga le ha visto y fotografiado con otras, insisto en mi teoría de que lo que quiere es que no haya boda.

—Es posible.

Ella no lo miraba a la cara.

—No quiero decir que él no quisiera besarte realmente. Entiendo que quisiera hacerlo. —Tras oír aquello, la joven alzó las cejas y él se dio cuenta de cómo podía haber sonado—. Quiero decir... que es muy posible que sintiera el impulso, eres una mujer atractiva. —Dios, lo estaba empeorando—. Pero de ahí, de querer, a realmente intentarlo, cuando estas organizando su boda... a mí me huele a chamusquina. Una llamada a gritos a cancelar una boda.

Ella se encogió de hombros y Juan no supo dónde meterse.

—No las encuentro —oyeron a Lidia a sus espaldas.

—Ya voy yo. Esperadme en el coche.

Le lanzó de nuevo las llaves a Lidia y se marchó como un rayo al garaje.

—Esperemos que haya dejado de llover —comentó la chica de camino a la puerta.

Esa noche a la hora de dormir, ni siquiera leer una de las tres novelas que

tenía empezadas ayudó a Luz a borrar de su mente el asunto de Susana y Lorenzo. Ni las fotos que Lidia le había hecho al susodicho. Tampoco, por si fuera poco, que un extraño se hubiera enterado de todo, con pelos y señales.

Intentó consolarse con la idea de que el hombre había tratado de aportar una visión diferente del problema, una visión un poco cínica, pero otro punto de vista que no habían contemplado. Ese hecho le hizo pensar que, si había pretendido tranquilizarla —aunque hubiera metido un poco la pata con aquello de que no le sorprendía que quisiera besarla, pues le parecía atractiva, cosa que aún no sabía muy bien cómo interpretar— no se dedicaría a airear lo sucedido por ahí, como anécdota que contar en el trabajo.

Un trabajo como carpintero o albañil, meditó, recordando el tacto duro y áspero de sus fuertes manos cuando le había devuelto la toalla. Eso sería lo que habría llevado a un desconocido hasta su tienda de forma fortuita, un empleo temporal en algún lugar del pueblo, alguna reforma. Tal vez, por la proximidad, la rehabilitación del Centro Cívico. «Tendría que habérselo preguntado», se dijo a sí misma, dando otra vuelta en la cama. Aunque lo cierto era que no había venido a cuento en ningún momento de la conversación.

Por lo menos había podido ayudarlo cuando lo necesitaba. Había hecho su buena obra del día. El hombre —de quien, ahora que lo pensaba, desconocía el nombre— había necesitado una mano amiga desesperadamente. Si hasta se había caído, recordó, visualizando la magulladura de su mandíbula. Un mentón fuerte que lo había librado de una herida aún peor.

Recordó su cara, algo oculta por una barba de pocos días, pero un rostro hermoso, de unos treinta años, alguno menos que ella. La nariz un poco larga, pero no ancha, sin llegar a llamar la atención demasiado. Unas cejas oscuras y bien definidas enmarcando unos ojos color chocolate, de ese que recubre las tartas, tan liso y brillante. Y la boca... Debía reconocer que se había parado a mirar esos labios un par de segundos de más. Eran muy carnosos, con el pico superior bien dibujado. Si el resto del rostro no hubiera sido tan masculino,

podrían haber parecido un poco femeninos. Aunque cuando sonrió... No, aquella boca era muy, muy masculina. Y ella no recordaba haberse parado a pensar en una boca masculina desde hacía muchísimo tiempo.

Cuando se le empezaron a cerrar los ojos, Lorenzo y Susana estaban más que desterrados en un rincón de su mente. Y cuando el sueño se apoderó por fin de ella, fueron —por primera vez en más de ocho años— los labios de otro hombre los que besaba en sueños. Otro hombre que no era Cristóbal. Su marido muerto. Lástima que en rara ocasión, una vez despierta, lograra recordar lo que había soñado.

Capítulo 2

Como el viernes había sido un asco de día con todas sus letras, el sábado Juan se permitió dormir hasta más tarde de lo habitual. Un par de horas más, pues tampoco quería postergar demasiado la visita al hospital. Para una vez que parecía haber buenas noticias, no pensaba perder mucho más tiempo en la cama, por mucha falta que el sueño le hiciera.

Las noticias de Álex traían esperanza, la esperanza de un milagro, que era lo único a lo que podían aferrarse ya, dada la situación de su hermana. Así que, pensándolo mejor, el día no había sido tan malo. Al menos había terminado bien.

Recordó a la pintoresca mujer que había contribuido a que su mala suerte diera un giro inesperado. La otra chica, Lidia, recordó, no podía tener más razón. Luz era una ayudadora profesional, había encontrado una solución para cada uno de sus problemas, prácticamente adelantándose a ellos. La toalla para secarse de una lluvia que él no se había molestado en evitar con un paraguas, el chocolate con bizcochos que tan bien le había sentado, el yodo para su rozadura, la batería externa para su móvil, las pinzas para arrancar su coche...

Ojalá fuera tan mágica como parecía y pudiera sacar de la manga una cura para la enfermedad terminal de su hermana pequeña, pensó con un suspiro mientras entraba en la habitación del hospital de la que ella llevaba casi tres meses sin salir.

—¿Corazoncitos? ¿Rosas? ¿En serio? ¡Vamos, no me jodas!

Carla alzó la vista de la revista que hojeaba y sonrió de oreja a oreja al oír la voz de su hermano, por muy burlona que fuera. En el fondo, adoraba que nada hubiera cambiado en su trato hacia ella. Le hacía sentir menos enferma.

—Es que estoy enamorada. —Acarició el nuevo pañuelo repleto de corazones rosas con el que cubría su ausencia de pelo—. Además era un regalo de Álex. Hoy me ha parecido un día estupendo para estrenarlo.

—¿Y por qué hoy precisamente? —Se sentó a su lado en la cama y le besó la frente, aprovechando el gesto para comprobar su temperatura. Hoy tenía poca fiebre. Estupenda señal.

—¿Tú qué crees? Ya sé que ayer te llamó después que a mí. Así que sabes que tiene una pista sobre el paradero de mi padre.

—Sí, y es una noticia cojonuda. Pero aún es pronto para hacernos demasiadas ilusiones.

—Lo encontraré. Y cuando le explique la situación, vendrá a ayudarme. Lo sé.

Sus grandes ojos azules brillaron de emoción, desterrando todo rastro del enrojecimiento que padecían tras cada nueva sesión de quimioterapia.

—Yo también lo espero así, canija. Pero cabe la posibilidad de que sea otra pista falsa o que ya no esté allí o que...

—Esta vez Álex tiene un buen palpito, Juan. Tanto que me ha pedido... —le mostró la portada de la revista, pero al ver que él no parecía comprender, concluyó su frase— ¡que me case con él!

—¿Te ha pedido por teléfono que te cases con él? —logró articular con gran esfuerzo, pues la noticia lo había dejado mudo por un momento.

—Sí. Pero era una videollamada, ¿eh? —Rio divertida—. Dadas mis circunstancias, no puedo quejarme. Me ha dicho que aunque no podamos concretar aún fecha y lugar, vaya planeando todo. Quiere que sea como más me guste... o más bien como se pueda. Puede que tenga que ser aquí dentro. —Esta vez rio sin ganas.

—Vas a salir de aquí, Carla. Si vas a casarte, te aseguro que no va a ser en un hospital. Como que me llamo Juan que no voy a permitir algo así.

—¿Y qué vas a hacer? —Acarició el dorso de su mano con cariño—. ¿Acaso sabes cómo organizar una boda? Porque yo desde aquí puedo planear algunas cosas, pero otras...

—Tú preocúpate de ti, de estar lo mejor posible, y deja lo demás en mis manos. —Con ellas, apretó las suyas—. Pide por esa boquita y yo te lo consigo.

Ella se mordió el labio inferior y dudó antes de hacer un comentario que sabía que le dolería un poquito.

—Bueno, ya sabes dónde encontrar información sobre lo que he soñado siempre.

—Sí, como para olvidarlo —carraspeó, incómodo, por lo que ella no ahondó en el asunto.

—Aunque las enfermeras me van a seguir trayendo revistas como esta, así que puede que tenga nuevas ideas —anunció ilusionada.

—Tú sueña. Te lo mereces. Nadie se lo merece más que tú.

Su conversación se vio interrumpida por una enfermera que venía a tomarle la tensión, la temperatura, el nivel de azúcar, la saturación de oxígeno...

—Todo aceptable —anunció la mujer regordeta de sonrisa amable—. Lista para esa maratón que querías correr.

—¿En serio, Lourdes? —La mujer asintió, comprensiva—. ¡Genial!

—¿De qué habla? —inquirió incrédulo Juan.

—¡Hoy me van a dejar dar un paseo por el pasillo! ¡Por fin! Y puesto que ya estoy acompañada, quiero darlo ahora mismo. Vamos, ayúdame a ponerme de pie.

Lourdes esperó hasta comprobar que se sostenía sobre sus dos piernas y después se marchó a por una alargadera para el oxígeno que precisaba casi las veinticuatro horas del día.

—No más de diez minutos seguidos —le advirtió a Carla mientras

comprobaba que el aire fluía correctamente por el cable—. Descansas otros diez y puedes volver al pasillo. No más de tres veces. Mañana, si estás igual, aumentamos a veinte.

—Trato hecho. —Carla le chocó la mano en un gesto cómplice. Después de meses allí, la confianza era notable.

Los primeros pasos fueron tambaleantes, pero una vez alcanzado el pasillo, y con el brazo de Juan como apoyo, logró erguirse por completo y caminar en línea recta.

—¿Qué tal va la empresa? —se interesó la joven tras saludar a otro paciente que paseaba como ella.

—No hables, te fatigarás más —la reprendió él.

—Entonces habla tú. Cuéntame.

—Los chicos trabajan duro y el trabajo sale adelante. La reforma del Centro Cívico y la restauración parcial de la parroquia me reportarán beneficios considerables.

—Pero... —añadió ella, pues en su tono se notaba implícita la parte negativa de aquella aparente buena situación.

—No dispongo de liquidez a corto plazo —confesó tras un largo silencio. No quería preocupar a su hermana, pero sabía que si le mentía en algo así ella notaría que ocultaba algo.

—Oh, oh.

—Sí, eso mismo opino yo.

Se detuvieron al final del pasillo e hicieron un pequeño descanso acompañado de un tenso silencio.

—¿Te concederían otro crédito?

—No.

—Ya lo has intentado.

—Sí.

Llevaban varios años así. Un crédito para pagar el anterior. Desde que él se había establecido por su cuenta y desde que ella había enfermado —o más

bien, desde que habían diagnosticado su enfermedad— el dinero era un problema mes tras mes. Juan debía hacer frente a pagos de proveedores y los salarios de sus seis empleados. Entre él y Álex, quien había recurrido a sus padres e incluso a la herencia de uno de sus abuelos, pagaban el hospital privado y el tratamiento de Carla, más los gastos que estaba suponiendo la búsqueda infructuosa de un padre desaparecido.

—¿Y qué vas a hacer?

—Ya lo he hecho. He rehipotecado la casa y la he puesto a la venta.

—¿Qué? —La voz le salió ahogada—. ¿Vender la casa de nuestros padres?

—Solo es una casa. —Tragó saliva, pues ni él mismo creía esas palabras—.

Y si te vas a casar con Álex, ya no la necesitas.

Ella soltó una risotada muy corta, por la falta de aliento.

—¿Y tú? ¿Dónde vas a vivir tú?

—Viviré de alquiler. Es mejor que tener una vivienda en propiedad dado mi trabajo. Así no me limitaré a encargos solo en los alrededores.

—¿Y tus empleados también viajarán? Algunos tienen hijos, no tendrán esa movilidad.

—Esos no vendrán si no es necesario. Con tres me apañé de maravilla en la mayoría de los trabajos.

—Ya, por eso tienes seis...

«Puñetera listilla», pensó con un suspiro.

—Puedo tener dos obras simultáneas —rebatí con los argumentos que le habían servido para convencerse a sí mismo—. De hecho, estoy tanteando otra y aún no hemos llegado a ni a la mitad de esta.

Ella lo miró con ese gesto tan suyo. Juan lo llamaba «esa cara», que era la misma que ponía su madre cuando él hacía alarde de alguna nueva idea, a su parecer, poco sensata. Verla de forma tan clara en Carla a veces le dolía en el pecho.

—¿Y cuándo piensas vivir? —fue la frase que acompañó a «esa cara».

—Ya lo hago.

—¿Sí? Duermes, comes, pero ¿cuánto hace que no echas un polvo, Juan?

—¿Perdona? —la voz le salió demasiado alta para un pasillo de hospital.

—¿Cuánto hace que no conoces a una mujer interesante? ¿O que no ves a alguna de esas amiguitas tuyas que te rondaban? Cuando volvías de una noche con alguna de ellas tenías muy buena cara. No te veo esa sonrisa desde hace mucho.

Entonces, él puso «esa otra cara». La que le indicaba a Carla que estaba entrando en terreno pantanoso con él, y que si no se andaba con cuidado, la echaría fuera de su habitación con un portazo en las narices. Suerte que no estuvieran en casa. Aunque ella se dejaría echar con gusto de su cuarto con tal de volver a aquella casa.

—Será porque tengo a mi hermana ingresada desde hace meses. Perdona que no me apetezca sonreír —dijo con sorna.

—Yo estoy aquí y sonrío. —Su voz fue más suave, pues pretendía apaciguar las cosas para lograr su objetivo—. Pero eso no quita que tú sigas viviendo tu vida. Juan. —Lo zarandeó por un brazo, para hacerlo reaccionar, o lo intentó con su escasa fuerza—. Necesitas desconectar. Llama a alguna, es sábado, seguro que al menos una está disponible.

—No voy a hablar de mi vida sexual contigo, Carla. Déjalo.

—Vale, pero llama a Estela y desahógate un poco.

¿Desahogarse? ¿Ahora su hermana lo llamaba así? Lo que le faltaba. No obstante, viendo por dónde había comenzado a encaminarse la conversación, ya se había preparado para que el nombre de Estela fuera mencionado.

Su hermana tenía fijación con enredarlo con ella, porque estaba convencida de que era lo que Estela ansiaba. Y él también lo creía, se temía que buscara un enredo permanente, ya no solo los encuentros esporádicos en los que ambos disfrutaban sin compromisos. Por eso había dejado de llamarla hacía tiempo.

Sin embargo, como la consideraba una amiga, respondía a sus mensajes y a sus llamadas, conversaban sobre sus trabajos y sus familias, pero a la hora de fijar un encuentro, Juan siempre tenía alguna excusa para posponerlo sin fecha

definida. El tono de decepción de Estela en cada despedida lo atormentaba un poco, porque la apreciaba, pero consideraba que era mejor eso a que se llevara un chasco aún peor si volvía a meterse en su cama pero se marchaba de nuevo antes de que amaneciera.

—Llamo a Estela, me *desahogo* con ella —pronunció la palabra que Carla había elegido con deliberado énfasis—. ¿Y luego qué?

—Te sentirás un poco mejor.

—No, me sentiré igual de vacío que ahora. No necesito un polvo de relajación —dijo entre dientes ante la aparición de un enfermero con un carrito.

—Yo creo que sí. Dado que no estás dispuesto a tener una relación de otro tipo con una mujer, el polvo de relajación es tu mejor opción.

—¡Vaya! —Soltó una seca carcajada—. Si ahora querrás que yo también me case. Una boda doble, para ahorrar gastos.

—Yo solo quiero que seas feliz. —Su voz sonó triste y fatigada—. Y que no arruines tu vida porque la mía esté condenada a acabar antes de tiempo.

Su rostro se volvió pétreo cuando la detuvo sujetándola por una muñeca. Sus dedos rodearon aquellos huesos con demasiada holgura y el corazón se le encogió un poco más.

—Te curarás —susurró.

—No, sabes que no. —Ella lo miró a los ojos y él se sintió como si la Carla de ahora le estuviera hablando al Juan de hacía más de veinte años, un niño confuso que descubría por primera vez el amor fraternal—. Como mucho le robaré unos años a esta puta enfermedad, pero nunca me curaré. Por mucho que la médula de mi padre sea compatible, en el mejor de los casos, viviré diez años más.

—Son muchos años. —«Aunque no los suficientes», se dijo solo para sí.

—Y los quiero todos. Con Álex. Y contigo, pero no con esa cara de lechuga. —Le dio un pequeño puñetazo en un hombro, como cuando eran críos—. Hazlo por mí, diviértete un poco.

—Vale.

—¿Sí? —La cara se le iluminó.

—Este fin de semana haré algo divertido —prometió, sin saber muy bien qué.

—Genial. —Lo besó en la mejilla y se apoyó de nuevo en su brazo, dejando vencer su escaso peso sobre él—. Ahora acompáñame a la habitación. Estoy cansada.

La ayudó a acostarse. No hubo un segundo paseo, ya que se quedó dormida. La saturación de oxígeno había bajado a ochenta. Aún no estaba en condiciones de hacer más esfuerzos.

Él se la quedó mirando sin pensar en nada más que en su respiración, el sube y baja de su trémulo pecho, un cuerpecillo que no era ni la mitad de lo que había sido.

—Te quiero, pequeñaja —susurró conteniendo las lágrimas.

—Lo sé, hermanito. Aunque me encanta cuando se te escapa y me lo dices con palabras.

—Pensé que estabas dormida —arguyó carraspeando.

—Lo estoy a medias. —Carla cambió de postura y se acurrucó de cara a él. Sin abrir los ojos, añadió—: Juan, viviré para oírte decírselas a la mujer de la que acabes enamorado.

Él chocó la lengua contra el paladar y negó con la cabeza.

—Ay, Carla. Ya sabes cuál es la respuesta; no creo en ese tipo de amor, por mucho que tú y otros tantos millones de personas creáis sentirlo.

—No era una pregunta.

No dijo nada más, y lo dejó entre estupefacto y divertido una vez más. Desde que la habían trasladado a aquella habitación, no paraba de tener pensamientos filosóficos, revelaciones del tipo que acababa de soltarle y augurios para todos y cada uno de los que la visitaban, que eran un gran número.

Carla era una mujer increíble, y se había rodeado toda su vida de grandes amigos. Tantos y tan buenos que guardaba una agenda en la mesita junto a la

cama, donde se iban organizando las visitas según avanzaban las semanas y el alta parecía no llegar. La idea la había tenido Álex una tarde de domingo en la que se juntaron casi veinte amigos, cuando el viernes anterior por la mañana había estado sola, ya que él y Juan tenían trabajo.

Desde aquello, no había ni colapsos ni horas vacías. Carla permanecía sola únicamente si así lo solicitaba. «Ahora me gustaría descansar», decía con amabilidad, y la visita se marchaba con viento fresco.

Juan tomó la agenda para comprobar quién acudiría esa tarde. Sin padres, sin tíos ni abuelos, las amistades eran lo único a lo que podían llamar familia.

—¿Martina? —leyó sorprendido en el hueco del sábado por la mañana, escrito por encima de su propio nombre. No la esperaba por allí. Nadie le había dicho que hubiera vuelto.

—¡Juan! —exclamó una voz a su espalda.

—¡Martina! —emuló él, impactado por su sorpresiva llegada.

Apenas le dio tiempo a ponerse en pie cuando ella se abalanzó contra su cuerpo y lo abrazó con tanta fuerza, con tanto cariño, que él solo pudo hundirse en aquel abrazo y dejarse sostener por unos brazos tan familiares.

—¡Oh, Juan! —susurró mientras se balanceaba—. ¿Por qué nuestra Carla? ¿Por qué ella?

—Eso me digo yo cada día, y cada noche —respondió contra su pelo.

Lo llevaba tan largo como siempre, aquella melena castaña, ondulada, abundante y suave. Su perfume también era el mismo, aunque sí le parecía que estaba algo más delgada que la última vez. Sus brazos podían rodearla hasta abrazarse a sí mismo. Esperaba que no estuviera sucumbiendo a los dictados de aquellos a los que les gustaban las mujeres esqueléticas. Ella había sido modelo antes de lanzarse a diseñar su propia ropa y alcanzar un insólito éxito en Latinoamérica. Pero era simplemente delgada, no flaca. Tenía sus ligeras curvas aquí y allá, y aquel rostro de muñeca.

Hubo un tiempo en que, a pesar de llevarle cinco años y ser la amiga de su hermana pequeña, le hubiera gustado convencerla de que dejara a Carla

jugando a los desfiles de modelos y se pasara por su cuarto a jugar a... otras cosas. Nunca lo había hecho, y ahora sabía por qué. El consuelo que le confería aquel abrazo no habría sido tan puro si entre ellos hubiera sucedido algo carnal.

Ni siquiera ahora, con sus senos pegados a su pecho— pues era casi tan alta como él, con su metro ochenta— se encendía en él nada libidinoso. Estaba claro que no tenía que llamar a ninguna de sus amigas para jugar un rato, como le proponía su hermana. No estaba para esos menesteres. Solo necesitaba un poco de paz.

—¿Cuándo has vuelto?

—¡Ayer! Estuve aquí por la tarde, y tu hermana me contó un montón de cosas sobre... otro montón de cosas. Y me dije que vendría cuanto antes a relevarte y que así pudieras ocuparte de... tus cosas. —Rio por lo simple de su discurso.

—Gracias, pero Carla es una de esas cosas mías.

—Ya. Sin embargo, yo solo voy a estar aquí dos semanas, y no volveré hasta agosto. Voy a repartir mi tiempo entre mi sobrino y Carla. Hoy me he quedado con él hasta que sus papás han vuelto de trabajar. ¡Es tan mono! Con sus diez mesecitos, ya quiere andar. Tiene esos papotes tan regordetes que te los comes a besos, le está saliendo un diente y no para de babear y morder todo lo que pilla. Hoy quería comerse un zapatito. ¡Más gracioso!

—Esa es mi silla —le advirtió cuando ella se acomodó con sus largas piernas cruzadas.

—No, ya es la mía, porque te relevo. Aunque podemos charlar un ratito. ¿Cómo te va?

—¿Ah, es que me vas a dejar decir algo?

—Perdona. —Sacudió una mano llena de anillos y pulseras, restándole importancia—. Es que volver a casa tras dos años fuera me pone un poco nerviosa. Y eufórica. —Hizo una pausa y se le saltaron las lágrimas—. ¡Ay, mi pobre Carla! ¿Por qué ella, Dios mío?

—No empieces, por favor. —Juan se llevó dos dedos al puente de la nariz

—. No puedo con eso.

—Lo siento. Sé que hay que ser positivo. —Se irguió y apretó ambos puños con fuerza—. Saldrá de esta.

—Para eso está aquí.

—Sí... Oye, tengo que hablar contigo de una cosa. —Sin levantarse para no perder su posición, ya que no pensaba dejar que la mandara para casa, sacó un sobre del bolso, tendiéndolo hacia él—. Ayer lo trajo un empleado del hospital. Carla estaba dormida y él comentó que era urgente. Que había intentado contactar contigo pero que no contestabas al teléfono. Ves, pone urgente.

—Sí, y está abierto.

—Es que me preocupé, pensé que eran resultados de analíticas importantes o algo así —explicó—. No quise despertar a Carla y lo abrí.

Juan la miró con los ojos entrecerrados y sacó la carta. La leyó de inmediato. Martina supo que había acabado cuando lo notó tragar saliva.

—No me funciona bien el teléfono, ayer tuve algunos problemas con la batería. —Lo sacó para comprobar las llamadas perdidas—. Sí, aquí está, tres llamadas del hospital. Pero tenía como veinte de Álex. Me centré en esas y no vi que...

—No pasa nada —lo interrumpió ella, cogiéndolo de la mano que tenía más cerca—. Pero quiero ayudar.

—¿Ayudar a qué? —Dio un paso atrás y ella levantó las manos al aire, como si quisiera demostrar que iba desarmada.

—A que no os vuelvan a dar una carta de esas.

—Lo solucionaré —repuso él e hizo amago de irse.

Ella se hartó y se levantó de golpe, tirando su enorme bolso al suelo con un breve estruendo.

—No, no hagas eso.

—¿Hacer el qué? —Se detuvo de espaldas, en el umbral de la puerta.

—No pongas tu orgullo por delante de la vida de tu hermana.

—No hay nada más importante que la vida de mi hermana —repuso con voz tensa.

—Por eso mismo voy a ayudarte. —Esperó a que él se diera la vuelta y la mirara a la cara, tragándose la vergüenza—. Voy a ayudarla a ella, realmente. Se lo debo, le debo mucho, no sería quien soy sin ella.

Las lágrimas brotaron de sus rizadas pestañas y enseguida se las apartó para que no se le estropeará el maquillaje. Juan suspiró y caminó hacia ella. Le tomó la mano que había rechazado hacía unos instantes.

—Martina, tú no le debes nada.

—Sí, y no sabes cuánto. Sin ella no habría podido ir a la universidad, nunca habría aprobado Inglés sin sus explicaciones durante todo el bachiller. Y no habría llegado a donde estoy ahora sin mi nivel de inglés. —Se sonó los mocos con un pañuelo, con una sola mano, pues no quiso soltar la de Juan—. Fue ella quien me dijo en secundaria que Toni Ferrán sólo quería ir conmigo al cine para meterme mano. Que cuando lo lograra no volvería a hacerme caso. Me lo dijo así, sin más, sin importarle que no le creyera y me enfadara con ella, pensando que lo decía por celos. No le hice caso, y cuando noté la manaza de Toni en el muslo, bajo mi falda, salí del cine como una bala y fui a pedirle perdón. Ella ni siquiera se había enfadado conmigo. En cambio, él le dijo a todo el instituto que había hecho lo que yo no le dejé. Algunas compañeras me trataron de facilona durante un tiempo, y tu hermana les gritaba a todas que se callaran la boca porque era mentira. Hasta que un día, le hizo a Toni una llave en el brazo, una que tú le habías enseñado, y le hizo confesar en mitad del patio, delante de todo el mundo, que había mentido—. Se rio con lágrimas en los ojos—. También dejé de comer bocadillos de chorizo en primaria para merendar y me pasé a la fruta, como hacía ella. Sin Carla habría sido una adolescente obesa y llena de granos.

Juan la miró con ternura, y guardó silencio un rato, por si ella necesitaba seguir soltándole recuerdos a modo de confesión y de desahogo. No se equivocó, pues ella continuó.

—Y por si fuera poco, fue la primera en animarme a dejar de agobiarme con las dietas y los desfiles para dedicarme a lo que de verdad me gustaba, para lo que de verdad valía. Fue la primera en ponerse mis diseños, hasta los más horribles. Y fue la única que siguió escribiéndome o llamándome sin falta cada mes, por muy lejos que yo estuviera. Incluso después de enfermarse.

—Y por eso vas a pagar su tratamiento de este mes. —Concluyó por ella, incrédulo—. ¿Sabes acaso lo que cuesta?

El tratamiento de Carla y la estancia en el hospital eran carísimos. Cuando la habían desahuciado, puesto que hasta la fecha no existía ningún tratamiento que diera la más mínima esperanza de curación a su hermana, habían removido cielo y tierra en busca de una solución, sin éxito. La donación de médula era su única esperanza. Por ello, Álex había pedido una excedencia en el trabajo y había ido en busca de su padre biológico.

Poco después, uno de los médicos que la había tratado les habló de un estudio experimental que llevaban a cabo en una clínica privada en la que él trabajaba además de en la sanidad pública. No había resultados concluyentes, aún, pero era la única esperanza que les quedaba. Al menos se encontraba cerca de su casa, y no habían tenido que viajar hasta Houston, lo que habría sido imposible de costear para ellos.

—No, no voy a pagar su tratamiento de este mes —le aclaró Martina—. Voy a pagar su tratamiento de ahora en adelante. Porque puedo. Y porque quiero. Y porque Álex y tú os habéis endeudado hasta lo imposible. He hablado con las chicas y me han contado algunas cosas —confesó, refiriéndose al grupo de amigas del instituto—. No obstante, esta carta ya lo dice todo. No podéis seguir costeándolo, Juan. Pero yo sí.

—Martina...

Ella ignoró lo que fuera a decir y continuó su discurso.

—Tú puedes estar aquí con ella cuando no estás en alguna de tus obras. Yo me voy en dos semanas y no puedo hacer nada más que esto. Dedicarle la mitad de mi tiempo en estas vacaciones, porque la otra mitad es para mi

familia, y regalarle algo que ahora ella necesita y a mí no me falta, que es dinero. Por desgracia, tampoco soy compatible para donarle médula, porque de lo contrario ya estaría en una camilla con mis crestas ilíacas de lo más dispuestas a dejarse extraer médula ósea.

La precisión con la que detalló de dónde se obtenía en casos como el de Carla las células que ella necesitaba le sorprendió. Martina se había informado bien.

Había aún mucho desconocimiento al respecto en la sociedad. A gran parte de los amigos que se habían ofrecido a hacerse donantes, había tenido que explicarles que la médula ósea se obtenía del interior de algunos huesos, era el conocido tuétano. Nadie les iba a hacer una punción lumbar, sus médulas espinales iban a quedar intactas. Además, solo en el caso de ser compatibles, cosa que se descubría con una simple muestra de sangre, se llegaría a extraer las células madre de las crestas ilíacas, que no eran otra cosa que los huesos de la cadera.

Hubo un silencio en el cual dejaron de mirarse para mirar a la joven que yacía en la cama con respiración débil.

—Te lo devolveré todo.

—No lo aceptaré. Pero sí necesito que firmes aquí. —Se agachó para recoger su bolso del suelo y sacó un papel—. Es el cambio de cuenta, para la domiciliación de los cobros. Ayer pasé por la secretaría. Me dieron este impreso, pero es necesaria tu firma. Si no seguirán mandando los recibos a tu cuenta.

—Ya lo tenías todo preparado, sin haber hablado conmigo —la acusó, pero aceptó el bolígrafo que le ofrecía.

—No iba a aceptar un no por respuesta. Y si el pago no se registra antes del miércoles, Carla no podrá seguir aquí.

La firma de Juan se quedó a medias.

—¡El miércoles! No puede ser, si hasta finales de semana no...

—Estamos en febrero —le recordó ella—. Son solo veintiocho días.

—Mierda, es verdad.

—Firma y vete a casa. Descansa, distráete y céntrate un poco en tu trabajo. Sé que tienes seis empleados a los que pagar cada mes y que no está siendo fácil. Ocúpate de eso y olvídate de las cuotas del hospital. No lles solo a tus espaldas todo el peso. Hay más personas que la queremos.

—Pero es mi hermana —repuso con congoja.

—Esto no lo cambia —aseguró mientras él, por fin, firmaba—. Nada ni nadie puede cambiar eso.

—Pero no lo es realmente —se lamentó, los ojos eran dos pozos rebosantes—. Si no, mi médula sí le habría servido.

—Quizás, no es seguro. Tal vez ni siquiera la de su padre sirva, pero confiemos en que sí —se apresuró a añadir. Había querido hacer que se sintiera menos culpable por no ser su hermano de sangre, pero había usado un argumento que minaba las pocas esperanzas que les quedaban.

—Servirá.

—Sí. Y Álex lo encontrará.

—Está muy cerca de hacerlo.

—Sí. Tanto que parece que va a haber boda, ¿verdad?

El tono de la conversación por fin dejó de ser lúgubre y ambos pudieron sonreír.

—Sí.

—No hay nada que pueda darle más ganas de luchar a Carla que la expectativa de la boda que siempre ha soñado.

—Sí, está muy ilusionada.

Se quedaron mirándola en silencio. Ya estaba todo dicho. Y hecho. Él sabía que la dejaba en buenas manos. Sin embargo, nunca era capaz de marcharse tranquilo.

—No la dejes salir a andar al pasillo. Que lo haga mañana. Hoy se ha fatigado mucho. Aunque insista, no la dejes.

—No podrá conmigo.

Tenía previsto tenerla entretenida conversando sobre los planes de boda. En concreto, sobre una idea que se había instalado en su cabeza desde que recibiera la noticia. ¿Quién mejor que ella para diseñar su vestido de novia? Sería el primero, nunca había ni siquiera dibujado uno, pero no por ello sería menos espectacular.

—Gracias, Martina —dijo Juan antes de marcharse.

—A ti, por estar a su lado. Por estar en su vida. Cada uno hacemos lo que podemos.

Hizo algo divertido esa tarde. Tras la colada, comer y una larga siesta, Juan llamó a un par de colegas —de los pocos que no tenían responsabilidades familiares y sí la libertad de unirse a un plan improvisado— y salió a tomar unas cervezas y a cenar. Un grupo de mujeres se les acercó en el bar al que fueron a tomar la última. Su amigo Julián tuvo suerte y se marchó con una de ellas. Para las once y media Juan estaba en casa, solo, y antes de las doce estaba dormido.

El domingo, ya descansado y con fuerzas renovadas, se propuso hacer algo productivo. Terminó de recoger y limpiar la casa, solo los fines de semana tenía tiempo para ello. Y energía. Era una casa muy grande.

Sus padres la habían comprado cuando se casaron. Joaquín Saavedra y Carolina Fuentes habían formalizado su relación cuando sus respectivos hijos tenían nueve y cuatro años. Querían formar una verdadera familia, un auténtico hogar. Una casa en las afueras de Valencia, lejos del tráfico de la ciudad, rodeada de jardines en los que los niños podrían jugar, les había parecido una forma maravillosa de darle una segunda oportunidad a sus vidas. Los resultados no podrían haber sido mejores.

Bueno, podrían haberlo sido si la muerte no hubiera decidido llevárselos a ambos demasiado pronto, dejando a una adolescente al cargo de un joven que

no tuvo más remedio que dejar la carrera de Arquitectura y ponerse a trabajar para poder hacer frente a los gastos del día a día.

Desde entonces, Juan y Carla solo se habían tenido el uno al otro, a pesar de estar rodeados de buenos amigos y vecinos que los apoyaron en todo momento. Sin más familia, ya que con los padres biológicos que aún vivían no podían ni querían contar, lo único que podían considerar hogar eran ellos mismos y aquella casa donde habían sido tan felices.

A media tarde, con todo impoluto, la colada planchada e incluso el magnolio chino —el árbol ornamental que había comprado esa semana en el vivero— bien plantado a sol y sombra en el jardín trasero, Juan subió hasta el desván. No tardó en encontrar la caja con el tesoro de su hermana, la cual bajó hasta el salón y revisó con un nuevo interés. Había que hacer aquello realidad.

Tras un par de horas, más perdido que cuando había vuelto a la universidad siete años después de dejarla, decidió que necesitaba ayuda especializada. Aquello era una auténtica misión imposible para él. Así que aparcó el tema hasta el día siguiente y dio paso a otro que tampoco era mucho menos espinoso. Aun así, ponerse con los temas fiscales de su empresa no le parecía tan difícil si lo comparaba con tratar de organizar una boda.

Retomó las facturas en el punto donde las había dejado el domingo anterior, descartó el Excel por un momento y se puso a hacer números a mano y calculadora. La informática no era lo suyo. Aunque las matemáticas no lo eran muchos más. Tras horas de cuentas, echó todo a un lado como si apartándolo de la mesa lo borrara también de su mente saturada.

Después de beber un buen trago de leche directo del cartón que guardaba en la nevera, se fue a dormir tratando de no pensar en nada de lo que había ocupado su día. Sin embargo, el tema de la boda se imponía sobre el resto de sus preocupaciones.

Definitivamente, necesitaba ayuda. Aunque nunca le había gustado pedirla, esta vez iba a ser humilde y reconocer sus límites.

Capítulo 3

A primera hora del lunes, Juan dejó instrucciones en la obra como otras tantas veces con Javier, su segundo, al mando. El hombre de cuarenta y dos años, mujer y dos hijos adolescentes, había sido el primero en unirse a él en su aventura de establecerse por su cuenta en el negocio de las reformas, sin garantías ni nada más que la confianza en el talento y responsabilidad del que iba a pasar de ser un compañero a ser su jefe.

Tener un patrón que no valoraba a sus empleados y que anteponía el beneficio a la calidad de la ejecución y a las condiciones laborales, había motivado la espantada de varios miembros de aquel equipo al que una vez pertenecieron. Miguel, Raúl y Óscar fueron los siguientes en abandonar el barco y solicitar un hueco en la ya establecida empresa *Juan Saavedra, reformas integrales, restauraciones y paisajismo*, apenas un par de años después. Aquello no gustó a su anterior jefe, quien no dudó en acusarlo de robarle los empleados y tratar de tirar por tierra su buen nombre en el mundillo laboral. Por suerte, su trabajo hablaba por sí mismo, y Juan no se vio afectado por sus patrañas.

Había estado buscando ampliar su plantilla fija para poder dejar de subcontratar pequeños equipos para tareas concretas o empleados a tiempo parcial que los apoyaran cuando las manos de Javier y las suyas no eran suficiente para terminar la reforma en el plazo establecido. Así que a los tres nuevos empleados con los que podía contar para todo tipo de tareas, se

sumaron meses después otros dos, estos más especializados en labores más finas que a ellos les quedaban un poco grandes; Román, aparejador y Asier, restaurador.

Desde entonces, hacía ya tres años, había encontrado en aquellos seis hombres —de edades comprendidas entre los veintisiete y los cincuenta y tres años y habilidades dispares que los hacían complementarse a la perfección— el equilibrio ideal para los diferentes trabajos que iban surgiendo.

Asumir los costes mensuales de seis asalariados había sido duro, incluso más que compaginar trabajo y estudios hasta concluir la carrera de Arquitectura o más que tomar la decisión de abandonar un trabajo fijo para montar su propio negocio. Cuando por fin parecía que su economía estaba saliendo a flote, con encargos constantes y liquidez para hacer frente a los pagos, a Carla le habían diagnosticado un raro tipo de leucemia, agravado con una afección pulmonar. Al shock emocional y carga mental que la enfermedad conllevaba, se había sumado la losa económica que suponía su tratamiento.

Juan no recordaba lo que era quedarse dormido sin tener en mente la posibilidad de que Carla muriera y la incertidumbre de si iba a poder pagar las próximas facturas. Sin embargo, la noche anterior, después de muchísimos meses, había sido otro el pensamiento que lo había acompañado hasta sus sueños: la boda de su hermana.

Así que esa mañana de lunes dejó aparcado el trabajo por un rato y se dirigió a la avenida donde se ubicaba el negocio de Luz, cargado con una gran caja en las manos. Buscó la cafetería más cercana y entró empujando la puerta con la cadera.

Magda Lennon, rezaba el cartel de la puerta, con una gran eme en forma de magdalena sobresaliendo entre el resto de letras. Aquello —además de robarle una sonrisilla—, debería haberlo preparado para el mostrador que iba a encontrarse, pero no fue suficiente. La sorprendente variedad e ingente cantidad de repostería que había expuesta sobre la barra era digna de ver. La clientela debía de ser abrumadora si esperaban vender todo aquello.

—¿Qué te pongo? —lo atendió solícito uno de los camareros de mirada afable mientras preparaba dos cafés de forma simultánea con sendas manos.

La música de The Beatles sonaba de fondo. Multitud de fotografías del grupo británico se repartían por las paredes del local, alternándose con imágenes de repostería a tamaño ampliado.

—Voy a ver a Luz, de Nuestro momento. Temas laborales. —Señaló la pesada caja que había depositado sobre la barra—. Pero me gustaría llevarle lo que suela pedir habitualmente. Como agradecimiento —explicó sin más detalle—. Imagino que por la cercanía, vendrá por aquí de vez en cuando.

—No solo por la cercanía, quiero pensar —comentó el joven con una sonrisa enigmática—. Con un *cappuccino* con extra de *choco* y un par de nuestras Rellenitas recién hechas, le alegrarás el lunes. ¿Algo para ti?

—Lo mismo.

—Marchando.

Haciendo auténticos malabares, Juan salió del establecimiento con la caja como bandeja y el desayuno sobre ella. Abrió la puerta del local de Luz de espaldas, tratando de no perder el equilibrio. Al girarse, se topó con sus piernas subidas a una alta escalera y sus pies descalzos, de puntillas sobre el último peldaño. Trataba de limpiar un rincón del ventanal que hacía las veces de escaparate. Una esquina enjabonada parecía resistírsele.

—Te vas a abrir la cabeza —sentenció Juan y soltó de golpe la caja en el suelo, sin preocuparse del desayuno, para correr a sostener la escalera que ya se tambaleaba.

—Ya casi lo tengo. —Apoyó todo su peso sobre los dedos de sus pies, que lucían unas uñas lacadas en malva.

Él llegó justo a tiempo de evitar que la escalera volcara. La sostuvo con ambas manos.

—Ya está. —Luz descendió peldaño a peldaño como si nada—. Buenos días —dijo con una amplia sonrisa, limpiacristales en ristre.

—¿Eres consciente de lo que acabo de evitar que ocurriera? —le espetó al

verla tan despreocupada, poniéndose unas bailarinas.

—Esta escalera se tambalea un poco, pero nunca me he caído.

—Hoy iba a ser la primera vez.

—En ese caso, suerte que estuvieras tú aquí.

—¿Por qué no contratas a alguien para que te limpie la cristalera? —inquirió mientras ella recogía la escalera y le llevaba hacia la trastienda—. ¿Alguien que sepa lo que hace y que tenga utensilios de este siglo?

Aquel último comentario se ganó una mirada de reojo de Luz, advirtiéndole de que no le parecía gracioso, si era lo que pretendía.

—Puedo hacerlo yo —sentenció, tras depositar contra la pared su escalera, de la cual no pensaba deshacerse por mucho que él la criticara—. No me cuesta nada, tengo tiempo y es mi tarea de los lunes a primera hora, que no suelo tener ningún cliente.

—Ahora tienes uno.

—¿Ah, sí? —señaló los cafés volcados en el suelo. Por suerte, las tapas estaban bien cerradas y no se había derramado ni una gota—. Pensé que me traías el desayuno.

—Eso también.

Tras recogerlo todo y colocarlo sobre el mostrador, ella señaló la mesa baja entre varios sillones y un sofá que había ocupado con Lidia el día que él la conoció. Juan se trasladó con todo hasta allí mientras ella se ausentaba tras una puerta. Por el ruido de agua corriente, dedujo que era un baño y que se estaba lavando las manos.

—De modo que eres un cliente —resolvió ya de vuelta, sentándose frente a él—. Tu nombre es...

—Juan. —¿No le había dicho ni su nombre aún? Menudo despiste—. Juan Saavedra.

—Qué casualidad. —Sonrió y le guiñó un ojo—. Aquí, en Villa San Juan, te sentirás como en casa —comentó, en alusión al nombre del pueblo donde se hallaban.

—Sí, eso mismo me dijo la alcaldesa cuando me contrató para las reformas del Centro Cívico. Y algo parecido mencionó el padre Andrés cuando hablé con él de la restauración del porche de la parroquia de San Juan.

—Sí, somos todos muy agradecidos. Estarás un poco hartito del chistecito —comprendió de pronto.

—No me molesta.

—¿Y qué tal van las obras?

Luz ya se había imaginado que era allí donde trabajaba. Lo que no había supuesto era que fuese el encargado de ellas.

—Viento en popa. Aunque si dejara de llover dos días seguidos, avanzaría más rápido.

—Bueno, por aquí no suele llover tanto. Pronto habrá mejor tiempo.

—Eso espero.

—Muy bien, Juan. —Luz se dispuso a retomar el hilo de la verdadera conversación—. Así que vas a casarte.

—¿Yo? —Los ojos de él se abrieron de par en par—. No. ¡Dios me libre!

Aquello robó una carcajada a Luz, quien observaba a Juan en su metódico modo de colocar los vasos de cartón y las magdalenas sobre las servilletas que el camarero había incluido en la bolsa con los dulces.

—Y mi desayuno favorito es por...

—Quería darte las gracias por tu ayuda del viernes. Y ya que iba a venir de todas formas para otro asunto —dio dos golpecitos sobre la caja—, pensé que en la cafetería más cercana sabrían lo que te gusta.

—Me gustan las sorpresas, eso por descontado. Y aunque ya he desayunado hace un par de horas, no voy decirte que no a un *cappuccino* y una Rellenita.

—Son dos para cada uno —explicó.

—Uf. —Negó con la cabeza con gesto compungido—. Dos no.

—Entonces guárdala para más tarde.

—Para más tarde... —Esta vez sonrió risueña—. Por lo que veo, aún no las has probado.

—No —reconoció, inspeccionando una con curiosidad—. ¿De qué están rellenas?

—De ambrosía de dioses.

Ante su atenta mirada, Juan le dio un bocado al dulce que sostenía entre dos dedos. La masticó y degustó. Cuando Luz lo vio fruncir el ceño y volver a metérsela en la boca, otra carcajada salió de su pecho con el mismo entusiasmo que la anterior, poniendo de un repentino buen humor a Juan.

—Deliciosa, ¿verdad?

—Ajá.

—En el chocolate está la felicidad —declaró antes de dar un bocado—. No vamos a dejar ni las migas para luego —comentó divertida y le dio un sorbo a su *cappuccino*—. Bueno, de nada, por lo del viernes. Veo que has seguido mi consejo y no te has afeitado. Ya casi ni se te ve la herida —apuntó, acercándose un poco a él para observar su barbilla—. Y gracias a ti, por el detalle de hoy.

Él le respondió con una sonrisa y un asentimiento, preguntándose por qué había contenido la respiración cuando ella había acercado su rostro hasta el suyo con mirada curiosa. Incómodo por unos instantes, bebió un sorbo de su café. Un sonido de aprobación por su parte la hizo sonreír una vez más, y la sensación extraña fue sustituida de nuevo por un humor excelente.

—Vaya, sí sabes sonreír.

Juan se quedó estupefacto por unos momentos. El viernes no habría sonreído, no era de extrañar dado todo lo sucedido. ¿Pero desde que había entrado ese día tampoco? La idea lo desconcertó. Tampoco era que contara las veces que sonreía al día.

—No pienses que estoy muy triste si no me ves sonreír, es simplemente despiste.

—¿Cómo?

—Nada. Es la letra de una canción. No me hagas caso. —Sacudió la cabeza, preguntándose por qué de pronto recitaba versos de una canción de su

adolescencia—. A ver por dónde empiezo... —se decidió a decir.

—Vienes en nombre de alguien —se adelantó ella—. Así que antes de que continúes, prefiero explicarte cómo trabajo, para que no haya malentendidos.

—Como quieras —concedió, no sin sorpresa por su repentina seriedad.

La vio cruzar una pierna sobre otra y juntar las manos sobre su regazo. Aunque pronto comenzó a gesticular con ellas, en cuanto comenzó a explicarse.

—Para empezar, trabajo directamente con los novios. Sin intermediarios. No me vale que vengan la madre y la suegra a querer organizar un bodorrio por todo lo alto para sus hijos donde ellos no tienen voz ni voto, bien porque ellas lo van a pagar todo y se atribuyen todos los derechos o bien porque ellos se desentienden de forma voluntaria del asunto.

—¿Tengo pinta de suegra? —logró articular tras unos segundos de confusión.

—No mucha, pero también me han pasado cosas así con padres y suegros, hermanos e incluso primos. Si yo te contara... —fingió un estremecimiento—. Pero eso fue en mis comienzos, y de los errores se aprende.

—Estoy de acuerdo en eso último.

—Por eso cambié el nombre del negocio —continuó—. En lugar de *Luz Duque, wedding planner*, decidí que lo que quería hacer era algo diferente, muy concreto, solo para aquellos que me necesitaran a mí y no a cualquier otra organizadora. Creé Nuestro momento, para que desde el primer instante los novios comprendieran que esto era suyo de principio a fin, y yo solo una facilitadora.

—Una ayudadora profesional —recordó Juan.

—Sí, así lo llama Lidia. No le hagas mucho caso.

—Pero explica de forma sencilla lo que tú me acabas de decir en un montón de frases.

—Vale. —Cayó un momento, aceptando su síntesis—. Aun así, prefiero seguir hablando y darte a conocer mi forma de trabajar, para que puedas saber si es lo que los novios buscan, y que después vengan personalmente. Si lo que

te digo no te cuadra, desayunamos y lo dejamos aquí.

Juan, tras parpadear varias veces en silencio y asimilar todo aquello, cogió la segunda magdalena, preguntándose de qué estaría rellena, y le dio un decidido bocado. «Mmm, trufa», pensó, «casi mejor que el chocolate líquido de la anterior».

—Creí que los lunes no tenías mucho que hacer, pero al parecer quieres darme puerta lo antes posible —comentó entre bocado y bocado.

—No, no es eso, ni mucho menos.

—Entonces sigue.

—Muy bien. —Imitándolo, comió de su segundo dulce antes de continuar—. Otra condición inamovible de mis servicios es que no acudo a las bodas en persona. —Ante su ceja alzada, Luz se apresuró a explicarle ese punto que nunca gustaba a sus clientes—. Trabajo con los mejores en su campo: fotógrafos, floristas, chefs, músicos... Todos de mi más absoluta confianza. Controlo a través del teléfono que estén a su hora en el lugar que deben, y en casos muy concretos, si se requiere una supervisión más exhaustiva, es mi ayudante la que está presente.

—La ayudante de la ayudadora.

—Eso es —confirmó ella, riendo por el recuerdo de las palabras que había usado esta el viernes—. Lidia, mi cuñada.

—Ningún problema en eso —aceptó él tras pensarlo un momento.

—¿Y en lo anterior?

—¿En que vengan aquí los implicados? Muchos problemas.

—¿Cuántos?

—Todos.

La intriga se apoderó de Luz, quien observaba a Juan con total incredulidad, tratando de comprender sus indescifrables palabras.

Finalmente, él terminó el café, depositó el vaso sobre la mesa y se frotó la cara antes de recostarse sobre el respaldo del cómodo sillón.

—El viernes salí de aquí con la impresión de que te gustaba ayudar a la

gente de forma desinteresada. Que estaba en tu naturaleza, que disfrutabas con el mero hecho de alegrar un poco la vida de los demás.

—Y así es. —Un cúmulo de sentimientos se agolparon en el pecho de Luz. Él la había captado en unos minutos, y sin embargo, parecía recriminarle ser de esa forma, aunque no siempre. Algo la impulsó a tratar de excusarse, a intentar que la comprendiera—. Pero este es mi trabajo, y yo pongo las normas. Ayudo a mi manera y de la única forma que sé a que dos personas que se aman tengan un día maravilloso en el que celebren ese amor, acompañados de los que más quieren, sí, pero pensando en disfrutarlo sobre todo ellos mismos. Es un día que tiene que ser inolvidable, porque no se repetirá nunca, pero lo que sintieron ese día debería acompañarles el resto de sus vidas. Es su momento. De ahí el nombre de mi negocio: *Nuestro momento*. De nadie más.

Se mantuvieron la mirada, sin apenas pestañear. Luz no fue capaz ni de tragar saliva hasta que él se decidió a hablar.

—Lo entiendo.

—Pero...

—Pero mi hermana y mi futuro cuñado no pueden venir en persona.

Así que era su hermana. Lo había imaginado, porque por su edad... ¿de quién podría haberse tratado si no? Su hermano, o un muy buen amigo.

—¿Y cuándo podrán?

—No sabría decirte. —Al ver que ella comenzaba a desesperarse, decidió soltarlo todo. De golpe—. Verás. Mi hermana, Carla, está hospitalizada por tiempo indefinido. Tiene una enfermedad terminal similar a la leucemia, pero con un sinfín de complicaciones añadidas. Necesita un trasplante de médula para tener alguna posibilidad de recuperarse, si no del todo, sí lo suficiente para vivir unos cuantos años más. Su novio, Álex, está buscando a su padre biológico, que está en paradero desconocido desde que las abandonó a ella y a su madre hace casi treinta años. Él es su última esperanza. El viernes creyó dar con una pista de dónde puede estar. Y el entusiasmo le hizo pedirle a mi hermana que se case con él. Por videollamada —añadió en un suspiro.

Luz tardó varios segundos en poder articular palabra.

—Vaya. Lo... lo siento. —Tosió para abrir paso a un trozo de magdalena que se le había quedado atascado en la garganta—. Espero que lo encuentre. De todo corazón.

—Encontrarlo será difícil. Convencerlo para que venga a donar médula a la hija por la que no se ha interesado desde que tenía dos años, lo será más.

—Y ningún otro familiar ha resultado compatible —dio por hecho ella—. Ni siquiera tú.

—No somos hermanos de sangre. —Decirlo le dejó mal sabor de boca, a pesar del dulzor del desayuno—. Nuestros padres se casaron cuando yo tenía nueve años y ella cuatro. Mi madre biológica abandonó a mi padre y se olvidó de mí en cuanto se volvió a casar y tuvo hijos de nuevo. Así que ahora Carla es mi única familia. Nuestros padres sufrieron un accidente estando de crucero hace quince años. Estamos solos desde entonces.

Con un nudo en la garganta ante tal revelación sin tapujos, Luz trató de encaminar el asunto hacia la parte profesional.

—Quieres regalarle a tu hermana una boda sin que ella tenga que preocuparse de nada más que de su salud. Bien. —Suspiró, sin apenas saliva que tragar, recordando lo fría que había sido con respecto a sus condiciones—. Si me das unas pequeñas pautas, puedo hacerlo sin tener que andar molestándola en el hospital. Aunque mi norma número uno es que trabajo directamente aquí con la pareja, en este caso haré una excepción.

—Puedo darte mucho más que unas pequeñas pautas.

Abrió la caja que había llevado consigo y sacó un enorme y grueso álbum que tuvo que sostener con ambas manos. Cuando ella misma pudo comprobar lo que pesaba, empezó a comprender un poco mejor por dónde iban los tiros.

—Carla siempre soñó con casarse, jugar a las bodas era su entretenimiento favorito. Guardaba todo lo que estaba a su alcance, revistas, objetos de todo tipo... Creo que el hecho de que su madre y mi padre se casaran siendo ella tan pequeña la marcó. Mi padre era su amor platónico de alguna manera, la adoró

desde que conoció a su madre, y el sentimiento fue mutuo. En cambio nosotros, al principio, nos llevábamos a matar.

—Luego no —vaticinó ella.

—No. Luego no. Daría hasta la última gota de mi sangre por salvarla. Después de unos años de miedos infundados a perder el amor de nuestros padres por la llegada de otro niño, nos convertimos en auténticos hermanos. No fue de golpe, ni simultáneo, pero fue intenso. Desde entonces, nunca hasta ahora había vuelto a sentir que no lo somos en realidad.

—Aunque lo hubieras sido, tal vez tampoco fueras compatible como donante.

—No, pero habría sido muy probable. —Y esa idea lo torturaba día tras día.

—Bueno, en lugar de eso, vas a hacer otra cosa por ella. —Le sonrió con amabilidad al sentir su malestar—. Organizar su boda.

—Esa era mi intención, y por eso ayer cogí todas sus cosas del desván. Está todo aquí. Pero, sinceramente, yo no sé qué hacer con todo esto. —La miró con ojos brillantes y suplicantes—. Necesito tu ayuda. Desesperadamente.

—Bueno, ese es mi trabajo. ¿Alguna idea de para cuándo quieres que sea?

—Eso depende de tantas cosas... —Desvió la mirada al suelo, como buscando una respuesta perdida—. Lo único que sé es que tendría que ser algo flexible. No sé si mi hermana recibirá el alta de nuevo. Aun así, no se casará en el hospital. Saldrá de él aunque solo sea el día de su boda.

—De acuerdo. —El cerebro de Luz ya estaba manos a la obra—. Tenemos que buscar un lugar que no tenga comprometida fecha alguna. Ya tenemos un punto de partida. Revisaré todo esto. Dame... algo de tiempo.

—Sí, desde luego.

—También necesitaré algo de información sobre la pareja, normalmente rellenan un ficha, un cuestionario que me hace ver si de verdad es mi ayuda lo que necesitan. Sí, esa es mi tercera condición inamovible —admitió al verlo alzar las cejas—. Pero una vez más, en este caso nos saltaremos esa parte. Te voy a ayudar, te lo aseguro.

—Gracias.

—Pero sí necesito nombres, fechas de nacimiento, un par de datos básicos de ambos.

—Claro.

—Y necesitaría saber... Bueno, el estado actual de tu hermana. —Supo que se había sonrojado en cuanto pronunció la frase—. Quiero decir, uf, no quiero parecer poco delicada.

—Pregunta —ordenó Juan, muy sereno.

—¿Puede moverse por sí misma? ¿Podría llegar andando al lugar del evento, o necesita silla de ruedas, o una camilla? Eso también podría condicionar el vestido que llevaría y...

—No, no, nada de eso —la cortó, viendo que estaba pasando un mal trago innecesario—. Está débil, pero de momento se vale por sí misma.

—Estupendo. Si pudiera, cuando ya esté todo un poco definido, hablar con ella por teléfono para alguna pregunta más directa sobre todo esto que estoy viendo... —comentó, hojeando el álbum—. Hay cosas tan infantiles que imagino que ya no se adaptarán a sus gustos actuales.

—Por ahora ella cree que soy yo quien lo va a organizar todo, no quiero que sepa que voy a pagar a otra persona para ello. No es por el hecho de delegarlo, porque voy a participar activamente en lo que esté en mi mano —explicó enseguida—. Es por el dinero. Ella no querrá que gaste de más.

—Puedo mostrarte las tarifas con las que me muevo y si no puedes pagarlas, intentaremos ajustarlas —ofreció solícita.

—Gracias, pero no es eso. Sí puedo pagarte. —Al menos eso creía, ahora que Martina se había hecho cargo del tratamiento—. Pero Carla no querrá que gaste mucho en ella. Yo no quiero que la boda sea ostentosa, pero tampoco una mierda. —Aquel adjetivo se ganó un gesto de sorpresa de Luz—. Algo normal, obviando las circunstancias especiales que la rodean.

—¿Cuántos invitados? —Esta vez sacó su móvil de un bolsillo de su pantalón y comenzó a teclear.

—Pocos. Los amigos más allegados.

—¿Número aproximado?

—Eso sí que se lo tendré que preguntar a ellos. No creo que más de cuarenta. Tal vez cincuenta o más si Álex tiene familia que yo no conozca.

—No son pocos.

—Es que tienen muchos amigos, y muy buenos. Sin ellos esto sería mucho más horrible.

Luz lo miró con comprensión y vio en él un gesto de alivio.

—En los momentos difíciles es cuando se sabe que un amigo lo es de verdad.

—Y que lo digas.

—Uy... lo siento. —Se apresuró a recoger una página del álbum que se le había caído sin saber cómo.

—Tranquila, no has sido tú.

—Está un poco deteriorado. Los años...

—No, no han sido los años —la corrigió él—. Fui yo.

Con todo el cuidado del mundo, Juan colocó la hoja en su sitio y pasó la página.

—¿Se te cayó? No es de extrañar, está tan repleto y pesa tanto. —Lo levantó con ambas manos, sopesándolo.

—No se me cayó. —Se rascó la barbilla justo donde asomaba su pequeña herida y añadió como si tal cosa—. Cuando tenía once años lo rompí hoja por hoja y lo tiré al contenedor de la basura que teníamos en el jardín.

Los ojos de Luz se abrieron como platos. Él ni siquiera parpadeó.

—¿Por qué hiciste algo así?

—Nos habíamos peleado. Ella tenía seis años y había olvidado esa parte en la que no éramos hermanos de verdad, se había acostumbrado a que mi padre fuera el suyo y pretendía que yo fuera su hermano mayor, que jugara con ella, que cuidara de ella, que le dejara mis cosas... Nuestros padres estaban todo el santo día reprendiéndome. «Juan, juega con tu hermana. Juan, déjale esto a tu

hermana, entiende que ella es pequeña...» Hasta que un día, la vi en mi habitación curioseando entre mis cosas. Un puzle que estaba a punto de terminar estaba todo desmontado y además lo había pintado con sus rotuladores de purpurina. Me volví loco, no sé qué se apoderó de mí, porque con esa edad no debería poder sentir aquella rabia. Fui directo a su dormitorio y cogí el álbum con toda intención de destrozarlo. Ella gritaba asustada, aunque en lo fondo no pensaba que fuera a hacerlo. Pobre, confiaba en mí. Pero estaba equivocada.

—Madre mía... —Luz se llevó ambas manos a las mejillas, horrorizada.

—Lo rompí con saña, impasible ante sus ruegos. Cuando nuestra madre, bueno, su madre, salió fuera, ya era tarde. Aún recuerdo la cara de decepción que puso. Solo tras ver su cara comprendí lo que acababa de hacer. Y cuando oí a Carla llorar durante horas hasta que se quedó dormida, me di cuenta de que nada era tan importante como oírle reírse, ni siquiera mi estúpido puzle.

—A veces los niños pueden ser muy crueles —quiso generalizar Luz, al ver que Juan seguía sintiéndose culpable por aquel episodio.

—Sí, pero yo ya tenía once años, debería haber sido menos impulsivo. Así que nadie me libró del castigo; me fui a la cama nada más cenar y ese fin de semana no pude salir de mi habitación más que para comer e ir al baño. Sin embargo, yo solo podía pensar en el dolor que sentía en el pecho por oírle llorar y preguntar una y otra vez por qué. «¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué es tan malo conmigo?». Así que a las tantas de la mañana, salí al jardín y recuperé los pedazos del álbum del cubo de la basura. Estuve horas en la mesa de la cocina tratando de recomponerlo.

—Qué honorable —murmuró Luz, a lo que él restó importancia con cara de culpabilidad.

—Cuando mi padre bajó a desayunar me encontró dormido, con una mejilla pegada a una de las hojas y purpurina en la otra. Me hizo una foto y la tuvimos en la puerta de la nevera durante semanas.

—Y desde entonces, Carla siguió completándolo. Hasta que no cupo ni un

recorte más —concluyó Luz.

—Hasta los trece años, creo. Después, tuvo su etapa oscura en la que solo se vestía de negro y decía que no quería que los chicos se acercaran a ella. Poco después sí quiso que uno se le acercara y dejó de vestir como un enterrador.

—¿Álex? —aventuró Luz.

—No, por suerte ese gilipollas le duró poco. Hubo otros dos imbéciles más y después llegó Álex.

—Vale, eres un hermano protector. —No pudo evitar reírse, aunque sentía cierta congoja en su interior. Aquella historia le había tocado la fibra sensible —. Ya me había dado cuenta sin esta última revelación.

—Si es lo último que puedo hacer por ella, quiero que el día de su boda sea tan maravilloso que olvide por unas horas que tiene los días contados.

—Todos los tenemos —la oyó murmurar, con los ojos brillando de humedad.

—Bueno, nunca se sabe cuándo nos va a llegar la hora, pero a algunos la muerte los acecha más de cerca que a otros.

—Sí, sí, te he entendido. —Algo alterada, cerró el álbum y le pidió con un gesto que le dejara ver el resto de la caja.

—Lo que anda por aquí suelto son cosas de las bodas que ha tenido en los últimos años. Amigos, compañeros de estudios... Hasta una vecina que nos hizo ir a todos vestidos de la época medieval. Un auténtico infierno del que no me pude escaquear.

—¿Nada de boda temática entonces?

—No, por el amor de Dios.

Su tono horrorizado la divirtió.

—Tranquilo, por lo poco que he visto no es ese tipo de celebración la que le gusta a tu hermana. ¿Y qué hay del novio? ¿Qué le gusta a él?

—Mi hermana. —La sonrisa de Luz fue radiante, se notaba que le había gustado la respuesta—. Y la música —añadió.

—¿Toca o canta?

—Toca el bajo. Tenía un grupo. Lo dejó cuando diagnosticaron la

enfermedad de Carla.

—El bajo. —Luz se mordió el labio inferior con fuerza—. Cristóbal también tocaba el bajo.

—¿Quién?

—Oh, mi marido.

Estaba casada. Aquel pensamiento lo impactó un poco, y no pudo entender por qué. Instintivamente echó un vistazo a sus manos. No había anillos. Pero claro, había estado limpiando los cristales, razonó.

—¿Y por qué lo dejó él?

—Pues... —Luz carraspeó y se removió en el asiento—. Más o menos por los mismos motivos que Álex. Aunque el que enfermó fue él.

—Oh. —Fue Juan quien carraspeó en esta ocasión—. Lo siento.

—Gracias. Fue hace ya mucho tiempo.

—¿Se... recuperó?

—No. Falleció. Hace ocho años.

—Lo lamento. —«Qué incómoda situación», pensó Juan, en cambio la curiosidad lo empujó a seguir hablando—. Pero, ¿ocho años? Eso es imposible, ¿qué te casaste, a los catorce?

Aquella idea le robó una leve sonrisa.

—A los veinticuatro. Pero enviudé a los veintisiete.

—¿Tienes treinta y cinco años? —preguntó incrédulo tras unos cálculos mentales—. Pareces mucho más joven.

—Vaya, gracias.

—Yo también tengo treinta y cinco.

A ella se le abrió un poco la boca por la sorpresa.

—Bromeas.

—No, los cumplí el primero de enero. ¿Qué? No miento —añadió al verla mirarlo de forma extraña.

—Yo los cumplí el treinta y uno de diciembre.

Se miraron y se rieron por la casualidad.

—Así que nos llevamos menos de veinticuatro horas. ¿No nacerías en La Paz de Valencia? Puede que fuésemos vecinos de cuna en el hospital.

—No, nací en Madrid. Me mudé aquí hace cinco años. Compré esta casa, fundé mi empresa... Inicié una nueva vida.

—¿Por qué aquí precisamente? Disculpa —añadió de inmediato—. No es asunto mío.

—Tranquilo, no es ningún secreto. Guardaba un buen recuerdo de este pueblo. Vine con mis padres un verano de niña. Nos hospedamos en el hotel, en el único que hay, e hice buenas migas con la hija de los dueños, que era de mi edad. Nos estuvimos carteando muchos años, incluso vino a mi boda. Aunque ahora ya no vive aquí, y es ella la que se va a casar en unos meses.

—¿Organizarás su boda?

—La ayudaré en algunos asuntos, sí, porque la boda será en el hotel de sus padres.

—Tendré que darme una vuelta por el pueblo un día de estos —meditó él en alto—. No sabía ni que teníais un hotel.

Como vivía a menos de una hora en coche, no se había preocupado de mirar alojamiento. Pero algún día de los que acababa tarde y tenía que volver más temprano de lo habitual, agradecería ahorrarse ese trayecto. Sobre todo si había tormenta.

—Es un pueblo encantador. Pequeño, pero tiene de todo —explicó Luz—. Y la gente es fabulosa. Hay un clima de comunidad que no he visto en ningún otro lugar, más aún viniendo de una gran ciudad como Madrid. Me pareció el lugar ideal para rehacer mi vida cuando todo se me vino abajo. Pasé por momentos muy difíciles, como podrás imaginar.

—No me lo puedo imaginar, pero lo comprendo. Buscaste un nuevo camino, y lo encontraste.

—Sí, aquí soy muy feliz.

—Eso es lo que cuenta. —Se hizo el silencio y, aunque no fue incómodo, ninguno de los dos parecía saber cómo salir de él—. Nosotros vivimos en

Valencia, capital, en un barrio a las afueras, en una casa ajardinada que compraron nuestros padres al casarse. Bueno, ahora vivo yo solo, desde que Carla está ingresada en una clínica privada. Al menos está cerca, tardo un cuarto de hora en coche hasta allí. Tres cuartos desde aquí.

—Es una gran ventaja.

—Así que si te parece, vendré de vez en cuando al salir de trabajar. Para ir comentando los detalles que vaya hablando con mi hermana.

—Me parece bien. Aunque preferiría que concertáramos citas concretas. Si la boda es más o menos inminente, y sin la presencia de los novios, creo que vamos a necesitar un par de horas a la semana. ¿Qué día te vendría mejor?

—¿De lunes a viernes?

—Sí, a ser posible.

Rememoró sus últimas semanas de trabajo. Acababa molido todos los días. Si además iba a llegar aún más tarde a casa, al día siguiente no podría con su alma.

—Los viernes a última hora.

—¿A las siete?

—Podría intentar salir antes, aunque habrá días que no.

—A las siete está bien. Si algún día no puedes, o necesitas hablar de algo antes, me llamas y listo. Toma una tarjeta.

La acompañó hasta el mostrador y la guardó en su cartera cuando se la entregó. Ella también le entregó los formularios sobre los novios que debía rellenar y una hoja con sus tarifas.

—Tráeme los formularios completados el viernes, por favor. Te devolveré todo el kit de tu hermana cuando le haya echado un vistazo. Puede que escanee o fotografíe algo.

—Sin prisa.

—Y si te decides a confesarle a Carla que vas a contar con ayuda profesional, puedes añadir que estoy dispuesta a ir a verla en persona, si a ella le apetece. Puede llamarme y concretaremos un día.

—Lo pensaré.

—Te haré un presupuesto y un guión orientativo para el viernes. A las siete.
¿Un guión orientativo? Lo iba a necesitar porque estaba bastante desorientado.

—A las siete. Hasta el viernes.

Se estrecharon la mano y se despidieron en la puerta del local.

—Una casa muy bonita —dijo él mientras se alejaba por el camino empedrado que atravesaba un amplio césped—. Aunque yo haría algo con todos estos metros cuadrados de jardín.

—Llevo cinco años planteándomelo. Puede que un día de estos.

—Si te decides, puedo darte algunos consejos.

—¿También eres paisajista?

—Entre otras muchas cosas.

—Lo tendré en cuenta.

Lo vio subirse a su furgoneta y dirigirse avenida arriba hasta perderse en el cambio de rasante.

«Juan Saavedra. Un hombre interesante», pensó mirando hacia la carretera desierta hasta que el sonido del teléfono la hizo pestañear y aterrizar en la realidad.

Comenzaba la semana de trabajo. Atendió la primera de las muchas llamadas que, sabía, le esperaban ese día.

Capítulo 4

Las obras de reforma del Centro Cívico de Villa San Juan y restauración parcial de la parroquia habían comenzado con el nuevo año. Juan había firmado el contrato a finales de noviembre, tras ofrecer un presupuesto muy competitivo, un plazo que satisfizo a la alcaldesa y un proyecto que la entusiasmó.

Este debía reconocer que se habían entendido a las mil maravillas, si bien al principio había tenido sus dudas, pues la mujer parecía muy exigente. Lo había localizado a través de su web donde exponía fotografías de sus trabajos y referencias contrastables, incluso comentarios de clientes satisfechos. Todo idea de su hermana Carla, quien le había asegurado que aquella ventana lo catapultaría al estrellato. Lo cierto era que no le había venido nada mal para los últimos encargos.

Merche, la alcaldesa del pueblo desde hacía escasos tres años, le había explicado lo que pretendía. Él había estudiado la zona y evaluado las posibilidades del terreno y del propio edificio. Entre los dos habían llegado a un consenso en cuanto a qué destruir, qué reformar y qué construir de nuevas. Sus dibujos y explicaciones la convencieron del todo, dándole carta blanca a partir de ese momento.

La idea general era adaptar la antigua escuela de dos pisos donde se había ubicado el Centro Cívico para convertirla en un auténtico lugar para los vecinos, con espacios más amplios que pequeñas aulas y abierto a los

ciudadanos. Eliminar el vallado que la cercaba y fusionarlo con la amplia campa que la rodeaba.

Como muchas actividades se realizaban en colaboración con grupos parroquiales, creían imprescindible derruir el antiguo muro de casi un metro de altura y más de cincuenta de largo que atravesaba la campa, separando parroquia y escuela, para dejar justo en el centro un espacio útil para grandes eventos además de crear una sensación de uniformidad y amplitud. Juan lo visualizaba todo de forma muy clara en su cabeza y había creído plasmarlo igual de bien en sus diseños.

La parte de la restauración del tejado del porche de la parroquia había sido aportación suya, con ayuda de Asier, su joven pero talentoso restaurador. Esto había tenido que negociarlo con el párroco y este, a su vez, con el obispo.

Habían tenido que esperar hasta después de las fiestas navideñas para que el obispado diera el visto bueno. El estudio de evaluación del estado de las vigas que Asier les había hecho llegar debió de ser determinante, porque aceptaron sin solicitar modificación alguna en el proyecto ni en el presupuesto. Lo cierto era que en cualquier momento se podía venir abajo.

La parroquia de San Juan había sido erigida en del siglo XVI, y muchos de los elementos databan de esa misma fecha, con escasas mejoras o nuevas estructuras. Ellos lo dejarían como nuevo, eliminando el mínimo de materiales originales y añadiendo otros que aportarían seguridad de forma discreta, casi imperceptible, pero dando mayor soporte.

Tras casi mes y medio trabajando de forma exclusiva en el interior del edificio, tirando tabiques y levantando otros nuevos, a mediados de febrero Juan se había decidido a enfrentarse a los elementos y comenzar con la eliminación del vallado y del patio que había rodeado la escuela. El suelo sería de césped; bancos y árboles envolverían la edificación a modo de jardín que daría la bienvenida a los visitantes.

En dos semanas habían avanzado mucho menos de lo esperado en este frente. A las lluvias a menudo torrenciales, se les había sumado la rebelión de las

máquinas. Ya era la tercera vez que la taladradora decidía ponerse en huelga. Juan había logrado hacerla funcionar las dos primeras ocasiones. No parecía que esta fuera a tener la misma suerte.

—Arranca, maldita hija de perra —espetó, zarandeándola desde su posición arrodillada.

—Creo que intimidándola no vas a conseguir nada —murmuró Miguel, quien la sujetaba mientras su jefe manipulaba el mecanismo. Su comentario le hizo ganarse un gruñido y una mirada furibunda—. ¿Quieres que lo intente yo? —se ofreció.

—¿Acaso tú tienes idea de lo que le pasa?

—Ni puta idea —admitió él, con una carcajada—. Pero por intentarlo, que no quede.

—Creo que mejor vuelvo a empezar yo. Sujétala fuerte, que no se tambalee.

—A la orden.

Con manos firmes, el hombretón de anchísimas espaldas, brazos impresionantes y cuerpo igual de robusto que le había hecho ganarse el apodo de Gran Oso, sostuvo la herramienta a la espera de que su jefe obrara un milagro. Empezaba a aburrirse cuando un movimiento llamó su atención y sus ojos lo siguieron al instante.

—¡Puto calor! —vociferó Juan mientras se secaba el sudor de las manos y el de la frente con la parte baja de su camiseta—. ¿A ti te parece normal? La semana pasada lloviendo sin parar y hoy casi treinta grados. ¡En pleno marzo!

—Lo que no me parece normal es que una mujer como esa se meta a monja. Mira qué sonrisa. Y todo lo demás. Hola —saludó en voz muy alta—. Este mundo se va a la mierda —sentenció en tono más bajo, dejando caer ligeramente hacia un lado la taladradora, ganándose un grito de su jefe—. Perdón, es que se me han ido los ojos.

—¿De qué coño estás hablando?

Juan alzó la cabeza y siguió con la mirada la dirección que enfocaba Miguel. Una mujer se dirigía a la puerta de la sala de reuniones de la parroquia,

acceso que él conocía porque había estado allí hablando con el padre Andrés sobre la restauración. Tardó solo dos segundos en reconocerla, el mismo tiempo que su estómago en dar un ligero salto.

—¿Por qué crees que es monja? —preguntó divertido.

—Está en la iglesia un miércoles a las doce del mediodía. O es monja o muy beata.

La carcajada que aquella deducción le provocó a Juan le hizo olvidarse por un momento de la dichosa máquina que tenía a sus pies.

—Yo estuve allí mismo hace un par de meses a una hora similar, y no soy cura ni fraile.

—Ya, pero tú fuiste por temas laborales.

—Ella también.

—Sí, ser monja es como un trabajo —meditó en voz alta Miguel.

—Que no, Miguel. Es Luz Duque, la mujer que me va a ayudar con la boda de mi hermana. Imagino que irá a hablar con el padre Andrés, por alguna boda que vaya a celebrarse aquí mismo, algún papeleo...

—¿En serio? ¡Qué alivio! —espetó como si le fuera la vida en ello—. Aún queda alguna esperanza para la humanidad.

—Qué exagerado eres.

La vieron sacar unas llaves del bolso, abrir la puerta y entrar. Todo de espaldas a ellos, por lo que no pudo sentirse observada.

—Pues qué confianzas, porque tiene llaves —declaró Miguel con sospecha—. Espera... ¿las monjas pueden trabajar de algo más que de monjas? Igual se dedica a eso de las bodas como segundo empleo.

—Que no, pesado. —Juan puso los ojos en blanco, volvió a agacharse y a concentrarse en el arreglo que tenía entre manos—. Este es un pueblo muy colaborativo, ya os lo expliqué antes de venir. Seguro que participa en algún grupo parroquial o algo así. —Recordó que ella había mencionado la gran comunidad que era Villa San Juan como uno de los motivos que la habían hecho mudarse al pueblo—. Además, estuvo casada. Me dijo que enviudó

hace algunos años. —Le puso la taladradora en las manos y le hizo sujetarla con fuerza de nuevo—. ¿Podemos volver a lo que estábamos? Bastante tiempo estamos perdiendo ya. Hay que terminar de picar todo el patio esta semana sin falta.

—Pues como no cojamos pico y pala...

A la vez que Miguel soltaba aquel nada gracioso comentario a oídos de Juan, la máquina escupió un chorro de líquido negruzco que le manchó la cara y la parte superior de la camiseta.

—¡A tomar por culo ya, hombre! —gritó, tirando la taladradora al suelo.

Se limpió la cara con la parte limpia de su camiseta, pero acabó por quitársela de un tirón y lanzarla por los aires. Miguel aprovechó el escaso segundo en que su jefe tuvo la cara tapada para darse la vuelta y reírse por lo bajo.

—Puede que encontremos alguna en alquiler a un buen precio —propuso, conteniendo la risa.

—¡Una mierda de alquiler! —Con la botella de agua que había llevado para beber, se lavó como buenamente pudo—. Una nueva que no se vaya a estropear pasado mañana. Búscame una ganga, Miguel, que no estamos para tirar cohetes.

—¿Ahora?

—Claro. —Bebió un largo trago y volvió a aclararse las manos—. Largo.

—Voy.

Mientras Miguel corría hacia su coche, Juan se planteó por un instante lo del pico y la pala. El sudor cayéndole por la columna le hizo descartar la idea casi antes de planteársela.

El suelo de piedra del patio tendría que esperar a que Miguel volviera con una taladradora nueva. Solía encargarle a él ese tipo de compras. Tenía buen ojo para la elección de maquinaria y herramientas. Además, conocía a casi todos los vendedores de la zona. La taladradora rota no había sido una de sus elecciones. De hecho, en cuanto la había visto al sumarse al equipo, la había

catalogado de «basura de importación». No había estado nada desencaminado.

Asado de calor, se echó por la cabeza lo que le quedaba del agua de la botella, la cual le provocó un escalofrío. Estaba helada, como a él le gustaba beberla. Se sacudió como un perro mojado y respiró hondo antes de dirigirse a su furgoneta a por una camiseta limpia. Y unos pantalones. La botella que se había vaciado encima estaba casi llena y era de litro y medio.

Se uniría al resto del equipo en el interior del edificio, pensó mientras se secaba, donde las nuevas paredes ya levantadas estaban siendo pintadas y las nuevas ventanas instaladas. Seguro que allí el calor no era tan sofocante.

Desde la ventana de la sala de reuniones, Luz observaba sin poder pestañear. Sin apenas respirar.

Había visto a dos hombres trabajando cuando se dirigía hacia la parroquia, pero solo uno había levantado la vista y había respondido a su saludo. El que estaba agachado, de espaldas, le había parecido Juan, pero como tampoco había estado segura no se había acercado más.

Una vez dentro, como el padre Andrés aún no había llegado, se le había ocurrido mirar por la ventana. Lo que había visto la había dejado clavada al suelo. Aunque una parte de ella le decía que mirar a escondidas estaba muy mal, otra le gritaba que ni loca se perdiera semejante espectáculo.

Juan no tenía el típico cuerpo musculado, se notaba que no había estado levantando pesas en el gimnasio. Aquel cuerpo duro era fruto del trabajo físico al que se dedicaba, aunque esa espalda ancha y la cintura estrecha podían deberse a la genética. Y también a la natación, recordó, pues había oído comentar en la frutería que los obreros del Centro Cívico se aseaban en el polideportivo y que algunos también nadaban un rato a última hora de la tarde.

Por un momento, Luz había pensado que él la estaba viendo. Porque aquella manera de echarse el agua por la cabeza y sacudirse le había parecido toda

una provocación. ¿Quién hacía algo así, tan sexi, tan erótico, sino pretendía que alguien más lo viera? ¡Santo cielo! Si hasta le había parecido verlo todo a cámara lenta. Los chorros de agua deslizándose por cada surco que marcaban sus músculos en su piel morena; por su ancha garganta, por su amplio pecho, por su marcado vientre...

Luego había caminado hasta su furgoneta, con el pantalón caqui remangado hasta la rodilla, tan mojado que se le pegaba a los glúteos de forma escandalosa, y había comenzado a desabrocharse el cinturón...

Luz había tenido el reflejo de llevarse las manos a la cara para taparse los ojos. No había llegado a hacerlo. Sin embargo, el espectáculo acabó cuando él desapareció dentro del vehículo, provocándole un doble sentimiento de alivio y decepción.

—¡Madre mía! Que estoy en suelo sagrado —se dijo entre dientes y a punto de santiguarse.

—Técnicamente, estás en fuera del templo. Lo que sea que hayas hecho no será tan malo.

—¡Padre Andrés! —exclamó asustada, dándose la vuelta y alejándose de la ventana casi de un salto.

—¿Qué has hecho? ¿Has blasfemado? —se interesó el hombre, divertido al ver su rostro colorado y su expresión cohibida—. Con todo lo bueno que haces por el prójimo a diario, Dios no te lo tendrá en cuenta.

—No, no es eso.

Luz lo miró con la cabeza gacha. Había entrado sin hacer ruido, y no sabía cuánto tiempo llevaría allí. El padre Andrés era un sacerdote joven dentro de la media —rondaba los cincuenta—, su talante era desenfadado y sus ideas bastante progresistas. Pero ser de mente abierta no quería decir que le pareciera bien lo que ella había estado haciendo antes de que llegara. Con toda seguridad iba en contra de alguno de los diez mandamientos, aunque en ese momento no era capaz de pensar en cuál.

—¿Tenemos que pasar al confesionario? Tenemos tiempo —bromeó

mostrando su cómplice sonrisa, con la que se había ganado la confianza de su feligreses y de otros tantos vecinos que no compartían su fe pero sí su manera de ver el mundo.

Gran parte de los voluntarios que participaban en actividades como la que iban a organizar ese día no era creyente, al menos no practicante, pero entre el padre Andrés y Merche, la alcaldesa, habían logrado fusionar las asociaciones vinculadas a la iglesia y las vecinales de carácter social.

De esta manera, los recursos materiales y humanos se multiplicaban, los espacios se compartían y el pueblo estaba más cohesionado. Poco había importado que la nueva alcaldesa estuviera casada con otra mujer. De hecho, Rosario, la alcaldesa consorte —como la llamaban de forma cariñosa los vecinos— era una de las principales impulsoras de las actividades de la villa. Animadora sociocultural de profesión, era una fuente inagotable de ideas y de energía. Estaba en todos los saraos.

—No, no será necesario.

—Bien. Entonces, manos a la obra. —El padre Andrés dio una palmada y se frotó sus anchas y morenas manos—. Los demás voluntarios deben de estar al llegar.

El viernes a las siete y cuarto de la tarde, Juan estaba sentado en el sofá de la mesa de recepción de Nuestro momento, agotado tras una larga semana de trabajo. Al menos la tarea de picar el suelo del patio había podido finalizarse en el plazo que tenía previsto, gracias a la nueva taladradora, mucho más potente que la anterior.

Además, Luz había tenido la amabilidad de servirle un sándwich y un refresco, calmando así el hambre voraz con la que no había contado. Había sido más previsora que él, pues ya estaban sobre la mesa cuando había llegado. Él no había tenido en cuenta su necesidad de alimentarse al aceptar

ese horario para sus reuniones.

Al ver que ella no se sentaba y que pululaba de un lado a otro del establecimiento, pensó que le estaba dando tiempo para terminar el aperitivo, por lo que se decidió a iniciar una charla banal para romper aquel incómodo silencio.

—El otro día te vi. El miércoles. —Juan masticó despacio mientras la veía ponerse del color de la grana—. Entrabas en la parroquia —añadió, desconcertado por su reacción.

—Ah, sí —dijo ella muy bajito.

—¿No te diría nada Miguel, verdad?

—¿Quién?

—Miguel. El hombre al que saludaste. ¿Te dijo o hizo algo que te molestara? ¿Tal vez después, cuando saliste?

—No, qué va. Saludé al pasar. Vi a un hombre de pie y otro agachado, nada más.

¿Nada más? Qué mal se le daba mentir, se lamentó Luz muerta de vergüenza. Por un momento había pensado que iba a decirle que la había visto en la ventana, mirándolo embobada.

—Pues el agachado era yo —detalló con una risa amarga—. Trataba de arreglar una vieja taladradora que ya está en el vertedero.

—Ah. —«Di algo, di algo», se repitió mentalmente Luz—. ¿Por qué iba Miguel a decirme algo que me molestara?

—Porque él es así, un poco bocazas. Y no se le escapa una mujer guapa a kilómetros a la redonda. Te echó el ojo.

—¿Ah, sí? —Tuvo que tragar saliva. El tema se estaba yendo por un lado que no se esperaba—. Solo me saludó, de verdad.

—Pero pensó que eras monja.

Tal vez fuera por los nervios de haberse creído descubierta fisgando, tal vez fuera que le hacía gracia de verdad. Luz irrumpió en una carcajada que no fue capaz de controlar y que se prolongó casi un minuto.

—Lo siento. Es que no sé por qué ha podido pensar algo así. No recuerdo ni qué llevaba puesto.

—Ibas normal, una falda oscura y una camisa blanca. Aunque no parecían de monja en absoluto —reconoció él, sin ser consciente de la sorpresa que se había llevado ella al ver que recordaba qué había llevado puesto—. Creyó que eras monja por el mero hecho de ir a la iglesia un miércoles. Tonterías de Miguel, no les des importancia.

Aunque parecía que la idea le había hecho mucha gracia, ahora Juan se arrepentía un poco de haber sacado ese tema de conversación que había considerado tan inofensivo. Podía ser que no le gustara la idea de que un tipo imponente como Miguel la tuviera en su punto de mira, o que la hubiera catalogado de algo que no era, aunque tampoco es que tuviera nada de malo ser monja.

—No pasa nada —lo tranquilizó ella—. Esos prejuicios están más extendidos de lo que crees. Solo que en este pueblo en concreto, ocurre todo lo contrario. Tanto personas con fe como no creyentes acuden a la parroquia como colaboradores en obras sociales. Más ahora que el Centro Cívico no está operativo.

—Sí, la alcaldesa me comentó que se desviarían allí algunas actividades.

—El miércoles nos reunimos varios voluntarios para organizar el calendario de actividades de este año.

Llevaba casi tres días con cierto asunto en la cabeza, desde la tarde del miércoles. Verlo semidesnudo y mojado no había sido lo único relacionado con aquel hombre que le había alterado ese día.

—Antes de ponernos con las primeras ideas que tengo en mente para que le traslades a tu hermana, tengo que decirte una cosa que... bueno, puede que no te guste mucho.

—Te escucho. —Juan se limpió las migas de los labios con una servilleta.

—Verás... Ya sabes que me gusta ayudar si está en mi mano. Y aunque traté de no seguir mirando los papeles que imagino que se te colaron en la caja de

tu hermana, no pude evitarlo. —Se retorció los dedos mientras hablaba—. Es que detecté un fallo a simple vista, en la primera lectura que hice antes de comprender que esa documentación no tenía nada que ver con la boda.

—¿De qué papeles me hablas?

—De tu declaración de la renta.

—Ah, eso. Así que estaba ahí... —Juan se comió el último trozo del sándwich sin darle más importancia—. Sí, me puse con ambas cosas el mismo día y debí meterlo todo junto sin darme cuenta.

—Ya. —Luz tomó por fin asiento a su lado—. Algo así imaginé que era. Pero yo... soy perfeccionista hasta niveles, digamos, enfermizos. —Hizo una extraña mueca con la boca—. Detecté el fallo y no pude ignorarlo o limitarme a marcártelo y comentártelo hoy. Tuve que seguir leyendo y... seguir corrigiendo.

Esta vez Juan tragó con dificultad.

—Dios, ¿cuántos errores había?

—Bastantes. —Esbozó una sonrisa comprensiva—. ¿Por qué no acudes a una gestoría?

—Acudía a una. Pero pensé en hacerlo yo mismo este año y ahorrarme ese gasto.

—No es mala idea, siempre y cuando sepas lo que estás haciendo.

—¿Tú como autónoma recurres a un gestor? —se interesó.

—No. Pero es que me dedicaba a asesorar a empresas antes de hacer lo que hago ahora. Grandes empresas, con grandes cuentas. Los números se me dan muy bien —explicó—. Aun así, y a riesgo de incurrir en delito saltándome a la torera la ley de protección de datos, una vez corregidos los errores, confirmé todo con un excompañero. Cada año cambian algunas normativas, y no quería arriesgarme a dejar ningún cabo suelto.

—¿Me estás diciendo que me has hecho la declaración de la renta y un experto te la ha corroborado? —sintetizó él, asombrado.

—Sí.

—¿Y cuánto me vas a cobrar?

Luz hundió un poco la cabeza entre los hombros y volvió a retorcerse los dedos.

—Si no me denuncias por meterme donde nadie me llama, nada.

Sacó una carpeta de la caja que él había llevado el lunes anterior y le entregó la documentación.

—Me parece un trato muy ventajoso para mí. —Juan le echó un vistazo a las páginas perfectamente redactadas a ordenador y no su chapuza a mano—. Así que la puedo presentar tal cual está.

—Si no faltan facturas, sí, está lista para presentar. Y si quieres, el año que viene, te ayudo a hacerla, pero no te arriesgues a cometer errores. Algunos no tienen tanta importancia, pero otros pueden traerte problemas. Como multas, que el final te saldrían más caras que una gestoría.

—Ya, veo que hay bastantes cosas que no había puesto en su sitio. —Miró con atención un par de páginas más—. Así que el ordenador nuevo no es un gasto.

—No, es una amortización. —Luz se acercó y señaló con el dedo la línea que así lo indicaba. Juan volvió a detectar el aroma frutal de ella y perdió el hilo de sus pensamientos por unos instantes—. Es un bien inmovilizado, por lo que no se puede deducir en un único año, pues se va devaluando según pasa el tiempo.

—Entiendo. Pero esto es demasiado complicado para mí. —Su cercanía tampoco lo ayudaba a concentrarse en aquellos números. Por suerte, ella se recostó en su propio asiento—. Te lo agradezco mucho. Muchísimo. Este año me has salvado el culo. Perdón por la expresión —añadió al ver su gesto contrariado. Había empezado a darse cuenta de que le disgustaban las palabras malsonantes—. Pero tienes razón. El próximo año retomaré lo de la gestoría.

—Sabia decisión.

—También he pensado que... —se frotó la nuca— voy a decirle la verdad a

Carla. Lo he pensado, y creo que será mejor que sepa desde el principio que estás ayudándome con su boda. No quiero tener que andar con mentiras. Y si avanzamos en ideas, sé que no se creerá que han sido solo mías. Me conoce demasiado bien.

—Esa es tu decisión. Si cuando se lo digas quiere llamarme, yo encantada.

—Querrá conocerte en persona, estoy seguro. —Aunque la idea ya la llevaba pensada, de pronto pedírselo le causó algo de apuro—. ¿Te importaría acompañarme un día a verla?

Su expresión reveló que la petición había sido una grata sorpresa. Juan se sintió profundamente aliviado.

—En absoluto. Tú dime cuándo y yo me organizo.

—¿Qué tal el próximo viernes? —tanteó algo inseguro.

—Perfecto —aceptó tras consultar su agenda en el portátil. Después lo giró hacia él y le mostró unos gráficos—. Mira, este es el esquema que he elaborado basándome en todo lo que he podido ver en esta caja tan completa que me trajiste.

Durante largo rato, Luz le explicó los puntos que debían ir organizando paso por paso; papeleo administrativo, invitaciones, catering, flores, música, regalos, fotógrafo...

Había cuadros de tiempos, plazos de confirmación, direcciones y teléfonos de empresas, webs donde Carla podría cerciorarse por sí misma de que eso era lo que a ella le gustaba para su boda.

—Acorde con lo que hasta ahora he podido saber sobre tu hermana por su álbum de recortes, he seleccionado a los colaboradores que mejor encajan y que además disponen de una web repleta de contenidos que ella podrá ver en cualquier momento, para que pueda participar lo más activamente posible en las elecciones que vayamos haciendo —explicó ante una perpleja mirada de Juan—. Sé que parece un poco locura, pero créeme, lo tengo todo muy bien hilado.

—Te creo, te creo. Simplemente, me reafirmo en mi opinión de que esto me

supera.

—Seguro que puedes aportar grandes ideas, nadie conocerá mejor a Carla que tú. Aunque poder hablar con ella en persona me ayudará muchísimo a sintetizar aún más todo esto.

—Estoy de acuerdo. Entonces, quizás sea mejor que lo dejemos aquí de momento, hasta que podáis hablar y vayamos sobre ideas más concretas.

—Estupendo. ¿Quieres llevarte el esquema?

—Pues...

—Puedo imprimírtelo.

—Vale. Supongo que sí.

—No te asustes, es solo un método de trabajo. Limitate a ir marcando los puntos que ya tengamos cerrados, subraya el teléfono y el nombre de la empresa con un rotulador fosforescente... —Como la cara de él iba palideciendo por momentos, Luz cortó de raíz el problema—. O ya te daré el esquema final cuando lo tengamos, si lo prefieres.

—No lo sé. Estoy un poco asustado.

—Ya. —Y era muy gracioso y tierno ver su gesto de horror—. Eres más de trabajar sobre el terreno.

—Sí. Soy más de mancharme las manos.

«No solo las manos», pensó para sí Luz, rememorando sin poder evitarlo la escena del miércoles. Los calores comenzaron a subirle de nuevo por el cuello hasta incendiar su rostro. Trató de disimularlo hablando sin parar.

—Está bien. Poco a poco. Toma. Ya tengo lo que necesito, hice algunas fotos. —Se levantó, le dio la caja y lo acompañó hasta la puerta—. ¿Cómo quedamos para el viernes?

—Puedo recogerte aquí a las seis y traerte de vuelta tras la visita —se ofreció él, solícito.

—No será necesario, puedo seguirte en mi coche o quedar directamente allí —rechazó ella de inmediato.

—Lo sé, pero es lo menos que puedo hacer a cambio de mi declaración de la

renta, ¿no te parece?

—Visto así... —¿Cómo negarse, si iba a ser su forma de darle las gracias?

—De acuerdo. Próximo viernes a las seis. —Él asintió con un gesto de la barbilla—. ¿Puede comer de todo?

—¿Cómo?

Luz centró sus pensamientos en una nueva tarea de la que ocuparse.

—No acostumbro a visitar a nadie en el hospital sin llevarle un detalle. La repostería se me da bien.

—Entiendo, pero no es necesario en este caso, no es ese tipo de visita. Aunque... —se corrigió al ver que ella torcía el gesto— si es lo que quieres, sí, poder, puede. —¿Cómo negarse, si ella era así, detallista, generosa...? — Otra cosa es que ese día se levante con apetito. Va por rachas.

—Me esmeraré en preparar algo especialmente apetitoso.

Se despidieron en la puerta y ella lo observó marchar hasta su furgoneta, como la anterior vez. Sin embargo, en esta ocasión él se giró antes de llegar y volvió a despedirse con una mano. Ella lo saludó de nuevo y se sintió obligada a entrar en su tienda. Tuvo que reconocerse a sí misma que había pretendido verlo marchar, no sabía muy bien por qué. Sin embargo, tras su gesto de despedida, quedarse allí mirándolo le había parecido descarado y un sinsentido.

Aun así, no se alejó de la cristalera y pudo verlo alejarse hasta que giró en la curva de la calle y desapareció.

Mientras recogía el plato y el vaso de la mesa, no pudo dejar de darle vueltas a una idea. ¿Por qué le ponía nerviosa ir a conocer a su hermana? ¿Por qué sentía esa incertidumbre, esa necesidad de que todo saliera bien?

Una parte de su cerebro le dio una respuesta, pero ella no la quiso escuchar y se centró en buscar en su cuaderno de recetas qué elaborar para llevarle a Carla. O eso pretendía, pues esa parte de su cerebro era muy insistente.

No estaba nerviosa por ella, por Carla. Estaba inquieta por él. Por ir hasta la clínica en su furgoneta y volver después. Por cada viernes de reuniones que

les esperaba hasta la fecha de la boda. La siguiente pregunta era por qué. ¿Qué le inquietaba de él, si se sentía bastante cómoda estando en su compañía?

Se negó a ahondar en esa nueva pregunta y, tomando papel y lápiz, se dispuso a hacer la lista de los ingredientes que iba a necesitar comprar para... sí, definitivamente, los buñuelos de crema. ¿Quién podía resistirse a unos buñuelos caseros?

Capítulo 5

Carla esperaba impaciente. Conocer a la mujer que su hermano había contratado para que les ayudara con la boda le producía una doble expectativa. Primero, porque el asunto le hacía muchísima ilusión. Incluso se sentía mejor de salud desde que Álex le había propuesto matrimonio. Y segundo, porque Luz Duque debía de ser muy especial si Juan había confiado en ella para tan importante labor.

Desde que sus padres fallecieron, Juan se había vuelto muy hermético y celoso de su intimidad. No le gustaba que gente nueva se acercara demasiado a ellos, a sus vidas. A sus amigos de siempre los atesoraba como oro en paño. Ella había llegado a pensar que temía que fueran a sufrir el mismo trágico final que los había dejado huérfanos, pues desde entonces estos eran su única familia.

Ambos se enorgullecían de tener muchos y buenos amigos. Carla no estaba segura de haber adquirido esa sana costumbre —la de cuidar y alimentar la amistad de su círculo más cercano— de forma innata o como valor aprendido. De ser esto último, sabía que en gran medida se debería a Juan. Ella era una adolescente cuando se quedó a cargo de su hermano universitario, y aún tenía muchas cosas que aprender de la vida.

Sin él, sabía que todo habría sido mucho más difícil. La habrían enviado a vivir con la única familia que le quedaba, una tía abuela lejana que había fallecido hacía un par de años. Pero él había estado allí, Dios le había hecho

el regalo de ponerlo en su camino, de darle el mejor hermano del mundo. Ella se había esforzado en estar a su misma altura. Se habían cuidado mutuamente. Lástima que una puta enfermedad les estuviera jodiendo la vida a ambos.

—¿Se puede?

—Adelante.

El corazón de Carla brincó de júbilo. Juan entró en su habitación seguido de una mujer de aspecto radiante. Solo con ver su amable sonrisa, Carla sintió unas maravillosas vibraciones que le dijeron que todo iba a ir sobre ruedas.

Le gustó su coleta alta de rizos rubios, que le daban un aspecto juvenil a pesar de saber que tenía la misma edad que Juan. Vestía de modo informal, con un pantalón vaquero y un jersey fino de un tono caldera muy actual. Su abrigo debía de ser uno de los dos que Juan ya guardaba en el armario ubicado junto a la puerta del baño.

«Muy caballeroso, bien hecho», meditó Carla para sí mientras observaba la cajita de cartón blanco que Luz depositaba sobre la mesita a los pies de la cama, antes de acercarse hasta ella y sentarse en el borde del colchón.

—Hola, soy Luz Duque. —Le dio dos besos de lo más afectuosos y sonrió aún más, de forma que sus ojos de color caramelo brillaron con ilusión—. Encantada de conocerte por fin, Carla.

—Yo sí que estoy encantada. De hecho, estoy como una moto. No me puedo estar quieta.

—Pues relájate un poquito, no vayamos a tener que pincharte un calmante —adujo Juan, muy serio pero en el fondo bromeando, mientras acercaba una silla junto a la cama.

La había puesto para Luz, pero esta no se movió del borde de la cama a pesar de estar viendo lo que hacía. Optó por sentarse allí él mismo, descartando la butaca donde tantas noches había dormido para velar a su hermana.

—Nada de eso. Esta euforia me hace sentir más viva que nunca. ¿Verdad que tiene que ser buena señal?

—Si no te empieza a costar respirar, imagino que no hay ningún problema —intervino Luz al verse aludida—. Por cierto, mola tu pañuelo.

Ambas rieron cuando Luz hizo el saludo de los surfistas con el dedo pulgar y meñique extendidos. El pañuelo con el que Carla cubría su calvicie ese día mostraba una gran ola y una tabla en la que surfeaba una vaca con bikini rosa.

—Me encantan estos pequeños detalles divertidos. Me hacen el día a día más llevadero.

—En ese caso espero que te guste lo que te he traído. Los he hecho yo.

—Claro que le van a gustar. —Juan se levantó a coger la cajita y la dejó en sus manos—. Tanto que no sé yo si va a dejarme alguno.

—Si te portas bien... —Carla abrió la caja con ansiedad—. ¡Buñuelos!

—De crema. En su versión light, leche con poca grasa, no demasiada azúcar... Para que no te pongan pegas los médicos. Pero no por eso están menos ricos —advirtió.

—Que intenten impedirme comérmelos. —Ya tenía dos en la boca—. Mmm, buenísimos.

—Oye, dame uno, glotona.

—No, son míos.

Luz observó el forcejeo típico de dos hermanos que se sucedió a continuación. No pudo contener la risa. Se los imaginó de niños, peleando por algo similar. Supo que Juan lo estaba haciendo a propósito. Ese era uno de aquellos pequeños detalles divertidos para hacerle más llevadero el día a día.

—Coge uno tú también, antes de que este los devore todos —le indicó Carla tras darle un manotazo a Juan en el brazo.

—¿Yo? Si ya llevas seis. Yo solo me he comido dos.

—Ya me comí unos cuantos mientras los hacía, muchas gracias —rechazó Luz—. Son para ti, Carla. Aunque puedes compartirlos con quien quieras, por supuesto.

—¿Me traes un vaso de agua, Juan?

—No tienes sed —le recriminó, pero se levantó a buscarlo—. Es para

alejarme de los buñuelos.

Tras beberlo de un trago, Carla se lo devolvió y le indicó que fuera a por más. Él resopló con hastío exagerado.

—Dime, Luz. ¿Por dónde vamos a empezar?

—Mi visita de hoy es sobre todo para conocerte —le explicó, acomodándose en la cama con una rodilla doblada bajo el cuerpo—. Ya sabes que Juan me ha dejado ver tu álbum y la caja de recuerdos. Con eso me hago una idea de qué te gusta, o gustaba. Pero necesito conocer a la persona que hay detrás de eso. Saber quién eres. Y conocer a Alex a través de ti.

—Vale. —Pestañeó, pensando. No supo por dónde empezar—. ¿Y qué quieres que te cuente?

—Entiendo que puede resultar un poco brusco contarle tu vida a una desconocida. —Le dio un toquecito en una mano, aportando cercanía—. Así que voy a empezar por presentarme yo misma. Puede que luego te sea más fácil abrirte a mí.

Bajo la atenta mirada de ambos hermanos, Luz contó todo tipo de detalles de su vida, unos más corrientes y otros más personales, de forma que Carla pudo hacerse una idea de qué necesitaba saber de ella.

Luz había nacido en Madrid y era hija única. Había vivido siempre en la misma casa con sus padres y una de sus abuelas hasta que esta falleció cuando ella tenía doce años. Fue buena estudiante desde pequeña, por lo que sus veranos siempre habían sido felices y ociosos, sin tareas escolares que le robaran horas de diversión. Le gustaba el atletismo y participar en actividades que organizaba la parroquia de su barrio, a la cual iba con sus padres a misa cada domingo, pues eran creyentes practicantes.

Había conocido a Cristóbal antes de coincidir con él en el instituto. Era uno de los chicos que acudían a las actividades parroquiales y a misa con sus padres y su hermana pequeña, Lidia. Tocaba la guitarra cada domingo junto con otros voluntarios, para amenizar la eucaristía. Los padres de ambos se habían hecho buenos amigos y ellos habían empezado a coincidir más.

Para el bachiller ya eran novios con serias intenciones, cosa que habían aprobado sus padres de antemano. Incluso habían decidido que ambos estudiaran Administración y Dirección de empresas en la universidad, para después trabajar para el padre de Cristóbal. Ellos habían estado de acuerdo, más por conformismo que por deseo propio.

Al terminar la universidad, se casaron. Dos años después, Cristóbal enfermó y en menos de un año murió de una afección cardíaca. Aquello la marcó tanto como para querer cambiar de vida de forma radical, llevándola a dejar su trabajo y su ciudad.

Desde hacía cinco años vivía en Villa San Juan, pueblo que había elegido porque allí había pasado un verano maravilloso de niña. Guardaba tan buen recuerdo del lugar que pensó que sería una buena opción para darse una segunda oportunidad de ser feliz.

Para ello, había decidido dedicarse a hacer solo cosas que le gustaran. Seguiría realizando labores de voluntariado como había hecho de adolescente y, para ganarse la vida, se le ocurrió trabajar ayudando a parejas de prometidos a organizar sus bodas. Su cuñada Lidia, que desde siempre había sido como una hermana para ella, se había trasladado a Valencia a estudiar Periodismo y de forma simultánea trabajaba como colaboradora suya.

Luz le informó también de que Lidia se encargaría de algunos puntos de la boda, y sugirió que la próxima visita que le hiciera, podría ser en su compañía. A Carla la idea le pareció estupenda.

Juan escuchó la conversación sin intervenir. Había estado muy atento a las palabras de Luz. Su forma natural y fluida de revelar puntos tan delicados como la muerte de su marido y cómo había rehecho su vida. Imaginaba que su objetivo había sido que Carla fuera lo más transparente posible. Aun así, dudaba de que le hubiera sido fácil decirlo sin apenas cambiar el gesto.

Sea como fuere, funcionó. Carla se explayó de lo lindo. Empezando por cómo se conocieron sus padres cuando ellos eran unos chiquillos, cosa que le encantó, pues parecía que su vida empezaba a los dos años y no al nacer.

El colegio al que ambos acudían en Valencia tenía una muy activa asociación de padres. Una de sus iniciativas había sido la de facilitar que las familias monoparentales se organizaran para llevar a los niños al colegio en pequeños grupos en función de su zona de residencia. De aquella forma, los padres de ambos descubrieron que eran vecinos de calle y que podían turnarse para llevar y recoger a sus hijos, y así no llegar siempre tarde al trabajo.

La amistad fue a más, sin que sus hijos fueran conscientes de lo que estaba ocurriendo. Se apoyaban en otras tareas cotidianas como la compra o cuando uno de los niños se ponía enfermo. Dos años después, estaban casados y compraban su actual casa en las afueras. Los niños ya se habían hecho amigos, pero no se sentían en absoluto hermanos. Del mismo modo, apreciaban al padre del otro, pero no lo sentían como propio.

Lo primero costó más que lo segundo, y a Juan ambas cosas le llevaron más tiempo. Carla reconoció que adoró al padre de Juan desde el primer día, y lo amó con locura desde que su madre se casó con él. A Juan se acostumbró poco a poco hasta asumirlo como parte de sí misma sin darse cuenta, pero no sin sufrimiento. Él era mayor, cinco años los separaban, y cuando ella ya lo quería como a un hermano mayor, él aún la rechazaba, de forma a veces cruel cuando se le cruzaba el cable. Por suerte, con el tiempo eso había cambiado.

Juan emitió un pequeño gruñido cuando Carla reveló que creía que él llevaba años intentando resarcirse de ese episodio de sus vidas.

—Es de corazón tierno, aunque intente ocultarlo —declaró, haciéndolo levantarse de golpe y alegar que tenía que llamar a la obra como excusa para dejarlas a solas.

Carla continuó su discurso sin la presencia de su hermano, detalle que no hizo que contara las cosas de diferente forma.

Le explicó que ella acababa de cumplir quince años cuando sus padres se fueron de crucero por el Mediterráneo para celebrar su aniversario de boda. El autobús que los trasladaba del puerto a una de las excursiones en Nápoles sufrió un accidente y se incendió. Varios pasajeros murieron, entre ellos sus

padres. Nada había vuelto a ser igual desde entonces.

Luz le tomó la mano y se la apretó. La comprendía muy bien, y ella lo sabía. Lo que sí dudaba era si Juan había puesto como excusa para marcharse el comentario de Carla sobre su tierno corazón, cuando lo que no quería oír era lo que sabía que continuaba en la narración. El momento de quedarse huérfanos.

Carla explicó cómo Juan decidió dejar la carrera aparcada y ponerse a trabajar como peón de obra para hacer frente a los gastos y sacar adelante la casa y a una hermana en una etapa de la vida bastante vulnerable. Cuando fue mayor de edad y comenzó en la universidad, él retomó sus estudios al ritmo que su trabajo le permitió. Tardó, pero llegó a ser arquitecto. Poco después, creó su propia empresa, harto de su jefe y decidido a ser el suyo propio.

Continuó contándole que, con el objetivo de colaborar económicamente en casa, comenzó a diseñar páginas web, entre ellas, la de su hermano, antes de terminar la carrera de Ingeniería informática. Descubrió que era lo que le gustaba y se le daba bien, además de sacar fotos. Había comenzado a hacer un curso de fotografía que no había podido terminar a causa de su enfermedad.

De esta no le habló demasiado, solo le dijo que llevaba tres años y medio luchando contra ella. Que al ser una leucemia a la que se le sumaban complicaciones respiratorias por una afección pulmonar, la habían desahuciado tras las primeras sesiones de quimioterapia y la inexistencia de un donante compatible.

Por suerte, uno de los médicos le había hablado del tratamiento experimental que llevaban a cabo en aquella clínica y allí estaba desde entonces, entrando y saliendo. Aunque ya llevara varios meses sin salir.

De los hombres previos a Álex no quiso contar mucho. Solo que fue ella quien dejó a todos y cada uno de sus tres errores y que con Álex supo que acabaría casándose desde que lo vio tocando con su grupo en un bar. Había sido un flechazo. Por desgracia, la alegría les había durado solo un par de años.

Álex también era informático, pero se dedicaba a programar más que a diseñar. Le llevaba tres años y tocaba el bajo en un grupo llamado Sombra Añil. Muy lúgubre, lo sabía, pero su música era muy buen rock, y no tan oscuro como era de esperar. Lo había dejado al poco de enfermar ella. No se sentía con ánimos de ensayar. Ella recordaba la última vez que lo había oído tocar. Pero en su boda, tocaría. El grupo al completo lo haría.

Un enfermero entró en la habitación y le inyectó algo en la vía que Carla llevaba en el brazo izquierdo. Luz preguntó si quería que lo dejaran ahí, o si necesitaba un descanso, pero Carla rehusó.

Siguió hablándole de Álex. De la buena relación que tenía con Juan, cosa que no le había ocurrido con ninguno de sus anteriores novios. Una prueba más de que era el hombre ideal para ella. Les gustaba ir a nadar y solían hacerlo los tres juntos. O lo habían hecho.

Sus suegros, Manuel y Josefa, vivían en la misma Valencia. Aunque la llamaban muy a menudo, se preocupaban por ella y les estaban ayudando económicamente en lo que podían, no acudían a visitarla de forma asidua. Eran mayores, rondaban los setenta y cinco años y tampoco estaban muy bien de salud. La madre de él estaba en silla de ruedas desde hacía dos años. A ella le sabía fatal que su hijo estuviera lejos por su causa, pero la madre lo había comprendido e incluso había sido una de las principales impulsoras del viaje en busca de un hombre desaparecido.

—Perdona si soy muy curiosa —le dijo Luz, realmente intrigada—. Pero, ¿con cuánta información cuenta Álex para encontrar a tu padre biológico?

—Entre poca y casi ninguna —adujo Carla, con sonrisa resignada—. Mi padre era veterinario, trabajó en un zoo de Valencia varios años. Pero cuando mi madre se quedó embarazada, él le advirtió que no pretendía quedarse aquí mucho tiempo. Quería viajar, trabajar con los animales en su hábitat, no en cautividad. Mi madre se negó a viajar con un bebé a la selva de ningún país recóndito. Y cuando tuve dos años, él se marchó, sin más.

—Qué frialdad. —Luz no pudo evitar dar su opinión sobre aquel hombre.

—No quería a mi madre, y no me quería a mí. Si no, no nos hubiera cambiado por los caimanes de los Everglades de Florida. No sé si fue por cargo de conciencia o por algún otro motivo, pero es cierto que, durante un tiempo, le ingresó a mi madre cantidades importantes de dinero en la cuenta que aún tenían en común. Nada más que eso, ni cartas, ni llamadas, nada. Solo dinero.

—Lo dicho, frío como el hielo.

—Mi madre lo aceptó porque lo necesitaba de verdad. Cuando vio que podía sacarme adelante por sí misma, cerró la cuenta. Entonces él envió un cheque desde Madagascar. Ella lo envió de vuelta a la dirección del remitente, con una nota que decía que no necesitábamos su limosna, más los papeles del divorcio. Los devolvió firmados y ya no supimos nada más de él.

—Lo siento.

—Yo lo sentí un tiempo, cuando tuve edad suficiente para que mi madre me lo contara. Pero después comprendí que tener un padre así habría sido como no tenerlo. En cambio, al marcharse, tuve un padre de verdad en el de Juan. Y además venía con regalo. Un hermano.

—Visto de esa manera... —Rieron juntas—. Así que Álex está buscándolo en Madagascar.

—Uf, no. Ahora está el sureste asiático. —Suspiró, pensando en las penurias que sabía que estaba pasando Álex a pesar de que él apenas se las mencionaba—. Cuando me dijeron que mi padre biológico era mi baza más segura para poder vivir, me enfrasqué en un trabajo de rastreo que me consumió las pocas fuerzas que me quedaban. No dormía por las noches, pegada al ordenador buscando pistas en cualquier sitio sobre su paradero. Redes sociales, empresas de contratación, zoológicos, parques nacionales, empresas de turismo, ya que supimos que trabajó como guía... Aquello me hizo empeorar y surgió la idea de ir directamente allí a buscarlo.

—Lo de las redes sociales es una buena idea —reconoció Luz—. Si me das una foto y el nombre, y el último lugar donde sepáis que ha estado, yo puedo

pasárselo a mis contactos. Mis clientes han viajado por todo el mundo en su luna de miel. Es posible que alguno, por casualidad, lo haya conocido. Nunca se sabe.

—Sería genial que tuviera un perfil en Facebook, pero lo miro a diario, y no hay nadie con su nombre.

—¡Ya estás otra vez con eso! —La atronadora voz de Juan reverberó contra los cristales—. ¡Quedamos en que te olvidarías de la búsqueda por Internet!

—Juan, no...

—Ha sido cosa mía —intervino Luz de inmediato al verlo tan alterado.

—¿Y quién te manda a ti meterte en ese asunto? —Su ira se centró en ella—. ¡Tú estás aquí para organizar una boda!

Tiró de Luz por la muñeca y la sacó a la fuerza de la habitación.

—¡Suéltame! —exigió, tironeando de su agarre—. ¡Me haces daño!

La soltó de golpe y se quedó mirándole la mano que ella se sujetaba con gesto de dolor.

—Lo siento. Pero... ¡joder! —El grito fue aún más sonoro e hizo eco en el desierto pasillo. Se mantuvo en silencio unos segundos, tratando de serenarse—. No sabes lo enferma que llegó a ponerse. No se separaba del ordenador, casi no dormía, respondía a cada lerdo que creía haberlo visto en el culo del mundo. Incluso contactó con una cadena de televisión para hacer un llamamiento público. Fue de locos. Peor que la enfermedad en sí. Nos costó mucho convencerla de dejarlo en aquel punto e intentarlo de otra manera.

—Sigo mirando las redes sociales a diario. Pero nunca más de una hora —apuntó Carla, encaramada al marco de la puerta y asomando la cabeza hacia el pasillo.

—Vuelve a la cama ahora mismo.

Él trató de llevarla adentro, pero ella lo esquivó.

—Discúlpate primero con Luz.

—Ya lo he hecho.

—Hazlo otra vez. Le has hecho daño.

—No es nada —aseguró esta, aún afectada.

Juan cruzó una mirada retadora con su hermana, quien no pensaba cejar en su empeño. Viéndose derrotado, volvió hacia donde estaba Luz, pegada contra la pared.

¡Mierda! La había asustado de verdad.

—Déjame ver. —Le tomó la mano y se la miró. Le había clavado los abalorios de una pulsera en la piel. Tenía la muñeca enrojecida y llena de marcas. Al menos no había sangre—. Perdóname. No quería hacerte daño.

—He dicho que no es nada. Ya está.

Le dio la espalda y cogió a Carla por un brazo para acompañarla hasta la cama.

—Creo que con lo que me has contado tengo suficiente —aseguró como si el incidente no hubiese tenido lugar—. Podemos mantener contacto por *email* o teléfono. O a través de Juan, que vendrá cada viernes.

—Genial. Gracias, Luz.

Se despidieron con un cariñoso par de besos.

El viaje de vuelta lo hicieron en silencio. Juan puso la radio para aplacarlo, pero era como una losa sobre ambos.

Cuando se detuvo frente a su casa, apagó la radio y se giró hacia ella.

—Oye, quiero disculparme otra vez.

—No hace falta.

—Es que no he controlado mi fuerza. Y esa pulsera estaba justo ahí.

—No pasa nada. Déjalo.

Ella no lo miraba. Su cabeza estaba gacha y estaba más seria de lo que nunca la había visto.

—No soy un hombre violento, te lo aseguro. Jamás le he puesto la mano encima a nadie. Solía ser de los que separaba a los otros niños en las peleas de los recreos.

El comentario la hizo sonreír con levedad y él se sintió un poco aliviado.

—No quiero que este incidente estropee los preparativos. —Le dio un

toquecito en el codo para que lo mirase—. ¿Puedo compensarte de alguna manera?

—¿Compensarme? —Por fin lo miró, con curiosidad—. ¿Cómo?

—No tengo ni la menor idea. —Se le escapó una carcajada nerviosa—. ¿Flores? ¿Más Rellenitas?

Aquello la hizo sonreír de verdad. El puño que apretaba el estómago de Juan se aflojó un poco más.

—Solo quiero puntualidad en la cita de los viernes. Que llevemos al día los puntos que vayamos acordando. Que hagas de intermediario entre tu hermana y yo de forma eficaz. Ah, y que cuando hables con Álex lo mantengas informado de los avances. Si se siente con ganas de aportar algo, que tenga su oportunidad. No creo que debamos mantenerlo totalmente al margen solo porque esté lejos y muy ocupado.

—¿Solo eso? —Juan estaba algo pálido de pronto—. Prefiero ir a por todo lo que les quede en el *Magda Lennon* y ofrecértelo de rodillas.

—No me convence —denegó con fingido gesto estricto.

—Está bien. Seré el intermediario más eficiente que hayas tenido nunca.

—Serás el primero que he tenido nunca. Así que no tienes el listón muy alto —bromeó, sonriente como siempre. Abrió la puerta y le echó un último vistazo carente de ningún tipo de rencor—. Buen fin de semana.

Luz salió con aire triunfal de la furgoneta y se despidió de él con la mano antes de darle la espalda y atravesar su jardín con caminar tranquilo.

Si ella parecía tan despreocupada, en absoluto enfadada, ¿por qué él se sentía como si hubiera atropellado a una cachorrita dándose después a la fuga?

Capítulo 6

El local de Nuestro momento estaba desierto cuando Juan entró a las siete menos cinco aquel viernes. Sin embargo, una especie de zumbido provocado por la suma de múltiples voces que provenían de la trastienda era la prueba de que no estaba solo ni mucho menos.

Paseó entre las vitrinas acristaladas, ojeando los objetos expuestos, a la espera de que Luz apareciera por allí. Se detuvo ante la tercera de una fila de cinco, la que contenía marcos y otro tipo de soportes para fotografías.

Un rectángulo vertical en plata, sencillo pero elegante, llamó su atención por encima del resto, no por su diseño, sino por la imagen que enmarcaba.

Una pareja de novios caminaba de la mano, de espaldas a la cámara, sin girar sus rostros más que unos grados, por lo que sus perfiles eran casi imperceptibles. Se veían muy elegantes con sus trajes de boda. Ella con la rizada melena rubia y suelta cubriéndole la espalda hasta la cintura, la cola del vestido blanco perdiéndose en el borde de la fotografía. Él con el pelo moreno muy corto y su chaqué bien entallado.

Sin embargo, no era su indumentaria lo que llamaba la atención. Eran esas manos unidas, ese gesto de ambos caminando hacia delante por un sendero campestre, bajo los rayos del sol del atardecer. Se dirigían hacia un futuro común, una vida juntos, mil planes que poner en marcha. No sabían que en pocos años iban a toparse con una gran piedra en el camino que iba a hacer que sus manos se separasen para siempre.

Juan supo que eran Luz y Cristóbal en cuanto fijó sus ojos en la foto. No solo había reconocido esa melena rizada, sino que algo en su estómago le había dado aviso de que esa imagen en concreto, por encima del resto que se exponían en las otras estanterías, era especial, casi mágica. Tal vez por eso ella la había elegido entre todas las que tenía de aquel día.

Sin saber muy bien el motivo concreto, a Juan lo embargó una profunda tristeza.

—Ay, madre, ya estás aquí. —La voz de Luz sonó angustiada—. ¿Ya son las siete?

Cuando se giró, Juan la vio cargada con varias cajitas transparentes que contenían diversos complementos en blanco. Las posó en el mostrador para después dirigirse a una de las vitrinas del lado opuesto del local y coger una especie de diadema de brillantes y una gran flor azul de hojas verdes.

—Casi. Pero puedo esperar si estás ocupada, no te preocupes.

—No, no. Enseguida estoy contigo. Eres mi excusa perfecta para poner fin a esta pesadilla. —Él le sonrió con comprensión al percibir su agobio. Estaba más que claro que los clientes a los que estaba atendiendo no se lo estaban poniendo fácil. Pero de pronto, su gesto mudó. Los ojos se le abrieron de par en par y él pudo ver que una idea cruzaba su mente. Incluso dejó a un lado los complementos que cargaba—. De hecho, eres mi salvador. Tienes que hacerme un favor, Juan. Soy capaz de pedirte de rodillas si es necesario.

—Mujer, no será para tanto —adujo él, al notarla tan desesperada.

Ella alzó una ceja y asintió con rápidos movimientos de la barbilla justo antes de explicarle que llevaba casi tres horas en el probador con una novia, sus padres, sus suegros, sus dos hermanos, sus dos cuñadas y dos de sus damas de honor. Se había probado el ochenta por ciento de los vestidos que había en la tienda hasta decidirse por cinco. De esos, había tardado una hora en descartar tres. Y llevaban una más deliberando sobre cuál de los otros dos quedarse.

Se había procedido a una votación argumentada por parte de los

acompañantes, resultando en empate. Ante los ruegos de la novia, Luz —que nunca se decantaba de forma abierta por un vestido, sino que aportaba observaciones a favor o en contra de detalles concretos y solo si así se lo solicitaban— se había saltado sus normas y había votado por uno de los dos.

Cuando parecía que la balanza se inclinaba hacia ese, había aparecido la tercera dama de honor, que no había podido salir antes del trabajo. La novia había exigido silencio a todos y se había probado ambos vestidos para que ella diera su voto imparcial. El resultado había vuelto a ser empate.

—No pretenderás que yo... —comenzó Juan, al ver por dónde iban los tiros.

—Solo será un momento, de verdad. Y elijas el que elijas, será perfecto, porque la chica está deslumbrante con los dos. Tú sé sincero, dile algo que la convenza, algo que veas que te gusta más de uno y menos de otro. Con eso valdrá.

Juan estaba agotado física y mentalmente. Aquello era peor que tener que lidiar con el desastre en la electricidad del edificio que estaba reformando.

—No creo ser la persona indicada para esto.

—Quieres que nos pongamos con la boda de tu hermana, ¿verdad? —No esperó a que respondiera—. Pues te aseguro que no hay otra forma de que toda esta gente se marche. Puede hacerse de noche y no se habrán decidido. ¡Quien me mandará a mí sacar champán y dulces! —se reprendió, mirando al techo y con las palmas en alto.

La observó con detenimiento. Ella también estaba agotada, frustrada, saturada. Él creía haber tenido un mal día, las instalaciones eléctricas antiguas lo enervaban con especial intensidad. Sobre todo cuando los chispazos lo atravesaban hasta el dedo gordo del pie. Si ella hubiera podido hacer algo por salvarlo de aquellas pequeñas descargas, sabía que lo habría hecho sin dudar. Además... aún estaba el tema del incidente que él no había podido olvidar.

—¿Si lo hago borrarás de tu memoria para siempre lo que pasó el otro día?

Ella lo miró sin comprender a qué se refería. Entonces él le tomó la mano izquierda y le subió la manga del fino jersey violeta que vestía. Un jadeo

quedó ahogado en su garganta al ver varios puntos del mismo intenso color que su jersey alrededor de su muñeca, alternados con otros verdosos y algunos ya amarillentos. Ella apartó la mano de un tirón.

—Soy de piel muy blanca y delicada. Cualquier golpe me provoca un cardenal que me dura varios días.

—¿Pero cómo puedes tener eso así por un apretón de unos segundos?

—Las piedras de la pulsera no eran del todo redondas, tenían algunas aristas. Pero no me duele, no te agobies.

La culpabilidad que lo había martirizado a cuenta gotas esa semana cayó toda de golpe sobre su cabeza.

—¿En serio no te duele?

—Nada de nada. Si me ayudas que no sea por esto, por favor.

Juan respiró hondo y se sintió derrotado.

—Está bien. Vamos a ver qué se puede hacer.

—¡Gracias! ¡Muchísimas gracias! Eres un sol. —Lo abrazó de forma fugaz pero con fuerza—. Un amor. Un...

—Vale, vale. —Su inesperado contacto lo abrumó. Su aroma, de pronto tan cercano e intenso, a fruta jugosa y refrescante, lo invadió con mayor intensidad que cualquier descarga eléctrica—. Acabemos cuanto antes.

—Ven, sígueme. —Lo guió a la trastienda—. Pero espera un segundo a que te anuncie.

Esperó al otro lado de la puerta, desde donde oyó cómo Luz proponía una solución imparcial al tenso debate.

Se escuchó un «sí, por favor» coreado por varias voces. Aquello lo puso aún más nervioso. Implicaba una responsabilidad que no le correspondía.

Cuando Luz lo invitó a pasar, el calor concentrado en la estancia, a pesar de la ventana abierta al fondo, lo empujó a darse la vuelta y largarse de allí. Al igual que el círculo de personas desconocidas que lo miraban esperanzadas.

—Este es Juan. Su hermana se va a casar en unos meses y él está ayudándola a organizar su boda. —Las miradas de aprobación de los presentes lo

apabullaron aún más. Al parecer, ese simple detalle lo hacía aún más merecedor de dar su opinión sobre el vestido de una desconocida—. Esta es Nuria. Y estos... sus más allegados. Te agradecen tu colaboración en el callejón sin salida al que hemos llegado.

Todos lo saludaron con entusiasmo, excepto la novia que, subida a una tarima en mitad de la amplia estancia rodeada de espejos, apenas le dedicó una sonrisa desesperanzada.

—Hola, Nuria. No soy ningún experto. De hecho, no tengo ni idea de moda, bodas ni nada por el estilo —le advirtió—. Pero te doy mi palabra de que te seré sincero. Como si la que estuviera ahí subida fuera mi hermana.

—Te lo agradezco mucho. —Su sonrisa fue un poco más abierta.

—Bueno, este que ves es uno de ellos. —Luz le indicó a Nuria que girara sobre sí misma—. Seda en tono marfil, pedrería en la parte superior, corte sirena. Muy favorecedor para una silueta tan esbelta como la suya.

La chica se miró en los espejos y luego lo miró a él.

—Muy bonito —dijo este—. Estás muy guapa. Y parece... ¿moderno? —No se le ocurría ninguna palabra mejor que lo definiera—. No le veo ninguna pega.

—Veamos el otro entonces —propuso Luz.

Nuria bajó de la tarima y fue con Luz y una de las chicas más jóvenes presentes hasta un probador que cerraron con una gruesa y larga cortina. En un par de minutos, salían de nuevo.

—Este es también seda, pero en blanco roto. El corte es en A, da más volumen, más movimiento. Pero por cómo se estrecha en la cintura, se sigue percibiendo tu bonita silueta. Escote palabra de honor, sin pedrería pero con varios detalles bordados. Más clásico, quizás. El largo habría que ajustarlo a los zapatos que elijas, y la cola se puede dejar o reducir un poco si prefieres algo más sencillo.

Tras esta descripción de Luz, los ojos volvieron a Juan. Este dio una vuelta alrededor de Nuria hasta pararse frente a ella.

—¿Por qué te has soltado el pelo?

—Yo... —La pregunta la sorprendió y tardó varios segundos en contestar—. Con el otro lo llevaba en un moño alto porque tiene tanta pedrería en la parte posterior que me parecía una pena taparla con el pelo. En cambio con este, que me deja la espalda al aire, creo que queda mejor suelto.

La explicación de la joven le pareció muy lógica, pero no era la lógica lo que hacía que una mujer se sintiera hermosa.

—¿Y tú cómo quieres llevarlo?

—No lo había decidido todavía. Dependía del vestido.

—¿Y no puedes llevarlo suelto con el otro?

—Eh... sí. Podría. Pero entonces ya no me gusta tanto.

Todos se habían quedado en silencio y lo miraban a él. Juan no miraba el vestido, sino la cara de Nuria.

—Mi hermana tenía una melena castaña preciosa y larga, como la tuya. Algo más clara. Ahora ya no la lleva así —añadió sin más detalle, porque no lo creía necesario—, pero creo que de hacerlo, no se recogería el pelo en un moño que lo ocultara. A ti te cambia mucho la cara. En mi humilde opinión, creo que te favorece mucho más el pelo suelto.

La novia se miró en el espejo y estudió ambos perfiles de su rostro.

—Tal vez... —miró a Luz —con esas flores que me enseñaste antes...

—Las traigo ahora mismo.

Luz salió como un rayo por la puerta y volvió con una de las cajitas transparentes que había dejado en el mostrador. Ayudó a Nuria a colocarse el prendedor con una amplia rosa blanca seguida de varias más pequeñas en una especie de cascada.

—Podría ondulármelo un poco más —meditó en alto, atusándose el pelo con ambas manos—. Pero Roberto siempre me dice que le gusta mi pelo así, tal como es.

—Es un chico listo —se oyó a uno de los hombres más mayores, que hasta ese momento parecía medio dormido.

Aquel único comentario distendió un poco el ambiente y robó varias sonrisas. Juan imaginó que se trataba del padre del novio.

—¿Puedo probarme el otro vestido otra vez? Quiero ver cómo queda con este peinado.

El proceso en el probador se repitió y cuando salió y volvió a la tarima, nadie dijo ni una sola palabra.

—Quizás con la tiara —opinó Nuria.

—Mejor. Esas flores y esa pedrería no combinan —comentó una chica joven.

Luz trajo el complemento y se lo cambió con paciencia y cuidado.

—Es el otro —concluyó Nuria tras largos segundos de expectación.

—¿Segura? —le dijo una mujer mayor, que Juan imaginó que era su madre.

—No. Pero creo que me gusta más en conjunto. —Asintió como queriendo convencerse a sí misma. Algunos de los presentes comenzaron a hacer comentarios y la chica subió el tono de voz—. El otro, Luz, con el tocado de flores. No le voy a dar más vueltas o empezaré a odiarlos. Y a gritarle a todo el mundo.

El silencio volvió a reinar, pero aún hizo falta media hora para despachar a todos los acompañantes, terminar de coger el bajo y reducir unos centímetros la cola, hacer la nota del pedido a la fábrica, empaquetar y cobrar el tocado seleccionado.

Cuando Luz se sentó por fin junto a Juan en el sofá de recepción, este ya se había tomado la cerveza que le había servido junto con unos canapés de los que no había dejado ni las migas.

—Lo siento muchísimo. Nunca hago esperar tanto a un cliente que tiene cita previa, ni le pido un favor como el que me he visto obligada a suplicarte. Pero como has podido comprobar, era un caso complicado. —Pareció desinflarse como un globo y desparramarse sobre el asiento—. ¿Ahora comprendes aquello que te expliqué el primer día, lo de no tratar más que con la pareja y no con el resto de familiares, aun menos todos a la vez?

—¿Y por qué esta ha venido con el equipo completo?

—Para las pruebas de vestidos o las últimas reuniones antes de la boda suelo aceptar que vengan los más allegados. No suelen ser tantos. —Rio con resignación

—Bueno. Ya se han ido. Caso solucionado —le recordó, al verla aún agobiada.

—Gracias al cielo. Y a ti. —Una amplia sonrisa acompañó al agradecimiento—. Tu aportación ha sido crucial.

—No lo creas, se ha convencido ella sola. Se ha dado cuenta de que estaba dándole más importancia a la belleza del vestido que a la suya propia.

Luz lo miró con detenimiento. No lo conocía aún lo suficiente, pero no había esperado de él razonamientos tan profundos. Aunque al parecer él no era consciente de hasta qué punto había ayudado a esa chica.

—Con tu comentario sobre su precioso pelo has dado en el clavo. Muchas gracias, de verdad.

—De nada.

—Por cierto... —Luz se interrumpió, como si estuviera pensando cómo abordar lo que fuera que quisiera decirle. Él la miró expectante—. Hay una cosa a ese respecto que quería mencionarte. Es un poco delicado y no quiero decirle nada directamente a tu hermana sin hablarlo antes contigo.

—No sé si estoy para temas delicados ahora mismo. —Se recostó contra el respaldo y expulsó todo el aire en un soplido—. Pero... vale, suéltalo.

—Verás, yo soy donante de pelo. —Su reacción fue apenas un parpadeo. Luz se explicó de inmediato—. Llevo ya unas cuantas donaciones. Dejo que me crezca hasta que al cortármelo por encima de los hombros me quiten al menos treinta centímetros. Mi peluquera de Madrid lo envía a una empresa en Málaga, allí lo tratan y hacen pelucas para personas que las necesitan pero no pueden permitírselas. Del mismo modo —añadió antes de que él dijera nada— conozco varias empresas que las venden a personas que las necesitan de igual forma, pero que sí pueden permitírselas.

—Vale. No sigas. —Juan sacudió ambas manos con rápidos aspavientos—. Carla no quiere saber nada de pelucas. Lo dijo la primera vez que empezó a caérsele el pelo con la quimioterapia. Se rapó, quiso un arsenal de pañuelos de mil colores y así ha seguido siendo.

—¿Ni siquiera crees que se lo plantearía para la boda? —Insistió—. Se puede buscar una peluca muy similar a esa melena tan bonita que has dicho que tenía. Podrías dejar caer la idea como una opción, sin más. Puedo pasarte algunas webs de consulta y...

—No será necesario. —Volvió a interrumpirla—. Martina le está diseñando una especie de pañuelo a juego con el vestido, se está basando en el estilo de no sé qué país de Asia o África, no lo recuerdo bien, pero es algo más largo que lo que suele llevar, se asemejará a un velo que caerá hacia delante, creo.

—Entiendo.

—Es lo que Carla quería —insistió él—. Nada de cosas artificiales, por mucho que sean de pelo natural.

Luz asintió y sonrió, dando el tema por zanjado.

—Perfecto. Solo quería cerciorarme de que lo tenía en cuenta sin que el tema le afectara.

—Gracias por consultármelo a mí antes. —Admiraba el tacto con el que abordaba cada detalle—. Tal vez le hubiera molestado un poco, es cierto.

—Suerte que tenga a una buena amiga que le esté diseñado el vestido, ¿verdad? —Observó con alivio—. Seguro que sabrá cómo acertar.

—Sí, gracias a Dios —admitió él aún más contento que ella—. Si tuviera que pasar por algo similar a lo que tú has vivido ahí dentro, a ella le tendrían que subir la medicación y a mí bajarme del puente por el que trataría de tirarme. Sobre todo hoy.

La exageración la hizo reír con ganas. Al hacerlo y sentirse con ello más relajada, de pronto se dio cuenta de que no se había reído en toda la tarde. Tal vez él tampoco.

—¿Por qué hoy? —quiso saber—. ¿Día duro?

—Bastante. Aunque puede que menos que el tuyo. —De pronto la notó fatigada, con los ojos cargados y gesto algo alicaído—. Oye, ¿y si lo dejamos para otro día? Ya son las ocho.

—No es necesario...

—Yo lo prefiero también, en serio. Por mi parte, no iba a ser nada productivo.

Ella habría aceptado a la primera, lo necesitaba más de lo que quería reconocer. Pero era una profesional. Otra cosa era que el cliente prefiriera cancelar la reunión.

—Claro, como quieras.

Se levantaron y él mismo recogió el plato y el vaso que había en la mesita. Ella se lo quitó de las manos enseguida y lo llevó hasta el mostrador.

—Vendré una hora antes el viernes que viene, ¿te parece? —sugirió Juan mientras la seguía, no pudiendo evitar fijarse en la largura de su melena. Le llegaba hasta un poco más abajo de los omóplatos.

—A ver cómo tengo la agenda.

Tenía libre toda la tarde, así que concretaron la cita para las seis y se despidieron en la puerta.

—¿Cuánto te crece el pelo en un mes? —soltó de sopetón Juan, con un pie ya fuera del local.

—No tengo ni idea.

—¿Uno, dos centímetros?

—Quizás.

Luz se quedó paralizada al ver cómo alargaba la mano y tomaba un mechón de su pelo entre los dedos.

—Entonces aún te faltará casi un año hasta tener que cortártelo.

—Tenía previsto hacerlo esta Navidad, que es cuando voy sin falta a Madrid. Creo que para entonces ya estará lo bastante largo.

Él observó el rizo seleccionado unos segundos antes de soltarlo y sonreírle de forma misteriosa.

—Aún son muchos meses para poder lucirlo. Así, suelto. —Volvió a capturar un mechón que hizo girar sobre un dedo—. Es una pena que te deshagas de él.

—Vuelve a crecer —aseguró ella cuando logró controlar el escalofrío que la recorría.

—Sí, claro. Pero tardará. Aunque la persona que lo reciba será muy afortunada. Es muy generoso por tu parte regalarle a alguien la oportunidad de lucir una melena como la tuya.

A Luz no le costaba nada. En vez de cortárselo cada poco, lo hacía cada más tiempo. Sí que era cierto que debía cuidarlo durante meses. Cuando ya estaba muy largo era un poco incómodo de lavar y secar. Sobre todo en verano, tenía que andar siempre con coletas y moños altos. No le dijo nada de todo aquello. Su forma de mirarla la había dejado sin palabras.

El móvil de Juan sonó y, al ver quien llamaba, se despidió de Luz con un gesto de la mano y se dirigió hacia su furgoneta.

Era su amigo Jaime, compañero de universidad y recién estrenado padre de trillizos.

—¿Qué pasa, Papuchi? —bromeó, utilizando el término con el que lo habían apodado el día que anunció que su mujer esperaba no uno, ni dos, sino tres hijos.

—Juanito, ¿qué tal? —repuso el otro, con ese diminutivo que tan poco le gustaba y que solo usaban si querían chincharlo—. ¿Dónde te pillo?

—De camino a casa.

—Perfecto. Escucha, mi cuñada ha venido a pasar el fin de semana y tiene capricho de sobrinos. Esta noche se queda con los trillizos y, aunque Ariadna va a estar también, jura que la dejará dormir. Mañana haremos al revés. Ariadna se irá al cine y a cenar con sus amigas y yo me quedaré en la retaguardia.

—Muy amable por su parte liberaros de vuestras tres fierecillas por un par de noches.

—Sí, acaba de ganarse la insignia de cuñada del año —aseguró Jaime riendo—. Así que he llamado a Jon y a Martín y vamos a salir a tomar unas cañas y a cenar unas hamburguesas gigantes de esas, como en los viejos tiempos. ¿Te sumas?

A Juan se le abrió el cielo.

—¡Sí, por Dios, sí!

—Genial. —Soltó una carcajada—. Veo que te hace tanta falta como a mí, y eso que no tienes hijos.

—Lo que me faltaba a mí —respondió ya sentado en el vehículo.

—Ya, eso dices ahora —dejó caer muy convencido de que se retractaría algún día—. Venga, tío, nos vemos en el Rivers.

—Estoy en menos de una hora.

—Estupendo. Hasta ahora.

La sensación de alivio que lo invadió fue un bálsamo en ese torcido día. Qué suerte poder contar con los amigos cuando más los necesitaba uno, pensó satisfecho.

Sin embargo, sin saber por qué, no eran las cervezas ni las hamburguesas que lo esperaban entre risas y confianzas lo que ocupaba su mente mientras conducía, sino una melena rubia y rizada, ese día algo despeinada por las horas de trabajo a cuestas, pero tan brillante y fragante como cada vez que reparaba en ella. «Demasiado a menudo», se recriminó algo incómodo. Y ese día, además, demasiado cerca. Como sus ojos dulces pero cansados.

Cuando encontró al grupo de tres hombres junto a la barra del Rivers, no pudo evitar desear que Luz pudiera terminar aquel agotador día de una manera distendida como aquella, rodeada de amigos, disfrutando de su reconfortante compañía y conversación.

Tampoco pudo evitar notar una extraña mezcla de compasión y desasosiego. Compasión al pensar que el hombre que aparecía en aquella foto con ella ya no estaba para hacer el fin de su día más llevadero. Y desasosiego al plantearse que quizás ya había otro hombre en el lugar que Cristóbal había

dejado vacante.

Aunque algo le decía que no. Que de ser así, aquella foto de ambos no estaría allí, a la vista de todo el mundo. Un recordatorio diario de que él siempre sería su marido.

La idea lo incomodó hasta el punto de perderse parte de la conversación que se mantenía en la mesa. Pero en cuanto llegaron las hamburguesas, su hambre voraz se antepuso a todo lo demás.

Después de tres cervezas y chistosas anécdotas, aquel sentimiento emergente que despertaba Luz en él quedó adormilado. Por lo pronto, hasta otro día.

Luz terminó por fin de recoger el despliegue de vestidos y complementos que habían quedado fuera de su lugar y apagó las luces de la tienda. Cenó algo rápido, más por tener algo en el estómago antes de tomarse su pastilla que por hambre. Estaba tan agotada que comer era lo que menos le preocupaba.

Respondió al mensaje que sonó en su móvil rechazando la propuesta de su amiga Loreta. Esta le recordaba que esa noche había quedado con un grupo de chicas del pueblo para ir a Valencia de marcha. Ella las conocía de otras ocasiones, pero eran bastante más jóvenes y les gustaba otro tipo de ambiente. Además, aunque le caían muy bien todas, solo a Loreta la consideraba amiga con todas las letras desde que se conocieran en la librería de esta.

Ese día no estaba para irse de marcha. Ni para nada en general.

Se lavó los dientes, se desmaquilló, se puso uno de los pijamas calentitos que reservaba para esos cuatro días del mes y se metió en la cama, dispuesta a desconectar el cerebro y coger el sueño mientras leía una novela policíaca de la que le quedaban un par de capítulos.

Suerte que a pesar de la tarde complicada que se había presentado, su último cliente le hubiera propuesto posponer su cita. La pastilla le ayudaba a mitigar el dolor menstrual que la torturaba desde adolescente, pero no lograba hacerlo desaparecer por completo. Además le daba mucho sueño.

Sabía que su reunión sería agradable, siempre lo era, pero ese día no tenía el cuerpo para nada más.

Qué amable había sido al comprenderlo, si bien él también parecía cansado. Aun así, había sido de lo más encantador con Nuria, mencionándole además parte de su belleza natural de la que ni ella misma parecía haber sido consciente. Sí, un auténtico encanto de sonrisa cautivadora, pensó con una pequeña punzada de envidia, recordando cómo había alabado su preciosa melena.

Sin embargo, cuando le había hablado de las donaciones de pelo, él le había mirado los largos rizos con gesto horrorizado, como si pensara que iba a regalar su pelo desde la raíz y que este no iba a volver a crecer nunca.

Aunque después, había acariciado uno de sus rizos y le había sugerido que no los ocultara en recogidos. A él le gustaba suelto y largo. También el suyo. O quizás, pensó algo cohibida, el suyo en especial.

Cuando se le cerraron los ojos con el libro entre las manos, su último pensamiento consciente fue su mirada en el momento en el que ella lo había abrazado en un súbito impulso. Una mirada en un principio desconcertada pero, después, brillante y profunda. Absolutamente matadora. Tanto como para soñar con esos ojos y su dueño. Pero, por desgracia, no lo suficiente como para ser capaz de recordar sus ensoñaciones a la mañana siguiente.

Capítulo 7

Al cuarto intento a lo largo de la mañana, Luz por fin logró que Ainara, su amiga y excompañera de trabajo, le cogiera el teléfono. La conversación no duró más de cinco minutos. Estaba muy ocupada. Y no por las muchas llamadas para felicitarla por su cumpleaños, sino por las del teléfono de la oficina, las consultas de otros compañeros que recurrían a ella constantemente o —como en el momento que se decidió a despedirse— un grito del jefe para que acudiera a su despacho.

Dudaba que Evaristo le tuviera allí preparada una fiesta sorpresa. Lo más probable era que la hubiera reclamado para solicitarle un informe semanal de resultados, o para responsabilizarla del asesoramiento de un nuevo cliente tan importante que ella misma tuviera que llevar su cuenta en persona.

Desde que Cristóbal y Luz ya no estaban en la empresa, Ainara era su asesora estrella. Y no tenía tiempo ni para ser felicitada en el día de su cumpleaños.

Una vez más, Luz se reafirmó en su decisión de cambiar de vida, aliviada de haber dejado todo aquello atrás. Y no porque su trabajo no la estresara en ocasiones, que lo hacía. Ella era muy autoexigente, y cualquier tarea que se propusiera llevar a cabo terminaba suponiendo un objetivo a alcanzar con excelencia. Ella no hacía nada de forma mediocre.

Como cuando se propuso dedicar parte de su tiempo a aprender a cocinar como terapia para ocupar su mente con algo que no fuera su doloroso pasado.

Sus primeros platos fueron simplones, insípidos y de aspecto poco apetecible. Lidia fue toda una valiente comiéndolos sin remilgos. Y muy sincera diciéndole lo que opinaba de su lasaña despanzurrada o sus croquetas aptas para uso como cemento armado.

Lejos de sentirse herida, aquello supuso un reto. Siguió practicando, se apuntó a las clases de cocina que impartían en el Centro Cívico cuatro voluntarios, ya que solo siguiendo libros de recetas no le iba muy bien. Y los tutoriales de Youtube le resultaban muy fríos. Ella era más de trato humano real.

La experiencia la ayudó a mejorar y le hizo descubrir el mundo de la repostería, en el cual pronto vio que tenía muy buena mano. Además, en aquellas instalaciones encontró una fuente inagotable de actividades a las que podía asistir, y no solo como alumna. Pronto fue uno de los más activos miembros del equipo de voluntarios que se movía entre la parroquia y el Centro Cívico.

La comunidad de Villa San Juan le había devuelto la paz del alma y le había hecho sentirse más realizada que nunca antes en su trabajo o sus estudios.

Ayudar se le daba bien, y su trabajo debería centrarse también en ello, comprendió. Por eso, le dio un giro a su recién fundada empresa. Se dedicó a las parejas que sí la necesitaran de verdad. Y a estas les ofrecería los mejores servicios a un precio asequible.

Como, por ejemplo, un reportaje de boda de mano de uno de los mejores fotógrafos que había conocido nunca. Uno que en esos momentos entraba en el local con su habitual caminar de modelo de pasarela y aquella sonrisa ladeada que, estaba segura, había roto más de un corazón.

Hugo Ayamonte era alto y corpulento, quizás demasiado para un modelo al uso, aunque de seguro ante la cámara sería tan espectacular como detrás de ella. Lucía una cabellera castaña brillante que casi le rozaba los hombros, aunque solía recogerla en una pequeña coleta. Sus ojos verdes, siempre alertas, parecían andar buscando la foto perfecta en cualquier momento. Tal

vez por eso jamás se los protegía con unas gafas de sol, a pesar de la claridad de estos.

Nadie lograba mostrar en una imagen fija la esencia y el alma de las personas como él. Por ello, si estuviera disponible más a menudo, Luz lo contrataría para todas las bodas que organizaba. Siempre que los clientes estuvieran de acuerdo en aceptar sus términos, por supuesto.

Como ella misma, Hugo era muy claro en ese aspecto. Tras una reunión con la pareja para conocer sus preferencias más básicas —como en qué punto de la boda comenzar a tomar fotografías o si deseaban immortalizar en su álbum a cada uno de los invitados o solo a los más allegados— Hugo hacía su trabajo a su manera. Y no sabía cuál sería el resultado hasta el mismo día de la boda. Las fotos hablaban por sí mismas, lo que las personas expresaban ese día no se podía predecir. Sucedió y punto. Y él lo plasmaba de la mejor manera que sabía.

El trabajo de posproducción y montaje también era algo en lo que dejaba volar su creatividad. Sus álbumes eran únicos, cada uno de ellos. En materiales, en diseño... Era, sin duda, un artista. Por eso sus inquietudes eran otras, y ese trabajo solo le servía para financiar su verdadera vocación; la fotografía de viajes, la fusión ser humano y naturaleza.

—Buenos días, Hugo —lo saludó, levantándose de la banqueta donde había estado hablando por teléfono—. Te hacía ya fuera del país. ¿Algún contratiempo?

—Hola, Luz. —La besó con afecto en ambas mejillas—. Todo en orden. Salgo mañana hacia Escocia. Pero como ya había terminado el último trabajo, he querido traértelo cuanto antes.

Depositó sobre el mostrador con sumo cuidado una pesada bolsa de tela negra algo esponjosa. De ella sacó un maletín que realmente se asimilaba más a la concha de un molusco, una especie de gran ostra blanca y brillante.

—¿Es el álbum de Enrique y Ángela? —Mientras él asentía con una sonrisa, ella buscó el cierre del original envoltorio—. Es muy delicado, como un

joyero.

—Fue todo tan marítimo y playero que esto es lo que me inspiró —comentó con humildad—. Y ella eligió las perlas para el collar y los pendientes, además de los pequeños detalles en la cintura del vestido.

—Cierto. Aun así, no era demasiado recargado. ¿No crees?

—Le favorecían mucho. Resaltaban su propio brillo natural. Estaba radiante, fue un placer fotografiarla. Bueno, a ambos —se corrigió, pues se sentía especialmente satisfecho con varias de las fotos de Enrique, que se había mostrado muy natural a pesar de su timidez—. A él se le veía muy feliz también.

Luz pasó las nacaradas páginas con las puntas de sus dedos, temerosa de dañar el delicado material que simulaba una perla laminada en la que había impresos primeros planos de dos deslumbrantes enamorados, planos generales de una celebración en la playa y maravillosos detalles de familiares y amigos divirtiéndose en aquel inolvidable día.

—Oh. —La voz no le salía por la impresión—. Es tan... tú. Y tan único a la vez. Pero sobre todo, tan... ellos dos. Consigues mostrar su personalidad con sus gestos, sus posturas... De verdad que no sé cómo lo haces.

—Es cuestión de observación. Miras a la gente y el entorno y esperas el momento. Aunque después descartas más de la mitad de las fotos, eso por descontado.

—Observación y talento innato, diría yo. —Él aceptó el cumplido con una sonrisa tímida. Siempre le ponía nervioso el momento de entrega, incluso cuando esta no era a los propios protagonistas—. Es precioso. Además, viendo estas imágenes es como si hubiera estado allí.

—Fue una boda preciosa. Enhorabuena. Es una lástima que siempre te las pierdas.

—Cada uno trabaja a su manera.

—Cierto. Además tú cuentas con Lidia —apuntó y, de pronto, el tono de voz le cambió, se volvió algo agudo—. Por cierto, esperaba que estuviera por

aquí. Tengo algo para ella.

—Vendrá a la tarde —informó Luz mientras cogía un paquete de regalo plano y cuadrado que él sacó de su mochila—. ¿Es por su cumpleaños?

—Sí. Sé que es la próxima semana, pero como yo no estaré... ¿Podrías dárselo de mi parte?

—Claro.

—Gracias. Tengo que irme. —De repente parecía tener mucha prisa—. Aún no he terminado de hacer las maletas.

—Espera. Hay una cosa que quería consultarte —se apresuró en decirle Luz antes de que desapareciera—. Es sobre una boda un poco especial.

—¿Cuál no lo es contigo al frente? —planteó él, haciéndola reír.

Le habló de Carla y Álex. Resumió lo mejor que pudo la situación y le confesó su interés personal en que fuera Hugo y no otro quien se encargara del reportaje. Tenía que ser él, sabía que captaría como ninguno la vitalidad de Carla más allá de su enfermedad.

Hugo aceptó que fuera ella quien le explicara a la pareja su modo de trabajar y si la fecha que definieran al final cuadraba con su estancia en España, no tenía nada que objetar.

Le marcó en el calendario de su agenda las fechas en las que tenía viajes previstos, además del sábado de noviembre en el que ya habían acordado sus servicios para otro enlace.

Con aquel acuerdo medio cerrado, ella lo acompañó hasta la puerta.

—Buen viaje. Ya me enseñarás Escocia a través de tu cámara. Aún no he estado, seguro que así me animo a visitarlo.

—Eso espero lograr con mucha gente.

Se dieron otros dos besos y se despidieron deseándose buena suerte el uno al otro. Ella así lo esperaba para él, de corazón. Su talento lo merecía.

Observó el dorado paquete de regalo mientras lo guardaba en un cajón, preguntándose hasta qué punto Hugo y Lidia habían hecho amistad durante sus encuentros en las bodas en las que ambos coincidían. En los últimos tres años,

que era el tiempo que ambos llevaban trabajando con ella, calculaba que unos doce o quince eventos habían sido fotografiados por Hugo. ¿En qué momento la fecha de cumpleaños de uno u otro habría salido a colación en su conversación, supuestamente, laboral?

Al parecer, Lidia no le contaba su vida con pelos y señales, como ella siempre había creído. La niña hecha mujer tenía sus secretillos.

Luz regresó esa tarde con dos vestidos de novia y tres de madrina en sus respectivas fundas para su muestrario, el contacto de un nuevo servicio de *catering* para sumar a su listado de colaboradores y el estómago demasiado lleno tras una exhaustiva cata de sus platos.

Encontró a Lidia limpiando el polvo de la vitrina de tocados y broches. Y, como no podía ser menos tratándose de ella, con un pequeño casquete morado —adornado con una fina y larga pluma— colocado sobre su cabeza.

En cuanto la vio entrar desde la trastienda, puso una mano estirada bajo su barbilla y alzó el mentón, con aire ilustre, mientras se colocaba el plumero a modo de rabo en la zona baja de su espalda y lo movía de lado a lado como un perrito feliz. Luz se rio a carcajadas.

—Gracias por cubrirme estas horas. —Le quitó el tocado y lo colocó en su sitio con mucho cuidado.

—De nada, Cortarrollos —añadió entre dientes por haberle chafado el juego—. No olvides sumarlas a mi nómina a fin de mes.

Ambas se miraron y se hicieron burla mutuamente, una arrugando la nariz y la otra sacándole la lengua. Su acuerdo laboral era bastante flexible. Cosas como la de aquel día no se contabilizaban de forma tan minuciosa.

Lidia pasaba muchas horas con ella en la tienda por el mero hecho de estar en su compañía. Y si Luz tenía que salir a alguna gestión, ella se quedaba a cargo del negocio mientras estudiaba, leía una novela o veía una de sus series favoritas en el ordenador, siempre que todo lo demás estuviera en orden.

Su sueldo por asistir a las bodas que lo requiriesen, por ayudarla a tareas de organización, compras, búsqueda de nuevos servicios e incluso inventario o limpieza, era más que generoso. Como para tener que apuntar tres horas más o menos.

Muchas veces Lidia le decía que le saldría más barato contratar a dos colaboradoras a tiempo parcial en lugar de a ella, que además en breve tendría que dejar su puesto. Cuando se graduara, pretendía dedicarse a su profesión y Luz no solo lo sabía, sino que lo promovía.

Sin embargo, esta siempre alegaba querer que fuera ella mientras estudiara, para así tenerla controlada y que no se despendolara con tanto tiempo libre. Aunque lo decía en broma, esta escondía un poco de verdad. Trabajar le había aportado mayor responsabilidad, había potenciado su don de gentes y le había hecho sentir que podía salir adelante por sí misma, sin depender por completo del dinero de su padre.

—¿Mucho jaleo en este rato?

—No me he aburrido. Han llegado las invitaciones de los enamoradísimos Luis y Gema, y los detallitos de mi tocaya Lidia y Antonio. —La dirigió al mostrador para enseñarle una unidad de cada—. Los he comprobado uno por uno, están todos perfectos. Les he llamado y vendrán a lo largo de la semana a recogerlos. Por cierto, la otra Lidia quiere un cambio en las mesas de su familia —añadió con tono derrotado—. Otra vez.

—Ya me lo imaginaba. —Luz puso los ojos en blanco, no queriendo pensar en ello hasta que no hubiera otro remedio, pues podía haber otros mil cambios antes de que hablara con la susodicha—. ¿Algo más?

—He atendido a una pareja que ha venido recomendada por la prima de una amiga o... algo así.

—¿Sin cita? —Ella no recibía por lo general sin una llamada o *email* previos—. Qué raro.

—Les pillaba de paso. Volverán mañana a la misma hora. He consultado tu agenda y he visto que tenías hueco. Pero ya les he hecho la ficha y hemos

tanteado sus primeras ideas.

—Estupendo. Eres una joya.

—También he vendido un picardías tan pícaro que me ha dado hasta vergüenza enseñárselo a los tres chicos que han venido a por él. Me sonaban del pueblo. Eran los tres hermanos pequeños de una tal Rebeca. ¿Te suena?

—Sí, se casa en Arizona, trabaja allí. Es la hija de Julián, el de la calle Mayor... —Vio que la cara de Lidia no ofrecía ningún signo de reconocimiento

—. Da igual. ¿Y eso es lo que han venido a buscar?

—Es que me han contado que el novio es muy tímido y va a venir a conocer a sus suegros. Quieren hacerle una pequeña jugarreta regalándole eso a su hermana delante de él.

—Y tú has hecho de cómplice en esa maldad.

—Me ha parecido divertido. También se han llevado unos... juguetitos. Ha sido pasar al otro lado del biombo y que se les iluminara la cara.

Por eso tenía el biombo japonés separando aquella vitrina. A algunas personas les resultaba ofensivo, otras se distraían demasiado tratando de ver qué era lo que se exponía allí. Si alguien buscaba ese tipo de productos, ella se los mostraba sin problema, pero no le gustaba que fuera lo que llamara la atención por encima del resto de la exposición.

Como facilitadora en la organización de bodas, ella ofrecía todo lo que se pudiera necesitar para una. Y de paso, obtenía unos beneficios extra por la venta de esos productos.

—Espero que fueran mayores de edad y no hayas pervertido a ninguno — advirtió de pronto. Lidia asintió muy seria, pero a Luz no le pareció muy convincente—. Bueno... Sí que te ha cundido la tarde. La mañana no ha sido tan movidita.

—Es que tengo mucho gancho —bromeó.

Ese comentario y el suyo propio le trajeron a Luz algo a la mente.

—Por cierto. —Sacó el paquete de regalo que había guardado esa misma mañana en un cajón— Tengo una cosita para ti.

—¿Un regalo? —Lidia corrió hasta ella dando palmaditas de ilusión—. Pero si queda casi una semana para mi cumpleaños —indicó, aunque ya estaba desenvolviéndolo con suma curiosidad.

—Lo sé, pero la persona que te lo ha traído no estará aquí ese día, y me ha pedido que te lo dé de su parte.

—¿Quién...? —Dejó la pregunta a medias. En cuanto vio la foto enmarcada supo la respuesta.

Era una imagen de ella, su rostro y medio cuerpo de perfil, observando el infinito, con gesto sereno pero ausente. Ella tenía una sonrisa preciosa, todo el mundo se lo decía, por lo que procuraba sonreír en todas las fotografías que le tomaban. Aun así, nunca se veía bien, le parecía que ponía gestos raros. «Tal vez la clave estuviera en que la captaran a una distraída», meditó al verse a sí misma sin una sonrisa pero más bella que nunca. «O en la persona que hubiera detrás de la cámara», tuvo que reconocer para sí.

—Madre mía, Lidia. ¿Cuándo te ha hecho Hugo esta foto? Es tan... No tengo palabras. Solo sé que quiero una copia.

—Tuvo que ser en el anterior reportaje para el que le contrataste. La boda del mes pasado, no, la de octubre. Llevo el pelo suelto. En la última lo llevaba recogido.

La ropa sí era la misma en ambas ocasiones. Solía vestir de camisa blanca y falda negra o pantalón de sastre, procurando ir elegante pero no parecer una invitada más.

—Así que no te diste cuenta de que lo hacía.

—Sí que lo vi. Y le regañé por ello. Le pedí que las borrara todas. Él se negó, pero no pensé que fuera a... hacer esto. Es un imbécil.

Luz se quedó descolocada.

—¿Pero qué dices?

—¿Por qué tiene que regalármela?

—Es un detalle, va a ser tu cumpleaños... —Luz le vio el gesto, más preocupado que molesto, y supo que ahí había algo que no le había contado—.

¿Qué ha pasado entre Hugo y tú, Lidia?

—Nada. En la boda del mes pasado apenas le dirigí la palabra.

—Igual por eso ha querido estrechar lazos —barruntó—. ¿Y por qué no le hablaste?

—Porque en la de octubre, me besó.

—¿Que te besó? —La voz de Luz salió estrangulada. Tuvo que aclarársela—. ¿Y después de más de seis meses no me has dicho nada? Me cuentas hasta qué marca de zapatillas llevan tus rollitos de la universidad, incluso me hablas de los chavales de primer curso que te ponen ojitos por los pasillos, ¿pero no me mencionas que Hugo, nuestro fotógrafo macizo, te ha besado?

—¿Te parece que está macizo? —Esta vez fue la voz de Lidia la que sonó demasiado aguda.

—No me lo parece, es una realidad objetiva. Está macizo. Y también es amable, muy profesional, además de un artista. Estas tres últimas cualidades son las únicas que me interesan de él, te lo aseguro. Nuestra relación no va más allá de lo laboral. Pero, ¿a ti te besa y luego no le diriges la palabra?

—Es que no sé qué clase de beso fue.

Lidia recordó el momento del suceso, tratando de explicarle con palabras algo que ni ella había sido capaz de comprender. Estaban en el coctel previo al banquete. Ella estaba en un lateral discreto, esperando a que les dieran aviso para pasar al salón y que cada cual tomara asiento en la mesa correspondiente. Entonces lo vio, Hugo se había alejado de los invitados y estaba a tres pasos de ella, con la cámara enfocándola. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, así que le solicitó que borrara las fotos que le hubiera hecho. Ella no era nada fotogénica y odiaba que la retratasen.

Él caminó hasta su lado y se negó a borrar nada.

—Eso no va a ser posible. Mi cámara se ha enamorado de ti —le dijo, literalmente.

Entonces ella hizo amago de ir a quitársela y él la apartó, dejándola colgada de su cuello pero a su espalda. Y de paso, atrapándola a ella con un brazo

alrededor de su cintura.

Se quedó tan sorprendida que no fue capaz de reaccionar cuando su otra mano le sostuvo el mentón y lo alzó hasta que sus bocas se unieron.

Fue el beso más lento y más largo de toda su vida. Aunque a ella se le hizo corto. Él se demoró en cada caricia como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Usó su lengua solo para lamerle los labios y curiosear en la entrada de su boca, apenas rozando la punta de la suya, tímida y asustada en el interior, aunque pugnando por salir en contra de su voluntad.

Solo se apartó cuando un estrépito de cristales se oyó a pocos metros. Un camarero había tropezado y varias copas habían acabado en el suelo hechas añicos.

Lidia despertó de golpe del trance en el que él la había sumido, lo empujó por el pecho, que era donde habían ido a parar sus manos, y lo miró ceñuda.

—No deberías haber hecho eso—. Tuvo que tragar saliva y coger aire para lograr decir cinco tajantes palabras más—. No vuelvas a hacerlo nunca.

Lo había esquivado el resto del evento. Y en la boda del mes anterior, se habían saludado y habían hablado sobre temas profesionales cuando la situación lo requería. Nada más.

—¿No crees que esta foto puede explicar qué tipo de beso pretendió darte?

La idea ya había calado en Lidia antes de que Luz la mencionara, pero se negaba a aceptarla.

—No. Seguro que solo es un regalo de cumpleaños y de disculpa.

—No te lo crees ni tú.

Lidia enfocó la mirada acusadora que la retaba a volver a mentirle. Sabía que podía ocultarle cosas a Luz si se lo proponía a conciencia, pero mentirle quedaba descartado por completo.

—¿Acaso no ves que es mejor que ni me fije en si está macizo o deja de estarlo? ¿En cómo brillan esos ojos de gato tan verdes que tiene o en cómo se mueve sigiloso como uno? Nunca se sabe dónde va a estar el mes siguiente. Cada vez que quieres contratarlo para unos clientes, tienes que andar

dependiendo de sus fechas para planificar todo lo demás. Él vive así, hoy aquí, mañana en el culo del mundo —concluyó con tono enfadado.

—Eso es cierto —reconoció Luz, creyendo comprender la causa real del desasosiego de Lidia.

—No quiero eso para mí. No podría soportar enamorarme de un tío que nunca está. Las relaciones a distancia no se inventaron para mí, lo tengo clarísimo.

—Aquí nadie habla de enamorarse. ¿O sí?

—Podría hacerlo —declaró al cabo de unos segundos de silencio en el que su cerebro parecía emitir un chirrido por las vueltas que le estaba dando a sus propias palabras—. De él, sí.

Las manos de Luz cubrieron su boca. Era la primera vez que le confesaba algo similar. Nunca había hablado de amor respecto a ninguno de sus novietes, rollitos o líos, como ella misma los llamaba, y no habían sido pocos.

—No me mires así —solicitó con tono suplicante—. Tú no sabes cómo besa.

—No, no tengo ni idea —adujo esta, estupefacta y algo preocupada—. Pero está claro que me pierdo algo excepcional.

—No bromees. —Miró la foto y la apartó lejos en el mostrador—. Mejor quédatela tú.

—No. Es tuya. Ya le pediré a él una copia.

—Pues que te la envíe por correo, porque a saber cuándo volverá.

—Tengo su calendario de este año completito. —Lo sacó del interior de su agenda y lo hizo bailar en el aire—. Si quieres te lo paso.

—¿Ahora te facilita su itinerario anual? —lo dijo con sorna, pero atrapó el calendario de un tirón y lo observó al detalle.

—Solo me ha apuntado cuándo no estará, sin detallar dónde. Es que le he propuesto, si estaba disponible, hacer el reportaje para Carla y Álex. Como no tenemos aún fecha definida, voy a ver si la cuadramos.

—Seguro que les haría un reportaje impresionante —concedió, como si solo admitirlo le molestara.

—Eso opino no. Mira lo que me ha traído.

Le mostró el álbum y ella lo miró con detenimiento.

—Mira que es bueno el muy cabrón —soltó irritada.

—Esa boca... —tuvo que reprenderla Luz, ya que si no lo hacía de inmediato, ella se embalaría con más y más improperios.

—Pero no sé si será el apropiado para Carla —resolvió de pronto, ignorando su reprimenda—. Es un poco... como su padre. No puede estarse quieto en un sitio mucho tiempo. Otro nómada desarraigado.

—No creo que Carla vaya a conocerlo tanto como para ponerse a hacer comparaciones.

—Imagino que no. En cambio, yo debería aprender de ese ejemplo para olvidarme de él por completo.

Al verla hacer uno de sus más penosos pucheros, Luz se preocupó en serio.

—¿Cuánto te afectó ese beso, Lidia? ¿Y por qué no me lo habías contado?

La joven se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

—Si no lo mencionaba, podía fingir que no había pasado de verdad —confesó en tono apenas audible, un susurro que parecía hasta dolerle.

—¿Y te lo creías?

—Ni de coña.

Con un suspiro, miró la foto de nuevo antes de cerrar los ojos con fuerza y darle la vuelta para no verla más.

—¿No tendrás algo de chocolate por ahí? —solicitó esperanzada.

—¿Con quién crees que estás hablando? —Luz la rodeó por la cintura y la condujo hacia la puerta que comunicaba con la casa—. Hoy te dejo arrasado con mi despensa, toda para ti. Yo ya me he puesto hasta el culo en el *catering*.

Lidia paró en seco y la miró con la boca abierta.

—Has dicho «hasta el culo», y ni te has despeinado.

—Eres una pésima influencia para mí.

—Qué curioso que mi padre opine lo mismo, pero justo al revés.

Luz soltó un bufido similar al de un gato irritado.

—No me mentes a tu padre u olvidaré que estoy a punto de reventar y tendrás que compartir el chocolate conmigo.

—Vale. Hablemos de otra cosa. O mejor. —Su rostro mostró una repentina ilusión—. Vayámonos al cine a ponernos hasta el culo de palomitas y chuches.

Tirando de Luz en dirección contraria a la que acababan de tomar, Lidia se dirigió a la puerta principal.

—Pero si solo son las seis. Aún quedan dos horas para cerrar la tienda.

—Y qué. No tienes ninguna cita en la agenda.

—Pero podría venir alguien...

—Y encontrará la tienda cerrada, por lo que volverá otro día. Y tú has trabajado hoy de sobra. ¿No eres tu propia jefa? Date el resto de la tarde libre.

No hizo falta más. Luz le dio su bolso a Lidia y cogió las llaves de la tienda del cajón donde siempre las guardaban.

—¡Qué cojones! —exclamó mientras cerraba por dentro—. Nos vamos al cine.

—He creado un monstruo —murmuró Lidia con fingido terror.

Entra carcajadas, ambas se dirigieron al garaje y se subieron al coche de Luz para pasar una divertida tarde de chicas como hacía tiempo que no se permitían.

Capítulo 8

Una de las muchas cosas de las que Luz se sentía satisfecha era de considerarse una persona con la que se podía contar. Ella lo valoraba en los demás, y hacía muchos años que se esforzaba por ser de la forma en la que le gustaba que los demás fueran. En verdad no suponía un esfuerzo, sencillamente había sido un cambio drástico en la forma de vivir su vida. Ella era así por naturaleza, pero los acontecimientos la habían apartado de aquella senda durante algún tiempo. Sus actuales esfuerzos se centraban en no salirse de ella.

Hacer lo que le gustaba, vivir donde se sentía a gusto, reconfortada, rodeada de personas a las que apreciaba, y ayudarlas en todo lo que estaba en su mano. Villa San Juan se había convertido en su hogar en muy poco tiempo. Apenas recordaba cuando fue otro lugar el que consideraba como tal. U otra persona. A veces aquella época parecía un sueño. Y la inmediatamente posterior, una pesadilla.

Sin embargo, caminando desde su casa hasta la parroquia de San Juan, escuchando el trinar de los pájaros y respirando la agradable brisa de la mañana, su presente era plácido, tranquilo, perfecto. O casi, pensó al tiempo que se quedaba parada en seco al otro lado de la calle.

En la entrada del Centro Cívico divisó a Juan. Hasta ahí ningún problema, salvo el pequeño brinco de su estómago que había empezado a sentir cada vez que lo veía. Un saltito casi imperceptible al que ella había tratado de no prestar mucha atención, dada su relación laboral.

No obstante, el vuelco que esta vez sintió en la boca del estómago no fue leve, sino de varios grados en la escala de Richter. Una mujer esbelta y de larga melena oscura se apeaba de una ajada furgoneta y era recibida con un abrazo que Luz calificó de oso en cuanto los pies de la joven se separaron del suelo por el ímpetu de Juan. Se oyeron carcajadas y el inconfundible sonido de un marcado beso, aunque la distancia y el ángulo de su posición le impidieron ver el lugar donde los labios de ambos se habían posado.

Tras un intercambio de palabras con las manos cogidas, frente a frente, él la rodeó con el brazo por los hombros y la llevó hasta la parte trasera del edificio, donde Luz los perdió de vista, de alguna forma. Porque las imágenes de lo sucedido se repetían una y otra vez en su retina. Las manos de él alrededor de su cintura, la sonrisa en su rostro, el brillo en sus ojos...

Tragó el nudo de decepción que se había formado en su garganta y cruzó la calle hasta la parroquia. Se sintió estúpida al notar el temblor de sus dedos cuando sacó del bolso el llavero de los locales sociales. Pasó una tras otra todas las llaves sin ser capaz de reconocer la correspondiente a la puerta principal.

«No seas tonta», se dijo una vez logrado su objetivo, a refugio en un lugar cerrado y solitario. «Era mucho pedir que un hombre como él no tuviera novia. Además, es un cliente, aunque no sea él quien se case. Que no le interese el matrimonio no significaba necesariamente que no tuviera una relación estable, o pasajera, o que no quisiera tener una o que... Mierda. Perdón».

Se mordió la lengua. Odiaba blasfemar, y hacerlo en la parroquia, aunque no fuera dentro del templo, le parecía irrespetuoso.

Se dejó caer en una silla y hundió la cara entre las manos, con los codos apoyados en la mesa de la sala de reuniones.

¿Desde cuándo estaban latentes aquellos sentimientos en ella? No era de naturaleza celosa, ni siquiera cuando en el instituto las chicas revoloteaban alrededor de Cristóbal había sentido verdaderos celos. Claro que él le profesaba amor a cada minuto del día y ella creía cada una de sus palabras y

de sus gestos, pues solo veía sinceridad y devoción en ellos. En el fondo, aquellas chicas le daban lástima.

En cambio la morena de la furgoneta... Le inspiraba cosas feas, sentimientos que ella nunca había albergado por nadie. No la conocía y sentía que la odiaba. Aquello era totalmente nuevo para ella. Se descubrió a sí misma criticando mentalmente, sin poder evitarlo, el deplorable estado de su vehículo. Las ropas demasiado holgadas y poco favorecedoras que llevaba, una especie de peto vaquero flojo y deslavado sobre una camiseta blanca de manga corta, con el fresco que hacía a aquellas horas.

¿Y qué decir del pelo? Tan largo y suelto, sin más, como si se acabara de levantar de la cama. ¿Tal vez de la de él? Eso era, se había olvidado algo en casa y ella había venido a traérselo, con esa ropa de andar por casa, o más bien por un taller mecánico, sin peinarse siquiera. Pero él la había recibido con un abrazo y un beso que delataban complicidad y alegría porque estuviera allí. Estaba claro que el atuendo no le importaba lo más mínimo, aunque por lo poco que había podido ver su cara, parecía una chica preciosa. Y joven. Más que ella. Más joven, más esbelta, más morena, peor vestida, sí, pero eso tenía fácil solución.

—¿Se puede? —oyó tras varios toques en la puerta.

—Sí, adelante.

Se levantó a recibir a los primeros asistentes a la reunión para organizar la fiesta anual de los jubilados de la villa. Todos los años colaboraba en ello y ese día además iba a estar sola, sin el padre Andrés, que había tenido que acudir al obispado. Pero ahora no estaba segura de tener fuerzas para ello.

Uno tras otro fueron apareciendo los ancianos, unos más achacosos que otros, pero no por ello poco llenos de vida e ideas para el festejo. Con su charla y sus propuestas, Luz se fue animando y fue desterrando de su corazón el incómodo sentimiento que se había apoderado de él por unos minutos. Le gustó sentirse de nuevo ella misma, en un terreno seguro en el que se sentía útil y feliz. Pasó el resto de la mañana entre los pastelillos de limón de don Luis,

el café del termo de pícnic de dos litros de la señora Josefina y los golpeteos de la tiza en la pizarra del inquieto señor Fermín, quien se afanaba en apuntar pormenorizadamente cada idea y ordenarla en un horario del acontecimiento, como cada año que ella recordara. Solo que este, el hombre no aguantaba de pie mucho rato y se pasó la mañana levantándose y sentándose, borrador en mano, para corregir el orden de las actividades.

Cuando en el termo no quedó ni una gota, en los platos ni una miga, y el horario de la pizarra fue fotografiado por el presidente de la asociación con su teléfono móvil —cosa que hizo reír a todos ya que don Aurelio había jurado y perjurado que jamás se compraría una bicho raro de esos, aunque claro, había sido un regalo de sus nietos por su septuagésimo cumpleaños, así que no había podido rechazarlo, al igual que las clases prácticas que lo acompañaban—, uno a uno fueron saliendo del local, aunque varios corrillos con diferentes conversaciones se mantuvieron en las inmediaciones.

—¡Luz!

La joven se giró en el umbral de la puerta tras cerrar con llave, y tras tragar saliva. Había reconocido su voz en tan solo las tres letras de su nombre.

—Hola, Juan.

—Hola, quería...

—A ver si tenéis terminado el salón de actos para el mes que viene —exigió don Aurelio dándole a Juan unos golpecitos en el muslo con su bastón—. ¿Qué clase de fiesta vamos a hacer este año si no tenemos salón de baile?

—Tú no estás para muchos bailes —le chinchó el señor Fermín entre risas.

—Mira tú quién fue a hablar —protestó el aludido.

—Si el tiempo acompaña se hará en el jardín. Si no, tendremos que conformarnos con el salón de reuniones de la parroquia. Ya lo hemos hablado y ya lo explicó el padre Andrés cuando se iniciaron las obras —intervino Luz con tranquilidad y, ante la cara de estupefacción de Juan, decidió darle una breve explicación—. En cuatro semanas es la fiesta anual de los jubilados. Tradicionalmente se celebra en el salón de actos del Centro Cívico. Pero este

año toca un pequeño cambio al que todos se adaptarán —dijo esta última frase subiendo el volumen de su voz y estirando el cuello, pero mirando sobre todo a don Aurelio.

—Bueno... Nadie me había comentado nada —se excusó Juan, rascándose el muslo allí donde el bastón le había golpeado no tan levemente—. Cuando hablé con la alcaldesa me aseguró que todas las actividades habían sido desviadas a la Plaza Mayor, al instituto, a la parroquia y al polideportivo.

—Bueno, esta en teoría estaba programada para hacerse en el gimnasio, pero las chicas de juveniles están ganando muchos partidos y es probable que la final de balonmano se celebre allí. El mismo día. Es un calendario cerrado desde septiembre.

—Vaya... No había calculado aún fecha de fin de obra, pero tal vez, solo tal vez, el salón de actos esté terminado en ese plazo —dijo sintiéndose observado por mil ojos.

—¡Perfecto! —oyó a coro, incluso percibió unos aplausos.

—Ha dicho tal vez —se apresuró a recalcar Luz—. Mantendremos esa posibilidad como plan B y seguiremos haciendo los preparativos como hasta ahora.

—Aguafiestas —protestó don Aurelio, pero se calló al ver que Juan lo miraba con reprobación.

—Lo intentaremos, ¿de acuerdo? —fue su última palabra.

—Está bien. Gracias —dijo el hombre algo cohibido por su intensa mirada. Sin embargo, con aquella firmeza lo que logró fue ganarse su respeto. Se giró hacia Luz—. Y gracias a ti también, chiquilla. Sin ti esto sería un desbarajuste año tras año. Eres un sol.

—De nada, don Aurelio. Hablamos la semana que viene. Envíeme la foto del *planning*.

—Sí, por el *guasá*. Ya sé cómo funciona.

—Eso —aceptó ella con una risilla—. Gracias.

Los ancianos se dispersaron y Juan se quedó allí mirándolos marchar antes

de volverse hacia Luz. La sonrisa que le dedicó le provocó un escalofrío que recorrió su columna vertebral como la sacudida de un verdadero terremoto.

—¿Otra de tus labores de voluntariado?

—Sí. Desde hace varios años —comentó sin ser capaz de mirarlo a los ojos. ¿Por qué ese día le parecía que estaba especialmente guapo, si llevaba la ropa de trabajo habitual, el pelo igual de despeinado y la sombra de barba que lucía a veces sí y otras no, pero que nunca pasaba de una longitud propia de dos o tres días?—. Les hace mucha ilusión, se pasan el resto del año hablando de ello. Tanto de lo que sucedió en la última como de lo que se les va ocurriendo para la siguiente.

—Tienes mucho mérito.

—No, ninguno. Disfruto haciéndolo. —Removió nerviosa los papeles que tenía entre las manos, porque no sabía qué hacer con ellas—. No es ningún sacrificio. Es divertido y enriquecedor. Deberías probarlo —añadió.

—No me veo participando en algo así, la verdad.

—Se puede ayudar de muchas formas. Pero es algo que debe salir de uno mismo. —Al ver que él la miraba con una ceja alzada, al parecer esperando que añadiera algo más, ella se sintió observada e incómoda. Un súbito recuerdo de él con la morena le vino a la mente y las ideas se le atropellaron—. Pero tú no venías a hablar de voluntariado, ¿verdad?

—¿Eh? ¡Ah! No. —Él pareció aterrizar de pronto, apartando sus ojos de los de ella. Le había parecido que la miraba con demasiada fijeza, que casi la escrutaba. Como si buscara algo en su rostro. No podía adivinar el qué. Esperaba que los celos no se le leyeran en la cara—. Buscaba al padre Andrés, pero te he visto y he pensado que a lo mejor tú podías ayudarme.

—Lo intentaré. ¿De qué se trata?

—Verás, acaba de llegar esta misma mañana la muralista que se va a encargar de pintar varias de las paredes del Centro Cívico, tanto interiores como exteriores. Es una gran artista —añadió, mientras a Luz le crecía una bola de fuego en el estómago—. Tiene pensados algunos dibujos en los que le

gustaría que colaborara gente del pueblo. Niños en concreto.

—¿Niños? ¿Pequeños?

—De todas las edades. Y también los mayores que quieran. Voy a solicitar a la alcaldesa que lo exponga en el tablón de anuncios del ayuntamiento y del instituto, y al padre Andrés que lo mencione al final de las misas de esta semana. Pero en la parte externa del edificio, en la que da hacia atrás, ha pensado crear algo con niños. Lo ha hecho más veces, en colegios, con muy buenos resultados. Deberías ver algunos de sus trabajos.

¿Debería? Aquello le sonó a pulla, tras su *deberías* en cuanto a las labores de voluntariado.

—Seguro que son estupendos —dijo con desgana.

—Excepcionales. Desde niña dibuja de maravilla. Fuimos juntos al colegio, y destacaba en dibujo como nadie. A mí tampoco se me daba mal y eso nos llevó a tener muy buena relación. Mantuvimos el contacto y desde hace algunos años colaboramos cuando el trabajo nos lo permite. —Sonrió y la miró con los ojos entrecerrados e inclinando la cabeza—. ¿Sabes? Tenéis mucho en común.

—¿No me digas? —Aquella idea la inquietó más de lo razonable, y no estaba segura de que le gustara esa sensación. Pero había dicho... ¿mantenemos el contacto y colaboramos? No sonaba en absoluto a relación de pareja.

—Sí, y no porque os llaméis de forma parecida. Lucía siempre ha estado enfrascada en temas sociales. Al principio pintaba gratis mientras se ganaba la vida como maestra de dibujo. Luego su labor fue reconocida y comenzó a encontrar encargos en lo que le apasiona, que es crear grandes murales a la vista del público. Dice que no hay mejor museo que la calle. Pero nunca dejó de enseñar a otros a pintar, y entre otras cosas, participa en proyectos de terapia a través de la pintura. Escuelas, hospitales, cárceles... de lo más variopinto.

Según le iba escuchando hablar sobre Lucía, el respeto hacia ella fue

creciendo, y el odio mermando. Y aunque no le había dicho abiertamente que no fuera su novia, le daba la impresión de que su relación no iba más allá de lo laboral y del cariño de dos viejos amigos. Se sintió fatal y aliviada al mismo tiempo.

—Bueno, ¿y en qué puedo ayudarte yo? Porque te advierto que dibujo bastante peor que un niño de cinco años.

—No será para tanto —rió, restándole importancia.

—Te aseguro que no exagero. Aunque no pienso demostrártelo.

Él siguió riendo y Luz supo por qué lo notaba más guapo que nunca. No era por nada físico, ningún cambio considerable, ni por esos celos repentinos que habían surgido al verlo abrazar a una mujer de forma inesperada. Era su actitud. Estaba relajado, sereno, parecía como si gran parte de la carga que siempre parecía llevar sobre sus hombros hubiera desaparecido. Solo una causa le vino a la cabeza.

—¿Está mejor tu hermana?

—Bueno —carraspeó un poco, como si la pregunta lo hubiera descolocado—. No ha tenido complicaciones últimamente, pero tampoco ha habido ninguna mejoría notable. Pero lo que te quería pedir no tiene nada que ver con mi hermana.

Ella tampoco lo había relacionado, simplemente la pregunta le había salido sin venir teóricamente a cuento.

—¿Entonces?

—Quería saber si los niños que acuden a la parroquia querrían participar en las pinturas del mural exterior con Lucía. Tal vez tú sepas cómo hacerles llegar la propuesta a sus monitoras o a sus padres, ya que colaboras activamente en todo lo que se cuece por aquí.

—Hombre, en todo, todo, no. Pero conozco a muchas personas voluntarias de la parroquia, eso sí.

—Bueno, si te supone mucho lío o no conoces a las personas correspondientes, ya me pondré en contacto con el padre Andrés.

—No hace falta. Yo me encargo. En unos días te comento algo.

—¿De verdad? Te lo agradezco. Ven. —Le tendió una mano para que lo siguiera y ella, por puro instinto, estuvo a punto de tomarla. Menos mal que se dio cuenta de que solo era un gesto, pues de haberle cogido la mano que él ya apartaba, se habría muerto de vergüenza—. Si tienes un momento ahora, te presento a Lucía y que ella misma te cuente las ideas que tiene. Así te podrás informar mejor del proyecto. ¿Te viene bien ahora? —se interesó al ver que no se movía.

—No, claro, sí... Voy —aceptó de forma incoherente.

Caminaron a un paso de distancia. Ella se abstuvo de mirarlo, hasta de hablar.

—¿Por qué pensabas que mi hermana había mejorado? —preguntó él de pronto.

—Por nada... —Sacudió la cabeza intentado dejar de comportarse como una lerda—. Bueno, sí, la verdad es que te he visto diferente. Más feliz. Más tranquilo, no sé. Igual ha sido por estar trabajando con una amiga, pero la expresión de tu cara es diferente a la que te he visto hasta ahora.

Ya estaba, lo había soltado. Ella quería que le dijera sí era su chica, o alguien especial. Y si no era nada de eso, al menos descubriría de dónde salía esa luz que emanaba a su alrededor como un aura. Porque ella lo veía radiante, y era incapaz de ser inmune a él ni un minuto más.

Juan se paró en seco y la miró en silencio. Ella se preguntó por qué había tenido que decirle todo aquello, como si fueran amigos íntimos.

—Eres muy observadora.

—¿Acaso he acertado?

—En parte —reconoció él—. Yo no me lo había notado, pero es cierto que me siento más relajado. Paradójicamente, porque tengo más trabajo.

—¿Y cómo es eso?

—Tras este encargo, que es posible que concluya en pocos meses, no tenía ningún proyecto a la vista, nada cerrado, aunque sí varios contactos. Eso

supone un problema cuando eres el dueño de una empresa, y más si tienes seis asalariados en plantilla.

—Sí, sí que lo es —corroboró enseguida.

—Pero ayer apalabré un proyecto muy importante, y es posible que en menos de un mes lo tenga firmado. Estoy con los presupuestos, pero mis ideas y mis diseños les han entusiasmado, o eso me ha parecido. Llevo meses preparándoles la propuesta, dibujos, ideas para materiales... Es una bodega que está a poco más de una hora de aquí. Era importante que no fuera muy lejos de mi hermana.

—Claro. —Carraspeó, asimilando todo aquello. Y ella pensando en ideas románticas cuando su alegría se debía algo mucho más terrenal como el sustento de seis familias, más la suya—. Vaya, enhorabuena.

—Gracias. No está cerrado del todo, pero creo que los tengo en el bote.

La expresión la hizo sonreír y le dio un pequeño codazo de camaradería.

—Seguro que lo consigues. He visto tu web y lo que has hecho hasta hora es fantástico.

Juan, que acababa de empezar a caminar de nuevo, se detuvo a medio paso.

—¿Has visto mi web?

—Sí... —Los nervios la invadieron de nuevo. ¿Es que aquella sensación de inquietud no iba a acabar nunca? —Tu hermana me dijo que ella te la había diseñado, que había hecho la mayor parte de las fotos. Me preguntó si la había visto y tuve que admitir que no. Pero en cuanto pude la busqué en mi ordenador. Sencilla navegación, fotos muy bien encuadradas e iluminadas... Pero el contenido de las imágenes, tu labor, lo que tú has creado o transformado es lo que se ve realmente. Creo que eres un gran paisajista.

Luz apretó los labios en una tímida sonrisa y contempló con asombro cómo aquella aura que lo rodeaba crecía al mismo tiempo que sus ojos se agrandaban. Unos ojos muy, muy brillantes.

—He de admitir que es la parte de mi trabajo que más me gusta. Por eso el proyecto de la bodega me resulta tan goloso. Hay mucho terreno exterior para

modelar además de un edificio algo anticuado que busca modernizarse. Será un trabajo de más de un año, pero no veo la hora de empezar con él.

—Si los dueños de la bodega han visto la mitad del entusiasmo que yo acabo de ver por el proyecto, te digo de antemano que ya es tuyo.

—Vaya. —Se carcajeó—. Gracias. Me siento abrumado por tanto halago.

—Nada que no sea cierto.

Y así era. Más allá del alarmante sentimiento que había aflorado en ella, todo lo que acababa de decir era cierto al cien por cien. Y nada tenía que ver con lo otro. Admiraba su trabajo, y como era sincera, así se lo había hecho saber.

—Me acabas de subir la moral unos cuantos puntos.

—Encantada de colaborar en ello, aunque ya andabas bien servido de moral antes de hablar conmigo.

—Cierto. Me convendría guardar un poquito para tiempos de sequía — comentó con tono triste antes de doblar la esquina y que la silueta de la mujer que buscaban apareciera ante ellos, subida en un andamio de más de tres metros de altura, afanada en pintar de un azul celeste la parte superior de la pared con un rodillo telescópico—. Lucía, baja un momento. Quiero presentarte a alguien.

Las dejó charlando y se dirigió al interior del edificio, donde su equipo trabajaba. Quería reorganizar con ellos algunas prioridades, para ver si conseguían tener el salón de actos listo en fecha. No veía razón para no intentarlo si estaba en su mano.

Tal vez no participara activamente en labores sociales como las dos increíbles mujeres que había dejado conociéndose, pero le gustaba ayudar. Estaba seguro de que harían buenas migas, era imposible que no fuera así. Por su carácter, por sus inquietudes...

Pensar en ello le hizo darse cuenta de que en poco tiempo había conocido a

Luz más en profundidad que a muchas mujeres con las que llevaba años relacionándose. Era clara, abierta, sincera de forma abrumadora... Y sin embargo, hacía unos instantes, por primera vez, había creído ver contención en ella. Le había esquivado la mirada un par de veces, cosa que no había hecho hasta el momento. Y en otro par de ocasiones, se había sentido observado. Le había parecido que sus ojos lo miraban como si lo vieran por primera vez.

Luego le había explicado que lo notaba diferente, y con aquella declaración, las ideas que se habían empezado a formar en su cabeza por un momento habían acabado esfumándose. Había confundido la mera curiosidad con un interés de otra índole. Debía reconocerse a sí mismo que la idea le había provocado cierto nerviosismo. Y eso era totalmente nuevo para él.

Cuando una mujer mostraba interés en él, el sentimiento que le provocaba siempre era o bien rechazo, si no se sentía atraído por ella, o bien una cruda aceptación. Si ella no daba el primer paso, lo hacía él. Aunque tampoco era de los que esperaba a que una mujer que le gustaba diera señales de haberse fijado en él. Solía ser muy directo, al menos lo había sido hasta hacía algunos años, cuando tenía tiempo —y ganas— de relacionarse en esos términos. Hacía mucho que no tenía ni lo uno ni lo otro. Tal vez por eso estuviera confundiendo las señales que emitía Luz. Tal vez...

No le dio más vueltas. Porque, aunque así fuera, estaba seguro de que ella no era del tipo de mujeres que se conformaban con unos cuantos encuentros y después pasaban página. Y él no buscaba nada más allá de eso. Por lo tanto, no había nada que plantearse. Punto y final, decidió, volviendo al trabajo que lo esperaba.

Aunque aquella certeza estaba bien plantada en su cabeza, eran los ojos de ella los que aparecían en su mente mientras acuchillaba el nuevo suelo del salón de actos, y su risa la que resonaba en sus oídos por encima de los martilleos que atronaban a su alrededor.

Capítulo 9

Eran un grupo de lo más variopinto. No obstante, como ellas mismas decían, en la variedad está el gusto. Cuatro mujeres de un amplio abanico de edades, diferentes etnias y hasta religiones, habían entablado una sólida amistad y la alimentaban de forma quincenal, como mínimo. Para ello habían organizado un programa de actividades que cumplían a rajatabla, era su momento sagrado. A menudo enarbolaban el nombre del negocio de Luz a modo de emblema para su reducido y selecto grupo. Cuando se reunían en el local de ella, solían decir: «Vamos a disfrutar de nuestro momento, nos lo hemos ganado», y reían como niñas.

Encontrar un día y una hora en el que todas pudieran coincidir se hacía complicado, por eso muchas veces era la tienda de Luz, mientras esta permanecía abierta, donde realizaban su reunión quincenal. Ella les daba su calendario de citas concertadas y las otras tres iban cuadrando las agendas. Si algún cliente entraba mientras estaban reunidas, se hacía una pausa y listo.

A Encarna en concreto esas pausas le venían fenomenal como excusa para ir al baño sin tener que ser ella la que interrumpiera la sesión. A sus setenta y cinco años había que sumársele haber tenido cuatro hijos, además de los diuréticos que el médico se empeñaba en que tomara para que no se le hincharan tanto las piernas. Por lo demás, estaba como una rosa, en buena parte gracias a sus caminatas diarias por la playa y su buena genética, todo fuera dicho. Sus padres habían vivido hasta hacía un par de años, y solo los

últimos meses de sus vidas habían estado encamados. Ella aspiraba a conseguir un hito similar, y para ello se cuidaba tanto como podía. Sus nietos no podían quedarse sin ofrecerles una bisabuela con la que jugar a sus futuros hijos.

Loreta era la más joven del cuarteto. Acababa de cumplir veinticinco años y regentaba la librería más grande del pueblo, lugar donde habían comenzado aquellas reuniones, como un grupo de lectura. De sus acertadas recomendaciones a sus clientes, había surgido la idea de reunirse para comentar la lectura del mes. Al principio había congregado a casi diez personas, pero la disponibilidad no era homogénea y el grupo tenía altibajos. Al final quedaron ellas cuatro, por suerte, con gustos literarios similares. Más o menos. Los libros sobre gastronomía boliviana se los dejaban a ella, para algo había nacido allí, aunque llevara desde su adolescencia en el país.

También disponía de una sección infantil muy bien surtida y ambientada como un auténtico cuarto de juegos, por lo que el éxito con los más pequeños era tal que acudían de pueblos cercanos a visitar su tienda. Se pasaban allí horas. Así que un día tuvo la idea de realizar un taller de cuenta cuentos, con padres y vecinos como voluntarios, con muy buena acogida. Cómo no, las otras tres mujeres del club oficiaban de lectoras infantiles una vez al mes.

Belinda era la esteticista más solicitada de Villa San Juan. Tenía cuarenta y nueve años y manos milagrosas, tanto para dar masajes como para embellecer un cutis fatigado o una cabellera alicaída. Tenía pulso de relojero para realizar pequeños dibujos sorprendentes en uñas de manos y pies, y ahora estaba realizando un curso de Reiki, profundizando en su lado más espiritual. Esto le había llevado a teñirse el pelo de un color entre azul y blanquecino. Con cada nueva técnica que aprendía, tendía a cambiar su color de pelo, alegando que le ayudaba a centrarse a asimilar los nuevos conocimientos.

Cuando se reunían en su salón, solían dar una clase de yoga, de pilates o hacer meditación. Algún día habían mandado todo a tomar viento y se habían apoltronado en el sofá con unas palomitas para ver una película romántica que

ellas llamaban «un pastelón», o una que las hiciera reír a carcajadas, según el estado de ánimo del momento.

Juan se encontró al cuarteto riendo y tuvo que carraspear para hacerse notar. Luz dejó de reír de inmediato al verlo.

—¿Ya son las siete? No puede ser.

—Son menos veinte. Me he adelantado un poco. —Ese día estaba especialmente cansado. Se había saltado su rato de natación con la esperanza de empezar antes la reunión con Luz y así poder marcharse antes a casa. No se le había ocurrido que tuviera una reunión previa—. Si quieres vuelvo más tarde.

—No, tranquilo, si no te importa esperar unos minutos, aquí acabamos enseguida.

—No quiero interrumpir. Hola —dijo mirando hacia el resto de mujeres que lo escrutaban con descaro.

—No pasa nada, ven. Te pondré en el ordenador la lista de los diferentes *catering* que tienen disponible en la fecha aproximada que comentamos con Carla. A ver si alguna nos cuadra. O por lo menos puedes ir viendo los menús que podrían encajar con los gustos de los novios.

—¿No eres tú el que se casa? —oyó Juan que alguien preguntaba a su espalda.

—No, mi hermana —respondió, buscando con la mirada el origen de la voz.

—¿Y tú ya está casado? —Esta vez vio que era la mujer más mayor de larga coleta cana la que hablaba.

—No.

—¿Emparejado?

A Juan empezó a entrarle la risa.

—Tampoco.

—Juan, te presento a Encarna —intervino Luz antes de que continuara el interrogatorio—. Intenta emparejarnos a Loreta y a mí con todo el que se cruce en nuestro camino, siempre que no tenga compromisos.

La aludida, una joven de claro origen latinoamericano, muy morena de piel y de un brillante y largo cabello negro, asintió con cara de resignación sin dejar de mirar el libro que sostenía.

—No me vale cualquiera, pero primero tendré que hablar con ellos, antes de descartarlos —razonó la anciana en alto.

—Es un cliente, Encarna, no me lo espantes —le reprochó Luz en un susurro que en realidad pretendía que fuera oído por todos los presentes.

—Perdona. —Alargó la «o» con tono infantil—. Pero tiene muy buena planta, ¿no te parece, Loreta?

—No tengo tiempo para hombres —declaró la joven cerrando por fin su libro y apoyándolo con suavidad sobre su regazo. Después le echó una mirada fugaz a Juan, permitiéndole apreciar unos enormes ojos castaños de larguísimas pestañas—. No te ofendas.

—No, en absoluto —aceptó, divertido por la situación, el descaro de una mujer, la indiferencia de otra y el claro bochorno que estaba pasando Luz. No tenía por qué, y así se lo haría saber después. A solas.

Ella le ofreció asiento en el mostrador y le dejó el ordenador preparado junto con un botellín de agua fría. Cómo no. Siempre tan detallista.

—Gracias. —Acompañó el agradecimiento con una sonrisa tranquilizadora.

—Tampoco me vale ese que viene por ahí —volvió a oír a Encarna—. ¿Veis? Soy selectiva.

Juan se giró y vio que por la puerta principal acababa de entrar un hombre algo más joven que él, de tez excesivamente morena y camisa desabrochada un par de botones de más. El pantalón blanco no le pareció apropiado para la época del año, pero tampoco es que él estuviera muy puesto en moda. El gesto afectado que hizo al quitarse las gafas de sol para mostrar unos pequeños ojos azules le hizo rechinar los dientes.

—Las cuatro mujeres más bellas del pueblo, todas juntas —pronunció con voz grave y melosa.

—¿Qué te trae por aquí, Ignacio? ¿No te irás a casar? —apuntilló Encarna

—. ¿Alguna incauta ha caído en tus redes? ¿O tú en las de alguna pájara?

—Encarna de mis amores, la duda ofende. —Trató de poner cara de niño bueno, pero no le salió muy bien—. He venido a ver a Luz, por supuesto. Pero preferiría hablar con ella en privado.

—Estoy ocupada, Ignacio —intervino ella de inmediato—. En cuanto terminemos con el club de lectura tengo que atender a un cliente que ya tengo esperando, ¿ves?

Juan estuvo a punto de levantarse cuando sintió que Luz lo señalaba. Pero en lugar de eso, se quedó sentado y mirando al tipo fijamente a los ojos.

—Solo será un momento. —Ignorando la fría mirada de Juan, Ignacio se apartó el pelo muy liso y rubio hacia atrás, tomó a Luz por el codo con suavidad y la alejó del grupo, dirigiéndose a la puerta de entrada—. Porque mañana por la noche no trabajas, ¿verdad?

—Oh, oh —dijeron las mujeres al unísono.

—No, pero tampoco estoy disponible —fue la tajante respuesta que obtuvo.

—Venga, sé que no sales con nadie. Este pueblo no es tan grande y las noticias vuelan. Algo así ya habría llegado a mis oídos.

—Ya salimos una vez, y los dos sabemos que será mejor no repetir. —Luz dijo esto en un tono muy bajo, pero Juan lo pudo oír sin problema.

—¿De verdad vas a rechazar una noche loca, cariño? Suéltate el pelo y pasémoslo bien.

Luz se alejó un paso de él, pues se le había pegado demasiado.

—Te agradezco la propuesta, pero de verdad creo que no es buena idea.

—¿Cómo no va a ser buena idea? —Él volvió a acortar las distancias—. ¿En serio no quieres repetir una... o dos veces más, cariño?

—Ignacio, un poquito de dignidad —intervino Encarna, a lo que Juan dio gracias, porque de no ser así, él mismo habría dado un par de zancadas hasta él y lo habría sacado de una patada en el culo de allí—. Ya te ha dicho que no dos veces, alma cándida. No busques una tercera.

—Del oído andamos muy bien, ¿no, Encarna? —protestó él con un

carraspeo.

¿De verdad creía que todos los presentes no le habían estado oyendo?

—De maravilla. Mejor que tú, por lo que veo, que no has oído que la chiquilla no está interesada en tus encantos.

Las risas de las mujeres parecieron hacer mella en él y, colocándose las gafas de sol con aire señorial, abrió la puerta para marcharse.

—Si cambias de idea, Luz divina, ya sabes cómo encontrarme.

—Lo tendré en cuenta.

Luz cerró la puerta con fuerza en cuanto este dio un paso afuera. Caminó con la mirada gacha hasta el sofá y se dejó caer con los brazos como muertos. Ahora sí que estaba abochornada y no antes, cuando Encarna había tanteado a Juan.

—Deberías mandarle a paseo de forma más abierta —sugirió Loreta.

—¿Más?

—Sí, eres demasiado educada —secundó Belinda—. Así no te lo quitarás de encima.

—Yo le mandé a tomar por culo hace un par de meses, con todas las letras. Y al parecer ha funcionado, de momento. Aunque... —Loreta abrazó a Luz por un hombro y le dio un beso en la mejilla— podemos decirle que nos lo montamos juntas. Así igual nos deja en paz a las dos de forma definitiva.

—Ese seguro que os propone subirse al carro —advirtió Encarna—. Mejor ni lo intentéis, que puede ser peor.

—Sí, seguro que es de los que piensan que lo que necesitáis es un macho muy macho que os cure —intervino Belinda.

—Puf, odio a esos prepotentes retrógrados y... Perdón. Ya me callo —se cortó Loreta.

Luz había empezado a abrir los ojos de par en par, recordándoles en silencio que no estaban solas.

—Bueno, mejor lo dejamos aquí por hoy, ¿verdad? —propuso Belinda, y todas secundaron la propuesta recogiendo sus cosas.

—Encantada de conocerte, Juan —le dijo Encarna antes de dirigirse a la puerta.

—Igualmente —repuso él, quien trataba de centrarse en la pantalla del ordenador, sin éxito.

Las otras mujeres le sonrieron antes de salir y él les devolvió el gesto. Luz las despidió en la puerta con sendos besos y, en cuanto se fueron, se apresuró en recoger los vasos y platos que había repartidos por la mesita donde habitualmente se reunían ellos dos.

Juan no levantó la mirada del ordenador hasta que ella se asomó por la trastienda y le gritó.

—¿Tienes hambre?

—Pues...

Sí, por supuesto que la tenía.

—¿Te apetece algo dulce?

—Claro —dijo sin revelar mucho interés, mientras notaba la protesta de sus tripas ante la mención de alimento.

Luz apareció ante él con un plato repleto de bollitos de diferentes colores.

—He preparado un montón para esta tarde. Coge el portátil, por favor —le explicó, y le hizo una señal para que lo acompañara a la mesita de siempre—. Son como los que le llevé a tu hermana, pero me ha dado por experimentar y le he añadido diferentes frutas trituradas a la crema. Hay de cuatro tipos. A las chicas les han gustado bastante.

Como se veía que estaba esperando a que los probara, Juan cogió uno de los de tono verdoso y se lo metió en la boca entero, provocando que ella riera, pues no eran tan pequeños.

—Kiwi —dijo él en cuanto fue capaz de hablar, con la boca aún llena—. Delicioso.

—Con un toque de pera, para suavizarlo un poco. También los hay de manzana y fresa, naranja y plátano y los más blanquitos son de limón.

Juan cogió otro, esta vez de limón y asintió como muestra de aprobación.

Ella sonrió y miró su reloj de pulsera.

—Bueno, ahora sí son las siete. Toca ponerse con el trabajo. Pero tú come todos los que quieras. ¿Quieres algo de beber? ¿Un café?

—No te molestes.

—No es molestia.

Se levantó y desapareció de nuevo. Juan notó que su comportamiento no era el habitual y en cuanto volvió con el café y se sentó, rozó su mano para que lo mirara. Ella dio un respingo y él apartó la mano.

—¿Te ocurre algo? —le dijo, tomando la taza de café entre las manos—. Porque si es por lo que ha pasado aquí en este rato, por mí no hay ningún problema.

—Estoy un poco abochornada —reconoció, sin poder mirarlo a la cara.

—Ya me he dado cuenta.

—Agradecería que olvidaras lo que has visto y oído aquí. Es mi lugar de trabajo, y aunque las reuniones de lectura no me parecen inapropiadas siempre que no tenga citas con clientes, las visitas personales están fuera de lugar.

—Te repito que por mí no hay ningún problema. —No iba a ser él quien criticara al tipo que la rondaba. Por muy capullo que le pareciera. Por mucho que aún notara en los oídos el zumbido de furia que le había provocado la poco sutil propuesta de sexo que había tenido la desfachatez de soltar en público—. Y tú no tienes ningún motivo por el que sentirte abochornada. No has hecho ni dicho nada que me haga dudar de tu profesionalidad.

—Gracias.

—A ti, por darme de merendar siempre que vengo.

Juan cogió otro pastel y lo lanzó al aire para cazarlo después con la boca. Rebotó un poco en su labio inferior, pero logró atraparlo sin que se cayera. Aquello hizo que por fin Luz lo mirara a los ojos.

—Imagino que a estas horas tendrás hambre.

—Imaginas bien —supuso Luz que decía, pues tenía la boca llena y apenas se le entendía.

En general, que alguien hablara sin haber tragado la comida solía disgustarla, por mucho que, como Juan, apenas abriera los labios y no se viera nada de lo que estaba masticando. No sabía por qué en él le estaba resultando tan encantador. Prefirió no pensarlo mucho.

—¿Te parece que comentemos ya los menús? ¿Has podido ver alguno que te guste en especial?

—La verdad es que no. —No había leído nada, de nada. Había mirado la pantalla sin ser capaz de leer una sola línea—. Seguro que tú puedes aconsejarme los más apropiados. Te adelanto que Álex y Carla no son ningunos *gourmets* y sus amigos son gente sencilla. Dudo que busquen platos exóticos o de alta cocina.

—¿Alguna intolerancia o alimentos concretos que no les gusten?

—No. Bueno, a Carla no le gusta el picante. Y creo que una de sus amigas es alérgica a los frutos secos.

—Se puede hacer un pequeño apunte sobre las alergias en una esquinita de las invitaciones, junto a la frase que solicita confirmación de asistencia. Aunque a mucha gente no le gusta añadir eso, y lo que hacen es preguntar en persona o por teléfono.

—El texto de la invitación creo que será mejor que lo decida Carla —apuntó, convencido de ello.

—De acuerdo. Le enviaré un correo con algunos ejemplos cuando llegue el momento de las invitaciones. Ahora veamos los menús más exitosos. Hay un par de ellos que solo de leerlos se te abre el apetito.

—Entonces será mejor que me coma otro pastelito —sugirió Juan, haciéndola reír—. ¿Podríamos poner un montón de estos como postre en lugar de la tarta nupcial?

Ella lo miró divertida, aunque la sensación en la boca de su estómago no fue precisamente de diversión cuando él le guiñó un ojo.

—Dudo que a tu hermana le guste esa idea —declaró, volviendo la mirada a la pantalla.

—Le diremos que es un capricho mío.

Él seguía mirándola con ese gesto juguetón y Luz se sintió el pulso latiendo con fuerza en las sienes.

—Eso es chantaje, y no querrás dejar a tu hermana sin su foto cortando la tarta con Álex.

—Es cierto. —Juan se puso serio de pronto—. Hay docenas de esas fotos en su álbum.

—La tarta es inamovible. Pero tú puedes llevarte los pastelitos que sobren.

—¿Quién ha dicho que vayan a sobrar?

Le encantó ver en él esa expresión risueña de nuevo, y deseó en secreto que no la perdiera nunca. O, por lo menos, en lo que quedaba de la tarde.

Riendo sin poder evitarlo a causa de su buen humor, Luz se hizo con el portátil y se centró en mostrarle los menús que había mencionado.

Con el sentimiento de bochorno ya evaporado, y él con el cansancio y el hambre mitigados, pasaron más de una hora conversando de forma distendida, cada vez más cerca el uno del otro sin ser conscientes de su proximidad. No hasta que Luz pudo apreciar la leve marca que había dejado la herida de su barbilla, o hasta que él notó que ese día ella llevaba un perfume distinto, algo floral.

Aquel detalle de cada uno fue el desencadenante de una búsqueda de pequeñas peculiaridades en el otro.

Luz observó las grandes manos de él, encallecidas por el trabajo, aunque limpias y con las uñas bien cortadas. El ligero vello sobre sus fuertes dedos le hizo recordar el que poblaba su pecho y parte de su abdomen formando una fina línea que se perdía a la altura del cinturón, como ella había podido comprobar desde una ventana de la parroquia.

Una ola de calor la inundó y rehuyó la mirada de él durante un rato, creyendo que podría detectar sus tórridos pensamientos con solo mirarla a los ojos.

Por su parte, Juan se quedó prendado de los bucles de su rubio cabello, ese día suelto, algo poco habitual en ella. Apreció la largura que había

mencionado cuando le habló sobre la donación de pelo, y se preguntó cuánto faltaría para que pudiera cortárselo. Esperaba que mucho. Era una verdadera lástima tener que deshacerse de aquella preciosa melena, por mucho que fuera por una buena causa.

Se preguntó si alguna vez se preocupaba de sí misma, si tenía caprichos o se permitía algún lujo. Parecía que todo lo que hacía estaba destinado a los demás. Tenía una cabellera de anuncio de champú, y la donaba. Sabía cocinar postres deliciosos, y los hacía para los demás. Aún no le había visto probar ni uno, aunque imaginaba que ya habría comido algunos con sus amigas. Si hasta había sido cortés para dar puerta al baboso aquel que pretendía llevársela al huerto.

El corazón lo golpeó de nuevo en el pecho al volver a pensar en aquel impresentable. Como se lo encontrara algún día en el pueblo por casualidad, no estaba seguro de ser capaz de pasar de largo, de no acercarse y aconsejarle que aceptara un no por respuesta como algo definitivo, porque insistir era acoso.

La miró cuando la oyó suspirar, como si le costara respirar, y se descubrió a sí mismo apretando la mandíbula con fuerza. Ella le inspiraba un instinto de protección que hasta hacía bien poco solo había despertado su hermana. Aquel sentimiento lo alarmó y lo instó a huir como si el fuego lo rodeara.

—Me parece que cualquiera de estos cuatro menús es perfecto. Se los enseñaré a Carla y, en cuanto podamos concretar la fecha, llamaremos a las empresas de *catering* a ver si están disponibles.

—Estupendo. Voy a imprimírtelos. —Ella también se levantó con rapidez cuando él lo hizo. Ambos parecían tener una repentina prisa—. Dile que los ponga en orden de preferencia. En cuanto tengáis la fecha, yo misma les llamo.

Con aquel acuerdo, se despidieron hasta el viernes siguiente, de forma algo apresurada, sin tener ni idea de los pensamientos y sensaciones que bullían en la mente y el corazón del otro.

Capítulo 10

Los viernes habían comenzado a acabar de la misma forma para Juan desde hacía varias semanas. Se había vuelto rutina terminar la jornada laboral antes de las cinco para poder pasar al menos cuarenta minutos nadando y descontracturar sus músculos, cerebro incluido. Para las seis estaba fresco como una lechuga en la tienda de Luz, con la mente despejada para ocuparse de diferentes aspectos de la boda de Carla y Álex.

Debía reconocer que encargarse de organizar el asunto no se le estaba haciendo tan insufrible como había imaginado. Luz sabía lo que hacía, le ofrecía varias opciones para cada punto del esquema que había elaborado, sin dejarse nada. Un intimidante diagrama lleno de cuadros y flechas que él había preferido no leer en profundidad. En cambio, no lo saturaba con mil posibilidades para todo. Se limitaba a ofrecerle una selección que ella había preestablecido, considerando los gustos de los novios según él los había descrito y según la visita a modo de entrevista con Carla.

Para las invitaciones —una vez descartadas las de formato digital, pues tanto a él como a su hermana les parecía más personal que los invitados pudieran tocarlas con las manos— le había mostrado cuatro modelos, muy diferentes entre sí. Excepto una de colores demasiado alegres, que a él le inspiraba una fiesta infantil de cumpleaños, las otras tres le parecieron muy apropiadas.

Le había podido llevar una muestra de cada una de ellas a Carla y había tardado dos días en decidirse. Le gustaban las tres. Al día siguiente, había

cambiado de idea, prefería la más sencilla, la de color marfil con ribete dorado. Y esa misma tarde había vuelto a su elección inicial, la de textura de papiro con sobre verde pálido que emulaba una hoja de árbol. En secreto, Juan también consideraba que era la más bonita, algo que podría haber elegido para sí mismo, si algún día se diera la ocasión, lo cual dudaba mucho.

Juan le había advertido a su hermana que, si pensaba tener esa actitud voluble con todo, se fuera olvidando de él como ayudante. Trataría con Luz por teléfono o correo electrónico directamente y se acabó. Carla había prometido no dar el visto bueno a nada más hasta estar cien por cien convencida de la elección. Pero la invitación había sido lo primero, y la ilusión y los nervios le habían podido.

Como siempre, y como para todo, Luz había tenido paciencia, había sido comprensiva e incluso le había ofrecido llevarle un catálogo más extenso, pues podía ser que el problema fuera que ninguna de las tres le gustara lo suficiente.

Juan se lo había prohibido de forma tajante. Sabía que si Carla tenía aún más opciones entre las que elegir, no se decidiría jamás.

Esa certeza le hizo ver lo imprescindible de su participación. Él haría de filtro inicial, o más bien secundario, ya que el primero era Luz, gracias al cielo. Y se presentaría ante Carla con un número razonable de opciones que no la volvieran loca, evitando empeorar su salud con el estrés.

Cuando llegó a la puerta de Nuestro momento, le sorprendió ver el cartel de cerrado y las luces apagadas. Curioseó en el interior a través de la cristalera y pudo comprobar que no había nadie. Eran ya varias las semanas que hacía que habían acordado adelantar a las seis sus reuniones. Dudaba que Luz se hubiera olvidado. Cuando miró hacia las ventanas de la casa, pudo ver que una de ellas estaba iluminada. Supuso que Luz habría tenido que hacer algo personal antes de su cita y que se le habría pasado la hora.

Con esa lógica idea en mente, llamó a la puerta de su casa y esperó. Al no obtener respuesta, tocó el timbre de nuevo. Le pareció oír un par de

improperios antes de que la puerta se abriera de golpe y una irreconocible Luz se plantara en el umbral.

Vestía una gruesa bata azul celeste, cruzada hasta el cuello, unos calcetines rosas igual de gruesos y llevaba un moño alto despeinado. No le había parecido hasta entonces que se maquillara demasiado, pero la ausencia total de maquillaje era evidente en ese momento, más por la palidez que se apreciaba que porque no estuviera guapa. Se sorprendió a sí mismo pensando que incluso con aquel *look* de ama de casa recién levantada de la cama le pareciera una mujer atractiva. Por encima también del gesto de mal humor que nunca antes había visto en ella.

—Ah, eres tú —soltó con un matiz de fastidio.

—¿Esperabas a otra persona? —Por su aspecto lo dudaba.

—No, no esperaba a nadie. Tampoco a ti, dado que te he llamado tres veces y después te he escrito un mensaje cancelando nuestra cita de hoy. Mensaje que sospecho que no has leído. ¿Para qué tienes un móvil si no le haces el menor caso?

La cortante pregunta lo dejó desconcertado.

—Perdona, no lo he mirado desde hace varias horas, la verdad.

—Bueno, pues ahora puedes mirarlo y leer el mensaje en el que te digo que nuestra cita de hoy queda cancelada.

—¿Estás enferma?

—No, no estoy enferma. Estoy con la regla, ¿vale? Con la regla. —Hizo aspavientos con las manos en alto y luego las bajó hasta su vientre, apretándolo con fuerza—. Me duele tanto la tripa que quisiera arrancármela a zarpazos. Se me ha adelantado dos días, me ha pillado fuera de casa y no llevaba en el bolso la pastilla que hace que pueda llevar una vida normal durante estos tres infernales días de cada mes de mi vida hasta que me una al equipo de las menopáusicas. Aunque me la he tomado al llegar a casa, han pasado más de tres horas desde que la necesitaba y ahora no me va a hacer efecto de verdad hasta que pueda tomarme la segunda. Dentro de —miró el

reloj de su muñeca, para lo que tuvo que remangarse la gruesa tela de su bata — una hora y cuarto.

—Vale. —Juan dio un lento paso hacia atrás—. No te pillo en buen momento.

Ella resopló y miró al cielo. Habló esta vez con un tono más acorde a su voz habitual. Al principio. Porque poco a poco se fue viniendo arriba y el monstruo que habitaba en ella salió de nuevo.

—En mi mensaje te ponía simplemente que estaba indispuesta y que lo dejábamos para la próxima semana, sin mencionar los litros de sangre que pierdo cada mes desde que tengo once años. Para mi desgracia, nunca he sido de las que se pone un tampón de tamaño regular y se puede meter en la piscina como si nada. En mi caso eso podría resultar dantesco, con desalojo de las instalaciones por vertido orgánico, como para salir en las noticias... —Emitió un suspiro que pareció relajarla, un poco—. Perdona. Siento haber sido tan... explícita. Espero que al tener una hermana este tema no haya herido tu sensibilidad.

—Mi sensibilidad está intacta. —Aunque en su mente tenía ciertas imágenes terribles de niños llorando en una piscina digna de *La matanza de Texas*—. No eres la primera mujer que me habla de su menstruación. Solo lamento que te encuentres mal.

—Fatal, me encuentro fatal —casi lo deletreó.

—Sí, ya lo he captado.

—Y se me pone este humor de perros que no me aguanto ni yo. Así que intento no mantener trato humano hasta que pasa la fase crítica.

—Muy noble por tu parte.

—También necesito estar sentada o tumbada, porque de pie la gravedad hace su efecto y... ya te puedes imaginar.

Más aspavientos trataron de representar lo que sucedía sin necesidad de utilizar más palabras.

—Vale, vale. Tranquila, te dejo descansar. —Hizo amago de marcharse—.

Ya le diré a Carla que dejamos la música de la ceremonia para otro día. Me ha estado mandando mensajes de audio tarareando una música que recuerda de la boda de no sé qué princesa de qué país, pero soy incapaz de identificarla. Había pensado que igual tú la reconocerías.

—Uf. —Se encogió sobre sí misma.

—¿Qué?

—La gravedad.

—Ah, perdón. Ya me voy. Hablamos.

—De eso nada. ¿Por quién me has tomado? Entra de una maldita vez.

—¿Cómo? —Al verla abrir más la puerta y hacerse a un lado para dejarlo pasar, se dio cuenta de lo que podía parecer lo que acababa de contarle. Una estratagema para quedarse—. No, de verdad, no quiero molestar. No te lo he dicho para presionarte.

—¿Crees que mi conciencia va a poder soportar pensar que tu hermana está tarareando día y noche una canción que no es capaz de identificar? ¿Una canción con la que sueña para su boda? Creía que me conocías un poquito ya.

—La mirada que le echó, con reproche y decepción, lo dejó de una pieza—. Daremos con el título, como que me llamo Luz. No hay boda real de los últimos veinte años que no haya visto.

—Carla canta muy mal, te lo advierto —comentó aún fuera de la casa.

—¡Que entres he dicho!

Entre un poco asustado, atónito y divertido, la siguió hasta un salón de estilo moderno pero acogedor, donde ella se dejó caer sobre un sillón, se hizo una bola sobre sí misma y se tapó con un manta. Juan llevaba una chaqueta liviana y se la quitó. La calefacción tenía que estar encendida dado el terrible calor.

—Tengo frío. Tendrás que aguantarte.

—Sin problema —comentó depositándola en el reposabrazos del sofá donde pretendía sentarse, ni muy lejos ni muy cerca de ella, con la mesita de cristal como centro entre ambos.

—Mierda. ¡Joder!

Aquel exabrupto dejó a Juan plantado a medio camino de tomar asiento.

—¿Qué? La gravedad ya no puede ser.

—No. El portátil. Lo necesitamos para buscar la música. Y está en la tienda.

—¿Quieres que lo traiga yo?

—Pues hombre, es lo menos que puedes hacer, ¿no?

—A su servicio. —Estuvo a punto de cuadrarse como si ella fuera un general

—. ¿Cómo lo encuentro?

Luz le dio indicaciones y él lo halló con facilidad en el mostrador, enchufado a la batería y con su funda protectora, como no podía ser menos.

Sin embargo, era fascinante descubrir una grieta en la perfección de aquella mujer. La Luz que había abierto la puerta parecía su gemela borde y desaliñada. Estaba seguro de que era la primera vez que le oía decir una palabrota, y hasta había dicho dos seguidas. Le pareció increíble estar deseando volver a aquel sofocante salón y descubrir qué nuevas blasfemias salían por su boca, qué nuevos comentarios desagradables le hacía a cada cosa que él dijera.

¿Cómo podía parecerle divertido algo así? ¿Se estaba volviendo masoquista?

Lo normal era que quisiera salir corriendo por la puerta ante la expectativa de pasar cinco minutos con una persona así. En cambio, caminaba con una sonrisa en los labios de vuelta junto a ella.

—Perdona todo lo que te he dicho —oyó nada más regresar.

Juan la miró, envuelta en la manta con gesto compungido.

—No te preocupes.

—Y te pido perdón de antemano por todo lo que es posible que te diga en los próximos minutos.

—No te lo tendré en cuenta. —Su voz sonó comprensiva y un poco divertida.

—Cuando creas que es demasiado, puedes marcharte sin despedirte ni nada.

—Tomo nota. Pero diré adiós.

—Tengo un momento bueno —comunicó con una sonrisa de niña buena—.

Aprovechemos para empezar. ¿Quieres beber algo?

—Solo si tú quieres.

—Me sentaría bien algo caliente.

—¿Un té? Yo lo preparo. ¿La cocina?

—Por allí. Pero creo que prefiero un Cola Cao. Ya sabes...

—Sí, ya sé. Chocolate.

Le dijo a gritos dónde estaban las tazas y todo lo necesario. Cuando empezó a solicitarle, cada vez gritando más, que no dejara caer cacao sobre la encimera —como hacía siempre Lidia, cosa que la ponía de los nervios pero que a la susodicha parecía darle igual— supo que el momento bueno había pasado.

Al ver un bote de Nocilla sobre la mesa junto con una hogaza de pan, estuvo a punto de llevarle también un tentempié. Lo pensó mejor y se abstuvo. Seguramente ya lo habría comido esa misma tarde si el bote y el pan estaban fuera del armario en aquella ordenada y pulcra cocina. Además ella estaba en su casa. Si quería comer algo, lo diría sin miramientos.

Él optó por la versión fría de la misma bebida que había elegido Luz, a pesar de que en la nevera solo encontró leche desnatada y sin lactosa. Compensó aquellos «sin» con una cucharada extra de cacao.

Cuando fue a calentar la taza de ella, vio algo raro en el microondas. Asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—Luz, ¿puedo sacar el vaso de agua y la bolsa de tela que tienes en el microondas?

—¡El saquito! —exclamó ella, incorporándose en el asiento—. Lo estaba calentando cuando has llamado. Déjalo dentro durante un minuto y tráemelo, por favor. El vaso puedes dejarlo en el lavavajillas después. Gracias.

Cuando le llevó aquel pequeño saco caliente que olía a lavanda, ella se lo colocó sobre el vientre por debajo de la bata, y le explicó que contenía semillas que liberaban su calor lentamente, calmando el dolor de cualquier parte del cuerpo. Más agradable, más efectivo y más ecológico que una manta

eléctrica. El vaso de agua servía para que las semillas no perdieran su humedad.

Por suerte, el calor de su saquito y tomar algo caliente pareció efectivamente sentarle bien y se pusieron enseguida con el trabajo.

—Contraseña.

Juan extendió el portátil hacia ella, quien lo rechazó con la mano, sin levantar la cabeza del reposabrazos.

—Ochocolatísimo —dijo muy despacio—. Ocho: con número. Colatísimo: con la i acentuada en mayúscula.

—Vale. Hecho —confirmó Juan—. Pero no deberías revelar tus claves a nadie, para algo están.

Ella levantó la cabeza para mirarlo más de cerca.

—¿Pretendes robar mi ordenador? ¿O cotillear mi información un día que esté despistada?

—Desde luego que no.

—Entonces ya está.

Se dejó caer hacia atrás, acurrucándose un poco más.

—Las claves también revelan cosas sobre las personas que las idean —argumentó él.

—Tú ya sabías que el chocolate me vuelve loca.

—Ya. En el chocolate está la felicidad, ¿no era así?

—Buena memoria —le reconoció con un guiño y un gesto del dedo a modo de disparo—. Ahora ya sabes que mi número favorito es el ocho. —Se encogió de hombros y la bata pareció engullirla por completo—. ¿Cuál es el tuyo?

La pregunta lo pilló desprevenido.

—No tengo un número favorito.

Como si aquel hecho fuera algo así como un pecado capital, Luz se irguió en su asiento y lo miró ceñuda.

—Claro que lo tienes. Todo el mundo lo tiene.

—Yo no.

La mirada de ella se volvió retadora, y Juan se preguntó cuántas emociones era capaz de transmitir un solo par de ojos.

—¿Si te digo que me digas un número al azar, cuál me dirías?

—El siete.

—Pues ya está—. Una sonora palmada estalló en el salón—. Ese es tu favorito.

—Lo he dicho al azar —le recordó él.

—No, porque lo has dicho en menos de un segundo. Al azar, habrías tardado más.

Él lo meditó unos instantes.

—Mi equipo y yo sumamos siete, puede que mi subconsciente... —comenzó y de pronto se dio cuenta—. En el instituto jugué un par de años al balonmano. Y llevé el siete en la camiseta.

Ella alzó una ceja con suspicacia.

—¿Lo elegiste tú o fue el número que te tocó?

—No lo recuerdo.

—¿Fue una buena experiencia?

—Sí, era divertido.

—Entonces puede ser causa o consecuencia. Llevarlo te marcó y guardas un buen recuerdo —concluyó como si fuera una experta en el tema—. Yo sé que me gusta el ocho desde que aprendí a escribir los números. Me gustaba porque era divertido de dibujar, eran dos círculos que se asemejaban a un muñeco de nieve gordito, gracioso. A veces hasta le hacía ojos. Me gusta la nieve, la Navidad...

—Así que tu color favorito es el blanco —soltó Juan sin saber de dónde había salido esa idea.

—Sí, pero paradójicamente me gusta vestirlo en verano. En invierno me gusta más el colorido. Soy demasiado pálida para un abrigo blanco. Con el escaso bronceado al que puedo aspirar tampoco es que me favorezca mucho,

pero al menos no parezco un fantasma. —Rio con resignación—. ¿Y tú? Dirás que no tienes.

—Sí, sí que tengo. El verde.

—¿Qué tipo de verde?

—El verde de la vegetación, de un bosque...

—Verde hoja de árbol —dijo ella muy decidida.

—¿Es el nombre oficial?

—No, me lo acabo de inventar.

—Pues es una buena definición. —Rio para sí.

—¿Es el verde de las hojas de los árboles que tienes en tu casa?

—Sí. —Tragó saliva como si lo hubiera pillado haciendo algo malo—.

Exactamente ese verde. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó tu hermana. Me habló de vuestra casa, de cómo cuidabas de vuestro jardín. Seguro que es un lugar muy bonito.

—No lo hay igual —reconoció él, inspirando hondo con nostalgia.

Su casa era maravillosa, pero desde que vivía solo en ella, había perdido gran parte de su encanto.

Un nuevo pinchazo hizo a Luz encogerse sobre sí misma. Juan la miró con compasión.

—Dicen que cuando se tienen hijos el dolor menstrual disminuye bastante.

—Ella lo miró alzando una ceja. Él se mordió la lengua, pero ya era tarde—. No tengo ni idea de dónde he oído eso. Ni siquiera sabía que tuviera esa información en mi cabeza.

—Pues no voy a quedarme embarazada solo por evitar el dolor menstrual. Pero gracias por la propuesta.

A él se le desencajó la mandíbula.

—No te estaba proponiendo nada, solo que como antes has dicho que hasta que no tengas la menopausia tendrás que sufrir esto...

—Ya, tranquilo, no lo había tomado como un ofrecimiento por tu parte, no hace falta que salgas corriendo ni nada.

Ambos rieron por la tontería del comentario y después pareció reinar un silencio incómodo que Juan se obligó a romper con lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Nunca pensasteis en tener hijos? Cristóbal y tú.

No supo por qué tenía importancia, pero se dio cuenta de que era la primera vez que se refería a él como Cristóbal y no como su marido. También supo que el cambio de apelativo había sido completamente intencionado. Y la idea lo desconcertó.

—Sí, queríamos. Pero fuimos tan inocentes que creímos que ya tendríamos tiempo de sobra.

—¿Y después de él? —La pregunta salió sola, sin poder pararse un segundo a pensar en lo que salía por su boca—. Perdona, me estoy poniendo muy preguntón. —No se reconocía a sí mismo desde hacía..., bueno, desde que había entrado por aquella puerta—. Normalmente no me meto en la vida de la gente, ni en sus casas, tan alegremente.

Ella no pareció darle importancia a la impertinencia.

—Teniendo en cuenta que solo he tenido una cita con un hombre en una ocasión desde que Cristóbal murió... no, no he pensado tener hijos con nadie. Y lo de ser madre soltera no creo que esté hecho para mí.

—¿Solo una cita? ¿En ocho años? —La voz le salió demasiado aguda—. Perdona. Lo siento, debería dejar de preguntar como un reportero del corazón.

De hecho debería cerrar el pico por completo. Sin embargo, ella debía de estar en otro de esos momentos buenos, porque no tenía reparos en responder.

—Solo he salido con un hombre, sí, y una sola vez. Pero ojalá no hubiera sido ni esa. Accedí a salir con él porque fue muy insistente, a pesar de ser consciente de que era el donjuán del pueblo. Me dije que era terreno seguro, sin complicaciones, sabía que iba a lo que iba y yo quería demostrarme a mí misma que podía rehacer mi vida, ser liberal, echar una canita al aire... Y lo hice, pero me arrepentí incluso antes de que acabara la noche.

Él la escuchó con atención. Y una vez más, las palabras salieron sin que

pudiera evitarlo.

—Es el hombre que vino el otro día a la tienda, ¿verdad?

Ella pareció recordar de pronto que él lo había conocido.

—Sí. Vaya ojo el tuyo.

—Oí el comentario que hizo sobre si te apetecía repetir. Menudo capullo, me dieron ganas de partirle la cara.

Luz, sacudiendo una mano como si espantara una mosca, trató de restarle importancia.

—Él es así de humilde. Pero no es mala persona, solo que en cuestión de mujeres es avaricioso. Las quiere todas. No es muy selectivo.

Aquella explicación lo disgustó.

—¿Y por qué aceptaste?

—Ya te lo he dicho. Terreno seguro. No arriesgarme a enamorarme, sin perspectivas de que él lo hiciera tampoco. Solo quería probarme a mí misma. Pero fue un desastre. No estaba preparada para nadie más, eso me quedó claro.

—¿Cuánto hace de eso? —quiso saber, y como ella no parecía tener reparos en responder, lo preguntó.

—Cuatro años.

A Juan le parecía más que suficiente para que se diera otra oportunidad a sí misma tras la muerte de su marido. También suficiente para pasar página de aquella fallida elección y volver a intentarlo con alguien más... adecuado. Pero, ¿qué narices sabía él de todo eso?

—Y en todo este tiempo... —comenzó, sin saber muy bien cómo explicarse. Sin embargo, ella lo captó a la primera.

—Tengo ojos y no soy de piedra, pero no he conocido a nadie que me interese lo suficiente para hacer el esfuerzo.

—Así que has tenido oportunidades, pero las has rechazado.

El matiz acusatorio con el que había lanzado su conclusión la irritó bastante.

—Sí, señor juez. He dado varias calabazas. ¿Soy culpable y voy a ir a la

cárcel por ello?

—Lo siento, de verdad, no sé qué me pasa. —Juan se pasó una mano por la nuca con nerviosismo y su palma arrastró varias gotas de sudor que comenzaban a caer hacia su espalda—. Creo que es por el calor.

—Vale. —Ella también estaba acalorada. Se retiró la manta y señaló el aparato ubicado debajo de una de las ventanas—. Puedes apagar la calefacción.

—¡Aleluya!—. Se levantó y la desconectó. De igual forma, se obligó a desactivar la parte cotilla de su cerebro—. Creo que será mejor que nos pongamos ya con la música.

—Sí, será lo mejor —aceptó Luz mientras terminaba su Cola Cao ya templado.

Cambiar de tema, eso era lo que tenían que hacer. Y centrarse en lo que había ido a hacer allí, dejando de lado la creciente curiosidad que había surgido hacia la vida pasada de Luz. Estaba confundiendo su amabilidad y cercanía en el trato con una amistad y una confianza que no tenían. Ni siquiera a las personas que conocía de toda la vida les hacía un tercer grado como aquel. Escuchaba si querían contarle sus problemas, y daba su opinión sincera —incluso algún consejo— si se lo solicitaban. Pero aquel interrogatorio era del todo impropio en él.

A pesar de todo, ni siquiera estando del peor humor que al parecer ella podía alcanzar, no le había pedido que cerrara la boca y se largara de su casa. No le habría podido reprochar que lo hubiera hecho, creía merecerlo más que de sobra. Sin embargo, ella depositaba su taza vacía sobre la mesita con dificultad en el movimiento y lo miraba con gesto apacible mientras él se sentaba. Mujer desconcertante.

—¿Quieres oír el audio que me ha enviado mi hermana? —propuso, apartando la mirada de sus brillantes ojos—. Puede que tú seas capaz de adivinar lo que intenta cantar. Te adelanto que es bastante... patético.

—No será para tanto.

—Canta muy mal. Pero lo compensa bailando muy bien —defendió con una sonrisa.

Luz miraba el móvil con atención, Juan la miraba a ella. Y supo el instante exacto en el que la risa pugnaba por salir y ella tuvo que contenerla.

—Adelante. Ríete a gusto.

Ella estalló en una carcajada que no pudo contener más, aunque se tapó la boca.

—Lo siento, lo siento mucho. Por favor, no se lo digas.

—No lo haré.

—Lo siento —repitió, sin poder parar de reír—. Lo compensaré diciéndote que es el *Canon* de Pachelbel. ¿De verdad no lo has reconocido? Es muy famoso, y muy típico de las bodas.

—¿Has podido identificarlo con solo escucharlo una vez?

—Sí, creo que por eso me ha hecho tanta gracia. Es como una versión arrítmica y desentonada. —Sacudió la cabeza y detuvo la risa casi de golpe, obligándose a guardar la compostura—. Abre la carpeta que pone «audios de ceremonias», búscala por «cuarteto de cuerda», y autor, «Pachelbel».

Encontró la ruta y el reproductor. Le sonaba vagamente la melodía, pero no porque se pareciera en nada a lo que cantaba su hermana.

—¿Estás segura de que es esto?

—Sí, espera, ahora viene la parte que canta ella.

Le costó, pero lo identificó. Asintió y retrocedió en la canción unos segundos, para escuchar esa parte de nuevo.

—Misión cumplida. —La sonrisa de Luz era triunfal.

—Le va a encantar. —Ya podía imaginarla sonriendo como lo hacía Luz, de pura satisfacción. Él sintió una relajación repentina, una especie de gran alivio, y la sonrisa le salió sola—. Mil gracias.

—De nada. Si has traído tu *pendrive* te puedes llevar algunas otras melodías para que Carla pueda escuchar y elegir. Tengo un archivo donde vienen guionados algunos ejemplos, en qué parte de la ceremonia va el Ave María,

por ejemplo, esas cosas.

—Perfecto. Lo tengo en la chaqueta.

Tuvo que levantarse. La chaqueta estaba en el sofá, justo enfrente, en el asiento que había tomado al principio. Sin saber cómo, había acabado sentado en una butaca justo al lado de Luz.

—Ya que te levantas, ¿me traes un vaso de agua? Ya puedo tomar mi pastilla.

—¿Ya ha pasado una hora? —No era posible.

—Casi.

Escuchó unos cuantos temas y fue copiando los que consideró y los que ella le fue proponiendo, ya que en eso —como en tantas otras cosas— estaba bastante perdido. Pero la música era relajante, casi soporífera en algunos casos. Para cuando dio por concluida la copia y levantó la vista del ordenador, Luz se había quedado dormida. La pastilla que acababa de tomarse sumada a la música, debía de haberla relajado por completo.

Curioseó la grajea del medicamento que había junto al vaso de agua. Recordaba aquel nombre. Miguel había tomado lo mismo durante la recuperación de un accidente de coche *in itinere*, de camino a una de sus primeras obras. Aquellas pastillas tumbaban a un elefante. No era de extrañar que se hubiera quedado traspuesta. Y desde luego, el dolor debía de ser intenso de verdad si tenía que recurrir a aquello. Y él allí, molestándola, cuando lo que necesitaba era descansar.

Un extraño desasosiego se apoderó de su estómago mientras la observaba. Siempre le había parecido fuerte y decidida, una mujer independiente y autosuficiente que había superado una honda herida de su pasado. Y de pronto la veía tan vulnerable que un poderoso impulso por protegerla de todo, incluso del dolor que le infligía su propio cuerpo, lo invadió haciéndolo buscar el modo de ponerla a salvo.

Entonces ella se revolvió, suspiró y se acomodó de nuevo. Juan tuvo que levantarse y dejar de mirarla. Eso o la cogería en brazos y caminaría por toda la casa hasta dar con su dormitorio para que descansara cómoda en su cama.

La idea era muy tentadora. Demasiado para arriesgarse a ponerla en práctica.

Hizo el mínimo ruido que pudo mientras retiraba las tazas, dejaba la cocina recogida... y una pequeña sorpresa preparada sobre la mesa que esperaba le agradara, aunque no era más que una tontería.

De nuevo en la sala, apagó el ordenador, pero antes se quedó mirando la foto del fondo de pantalla. Ella junto a cuatro amigas, supuso. Se la veía feliz. Muy sonriente, parecía algún lugar de vacaciones. Se preguntó qué la hacía sonreír de aquella forma, además del chocolate.

Ayudar, se respondió en pocos segundos. Ayudar, eso la realizaba. Quizás fuera alguna actividad de voluntariado, pensó, y curioseó el fondo. Una plaza de pueblo, una fuente de piedra, nada muy representativo de un lugar concreto. Ropa sencilla, camisetas y bermudas. Se lamentó por no habérselo preguntado en el momento en que le había respondido a sus preguntas, hasta a las indiscretas.

Apagó el aparato y volvió a mirarla con cautela.

Curiosa mujer. Le hacía plantearse preguntas, y no todas tenían que ver con qué llevaba debajo de aquella gruesa bata.

La observó más tiempo del que pudo calcular, hasta que un hormigueo en sus manos, que pugnaban por apartarle los rizos de la cara, lo ayudaron a levantarse. Sin embargo, ella se movió de nuevo, como por un sueño inquieto. Dobló una rodilla y, al arrastrar la pierna por el borde del asiento, un calcetín cayó al suelo.

Juan quedó hipnotizado por el pie que había quedado al descubierto. Pálido, estrecho, de largos dedos y uñas de un suave color entre el blanco y el rosa. Pensó que no era la primera vez que veía ese pequeño secreto suyo de cambiar de color de esmalte. Se lo guardaría, al igual que guardaría para sí cómo se arrodillaba a su lado y deslizaba de nuevo el calcetín desde sus dedos hasta su tobillo, procurando no tocarla apenas, para no despertarla, por mucho que hubiera deseado acariciar aquella delicada piel expuesta ante él. No tenía derecho a hacerlo, así que se abstuvo, muy a su pesar.

Iba a levantarse ya, pero otro rizo rebelde se soltó de su moño aplastado contra el respaldo, cayendo sobre sus ojos. Juan contuvo el aliento, usó un solo dedo para retirarle el rizo hasta depositarlo tras su oreja. Después apartó el resto de mechones con la misma delicadeza.

Su mejilla estaba ahora tan a la vista, tan sonrosada por el calor y el sueño, que no lo pudo evitar. Se acercó, estirando el cuello y sin mover ninguna otra parte de su cuerpo. Cerró los ojos, frunció los labios y rozó aquella tersa y cálida piel durante un par de segundos mientras aspiraba su aroma con lentitud e intensidad.

Una parte de él, remota y escondida, deseaba que se despertara en ese preciso momento. No la escuchó y se levantó del suelo procurando no pensar en lo que acababa de hacer.

Antes de marcharse, fue a buscar un bloc de notas que había visto en la cocina y escribió una palabra en una hoja que dejó sobre el ordenador. Lo pensó mejor y escribió otra palabra más. La miró por última vez antes de apagar casi todas las luces y salir de la casa cerrando la puerta principal con cuidado, para hacer apenas ruido.

Cuando Luz despertó, dos horas más tarde, ya era noche cerrada y solo una lamparita alumbraba la sala.

Sobre su ordenador vio un papel con una palabra. «Gracias». Y entre paréntesis otra: «Adiós». Tal como había prometido.

Capítulo 11

Juan recorrió los pasillos del supermercado en busca de los últimos productos de su lista de la compra. Le gustaba ir a esa hora temprana de la tarde de los sábados, cuando apenas había gente y todo estaba tranquilo. Solo así toleraba esa tarea inevitable que postergaba hasta el fin de semana, tuviera lo que tuviera en la despensa o en la nevera. De ahí que hubiera empezado a recurrir a las listas, para no quedarse sin leche o papel higiénico a mitad de semana.

Antes era Carla la que se encargaba de la compra y la colada. Él colaboraba en la cocina y se ocupaba de gran parte de la limpieza de la casa, además del cuidado de los jardines. Su hermana nunca había necesitado apuntar lo que hacía falta y, aun así, nunca había faltado de nada. Ni siquiera cuando murieron sus padres les había faltado de nada material. De lo emocional habían tenido que ir tirando con lo que les quedaba a ambos. Por suerte, parecía que aquello se regeneraba solo, o más bien en compañía mutua, con el tiempo. Cuando ella le faltara, y no porque no fuera a curarse, sino porque se casaría y se iría a vivir con Álex a otro lugar, desconocía cómo iba a alimentar esa latente necesidad de su interior.

Se detuvo en seco cuando se topó de frente con los estantes del Cola Cao. Solo en ese momento se percató de que había estado tarareando mientras empujaba su carrito. Y la melodía no era otra que el *Canon* de Pachelbel.

Se rio de sí mismo mientras cogía un bote pequeño del famoso cacao en

polvo y, acto seguido, lo dejó para sustituirlo por un paquete de kilo. Al girarse para depositarlo en su carro, los estantes de los tarros la otra famosa marca de cacao —estos en versión crema con avellanas— se mostraron ante él y lo saludaron alegremente. «Llévanos contigo», parecían susurrarle, «ayer te quedaste con las ganas».

Lo cierto era que un buen pegote de Nocilla untada en una rebanada de pan no había sido lo único de lo que Juan se había quedado con las ganas. Recordó el beso que le había dado a Luz en un absurdo impulso. Un inocente beso en una mejilla que no significaba nada, por mucho que se hubiera acercado unos milímetros hacia la comisura de sus labios. Era como los que le daba a su hermana cuando se iba del hospital y ella se había quedado dormida. Una forma de despedirse como cualquier otra. Además, ella ni se había dado cuenta, así que no contaba. No contaba en absoluto.

Cogió el bote más grande del estante y retomó su ruta hacia el pasillo de conservas vegetales. Quería llegar a casa cuanto antes.

Sin embargo, cuando —una vez en ruta— rodeó con su coche la plaza que quedaba a pocos metros del desvío hacia su casa, unas casetas y una gran cantidad de gente llamó su atención. Volvía a haber una feria artesanal en el barrio. Y a él se le habían terminado hacía meses los botes de mermelada que Carla había insistido en comprar la última vez que estuvieron por allí.

Tuvo la suerte de poder aparcar enseguida, pues justo una familia se dirigía a su vehículo a pocos metros de él.

Buscó el puesto entre la marabunta de artesanos de todo tipo. No recordaba ni el puesto ni a su dueño, pero sí las etiquetas y las coloridas tapas de los tarros de la confitura. Cogería un buen arsenal para no volver a quedarse sin existencias antes de que volvieran por la zona y le llevaría a Carla un par de ellos en su próxima visita.

Aún recordaba su cara de ilusión al hacer sonar esa mañana en la habitación del hospital la canción que le había traído de cabeza varios días. La había puesto tres veces seguidas, normal que ahora él no pudiera dejar de tararearla.

Un tarro de su mermelada favorita volvería a iluminar sus ojos de aquella maravillosa forma. O unos cuantos, pensó cuando por fin localizó el puesto y vio que habían elaborado nuevas recetas. Se llevó dos de cada sabor y le alegró saber que tenían página web y hacían venta *online* y envíos a domicilio a partir de treinta euros. Él se había dejado casi cuarenta.

No estaba para muchos gastos extra, pero era una inversión a largo plazo. Además de un capricho, todo fuera dicho, y él no se concedía ninguno últimamente. Aunque al parecer, ese día su estómago le estaba reclamando demasiados.

Antes de abandonar la feria, un aroma familiar le llamó la atención. Era floral, tal vez... ¿lavanda? Al mirar a su alrededor, dio con un puesto en el que había todo tipo de prendas de ganchillo y lana, jabones naturales y aceites esenciales, todo ello junto a una pila de saquitos de semillas con un cartel que rezaba: «Calma todo tipo de dolores de forma natural».

Lo hizo, no pudo evitarlo. Se acercó y preguntó el precio. Diez euros más o menos en su cartera no iban a solucionar sus problemas financieros. En cambio, aliviar su tensión muscular con algo más que su sesión de piscina de los viernes le vendría muy bien en su día a día.

—¿A cuánto me los dejás si me llevo siete? —se oyó decir a sí mismo antes de pensárselo dos veces.

Él no era el único con dolores musculares. ¿Y acaso no necesitaba a su equipo en plena forma para realizar un buen trabajo?

—Llevando diez te descuento uno.

Noventa euros, pensó Juan de pronto, y le iban a sobrar tres sacos. Ni hablar.

—Solo necesito siete.

El artesano lo miró sin parpadear y pareció soltarle lo primero que se le ocurrió.

—Elige lo que quieras de todo lo demás que tengo aquí y te lo llevas de regalo.

Juan miró poco convencido el surtido de productos. Iba a rechazar la oferta,

y hasta retractarse de la compra, con todo lo que podía hacer con setenta euros en mente. Estaba a punto de hacerlo cuando vio unos gruesos calcetines de un suave rosa pálido. Resopló, derrotado. ¿Cómo no iba a llevárselos?

La tarde anterior, Luz había estado tirándose del calcetín una y otra vez, hasta que, dormida, lo había acabado perdiendo. Y los iba a necesitar tres días al mes por lo menos, se dijo con pesar. Además, Carla le había dicho que lo que había logrado identificando su canción con la pobre ayuda de su lastimera voz no tenía precio, pero que habría que agradecerse de alguna manera.

Por supuesto, ese iba a ser el motivo que le iba a dar a ella cuando le entregara el detalle. Un regalo en el que él no había gastado nada, pensó de pronto, sintiéndose un miserable.

—Me llevo esto. Y los saquitos todos iguales, por favor. Esos azules oscuros. —Los de flores podían acabar tirándoselos a la cara—. Necesitaré factura, o una nota, lo que sea. Gracias.

Tendría que preguntarle a Luz si esa retribución en especie podía deducirla como gasto, se planteó, descubriéndose a sí mismo pensando en ella de nuevo.

Cargado con sus bolsas, se quedó mirando la actuación de unos malabaristas mientras se preguntaba qué había sido del Juan que sabía hacer esas mismas cosas por mera diversión en el jardín de su casa, con sus padres y su hermana aplaudiendo su habilidad. Quién era el Juan que llevaba mermelada como para un año en una mano; en la otra, sacos de semillas para los dolores de los sobreesfuerzos de sus empleados. El Juan que iba a regalarle unos calcetines de lana a una mujer a la que había besado a sabiendas de que ella no iba a darse cuenta. Una mujer en la que no podía dejar de pensar, por un motivo o por otro, y que esa noche se había colado en sus sueños.

El beso en la mejilla era el desencadenante, recordó, y el sueño que había estado desdibujado en su memoria desde que se había despertado, acudió a él vívido y apabullante.

Ella se despertaba al sentir los labios de Juan en la comisura de los suyos. Recortaba esa distancia sin dudarle y lo besaba en la boca, a lo que él

respondía gustoso.

Sin embargo, cuando más encendido estaba, ella frenaba el beso y, con voz distante, decía:

—Ha estado bien. Pero ninguno de los dos buscamos nada más.

Como un imbécil, él le daba la razón y se marchaba sin darle importancia. En el sueño se había sentido muy tranquilo, o eso creía recordar. ¿Por qué entonces ahora se sentía así de frustrado?

«Porque no era un beso de verdad», le respondió una parte desconocida de su cerebro. «Cuando la beses de verdad, la sensación no será tan insípida. La respuesta será otra».

Pero... ¿acaso pensaba besarla de verdad? ¿Y qué respuesta esperaba obtener? ¿Qué buscaban uno y otro? Él no estaba buscando nada y ella, con la historia de su cita fallida, le había dado a entender que tampoco.

Una bola de fuego lo hizo brincar en el sitio. Un faquir empezaba su actuación y a Juan le vinieron a la mente los productos congelados que se estarían derritiendo en su maletero.

Esquivó al gentío y alcanzó su coche, olvidando por el momento cualquier pensamiento que no fuera las tareas que tenía previstas para ese sábado. Todo un planazo, pero la verdad era que no le apetecía hacer nada más que estar en su casa, tranquilo, sin comeduras de cabeza.

Aún estaba terminando de guardar la compra cuando sonó el timbre de la puerta. Cerró la nevera de un codazo y se acercó a abrir. No se había parado a pensar quién podría ser, pero a quien se encontró habría sido la última persona por la que hubiera apostado. Ella nunca antes se había presentado así, en su casa, sin previo aviso.

Se la veía en apariencia igual que siempre. Perfecta. Llevaba su corta melena castaña lisa y brillante, con su flequillo rectísimo medio centímetro por encima de las amplias curvas de sus cejas. Sus característicos labios de

color rojo sonreían con levedad, pero sus ojos grises no reflejaban alegría, más bien inquietud.

—Hola, Juan.

—Estela.

—Te he seguido. —Él alzó las cejas y ella sacudió la cabeza con gesto horrorizado—. Quiero decir que te he visto en la feria y te he llamado por tu nombre, pero no me has oído. No me has dado tiempo a alcanzarte antes de que arrancararas el coche. Así que he venido hasta aquí.

—Ya veo.

—Sé que si te llamo no me cogerás el teléfono, pero me enviarás un mensaje dos o tres días más tarde. Todo muy desenfadado y cordial, pero que no me dará pie a volver a llamarte. Y yo necesito hablar contigo. En persona.

—Vale. —Se apartó de la puerta—. Pasa.

—Gracias.

Lo siguió hasta la cocina y él continuó guardando la compra. Ella lo observó en silencio hasta que lo que había en las bolsas llamó su atención.

—¿Esperas la visita de algún primo pequeño que no sabía que tuvieras? — Estela señaló los botes de cacao, cogió un paquete de cereales azucarados y curioseó en el interior de la bolsa de los tarros de mermelada—. ¿O te estás abasteciendo para la tercera guerra mundial?

Él guardó todo sin mirarla siquiera.

—Me estoy dando algunos caprichos por una vez. Los cereales son los que desayuno siempre, desde que tengo diez años, creo. Y la mermelada es la favorita de Carla.

Ella no podía saber nada de eso. Su relación nunca había ido más allá de unas citas y sus posteriores encuentros sexuales, en casa de él si no estaba Carla o en la de ella, que vivía sola. Nunca ninguno de los dos se había quedado a dormir en la cama del otro más tarde del amanecer. Él se iba de su piso aunque ella se hubiera quedado dormida. Y si estaban en su casa, la despertaba y le decía que la llevaba. Al menos nunca le había dejado coger un

taxi, siempre la había llevado en su coche.

—¿Ha salido tu hermana del hospital? —preguntó con verdadero interés y visible alegría.

—No, no. Pero le llevaré un par de estos. Mira qué bien huelen. A fruta de verdad.

Ella acercó la nariz cuando él abrió uno de los tarros. Olfateó y asintió con la cabeza. Él también lo olió antes de cerrarlo y guardarlo en la nevera.

—Vaya. Por un momento he pensado que había buenas noticias.

—Está estable, que ya es una buena noticia en sí.

—Me alegro mucho, Juan, de verdad.

—Gracias.

—Sabes que si hay algo que esté en mi mano, solo tienes que pedírmelo.

—Lo sé, Estela. Sé que has ido a visitarla con Claudia alguna vez, me lo ha dicho ella. Y te lo agradezco.

Claudia era una de las mejores amigas de Carla y vivía en el mismo edificio que Estela. Había sido a través de esta como ambos se habían conocido de forma fortuita en la fiesta de inauguración del piso que Claudia y su marido habían comprado hacía más de cinco años. Esa misma noche, Juan había acabado en una fiesta más privada, en una cama dos pisos más abajo. Lo cual no le había impedido volver a la fiesta de Claudia antes de que acabara y regresar a casa con su hermana.

La segunda vez que se vieron fue gracias a que una le pidió a la otra el teléfono de casa de la tercera, que era su hermana, y por lo tanto, el número también era el suyo. Y de esta forma, habían vuelto a quedar en varias ocasiones. Una cena y a la casa de él. Al cine y a la vuelta en el coche, un desvío un poco retirado y al asiento trasero. Un concierto y a la casa de ella. La pauta siempre era la misma, hasta que ella había empezado a proponerle otras cosas. Un fin de semana en la playa, una barbacoa en la casa con piscina de unos amigos, visitar Londres...

Juan se había ido retirando sin demasiada discreción. Disfrutaba de su

compañía, aunque cuando el sexo terminaba, solo podía pensar en estar lejos de allí. Y no quería hacerle daño, nunca había querido hacérselo. A lo mejor, cuando él se había dado cuenta ya había sido demasiado tarde.

—Lo he hecho de corazón.

—Lo sé.

—¿Podrías parar de guardar las cosas un momento y prestarme atención? De verdad que necesito hablar contigo.

—Disculpa. Siéntate. —Quitó las bolsas que quedaban por en medio y señaló una silla mientras él se sentaba en la de enfrente, en la amplia mesa de madera del centro de la cocina—. Tú dirás.

—Necesito estar segura de una cosa antes de dar un paso que puede ser muy importante en mi vida. Y sé que si no te lo pregunto directamente no saldré de dudas. —Lo miró con los ojos entrecerrados—. ¿Tú no sientes nada por mí, verdad?

Sabía que tarde o temprano llegarían a ese punto. No era la primera mujer con la que le pasaba, pero sí la primera con la que llevaba un tiempo considerable y a la que se había acostumbrado. A la que apreciaba lo suficiente como para que le costara decirle que no podía enamorarse, ni de ella ni de ninguna otra.

—Te aprecio mucho, Estela. —Le acarició la mano por encima de la mesa. Ella las tenía juntas, apretadas—. Pero no como tú necesitas.

Se echó hacia atrás en el respaldo de la silla, rompiendo el contacto de golpe.

—¿Podrías decirme por qué?

—La verdad es que no es por nada que tenga que ver contigo. Eres preciosa, y lo sabes. Lo he pasado genial contigo, y no me refiero solo al sexo —aclaró de inmediato, antes de que sonara como no quería—. Hemos hecho un montón de cosas divertidas juntos. Puedo hablar contigo como con casi cualquiera de mis colegas de toda la vida. Eres alguien en quien se puede confiar. Pero todas esas maravillosas cualidades tuyas no sirven de mucho cuando se topan con

alguien como yo.

Ella se cruzó de brazos y tamborileó con sus largas uñas rojas sobre uno de sus codos.

—Alguien como tú —repitió muy seria.

—Alguien que no cree en el amor ni lo busca. —Él también cambió el tono de cordial a tajante—. Alguien que no aspira a vivir en pareja, ni a tener hijos, ni a todo eso que me parece que te apremia y yo no puedo darte.

El tamborileo de sus dedos cesó y sus hombros cayeron como a cámara lenta, derrotados.

—¿Tanto se me nota?

—De un tiempo a esta parte, sí.

Sus voces fueron un susurro, la verdad ya estaba sobre la mesa.

—Llevamos casi un año sin acostarnos.

—Pues calcula otro año antes de eso. Tú necesitabas más y yo no podía dártelo. Esperaba que te percataras por tu cuenta, pero quizás debí decírtelo de forma más directa. Lo lamento.

Esta vez sus palabras la hicieron echarse hacia delante, apoyando los codos en la mesa para verlo más de cerca.

—Bueno, tal vez lo que yo esperaba era que en este tiempo me echaras de menos. Que fueras tú quien se diera cuenta de que sí era todo eso lo que necesitabas, lo que buscabas. Pero ya veo que no ha sido así.

—El problema es mío, no tuyo, te lo aseguro.

—En eso igual tienes razón. —Sonrió de forma enigmática, aunque no lo dejó en ascuas por mucho tiempo—. He conocido a alguien.

—¿De verdad? —Aquello lo sorprendió mucho dadas las circunstancias y la conversación que mantenían—. ¿Quién es?

—Es un hombre que estuvo en la oficina unos meses, para un proyecto puntual, y que en cuanto terminó se marchó. Pero hicimos amistad y hemos vuelto a vernos fuera del ámbito profesional varias veces. Aunque aún no nos hemos acostado, sé que antes o después ocurrirá.

Aquel último detalle podría habérselo ahorrado, pensó algo incómodo, no era algo que él tuviera que saber. ¿O sí?

—Me alegro por ti.

—Yo no estoy del todo segura —continuó confesándole—. Aunque fuera de la cama he conectado con él de una forma que no hice jamás contigo, no sé si tendremos la misma armonía entre las sábanas. Tú y yo nos entendemos muy bien en ese ámbito. Nos entendíamos —se corrigió.

A favor de ese hombre al que no conocía, Juan podía decir que sentía admiración. Si estaba con Estela en el plan que le estaba planteando y aún no habían llegado al punto caliente de la relación, o era frío como el hielo o tenía voluntad de hierro. Estela era una mujer sensual y sexual, a la que no le costaba dar el primer paso ni reconocer que le apetecía un revolcón en mitad de una fiesta.

—Es tímido —comentó ella, como si hubiera estado leyendo sus pensamientos—. Y le llevo cuatro años. Solo ha tenido una novia antes que yo. Un noviazgo largo que terminó hace un par de años. Busca algo formal, y creo que es lo que yo necesito.

Él creía que la comprendía. Empezaba también a comprender qué hacía allí. Necesitaba un último empujoncito. Y tenía que ser él quien se lo diera. El mismo que había ignorado su corazón.

—Si es lo que necesitas, y el chico te gusta lo suficiente, no lo dudes. Es mi consejo de amigo. La sintonía en la cama, si no surge de primeras, puede ir mejorando con la práctica.

Ella lo miró por fin de forma directa a los ojos, sin rehuirlos cada pocos segundos. Algo debía de haber hecho, o dicho, bien.

—Eso me dicen mis amigas. Pero me da un poco de miedo.

—Todo lo que vale la pena en esta vida tiene que dar un poco de miedo, si no todo el mundo lo tendría.

—Sabias palabras —le reconoció, bastante impresionada—. Pero no te refieres al amor.

—En mi caso, no. A nivel personal, me refiero a mi trabajo. Me dio miedo dejar un empleo fijo y lanzarme por mi cuenta. Auténtico terror después, al contratar empleados. Pero he de reconocer que ha merecido la pena.

Ella asintió en silencio, pensando, decidiendo, dedujo Juan. Y le dio tiempo. Era lo menos que podía hacer.

—Así que hay que ser valiente.

—Eso es lo que me decían mis padres —confesó, revelando el origen de aquellas sabias palabras—. Tú lo has sido viniendo aquí a plantarme cara y salir de dudas sobre qué tenemos o no, qué podríamos o no tener en el futuro. Mucho más valiente que yo. Si no lo hice yo antes fue por no hacerte daño. Aun así reconozco mi cobardía.

Ella volvió a asentir como única forma de aceptación de sus palabras. Se quedó de nuevo en silencio y él le dio más tiempo, pues parecía necesitarlo. La vio fijar la vista en la pila de saquitos de semillas que había dejado sobre la encimera, aunque no dijo nada al respecto.

—Se me va a hacer raro, pero creo que será mejor que no te vuelva a ver hasta que me aclare del todo.

—Lo entiendo.

—Aunque he de confesar que cuando he venido aquí, he contemplado la posibilidad de echar un polvo de despedida.

—Tentador. —Ambos rieron, a pesar de que a Juan se le quebró un poco la voz—. Pero a riesgo de darme de tortas más tarde por haber dicho esto, creo que no sería lo más adecuado.

—No, no lo sería. Gracias por no tratar de persuadirme de lo contrario, no te lo he dicho para que intentaras convencerme, solo porque quería ser sincera del todo. —Fue a levantarse pero se sentó de nuevo—. En todo este tiempo, ¿has estado con alguna otra?

—No.

—Yo tampoco, excepto Ernesto, el hombre con el que puede que me acueste pronto. —Le sonrió y como si del final de una reunión se tratara, se levantó y

cambió radicalmente de tema—. Tengo que preguntártelo. ¿Esa montañita de cojines es lo que huele a lavanda?

Se acercó a la encimera y curioseó uno de ellos.

—Son unos saquitos de semillas. Se calientan y se colocan en la parte del cuerpo que te duela. Voy a regalarle uno a cada uno de mis empleados.

—¿Les haces trabajar hasta el dolor? —bromeó, mirándolo por encima del hombro con aquella expresión tan suya y tan sexy. Estaba seguro de que aún no la había usado con el tal Ernesto, porque cuando lo hiciera, el poco temple que le quedara se vendría abajo en cuestión de segundos. Suerte que él ya fuera inmune a sus muchos encantos.

—No, pero es un trabajo duro, muy físico, en el que el cuerpo se resiente todos los días.

—Es un bonito detalle. No olvides envolverlos en papel de regalo.

—Lo tendré en cuenta. —Pero no lo había pensado. Había hecho falta una mujer para que le recordara esos importantes detalles.

—¿También tienes una empleada en tu equipo?

—No. —¿A qué venía aquello? Ya le había dicho que no había estado con ninguna mujer. No creía que pensara que le estuviera mintiendo. Ni que le creyera capaz de liarse con una empleada suya, si la tuviera—. ¿Por qué?

—Por estos calcetines rosas tan calentitos.

—Ah, eso. —Fue a cogerlos pero ella ya los tenía entre las manos, admirándolos como si de una piedra preciosa se trataran—. Me los han regalado al comprar los saquitos.

—¿Se los llevarás a tu hermana al hospital?

—No, allí hace demasiado calor para algo así.

—¿Y qué vas a hacer con ellos?

Tardó un segundo de más en responder, porque no quería mentirle, pero era muy complicado de explicar que eran para Luz, por qué y quién era ella. Sobre todo después de decirle que no había ninguna otra mujer en su vida. Podía parecer lo que no era, porque él mismo empezaba a pensar que sí era algo.

Algo que aún no sabía cómo definir, pero que ahí estaba.

Ese segundo de más en el que todo aquello pasó por su mente, fue demasiado tiempo y ella se le adelantó.

—No creo que tú vayas a usarlos, pero seguro que a mí me vienen muy bien. Y así tendré un recuerdo tuyo. Nunca me has hecho un regalo.

Su última frase fue como una bofetada.

—Sí que te he hecho regalos —replicó algo ofendido.

—No, nunca. Has pagado la cena muchas más veces que yo, el cine, las copas... No digo que no hayas sido generoso. Pero nunca has pensado en un detalle, aunque fuera una tontería, que pudiera gustarme. Ni en mi cumpleaños, ni en Navidad, ni un día porque sí, porque hubieras visto algo que pudiera gustarme y simplemente quisieras dármelo. —Lo miró con los ojos empañados—. Algo que me hiciera feliz por un momento, que me hiciera sonreír.

La imagen del pie descalzo de Luz se cruzó en su mente. Al igual que su impulso de llevarle los calcetines en cuanto los había visto. La culpabilidad pudo con él.

—Si te gustan, puedes quedártelos, por supuesto.

—Gracias. Mmm. —Pegó la nariz a ellos—. El olor a lavanda se ha quedado impregnado, qué rico.

Se le acercó y lo besó en los labios, solo un leve roce, una despedida en toda regla.

—Hasta pronto, Juan. Espero que todo te vaya muy bien.

—Suerte con Ernesto. Te la mereces.

—Gracias. Recuerdos a tu hermana.

La vio marcharse en su coche desde el porche de su casa y una vez que la perdió de vista, se quedó mirando al infinito, perdiendo la noción del tiempo. Hasta que algo en su interior lo hizo reaccionar de forma súbita. Miró el reloj, entró en la casa, cogió las llaves del coche y la chaqueta y volvió a salir con paso decidido.

Tenía que ir a buscar papel de regalo, uno apropiado para seis hombres

hechos y derechos, y no el de alegres colorines que usaba su hermana en Navidad y que probablemente fuera el único que hubiera por la casa. También debía llegar al puesto artesanal antes de que cerrara. Luz tendría su puñetero par de calcetines nuevos. Un regalo que había elegido pensando en ella, en algo que pudiera necesitar, que le pudiera gustar. Que la hiciera sonreír. Y esta vez, iba a pagar por ellos.

Capítulo 12

—¿Dónde está el lacito?

Juan miró a Miguel con la mandíbula apretada, y aquello le bastó para abstenerse de añadir nada más. Las caras de sus seis empleados ya eran un poema desde el momento que les había dicho que tenía un regalo para ellos. Las coñas con respecto a su poca maña con el envoltorio sobraban.

—Podéis abrirlos. ¡Vamos! —los apremió al ver que todos miraban el paquete que tenían entre las manos. Y después fue aún peor. Estaba claro que no tenían ni idea de qué era aquello—. Son saquitos de semillas. Se calientan y alivian dolores musculares o articulares puntuales.

—¿A qué huele? —Óscar se lo acercó a la nariz con cautela, como si fuera un cactus y pinchara.

—Es lavanda —se le adelantó Román—. Mi mujer tiene uno para el periodo. —Las caras de los otros cinco se giraron hacia él con ojos desorbitados. —Para el dolor, se lo pone sobre la tripa. Yo se lo he cogido alguna vez, cuando la rodilla me da la lata. Pero como luego nunca lo guardo de nuevo en su sitio, lo tiene escondido. Dice que, si no, se lo pierdo.

—Ahora ya tienes el tuyo propio —declaró Juan, contento de que al menos uno de ellos apreciara el detalle.

—¿Y cómo se calienta? —se interesó Javier, llevándose una mano a la zona lumbar—. Porque yo igual lo uso esta misma noche.

—En el microondas un minuto, con un vaso de agua al lado, para que

conserve la humedad —dijo Miguel, y todos giraron en esta ocasión las cabezas hacia él, incrédulos al oírle semejante explicación—. Lo pone en la etiqueta. ¿Veis?

Tras varias carcajadas, agradecieron a Juan el detalle y lo guardaron en sus mochilas antes de volver al trabajo.

—¿Esto no significará que piensas molernos al trabajar y así pretendes ahorrarte alguna que otra baja? —bromeó Raúl, siempre tan suspicaz.

Juan se planteó que no se lo decía tan en broma.

—No. Simplemente me han hablado de ellos, decidí comprar uno para mí y en ese mismo momento pensé que a todos os vendrían bien. Pero si vais a dudar de mis buenas intenciones, podéis devolvérmelos.

—No, no. Yo el mío me lo quedo. —Se contuvo todo lo que pudo, pero al final tuvo que decir lo que tenía atrapado en la lengua pugnando por salir—. Aunque se lo vaya a poner a mi abuela en la cadera operada.

Las carcajadas resonaron contra los nuevos azulejos de uno de los baños que estaban instalando en el piso inferior del Centro Cívico. Juan los mandó a paseo y a un par de sitios más antes de reprocharles que eran peor que críos y salir del edificio medio enfurruñado y medio riéndose. Un poco de diversión en el trabajo, aunque fuera a su costa, podía ser la mejor de las curas para todo tipo de dolencias y malestares. Y desde luego, creaba ese buen clima de trabajo por el que tanto había peleado.

Era casi la hora del descanso cuando una voz le dio los buenos días y lo llamó por su nombre. De inmediato, aquel algo que bullía dentro de él desde hacía tiempo comenzó a hacer burbujas en su estómago. Dejó a un lado el balde de cemento y caminó hasta ella con ese algo cada vez más activo, más ansioso.

—Buenos días, Luz.

—¿Están tus chicos por aquí?

—Sí, todos están dentro. ¿Por qué?

—Porque os he traído esto. —Juan cogió la bandeja que le entregaba con ambas manos. Pesaba más de lo que esperaba—. Son pastelitos de nata. Los he hecho yo.

—¿Y a qué se debe el placer?

—Tengo una reunión con las familias de una de las parejas que se casa este fin de semana. Siempre preparo algún dulce para este tipo de encuentros, y como el otro día no me porté lo que se dice bien contigo, aunque ya sabes los motivos, pensé en compensarte trayéndote unos pocos a ti. Y a tu equipo. Un tentempié de media mañana.

—¿Alguien ha dicho tentempié? —se oyó a Miguel, que lideraba al resto de hombres que ya salían del edificio.

—Luz nos ha traído unos pasteles de nata. Los ha hecho ella —anunció Juan, haciéndola ruborizarse sin poder evitarlo, por el tono de alabanza que utilizó—. Dadle las gracias antes de devorarlos como bestias hambrientas.

—Gracias— se oyó a coro y ella rio con ganas.

—De nada. Espero que os gusten.

Sentados sobre unas pilas de ladrillos distribuidas por la entrada, sacaron sus neveras portátiles y acompañaron los pastelitos con bebidas calientes y frías que le ofrecieron a Luz, aunque ella las rechazó.

—Deliciosos. ¿Qué es hoy? ¿Navidad? —preguntó Miguel con la boca llena—. Es el día de los regalos.

Luz miró a Juan con gesto interrogativo y él no tuvo más remedio que confesar. Había confiado en que ella no supiera lo de los saquitos, pero estaba claro que era imposible.

Le explicó lo de la feria artesanal y que, al verlos, pensó que no le vendría mal uno y, de paso, a todos ellos, si a ella le había aliviado tantas veces un dolor tan intenso. La idea pareció agradaarle, y él supo que no podría esperar al viernes, a pesar de que ese había sido su plan.

Ella le había llevado pasteles caseros, por el amor de Dios. ¿Cómo se podía competir con eso?

—Ven, yo también tengo una cosa para ti.

—¿Para mí?

Lo siguió hasta su furgoneta, donde él se montó y sacó un paquete de la guantera.

—No tenías nada que compensar, al contrario —contradijo Juan tras bajar de un salto—. Fui yo quien irrumpió en la tranquilidad de tu casa cuando necesitabas descansar.

—Me ayudaste a estar distraída, así es más fácil ignorar el dolor. Además —comentó sin mirarlo directamente a la cara, jugueteando con un pie contra la gravilla del suelo—, me preparaste en la cocina una rebanada de Nocilla que me gustó tanto o más que el «gracias» y el «adiós» que prometiste.

Lo dijo con una sonrisa tímida que él no le había visto nunca. ¿Una sonrisa coqueta? Se sacó la idea de la cabeza en cuanto lo pensó.

—Supuse que te gustaría verlo al despertar. Pero eso no compensa nada, ni es agradecimiento suficiente por descubrir la canción que traía de cabeza a mi hermana. Ella misma me pidió que te lo agradeciera de su parte. Y cuando vi esto, pensé que sería un detalle aceptable.

Le entregó el sobre de papel de regalo. Con el de ella se había esmerado un poco más que con los otros, pero tampoco llevaba el dichoso lacito. Aun así, la cara de ella era de asombro, pero un asombro de los buenos. Cuando sacó los calcetines, se rio, pero también fue una risa de las buenas.

—Te vi subirte el calcetín derecho tantas veces que supe que tocaba que los jubilaras.

Se abstuvo de comentar que lo había perdido y que él lo había colocado en su sitio. Tampoco mencionó el beso robado de después.

—Me encantan. Y azul celeste, como mi bata. Qué detallista.

Los había elegido a propósito de un color distinto a los que se había llevado Estela. No tenía muy claro por qué, pero no quería que fueran iguales. Y sí, al elegirlos recordó su bata azul.

—La verdad es que no lo soy demasiado. No en este tipo de cosas, regalos y

demás. —Porque en su trabajo lo era, y mucho—. Pero nunca es tarde para empezar.

—Me siento halagada de estar en ese comienzo. Gracias, me encantan. Son muy suaves.

«Tu piel también lo es», le hubiera dicho, aunque solo lo pensó. Tras el pensamiento se coló en su mente el sueño que había tenido la noche del viernes. La actitud de ella en el sueño lo irritó y rompió el encanto que aquel momento había creado.

Aunque de pronto, una revelación aterrizó sobre su cabeza, golpeándolo como una losa.

¿Y si en el sueño hubiera puesto en boca de ella palabras que realmente le correspondían decir a él? ¿No buscaba nada más, nada más que un beso? ¿Nada más que sexo? Nada más que esta buena relación de cliente-empresario, se dijo, pues realmente no había nada más entre ellos. Sin embargo, ¿por qué Luz no dejaba de sonreírle así?

—Deberías volver si quieres que te dejen algún pastelito —dijo ella, despertándolo de su trance—. Desde aquí les veo comer a dos carrillos.

—Son como una plaga de langostas —murmuró mientras se giraba hacia ellos. Todos los estaban observando, pero eso no les impedía zampar como si no hubieran comido en años—. ¡Eh! ¡Dejad un par para mí, alimañas!

La única respuesta que obtuvo fue un aumento en la velocidad en la que masticaban. La melodiosa risa de Luz le hizo darles la espalda de nuevo.

—Te veo el viernes. —Su expresión risueña logró que olvidara por completo a su público—. ¿Habrá elegido Carla las canciones para entonces?

—Confío en que sí. Pero no prometo nada.

—No tiene importancia. Es solo por tener preparado el siguiente punto a trabajar o continuar con el tema de la música.

Él lo meditó unos instantes, y aprovechó para observarla un poco más. Llevaba algo de maquillaje, porque estaba menos pálida que el viernes. Algo de colorete realzaba sus mejillas, o tal vez fuera un rubor natural, no estaba

seguro. En los labios lucía un carmín muy claro pero brillante. Sus pestañas estaban más oscuras y más largas, un poco rizadas. Todo muy sutil.

Había que haberla visto a cara lavada para captar esas pequeñas diferencias. Pequeñas, pero muy favorecedoras. Tanto que si los labios hubieran estado así de jugosos la otra tarde, el beso no se habría limitado a su mejilla.

Sacudió la cabeza para quitarse aquella imagen de la cabeza.

—Tú ten preparado algo más, por si acaso —propuso tratando de volver a la conversación.

—Bien. Tengo algunas ideas en mente. Me pondré con ello. Que tengas un buen día. —Se apartó un poco de él para acercarse a la entrada del edificio—. Adiós, chicos.

—Gracias —volvieron a gritar a coro, y ella les dedicó una amplia sonrisa mientras los saludaba con la mano y se alejaba de allí.

Juan se quedó donde estaba hasta que ella desapareció de su vista. Solo entonces se acercó al grupo y pudo comprobar que, efectivamente, le habían dejado un par de pasteles. Exactamente dos.

Los cogió de la bandeja antes de que desaparecieran entre las fauces de alguno de aquellos tragaldabas.

—¿Qué has hecho por la santurrón para que podamos disfrutar de estos manjares?

—Nada —cortó enseguida Juan, molesto por el comentario de Miguel, que aún tenía la boca llena—. Ella es así. Amable. Servicial. Generosa. ¿Sabes lo que es eso?

—No muy bien —reconoció el aludido.

—Pues límpiate esa boca antes de hablar sin saber ni sin pensar y vuelve al trabajo.

No hubo réplica, solo algún cruce de miradas entre los demás, porque Juan les había dado ya la espalda y cargaba con el balde de cemento rumbo al interior. Sin tomarse ni un café para acompañar aquellos dos pequeños pasteles.

No solía enfadarse con facilidad, pero si lo hacía, todos sabían que tenían que dejarle su espacio y no meter el dedo en la llaga. Al fin y al cabo, era el jefe.

Lidia encontró a Luz sentada ante el mostrador de la tienda, muy concentrada en el ordenador. Demasiado. Ni parpadeaba. Tampoco tecleaba, solo miraba a un punto fijo en la pantalla. Cuando se acercó para mirar lo que la tenía hipnotizada, descubrió que el ordenador estaba al sesenta y cuatro por ciento de terminar sus actualizaciones. No era una frase muy interesante para mirarla con tanta atención.

—¿En qué piensas? —Luz se sobresaltó y dio un pequeño brinco. Algo se le cayó del regazo y se apresuró a agacharse para recogerlo—. Perdona, creía que me habías oído entrar. ¿Qué es eso?

—Nada. —Trató de recuperar su perturbador regalo cuando Lidia se lo arrebató de las manos—. Una tontería.

—¿Calcetines de lana? ¿Para tus ratos de sofá y manta? Ya era hora. Los otros los tenías destrozados. Daban pena.

—Pues ya puedo tirarlos.

—O quemarlos —propuso Lidia, mientras se acercaba los nuevos a la mejilla—. ¡Qué suaves son! No me extraña que los estuvieras acariciando como a un gato.

—No los acariciaba. —Se los quitó de un tirón y los guardó en un cajón que cerró de golpe—. Llegas pronto.

—Y como sigas de ese humor, me voy por donde he venido.

—No estoy de mal humor. —Pero su tono era demasiado tajante.

—Si tú lo dices...

—Solo odio tener que esperar a que los ordenadores acaben de hacer... lo que tengan que hacer.

—Son unos tiranos—. Lidia juntó sus manos simulando un arma de fuego y emuló el sonido de una ametralladora mientras hacía que disparaba una ráfaga a la pantalla—. Ya está, aniquilado.

—Gracias. —Luz no pudo evitar sonreír.

—De nada. —Hizo como que se guardaba el arma en la cadera—. Forma parte de mi trabajo de ayudante liberarte de las tareas más sucias.

—¿De veras? —Luz se levantó y se dirigió hacia la puerta que conectaba la tienda y la casa, indicándole con un dedo que la siguiera—. En la cocina tengo un montón de cacharros para fregar. Ya sabes... Pastelitos de nata.

—Eso no entra en mi contrato. —Lidia freno en seco, se cruzó de brazos y negó con la cabeza. Hasta que lo pensó mejor y puso cara de niña buena—. Aunque lo pasaré por alto a cambio de... una docena de pastelitos.

—Media. En una hora vienen las dos familias de la boda del sábado y son casi veinte en total.

Ella ya había reducido su producción de esa mañana en un treinta por ciento para llevarle a Juan un detalle que la redimiera de su desastroso comportamiento del viernes. Obviamente, se había acordado también de su equipo, que eran otros seis hombres con buen apetito.

Sin embargo, lo que menos se esperaba era que él tuviera otro detalle para ella. Tan personal, envuelto en papel de regalo por él mismo —porque se notaba que lo había envuelto él, con poca maña, lo que lo hacía todavía más tierno—. Quería pensar que solo había sido un gesto casual como él le había explicado, impulsado también por el deseo de su hermana de agradecerle haber descubierto su canción para la boda.

Seguro que era de la opinión de que debía quemar sus otros calcetines, como decía Lidia. «Jubilarlos», había dicho él. Y aun así... No tendría por qué haberlo hecho. Pero lo había hecho. Y a la vista de los otros seis hombres.

—Entonces nueve pastelitos —regateó Lidia.

—Siete.

—Ocho. Y me pido también rebañar el bol de la nata montada.

—Vale. —Ella ya había rebañado la manga pastelera antes de salir de casa. Aunque el actual estado inquieto de su estómago no le habría permitido ni chupar la cuchara—. Sanguijuela.

—Explotadora.

Entre pequeños codazos y empujoncitos, rieron hasta llegar a la cocina. Solo Lidia podía hacer de aquella tarea algo entretenido, pensó Luz con un suspiro.

—Qué haría yo sin ti, cuñadita.

Capítulo 13

Era mañana de plancha. Luz solía acumular colgada en perchas en el armario la ropa que recogía del tendedero. Cuando la proporción de planchado y sin planchar empezaba a descompensarse, sacaba lo que estaba arrugado, lo lanzaba sobre la cama y se pasaba las horas que fueran necesarias dejándolo todo en condiciones de ser vestido, nada más. No se esmeraba demasiado. Odiaba esa tarea.

Si además a la labor se le sumaba una Lidia insistente que no parecía ir a darse por vencida hasta que Luz cediera a su petición, la ecuación daba como resultado una mañana de lo más insufrible.

—¿Puedes abrir la ventana? —le solicitó, interrumpiendo su retahíla de argumentos a favor de su propuesta.

Además del calor que se estaba acumulando por el vapor de la plancha y el esfuerzo físico, la ininterrumpida voz de Lidia le estaba provocando un severo dolor de cabeza.

—Claro —adujo la joven como única interrupción a su perorata.

Como vio que pretendía continuar, Luz dejó la plancha a un lado y levantó un dedo indicándole que se callara.

—Lidia, que no insistas. Ya sé que viajar a Cuba sería maravilloso, interesante y todo lo que me has contado doscientas veces. Pero no voy a ir contigo a tu viaje de fin de carrera. Precisamente por eso, porque es tu viaje, no el mío.

El puchero que hizo con los labios no reblandeció la firme postura de Luz, así que Lidia continuó con su cantinela.

—Pero al menos tres de mis compañeras llevarán a sus novios. Sé de dos chicos que van a ir con sus hermanos. Y las del equipo de hockey hierba han decidido venir todas a este viaje y pasar del de sus respectivas carreras, cuando solo cuatro de todas ellas son de periodismo. Está claro que es un planazo. ¿Por qué no ibas a poder venir tú?

—¡Porque tengo treinta y cinco años y ya fui a mi viaje de fin de carrera cuando tenía veintitrés!

—El novio de Begoña tiene treinta y siete años. Aunque, bueno, ella tiene treinta y dos —reflexionó.

—Me parece muy bien.

—Venga, ven conmigo. No tienes ninguna cita después de Semana Santa, lo sé porque llevo semanas controlando tu agenda. Con que no conciertes ninguna a partir de ahora, no tendrás excusa para no cogerte unos días libres. ¿Cuánto hace que no te vas de vacaciones? —Luz fue a responder, pero Lidia levantó una mano—. Y no me refiero a una escapadita de fin de semana con las chicas del club de lectura a la vuelta de la esquina. Digo vacaciones, vacaciones. Coger un avión a otro continente.

—Ya sabes cuánto hace de eso.

Años, sabía Lidia. Desde antes que Cristóbal enfermara.

—Te mereces un respiro. Vamos. Lo pasaremos genial. Y te pondrás morena, un poco. Lo suficiente para poder ponerte esta camiseta tan bonita. Aunque hasta entonces, podrías dejármela.

—Esa no. Está sin estrenar.

—¿Y qué haces con ropa en el armario sin estrenar?

«Si tú supieras», pensó Luz, ruborizándose. Ese pequeño secreto no se lo revelaría nunca a nadie, ni siquiera a Lidia. Menos mal que nunca le había dado por hurgar en su armario. Si quería cualquier prenda suya que le gustara, se la pedía.

—Solo tengo esa camiseta —mintió—. Y mira tú por dónde, acabo de decidir que me la voy a poner hoy.

—Genial. Ahora solo tienes que decidir qué meter en la maleta.

—Lidia...

—Por favor. De verdad que quiero que hagamos este viaje juntas. Hazlo por mí. Porfa, porfa...

Dando por concluida la tarea de planchado por ese día, Luz se dejó caer sobre la cama de golpe. Lidia se sentó a su lado y la miró en silencio. Luz cerró los ojos, suspiró y, finalmente, claudicó.

—Vale. Iré.

—¡Guay! —tirándose sobre ella, Lidia la abrazó con fuerza—. Será un viaje inolvidable, del que hablaremos hasta que seamos viejas.

—Seguro que sí.

Atesorar momentos. Esa era una de las cosas que había aprendido con la pérdida de Cristóbal. Vivir con intensidad, disfrutar de las oportunidades que se presentaran, hacer lo que a uno le gusta dejando de lado la tristeza y los agobios. En definitiva, ser feliz. Y agradecer el estar vivo haciendo felices a los demás.

¿Cómo no regalarle esos días a su cuñada, y de paso, regalárselos a sí misma?

Esa misma tarde, aunque ninguno hizo alusión alguna a lo sucedido recientemente entre ellos, tanto Juan como Luz notaban que la situación había cambiado de alguna forma. Él se sentó más cerca de lo que solía hacer, y lo hizo sin pensar, simplemente le salió. Luz lo notaba cada vez que alzaba la vista y veía los pequeños puntitos de un color más oscuro en sus iris chocolate. Tenía cinco, dos en el ojo derecho y tres en el izquierdo.

Ella, sin darse tampoco cuenta, lo tocó en varias ocasiones cuando se

intercambiaban papeles, fotos y dibujos que Carla había hecho sobre cómo se imaginaba la decoración para el banquete.

No era que no lo hubiera tocado nunca, roces normales cuando dos personas pasan más de una hora codo con codo trabajando. Pero ese día el contacto era, a criterio de Juan, más intencionado. Una mano en el hombro mientras miraba una imagen desde su espalda, porque él le había hablado cuando volvía con algo para beber. Era más bien la forma en que se posaba sobre él, no el hecho de tocarlo en sí. Como si hubieran dado un paso al otro lado de la barrera de confianza que ella mantenía con el resto de clientes y que él solía respetar en general con cualquiera que no fuera un amigo o familiar.

Él le explicaba la fusión que se le había ocurrido con todas las ideas que habían recopilado de su hermana, y ella mantenía la mano allí, fija, pero en apariencia relajada, mientras asentía ante cada nueva explicación, pero no se sentaba de nuevo, permanecía allí, para su placer y su tortura.

Era asombroso lo que el sencillo peso de una ligera mano en una parte del cuerpo tan expuesta como un hombro podía llegar a provocar en un hombre, pensó, justo antes de que la puerta se abriera de golpe y se cerrara con un violento estruendo.

Juan supo que se trataba de una mujer incluso antes de levantar la vista. El decidido repiqueteo de unos tacones sobre el suelo de parqué anunciaba que se aproximaba todo lo deprisa que estos le permitían. En cuanto vio a Luz exhalar un suspiro para dirigirse con calma hacia ella, todo su cuerpo se puso alerta. Tuvo que hacer auténticos esfuerzos para reprimir el impulso de cruzarse en su camino e interponerse entre Luz y la mujer que percibía como una amenaza, a pesar de tratarse de una joven menuda como una muñeca, y maquillada tanto como si lo fuera.

—Has sido tú, ¿verdad? —La voz ronca en contraste con lo delicado de su aspecto dejaba entrever la furia que tensaba todo su cuerpo.

—Buenas tardes, Susana. No sé a qué te refieres. Pero ahora mismo no puedo atenderte. —Señaló a Juan y la mirada que le dedicó llevaba implícita

un mensaje: «Lo siento, pero mantente al margen, por favor»—. Como ves, estoy atendiendo a otro cliente que sí tiene cita.

—No te hagas la inocente conmigo, que ya me conozco yo a las arpías como tú.

—Perdona que te corrija, pero no me conoces en absoluto —declaró, obviando el dedo de larga uña rosa que la señalaba casi entre ambos ojos—. Te puedo asegurar que yo no he hecho nada de lo que sea que me acusas.

—¡Y una mierda! Tú me has enviado esto.

Estiró el otro brazo y le mostró su móvil. En un segundo comenzó un vídeo en el que se veía al novio de la chica saliendo de un taxi y, tras él, otra que no era ella. Él la rodeó por encima del hombro y la besó con intensidad. Sin soltar su abrazo, caminaron hasta la puerta de lo que parecía un hotel y desaparecieron en su interior.

La joven retiró el móvil en cuanto el sonido ambiente de la calle donde había sido grabado se detuvo.

—No quise creer a Lorenzo cuando me dijo que el auténtico motivo por el que habías rehusado organizar nuestra boda era que te le habías insinuado y que había tenido que rechazarte. Que te sentirías humillada y que por eso habías inventado la estúpida excusa de la operación para esa fecha. Pero después de este video que sé que tú misma me has mandado, estoy segura de que decía la verdad. ¿Cuánto tiempo llevas acosándolo? ¿Qué eres? ¿Una loca que se cuelga de tíos que están a punto de casarse? Pues de Lorenzo te olvidas.

—Las últimas palabras las dijo con la mandíbula apretada—. Porque ni tú ni esa zorra del vídeo me lo vais a quitar, ¿entiendes?

—Mira, Susana. —Esta vez el suspiro de Luz fue más intenso y denotaba que se estaba mordiendo la lengua—. Te lo voy a decir muy clarito, una sola vez. Es cierto que me inventé lo de mi operación, que solo era una excusa para no organizar vuestra boda. Pero no porque tenga ningún tipo de interés en Lorenzo, ni en ningún otro de mis clientes de todos los años que llevo en esto. Hasta ahora no había tenido ni un solo problema con ninguna pareja, pero está

claro que la buena racha se me ha acabado.

—¿Y entonces por qué cancelaste nuestro contrato? —repuso irritada.

—Aunque sé que te costará creerlo, fue Lorenzo el que trató de besarme el día que no pudiste venir con él a la cita. Fui yo quien lo rechazó y él quien me aseguró que no pasaba nada, que tú no te ibas a enterar. Lo eché de aquí de inmediato.

—¡Mentira! —El grito sonó tan agudo que hizo eco en la diáfana estancia.

—Tras mucho pensar qué hacer, y bastante segura de que no me ibas a creer, te llamé con la excusa de la operación.

—¡Claro que no te iba a creer, porque mientes! —El tono era desesperado, como si rogara que le confirmara que mentía, aunque para ello, y de forma paradójica, tuviera que mentir.

—Bueno, cree lo que quieras. Te diría que trajeras aquí a Lorenzo y que se atreviera a negarlo delante de mí, pero dado que no es la primera vez que te engaña o te intenta engañar, está claro que no serviría de nada.

Aquellas palabras la enmudecieron por unos instantes. Juan pudo ver la compasión en el rostro de Luz, a pesar de todo lo que aquella mujer le había soltado. Se decidió a intervenir a riesgo de que ella se lo reprochara después.

—Esa no es la primera mujer con la que lo ves, ¿verdad?

—¿Qué? —Susana dio un respingo, Juan no supo si por la pregunta o porque fuera él quien se la hiciera.

—Me imagino que si estás aquí pidiendo explicaciones a quien supones que te ha enviado el vídeo en lugar de pedirle explicaciones al hombre que se va a casar contigo, es porque no es la primera vez que te engaña.

El rostro de la chica se volvió escarlata y los ojos de Luz se abrieron como platos en cuanto enfocaron a Juan. Esta vez fue él quien le solicitó con la mirada que no interviniera.

—No te conozco, ni conozco a Lorenzo. Pero por desgracia, conozco a muchos hombres como él. Se acomodan con una mujer, la aprecian, sí, pero no la aman. Conviven, incluso se casan y tienen hijos. Y ni eso los disuade de

acostarse con otras en cuanto tienen la oportunidad. No saben resistirse a ese impulso, y si les pillan, prometen que nunca volverá a suceder. Pero siempre sucede de nuevo.

—¡No! —exclamó con lágrimas en los ojos—. Lorenzo me aseguró que en cuanto nos casáramos dejaría sus líos. Que no tenían importancia. Que cuando fuéramos una familia él... él...

—No lo hará —susurró Juan, tratando de evitar ser compasivo. Aquella chica no necesitaba compasión, sino una bofetada de sinceridad—. Siempre habrá otra más. Y tú te preguntarás cómo no lo viste venir, cómo le creíste. Por qué no te alejaste de él cuando aún estabas a tiempo. Cuando aún eras joven, cuando aún nada te ataba a él.

Las palabras le salieron solas, porque ya las había oído antes. Tal vez no esas exactamente, pero sí unas muy parecidas. Él tenía ocho años y estaba escuchando desde su cuarto cuando se suponía que debería estar dormido.

La mujer que había vuelto a hacer sonreír a su padre le decía que lo quería, que lo quería muchísimo, que nunca había creído poder volver a querer así a un hombre. Pero que no podía casarse con él. Que ya había cometido ese error una vez. Y que aunque jamás se arrepentiría de haber tenido a Carla, que era el mayor regalo que la vida le había dado, no quería atarse a nadie nunca más. Porque después, la separación siempre era mucho más complicada y dolorosa. Y esta vez, no solo sufriría ella, sino también su hija, que ya era mayor para recordar. Al igual que el hijo de él pasaría por una segunda pérdida que podría destrozarlo para siempre. Su padre aceptó su negativa, alegando que la comprendía. Pero le aseguró que conseguiría que cambiara de idea.

Aquello había marcado a un niño de ocho años que aún no había aceptado que su madre lo había abandonado con solo cuatro para formar otra familia, olvidándose de él por completo. Por eso, cuando un año después su padre y la madre de Carla les anunciaron que se casaban, Juan no pudo evitarlo y confesó que había escuchado la conversación de aquella noche. Por lo que no entendía que hubiera boda.

La única respuesta de la que desde entonces consideró como la única madre que había tenido había sido: «Eres muy joven para entender algo tan complicado. Pero te diré algo que quiero que recuerdes, cariño. Cuando lo sabes, lo sabes».

Y sí, debía de ser muy complicado, se repitió en aquel momento Juan, porque tenía ya treinta y cinco años y aún no lo comprendía. Sin embargo, creía ver qué había detrás de las lágrimas que caían a toda velocidad por las mejillas de Susana. Miraba a Juan como una niña a la que acaban de confirmar que Papá Noel no existe, cuando en el fondo ella ya lo sospecha desde hace varias Navidades, pero que se niega a perder esa ilusión que hace de todo el asunto algo mágico.

—Estoy seguro de que sabes que mereces más que eso. Más que engaños y promesas que nunca se cumplen. También estoy seguro de que podrás encontrar a otro hombre que sepa valorarte. Pero eso está en tu mano. No culpes a los demás de tus malas decisiones.

—Siento no haber sido sincera contigo desde el principio —añadió Luz, y se decidió a acercarse a ella y poner una mano sobre su hombro—. Lo siento de veras.

—No... No importa. Lo entiendo —murmuró la joven, secándose las lágrimas con el dorso de su mano.

Luz se acercó al mostrador y le ofreció un pañuelo de papel.

—¿Tienes alguna amiga, de confianza, con la que puedas hablar de esto? ¿Alguien que os conozca a ambos y sepa ayudarte a tomar la mejor decisión?

—Sí, sí que las tengo. Tengo muchas amigas —matizó, como si el hecho de que lo dudara fuera una ofensa.

—Me alegra oírlo. Seguro que después de hablar con alguna de ellas ves las cosas más claras.

—Sí, es una buena idea. Gracias.

—De nada. Y lo siento —repitió una vez más al ver que se marchaba a toda prisa.

—Yo también lo siento —balbuceó ella y echó una mirada de refilón hacia Juan antes de salir por la puerta como una exhalación.

—Voy a matar a Lidia —oyó este que decía Luz entre dientes.

—Pues antes déjame que la felicite por la jugada.

—¿Felicitarla? —Luz se giró hacia él y lo miró como si estuviera loco—. ¡Me prometió que no haría nada!

—Tú la obligaste a hacerlo, lo recuerdo perfectamente. No pude evitar oídos —se justificó encogiéndose de hombros, pues así había sido. Ellas no hablaban bajo y él estaba esperando que su teléfono se encendiera. ¿Qué culpa tenía de tener dos oídos?—. Y una promesa obligada no es válida.

—¿Ah, no?

—No. —Lo dijo tan seguro de ello que Luz no pudo ofrecer réplica.

Se miraron unos instantes en silencio. Después Luz dejó caer los hombros, derrotada, y sacudió la cabeza con desgana.

—Creo que ahora mismo no puedo pensar con claridad. ¿Te importa que sigamos otro día?

—No, no me importa. Siempre y cuando no te quedes aquí sola, comiéndote la cabeza con el asunto y sintiéndote culpable por algo en lo que no tienes ninguna culpa.

—Vaya, ¿y ahora qué eres tú, psicólogo?

El reproche le tocó la fibra sensible. Ella siempre ayudando a los demás, pero cuando uno trataba de ayudarla a ella, se ponía a la defensiva.

—No, pero empiezo a conocerte. Y si a ella la he visto con total claridad sin conocerla en absoluto, imagínate qué puedo ver a través de esos dos enormes ojos que tienes y que hablan por sí solos.

—¡No me digas! —Trató de sonar firme, pero él vio que tragaba saliva—. ¿Y qué crees que puedes ver?

—Sé que veo dolor. Y no tienes por qué sentirlo. No por algo así. ¿Compasión? Sí. ¿Dolor y culpa? No. —Al ver que ella iba a replicar alzó una mano y la detuvo—. No puedes resolver los problemas de los demás. Cada

cual debe cargar con lo suyo. Aunque es muy loable que intentes ayudar a la gente a aligerar esa carga, límitate a hacerlo ofreciendo soluciones brillantes e ingeniosas, y no a costa de echarla sobre tu espalda.

Ella lo miró desconcertada, mientras él se preguntaba a sí mismo de dónde había salido todo aquello. De pronto, lo sorprendió sonriéndole abiertamente. La expresión de sus ojos cambió y aquella luz que irradiaba cuando sombras como la de hacía un momento no la apagaban, iluminó su rostro, dejándolo sin aliento.

—Brillantes e ingeniosas, ¿eh? —pronunció ella entonces, con un tono pícaro.

Él carraspeó y de pronto se sintió algo avergonzado, como si hubiera hablado demasiado. Trató de retroceder en sus palabras. Y recordó que también había mencionado sus ojos, aunque no recordaba si había dicho lo deslumbrantes que le parecían. La vista se le deslizó hasta ellos. Lo miraban de forma intensa. Y tramaban algo, lo supo al instante.

—¿Sabes qué hago cuando estoy de muy, muy mal humor?

—¿Romper cosas?

—No. Eso no me apacigua el ánimo, y encima hay que recoger los destrozos. ¿Tienes un par de horas?

Él alzó una ceja, y preguntó con cautela:

—¿Un par de horas para qué?

—Para recuperar el buen humor.

—Yo no estoy de mal humor. Bueno, un poco —reconoció, lo que hizo que ella sonriera de satisfacción—. Pero en cuanto deje de pensar en cómo te ha hablado esa pobre cornuda y en todo lo que le diría a ese miserable cabrón si lo tuviera delante, se me pasará.

—Pero para dejar de pensar en ello, hace falta distraerse. Y no quiero ir sola.

—¿Sola adónde?

Ella puso los ojos en blanco y comenzó a recoger los papeles de la mesa.

—Dime, Juan. —Ya estaba cogiendo su bolso y su chaqueta—. ¿Nunca haces planes improvisados?

—No desde hace años.

—Pues ya va siendo hora.

Le lanzó su cazadora y apagó las luces.

—¿Adónde me llevas? —quiso saber cuando ella lo sacó del local a ligeros empujoncitos y después tiró de él por un brazo para que atravesara el jardín.

—Ya te lo he dicho, a recuperar el buen humor. Es viernes. Toca divertirse.

Se detuvo delante de su furgoneta. Aún estaba a tiempo de subirse a ella y alejarse de aquella mujer que rompía sus esquemas y lo desestabilizaba en general.

—No sé si mi concepto de diversión y el tuyo serán el mismo —adujo como excusa, barata y cobarde, ya que no tenía ninguna otra a la que aferrarse.

—Bueno, puedes darme una oportunidad, ¿no?

«Sí. Por supuesto que sí», sintió que respondía todo su ser a aquella pregunta. Ella notó cómo sus reticencias caían de golpe y le sonrió con complicidad antes de encaramarse a su brazo para dirigirlo hacia el centro del pueblo.

—¿Cómo de brillante e ingenioso te parece esto?

Juan no respondió, porque se había quedado mudo. Y pensaba seguir estándolo por mucho rato. Si hubiera podido, también se habría quedado sordo de inmediato. Estaban en un bar de karaoke. No podía existir otra manera para que ella recuperara su buen humor que cantando. Imaginaba que la mayoría de las veces lo haría sola en su casa, pero ese día había decidido arrastrarlo a él hasta aquel antro de voces estridentes y canciones populares llamado *Dando la nota*. Para ser sincero, él se había dejado arrastrar, impulsado por algo que aún estaba tratando de asimilar. Y si no fuera porque quería descubrir qué era

ese algo, ya habría salido por la puerta hacía rato.

—Cerveza —consiguió articular cuando, ya en la barra, ella preguntó qué quería beber.

—¿Habías estado antes en uno de estos?

—No.

—Lo que hay que hacer es ir allí —señaló la cabina de un DJ que hablaba en ese momento con un par de chicas—, coger turno y elegir las canciones que queremos cantar.

¿Queremos? ¿Canciones, no canción?

—Yo no voy a cantar.

—¿Ah, no? —Se giró hacia él con las dos cervezas en la mano, una ceja alzada y expresión suspicaz—. ¿Entonces qué haces aquí?

—Acompañarte.

Sin cambiar el gesto, le tendió uno de los dos botellines y él desvió la mirada mientras frotaba la boquilla con la servilleta que la cubría. Ella le sujetó el brazo cuando iba a dar el primer sorbo.

—No, no puedes venir y solo beber y escuchar. Tienes que cantar.

—Yo no canto —declaró, recuperando su brazo para poder beber de su cerveza.

—Tienen un repertorio muy amplio, seguro que hay alguna canción que te gusta —insistió, acercándose un poco más a él, buscando su mirada, no sabía muy bien para qué. ¿Para descubrir por qué se negaba a cantar? Lo único que estaba consiguiendo era erizarle el vello de los brazos por las cosquillas que su pelo le estaban haciendo, perturbarlo con el aroma que su cuerpo desprendía, despertando sensaciones que le calentaron la sangre—. ¿Quieres que hagamos un dúo?

«Sí, pero de otro tipo», pensó, y entonces lo comprendió todo. Eso era lo que había hecho que se dejara arrastrar, lo que le había empujado a seguirla. No era una nueva curiosidad ante aquella impetuosa y sorprendente mujer. No. Era lo de siempre, una atracción física primaria que nublaba su mente hasta

que conseguía su objetivo. Solo que llevaba tanto tiempo de abstinencia que había empezado a percibir las señales con interferencias. Eso era todo. Sin embargo, sabía que con esa mujer en concreto, su rutina de apareamiento no iba a funcionar. Así que ya podía irse olvidando de un polvo espontáneo y despreocupado. ¡Dios! ¡Qué frustrante! Quién le mandaba a él meterse en aquellos jardines.

—¿Juan?

—¿Qué?

—¿Quieres cantar conmigo? —Al ver que no conseguía convencerlo, dijo lo único que podía doblegarlo—. Por favor.

Ya estaba desarmado, pero eso no significaba que no fuera a quejarse.

—No sé cantar.

—Todo el mundo sabe. Venga, te dejo elegir. Lo que sea.

—Rock —dijo, cuando lo que su mente pensaba era en elegir «tú encima de mí».

Los ojos se le habían desviado al escote de su camiseta, a los dos botones que tenía desabrochados, solo insinuando el comienzo de los generosos pechos que sabía que ella ocultaba bajo prendas discretas. ¿Cuándo se había fijado él en sus pechos? ¿Y por qué no podía dejar de imaginárselos ahora, bamboleándose ante su rostro mientras ella lo cabalgaba?

—Qué predecible eres —comentó Luz mientras lo arrastraba por una mano hasta la cabina del DJ.

—No es la única postura que elegiría, solo la primera —masculló, dejando la frase oculta bajo los gritos de un grupo de adolescentes que profanaban una canción de moda de su ídolo.

—¿Qué?

—No, nada. —«Mejor que no sepas lo que estoy pensando», se dijo, esta vez para sí.

Ojearon un listado, del que Juan fue descartando una tras otra las elecciones que hacía Luz. Finalmente, y porque sabía que ella no se rendiría, aceptó uno

de los clásicos de Leño que no requería hacer alarde de una portentosa voz que él no tenía, y de la que creía recordar casi toda la letra.

Desde ese momento, se apoderó de él una extraña tensión a la espera de que les tocara el turno, mientras ella le contaba cuántas veces había ido a uno u otro karaoke, lo bueno que era para reírse de uno mismo, a la vez que se reía del entusiasmo con que otros aspirantes a cantante se entregaban a sus canciones.

De pronto, unos aplausos multitudinarios resonaron en el local en cuanto un grupo de hombres subió al escenario.

—¡Mira! ¡Estamos de suerte! Hoy han venido los Hombres K.

—¿Los qué?

—Los Hombres K. De karaoke. Lidia los bautizó así la primera vez que los vimos, bueno, la segunda. La primera imitaron a los Hombres G de maravilla, y desde entonces los hemos visto varias veces, siempre con actuaciones ensayadas, y ofrecen un auténtico espectáculo. No les quites ojo, porque no tienen desperdicio.

Los cuatro hombres en cuestión se ataviaron con diversos accesorios de un armario dispuesto para ello con todo tipo de materiales; pelucas, sombreros, instrumentos de juguete...

Estos se hicieron con unos sombreros de paja, panderetas y pequeñas guitarras de plástico.

—¡Oh, los Morat! ¡Me encantan! —exclamó Luz, ya de pie, animando a los chicos con tanto entusiasmo como el resto de los presentes.

La canción comenzó, lenta, casi hablada, y Juan la reconoció enseguida, pues la había escuchado muchas veces en la radio de su furgoneta. En cuanto llegó el estribillo, el público coreó con ellos, animados por sus gestos a participar. El escenario se les quedó pequeño y salieron a pasearse por la mesas, dedicándoles las palabras a las chicas que había en ellas.

—¿Cómo te atreves a volver? —preguntaban una y otra vez.

Cuando llegaron a la mesa donde se encontraban Luz y Juan, miraron a este

como pidiendo permiso y él se lo dio con un leve gesto. Uno de ellos se dirigió a Luz y le cantó susurrante una de las últimas frases de la canción.

¿Cómo te atreves a volver?

Me hiciste daño pero sigo vivo.

Contigo yo me acostumbré a perder.

Mi corazón funciona sin latidos.

Ella se unió a la actuación poniendo cara muy seria, fingiendo ser la rompecorazones de la que hablaba la historia, y cuando el estribillo volvió de nuevo, recuperó su sonrisa y chocó la mano con el cantante antes de que se fuera con los demás de vuelta al escenario.

Cuando el tema concluyó, los aplausos fueron enérgicos y sinceros. Desde luego, pensó Juan, el cuarteto se lo había ganado con creces. Además, las carcajadas de Luz eran contagiosas de una forma maravillosa, por lo que se rindió y se dejó llevar por la risa.

Fue entonces cuando la tensión desapareció casi de golpe. Cuando vio a una Luz diferente a la que había conocido hasta entonces. Allí ella descargaba todos sus problemas, preocupaciones, todo lo que arrastraba su vida desde hacía mucho tiempo, y era simplemente ella. Fresca, auténtica, resplandeciente. Sin darse cuenta, Juan traspasó la barrera de su cuerpo de mujer y encontró a la persona, al alma, a la energía que lo habitaba. Y todo ello con una sola cerveza, pensó cuando bebió el último sorbo.

—¿Quieres otra? —propuso, ya levantándose.

—No, mi límite es una —rechazó, muy seria de pronto—. Mejor un refresco. Y si tú vas a conducir... —dejó el resto de la frase en el aire.

—Puedo tomarme otra. Después de esto querré cenar antes de irme a casa.

No añadió nada más, pero por la mirada que le dedicó y la media sonrisa, estaba implícito que contaba con que ella lo acompañara a dicha cena.

La sensación tardó en inundarla lo mismo que él en girarse hacia la barra, lo cual agradeció, porque sabía que el cambio se le habría notado en la cara. A

pesar de que era lógico pensar que tendría hambre tras un día de trabajo, la inocente y espontánea salida al karaoke iba a ser concluida con una cena. Juntos. Solos.

Él era un cliente, aunque era cierto que en realidad solo representaba a los verdaderos clientes. También era cierto que su relación había trascendido los límites de su negocio por varios motivos. No obstante, ir a cenar con él convertía todo en algo demasiado íntimo, algo para lo que ella no sabía si estaba preparada.

Lo vio mirarla desde la barra, aún con aquella sonrisa en la cara. Un extraño escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies, y tuvo la necesidad de huir, lejos, muy lejos.

—Voy al baño —pronunció con lentitud para que él pudiera leerle los labios.

En cuanto lo vio asentir con la cabeza, salió disparada hacia los aseos, llamándose a sí misma cobarde y estúpida y un montón de cosas que no sabía de dónde provenían, pero que debía tener guardadas desde hacía tiempo, porque salieron con tanta fuerza que comenzó a costarle respirar.

Se lavó la cara en el lavabo y se miró en el espejo, tratando de controlar la respiración y el ritmo de su corazón.

—No pasa nada. Todo está bien —se repitió varias veces—. Te gusta. Eso está bien. Volver a sentir algo es una buena señal. Y él ya sabe muchas cosas de ti. Además, no puede pararse a pensar en nada ahora mismo, nada más que en su hermana, su trabajo... Sí, cenaremos como dos amigos, estaremos a gusto, porque estamos a gusto juntos. Es un buen hombre, mira cómo se ha portado con Susana, cómo se ha portado contigo cuando te creía en peligro... es protector, no te hará daño. Ya nada puede hacerte daño...

Cuando por fin se sosegó y logró volver, orgullosa de no sucumbir a un ataque de ansiedad como los que la habían perseguido durante años y que creía tener controlados desde hacía más de tres, ideó una excusa que pudiera justificar su tardanza. No sabía con exactitud cuánto tiempo se había

ausentado, pero creía haber oído al menos tres canciones diferentes. Y Juan tenía su cerveza a medias de nuevo... además de una tercera ya vacía junto a su refresco intacto.

Se aclaró la voz para disculparse, alegando una larga cola en los aseos, pero él ni la miró. Tenía la mirada fija en la pantalla gigante donde se veía el videoclip de la canción con sus subtítulos. Jennifer López y Marc Anthony se decían con palabras mudas «No me ames», mientras, en el escenario, una pareja sustituía sus voces con bastante atino y buen gusto. Esa canción era triste y melancólica y, al parecer, a Juan lo tenía encandilado. Cuando se acercó a él, este se levantó de golpe y se colocó ante ella, tapándole la pantalla de forma exagerada. Lo miró extrañada y, al verlo parpadear, pudo vislumbrar un brillo inconfundible en sus ojos.

Todo lo ocurrido en el baño desapareció. De pronto, solo estaba él, esa mirada desangelada y las palabras de dolor flotando en el aire mientras a espaldas de Juan, por mucho que él tratara de ocultarlo, el vídeo mostraba a una mujer llorando sobre la tumba de un hombre que, en aquella historia de ficción, había muerto por alguna enfermedad.

—Tranquilo —le dijo, acariciándole una mejilla—. Eso no le pasará a tu hermana. Vivirá, ya lo veras. Y tendrá la boda más bonita del mundo.

La cabeza de Juan se inclinó hacia un lado, la tomó de una mano y cuando la miró a los ojos, su expresión la dejó de piedra.

—Pero es casi lo mismo que te pasó a ti.

Lo que menos se esperaba Luz en esa noche era que el recuerdo de Cristóbal descendiera sobre ellos. No, ella no necesitaba de Juan esa compasión que la había perseguido tantos años. Estaba harta de ella. Todo el mundo la compadecía. Hasta ella se compadecía de sí misma, pero no, se dijo, más no. Basta. Aquí, no. Esto es terreno vetado a la tristeza.

—Lo que me pasó a mí fue muy triste. Nadie sabe lo que pasé, nadie puede imaginárselo siquiera. Incluso alguien que haya pasado por lo mismo no puede saber cómo me sentí, porque nadie sabe ni podrá saber qué era lo que

teníamos Cristóbal y yo. Aun así, no cambiaría nada, ni un solo instante de los que viví con mi marido hasta el día en que enfermó. Incluso durante su convalecencia, exceptuando el sufrimiento físico y emocional, viví con él momentos maravillosos, reflexiones vitales que guardaré como un tesoro para siempre. Pero el tiempo de llorar ya pasó. Estoy viva. Él mismo me dijo: «Vive por mí todo lo que yo no podré vivir. Pero vive tu vida, que mi recuerdo no te arrastre a un pozo de desesperación». Y yo lo hice lo mejor que pude. Aun así, caí, me levanté, volví a caer y volví a levantarme. No sé si volveré a tropezar, pero si lo hago, me levantaré de nuevo.

Dicho esto, se secó una lágrima que no había podido evitar derramar, solo una traicionera y tozuda, pero ni una más. Cogió su vaso, se bebió la Coca Cola de un trago, y cuando el DJ anunció la canción y sus nombres, tiró de él de la misma mano que aún mantenían unidas, arrastrándolo al escenario.

—A ver qué sabes hacer —lo retó.

Hasta la segunda estrofa, Juan no pudo recuperar la voz. Ella se había encargado de cantar la primera, y supo que había recordado lo que él le había dicho a poco de conocerse.

—No pienses que estoy muy triste, si no me ves sonreír. Es simplemente despiste. Maneras de vivir.

Si lo hizo, fue solo por ella, porque ella quería que él cantara, que recuperara el buen humor, esa había sido su idea brillante e ingeniosa. Y él había estado a punto de arruinarlo todo por una frase de lo más desafortunada.

Pero no había podido evitarlo. A las casi tres cervezas con el estomago vacío se le había sumado la angustia por lo que estaba viendo. Había pensado en su hermana, sí, pero sobre todo, en ella. Porque ella sí había perdido, sí había sufrido exactamente eso. Y aun así, era una mujer tan optimista, generosa, enérgica... y tantas cosas más que no acabaría nunca de describirla.

Así que, como creía que lo merecía con creces, se entregó a la actuación, logró hacerla reír con sus exagerados gestos de rockero, y que el público los aplaudiera al final.

—Cantas muy bien, vaya mentiroso estás hecho —le recriminó Luz a su vuelta a la mesa.

—No es falsedad, solo humildad —repuso, encogiéndose de hombros.

—Falsa humildad —alegó ella con divertido reproche.

—Bueno, entonces no te diré lo mal bailarín que soy.

Aquella declaración la dejó boquiabierta. Eso sí que no se lo esperaba.

—No me puedo creer que sepas bailar.

—Me obligaron a aprender de adolescente. Carla quería ir a clases y necesitaba una pareja. No pude librarme, si no quería olvidarme de tener una moto a los dieciséis.

—Quien algo quiere algo le cuesta —reconoció ella, pero quiso profundizar un poco más en aquel inesperado lado artístico de Juan—. ¿Qué tipo de bailes?

—De salón. Tango, salsa, merengue, pasodoble...

—No me lo creo. —Negó enérgicamente con la cabeza—. Imposible.

—Nunca sabrás si miento o no, porque nunca me verás hacerlo —aseveró con rotundidad, como si fuera una promesa que se hubiera hecho a sí mismo.

—¡Ah, no! No puedes decirme que eres capaz de algo así y luego negarte a enseñármelo —exigió, observando cómo él ya cogía sus chaquetas con intención de marcharse.

—Puedo y lo haré. ¿Qué se puede cenar por aquí?

—De todo. Pero tú querrás carne. Carne roja.

—¿Crees que soy así de predecible?

—Ya veo que para algunas cosas no lo eres en absoluto —reconoció mientras se dirigían a la puerta.

—Sorpréndeme. Otra vez —solicitó el.

Estaban a punto de salir cuando el cuarteto de artistas subió de nuevo al escenario. Al ver la cara de ilusión que ponía Luz, Juan aceptó sentarse de nuevo solo para ver qué ofrecían aquellos personajes a su abnegado público.

No defraudaron. Ataviados con máscaras de mono, cantaron *Adventure of a*

lifetime, de Coldplay, reproduciendo el baile del mismo videoclip que se emitía en la pantalla. Chimpancés creados por ordenador —uno de ellos con apariencia muy similar a Chris Martin, el líder de la banda— cantaban y bailaban casi al unísono con los apodados Hombres K. Fue una actuación tan digna de ver que Juan se preguntó qué hacían esos cuatro tíos allí y no en algún programa de televisión o en algún teatro.

Después, Luz lo llevó a un restaurante a escasos quince minutos a pie, mientras le explicaba curiosidades sobre el pueblo según lo iban atravesando, haciendo del trayecto un agradable paseo que a Juan le habría gustado alargar horas.

Esta vez, ese deseo no fue desterrado a un rincón de su mente. Juan se rindió y asumió que debía aceptarlo. Disfrutaba de la compañía de Luz. Y pensaba saborear cada minuto de esa noche como si fuera el último.

Capítulo 14

—¿Es aquí? —preguntó Juan cuando se detuvieron delante de un local—. ¿«La chuleta sin espina»? —leyó en el cartel que colgaba como un estandarte, luciendo la raspa de un pescado en el interior del dibujo del contorno de una vaca.

—Especialidad en carnes y pescados —informó Luz—. Aunque tienen de todo. Es comida casera, sencilla pero sabrosa.

—Me vale.

—Estupendo.

Los acomodaron en una mesa junto a la ventana, desde donde se veía una pequeña plaza con una fuente de chorro continuo y de tres pisos de altura de forma circular, donde varias palomas bebían y se ahuecaban las plumas.

—¿Nada que contar sobre esa plaza o esa fuente? —Luz se encogió de hombros ante la pregunta de Juan y hojeó la carta que les entregaba un camarero—. Me había dado la impresión de que conocías al dedillo cada rincón del pueblo —añadió él cuando estuvieron solos de nuevo.

—Nada en este caso. Salvo que esa fuente me encanta, a pesar de que funciona días sí y días no. No tengo ni idea de por qué.

—Es posible que tenga alguna relación con la activación de los aspersores que riegan los jardines de alrededor. Los temporizadores a veces interfieren en el flujo de la corriente de agua. —Lo dijo sin levantar la vista de la carta. Luz lo observó boquiabierta. Él se sintió observado y acabó mirándola

también—. Eso era lo que le ocurría a la última que tuve que reparar. Esta puede que, simplemente, esté estropeada.

—¿Entiendes de fuentes y aspersores?

—Lo suficiente para montar unos. ¿Por qué? ¿Quieres poner unos en tu jardín?

—Quiero hacer muchas cosas en mi jardín. —Suspiró y puso los ojos en blanco—. Algún día.

—Cierto, recuerdo que me lo dijiste. Y yo me ofrecí a asesorarte.

—¿Ya sabéis lo que queréis? —interrumpió una joven camarera.

Esperó con paciencia a que eligieran sus platos y sus bebidas, resolviendo sus dudas en cuanto a ingredientes y tipos de cocción y tomando nota cuando se decidieron.

—Así que no conoces cada detalle de este pueblo —prosiguió Juan, retomando una conversación a medias.

—Sabes que no nací aquí. No llevo tanto tiempo en el pueblo como para saberlo todo, todo.

—¿Conoces la historia del muro que separa la parroquia y el Centro Cívico? —Sospechaba que no. A no ser que el párroco o la alcaldesa se la hubieran contado recientemente.

—¿Es que tiene una historia?

—De lo más rocambolesca.

—Soy toda oídos.

Mientras degustaban sus platos, una lubina al horno para Luz y un solomillo con salsa de pimienta para Juan, él la mantuvo cautiva de una narración digna de una novela.

—Es una larga historia que se remonta siglos atrás —comenzó, tras tragar el primer bocado—, a la época de las desamortizaciones de las propiedades de la Iglesia. Al parecer, hubo un tiempo en el que todo ese terreno pertenecía a la parroquia. Por los planos que he podido ver, donde ahora está el Centro Cívico se encontraban los huertos de un convento que se alzaba,

aproximadamente, donde comienzan las casitas unifamiliares del final de la calle.

—Vaya, no tenía ni idea —reconoció, sorprendida.

—Espera, que eso no es lo gordo. Con las desamortizaciones, perdieron todo el terreno excepto la parroquia y unos pocos metros cuadrados alrededor. Se construyeron casas y una pequeña escuela. Algunos años después, un incendio lo destruyó todo. La parroquia perdió su pórtico de madera, pero el edificio de piedra se salvó. Durante unos años, el terreno no valió mucho, y se vendió al mejor postor.

—Espera, espera. ¿El porche y las vigas no son los originales?

—No, pero sí son muy antiguos. Creo que son una réplica muy fiel de los originales, por las pinturas previas al incendio que he podido ver.

—Siempre me ha parecido un trabajo de carpintería exquisito. Del tipo que ya no se realiza.

—Las restauraremos y quedarán como nuevas —aseguró Juan.

La idea era reconfortante, pensó Luz. Que trabajos tan hermosos no se perdieran con los años, que alguien tuviera la maña y el buen gusto para dejarlos, casi, tal y como fueron en origen.

—¿Y qué pasó con los terrenos? —se interesó, mientras apartaba con cuidado las espigas a un lado.

—Un burgués adinerado los compró todos, excepto la parcela de la parroquia. Donde está el Centro Cívico levantó una casa de cuatro pisos, la más alta del pueblo para la época, y casi tan alta como el campanario. Eso no gustó mucho al párroco de entonces, o eso se cuenta en ciertas cartas que encontró el padre Andrés.

—Habéis hecho un exhaustivo trabajo de documentación —apuntó Luz, impresionada.

—Ahora es cuando viene lo bueno. —Sonrió de medio lado al verla abrir mucho los ojos, expectante—. El burgués alquiló la casa cuando se fue a hacer negocios por el mundo, y la mujer que se instaló allí la convirtió en una... —

carraspeó— casa de citas.

Luz tragó lo que tenía en la boca con dificultad antes de hablar.

—¿Un burdel?

Él asintió e hizo una pausa para beber agua.

—Por supuesto, no lo era de forma oficial, aunque todo el pueblo lo sabía. Además, no era un antro de mala muerte. Estaba enfocado a clientes ricos que venían de toda la región.

—Increíble. —Luz se limpió con la servilleta y le dio las gracias a Juan cuando rellenó ambas copas—. Esto tengo que contarlo en el grupo de lectura, van a alucinar.

Como ella parecía tan fascinada con la historia, él continuó.

—Las influencias de estos clientes eran tan grandes que ni la Iglesia pudo lograr que se marcharan. Desde la casa consistorial se hizo una solicitud por escrito al propietario, al burgués, para que rescindiera el contrato de alquiler. Nunca respondió. Por otro lado, al no tratarse de un negocio registrado —pues aquello era en teoría una vivienda particular— no se le podía obligar a echar el cierre con otro tipo de excusas. Así que, ante las continuas quejas de los feligreses, el párroco buscó ayuda en el obispado y estos a su vez en el Vaticano. Acusaron a las prostitutas de brujería, de realizar prácticas satánicas además de sus servicios más... corrientes. —Se le escapó una risa—. Al poco tiempo, el Papa en persona acudió aquí e hizo levantar un muro que recorriera el terreno de lado a lado, lo bendijo e incluso consta en un documento que he visto con mis propios ojos, que realizó un exorcismo. Te has quedado con la boca abierta —añadió, observándola divertido.

—Es que no doy crédito. —La cerró de inmediato.

—Pues aún hay más.

—¿Qué más pude haber?

—Años después el burdel fue clausurado. Tras la muerte de la dueña, el negocio fue decayendo. El burgués no volvió nunca a la casa y los terrenos acabaron en manos del ayuntamiento. Se volvieron a construir unas escuelas,

pero, al quedarse pequeñas ante el aumento de la natalidad, se construyeron las que están junto a la Plaza Mayor. El Centro Cívico es aquel antiguo edificio, de ahí la necesidad de restaurarlo y modernizarlo.

—Que fue una escuela sí que me sonaba —apuntó, dando por concluido su plato y recostándose en el respaldo para estar más cómoda.

—Merche, la alcaldesa, desconocía toda esta historia cuando solicitó al padre Andrés la retirada del muro y así aprovechar el terreno para la comunidad. Tras la investigación, al descubrir todo el pastel, ha habido trámites y más trámites para lograr que nos dieran permiso para derribar el muro. Cada metro cuadrado de los terrenos va a seguir perteneciendo a cada cual, pero el usufructo será del pueblo. Sin embargo, hay una condición que se debe cumplir; cada piedra de ese muro debe ser llevada a un almacén propiedad de la diócesis de Valencia. Una pequeña parte debe quedar en pie y ser señalada con una placa que indique el año de construcción y especifique qué Papa de la época lo bendijo, sin detallar el motivo, para no escandalizar a nadie —alzó ambas cejas con dos rápidos movimientos.

—¿Porque son piedras santas? —La idea era un poco inconcebible incluso para una creyente confesa.

—Antidemoníacas, creo yo.

Aunque no lo creía del todo, era cierto que cada vez que pasaba por allí, percibía algo fuera de lo común, una especie de energía, como una vibración. También había apreciado que, siempre que las había tocado, las piedras estaban calientes. Aunque estuviera lloviendo, en pleno enero.

—Caray. Yo me he sentado docenas de veces en ese muro. Incluso de niña, al salir de misa, el verano que pasé aquí con mis padres.

—Ahora tendrás que ir a confesarte —apuntó, imitando el gesto recostado de ella, satisfecho con la cena.

—Puede que sí. Porque también recuerdo haber caminado sobre lo alto del muro haciendo equilibrios antes de que mi madre me gritara que bajara, porque me iba a partir la crisma. Nunca me caí.

—El poder santo de las piedras lo impidió —sentenció Juan con voz lúgubre, haciéndola reír—. Disculpa —dijo cuando su teléfono comenzó a sonar. Farfulló algo que a Luz le sonó a palabrota antes de descolgar—. Saavedra.

Lo observó escuchar con fastidio y atención, y algo en su gesto serio le dijo que se trataba de temas laborales incluso antes de que volviera a abrir la boca.

—No, Gallardo, ya te dije que los necesito para la semana que viene a más tardar. Yo también tengo unos plazos que cumplir. Sí, el viernes pertenece a la semana que viene, pero las ocho de la noche no es una hora laboral, al menos no lo es en la jornada de mi equipo, y yo ese día precisamente no puedo estar. Imposible, no estaré ni por la zona.

Luz notó cómo el enfado iba ascendiendo según se desarrollaba la conversación. Un tira y afloja que no parecía ir a llegar a buen puerto.

—El lunes siguiente a primera hora es aceptable, pero a primera hora son las ocho o nueve de la mañana, no las doce. No, el martes a las nueve tampoco me vale. Tus problemas logísticos no deberían afectar a mi trabajo. Yo dentro de dos lunes a las nueve de la mañana necesito empezar a colocar ese material, sí o sí.

Ahora Luz podía escuchar la voz del interlocutor, un tono seco y nada conciliador que no le gustó un pelo. Juan puso los ojos en blanco y resopló como un toro embravecido.

—Mira, ahora me pillas cenando, como es lógico porque son más de las diez de la noche, y se me está indigestando el último bocado. Hablo con mis hombres y te digo algo en un par de días. Adiós.

Soltó el móvil sobre la mesa y se frotó la frente con los ojos cerrados, resoplando de nuevo.

—¿Problemas muy gordos? —Luz le rellenó la copa de agua hasta el borde. Él la bebió de un solo trago.

—Depende de cómo se mire. Y de si a alguno de mis hombres no le importa hacer horas extra por culpa de un... —Se mordió la lengua, pues no quería

decir lo que iba decir delante de ella—. Si no fuera porque suele cumplir con puntualidad y porque tiene los más variados materiales, y los de mejor calidad, me buscaba otro proveedor desde ya.

—¿Ninguno puede estar aquí el viernes a las ocho? Perdona que te haya escuchado.

—No, tranquila, no era nada que no pudieras oír. Si no, me habría levantado. De hecho, lamento que hayas tenido que escucharme... así.

—No pasa nada. No has herido mi sensibilidad.

—Me he mordido la lengua, te lo aseguro. —Rio con amargura—. Pero es que... Mi equipo ya trabaja las horas semanales que les corresponde, y los que han podido han venido algunos sábados a compensar lo que el mal tiempo de algunas semanas no nos ha permitido terminar. No quiero tener que pedirles que se queden hasta tan tarde un viernes, les prometí que a partir de este mes solo trabajaríamos hasta las cinco. Y yo no puedo estar. Ese día precisamente, no. —Vio que ella ponía cara de preocupación e imaginó lo que pensaba—. No es por nada de mi hermana. Por suerte, es para la posible firma definitiva de aquel proyecto de la bodega del que creo que ya te hablé.

—¿Aquel para el que tenías grandes expectativas y muchas ideas?

—Ese mismo. —Le agradó, y mucho, que ella lo recordara, habiéndoselo mencionado apenas un día y de pasada—. Me han pedido que me pase el viernes que viene a hablar sobre algunos cambios en la propuesta que les entregué. Si nos ponemos de acuerdo, quizás firme ese mismo día.

—Y es por la tarde.

—A las seis, en cuanto acabe en la obra más la hora de viaje hasta allí. Nos va a llevar un par de horas casi seguro. A las ocho puede que ni haya terminado la reunión. Pensaba mencionártelo hoy para cambiar de día también la nuestra, pero con lo de esa chica se me ha olvidado por completo.

—No me extraña —farfulló ella, aún disgustada con aquel otro asunto, que prefirió no retomar—. ¿Y no puede dejar los materiales allí si no hay nadie?

—No, hay que estar. Hay que comprobar que dejan lo que figura en el

albarán de entrega y pagar, en efectivo, a Gallardo. Una cantidad de dinero bastante importante, el cincuenta por ciento de todo. Si no se le paga al momento, no deja ni una baldosa.

—Qué estricto.

—Ya ves.

—¿Y pagarle por adelantado? —sugirió Luz, queriendo ayudar a encontrar una solución.

—¿Sin ver que lo que me deja es lo que tiene que ser? Ni en sueños. Nunca había tenido problemas, hasta ahora, pero no puedo fiarme. Son materiales muy caros, sobre todo unos azulejos destinados a la restauración de la fachada original. Hay que comprobarlo todo bien.

—Entiendo. —Luz lo meditó unos segundos—. ¿Crees que yo podría hacerlo?

—¿Tú?

—¿No me crees capacitada?

—Capacitada, de sobra, claro que sí. —Soltó una risotada—. Pero no puedo pedirte que...

—No me lo estás pidiendo —se adelantó ella antes de que continuara—. Yo me estoy ofreciendo. Vivo al lado, puedo estar a las ocho de sobra. Me acaban de cancelar la reunión de esa tarde —apuntó con media sonrisa.

Él la miró esperanzado. Era la solución perfecta.

—¿De verdad que no te importaría?

—Si a ti no te importa dejarme esa cantidad de dinero en efectivo... —añadió con gesto pícaro, provocándole una carcajada.

—No te veo fugándote con mi pasta.

—¿No tengo pinta de ladrona de guante blanco? —insistió ella, haciendo un movimiento fugaz con los dedos de una mano, un visto y no visto.

—No tienes pinta de ladrona de ningún tipo —sentenció él.

Aunque bien cierta era su capacidad de robarle más de una sonrisa. O el sueño, en más de una ocasión. Incluso el aliento, cuando era ella la que

sonreía o lo miraba de determinada manera, cada vez con mayor frecuencia.

—Según Susana, soy una arpía.

Aunque estaba bromeando, Juan supo que en el fondo aquella falsa acusación le había dolido.

—Creo que ha salido de tu local sabiendo lo equivocada que estaba —opinó, queriendo consolarla.

—Tú has tenido mucho que ver en eso —reconoció ella regalándole otra de sus espléndidas sonrisas—. Te lo agradezco.

—Más te agradezco yo el favor que me vas a hacer.

—¿Entonces aceptas? —La idea la reconfortó, no solo por el hecho de sentirse útil, de poder ayudarlo, si no por la confianza que depositaba en ella para el encargo—. Llama a Gallardo y díselo.

—Ni hablar. Que se espere al lunes. No estoy en horas de trabajo —dijo rotundo, mientras se retiraba un poco hacia atrás para facilitar que le recogieran el plato ya terminado.

—Yo tampoco —comentó ella cuando sonó su teléfono. El gesto de su cara pasó de extrañado a severo—. Hola, Lidia.

Los ojos de Juan se abrieron de par en par al ver la cara que ponía Luz. Se avecinaba una bronca de campeonato. Él le solicitó con la mirada que no fuera demasiado dura con ella.

—¿Que dónde estoy? Cenando. Fuera de casa, sí. He recibido una visita que me ha alterado un poco y he decidido salir a que me diera el aire... Acompañada, sí... Con quien a ti no te importa.

Juan rio por la última frase y bebió un sorbo de agua.

—¿Que por qué estoy tan borde? ¿No se te ocurre ningún motivo? Pues es un motivo que me está haciendo replantearme lo de irme a Cuba contigo.

Luz respondió al gesto interrogativo de Juan con otro gesto de su mano, indicándole que luego le contaría lo de Cuba.

—¿Vas a decirme que no se te ocurre por qué Susana, mi exclienta y novia de Lorenzo, ha venido a mi tienda a pedirme explicaciones por un vídeo de su

novio morreándose con otra tía?

Luz tuvo que separar el teléfono de su oreja para no quedarse sorda por los gritos de Lidia. Hablaba tan alto y tan rápido que apenas se le entendía.

—¿Cómo que no has sido tú? ¿Y quién ha podido ser, si no?

—¡Y yo qué sé! —oyó Juan a Lidia desde su asiento—. ¡Alguien que se haya apiadado de ella y que no haya prometido no chivarse, como yo!

Luz calló unos segundos, con la mirada reprobatoria de Juan cerniéndose sobre ella.

—No me mires así —le susurró ella, apartando el teléfono un momento—. Tú también habías dado por hecho que había sido cosa de Lidia.

—Cierto —admitió y apretó la boca con fuerza, dejando claro que no iba a decir nada al respecto.

—Vale, perdona. —Volvió a su conversación telefónica—. He creído que habías sido tú. Siento haber dudado de tu palabra... No, tranquila, la he convencido de mi inocencia, en todos los sentidos... Sí, lo de Cuba sigue en pie. Mañana hablamos, ¿vale? Un beso. Adiós.

—Ahora te sientes fatal —se adelantó Juan a cualquier cosa que Luz pudiera decir.

—Como la arpía que no soy.

—Yo también me siento un poco prejuicioso —admitió, chasqueando la lengua—. Me disculparé con ella cuando la vea.

La camarera les sirvió los helados que habían pedido de postre y ambos le dieron las gracias antes de coger sus cucharas y degustarlos. Él estiró la mano para robarle un pedacito del suyo, que era de chocolate, mientras que él lo había elegido de vainilla.

—Así que os vais a Cuba. —Ofreció con un gesto del suyo para que ella también lo probara, pero ella declinó el ofrecimiento—. ¿De vacaciones?

—Algo así.

Ella le contó lo del viaje de fin de curso y que en un par de semanas no iban a poder tener sus reuniones habituales.

Juan no pudo evitar sentirse decepcionado por no ir a verla de forma semanal como hasta ese momento. Se había habituado a que su semana de trabajo concluyese con un par de horas en su compañía. Ese día, para su suerte, unas cuantas horas más. Sumado a que el viernes siguiente era él quien tenía un compromiso, la próxima reunión iba a tener que posponerse casi un mes. Esto último sí se lo hizo saber a ella.

—Revisaré mi agenda y, si puedes, la próxima semana intentamos reunirnos un par de días, antes del viernes. Así compensamos también el tiempo perdido hoy.

—Estupendo —aceptó él de inmediato—. Aunque no ha sido tiempo perdido en absoluto.

Luz no pudo evitar sentir un escalofrío al escuchar esas palabras. Trató de sonreír sin darles mayor importancia, pero supo que el gesto le había salido forzado. Él se limitó a responder a su sonrisa con otra.

Pagaron la cena a medias, Luz no permitió que fuera de otra forma. Juan descubrió lo cabezota que podía llegar a ser cuando se lo proponía.

El camino de vuelta lo emprendieron por otra zona, de manera que vislumbraron la costa y pudieron escuchar el mar cuando casi estaban en casa de Luz. Era una noche agradable, el pueblo era encantador y la compañía inmejorable. Juan se planteó cuánto tiempo hacía que no se sentía tan relajado, tan a gusto. No logró responder a su propia pregunta.

Cuando se despidieron, en la puerta de su casa, Luz se mantuvo a una distancia que no había respetado en todo el día. Juan captó al instante su muda advertencia. O bien no quería, o bien no estaba preparada para una despedida que implicara ningún tipo de contacto. Y no supo qué había sucedido en el plazo de unas pocas horas, pues habían salido de su local tomados del brazo.

Muy a su pesar, él lo aceptó. Le confesó lo bien que lo había pasado, le deseó buenas noches, y le dijo que quedaría a la espera de su propuesta de fecha para la siguiente reunión.

Por el momento, dejaría que las cosas siguieran su propio curso, sin

apresurar ni forzar nada. Por el momento.

Capítulo 15

Faltaban un par de minutos para las ocho cuando un enorme camión se detuvo delante de la parroquia. Luz, sentada en lo alto del muro que había resultado ser mucho más que un simple montón de antiguas piedras, dio un saltito para bajar al suelo y se acercó hasta la cabina, de donde ya se apeaba un hombre de unos cincuenta años.

—Hola. ¿Eres Luz?

—Luz Duque. Rodolfo Gallardo, imagino. Encantada. —Estrechó su mano con firmeza intencionada—. Eres puntual. Es de agradecer.

—Se intenta. Aunque no siempre se consigue. —Miró el acceso a la zona en obras y antes de que pudiera decir una sola palabra a los dos hombres que le acompañaban, Luz tomó las riendas.

—Veamos. Podéis dejar todos los palés enfilados junto a esa pila de baldosas. Todos excepto los que contengan el azulejo vetado. Juan quiere ese material a buen recaudo en el interior del edificio. Si me sigues, te indicaré dónde pueden dejarlo tus muchachos.

Sin pararse a esperar respuesta ni comprobar si la seguía, se encaminó por el sendero hacia la parte posterior del Centro Cívico.

—Vale. —El hombre carraspeó y tardó apenas unos segundos en reaccionar—. Ya la habéis oído. Empezad a descargar. Los del azulejo son los dos palés del fondo. Id colocando los anteriores.

Luz usó las llaves que Juan le había dejado al explicarle los pormenores de

su tarea esa misma tarde, antes de marcharse a su importantísima reunión. Habían anunciado lluvia y no quería que ella esperara allí fuera de pie, pudiendo hacerlo dentro, a refugio.

Pero la curiosidad había podido con ella. Cuando los muchachos de su equipo se habían marchado, ella había recorrido el edificio entero para ver los avances. Aún estaba casi todo a medias, pero se podía vislumbrar cuál iba a ser el resultado final.

Con la llave que ya había probado una hora antes, abrió los dos nuevos portones que daban acceso a una amplia estancia que por ahora estaba vacía, pero que, imaginaba, iba a estar destinada a almacenar todo tipo de objetos de las diferentes asociaciones del pueblo. Materiales que hasta la fecha estaban en el ayuntamiento, en pequeñas lonjas privadas o incluso en las casas de los propios vecinos. Un espacio lo bastante grande para poder proteger de la lluvia unos cuantos palés, había pensado ella, acordándose de que Juan le había solicitado que se fijara en los el azulejo vetado, por si alguna caja estuviera rota y alguna pieza dañada.

Se mantuvo alejada a propósito unos minutos, observando la descarga con ojo crítico. Cuando le pareció que había pasado un tiempo prudencial, se dirigió de nuevo al jefe.

—¿Qué te parece? —le interpeló, sin que él se diera cuenta de que se le había acercado por la espalda.

El hombre se dio la vuelta, sobresaltado.

—¿Disculpa?

—El trabajo de restauración y rehabilitación del entorno que están haciendo Juan y su equipo. ¿Qué te parece?

—Fabuloso, desde luego. Juan no deja nada al azar —reconoció—. Y aunque no he visto el punto de partida, los acabados que se pueden apreciar son de lo mejor.

—Así lo creo yo también. Y por supuesto, el cliente. No podría estar más satisfecho —dejó caer sin más detalle—. No es de extrañar que, tras ver

trabajos como este, una de las bodegas más importantes de la región le haya solicitado una reforma integral. Es un contrato de muchos ceros, y toda una oportunidad para Juan. Va a poder hacer alarde de su gran capacidad como paisajista.

—Algo me ha comentado, sí —dijo sin mucha convicción, rascándose la zona alta de su poco poblada cabeza—. Por eso no podía estar hoy, ¿no es así?

—Exacto. Ha ido a hacer una primera valoración de los materiales que tendrá que ir encargando —se le ocurrió mencionar. No era mentira, aunque ese no fuera a ser el tema central de la conversación, seguro que formaba parte de los detalles de los que querían hablar. Y ya puestos a exagerar... ¿por qué no adornar un poco más la cosa?—. Ha salido de aquí con la furgoneta llena de catálogos y tarifas. Imagino que alguno sería tuyo.

—Es posible. —Esta vez lo vio dudar con mayor claridad, incluso alterarse un poco—. Aunque últimamente no le he entregado nada nuevo, si me hubiera avisado...

—Tranquilo, si no te ha dicho nada al respecto, será porque lo pensará consultar directamente en tu web —fingió querer tranquilizarlo, mientras notaba cómo la idea iba calando poco a poco en su cerebro—. ¿Tienes actualizados los productos disponibles? Sé que Juan busca primeras calidades para este proyecto.

Aquello por fin pareció envalentonarlo.

—Sabe de sobra que si busca calidad, yo soy quien mejor puede ofrecérsela.

—No lo dudo. —Le dedicó una amplia sonrisa, pero la borró de su rostro casi al instante—. Seguro que en las próximas semanas se pone en contacto contigo. Aunque yo... tendría algo bueno que ofrecerle preparado de antemano. Algo que no pueda rechazar. —Su voz era deliberadamente firme y lenta—. Algo que lo disuada de hacerle el pedido a la competencia.

Tras lo que a Luz le pareció una eternidad, el hombre por fin pareció reaccionar y comprender sus insinuaciones. Algunos lo llamarían manipulación, ella prefería pensar que era persuasión.

—Hablemos claro, pues. —Gallardo se plantó frente a ella y se cruzó de brazos—. Esto es lo que le puedo ofrecer.

Anocheía cuando Juan aparcó su furgoneta sin tener que dar vueltas, en la misma puerta del Centro Cívico, dada la hora. Cansado pero satisfecho con el trabajo del día, pudo comprobar que el proveedor ya había llegado y descargado... O no. Allí solo podía contar ocho palés. Según sus cuentas, debería haber por lo menos diez.

Suspiró con desánimo mientras se sacaba el móvil del bolsillo del pantalón. Su primer impulso fue llamar a Luz. Sin embargo, ella había cumplido más que de sobra. Era al proveedor a quien tenía que llamar para reclamar el material que faltaba. Ya estaba tecleando cuando alzó la vista y la encontró sentada sobre una pila de tablonos mirando la puesta de sol.

—Gallardo.

—Hola, soy Saavedra. Acabo de llegar a la obra y...

—¿Y has hablado ya con tu representante?

—¿Representante?

—Sí. —Soltó una carcajada— Porque a esa mujer no se la puede llamar asistente, secretaria... ni siquiera socia. Menuda negociante te has buscado, amigo.

¿Amigo? Juan parpadeó confuso. Él nunca se había tomado tantas confianzas.

—Bueno, te llamaba por lo de los materiales —comenzó.

—Sí, tranquilo, te mandaré por escrito las nuevas condiciones de nuestro acuerdo. No te preocupes, que la señora Duque lo ha dejado todo muy claro. Pero ahora mismo me pillas fatal. Esta semana te lo envío por correo electrónico. Tú mándame una estimación de lo que vas a ir necesitando en cuanto lo sepas. ¿De acuerdo? —No le dio tiempo a responder—. Buenas noches.

Colgó antes de que pudiera decir adiós.

Juan se aproximó con paso lento hacia ella. Sus pies sobre la gravilla del camino alertaron a Luz, quien alzó la vista sobresaltada.

—Hola. —Lo recibió con una amplia sonrisa y ojos soñolientos.

A pesar de la confusión mental que la conversación telefónica le acababa de provocar, su corazón dio un ligero brinco en su pecho y su cerebro fue capaz de formular un pensamiento muy claro. «Está aún más preciosa bajo esta luz».

—Hola. Pensé que te habrías marchado ya.

—Quería esperarte. Creí que sería mejor hablar contigo hoy mismo.

—¿De los materiales que faltan? ¿O de que ahora eres mi representante? — Ella lo miró confundida—. Acabo de llamar a Gallardo y lo único que me ha dicho es que me mandará nuevas condiciones por *email*. No entiendo nada.

—Oh, bueno, yo te explico. —Carraspeó, para ver por dónde empezaba, y para recuperar la voz que una extraña mirada de sus ojos le estaba haciendo flaquear—. No faltan materiales, para empezar. El azulejo está en el interior. Dos palés. Les pedí que los metieran dentro, porque como me dijiste que eran muy caros, material muy delicado... Creí que estarían a mejor recaudo bajo techo.

La cara de Juan fue un poema.

—¿Y cuánto te cobraron por ello?

—¿Cobrarme? Nada. Les dije que tú los querías dentro y el jefe les dijo que los metieran.

Parpadeó varias veces.

—Así, sin más.

—Sí. Después le mencioné que no estabas porque acababas de firmar un proyecto nuevo, muy importante. Porque lo has firmado, ¿verdad?

El gesto preocupado desapareció por un momento.

—Sí, lo he hecho.

—Lo sabía. Enhorabuena.

—Gracias.

—Y según se lo decía pensé en lo que me dijiste, que era el mejor pero

demasiado caro... y no pude evitar ser un poco mala.

La sonrisa de Juan fue creciendo lentamente.

—¿Mala? ¿Tú?

—Sí, actué con malicia. Le hice creer que habías ido ya a valorar los materiales que ibas a necesitar, no a firmar, y que eran también otros los proveedores que tenías en mente. Le dije que el cliente era de primera categoría, y que el producto empleado no podía ser menos. Muchos metros cuadrados... —recordó que había mencionado cuando él parecía haberse cerrado en banda y no pretendía ceder lo suficiente—. Que ibas a crear algo tan bueno que te abriría las puertas de muchos proyectos similares.

—Vale. Ahora entiendo lo de representante —murmuró, mirándola maravillado.

—Captó enseguida el mensaje. Negociamos y...

—¿Negociasteis?

Ella suspiró con resignación, al parecer, nada orgullosa de aquella habilidad suya.

—Es algo que antes se me daba muy bien, tuve un trabajo que me lo exigía y aunque no me gusta mucho... la causa lo merecía.

—¿Y sobre qué negociasteis? —quiso saber de inmediato. Estaba en ascuas.

—Sobre los descuentos que te va a hacer si cuentas con él para el proyecto. Lo tengo todo memorizado, así que cuando te lo envíe, si no te importa, enséñamelo, para comprobar que cumple con lo que hemos apalabrado.

—Has logrado un acuerdo verbal sobre descuentos con Gallardo —resumió con voz escéptica—. ¿Es una broma?

—No, claro que no. —Ella frunció el ceño, algo disgustada por la idea.

—Pues serás la primera persona de este país en conseguirlo.

—No creo. —¿Por qué le parecía tan extraño? Ella se las había visto con huesos mucho más duros de roer—. Aunque tampoco lo habría logrado si él no valorara tu trabajo. Ha admitido que tienes buena mano, y mucha visión.

—No doy crédito. —Él seguía alucinando.

—Me ha dejado estos catálogos para que vayas mirando... Le solté otra mentirijilla y casi corrió a por ellos. —Al ver su cara de curiosidad le dio más detalles—. Le dije que te habías llevado varios de todo tipo para tu valoración de materiales. Él no recordaba haberte dado ninguno desde hace tiempo. Le dije que no se preocupara, que seguro que su web estaba bien actualizada. Aunque esperaba que no fuera así.

—No es de las peores, pero sabe que prefiero los catálogos físicos.

—Eso lo habrá alertado y me habrá facilitado el regateo —razonó para sí.

—Regateo —repitió él.

—Exacto. Hasta alcanzar una cifra de descuento aceptable. Al menos creo que te lo parecerá.

—Sería la primera vez que me ofrece un descuento especial, fuera de los lotes que tiene ya en tarifa —le informó, poco esperanzado.

—Bueno, él mismo te lo enviará. Pero te adelanto lo pactado. —Se dispuso a enumerar todo punto por punto mientras él la escuchaba muy atento—. Doce por ciento en la totalidad de los materiales para el proyecto de la bodega, excepto en cerámica y gres. En eso solo un siete. Dice que no tiene más margen en el producto de categoría superior. Me ha parecido sincero. También mejora los plazos. El primer cincuenta por ciento a treinta días en lugar de a la entrega. Y el otro cincuenta a noventa días en lugar de a treinta. Si le aseguras que será tu proveedor principal en la bodega —continuó, diciendo todo lo memorizado de carrerilla—, te concede a noventa días el cincuenta por ciento restante del material que acaba de entregar hoy y el descuento desde ya, aunque solo en la cantidad pendiente. El mismo, claro, doce y siete por ciento.

Al ver que ni se movía, pensó que se había explicado demasiado rápido y le había liado con tanto número. Las luces de las farolas aún no se habían encendido y el sol acababa de ponerse. Era incapaz de apreciar la expresión de su rostro.

—¿Quieres que te lo escriba para que tú mismo puedas cotejarlo con su *email* la próxima semana?

—No hace falta. —Su voz era extrañamente ronca—. Luz, ¿sabes las cantidades de las que estamos hablando?

—Pues... he estado hojeando los catálogos y veo que hay cerámicas muy caras. Pero no sé de cuántos metros cuadrados hablamos. —Contempló el primer destello de una farola cercana al encenderse por fin—. Se me dan bien los números, pero no calcular distancias ni espacios.

—Muchos, Luz. Un montón de metros cuadrados.

—Oh —emitió un leve sonido mientras por fin lograba enfocar sus ojos. El brillo que advirtió en ellos la inquietó.

—Luz... —No podía dejar de repetir su nombre—. No eres consciente de lo que acabas de hacer, ¿verdad?

—¿Intentar ayudarte? —susurró encogiéndose de hombros.

La carcajada que soltó Juan la hizo brincar en el sitio. Acto seguido, fue él mismo quien la alzó al vuelo y le dio varias vueltas en el aire haciéndola soltar los catálogos que aferraba entre las manos. Cuando la depositó en el suelo, algo mareada, tuvo que agarrarse a sus brazos para no caer por la inercia del movimiento.

La cabeza le daba vueltas, por lo que no vio venir las manos que le sostuvieron la cara con fuerza, ni los labios que se chocaron contra su boca de forma directa y brusca, robándole el aliento y nublándole el sentido.

—¡Dios! —gritó exultante—. Te besaría hasta dejarte seca.

Ella solo pudo parpadear mientras lo observaba pasearse y recoger los catálogos tirados a la vez que murmuraba unas cuentas que hacía de memoria.

—Me alegra... haber sido de ayuda —dijo casi tartamudeando.

—Luz. —Él frenó y se acercó a ella hasta quedar frente a frente. A ella el corazón le palpitó con fuerza—. No sabía cómo iba a pagar las nóminas del próximo mes de mis seis empleados. He agotado todas las vías de crédito. Me has conseguido una liquidez que acaba de quitarme la soga del cuello.

—No sabía que estuvieras tan apurado. —La garganta se le secó—. De haberlo hecho, habría intentado ser una negociadora más inflexible.

—Créeme que has logrado todo un hito con Gallardo. No sé cómo agradecértelo. Te debo una. —Le dio un toquecito cariñoso en la punta de la nariz—. Bien grande.

Tuvo que respirar varias veces para recuperar la estabilidad.

—No me debes nada —logró articular.

—Sí, claro que sí —contradijo él, muy serio—. Y te aseguro que te lo compensaré.

—No hace falta, Juan. Lo he hecho porque... —Enmudeció y él se quedó esperando a que continuara. ¿Por qué había recurrido a sus persuasivas habilidades de forma espontánea con aquel proveedor al que acababa de conocer? No estaba del todo segura—. Ya sabes que me gusta ayudar en lo que puedo. Si está en mi mano.

—Gracias, Luz. Muchísimas gracias. —La estaba abrumando con tanto agradecimiento y ya no sabía cómo decirle que no tenía importancia—. Te aseguro que te lo compensaré. Aun no sé cómo, pero lo haré —aseguró con vehemencia.

A Luz no le cupo ninguna duda de que así lo haría. La expectativa le provocó un estremecimiento. No podía imaginarse qué se le ocurriría. ¿Cómo iba a ser capaz de pensar, cuando la boca aún le temblaba por el contacto con sus ardientes labios?

Capítulo 16

—**P**or ahí llega el ángel.

Juan miró a su compañero de reojo, creyendo haberle entendido mal. Los ruidos de la obra ese día eran bastante ensordecedores. Derrumbar el muro fronterizo entre las propiedades donde se encontraban el Centro Cívico y la parroquia no era una tarea silenciosa. La excavadora golpeaba las piedras hasta derrumbarlas, pero tratando de no romperlas, tal como habían solicitado desde el obispado. El camión que se llevaría la primera tanda de rocas santas o antidemoníacas, como las había bautizado Juan, llegaría a las doce en punto.

Miguel y él se estaban encargando de separar cada pieza de los restos de cemento y otros materiales adheridos, a la vez que trataban de seleccionar las de forma y tamaño más adecuados para levantar el pequeño muro a modo de monumento, en recuerdo al que iba a dejar de existir en breve. A todo ello, se le sumaba una tarea poco convencional a la que Juan se había visto obligado tras una inesperada llamada de la Santa Sede, y a la que solo Miguel se había prestado voluntario. Juan aún no tenía muy claro por qué, a pesar de que este había alegado preferir trabajar al aire libre.

Tras varias horas de trabajo, había que reconocer que, a pesar de haberlo hecho hacía siglos, lo habían levantado a conciencia, pues se resistía a ser demolido.

Miguel señaló a su espalda al ver que Juan lo miraba con gesto interrogativo. Al darse la vuelta, vio a Luz acercándose a ellos con su habitual

sonrisa y sus brillantes ojos. Vestía un liviano vestidito blanco muy apropiado para aquella mañana calurosa. Una auténtica aparición. Pero no un ángel, sino una diosa.

—¿Desde cuándo ha pasado de la categoría de monja, beata o santurróna a la de ángel? —increpó a Miguel, quien dejaba su faena y se acercaba entusiasmado a saludarla.

¿Y desde cuándo esas confianzas?

Aquella pregunta no la hizo en alto, pero lo irritó ver a su empleado dejar su trabajo y acudir al encuentro de Luz como si la estuviera esperando de antemano. A pesar de lo improbable de aquella circunstancia, la idea lo puso de mal humor.

—Desde que la conozco mejor —oyó que le decía mientras pasaba por su lado hasta llegar a ella—. Buenos días, ángel de la mañana.

¿Conocerla mejor? ¿Cuándo se habían conocido mejor?

—Buenos días, chicos.

—Esto se está convirtiendo en algo a lo que podría acostumbrarme fácilmente.

El corazón de Juan se aceleró ante aquellas palabras como si de una declaración de guerra contra él se trataran. Hasta que Luz le tendió a Miguel una bandeja y este levantó el papel que la cubría por una esquinita para curiosear el contenido. Joder, se refería a los dulces que les llevaba de vez en cuando, no a verla a ella, comprendió de pronto.

—Bueno, si he preparado cantidad de sobra y casualmente tengo que pasarme por aquí, no me cuesta nada traeros un tentempié de media mañana. Juan, quería hablar contigo, si tienes un momento.

—No son ni las diez —espetó él, coincidiendo con las últimas palabras de Luz, con el malhumor aún oprimiéndole el pecho. ¿Había dicho que quería hablar con él? Esperaba que con su respuesta entendiera que se refería a la hora del almuerzo y no a que fuera pronto para que hablaran. Se sintió torpe y estúpido.

—Entonces tendréis que guardarlos para luego. No picotees —regañó a Miguel, dándole una juguetona palmadita en la mano que pretendía cazar uno de los bollitos de canela.

—Llevamos aquí desde antes de las ocho. Ya casi es media mañana —argumentó el hombre, poniendo una incongruente voz de niño que no le pegaba nada, dada su corpulencia.

—El descanso es a las once y media —insistió Juan, más por reafirmarse en sus palabras que por otra cosa.

Ambos lo miraron con cara de sorpresa, pues sabían que no era un jefe estricto hasta aquel punto. No obstante, Miguel se abstuvo de contradecirlo y, tras dar las gracias a Luz, volvió a sus quehaceres sin dirigir ni una mirada al pasar al lado del jefe.

Luz no quiso darle importancia a la aparente norma.

—No creo que comer un bocado mientras seguís trabajando se considere descanso. Y seguro que un poco de energía extra os viene bien para seguir con esta engorrosa tarea. ¿No se puede hacer con la pala de la excavadora eso que sea que estáis haciendo Miguel y tú?

—Hay cosas que es mejor hacerlas a mano —opinó con tono cansado, pero le sonrió a llegar a su lado—. Como los bollitos caseros.

Emulando su sonrisa, Luz sacó dos dulces, le ofreció uno a Juan en primer lugar, quien lo miró como si fuera un bicho antes de enseñarle los guantes llenos de tierra. Ella no dudó entonces en acercarlo a su boca para que lo mordiera. Para su sorpresa, Juan hizo un inesperado y rápido movimiento de cabeza y se lo atrapó de un bocado. Aquello hizo reír a Luz y la animó a acercarse a Miguel para hacer lo mismo. Sin embargo, este se quitó los guantes y lo aceptó sin acercarse tanto a ella como para recibirlo directamente en la boca.

—¿No crees que agachar el lomo por un puñado de piedras y un trozo de papel, en nombre de los poderes de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, bien se merece dos de esos?

«Y tanto», pensó ella, y le tendió otro e hizo lo mismo con Juan, que esta vez lo cogió con la mano también desenguantada y le dio las gracias. Después le cogió la bandeja y la depositó sobre una pequeña mesa de trabajo repleta de planos y herramientas. De una nevera portátil que había allí mismo, cogió una botella de agua y le dio un largo trago antes de lanzarle otra a Miguel, quien la recibió al vuelo.

—Vayamos mejor a la sombra —le propuso a ella, quien lo siguió hasta el pórtico de la parroquia.

—Oye, ¿qué ha querido decir Miguel con eso del puñado de piedras y trozo de papel?

—Verás... Lo de que tenemos que enviar las piedras a una almacén de la diócesis ya te lo conté, además de lo del pequeño monumento.

—Sí, lo recuerdo.

—Pero resulta que alguien en el Vaticano se había puesto a buscar en los archivos de la época de la construcción del muro. Y ha encontrado indicios que hacen pensar que al realizar la bendición, el exorcismo o lo que fuera que hicieron aquí, el Papa redactó una especie de carta de su puño y letra y la sepultó bajo alguna de estas piedras.

—Y quieren recuperarla —dedujo Luz, atónita.

—Exacto. Si lo que buscamos es un trozo viejo de papel doblado, la excavadora sola no lo va a encontrar.

—Es como buscar una aguja en un pajar —se lamentó ella con empatía.

—Dímelo a mí. Suerte que Miguel se haya prestado voluntario.

«¿Y no lo habría hecho para verla a ella? ¿Para estar fuera y verla pasar si acudía a la parroquia como tantos otros días?», le dijo una vocecilla maligna que Juan acalló de un puñetazo mental.

—Ojalá deis con ella pronto.

—No las tengo todas conmigo. Puede que se haya desintegrado. Han pasado casi dos siglos. O que ni haya existido en realidad.

—Si en los archivos del Vaticano consta que existió, existirá —aseguró ella,

muy convencida.

Juan la miró mientras ella observaba los trabajos de la excavadora. A Miguel no se le veía más que de vez en cuando, al levantarse y agacharse al otro lado del muro.

Contempló su perfil, el cabello suelto y largo, unos dorados rizos cubriéndole de forma parcial los hombros desnudos. La suave tela blanca de su vestido cayendo como una pluma contra las curvas de su cuerpo. Unas sandalias de cuña mostrando sus esbeltos pies de uñas —hoy— rosadas.

Parecía una novia en la mañana de su boda. Allí, en el porche de la iglesia, vestida de forma sencilla pero radiante. Visualizó unas flores engarzadas entre sus rizos, un pequeño ramo en la mano que ahora posaba sobre una de las vigas de madera. No tardó ni dos segundos en imaginarla tumbada boca arriba sobre una enorme cama de sábanas blancas, alzando los brazos para recibirlo.

Ella dejó de mirar al frente para enfocarlo a él. La visión se desvaneció, pero la agitación dentro de su pecho se mantuvo intacta.

—Bueno, ¿qué querías decirme? —soltó de forma algo brusca, la única que le permitió su garganta.

—Hoy es la primera vez en años que recuerdo lo que he soñado —declaró, volviendo a mirar hacia la amplia campa que se extendía ante ellos, con una única brecha de piedras atravesándola.

Sin saber por qué, aquellas palabras lo pusieron nervioso. Tras mirarla con cautela, descubrió la razón exacta. Él también recordaba su sueño de esa noche. Uno en el que ella era la protagonista. Para su tortura, no solo tenía ensoñaciones con ella despierto.

—¿En serio? ¿Y qué has soñado? —se atrevió a preguntar tras tragar saliva con dificultad.

—He visto a tu hermana en el día de su boda. Y estaba aquí, en lo que será este descampado cuando concluyáis las obras. —Lo miró sonriente—. Estaba preciosa.

A Juan lo recorrió un súbito escalofrío y estuvieron a punto de saltársele las

lágrimas. Se obligó a mantener las formas.

—Debió de ser el otro día, cuando te esperaba allí sentada a que volvieras de la bodega. Ver el muro, imaginar cómo quedaría este lugar sin él... se grabaría en mi mente hasta darme la idea a través de un sueño.

Él contempló lo que ella miraba, e imaginó una gran fiesta sobre lo que ya tenía en mente desde hacía tiempo.

—Lo veo. El lugar es perfecto —admitió, haciendo que el corazón de Luz se desbocara—. Pero no sé si nos darían permiso.

—Es para usufructo del pueblo, ¿no? —le recordó ella.

—Pero una boda es algo privado —apuntó.

—Tú deja que yo hable con el padre Andrés —solicitó muy convencida—. Sé que la alcaldesa no pondrá pegas. Al fin y al cabo, tú estás reconstruyendo todo esto.

—Eso no me da derechos sobre el terreno —reflexionó.

—Sería una bonita inauguración, y daría ideas a otras personas del pueblo para eventos similares. Creo que esa es una manera muy persuasiva de plantearlo.

—Ni siquiera vivimos aquí. —Juan siguió sumando posibles impedimentos.

—Si hace falta, empadrono a tu hermana en mi casa —insistió Luz, sacándole por fin una sonrisa.

—Estás decidida, ¿eh?

—Si solo fuera una idea, no estaría tan convencida. Pero lo he soñado, Juan. Hacía tanto que no recordaba la sensación de un sueño que casi me he echado a llorar cuando me he despertado.

La percibió tan emocionada que no pudo evitar contagiarse un poco de esa sensación.

—¿Por qué crees que es el primero que recuerdas en años? —intentó averiguar.

—Dejé de soñar, o de recordar lo soñado, un par de años después de la muerte de Cristóbal —explicó—. Creo que fue por pura supervivencia. Tenía

unas pesadillas horribles noche tras noche. Y hoy... algo en mi cerebro habrá hecho clic. No sé que podrá haber sido.

—Yo tampoco —dijo Juan, casi sin voz, con un nudo en la garganta—. Pero sea lo que sea, me alegro. Todos tenemos derecho a soñar.

—Sí, yo también lo creo.

Ella suspiró de forma sonora y él dejó de mirar el paisaje para fijar sus ojos en los de ella, quien justo en ese momento hacía lo mismo. Se sonrieron de forma tímida, con una temerosa sensación de que el otro podía estar leyéndole los pensamientos. Ambos trataron inútilmente de controlar la inquietud que los sacudía por dentro.

—Se lo podemos comentar a tu hermana, si a ti te parece bien. Si no, no le decimos nada. Pero piénsalo, por favor.

—Lo haré. Has sembrado la semilla de la idea y ya no podré sacármela de la cabeza.

—Estupendo. —Se estiró la falda con gesto nervioso y comenzó a caminar fuera del cobijo de la sombra del porche—. Ahora te dejo trabajar, que al final te va a dar la hora del descanso de verdad.

—No importa. Soy el jefe —declaró a la vez que la seguía—. Hago lo que quiero.

—Sí, por eso eres el que más duro trabaja. Aunque Miguel se está ganando hoy el sueldo.

Ambos lo observaron en silencio. El hombre amontonaba rocas tras limpiarlas de suciedad y, de vez en cuando, se paraba a mirar una con detenimiento. Parecía que ninguna era lo suficientemente buena a su criterio. Los miró de reojo y les dedicó una misteriosa sonrisilla.

—Esos bollitos han debido de darle mucha energía —comentó Juan, con la víbora de los celos mordiéndolo de nuevo.

—Tienes un buen equipo. Mímalos un poco —le aconsejó Luz en un susurro, como si fuera un secreto más que una recomendación.

—Ya lo haces tú por mí —rebatíó, señalando la enorme bandeja que había

llevado.

—A ellos y a ti —matizó, con una de sus sonrisas más coquetas.

El sabor de sus labios le vino a la mente de golpe y porrazo, incitándolo a catarlos de nuevo, creando en él una necesidad acuciante. Solo la había besado una vez. Y con la boca cerrada. ¿Cómo podía tener grabado tan a fuego su sabor?

—Mañana te doy una respuesta. Sobre tu idea —dijo para pensar en otra cosa.

—¿Tan pronto?

—Sí, lo hablaré hoy mismo con Carla. Pasado mañana te marchabas a Cuba, ¿verdad?

—Cierto. Pero vuelvo en nueve días.

—Si a Carla le gusta la propuesta, para tu vuelta tendremos ideas más concretas.

—Estupendo. —Se notaba que la idea la entusiasmaba de verdad—. Con la ubicación definida, la cosa empezará a adquirir forma enseguida. Será todo mucho más real, ya lo verás. —Ella ya tenía un montón de ideas provenientes de su sueño, pero esperaría a comentárselas después de que Carla aportara las suyas, como un complemento, y solo en los detalles que fueran necesarios—. Me marcho. Que se os dé bien el derrumbamiento controlado.

—Gracias.

—Adiós, Miguel —gritó para que la oyera sobre el ruido de la máquina, cuyo conductor no conocía. Debía de ser alguien subcontratado para esa tarea concreta.

Él la saludó llevándose dos dedos a la frente y siguió trabajando sin detenerse. Tampoco miró a Juan cuando este volvió a su lado. Prosiguieron con la tarea sin dirigirse la palabra durante largo rato.

Miguel trabajaba duro y sabía hacer prácticamente de todo, siempre con

calidad y en plazo. No faltaba a su puesto a no ser que estuviera moribundo. A pesar de ser un poco arisco en el trato, era buen compañero, si bien un tanto solitario.

En conclusión, era un buen empleado. Lo que no le daba el estatus de candidato aceptable como pareja para Luz. Entonces, ¿por qué la mera idea de que él estuviera remotamente interesado en ella le ponía de tan mal humor? No podía negar que se había sentido celoso.

¡Por Dios! Si hasta su difunto marido le inspiraba celos. Un hombre que había tenido el infortunio de morir antes de los treinta, pero la bendita suerte de pasar más de diez años con la mujer más increíble que él había conocido nunca. ¿Qué había visto ella en Cristóbal? ¿Era ese hombre tan especial como ella o, simplemente, había estado en el lugar y momento adecuados?

Recordaba la fotografía que había expuesta en una de las vitrinas de Nuestro momento. En este momento, Cristóbal estaba más allá de esos rayos de sol, mientras que ella seguía caminando por ese sendero. Sin él. Pero con su mano siempre apoyándola desde algún lugar.

Él había sabido muy bien de qué hablaba. Tras la muerte de sus padres se había sentido perdido en muchos momentos, solo y desamparado. Pero de alguna forma, acababa siendo el recuerdo de lo que estos habían significado para él, las enseñanzas que ellos le habían inculcado lo que lo ayudaban a salir adelante. Sus manos estaban en sus hombros, empujándolo a seguir, a no pararse ni desfallecer. Pero el camino debía hacerlo él solo, pues era su vida, y ellos ya no estaban en ella.

Juan miró sus propias manos, sucias y encallecidas, pero fuertes y fiables. No pudo evitar pensar que Luz se merecía caminar por ese sendero agarrada a una mano real y tangible que la sostuviera cuando tropezara, que la acariciara cuando lo necesitara. Una mano que la acompañara hasta su último paso.

¿Por qué no iba a poder ser esa mano la suya?

—Una vez estuve con una viuda.

A Juan le venció el peso de la azada justo cuando se disponía a clavarla de nuevo en la tierra. Eran las cinco de la tarde y aún estaban desenterrando las piedras más bajas del muro, un trabajo tedioso y agotador que se estaba empezando a complicar a causa de la lluvia. Y ahora Miguel, después de apenas hablarle en todo el día, parecía querer darle conversación. Y menudo temita pretendía sacar.

—No me digas —contestó con poco interés al ver que esperaba que le dijese algo.

El pedrusco en forma de cubo imperfecto que se le estaba resistiendo por fin se movió y lo terminó de apartar de su camino con una patada impaciente que lo salpicó de barro hasta la rodilla. Ya estaba atacando al siguiente de la fila cuando Miguel continuó con su historia sin levantar la vista de su tarea.

—Fue en mi último año de instituto, pero como había repetido dos cursos, ya había cumplido los veinte. Ella casi me doblaba la edad.

—¿Acabaste el instituto? —se interesó Juan, más que dispuesto a cambiar de tema—. Primera noticia.

—Si me hubieras pedido mi currículum antes de contratarme, lo sabrías.

—Los años juntos con Peñalver eran suficientes credenciales para mí — señaló, refiriéndose a su insufrible último jefe.

—¿Por la impecable ejecución de mis trabajos o por cómo le plantaba cara cuando pretendía tocarme los cojones?

—Por ambas cosas.

Hubo unas risas y un silencio en el que ambos supieron lo que estaba pensando el otro. Lo bien que se trabajaba estando lejos del radio de acción de aquel explotador prepotente. Sin embargo, Miguel reanudó la charla.

—La conocí en un bar. Yo estaba en la barra con mis amigos, bebiendo toda la cerveza que nos cabía en el cuerpo. Ella apareció como de la nada y de, entre todos, me miró a mí. Me pidió que la acompañara a una mesa y pensé que estaba de broma. Ella era un bombón de cierta edad y yo un crío

desgarbado. Por entonces no tenía estos brazos ni esta espalda —añadió con una risotada.

—Espero que tampoco tuvieras esa cara.

Miguel le gruñó por la burla, pero aun así no detuvo su narración.

—Mis colegas me empujaron a seguirla y yo no tuve otra que hacerlo. Estuvimos como una hora hablando y bebiendo en una mesa apartada. Entre otras muchas cosas, me contó que era viuda desde hacía cinco años. Se sentía sola, buscaba compañía. Ni siquiera me di cuenta de que ya estábamos solos cuando me propuso ir a su casa.

—Y aceptaste.

—¡Joder si acepté! Estuvimos viéndonos en su casa más de un año. Ella me llamaba y yo iba como un perrito. Me enseñó... de todo. Hasta que se aburrió de mí, o eso creo. Realmente lo que me dijo fue que tenía que dejarme marchar. —Suspiró y se quedó mirando una piedra en silencio. Juan lo miró a él sin poder ni pestañear—. Me costó lo mío volver a interesarme por las chavalas de mi edad.

Juan se sintió totalmente desconcertado por el tono triste de la voz de Miguel, por la expresión de añoranza que veía reflejada en su rostro y su mirada perdida.

—¿Y todo esto me lo cuentas por...?

Miguel alzó la cabeza de pronto, con el ceño fruncido y mirada seria.

—Porque ella no es de esas. Luz —aclaró al ver que Juan no parecía comprender—. No me gustaría que le hicieras daño.

La mano que sostenía la azada se cerró sobre el mango con tanta fuerza que Juan creyó que podría dejar sus dedos marcados en la madera.

—No acostumbro a hacer daño a las mujeres.

—No digo que vayas a hacérselo a propósito. Pero ella no es como Estela o las otras mujeres con las que te hemos visto. Supongo que de eso ya te habrás dado cuenta.

—¿Y tú qué sabes...? —comenzó, incrédulo, sin saber muy bien qué decirle

—. No estoy con Luz —aclaró—. Y si lo estuviera, sería solo asunto mío y de ella.

—Bien. Solo quería asegurarme de que lo tenías en cuenta. —Juan creyó que el tema estaba zanjado hasta que Miguel añadió algo que le hizo apretar la mandíbula—. Y de que no deje de traernos dulces porque tú te hayas portado como un cabrón y después de follar un par de veces no la hayas vuelto a llamar.

Miguel soltó la azada sin resistirse cuando Juan se la arrancó de la mano para lanzarla a un lado.

—¿Eso es lo que crees que he hecho con Estela?

—Sí. Y con las demás. Porque te guste o no, para esto eres como yo. ¿Me equivoco?

¿Estaba buscando pelea? Porque se sentía tentado, y mucho, de liarse a golpes con él. La lluvia había empezado a ser copiosa y le nublaba la visión. Sin embargo, Miguel seguía sosteniéndole la mirada, esperando una respuesta.

—No lo sé —gruñó, aunque el sonido se perdió en el repiqueteo de la lluvia contra el suelo encharcado.

—Pues más te vale aclararte antes de pasar de un inocente tonto a algo que no tenga vuelta atrás. Os he visto juntos, tío. No hace falta ser un lince para darse cuenta de lo que hay.

Con toda la dignidad que la lluvia le permitió, Miguel recuperó su azada y continuó con su labor ante la atónita mirada de su jefe. Aunque en esos momentos, quien le había hablado no había sido su empleado, sino su amigo. Y, al parecer, el nuevo ángel de la guarda de Luz.

¿Acaso ella necesitaba alguien que la protegiera de él? Desde luego que no. Él mismo se estaba cuidando mucho de no dar un paso en falso con Luz. Lo del beso había sido un impulso, pero ella seguro que lo había entendido como un simple agradecimiento.

¿Que despertaba en él todo un abanico de sentimientos y deseos? Eso sería algo que se quedaría a buen recaudo en su fuero interno. Por mucho que

creyera percibir en ella algo parecido en respuesta. No podía negar que entre ellos había una conexión que casi se podía palpar. Tanto, que incluso Miguel era capaz de percibirla.

Pero Juan sabía que aquello no podía pasar de ahí, o Luz sufriría. Otra cosa en la que Miguel tenía razón. Había mujeres que comprendían a los hombres como ellos y aceptaban una relación sin compromisos. Luz no estaba en ese grupo. Luz era... única.

Demasiado buena para alguien como él, se dijo, con una sensación de vacío en la boca del estómago. Demasiado buena para cualquiera. Por lo que cualquiera que pretendiera merecerla, debía hacer un gran esfuerzo por ser mejor.

¿Y no podía él hacer ese esfuerzo? Nunca se había considerado un mal tipo, sus padres le habían inculcado buenos valores que creía respetar desde chaval. Se esforzaba por cuidar de su hermana, de su casa, por sacar adelante su negocio, por no sucumbir a la desesperación cuando todo salía mal y el peso del mundo pretendía hundirlo en el lodo. Había sido sincero con Estela, y no había vuelto a buscar ninguna relación vacía con ninguna otra mujer. Llevaba tiempo siendo un poco mejor de lo que había sido en ese sentido. Eso creía. ¿O eso quería creer?

Luz le hacía querer ser un hombre mejor. Le hacía querer ser merecedor de todo lo que podía ofrecer. Y él lo quería todo de ella. Absolutamente todo. ¡Dios! Lo anhelaba como nunca antes había deseado nada en toda su vida.

—Lástima que en esta vida uno no pueda tener todo lo que quiere —se lamentó en un murmullo.

—¡Ostia bendita!

El encapotado y oscurecido cielo se encendió con la luz de un relámpago al que le siguió un ensordecedor trueno que retumbó contra todo alrededor. La voz de Miguel casi había quedado amortiguada por el ruido, pero Juan captó el exabrupto y el salto hacia atrás que dio mientras sacudía las manos con fuerza.

Lo primero que pensó fue que le había picado algún tipo de culebra. No sería la primera vez que daban con algún bicho de esos en los trabajos de exterior. Pero por lo general, Miguel los cogía con una mano y los retorció con la otra hasta que no se movían.

—Yo no me acercaría —le advirtió a Juan cuando se disponía a ver lo que ocurría—. Ha sido tocarlo y que el cielo lanzara un rayo contra mí.

—No te ha caído ningún rayo. Si no ya estarías frito —contradijo Juan, mirando el hueco en el muro que señalaba Miguel, algo tembloroso.

Entre dos rocas, cubierto por algo de tierra que empezaba a volverse barro a causa de la lluvia, encontró un cilindro de cuero rojo. No era muy grande, lo justo para contener una hoja de papel amarillento, como pudo comprobar tras sacarlo y abrirlo.

—¿Ves? —le dijo a Miguel con una sonrisa ladeada—. El suelo no se ha abierto bajo mis pies.

—Bien por ti. Yo por si acaso no lo voy ni a mirar —aseguró, aunque se acercó un par de temerosos pasos hasta él—. ¿Es lo que buscábamos?

—Eso parece. Está en latín.

—¿Y qué pone?

—No recuerdo mucho del poco latín que aprendí en el instituto. Pero lo reconozco cuando lo veo. Sanctuarium. Deus. Hominis... son palabras en latín.

—Lo guardó para que no se mojara con la lluvia y lo limpió con un trapo—. Será mejor que se lo lleve ahora mismo al padre Andrés.

—¿Entonces ya hemos acabado aquí? —Miguel se mostraba impaciente y nervioso—. Yo creo que las piedras que hemos separado son más que suficientes.

—¿Qué te asusta, Miguel?

—Ir al infierno.

Juan contuvo una carcajada.

—No digas tonterías. Nunca has hecho nada tan malo como para eso. Además, para ello deberías creer en Dios por lo menos —razonó.

—Hace tiempo que empecé a creer en muchas cosas.

Sin añadir nada más, se dio la vuelta y desapareció en el interior del edificio.

—No eres el único —murmuró Juan para sí.

De camino a la parroquia, con el cilindro en la mano, se dijo que si ningún rayo lo había partido en dos y el suelo no se había abierto bajo sus pies al profanar con sus pecadoras manos una reliquia santa, a lo mejor no era tan pecador al fin y al cabo.

A lo mejor, ese Dios en el que creía Luz —uno bueno, que era como un padre, y no el vengador y destructivo del que otros hablaban— consideraba que él era merecedor de cosas buenas.

Capítulo 17

Un joven, a todas luces extranjero, entró en el poco concurrido local minutos antes de la media noche. Los presentes, clientes habituales, lo escudriñaron con mirada vidriosa, fruto de los varios vasos del oscuro ron o del blanco tequila que se servía a diario en la única taberna de los alrededores.

Álex Muñoz no pidió ron. Ni siquiera una cerveza de importación. Solicitó al anciano de la barra algo frío, sin alcohol, matizando que no le echara un solo cubito de hielo. Y que procurara servirlo en un vaso limpio.

Poco podían imaginar que sus motivos para aquella petición se debían a las dos terribles gastroenteritis que ya llevaba a cuestas, sumadas a la promesa personal que se había hecho a sí mismo de no sucumbir a la desesperación. El alcohol no iba ser un buen aliado para esto último.

El hombre de poblado bigote blanco le mostró un vaso que Álex dio por válido antes de sacar una oxidada lata de Coca Cola de una también roñosa nevera a la que le colgaba la manilla. Antes de que la abriera para servirla, el joven se adelantó, sacó un pañuelo de tela del bolsillo de su pantalón vaquero y frotó el borde de la lata con saña. Mientras él mismo la vertía en el vaso — rayado pero aparentemente limpio— aprovechó para echar una ojeada a la fecha de caducidad de la base. Medio año fuera de plazo era algo aceptable, teniendo en cuenta lo que llevaba ingerido en los últimos tiempos.

Rara vez se aventuraba a pasearse de noche lejos de los hoteles, pensiones, habitaciones de alquiler o hamacas en el porche de unos amables campesinos

donde se había ido alojando a lo largo de sus ya siete meses de búsqueda por varios países.

Pero esa noche se sentía inquieto, la habitación del hotelillo de carretera era un horno de cinco metros cuadrados, y las paredes se le estaban cayendo encima, no solo de forma figurada. Cada vez que un camión pasaba junto al único ventanuco de su dormitorio, el cabecero de su cama vibraba.

Con la máquina de refrescos de recepción estropeada, su necesidad de algo de beber lo había impulsado a coger el *jeep* que había alquilado nada más aterrizar en México y lanzarse a buscar lo más parecido a un bar que pudiera hallar.

Sentado en una mesa junto a la puerta abierta del local, para poder respirar algo más que el aliento y el sudor de los hombres por allí diseminados, vio entrar a una mujer que desentonaba en el lugar como un barco en el desierto.

La joven, con un pañuelo cubriéndole el pelo como a las grandes actrices del cine clásico, se acercó a la barra, pidió cerveza —en un español bastante correcto pero con acento americano— y no tuvo reparos en llevársela a los labios con apenas unos toquécitos de una servilleta en la boquilla del botellín.

Álex la miró con compasión antes de desviar la mirada hacia la película en blanco y negro que emitía un pequeño televisor junto a la barra.

—¿Puedo sentarme?

Álex enfocó a la joven de nuevo, esta vez de pie delante de él.

—Voy a marcharme en cuanto termine mi bebida —advirtió, como tantas otras veces en los últimos meses. Sin embargo, esta chica no le había parecido del tipo de mujeres que lo habían disuadido de salir de su alojamiento de noche. Había perdido la cuenta del número de veces que le habían ofrecido sexo a cambio de la calderilla de la moneda local que en aquel momento llevara en la cartera—. Pero tú misma.

—Gracias. —La mujer tomó asiento y lo miró con media sonrisa mientras se quitaba el pañuelo y lo dejaba caer sobre sus hombros.

Era bonita. Y joven. Veintipocos.

—¿Eres español?

—Sí. Tú estadounidense.

—Qué buen ojo tenemos.

—Quizás, aunque no para elegir bares de copas.

Ella rio mostrando una inmaculada dentadura, pero se tapó la boca con los dedos de una también perfecta manicura.

—Para mí esto es el paraíso si lo comparamos con estar encerrada entre las paredes de una caravana. —Él no supo interpretar qué quería decir. No le parecía una mujer que viviera en una caravana. Pero ya nada le sorprendía—
¿Qué te trae por México...?

—Álex —se presentó, al estar esa pregunta implícita en la otra.

—Heather —le correspondió ella.

—Es una larga y triste historia que estoy seguro que no querrás oír.

—No estés tan seguro —adujo ella de inmediato—. Me encantan las historias tristes. Son mi debilidad.

Álex bufó por lo bajo, negando con la cabeza. Ella asintió en respuesta, y él no necesitó más para empezar a hablar.

Estaba al borde de la depresión, cansado y no sabía si a punto de caer enfermo de nuevo. Si una desconocida se prestaba a escucharle, ¿qué mal podía hacerle eso a nadie?

Le explicó paso a paso su viaje, qué lo había desencadenado, los siete países que llevaba recorridos, las aparentes pistas que lo habían llevado de un lugar a otro en la búsqueda de un hombre del que solo sabía su nombre, fecha de nacimiento, profesión y residencia de hacía casi treinta años. También portaba una ajada fotografía de cuerpo entero y otra de tamaño carné. Un hombre que era su única esperanza para salvar al amor de su vida.

La joven de cabellos oscuros y ojos verdosos lo miró sin decir palabra, solo bebiendo de su cerveza cada pocos minutos. Su rostro de porcelana no cambió de expresión en ningún momento. Sencillamente, se limitó a escuchar.

—Y hoy no he podido más —narró como punto final a su historia—.

Después de semanas buscando el recóndito pueblo donde se suponía que se alojaba, según la ficha laboral de un hombre que me aseguró que había trabajado para él como veterinario hasta hace un par de meses, me dicen que se marchó hace justo ese tiempo, dos putos meses. Y nadie en todo el maldito pueblo sabe a dónde. Mis pistas se acaban de nuevo y ya no sé por dónde seguir buscando.

Ella lo miró en silencio un rato más y, de pronto, él se percató de algo.

—Perdona, he hablado sin parar, y puede que demasiado rápido. A lo mejor no me has entendido.

—Sí te he entendido. Y lo siento mucho.

—Gracias. —Suspiró y se terminó el refresco ya caliente. Tampoco era que hubiera estado muy frío en ningún momento—. ¿Cuál es tu historia? —se interesó, a pesar de saber que debería levantarse ya y marcharse, tal como le había advertido.

—Soy prostituta.

Álex, que estaba tragando saliva en ese momento —ya que había notado un regusto extraño en el último sorbo de Coca Cola— se atragantó y tuvo un acceso de tos que se prolongó casi un minuto y que llamó la atención del resto de clientes. Aunque lo cierto era que estos hacía ya rato que los miraban.

Aceptó la cerveza de ella cuando se la ofreció. Tras beber un par de sorbos, la tos frenó.

—Perdona, era una broma —le dijo cuando recogió de nuevo su bebida.

—¿Cómo que una broma? —La cara de Álex reflejaba un claro estupor.

—Realmente soy una... ¿Cómo lo llamáis en España? ¿Sicaria?

—Eh... —Tras palidecer por completo, sacudió la cabeza y rio—. Creo que no es esa palabra la que buscas. ¿A qué te refieres?

—Mato a gente a cambio de dinero. Estoy siguiendo a mi víctima, buscando el momento más oportuno.

—Vale. —Respiró hondo y se recostó contra la maltrecha silla de madera—. Sí era esa la palabra.

—Pero tampoco es lo que soy. —Desconcertado, Álex estuvo tentado de levantarse y salir de allí sin dar explicaciones—. Trabajo para el FBI. Busco a un peligroso preso fugado. Sabemos que está en los alrededores.

Sin poder ni siquiera pestañear, Álex observó cómo ella sacaba algo del bolso y lo depositaba sobre la mesa con disimulo. Cuando se atrevió a posar la vista sobre ello, pudo comprobar que se trataba de una fotografía de ella. Un bonito primer plano.

—Antes de que pienses que has dado con una loca, te voy a decir la verdad. Soy actriz. Ves, esto es una foto mía autografiada. Mi representante insiste en que lleve siempre algunas en el bolso. Así no me arriesgo a que me tomen malas fotos con los móviles cuando me paran para pedirme un autógrafo.

Álex no podía hacer nada más que mirar alternativamente a la chica y a su imagen sobre la mesa. Aún no conseguía entender nada.

—¿Y a qué demonios ha venido todo eso de la sicaria, la policía y la...? ¿Se te ha ido la olla o qué?

—Esa última pregunta no la he entendido —admitió, con media sonrisa.

—La olla, la chaveta. Has perdido la cabeza. Estás como una cabra. ¿Lo entiendes?

—¡Ah! Es una expresión vuestra. La olla... —repitió con dificultad.

—Yo contándote la tragedia de mi vida y tú te inventas todo eso —le reprochó, cada vez más enfadado.

—Disculpa, pero es a lo que me dedico —se justificó con timidez—. Soy actriz. Me meto en la piel de otras personas, finjo ser quien no soy lo mejor que puedo. Todo para que la gente que va a ver mi película al cine se evada de sus problemas durante dos horas. Para que desee, sueñe, tema o ría por motivos completamente ajenos a su vida. Después de escucharte, pensé que era lo que necesitabas. Desconectar de tu realidad durante un momento. Quería ayudarte, y lo he hecho del único modo que sé.

—Muy... original —logró decir después de meditarlo unos instantes—. ¿Y qué haces realmente aquí?

—Estoy rodando una película. El set de rodaje está a unos kilómetros, algo adentrado en la selva. No salía de mi camerino en una caravana desde hacía dos semanas, a excepción de los ratos de rodaje. Se me estaba empezando a... ¿ir la olla? — Sonrió al comprobar que él asentía por lo acertado del uso de la nueva expresión que acababa de aprender.

—Así que eres famosa.

—Mis dos últimas películas han tenido buena acogida en taquilla.

—Perdona que no te haya reconocido. Hace ya unos cuantos años que no piso un cine. La enfermedad de Carla se remonta a mucho más que estos últimos meses.

—No pasa nada. Lo prefiero así. No estoy segura de que la fama sea para mí.

—¿Cómo es eso?

—Yo quería trabajar en musicales. Del teatro pasé al cine, pero los papeles que estoy consiguiendo poco tienen que ver con mi talento musical. Parece ser que mi físico es más rentable.

—¿Tocas o cantas? —A Álex su talento musical le interesaba mucho más que su bonita cara o sus largas piernas.

—Ambas cosas.

La vio levantarse y caminar hasta el fondo del local. Álex no había reparado hasta entonces en el piano que había contra una de las paredes.

—¿Puedo? —solicitó Heather, mirando al anciano de la barra.

—Todo tuyo, reina. Como siempre.

Un hombre que no se había movido de una esquina hasta entonces le acercó una silla y ella se sentó tras darle las gracias. Álex se acercó a un lateral del instrumento, admirando cómo ella movía los dedos con habilidad sobre unas teclas más limpias de lo que había esperado. Pero claro, acababan de decirle «como siempre». Algo no le había contado.

—Si tuviera mi bajo, te acompañaría —comentó con sonrisa amarga.

—Melquiades. —Heather alzó la voz y se giró hacia la barra—. ¿Algún otro

instrumento que prestarnos?

—La guitarra de Rosarito —le indicó otro de los clientes que chupeteaba un palillo amarillento.

—Eso es solo un viejo trasto que cuelga de una pared —rechazó el anciano.

—No más viejo que tú, o que ese piano. ¡Órale! ¡Deja que el gringo lo intente!

—¿Tengo pinta de gringo? —protestó Álex.

—Es porque estás conmigo. No es la primera vez que vengo. Solo que hacía dos semanas que no venía.

Le entregaron una guitarra española hecha polvo. Tardó unos minutos en lograr afinarla, pero acabó sumándose a la melodía con la que Heather ya amenizaba la velada y que había provocado que todos los allí presentes se acercaran, formando un círculo.

Él la siguió a ella en cada nuevo tema musical cinematográfico que hacía sonar. Luego fue él quien tuvo la iniciativa con unos cuantos clásicos del rock.

Por unas pocas horas, Álex Muñoz dejó de sentirse en la cuerda floja. Por una noche, volvió a ser un joven cuyo corazón no estaba roto en mil pedazos, temeroso de perder lo que más había amado en su vida y sin ninguna esperanza de poder salvarlo, por mucho esfuerzo y empeño que estuviera poniendo en ello.

Mientras la música se apoderaba de él, logró dejar de sentirse más solo que nunca. Olvidó la tensión y la angustia. Fue de nuevo el hombre esperanzado que había despegado del aeropuerto de Barajas con una misión que cumplir. Estaba vivo, y Carla también. Por lo tanto, y a pesar de haber agotado todas las vías de búsqueda, aún había esperanza.

Capítulo 18

El día era caluroso, demasiado. Juan había contado con el buen tiempo pronosticado para esa semana como un aliado, pues con un solo día de lluvia no creía poder terminar el proyecto antes de que ella regresara. El cemento no se secaría, la tierra se removería... Sin embargo, el excesivo calor lo tenía agotado, sudado y sediento. Lanzó la pala a un lado y se concedió un descanso para beber algo frío y reponer fuerzas.

La súbita voz a sus espaldas casi le hizo atragantarse con su bebida isotónica favorita.

—¿Tú quién eres?

Juan se giró para ponerle cara a la grosera y juvenil voz que lo increpaba.

—Juan Saavedra. —Se limpió la mano en la pernera del pantalón y se la ofreció a modo de pacífico saludo. El chico que estaba frente a él tenía un gesto de lo más desconfiado, además de un cortacésped hecho polvo—. ¿Y tú?

—David. David de la Torre —completó mientras estrechaba su mano, tratando de apretar con la misma fuerza que él, sin lograrlo. Era alto, pero larguirucho. Su lacio pelo castaño le cubría parte de los ojos verdes que lo miraban desconfiados—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Poner todo esto un poco más bonito —explicó con brevedad Juan, abarcando con un gesto de la mano el entorno, lleno de materiales amontonados y con el suelo levantado en varios puntos—. Aunque no lo parezca. En cuatro días será un jardín completamente diferente.

—Luz no me dijo que fuera a hacer reformas en el jardín. —Volvió a mirarlo con suspicacia—. Y no creo que se le olvidara decirme algo así. Sobre todo porque me llamó para avisarme de que podía cortar el césped entre semana y no esperar hasta el domingo, aprovechando que ella no iba a estar.

—Eso te dijo, ¿eh? —Juan jugueteó con el tapón de su botella.

—Sí, esas fueron sus palabras exactas.

—¿Y cuánto te paga por cortar el césped algunos domingos?

La pregunta descolocó al chaval, Juan lo notó enseguida. El ligero rubor delató que la respuesta implicaba más de lo que podría parecer.

—Me contrató para hacerme un favor. Vivo en la última casa de la calle, y corto el césped de varios vecinos gracias a que ella dio buenas referencias sobre mí. Quiero comprarme una moto desde que cumplí los dieciséis. Pero ayer cumplí los dieciocho y aún me falta casi la mitad —confesó, como si esa hubiera sido la pregunta de Juan.

—¡Eh! Felicidades. —Le dio un pequeño puñetazo en el hombro que, a pesar de no haberle podido infligir dolor alguno, lo hizo desestabilizarse. Juan esperaba que fuera a causa de lo inesperado del impacto y no porque fuera un poco debilucho, o la idea que tenía en mente se iría al traste—. Ya has pasado de ser un chaval a ser oficialmente un hombre.

—Gracias. —El muchacho pareció ruborizarse.

—O sea que, a pesar de pagarte muy por encima de lo que cualquier jovencito cobraría por una tarea como esta —dedujo, por su respuesta y porque conocía a Luz—, llevas casi dos años ahorrando. ¿Qué moto quieres, David, la de Marc Márquez?

—¡Ya me gustaría una Honda como esa! —Los ojos le brillaron, ilusionados—. No, con una Aprilia más asequible me conformo.

—Buena elección para empezar. Yo también tuve una, y después una Yamaha, pero la vendí para comprarme la furgoneta —comentó melancólico—. Mira, voy a proponerte algo. Te pago lo mismo que te paga Luz por cada hora que me ayudes con algunas tareas sencillas pero un poco pesadas de aquí

al sábado.

Los ojos se le abrieron como platos y Juan supo que había encontrado un aprendiz improvisado que le iba a ahorrar tener que pedir ayuda a cualquiera de sus empleados. No quería darles más explicaciones que las que ya les había dado. Esa semana solo pasaría a primera y a última hora por la obra para darles instrucciones, aunque si surgía cualquier problema, podían llamarlo y él acudiría en cinco minutos.

El proyecto del jardín de Luz era responsabilidad suya y no quería desatender su obra principal llevándose a parte de su equipo. O eso era lo que les había dicho. Que era un regalo, suyo y solo suyo, para Luz, no era algo que quisiera mencionar. Pero necesitaba un par de manos más para terminar antes de su regreso. Cuando le dijera a ella que esas manos habían sido las de David por un salario más que razonable, y con contrato temporal, por supuesto, sabía que le robaría una sonrisa. La idea le hizo cosquillas en la nuca.

—Puedo por las tardes desde las cuatro, aunque a las nueve tengo que estar en casa. Menos el viernes, que puedo estar hasta las once, porque no tengo instituto al día siguiente.

Su rápida y detallada respuesta le hizo reír. Bebió otro sorbo y aprovechó para calcular el tiempo que lo necesitaría.

—Con que vengas de cinco a ocho será suficiente. Si el jueves veo que no vamos a buen ritmo, lo ampliaremos de cuatro a nueve. ¿Trato hecho?

—Trato hecho—. Volvieron a estrecharse la mano, esta vez con mucho más ímpetu—. Si me dices la verdad sobre lo que haces aquí. Porque sé que Luz no sabe nada de esto —añadió antes de aflojar el apretón.

—Eres un chico listo. Y precavido. Eso está muy bien —elogió—. Como a ti, Luz también me ha hecho un favor a mí. Y quería compensarlo haciendo algo por ella. Que fuera una sorpresa me ha parecido buena idea. Además, si ella no estaba en casa ni trabajando, no la molestaría con todo este desaguisado.

El joven lo observó en silencio, asimilando la explicación.

—Le estás reformando el jardín, gratis y en secreto, para devolverle un favor que te ha hecho.

—Exacto.

—¿Y qué favor ha sido? —Alzó una ceja que se perdió por debajo de su largo flequillo—. Porque ha tenido que ser muy grande.

—Lo ha sido. Un favor laboral que me ha sacado de un buen aprieto.

—Ya —comentó David, esta vez con el ceño fruncido. Se apartó el flequillo de los ojos con un soplo y Juan entrevió un brillo de diversión en ellos—. ¿No será que quieres ligártela?

Esta vez el trago que bebía se le quedó atascado en la garganta. No era eso. Había sido sincero con el chico en cuanto a sus motivos. Sin embargo, que le hiciera aquella pregunta le hizo brincar algo en el estómago, como si le hubieran pillado in fraganti en un delito que ni siquiera él mismo sabía que estuviera cometiendo.

—No. No es nada de eso. Es solo un gesto de agradecimiento —aseguró.

—Vale. Pero si fuera eso —recalcó—, que sepas que me parece una estrategia cojonuda. A Luz le va a encantar, si queda bien, claro. Lleva mucho tiempo diciendo que algún día quiere darle una vuelta al jardín, pero nunca tiene tiempo.

«¿Cómo va a tener tiempo —pensó Juan— si anda regalándolo día sí y día también?».

—Quedará bien. Más que bien. Ahora lo importante es acabar antes de que ella vuelva. ¿Empiezas hoy mismo?

David miró su reloj.

—Son más de las cinco.

—Tranquilo, por ser tu primer día, no tendré en cuenta que llegas tarde —bromeó, haciéndolo ponerse primero serio y luego sonreír al captar la gracia—. Mañana ya me traerás tu número de la seguridad social y una copia de tu carné de identidad y firmarás el contrato. Porque me has dicho la verdad sobre

tu edad, ¿o no? —David asintió enérgicamente con la cabeza, e hizo el mismo gesto cuando le preguntó si sus padres estarían de acuerdo con que trabajara —. Ven, voy a enseñarte a trasplantar un árbol. Espero que no te importe mancharte. Mucho.

El taxi dejó a Luz ante su casa. Mientras el conductor sacaba su equipaje del maletero, ella pudo apreciar que en su jardín había ocurrido... algo.

—Aquí tiene —oyó que decía el chófer.

—Oh, sí, muchas gracias.

Renqueante, caminó hasta la puerta de una valla de madera pintada de un blanco inmaculado y a una altura que no superaba su cintura. La manilla de hierro forjado cedió sin problema. Entró para ver de cerca lo que sus ojos no eran capaces de asimilar de lejos.

Un sendero de piedra grisácea separaba en dos su jardín delantero, enmarcado por cantos rodados que delimitaban ambas partes del césped. Un césped verde brillante de altura perfecta.

A su derecha, una fuente de piedra blanca más alta que ella, con un círculo inferior de casi dos metros de diámetro. En su interior, peces de colores y nenúfares en flor. El agua manaba del tercer piso de círculos, de un chorro que brotaba lento de una copa de piedra ornamentada.

Se sentó sobre el borde de la fuente y metió la mano en el agua, salpicándose la cara para despejarse de lo que le estaba pareciendo un sueño. Algo chapoteó, y luego oyó un croac que la hizo saltar. La rana subió hasta la copa y volvió a saltar al agua. Luz se alejó sobresaltada y se propuso que ese pequeño bicho no le estropeará la maravillosa sorpresa.

Tras contemplar los parterres de flores de mil colores de ese lado del jardín, se levantó y cruzó el sendero. Al otro lado, una mesa redonda de mármol blanco ribeteada del mismo hierro forjado negro de la manilla de la puerta, y

cuatro sillas a conjunto, invitaban a pasar largas horas bajo el cielo azul de la tarde, a cobijo de las ramas y las flores de un árbol en flor del que desconocía el nombre, pero que le parecía precioso y fragante.

Dejó para el final el elemento que más le había gustado desde el primer vistazo a ese jardín que le había hecho pensar que el taxista se había confundido de dirección. Había sabido que en cuanto se sentara allí no se querría levantar en un buen rato, por lo que había preferido ver el resto antes.

El balancín estaba emplazado en el lugar que hasta entonces había ocupado su única y mísera silla de exterior. Allí era donde se sentaba a veces a esa hora de la tarde a ver la puesta de sol. Desde allí se entreveía el horizonte, una porción pequeña del Mediterráneo, pero lo justo para contemplar cómo el sol parecía hundirse en el mar hasta desaparecer por completo. Desde luego, a Juan no se le podía escapar ese detalle, meditó, comprobando que el columpio estaba perfectamente centrado para enfocar el oeste.

Inmersa en una sensación nueva que no sabía cómo definir, balanceándose como una niña, no lo oyó entrar hasta que las ruedas de su maleta sobre el camino de piedra llamaron su atención.

Había olvidado el equipaje en la puerta, comprendió, al igual que él, por la sonrisa divertida que traía en los labios. Aquellos carnosos labios...

Ese pensamiento se coló en su cabeza sin poder evitarlo, antes de desviar la vista para no delatar lo ansiosa que había estado por volver a verlo. Por suerte, antes de lo que había imaginado. Se centró en enfocar la enorme bolsa que cargaba en su otra mano.

—Bienvenida —dijo él mientras se acercaba.

«Por fin has vuelto», fue lo que pugnaba por salir de su boca.

—Gracias. —Luz tragó saliva y se obligó a hablar con normalidad. Difícil, cuando lo tenía de pie ante ella, con el sol a su espalda, creando un aureola alrededor de su rostro—. Esto sí que es un recibimiento en toda regla.

—Esperaba llegar antes que tú para vestir el balancín, pero me he entretenido un poco en la obra. Y tú has llegado muy puntual.

—El vuelo se ha adelantado media hora. Viento de cola —explicó, aferrándose a la conversación intrascendente, pero sin poder evitar preguntarse cómo sabría él a qué hora debía aterrizar su avión.

—¿Puedes levantarte para que ponga el último detalle? —solicitó muy cortés—. Ayer se puso a llover a última hora y no quería que los cojines se mojaran.

Ella prácticamente saltó para ponerse en pie y él vistió el columpio con mullidos cojines blancos de finas rayas grises y un toldo de lona gruesa a juego.

—El toldo es impermeable y no hace falta que lo quites. Y se puede recoger como una cortina, ¿ves? —Lo recogió para mostrarle cómo—. Pero los cojines sí los metería en casa cuando se prevea lluvia. —Le hizo un gesto con la mano para que se sentara de nuevo.

Con la sonrisa perpetua en la cara, ella subió al columpio y lo balanceó, después golpeó el asiento para que la acompañara.

—¿Te gusta? —preguntó Juan, codo con codo a su lado.

—¿Que si me gusta? —Luz frenó el balanceo en seco clavando los pies en el suelo y girándose hacia él—. Que si me gusta —repitió y negó con la cabeza—. Ahora mismo, yo también te besaría hasta dejarte seco —admitió con una carcajada.

«Pues adelante», pensó él. Sin embargo ella solo se quedó mirándolo con sonrisa matadora.

—Lo que me recuerda que me muero de sed desde que me he bajado del avión —añadió, anulando por completo la esperanza de él—. ¿Te apetece algo frío?

—Mucho. —Aunque más le apetecía otra cosa.

—Ahora vuelvo.

La vio alejarse con un contoneo de caderas. Llevaba un vestido amarillo de pequeños lunares blancos que se le pegaba a cada curva de forma suave pero reveladora. Suerte que fuera a traerle algo de beber, porque se le había secado

la garganta.

Luz metió la cabeza en la nevera para buscar alguna cosa que ofrecerle. Y para aliviar el rubor que le hacía arder el rostro. Por un momento le había parecido entender que él esperaba que lo besara como lo había hecho él aquel día, de forma impetuosa e inesperada. Y ella... Ella había estado a punto de hacerlo.

Lo había echado de menos. Ni miles de kilómetros de distancia, ni unas vacaciones de lo más divertidas habían logrado apartarlo de su mente. Y por si fuera poco, él le regalaba aquel recibimiento. Nadie, jamás, había hecho algo semejante por ella.

Las piernas aún le temblaban cuando regresó con dos grandes vasos de zumo de piña.

—Gracias. —Juan aceptó uno y le dio un buen trago—. Estás muy poco morena para haber estado en Cuba —observó, fijando la vista en el leve tono rosado de sus hombros.

—Me cuesta coger color. Y soy muy de sombrilla. Lo poco que me bronceo suele ser en el agua.

—El toldo ha sido buena idea en ese caso. —Comentó, recostándose y mirando al frente. Su vista había pasado de los hombros al cuello, después al escote, descubriendo un lunar que nunca antes había tenido la oportunidad de vislumbrar.

—Maravillosa —secundó ella—. Como todo lo demás.

—En la mesa quedarás cubierta por las ramas del magnolio chino casi todo el día. —Juan habló con la mirada puesta en el horizonte, echando mano de la lista de instrucciones que tenía en mente—. A ciertas horas no. Si quieres una sombrilla, se puede mover la mesa de sitio, si no chocará con las ramas bajas.

Habría podido escoger cualquiera de los árboles del vivero donde había seleccionado las flores para los parterres y la espaldera de un lateral de la casa. Muchos ya habían florecido. Pero el magnolio chino que había plantado en su propio jardín hacía unos pocos meses estaba radiante. Coincidió además

que lo había adquirido la misma semana en que la había conocido a ella. Le había parecido algo simbólico, especial. Así que ese había sido el elegido. Detalle que, quizás un día, se atreviera a contarle.

—No, así está perfecto. Es precioso. ¡Vaya flores! Más que perfecto. Es demasiado, Juan. Esto es...

—Te dije que te compensaría —se adelantó a cualquier rechazo por su parte. Se giró para mirarla y se aseguró de no apartar la vista de sus ojos. «Zona segura», habría afirmado. Sin embargo, el brillo de estos le hizo palpar el corazón con fuerza—. Tu jardín me ha hablado por sí solo, me ha dicho lo que necesitaba, lo que le gustaría ser. Me ha ayudado a imaginar lo que te gustaría a ti. Ha sido un placer. Me encantan los proyectos en los que tengo libertad. Por cierto, perdón por el allanamiento de morada —se disculpó, porque tal vez se había tomado excesivas confianzas—. Aunque técnicamente, no he entrado en tu casa. De hecho, hay una cosa que falta y que tengo que hacer dentro.

—¿Más? Pero si esto ya te ha tenido que costar un dineral —razonó, abarcando todo el jardín con un gesto circular de sus brazos—. Por no mencionar el tiempo que te habrá llevado y que sé que no te sobra.

—No ha sido tanto tiempo, apenas has estado fuera nueve días.

A Luz le impactó la sorprendente exactitud con que él había calculado su ausencia. Él echó un brazo por detrás del respaldo para poder girarse del todo hacia ella, quien se sintió empequeñecer bajo su imponente presencia, más aún cuando achicó los ojos y le habló con vehemencia.

—Esto no me ha costado ni una ínfima parte de lo que tú me has conseguido ahorrar. He repartido parte del descuento con el cliente, no me ha parecido ético no hacerlo. He pagado las nóminas a tiempo, y voy a poder pagar las siguientes también. Aun así, me ha quedado margen para otras cosillas, incluido tu jardín.

—Vaya...

—Aunque en tan poco tiempo, solo he podido centrarme en la parte

delantera. Tengo algunos bocetos para una zona más privada, fuera de la vista de los viandantes, en la parte trasera de la casa. Te los traeré un día, si estás interesada en terminar el proyecto.

—Me encantaría. Pero esa parte te la pagaré.

—Ya hablaremos de eso.

—Juan...

—Toma. —Le entregó un mando y cortó su protesta—. El panel de control lo instalaré junto a la puerta de entrada. Es muy pequeño. —Señaló una cajita que ella no había visto que llevaba junto a la bolsa de los cojines—. Cuando se oculte el sol del todo, pulsa aquí.

El leve roce de su mano cuando le indicó el botón que debía pulsar, le provocó un escalofrío.

—¿No puedo pulsarlo ya? —solicitó.

—No. Tiene que haber oscuridad.

—Pero no puedo esperar.

Aquellas prisas lo hicieron reír y le provocaron una dolorosa ternura.

—Claro que puedes. —Impulsó el balancín con fuerza y ambos se columpiaron como niños—. Cuéntame qué tal en Cuba.

—Calor, música, turistas y cubanos. ¿Puedo darle ya?

—No.

Luz gruñó por lo bajo.

—¿Qué tal tu hermana?

—Estable.

—Me alegro mucho. ¿Alguna noticia de Álex?

—Él está sano y salvo. Pero sin novedades por el momento.

—Vaya. Confíemos en que esté a punto de lograrlo.

—Sí, confíemos. —Suspiró, sin mucha convicción. Cambió de tema para no estropear el momento—. ¿Qué tal Lidia?

—Enamorada de Cuba. No quería volver —le informó con tono resignado.

—Pero ha vuelto —imaginó él.

—Porque yo la he obligado. —Luz frenó el balanceo con ambos pies—. ¿Ya?

—No. —Juan retomó el movimiento del columpio—. ¿Ha conocido a algún cubano que le hiciera querer quedarse?

—Varios. Cada día. Y cada noche —matizó con claro hastío, cosa que reconfortó a Juan. De alguna manera, implicaba que ella no había conocido a nadie que le interesara—. Yo creo que ya está un poco oscuro.

—Aún no. ¿Desde cuándo eres así de impaciente?

—Desde que tengo un jardín de cuento.

Él la miró entre el reproche y la diversión. Ella le regaló una sonrisa cargada de ilusión que lo llenó de algo puro y gratificante.

—Si quieres cambiar algo, añadir o quitar lo que sea, hazlo con total libertad. O dímelo y lo haré yo.

—¿Qué iba a querer cambiar? Aunque bueno... —El tono exultante se volvió algo cohibido de repente—. Hay una cosilla, solo una, que preferiría que desapareciera. Por completo.

Juan miró alrededor y se preguntó en qué podría haber metido la pata hasta ese punto.

—No se me ocurre qué puede ser —admitió.

—¿No?

—Ni idea.

—La rana.

Él parpadeó repetidas veces.

—¿Qué rana?

—La que juega con las carpas en la fuente.

Una sonrisa se fue dibujando con lentitud en su rostro hasta mostrar sus dientes.

—Yo no he puesto ninguna rana en la fuente.

El gesto de Luz fue de auténtico horror.

—¿Qué? ¿No has sido tú? ¿Así que es una rana salvaje?

La sonrisa de Juan se convirtió en risotada.

—Si con salvaje te refieres a autóctona, de los humedales que hay por la zona, imagino que sí.

—Oh, Dios... —Luz dobló las rodillas y subió ambas piernas al asiento, aumentando las carcajadas de Juan.

—No pasa nada, se irá sola cuando se aburra o tenga hambre. No creo que decida instalarse aquí.

—¿Seguro?

—¿Quieres que la saque?

Ella asintió de forma enérgica y ambos caminaron hasta la fuente, ella a dos pasos de él. Juan inspeccionó el interior y los alrededores.

—No está. Ya se habrá ido. Si has gritado, se habrá asustado.

—No he gritado, listillo. —Le hizo un gesto de burla, sacándole la lengua—. Solo me he... sobresaltado.

—¿Antes o después de leer la inscripción?

—¿Inscripción? —La buscó con la mirada. La halló en el centro de la copa de piedra—. *In vino veritas, in aqua sanitas* —leyó, y acto seguido la tradujo del latín—. En el vino está la verdad, en el agua la salud.

—Qué listilla —emuló su burlón apelativo—. Eso es lo que venía ya escrito cuando encontré la fuente. Me recordó a la de la plaza, junto al restaurante en el que cenamos aquella noche. Como mencionaste que te gustaba, supe que era la que tenía que estar aquí —explicó, sintiéndose observado de forma intensa. Lo invadió una urgente necesidad de esquivar su mirada y giró hasta el otro lado de la fuente—. Aunque al texto le faltaba algo, y pedí que completaran la inscripción, para personalizarla para ti.

Luz caminó hasta donde él estaba. En el lado contrario de la copa había una segunda frase. La leyó en voz alta mientras se llevaba una mano a la garganta.

—En el chocolate está la felicidad.

—Lo podría haber traducido al latín, pero tú lo dijiste en español, y así quise que estuviera. Desde que te oí decir esa frase, supe que debía estar

tallada en pi... piedra.

A Juan se le entrecortó la voz y acabó en un susurro. Había vuelto a mirarla de forma automática, descubriendo que ella lo observaba con los ojos achicados y la cabeza algo inclinada hacia un lado.

Pretendía haber seguido hablando, explicarle que debía darle de comer a las carpas una sola vez al día, que el agua se filtraba sola, pero que cada cierto tiempo debería vaciar la fuente para limpiarla en profundidad. No pudo añadir ni una palabra más. Ella se le estaba acercando con aquella mirada cargada de intención.

No dijo nada. Sencillamente, tomó su cara entre ambas manos y lo besó en los labios. No fue un beso impetuoso como el que él le diera una vez. Fue suave, aunque directo. Sin opción a escapar, pero no por la fuerza empleada, sino por la inmensa ternura. Duró varios segundos, solo unos labios suaves contra los suyos, que se habían quedado inmóviles a merced de los de ella.

No obstante, si Luz no se hubiera apartado, tal vez sus manos la habrían aferrado y pegado contra él. Tal vez la estupefacción inicial se habría esfumado para dar rienda suelta a una respuesta que ya le vibraba bajo la piel.

Nada más cruzar sus miradas, un resplandor que emergía del suelo los iluminó en tonos verdes, envolviéndolos en un ambiente boscoso, a pesar de la ya tenue luz del día.

—Yo no he tocado nada —alegó Luz.

«Eso es lo que tú crees», pensó con ironía Juan, con el corazón desbocado.

—De verdad, el mando está en el columpio— aseguró al notar la extraña mirada de él.

—Debí de dejar los sensores conectados.

«Todos», pensó para sí, aún irónico. Los suyos propios también. La había sentido en cada poro de su piel. Incluso más adentro, a un nivel tan profundo que, podía asegurar, había alcanzado cotas desconocidas para él.

—Ahora es un cuento de verdad.

Luz caminó por el sendero, girando sobre sí misma, admirando el efecto de

la iluminación. «Como la protagonista de su propio cuento», barruntó él, embebido de su imagen y sus movimientos.

Otra imagen de ella, en otro sendero, el de una fotografía, se plantó en su cerebro. Estuvo a punto de tomarla de la mano. La tentación de pedirle que le permitiera caminar con ella el resto de sus vidas lo apremiaba y lo aterraba a partes iguales.

—Quiero que subas al primer piso y te asomes a alguna de las ventanas —se oyó decir de pronto—. Así podrás decirme si las luces indirectas están bien enfocadas. Hay cosas que hay que ver desde las alturas.

—Entra y decide por ti mismo —propuso ella.

—No. —Mejor no entrar en tu casa ahora mismo, se dijo, inquieto y confundido—. Mejor tú me dices y yo las voy moviendo desde aquí. Además, es a ti a quien le tiene que gustar.

—Como quieras. ¿Cómo sabré qué está bien o mal?

—Tienen que iluminar los elementos, la mesa, el árbol, el balancín. Todo de forma que se vean con claridad pero sin estar demasiado iluminados, debe ser una luz tenue e indirecta. Dime también si las del camino se ven paralelas, alguna puede estar descentrada.

Desde la ventana de su dormitorio, le dio un par de indicaciones en la línea que él le había explicado. Al finalizar, Juan le indicó que iba a instalar el panel de control y ella bajó de nuevo.

—Puedes cambiar el color de las luces. El verde es solo el que yo he considerado más apropiado. Pero lo hay azul, rosa, amarillo y blanco. ¿Quieres probar?

Ella manipuló un poco los botones y atendió sus explicaciones sobre cómo temporizar el apagado nocturno, cómo conectar y desconectar los sensores de oscuridad y de movimiento y cómo cambiar los colores. Estuvo de acuerdo con él en que el verde era muy bonito, pero quiso comprobar en el propio jardín cómo quedaba cada uno de los otros.

—Eres un artista.

—Gracias. Pero insisto en que no te cortes en añadir o quitar cualquier cosa. Es tu jardín, haz lo que quieras en él, no me voy a ofender.

—No quiero nada de eso. Solo quiero quedarme aquí un poco más. ¿Puedes o tienes que irte ya? —pregunto, incluyéndolo en su deseo.

—Puedo —resolvió de inmediato. Hacía rato que el cansancio acumulado había desaparecido.

De nuevo codo con codo en el balancín, inmersos en un cómodo silencio, escucharon el cantar de los grillos, el ulular de una lechuza, el movimiento de las ramas mecidas por el viento. Y el tronar de un motor que resonaba en la carretera.

Una brillante moto azul y plateada se detuvo ante la puerta del jardín. De ella descendió un joven que se quitó el casco y les sonrió mientras se peinaba su largo flequillo.

—¿Y esa moto, tío? —Juan se levantó de un salto, seguido por Luz.

—¿Te gusta? Es la Aprilia que quería, exactamente esta.

—Me encanta. —Se acercó para inspeccionarla de cerca—. Ya me dejarás darme una vuelta.

—Cuando quieras —aceptó sin miramientos—. Mis padres han puesto la cantidad que me faltaba para comprarla. Han dicho que he demostrado ser responsable trabajando sin descuidar mis estudios y que me lo he ganado —anunció con claro orgullo.

—¿Os conocéis? —Luz los miraba perpleja.

—Todo esto ha estado listo a tiempo gracias a la inestimable ayuda de mi joven aprendiz. Ayuda remunerada —matizó—. Me descubrió metido en la faena y vino a pedirme explicaciones.

—Y salí de aquí con un curro —añadió David—. Me pareció una idea guay, lo del regalo para ti, y no llamé a la poli.

—Muy considerado por tu parte. —La mirada de agradecimiento que Luz le dirigía a Juan decía lo importante que era para ella aquel muchacho.

—Tío, lo de las luces ha quedado total. —David se metió en el jardín con

confianza, fijándose en las bombillas con ojo crítico. Después miró el conjunto y asintió satisfecho—. Es en plan... película, o sueño. Tengo que hacer una foto. O mejor, hacérosla a vosotros.

Sacó su móvil de un bolsillo de su pantalón y les indicó que se juntaran más, en varias ocasiones, hasta que el brazo de Juan rodeó la cintura de Luz y la atrajo hacia sí con un leve tirón.

David les sacó varias fotos desde diferentes ángulos y después hizo un vídeo girando trescientos sesenta grados para abarcarlo todo.

—Dejadme que os haga yo también una a vosotros dos —solicitó Luz, sacando el móvil del bolso—. Al fin y al cabo, sois los artífices de todo esto.

David le indicó qué filtros utilizar para que se les viera bien con tan poca luz e hizo un par de fotos de prueba.

—¡Eh! ¿Tienes alguna de Lidia en bikini?

—Anda, tira para allá.

Luz le arrancó el móvil de las manos y lo empujó hacia donde se encontraba Juan.

—¿Pero tú no estabas loquito por esa chica de tu clase? —lo reprendió este.

—Estefanía —apuntó Luz, que había oído a Juan—. Poneros más a la derecha.

—Y lo estoy. Vengo de acompañarla a casa y todo.

—Vaya, qué efectiva ha sido la moto en un solo día —murmuró Luz mientras encuadraba mejor la imagen.

—Ya le había dicho ayer para acompañarla a casa, antes de saber que iba a tener la moto, y ya me dijo que sí. Como me aconsejaste tú —añadió más bajito, para que esta última frase no la oyera Luz—. Así que ya sé que está pillada por mí, no solo le interesa mi moto.

El chaval le había contado su vida en verso, era de no callar ni debajo del agua. Juan le había escuchado con atención y aconsejado como lo había hecho siempre con sus amigos, aunque enfocándolo como si se tratara de Carla. Era muy joven, no podía olvidar ese detalle.

Cuando le había dicho que no se atrevía a decirle nada a una chica que lo tenía loco, y que uno de los motivos por los que quería la moto era para tener más posibilidades de que se fijara en él, ya que gran parte de sus amigos tenía una, Juan no lo dudó. Lo animó a que le dijera lo que sentía sin más aval que él mismo. Si a una chica solo le interesaba por lo que tenía y no por lo que era, no merecía la pena.

—Así que acabas de estar con Estefanía, ¿y quieres ver fotos en bikini de otra?

—Joder, es que es Lidia —argumentó David, abriendo mucho los ojos y dibujando una silueta con ambas manos—. Soy humano.

—Ya, yo también tuve dieciocho años —comprendió Juan, riendo sin poder evitarlo—. Pero asegúrate de que Estefanía no te oye comentarios como ese, ni te descubre mirando fotos en bikini de otras.

—Lo tendré en cuenta.

—Te merecerías una buena colleja —le advirtió Luz, que ya caminaba hacia ellos. Había escuchado más de lo que creían—. Pero como has participado en esta maravilla, por esta vez te libras.

—Tengo que irme. O mis padres pensarán que he tenido un accidente el primer día —se apresuró a decirles con sonrisa inocente mientras se alejaba—. Nos pasamos las fotos, ¿vale?

—Vale. Y gracias, David —añadió Luz mientras lo despedía con la mano.

—Pasadlo bien, parejita. —La pulla quedó amortiguada por el sonido del motor al arrancar, por lo que ninguno de los dos aludidos supo si el otro había oído sus palabras.

Luz se volvió hacia Juan y lo miró con ojos vidriosos.

—Has hecho algo increíble por ese chico.

A Juan le sorprendió notarla así de emocionada de pronto.

—No es para tanto. Necesitaba un poco de ayuda y él apareció para cortar tu césped.

—Es más que eso. Le has dado seguridad en sí mismo. Lleva años

hablándome de Estefanía. Casi desde que lo conozco —le explicó mientras volvía a sentarse en el columpio. Juan la imitó—. Se juntó con malas compañías. Este es un pueblo estupendo, pero también tuvimos algunos episodios de delincuencia juvenil. David se metió en un par de líos. Al padre Andrés y a mí se nos ocurrió apartarlo de esa gente haciéndolo trabajar. Primero para mí, luego para los demás vecinos. Si tenía que madrugar cada domingo, los sábados estaba a su hora en casa. Y no se juntaba con aquellos maleantes.

—Buena estrategia.

—Era muy joven, muy influenciable. Sus padres hacían lo que podían, pero trabajaban a turnos, a veces de noche. No era fácil controlar si salía.

—Pero se redimió —comprendió Juan.

—Sí. Es un chico fantástico. Solo necesitaba una oportunidad. Repitió un curso, se descolgó de sus amigos de siempre, y eso no ayudó. Pero míralo ahora. —La sonrisa volvió a su rostro.

—Dispuesto a comerse el mundo.

—De una buena acción, sale otra igual de buena o mejor. —Al ver que él la miraba con el ceño fruncido, se echó a reír—. ¿Ta ha gustado la frase? Podemos tallarla en piedra también, porque ha quedado demostrado que es totalmente cierta.

—Me ha sonado como una versión muy tuya de una de las leyes de Newton —bromeó—. Y él nunca tuvo las suyas talladas en piedra, que yo sepa.

—Seguro que tampoco tuvo un magnolio chino.

—No. —La risa de ella era contagiosa, al igual que retomar de nuevo el excelente buen humor—. Creo que era un manzano.

—Ni remotamente comparable.

Las luces se apagaron de repente. El temporizador debía de estar programado de serie, porque Juan no lo había hecho aún.

—Hora de irse a casa. —Juan se levantó del columpio. Era tarde, y al día siguiente trabajaba. Imaginaba que ella también—. Estarás agotada.

—No sé si podré dormir mucho, con eso del *jet lag*. Igual me quedo aquí esta noche.

—¿No vas a entrar? ¿Ni a cenar?

—Hambre sí que tengo, la verdad.

Se incorporó y, en la oscuridad del jardín, dio un paso hacia él.

—¿Hasta el viernes, a la hora de siempre?

—Sí.

—Buenas noches, Juan. Gracias por todo.

—De nada. Buenas noches.

La respiración de ambos podía escucharse en el silencio de la noche. Juan notó la suya irregular, y la de ella no lo parecía menos. Pero no era capaz de moverse.

Cuando ella se giró y se marchó por el sendero, se preguntó a sí mismo cómo podía andar dando sabios consejos a un muchacho y después ser un torpe en sus propios asuntos.

Tal vez, comprendió cuando se encaminaba hacia su vehículo, se debiera a que con treinta y cinco años no se podía andar jugando como a los dieciocho. Él ya había aprendido muchas cosas, cometido muchos errores. Y no quería cometer ni uno más. Menos aún con ella. Cuando diera un paso, no sería en falso, sino en firme.

Capítulo 19

Poco después de las diez de la noche, Luz se acomodó en su cama con un mullido cojín a su espalda y abrió con ceremonia la última novela de terror que Loreta le había vendido en su librería. «Esta te va a poner de punta hasta los pelos de la nariz», le había dicho entre risas hacía un par de semanas.

Como su límite de lectura simultánea estaba en tres libros, había tenido que esperar a terminar uno de los que tenía empezados para poder hincarle el diente a aquella prometedora historia repleta de suspense y sustos inesperados que la hicieran gritar en la paz de su cuarto. Lidia la tildaba de masoquista, porque era cierto que a veces se dejaba llevar tanto por la trama que tenía que dormir con la luz encendida. Pero aquella adrenalina le hacía sentir viva, y afortunada por estarlo.

Que fuera una noche tormentosa era una ambientación más que perfecta. Aquella misma intensa lluvia había contribuido a que su cita de esa tarde — con Juan, como cada viernes— se hubiera adelantado y, por lo tanto, su jornada hubiera concluido también antes de lo habitual, permitiéndole marcharse pronto a la cama a disfrutar de uno de sus pasatiempos favoritos.

Juan había mandado a su equipo para casa a primera hora de la tarde, ya que la lluvia no les permitía avanzar a la hora de convertir los terrenos que hasta entonces eran dos zonas ajardinadas diferentes en una única campa apta para organizar cualquier tipo de evento. Como una boda. Para el lunes se pronosticaba un sol radiante, por lo que habían dejado para la semana

siguiente esas tareas.

Así se lo había explicado él tras presentarse en su tienda casi una hora antes de lo habitual, después de haberse pasado una hora nadando, ya duchado y con ropa limpia. Luz aún retenía su aroma en la nariz. No sabía si era perfume, *after shave*, desodorante o el propio gel de ducha. Solo sabía que le encantaba y que flotaba en el ambiente incluso cuando él ya se había marchado.

Por suerte, ella no tenía ningún otro compromiso ese día, así que habían revisado la lista de invitados y comenzado a organizarlos por mesas, tarea siempre complicada y más aún cuando no eran los novios los que la hacían. A pesar del encaje de bolillos al que habían tenido que hacer frente, la tarde había sido muy agradable. Como siempre. Y como muchas otras veces, a Luz se le había roto un poquito el corazón cuando él se había levantado de su asiento diciendo algo tan frío como: «hasta aquí por hoy», «creo que ya hemos cumplido por el momento» o «me marchó ya, que tengas un buen fin de semana», así, a secas.

Ella siempre le daba recuerdos para su hermana, pues sabía que si no era el sábado sería el domingo cuando la fuera a visitar. Esa tarde en concreto, ella le había dicho con total convicción que tener ya las mesas organizadas le iba a hacer tanta ilusión a Carla que —en cuanto viera el plano que ambos habían diseñado sobre el fantástico dibujo que Juan había hecho del lugar donde tendría lugar el convite— se sentiría tan dichosa que se le olvidaría la última sesión de radioterapia que, según le había dicho Juan, había tenido esa mañana. Una sesión especialmente dolorosa.

No habían hablado mucho más de aquello. Luz no había querido ahondar en el sufrimiento de Carla, ni en el de él, que la había acompañado a la sesión y había podido ver con sus propios ojos lo machacada que la había dejado. Quiso que borrara de su mente el sufrimiento que aquel tratamiento suponía para poner ante sus ojos el fin de este: unos malos ratos eran el precio que había que pagar por curarse. Un sacrificio en pos de un resultado que valdría la pena. Porque se iba a curar, ella estaba convencida.

Así se lo había dicho, con total certeza, mientras le cogía la mano insuflándole ánimo en aquel contacto. Él la había mirado como si con el simple hecho de que aquellas palabras salieran de su boca, aquel augurio fuera a cumplirse.

Ese había sido un momento muy íntimo que Luz aún no sabía muy bien cómo interpretar. Se había sentido tan cercana a él, a su alma, lo había visto tan vulnerable, tan dispuesto a abrirse. Y de pronto, se había levantado y había soltado una de sus frases de cliente distante. Se había marchado de forma precipitada, y toda sensación de conexión se había esfumado de golpe.

Luz se había prometido no darle vueltas al asunto, pero no había podido pensar en otra cosa mientras recogía la tienda para cerrar, mientras hacía la cena ni mientras cenaba. Y ahora, con el libro que tanto había deseado empezar a leer abierto por la página de la dedicatoria, seguía pensando en ello. ¿Acaso la conexión que sentía crecer más y más entre ambos era solo visible para ella? ¿O era precisamente el hecho de que él también la viera lo que le hacía rechazarla?

Atascada en un callejón sin salida, se obligó a dejar a un lado a Juan y su frustrante comportamiento y se dispuso a sumergirse de lleno en la terrorífica historia que la aguardaba.

Dos horas más tarde, la estruendosa tormenta y la novela estaban en su mayor apogeo. Luz devoraba las páginas y temblaba con cada nuevo trueno, encantada y aterrorizada al mismo tiempo. Cuando le pareció escuchar al otro lado de la ventana la voz del niño de ojos en blanco que pretendía entrar en el coche averiado en la cuneta de los protagonistas de la historia, sintió un escalofrío que le erizó hasta el vello de la nuca.

El niño susurraba una especie de cántico infantil de lo más inquietante, sin embargo, lo que escuchaba Luz era otra cosa. No era una canción, sino más bien una frase que se repetía una y otra vez. Y la voz ya no le parecía la de un

niño, era la de un hombre adulto.

Dijiste... creí.

Sí, eso oía. Las palabras del medio no las entendía, pero estaba segura de que aquella voz no era producto de su imaginación. Cerró el libro, se levantó y subió la persiana.

Ninguno de los temblores que le había podido provocar cualquiera de las escenas de la novela fue siquiera comparable con el impacto que sufrió al ver a Juan de rodillas en el césped de su jardín, hundido en agua y gritando desconsolado.

—¡Dijiste que se curaría! ¡Y yo te creí!

La luz de los faros de su coche, cuyas ruedas delanteras estaban sobre la valla blanca hundida en el barro, lo iluminaban como los focos del escenario de un teatro en el que Juan era un actor que simulaba pasar por un infierno. Solo que aquello era la vida real y Juan no simulaba nada. Su infierno era tan auténtico como el que ella había pasado hacía ocho años, comprendió mientras corría escalera abajo y se calzaba unas botas a trompicones. Se echó una gabardina con gorro sobre el cuerpo y se lanzó a la calle entre chapoteos y jadeos.

Tuvo que hacer uso de todas sus fuerzas para levantarlo del suelo. Él parecía haberlas perdido todas, y las rodillas atrapadas en el barro no le facilitaban la labor de incorporarlo. Logró finalmente echar uno de sus pesados brazos sobre sus hombros y cargar contra su cuerpo de un empujón el peso muerto que era Juan.

El intenso olor a *whisky* la mareó en cuanto lo tuvo sobre ella. Ignoró el vuelco que dio su estómago y arrastró a Juan hasta el interior de la casa, sin pensar, sin hablar, concentrándose única y exclusivamente en meterlo dentro y, una vez allí, idear en el siguiente paso a dar.

Se deshizo de la gabardina anegada y de las botas en el recibidor e hizo lo mismo con las zapatillas de lona llenas de barro que calzaba él. Los calcetines fueron más difíciles de quitar, pero no llegaron en sus pies al salón, donde Luz

pretendía seguir despojando a Juan de aquella ropa helada.

—Vas a quitarte esto antes de que cojas una neumonía. Y después, solo después, vas a contarme qué ha pasado —le dijo sin ser capaz de mirarlo a la cara, sucia y llorosa.

—Dijiste que se curaría —repitió él, negando con la cabeza.

—Juan —lo interrumpió, no queriendo escuchar lo mismo una vez más, mientras le sacaba la camiseta por la cabeza—. Has bebido, mucho, y has conducido hasta aquí. Podrías haberte matado, o haber matado a alguien.

—No hay nadie muerto —soltó él con voz fría. El corazón de Luz se detuvo por un instante—. Pero puede que pronto lo haya. Carla está en la UCI. Ha tenido una crisis. La peor desde que enfermó. Puede que muera esta noche y ni siquiera me dejan estar con ella.

Luz lo vio temblar y abrazarse a sí mismo, con el torso desnudo, la mirada ausente, los ojos de un hombre desesperado y borracho.

—Saldrá de esta. —Luz pronunció las palabras sin titubear y continuó su labor de desvestirlo para que no enfermara—. Saldrá de esta —repitió mientras le desabrochaba los vaqueros.

—Deja de decirlo o volveré a creerte —susurró con voz lastimera.

—Es lo que pienso. Y si te lo digo, es para que me creas.

Estaba bajándole los pantalones por las caderas cuando se sintió aferrada por los brazos y una boca con un intenso sabor a *whisky* invadió la suya de forma feroz.

No fue un beso agradable en ningún sentido. Luz tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para apartar a Juan empujándolo por el pecho.

—No —logró decir cuando liberó sus labios por fin. Lo miró a los ojos y supo que él vio miedo en los de ella cuando el gesto le mudó—. Así no —declaró apenas sin voz, dando un paso hacia atrás.

La expresión de Juan fue de absoluto asco por sí mismo. Miró alrededor, la miró a ella, y luego se miró, medio desnudo, y cerró los ojos con vergüenza.

Se apresuró a abrocharse los pantalones mientras farfullaba disculpas hacia

Luz e improperios referidos a sí mismo. Cuando fue a ponerse la camiseta empapada que estaba tirada en el suelo, Luz le sostuvo el brazo.

—No estás en condiciones de ir a ningún sitio, menos aún en coche. Date una ducha, duerme aquí. Mañana será otro día.

—Mañana a las ocho tengo que estar en la UCI. De ocho a nueve es el horario de visitas. Eso si mi hermana sobrevive a esta noche.

Con la camiseta en la mano, aún descalzo, se dispuso a caminar hacia la salida. Luz se cruzó en su camino.

—Yo te despertaré a las siete. Tú no serías capaz ni de poner un despertador ahora mismo. Y no vas a ser capaz de pasar la noche en vela. Para eso te has emborrachado, ¿no? Para no ser capaz de hacer nada, ni siquiera pensar, solo beber y olvidar. Conozco la sensación, créeme.

Él se detuvo y la miró sin pestañear, si bien su cuerpo se tambaleaba un poco por el alcohol y por el frío.

—Deberías echarme a patadas de tu casa.

—Sé muy bien lo que tengo que hacer ahora mismo, y no es echar de mi casa a un amigo que necesita mi ayuda. Mi consuelo —añadió con voz menos firme, comprendiendo que esto último era lo que él necesitaba desesperadamente—. Aunque ese amigo haya confundido el modo en que podía ser consolado.

Lo vio tragar saliva e inspirar con fuerza. La vergüenza lo atormentaba. Otro demonio al que hacer frente.

—Perdona. No sé por qué lo he hecho. No tendría que haber venido. No sé...

—Además, eres un peligro al volante en estos momentos —lo interrumpió, ignorando lo que decía—. Has derribado mi valla nueva.

—La arreglaré —musitó él, cabizbajo.

—Sí, sí que lo harás. Pero no ahora. Estás temblando. Ven, sube a ducharte. Por favor.

Luz comenzó a subir la escalera y Juan la siguió poco después. Ella encendió la ducha y lo instó a entrar.

—Te traeré ropa seca y dormirás en el cuarto de invitados. La cama ya está

hecha —señaló la puerta más cercana a la del baño—. Deja el resto de tu ropa en el pasillo para que pueda lavarla.

Salió sin decir nada más y Juan la vio marchar con una angustiosa mezcla de sentimientos fundiéndose en su estómago con el ardor que le producía una cantidad de alcohol a la que no estaba acostumbrado.

La ducha caliente lo despejó un poco y le sacó el frío de los huesos. Cuando salió, envuelto en una toalla esponjosa, se dirigió al cuarto que ella le había indicado. Sobre la cama había un conjunto de ropa interior blanca, camiseta y calzoncillo, que parecía nuevo, y un pantalón corto de deporte algo desgastado.

Antes de poder decidirse a quitarse la agradable toalla, Luz apareció en el umbral.

—El pantalón es de mi padre. Cuando viene a visitarme con mi madre suele salir a caminar por la playa. Como en Madrid no hace nada de deporte, lo deja aquí. Supongo que te quedará algo flojo, pero para dormir, servirá.

—Gracias.

—La ropa interior es del muestrario de noche de bodas de la tienda. Está nueva, y creo que es tu talla. Toma. —Dejó sobre la mesilla una taza humeante que desprendía olor a hierbas—. Bébetelo antes de dormir. Te sentará bien.

—Gracias, pero no creo que pueda tragar nada ahora mismo.

—Inténtalo. Y luego descansa. Te despertaré a las siete.

—Luz. —Esperó a que ella lo mirara. No lo había hecho desde que había entrado—. Lo siento.

—Lo sé. Yo también.

Intentó despertarlo a las siete menos diez, pero fue como tratar de hacer que un oso saliera de su estado de hibernación. Ni siquiera dejó de roncar cuando lo hizo rodar sobre la cama y lo puso boca arriba. Estuvo tentada a empujarlo

un poco más para que cayera al suelo, pero la cama era muy alta, y temía desnucarlo. Además, no creía que ni siquiera el golpe fuera a despertarlo.

Esperó unos minutos y volvió a intentarlo, con luz, con música, con palmaditas en la cara, luego tortas. A las siete y cuarto se dio por vencida.

Cogió su móvil —el mismo que había sacado del bolsillo de su pantalón hundido en agua y que, por suerte, había quedado protegido por la funda de cuero—, probó con varios de los dedos inertes de Juan hasta que la huella dactilar de uno desbloqueó el aparato. Buscó el número del hospital.

Como ya imaginaba, no la iban a dejar entrar a ver a Carla. Solo las personas de una reducida lista podían visitarla en caso de encontrarse en la UCI. No quisieron decirle qué tal había pasado la noche, ni si había despertado. Ni siquiera si seguía viva, aunque esto último se sobrentendía de la insistencia del empleado en que alguna de las cuatro personas de aquel listado acudiera a la unidad de cuidados intensivos la siguiente hora de visita.

Dos de ellos no iban a poder ir, ni Juan ni Álex, así que solo le quedaban los nombres de pila de dos mujeres que, esperaba, figuraran en el listado de contactos del móvil de Juan.

Como recordaba que, en el plano de las mesas del convite, el nombre de Claudia iba en la mesa cuatro acompañado por el de su marido Antonio y sus gemelos de diez meses, decidió llamar a Olga, sin acompañante en la mesa seis.

Al no obtener respuesta de esta última, no tuvo más remedio que marcar el de Claudia, muy a su pesar, a las siete y veinte de la mañana de un sábado.

—¿Juan? —susurró una voz soñolienta tras cinco tonos.

—Hola, ¿Claudia? Soy Luz, una amiga de Carla y Juan. Perdona que te llame a estas horas.

—¿La misma Luz que está organizando su boda?

—Sí, la misma.

—¿Le ha pasado algo a Juan? —dedujo con voz alarmada.

—Sí, pero nada grave. Solo está... indispuesto. Por eso te llamo. Verás,

Carla está en la UCI, ayer tuvo una crisis.

—¿Cómo? Oh, Dios mío, no.

—¿Qué pasa, cariño? —se oyó una voz masculina, algo pastosa.

—Carla está en la UCI —le respondió antes de volver a dirigirse a Luz—. ¿Sabes qué le ha pasado?

—No sé decirte nada más, porque en el hospital no me dan información, y ya me adelantan que aunque vaya no me dejarán entrar.

—Sí, son muy estrictos con eso. Yo puedo ir. Solo necesito darles de comer a los niños y...

—Eso esperaba. He llamado a Olga, pero no me ha cogido.

—Estará trabajando, no pasa nada. Vivo cerca del hospital, estaré allí a las ocho como un clavo.

—Genial. Gracias. Y por favor —se adelantó al percibir que iba a colgar ya—. Llámame en cuanto puedas. Al teléfono de Juan o al mío. Te doy un toque ahora para que guardes mi número.

—Sí, descuida. Gracias, muchas gracias por avisar. —Carraspeó y pareció dudar un momento—. Entiendo que estás con Juan ahora mismo, ¿verdad?

—Sí, pero... no se puede poner. ¿Quieres que le diga algo de tu parte?

—Sí. Dile que no puede emborracharse cada vez que su hermana empeora. Yo no voy a decírselo a Carla, pero si está despierta, al verme a mí y no a él, lo sabrá. Y eso la decepcionará.

—Imagino.

—Gracias por cuidar de él. Creo que hace demasiado tiempo que nadie lo hace —comentó con deliberada intención—. Hasta luego.

Con un nudo en la garganta, Luz se sentó en el borde de la cama donde Juan yacía desmadejado. Si no fuera por los fuertes ronquidos, las extremidades caídas de cualquier forma sobre el colchón lo harían pasar por un hombre más muerto que dormido. La idea le dolió en el pecho de forma aguda.

Le retiró el pelo de la frente y comprobó que, a pesar de estar transpirando, no parecía tener fiebre. Apagó de nuevo las luces, entornó la puerta sin

cerrarla —pues el aire viciado con olor a alcohol debía salir de aquellas cuatro paredes— y lo dejó descansar, parecía necesitarlo más que el aire que respiraba.

Capítulo 20

El olor a café se coló por sus fosas nasales y trajo a Juan de vuelta al mundo de los vivos. Carraspeó y luego tosió con fuerza. La garganta le dolía y tenía la lengua pastosa de dormir con la boca abierta. Habría roncado, mucho, aunque esperaba que no tan fuerte como para que ella lo hubiera oído desde su cama.

Un par de rayas de luz solar se filtraban por las rendijas de la persiana, por lo que Juan supo que eran más de las ocho. Era un hermano horrible. Aún más horrible que el dolor de cabeza que tenía en esos momentos y que apenas le permitía ponerse en pie. Pero la vejiga lo apremiaba a acudir al baño. Una vez concluida esa urgente prioridad, asumiría las consecuencias de sus actos y se enfrentaría a la realidad de lo que le hubiera sucedido a su hermana. La sola idea le cortaba la respiración.

Bajó las escaleras buscando la cocina y esperando encontrar allí a Luz, con un discurso bastante elaborado en su cabeza. Primero, la disculpa por lo de la noche anterior. Después, las gracias por portarse tan bien con él. Luego, otra disculpa por quedarse dormido. Y ya, al final, preguntar si sabía algo de su hermana o pedir que le dijera dónde estaba su móvil para averiguarlo él mismo.

La encontró donde esperaba, pero no como imaginaba. Estaba sentada en una banqueta alta frente a la isla de su amplia y moderna cocina. Tostadas, café, zumo y algo de un raro color verde en un vaso de tubo parecían estar

esperándolo, como ella. Pero ella no era una mujer que acababa de levantarse de la cama y desayunaba entre bostezos.

Luz vestía un vestido azul celeste de anchos tirantes y escote pronunciado. Imaginaba que era un vestido, porque sentada tras la isla, no veía más allá de su cintura. Pero el peinado, un recogido sencillo pero muy bonito, y el maquillaje, más cargado en los ojos y suave en los labios y mejillas, delataban que no pensaba quedarse en casa mucho rato.

—Buenos días —dijo ella al ver que él solo la miraba.

—Buenos días. Estás muy guapa.

—Gracias. Tengo una boda dentro de —miró el reloj de la pared— dos horas.

Juan siguió su mirada y comprobó que eran las once y media.

—Creí entenderte que nunca ibas a las bodas que organizabas.

—Suelo hacer excepciones si quien se casa es una amiga.

—Lógico —aceptó él, rascándose la barba—. Otro motivo más por el que disculparme. No te habré dejado dormir lo suficiente para estar descansada para la fiesta.

—Ya te disculpaste anoche, aunque puede que no te acuerdes.

—Para mi desgracia, me acuerdo de todo. Dios, o eso creo. —Se frotó los ojos—. No has conseguido despertarme, ¿verdad?

—Ha sido completamente imposible.

—Ya.

—Pero Claudia ha ido en tu lugar al hospital.

Al ver que los ojos se le abrían como platos, le contó lo de las llamadas de esa mañana. Todo excepto el recado que Claudia había dejado para él, ya se lo daría en otro momento en el que se sintiera menos machacado.

—¿Y ya te ha llamado? —se interesó de inmediato.

—Sí. Tu hermana está mejor. Está despierta. Y si pasa buena noche, mañana la volverán a llevar a su habitación en planta.

—Gracias a Dios —entonó con voz tomada.

Se apoyó en la isla, como si el cuerpo se le hubiera relajado de golpe.

Luz le dio unos segundos de respiro para que asimilara la buena noticia que le mejoraría el estado físico aún más que el brebaje que ella le había preparado.

—Toma, bebe esto. Te despejará la mente y el estómago.

—Tiene una pinta... repugnante— soltó sin poder evitarlo.

—Pero funciona, te lo aseguro.

Lo bebió con asco, pero entero. Ella ya le ofrecía una taza de café cuando dejó el vaso y sacó la lengua tratando de eliminar el sabor.

—Creo que necesito sentarme. Y otra ducha. —Dio un sorbo al delicioso café—. ¿De dónde ha salido esa bebida inmunda?

—Es un remedio casero. —Lo miró, más relajado, y decidió que ya estaba preparado para el mensaje de su hermana—. Carla ha mandado un recado para ti. Dice que hasta que no jures no volver a emborracharte por su causa, no quiere volver a verte.

—Está enfadada. —Bebió otro sorbo, esta vez más largo—. Se le pasará.

—Seguramente. Pero tú debes hacerle esa promesa. Y cumplirla.

La vehemencia con la que Luz le exigió aquello lo sorprendió.

—No suelo beber, más allá de unas cervezas de vez en cuando, algo de vino si como fuera de casa, nunca en horas de trabajo. Pero cuando mi hermana se pone peor... es la única de vía de escape que me viene a la mente.

—Lo entiendo perfectamente. Pero debes controlarte. Sino por ti, por ella.

Parecía estar dándole órdenes, sin embargo, de alguna forma, sonaba más a ruego que a exigencia. A ella le importaba, le importaba de verdad, lo que él hiciera, qué le ocurriera. El alivio que había empezado a sentir mermó de inmediato. Decepcionarla también a ella, hacerle daño con su cobarde y autodestructiva forma de comportarse, era más de lo que podía soportar en esos momentos.

—No debí venir. O debí hacerlo cuando lo pensé y no después de haber bebido. Venir fue el primer impulso. Pensé que bebiendo también aplacaría

eso. Está claro que no fue así.

La confesión flotó entre ellos mientras se miraban a los ojos en silencio. Ella estaba tan radiante, preciosa para una fiesta, y él era un despojo humano. Debía ser por su aspecto, tan miserable como su comportamiento, por lo que ella tenía esa triste sombra en la mirada. No obstante, sus últimas palabras habían avivado una chispa en sus ojos. Una especie de reconocimiento que le había provocado un escalofrío por debajo de aquellas prendas que ella le había prestado.

—Hemos creado algo —manifestó Luz, dejando su taza de café a un lado—, un vínculo. Podemos llamarlo amistad u otra cosa, pero para que sea real, debemos ser sinceros el uno con el otro.

«Cierto», pensó él. Y para que aquello fuera posible, primero debía ser sincero consigo mismo.

—No debí besarte anoche. Lo siento. Pero lo que más siento es haberlo hecho como lo hice, cuando lo hice, dadas las circunstancias. Ya había pensado en besarte antes, en más de una ocasión, y no solo como agradecimiento como aquella vez en la obra. Quiero que entiendas que lo que me empujó a hacerlo fue real, no una mera consecuencia de estar como una cuba.

—Te agradezco la sinceridad —murmuró con las mejillas arrojadas.

—Sin embargo, eso no es excusa para cómo me comporté, soy consciente de ello, créeme. En cambio, tú fuiste como no puedes evitar ser y me acogiste en tu casa, cuidaste de mí, te has encargado de que mi hermana no estuviera sola el poco rato que le dejan tener la compañía de gente que la quiere. Tienes mi más sincera gratitud. —Su voz era profunda y parecía recrearse en cada palabra que le dirigía. Luz se preguntó cómo podía expresar sus pensamientos y sentimientos de forma tan cruda como en esa ocasión y, en otras, ser tan distante como una piedra—. Y entiendo que ya he abusado de tu hospitalidad y comprensión, y debería marcharme ahora mismo.

—Nada de eso. —Fue tajante y rápida en manifestar su disconformidad—.

Puedes darte esa ducha que decías necesitar, pero acábate el café primero. Todo está bien.

—No, Luz, no puede estarlo. —Dejó el café con gesto cansado—. La he cagado y entiendo que prefieras no verme en... un tiempo.

—No será necesario. Todo está bien.

—No, no puede estar bien. —Ahora sonaba un poco irritado.

—Sí lo está. Lo está, ¿de acuerdo? —Al ver que se alteraba, Juan enmudeció y ella tuvo que levantarse para poder caminar por la cocina—. Has cometido un error, te has disculpado y yo te perdono. Así que las cosas están bien. Sé lo que es, lo que se siente, la impotencia, el deseo de olvidar... Lo sé de primera mano.

—Claro, perdona. —La realidad de su pérdida aterrizó sobre su cabeza como una losa—. Por un momento había olvidado por lo que pasaste. Aunque seguro que tú nunca caíste tan bajo como para...

—¿Cómo para qué? —le espetó, dando una sonora palmada sobre la encimera—. ¿Para beber hasta perder el sentido?

Ella se había quedado con el rostro girado hacia la puerta, como si no pudiera mirarlo a la cara.

—¿Lo hiciste? —Desde su asiento, Juan la veía de perfil. Su pecho, exuberante con aquella ropa, se alzaba y descendía al ritmo de su acelerada respiración. Sus pies, en cambio, estaban clavados al suelo de forma firme sobre unas altas sandalias que mostraban unas uñas carmesí, a juego con las de las manos que aferraban la parte baja y plisada de su vestido color cielo. Sintió tal impulso de ir a abrazarla que ya estaba de pie incluso antes de poder pensarlo—. ¿Luz? ¿Lo hiciste?

Ella giró el cuello al sentirlo aproximarse a su lado. Soltó su falda y cogió una de las manos de él para guiarlo hasta el salón. Él la siguió sin decir nada y se sentó donde le indicaba. Ella lo hizo a cierta distancia, con la espalda erguida, las piernas ladeadas, una postura forzada y nada suya. Aquella tensión no era propia de la Luz que él había conocido.

—Antes te he dicho que para que esto fuera real, debíamos ser sinceros. Ambos.

—Sí —admitió él, con cautela.

—Voy a contarte algo que no le he contado a nadie nunca. Nadie lo sabe, excepto una amiga que lo vivió parcialmente conmigo. De no ser así, ella tampoco tendría la menor idea de este episodio.

—Nada de lo que me digas saldrá de mis labios. Nunca.

—Después de que te lo cuente, no quiero volver a hablar de ello, así que te tomo la palabra.

—Es tuya. Te doy mi palabra.

Ella se quedó mirándolo, dudando por dónde empezar, dedujo Juan, aunque por un momento temió que fuera a echarse atrás.

—Los primeros días tras la muerte de Cristóbal estuve muy arropada. La familia, los amigos... Se agradecía el apoyo, aunque era bastante abrumador. Tuve que acabar pidiendo un poco de espacio. Al principio me lo dieron sin problema, pero al cabo de unas semanas, empezaron las exigencias.

—¿Exigencias? —La palabra chocó tanto a Juan que no pudo evitar intervenir, cuando se había dicho a sí mismo que la escucharía sin interrumpir su discurso.

—Mis padres y los de él eran amigos desde siempre, de ahí que incluso antes de iniciar nuestro noviazgo ya tuvieran previsto que trabajáramos en la empresa del padre de Cristóbal tras la universidad, tras los estudios que ellos nos habían elegido ya. Allí estuvimos jornadas de diez o doce horas al día, sábados incluidos, hasta que Cristóbal enfermó. Yo ahí bajé el ritmo, hasta pedir un permiso en la recta final que nadie se atrevió a negarme. Después de los días oficiales de duelo, yo me había planteado ampliar ese permiso, tomarme un periodo sabático, para pensar qué hacer con mi vida. Sin embargo, a ellos eso no les parecía buena idea. «Vuelve al trabajo», me decían, «eso te ayudará a no pensar, a no recrearte en el dolor». Me insistieron tanto que no tuve más remedio que reincorporarme a mi puesto. Y fue una mala decisión.

—No me extraña. No era la que tú habías tomado.

—El mismo lugar, donde había trabajado con él durante años. Un trabajo que ya sabía que no me llenaba, que había empezado a odiar incluso antes de que él enfermara. Así que en menos de un mes, lo dejé. Definitivamente. Renuncié. A mi suegro no le gustó, a mis padres no les gustó. Me llamaron desagradecida. Yo les llamé insensibles. Manipuladores. Y alguna cosa más que mejor ni mencionar. Les dejé claro a todos que era mi vida y que me dejaran vivirla. Sola. Con mis padres lo arreglé tiempo después. Con mi suegro nada volvió a ser lo mismo. Me acusó además de ser una mala influencia para Lidia, por animarla a esa locura del periodismo, cuando él quería incorporarla a sus filas. Además, ella se independizó y se vino a Valencia a estudiar la carrera para estar cerca de mí. Solo va a ver a su padre algún fin de semana y durante las vacaciones. Yo siempre le mando recuerdos con ella, pero Lidia nunca los trae de vuelta.

—Pues que le den —concluyó Juan con tono despectivo.

—No creas que no lo he pensado así más de una vez. —Sonrió levemente por el ímpetu de su reacción—. Pero él también perdió a su hijo, también sufrió. A nivel profesional, perdió a dos de sus mejores asesores de golpe. Y su trabajo es algo que le importa casi más que su familia. Cuando él enviudó estuvo allí dos días después, al pie del cañón.

—Me da igual. Cada uno es libre de elegir cómo quiere vivir, en qué trabajar. Y cuándo. —Él sabía bastante de eso.

—Yo estuve mucho tiempo sin trabajar. Y sin hacer nada productivo. Iba a la biblioteca, para estar acompañada pero rodeada de desconocidos. Leyendo lograba distraerme a ratos. Empecé a correr todos los días, para acabar agotada y poder dormir. Luego entré en una de esas fases. Son varias, según dicen, y no siempre van en el mismo orden. Van desde el impacto, que siempre va al principio, hasta la aceptación, a la que no todo el mundo llega. De por medio están el rechazo, la autocompasión... no sé cuántas más. Solo sé que, sin saber cómo, cuando creía que estaba levantando cabeza, yo llegué a la fase de

autodestrucción y me lancé a ella en picado.

Sobrecogido, Juan la escuchó contar cómo había empezado a beber en casa, de madrugada, cuando no lograba conciliar el sueño ni aun habiendo corrido quince kilómetros ese día. Ya estaba muy delgada por el exceso de deporte y la falta de apetito, por lo que el alcohol la tumbaba en cuestión de minutos. Los primeros días. Porque en un par de semanas, con lo que tenía en casa dejó de ser suficiente. Y empezó a salir a beber fuera.

Supo que empezar a contar esa parte la había puesto más nerviosa cuando la vio coger de encima de la mesa una esfera de colores con base plana que parecía tener la función de pisapapeles. Se puso a jugar con ella mientras hablaba, pasándola de una mano a la otra de forma compulsiva. También desviaba la vista de la suya con la excusa de mirar la pesada piedra. Juan se acercó un poco más, deslizándose por el sofá, estiró una mano y detuvo el movimiento de sus manos.

—No sigas si no quieres.

A ella pareció sorprenderle el inesperado contacto.

—Quiero, quiero hacerlo.

—Por mí no es necesario.

—Sí —insistió—. No lo hago solo por mí, porque necesite ser sincera contigo. —Devolvió la esfera a la mesa y se reclinó un poco sobre el respaldo del sillón, sin llegar a relajar la espalda del todo—. Sino porque quiero que hagas esa promesa a tu hermana. Y puede que esto te ayude a comprender lo importante que es mantener tu palabra.

—Muy bien. Como quieras.

Tras un suspiro, Luz continuó su historia, con Juan mucho más cerca, tanto como para poder ver la angustia en sus ojos, la preocupación por lo que le hubiera ocurrido.

Y más preocupado que iba a estar, pensó ella cuando prosiguió con la historia.

Le contó cómo iba cambiando de bares, de zona, para no llamar la atención,

para no encontrarse con nadie conocido que pudiera tomarla por una alcohólica. Porque ella no lo era. Solo estaba pasando una mala racha. Solo estaba dándose un respiro. Solo estaba buscando consuelo en el olvido temporal. Solo estaba siendo humana. Todas esas eran las excusas que se daba a la mañana siguiente con una terrible resaca, para cuyo remedio había acabado descubriendo el brebaje verde que le había hecho tomar a Juan.

La noche que se le ocurrió entrar en aquella discoteca, fue la primera que iba buscando algo más. Llevaba más de una semana saliendo casi a diario, y en más de una ocasión se le habían acercado hombres. Normalmente buscaban compañía femenina y acababan invitándola a marcharse a otro lugar. En ocasiones a su casa. A la de ella en muchos casos, sobre todo si llevaban alianza. Ella nunca había aceptado, solo había salido a beber, decía, pero no solía rechazar la compañía en la barra si no se ponían muy pesados y se limitaban a darle conversación intrascendente.

Sin embargo, había habido veces que el hombre que la importunaba quería otra cosa. Vender su mercancía. Le habían ofrecido de todo, cosas que ni siquiera sabía lo que eran, con nombres exóticos y colores llamativos, en todos los formatos. Por suerte, había estado lúcida para rechazarlos uno tras otro. Hasta aquel aciago día.

La compañía de seguros había llamado para preguntarle si había recibido el importe de la póliza del seguro de vida de Cristóbal. Habían sido muy amables preguntándole cómo se encontraba, dándole sus condolencias... Hasta que se habían acabado las palabras de consuelo y otras más frías procuraban hacerle ver lo importante que era estar bien asegurado, tratando de venderle unas coberturas extra en la póliza que ella mantenía.

Habría sido comprensiva, pues el agente solo se estaba ganando el pan, pero cuando recurrió a la repentina enfermedad de su marido, y su rápida muerte, para hacerle ver que nunca se sabía lo que a uno podía pasarle, la paciencia se le agotó. Para colmo, remató preguntándole si no tenía hijos, ya que no le constaba en la documentación, para poder extender la póliza a más

beneficiarios que sus padres.

Estaba segura de que el hombre no olvidaría aquella llamada en muchos años, pues ella lo había llamado por todo tipo de apelativos, y ninguno agradable. Tras colgar, había empezado a beber, más temprano de lo habitual, aún de día. Pero como ya no era suficiente, decidió salir a buscar algo nuevo, más potente, que la ayudara a olvidar más tiempo.

La discoteca le había parecido el sitio adecuado. Luces entre las que pasar desapercibida, mucha gente, ruido... En menos de media hora un chico se le acercó en la barra y la invitó a una copa. Le había parecido muy joven, y le contó que era estudiante en la universidad, de segundo año. Ella ya tenía veintisiete años. Y no tenía ni marido ni hijos.

Al chico le gustaba hablar y ella escuchó entre copas y copas. Cuando menos se lo esperaba, sacó una bolsita con unas pastillas que a ella le hubieran parecido aspirinas a simple vista. Tenían un aspecto tan inofensivo... Y el chico era estudiante universitario. No se lo pensó dos veces cuando él le ofreció una. Se la tomaron a la vez, con un trago de *whisky* con cola.

Y ahí acabó todo para su memoria. Lo siguiente que recordaba era despertar boca abajo en una cama, con el cuello dolorido por la postura forzada de su cabeza caída por un lado del colchón. Al incorporarse, el dolor del cuello no fue nada comparado con el de su cabeza, que le daba vueltas y le latía con fuerza.

Primero fue consciente de su desnudez. Solo llevaba la ropa interior puesta, aunque el sujetador lo tenía desabrochado. Entonces miró a su alrededor y encontró al chico de la discoteca, dormido boca arriba, completamente desnudo y con un preservativo colgando de su flácido miembro.

Mil sensaciones se apoderaron de ella, asco, miedo, culpabilidad, rabia... Hasta que un leve movimiento en el extremo contrario de la cama llamó su atención. Contra la pared, sentado en la cama y desnudo de cintura para arriba, dormía otro chico. Uno que no le sonaba de nada. Y parecía estar despertándose en ese preciso momento.

Aterrada, saltó de la cama, buscó su ropa y su bolso entre el revoltijo de prendas que había por el suelo del dormitorio y salió disparada por la puerta.

Se vistió por el largo pasillo de un piso enorme que jamás hubiera dicho que fuera de un estudiante, por lo que después pensó que todo lo que le había contado era mentira.

Pudo salir de allí sin ser vista, la puerta no estaba atrancada y el ascensor no tardó en llegar. Un portero de uniforme la miró con preocupación al verla llegar al hall y ella supo que los intentos por limpiarse el rímel corrido de los ojos y el carmín desdibujado de los labios no habían servido de mucho. Había centrado sus esfuerzos en cubrirse el cuello con el pelo al descubrir un par de moratones a ambos lados, justo bajo las orejas.

El hombre le preguntó si podía ayudarla y ella solo logró decir la palabra taxi. Él se ofreció a llamar a uno, aunque le indicó que había una parada justo al final de la calle.

Estaba temblando tanto que no fue capaz de darle las gracias mientras corría fuera de allí lo antes posible.

El taxista le preguntó adónde quería ir, y el llanto no pudo seguir ahogado en su garganta ni un segundo más cuando le pidió que la acercara a un hospital en concreto. A uno en cuyas urgencias trabajaba una amiga y donde esperaba que estuviera de guardia. No se sentía capaz de permitir que un desconocido, fuera hombre o mujer, le pusiera las manos encima en ese momento.

—Dime que los denunciaste —murmuró Juan, con la mandíbula tan apretada que la voz le salió como si la masticara.

—Es lo que habría hecho, si hubiera sido necesario.

Él fue a replicar, pero ella puso una mano en alto, impidiéndoselo.

Le explicó cómo fue su llegada a urgencias. Cómo se echó a llorar a mares cuando le confirmaron que su amiga Amelia estaba allí. Qué cara de horror puso la pobre cuando la vio y cómo se unió a su llanto cuando ella le contó lo poco que sabía de lo ocurrido. Cómo Amelia le explicó que no podía abrazarla, que no podía tocarla, porque todo su cuerpo era un cúmulo de

pruebas forenses.

La convenció para que se dejara explorar por expertos que no fueran ella, que era traumatóloga. Que no solo sabían lo que hacían, sino que lo harían con extremo cuidado. Y que ella se quedaría a su lado para lo que necesitara.

Una psicóloga la interrogó con mucho tacto horas después de sentir las enguantadas manos de varios desconocidos tocándola en busca de evidencias de todo tipo. Fue muy amable, pero directa, tanto que le aconsejó unirse a un grupo de terapia para adictos.

Aquella fue la primera vez que se había sentido enferma de verdad en todo aquel tiempo. Amelia se ofreció a acompañarla a la primera sesión, aumentando más su vergüenza cuando había creído que aquello era imposible.

Tras una interminable espera, una ginecóloga acompañó a la psicóloga para explicarle que los resultados de la exploración no determinaban que su cuerpo hubiera sufrido ningún tipo de contacto sexual. No había hallado restos de semen, en ningún sitio, ni había signos de penetración alguna. Solo había restos de alcohol más un cóctel de drogas en su sangre. Varios moratones en cuello, en uno de sus senos, todos ellos con aspecto de haberse realizado por succión. No eran golpes, sino chupetones.

—Siempre odié los chupetones —le sorprendió a Juan oírla comentar, indignada, en mitad de la desgarradora historia—. Cristóbal intentó hacerme una vez uno en el instituto, alguien los había puesto de moda o algo así. Si no llevabas uno a la vista era que no te comías un rosco. A mí me parecía que era ir marcado como una res, una especie de sello de propiedad, y me negué a dejarle hacérmelo, ni a hacerle uno a él. Por eso, las más de dos semanas que tardaron en desaparecer de mi piel, tuve que evitar mirarme al espejo o llevar una coleta cuando salía a la calle. Fue una forma muy eficaz de quitarme las ganas de salir a buscar nada nunca más.

—¿Te refieres a drogas o a hombres? —se interesó, un poco cortante.

—A las dos cosas.

—Así que no denunciaste.

—Me ofrecieron llamar a la policía, dar mi testimonio junto a las evidencias que podían facilitar de mi exploración. Ellos me acompañarían hasta el piso donde había ocurrido a buscar más pruebas, a hablar con los chicos y que dieran su versión. Pero no había muestras de violencia, más allá de marcas de succión por aparentes besos, yo había bebido mucho, la primera pastilla la había tomado de forma voluntaria, y lo demás que me tomara no puedo saber si fue o no consentido. ¿Qué iba a denunciar? ¿Mi propia adicción e insensatez?

—Si no eres consciente de lo que estás haciendo, están abusando de ti.

—Cierto, pero quise convencerme de que no había llegado a pasar nada. O casi nada. Recordaba el preservativo del chico. Estaba vacío, se notaba, pero lo tenía bien puesto. Pensé que todos habíamos estado tan colocados que no fuimos capaces de hacer gran cosa.

—Así que lo dejaste pasar. —Estaba enfadado, pero trataba de ocultarlo. Sabía que juzgarla era lo último que debía hacer. Y no la juzgaba por lo sucedido cuando no era dueña de sí misma, le cabreaba que no hubiera hecho nada después, cuando sí podía.

—Sí, lo dejé pasar. O lo intenté, durante unas semanas. Hasta que las pesadillas empezaron a acosarme. Revivía en sueños lo poco que recordaba de aquella noche y, después, cada nueva pesadilla me mostraba una continuación distinta, todo tipo de actos depravados, unos voluntarios y otros no. Empecé a volverme loca, intentado discernir entre lo que podía ser imaginario y real. Hasta que no pude más.

Juan observó cómo ahora desahogaba su nerviosismo en uno de los pendientes con forma de lágrima que colgaban de sus orejas. El gesto alternó con la pulsera plateada que rodeaba su muñeca derecha, giros y giros frenéticos que creyó que acabarían marcando su blanca y delicada piel.

—Cuéntame qué ingeniosa y brillante idea se te ocurrió para poner fin a aquella agonía —solicitó Juan tomándole la mano y acariciando la piel de debajo de la pulsera con suaves movimientos de su dedo pulgar—. Pero sin

arrancarte la piel, por favor.

Ella se miró la muñeca y le sonrió de medio lado. No hizo ningún intento por recuperar su mano.

—Llamé a Amelia y le pedí un favor. Bueno, dos. Aceptó de inmediato, era una gran amiga y estaba muy preocupada por mí. Al día siguiente su hermano nos llevaba en su coche hasta el portal de donde yo había salido aquella mañana. Yo había estado haciendo memoria, había cogido mi coche y me había dado unas vueltas por la zona donde había encontrado el taxi. Recordaba las altas puertas de un portal bastante lujoso. Y sabía que reconocería la cara del portero del edificio cuando volviera a verlo. Así que solo tuve que vigilar desde mi coche hasta que el hombre salió a limpiar los cristales.

—Todo un trabajo de espionaje —murmuró con orgullo.

—Lo fue, porque me tapé con gafas y un pañuelo y no salí de mi coche ni un segundo. Por si aparecían por allí y me reconocían.

—Aun así, volviste a cara descubierta —se adelantó él.

—Sí, pero acompañada. No sabía qué me iba a encontrar, pero necesitaba saber la verdad a toda costa. Podía vivir con lo que hubiera hecho en realidad, pero no con la incertidumbre y mi imaginación desbordándose en mis sueños de forma aterradora.

—¿Qué mentira te inventaste para el hermano de Amelia? —Dedujo que así había sido, puesto que ella le había advertido que nadie más que su amiga sabía lo ocurrido.

—Le pedí a ella que le dijera que tenía una entrevista de trabajo, pero que me habían dado tan poca información que no me daba muy buena espina, por lo que prefería ir acompañada. Su hermano siempre ha sido muy protector y sabía que intentaría persuadirla para que no me acompañara. Ella diría que lo haría de todas formas y él acabaría insistiendo en llevarnos él mismo. Lo difícil fue convencerle de que se quedara en el coche. Tuvimos que prometerle que llevaríamos el móvil en la mano y que si ocurría algo le llamaríamos de inmediato. Aun así, nos advirtió que si tardábamos más de media hora, subiría

a buscarnos. Tuvimos que darle un piso inventado, porque yo no lo recordaba.

—Si no lo recordabas, ¿cómo lo encontraste?

—Recordaba el nombre del chico, y que era un piso alto, por encima del quinto. Confié en encontrar en los buzones su nombre y, a una mala, preguntarle al portero. No hizo falta, porque él mismo se acercó en cuanto nos vio entrar, sabía que no éramos del vecindario y quería saber qué queríamos. Tuve que inventar que había perdido el reloj y que llevaba tiempo buscándolo, que era una herencia familiar. Que después de buscarlo por todas partes, había pensado que podía estar allí, pues había estado en una fiesta con unos chicos que había conocido en un bar. Pero que iba un poco borracha y no recordaba el piso exacto.

—No me lo digas. —La cara de Juan reflejaba lo absurda que le había parecido la excusa—. No te creyó.

—No estoy segura. Pero sí me reconoció. Me dijo que me recordaba, que había salido sola pidiendo un taxi un sábado muy temprano por la mañana. Con no muy buen aspecto. Pero no me dio tiempo a replicar nada, porque enseguida me empezó a contar que los vecinos estaban hartos de las fiestas que montaban en el piso esos dichosos universitarios, que tarde o temprano su casero se vería obligado a dejar de alquilarles el piso. El séptimo C.

—Entonces subisteis. —A Juan le hervía la sangre, quería ser él quien llegara allí para partirles las piernas.

—Él mismo llamó al ascensor. Una vez allí, me empezaron a temblar las rodillas, todo lo que veía me sonaba vagamente, las lámparas, el mármol del suelo... Pero Amelia llamó al timbre por mí. Y una chica abrió la puerta enseguida.

—¿Una chica?

—Le preguntamos por Pedro, ese era el nombre que yo recordaba. Y ella nos preguntó que a cuál de los dos Pedros buscábamos. Porque allí vivían siete estudiantes, tres chicas y cuatro chicos, y dos de ellos llevaban ese nombre. Me quedé helada por un momento, pero enseguida me sentí un poco mejor.

Pensé que, si había habido varias personas en la casa aquella noche, entre ellas mujeres, no podía haber pasado nada tan malo como para... como para que yo gritara. Aunque al instante pensé que si había estado inconsciente podría haber pasado cualquier cosa, y entonces me vinieron a la mente las pruebas médicas que me habían hecho, de las que se concluía que no había ocurrido nada... demostrable. Ni nada con consecuencias de ningún tipo, al menos no físicas.

—Muchos pensamientos para un corto momento, imagino, plantada delante de una puerta abierta —meditó en alto—. ¿Pudiste hablar con él?

—No. El único Pedro que estaba allí era otro. Su cara no me dijo nada cuando lo vi, con unas gafas de pasta con bastante graduación. Pero él no tardó en reconocermé. Achicó la vista y dijo: ¡Tú eres la chica que trajo Pedrito aquella noche! ¿Por qué te fuiste sin decir nada?

—Ese era el otro Pedro, qué casualidad.

—Así es. Yo le expliqué que no recordaba lo ocurrido y que necesitaba saberlo o me volvería loca. No le mencioné que había ido al hospital en ningún momento, no quería asustarle o condicionarle y que me mintiera. Él, con cara de alucine, nos invitó a entrar y a sentarnos en una salita apartada de oídos ajenos. Lo que nos contó fue, en resumen, que él estaba durmiendo en su cuarto —el que compartía con el otro Pedro— cuando nosotros dos llegamos, pasadísimos de vueltas. No era la primera vez que tenía que irse a dormir al sofá porque su amigo aparecía con compañía. Que en lo que tardó en reaccionar, levantarse y llegar a la puerta, ya estábamos casi desnudos y tumbados en la cama.

—¿Así que él no participó? —Juan no lo comprendía.

—Me contó que nos dijo algo, no recordaba muy bien qué, solicitándonos que nos diéramos prisa. Estaba algo enfadado porque necesitaba descansar. Llevaba días estudiando para los exámenes y dormía pocas horas. Y que entonces, yo grité, empujé al chico que me estaba desnudando y empecé a llorar, echa un ovillo sobre mí misma. Me puse a decir que Cristóbal se

enfadaría conmigo por estar haciendo eso, que se avergonzaría de mí y que nunca me lo perdonaría.

—Tuviste un momento de lucidez justo a tiempo —alabó Juan, sintiendo que el corazón le bajaba de la garganta. No se había dado cuenta de lo angustiado que estaba hasta ese momento.

—Lo que creo, aunque no se lo dije a él, es que la frase del chico instándonos a darnos prisa me hizo reaccionar. Cristóbal solía decirme muy a menudo que me diera más prisa para todo; para comer, para ducharme, para vestirme... Era un hombre nervioso, vivía un poco acelerado. Aquella frase fue providencial, me recordó a él y me salvó de hacer algo de lo que arrepentirme el resto de mi vida. Me dejaron llorar, esperando que se me pasara, dando por hecho que Cristóbal era mi novio y que habíamos discutido, y que yo pretendía vengarme poniéndole los cuernos, para luego restregárselo en la cara para hacerle daño. No era la primera vez que les pasaba algo así, pero sí la primera que la chica se echaba atrás.

—Ya sería para menos. Eran unos niñatos de veinte años, ¿no?

—No lo sé, puede que tal vez exagerara un poco. En cambio, sí me pareció sincero cuando me explicó que como no dejaba de llorar, no me dejaba ni echar una manta por encima, ellos se quedaron allí esperando y al final, se durmieron. Estaban en exámenes y dormir era casi un lujo. Además de que el otro Pedro iba tan colocado como yo. Al despertar yo ya no estaba.

—¿No te contó nada más?

—No. Pero al ver que yo me quedaba callada, de alivio, la verdad, añadió que si estaba embarazada le pidiera cuentas al tal Cristóbal, porque, en primer lugar, no había llegado a pasar nada. Y en segundo, ellos siempre usaban preservativo. A Amelia también le pareció que no mentía, y como todo cuadraba con las conclusiones del hospital, ahí quedó todo. Fin de la historia.

Juan debía reconocer que se sentía un poco aliviado después de haber pensado cosas muy, muy malas. Cosas como las que debía de haber imaginado ella, recordó.

—¿No volviste a tener pesadillas?

—No. Ni siquiera volví a soñar nada, o a lograr recordar mis sueños, hasta el otro día, tal como te conté.

—Necesito saberlo, pero si no quieres, no me respondas. —No quería agobiarla con preguntas, pero le había dado su palabra de que después de esa conversación, el tema no volvería a salir. Así que él precisaba de las respuestas en ese momento si no quería tener que quedarse con la duda—. ¿No has vuelto a estar con ningún hombre después? ¿Ninguno, hasta el *chuloplaya* que se presentó en tu tienda el otro día?

—Ignacio —nombró con tono apaciguador—. Y no, ninguno más, ni antes ni después. Él fue mi forma de demostrarme a mí misma que podía hacerlo. Lo hice, pero no sentí nada. Y eso que él se esforzó, no lo puedo negar. Sin embargo, para mí fue como si mi cuerpo fuera de corcho y mi piel estuviera adormilada. —Él aún tenía su mano sujeta entre las suyas, y reemprendió los círculos de caricias que había estado haciendo en la piel que había bajo su pulsera—. Ahora mismo, la siento muy despierta.

Se sonrieron con timidez. Los corazones de ambos latían con repentina fuerza. Pero de pronto, Juan frunció el ceño y detuvo las caricias.

—¿Y cuál fue tu forma de demostrarte a ti misma que podías beber sin caer de nuevo en ese pozo? Porque bebes —la reprendió, enfadado—. Has bebido estando conmigo, en más de una ocasión.

—Sí, pero solo una cerveza, o una copa de vino. Ese es mi límite y nunca lo rebaso. No es un método de superación a reconocer en una sesión de alcohólicos anónimos, a la que nunca llegué a ir, por cierto, pero es la que a mí me ha funcionado.

—Cuesta creer que algo así funcione. Requiere de mucha fuerza de voluntad. O poca, según cómo se mire. Un exalcohólico no debería probar ni gota de alcohol.

—Entonces lo reconozco, no soy ex, soy alcohólica. —El frunció el ceño y sacudió la cabeza, en desacuerdo, en cambio ella asintió—. Es cierto que mi

objetivo era no volver a beber nunca, te lo aseguro. Pero otro objetivo que me resultó más urgente fue que nadie supiera por lo que había pasado. Lidia no podía enterarse, era una cría, y me tenía por su hermana mayor. Podía ser terrible para ella saber eso. Y mis padres, que no sabían cómo ayudarme, cómo intervenir en mi vida sin que yo volviera a echarlos de ella. Acabábamos de reconciliarnos, no quería estropearlo otra vez. Pero por desgracia, en mi casa, como en la mayoría de las de este país, beber con vino o celebrar con una copa de cava es muy habitual.

—Sí, sí que lo es.

—Al principio declinaba beber y no pasaba nada. Un día no te apetece, otro alegas estar con alguna medicación incompatible... Pero llegaron las Navidades y el cava estaba presente a todas horas, mi padre sacaba sus mejores botellas de vino, reservadas para ocasiones especiales. «No me hagas el feo», decía, «es un vino muy caro». Y yo acababa cediendo, dando unos sorbos, intentado no llamar la atención sobre mi copa y comer mucho para contrarrestar cualquier efecto. Recuperé varios de los kilos perdidos ese fin de año, entre marisco, carne asada, turrónes y polvorones. Me di cuenta de que si no rechazaba que me sirvieran vino desde el principio, que no bebiera más que unos sorbos pasaba desapercibido. Cambiaba una copa de cava casi vacía por la mía más llena sin que se dieran cuenta. Y a partir de entonces, lo he hecho siempre así. Bebo media copa de vino y media de cava, como mucho. Y si salgo de cañas, me tomo la primera y después me paso a algún refresco. A nadie le parece raro ni pregunta nada. Cuando rechazaba la cerveza desde el principio, mis amigos de siempre me preguntaban si me había vuelto abstemia, si era por lo de Cristóbal... Parecía un maldito juicio constante. Y, qué quieres que te diga, me gusta paladear un buen vino de vez en cuando. Pero bebidas fuertes, ni las huelo. Tampoco es que me hubieran gustado nunca, la verdad.

—Sonará hipócrita por mi parte, pero ¿no tienes miedo de recaer?

—Al principio lo tuve. Ya no. Creo que he superado esa etapa de mi vida y que he aprendido que si vuelve a sucederme algo terrible, beber no me hará

sentir mejor. En cambio... el chocolate aún no lo han regulado por ley.

—Por suerte, aún no. Solo su cultivo sostenible, y no en todas partes.

—Si estás pensando en el planeta, es que ya te encuentras mejor —bromeó con una sonrisa de las suyas, pura, plácida.

Juan se maravilló de verla tan radiante a pesar de lo que le acababa de contar. Se preguntó qué le hacía digno de su confianza como para haberle revelado uno de sus mayores secretos, uno que la hacía más humana, menos perfecta en apariencia, pero más perfecta por no serlo en verdad. Aquellas contradicciones lo abrumaron y se sintió perdido cuando ella apretó su mano y lo miró con una determinación que anunciaba que algo nuevo estaba germinando en su preciosa cabecita.

—Voy a pedirte que hagas algo más por tu hermana. Algo más que la promesa que ella te ha solicitado.

Las confesiones habían terminado, comprendió él. Ahora había que pasar página y él haría todo lo posible por no pensar en lo que acababa de contarle hasta que estuviera lejos de ella. Porque aun sentía ganas de romper algo. Sentía rabia por no haber podido estar allí para protegerla. No tenía sentido, por aquel entonces ni siquiera se conocían, pero ese sentimiento de impotencia estaba ahí y sabía que le iba a costar arrancarlo de sus entrañas.

—Creo que estás en situación de pedirme lo que quieras.

Ella lo miró con sonrisa misteriosa, podría decirse que hasta coqueta, de forma que en las entrañas de él otro fuego empezó a avivarse, llevándose por delante el anterior.

—Me alegra que digas eso, porque no voy a aceptar un no por respuesta.

—Adelante, imponme una penitencia, la que sea.

Hizo un dramático gesto, dejando caer la cabeza hacia delante de golpe, con los brazos abiertos en cruz.

—Teatrero —lo acusó Luz, dándole una suave colleja en la nuca, que había dejado a su alcance—. Te voy a pedir que subas al baño, te duches, te afeites, ya encontraré con qué, y que te pongas un traje que he elegido para ti.

—¿Que has elegido? ¿Ya lo tenías planeado?

—Desde esta mañana —confesó sin un ápice de vergüenza—. Quiero que me acompañes a la boda. Ya he avisado de que llevaré un acompañante de última hora. Ser la que organiza todo tiene sus ventajas.

—¿Quieres que vaya a una boda contigo, ahora? —No era capaz de asimilarlo, tal vez por la ausencia de las neuronas que había asesinado a base de *whisky*—. ¿Y eso lo voy a hacer por mi hermana?

—Es por ti y por mí también, no se puede negar. Pero lo que vas a ver te va a encantar, y vas a poder llevarle ideas de primera mano a Carla para la suya. Creo que Candela es muy de su estilo. La novia, Candela, mi amiga. Se llevarían muy bien.

—Si es amiga tuya, no lo dudo. Pero, no sé, no conozco a nadie. ¿Y les parecerá bien que me presente así, de repente?

—Les encantará saber que no voy sola. Tampoco hay que darles muchos más detalles. Habrá mucha gente, y no tendrán tiempo de interrogarnos.

—¿Cuánta es mucha gente?

—Medio pueblo. El padre del novio fue el alcalde hasta mediados de los noventa. Y los padres de ella regentan el hotel. La boda es allí, en los jardines, y con la tormenta de ayer ha habido que montar todas las carpas hoy. El sitio te va a dejar con la boca abierta. Y seguro que conoces a mucha más gente de la que pensabas.

—No me vas a dejar decir que no, ¿verdad?

Ella ya se dirigía al piso superior, y no tuvo más remedio que seguirla.

—Ni hablar. Y date prisa. Yo tengo que estar la primera. Al fin y al cabo, soy la *wedding planner*.

—Tú no eres eso.

Luz paró en seco en mitad de la escalera, se giró para mirarlo y su expresión soñadora, envuelta en aquel vestido celestial y con varios mechones de su pelo recogido enmarcándole la cara, casi lo hace caer escalera abajo.

—Qué bien me conoces ya.

Capítulo 21

El Hotel Las Azucenas se encontraba en el centro del pueblo, a tan solo veinte minutos a pie de la casa de Luz. Ambos estuvieron de acuerdo en que caminar hasta allí sería lo más conveniente. Ayudaría a que Juan se despejara. Además, la mañana era muy agradable. El aire de primavera era de aroma fresco tras una noche lluviosa, pero cálido gracias al radiante sol que brillaba a esas horas en su zenit.

Las sandalias de Luz eran lo bastante cómodas como para permitirse esa pequeña caminata. Y lo cierto era que ella también necesitaba despejarse un poco. Había abierto su corazón a Juan, le había revelado su secreto más inconfesable y aún lo estaba digiriendo. Nadie más que una amiga a la que apenas veía lo había sabido hasta entonces, pero la necesidad de contárselo a él había sido tan apremiante que no había podido esperar más para hacerlo conocedor del mayor error de su vida.

Había dos motivos que la habían llevado a hacerlo. El primero había sido su comportamiento de esa noche. Beber para olvidar y después cometer la terrible imprudencia de conducir, sumado a su beso de desesperación. Con su historia había querido hacerle ver que el alcohol causaba estragos en cualquier persona, sobre todo si se bebía en cantidades ingentes por motivos como los de ambos. Ella, hacía ya muchos años, no había tenido un comportamiento mejor al de él, y quería que él se viera reflejado en su caso. Además, así comprendería mejor por qué lo perdonaba sin dobleces.

Y después estaba el segundo motivo. Uno que no tenía nada que ver con aquella noche. Bueno, tal vez un poco sí, pero solo por el hecho de que él acudiera a ella tras lo ocurrido con su hermana. Aquello reflejaba la existencia de una intimidad entre ambos que hasta hacía unas horas ninguno había reconocido ante el otro. Pero ella ya la había empezado a asumir hacía tiempo. Y eso mismo era lo que le había llevado a querer hacerlo conocedor de su peor faceta.

Si no podía aceptarla tras saber de ese oscuro capítulo de su vida, mejor que el rechazo fuera cuanto antes. Porque mucho se temía que esa intimidad surgida entre ambos no estaba haciendo más que crecer y crecer.

Luz tragó saliva al pensar en ello una vez más. Había mil emociones bullendo en su interior, y caminar a su lado tras lo compartido desde la noche anterior, rozando su brazo como por accidente cada pocos pasos, no ayudaba a controlarlas. Al contrario, su cercanía desencadenaba una corriente eléctrica que recorría su brazo hasta dispersarse por el resto de su cuerpo, haciendo una pequeña parada en su estómago, al que sentía dar un vuelco como cuando la vagoneta de una montaña rusa iniciaba el descenso en la pendiente más inclinada.

Lo miró de reojo una vez más. Él no parecía mucho más sosegado que ella.

—Deja de tirar de la chaqueta —lo reprendió—, al final la vas a romper.

—Es que me queda justa. —Juan se la recompuso por enésima vez en lo que llevaban de camino.

—Pues no la ates —aconsejó de nuevo ella, desabrochándole el botón, tal como le había indicado al verlo salir del dormitorio tras vestirse. La imagen había sido tan impactante a sus ojos que apenas había percibido las arruguitas que se formaban a los costados de la chaqueta. Un detalle sin importancia en comparación con el resto de su soberbia apariencia—. No hace frío, no hace falta.

—¿En serio no lo había en otro color? —insistió Juan, mirándose a sí mismo y negando con la cabeza.

—De tu talla, en mi muestrario, no. —Luz fue tajante, pues él se había puesto un poco quejica en ese aspecto—. No haber sido tan alto si lo querías negro —reprochó con sonrisa taimada mientras lo oía bufar.

—En la boda de mi hermana lo llevaré negro. O gris muy oscuro.

—Este azul está muy de moda. Y te sienta de miedo —añadió, rehuendo su mirada cuando él la centró en la de ella con aire sorprendido—. Las solteras presentes se te van a echar encima.

—Mejor que no, porque aun me tambaleo un poco —bromeó, entre cohibido y satisfecho por el comentario.

Se decidió a mirarla de verdad por primera vez en todo el camino. No se había atrevido a hacerlo desde que sus miradas se cruzaron en la puerta del dormitorio. Él había salido refunfuñando tras ponerse el traje que Luz había elegido para él, de un color que jamás hubiera elegido por su cuenta. Sin embargo, la voz se le había quebrado cuando vio cómo lo miraba ella. Y el pulso se le había disparado cuando ella se había acercado para comprobar con sus propias manos que cada costura estaba en su sitio. Le había desabrochado el botón de la chaqueta y le había dicho algo que no había sido capaz de oír, pues sus oídos se habían quedado sordos a causa de su palpitante corazón.

Entonces ella le había sonreído y dado su visto bueno al traje, pero al fijarse en su rostro, ya bien afeitado, había negado con la cabeza.

Las manos le habían empezado a sudar cuando había tirado de él por una muñeca hasta llevarlo al baño para echarle ella misma un poco de gomina en el pelo, aconsejándole que se lo cortara para la boda de su hermana, pues sus greñas eran un poco desaliñadas para un evento elegante, más aún si iba a ser el padrino.

Mientras había sentido cómo ella le masajeaba la cabeza hasta lograr el look que consideraba aceptable, no había podido evitar imaginarla haciéndole eso mismo pero en otras circunstancias, sin gomina de por medio. Una mano aferrada a unos cabellos mientras dos bocas se devoraban y dos cuerpos se fundían hasta llegar al clímax.

Todavía con aquella fantasía en la mente de Juan, ella se había lavado las manos, había sacado una barra de labios para retocarse el maquillaje con ligeros toquecitos en aquella tentadora boca y, mientras a él se le secaba la suya, culminaba su ritual pulverizando su perfume alrededor de su cuerpo con una especie de bailecito de lo más curioso que lo había dejado aún más clavado al suelo.

Esa boda se le iba a hacer muy larga, pensó Juan con un suspiro, teniéndola a ella tan cerca, tan preciosa, con esa nueva forma de mirarlo que lo estaba volviendo loco, pero sin poder tocarla como él realmente deseaba.

—¿Te encuentras mal aún? —quiso saber Luz, rompiendo el silencio y la tensión que le había provocado sentirse observada con tal intensidad.

—Al contrario. —El malestar que sentía era de otra índole, tuvo que reconocerse a sí mismo—. Ese barro que me he bebido ha logrado un milagro. Tienes que decirme qué lleva.

—No será necesario, porque no lo vas a volver a necesitar.

—Cierto.

—Es aquí.

El edificio que se alzaba ante ellos impactó a Juan. ¿Cómo no lo había visto hasta ese día? Sin duda, estaba demasiado absorbido por su trabajo y por su situación familiar. De otra forma, una construcción de estilo neoclásico —de, a todas luces, más de dos siglos de antigüedad— no le habría pasado desapercibida tanto tiempo.

No era un hotel muy grande, solo cuatro plantas y dos alas que se extendían a cada lado del edificio principal. De piedra color gris oscuro y brillante marquetería en puertas y ventanas, con una decoración que se basaba en elementos naturales: plantas, flores y árboles que lo envolvían como un halo que lo hacía parecer una casa de cuento.

—Sabía que había un hotel, pero no lo había visto. Es un edificio antiguo.

—Sí, y tiene todo ocupado hasta fin de año. Si no, no lo habría descartado para la boda de tu hermana —explicó—. Realizan todo tipo de eventos, gran

parte para empresas. Hace algunos años que se especializaron en acoger cursos de formación que complementan con horas de descanso y rutas de senderismo y algún deporte, creo.

—Todo un pack —observó él.

—Hay que rentabilizar el negocio —admitió Luz—. Vamos por aquí, es en el jardín trasero.

Llegaron tras bordear el edificio por una zona reservada para aparcamiento, que ya estaba casi completo.

—El lugar que hemos elegido para Carla y Álex será perfecto. Ya he empezado a visualizarlo todo. Pero creo que con esto que tengo delante, voy a añadir unas cuantas ideas a mis visiones —confesó Juan.

El césped bordeado por un frondoso bosque albergaba varias carpas, algunas de ellas con el techo recogido, pues la lluvia había cesado. Los asientos de madera en blanco, que después rodearían las mesas del convite, estaban en ese momento en ordenadas filas dejando un pasillo central que conducía hasta una mesa rodeada de flores, donde la alcaldesa oficiaría el enlace.

A Juan le sorprendió ver al padre Andrés entre el gentío casi nada más escuchar a Luz comentar que no iba a haber oficio religioso.

—Es un amigo de la familia —le explicó—. Pero el novio no es creyente. La ceremonia será civil.

La acompañó a saludar a algunos de los invitados, demorándose un poco más con aquellos que iban a ser compañeros de mesa en la comida, de forma que después la situación fuera más cómoda para él. Cuando le informó de que quería supervisar algunos detalles ella misma, él la dejó a su aire y quedaron en que le guardaría un asiento en las últimas filas. De mientras, se hizo con un refresco que algunos camareros ofrecían en surtidas bandejas y entabló conversación con un hombre llamado Demetrio que también trabajaba en la construcción.

Aquello lo distrajo lo suficiente como para dejar de seguir a Luz con la

mirada. Sus idas y venidas dando instrucciones la hacían parecer el comandante de una tropa. O lo habría parecido si no les dedicara a todos y cada uno de ellos una sonrisa tras sus palabras. El estómago se le encogió de nuevo y decidió centrarse en la charla que, caprichos del destino, iba a proporcionarle un buen contacto para un posible futuro proyecto.

Ella lo encontró sin problemas segundos antes de que el novio se colocara frente a la mesa que ya presidía la alcaldesa. Se sentó a su lado y él se llenó del aroma que desprendía. Lo había extrañado, y ella solo había estado lejos escasos quince minutos.

—¿Todo en orden?

—Todo perfecto —corroboró satisfecha—. ¡Oh, por ahí llega! ¡Está preciosa!

Juan desvió la vista del rostro de Luz para fijarla en la joven que caminaba del brazo de su padre por el pasillo de pétalos que dibujaba sobre el césped una pareja de niñas regordetas y llenas de lazos. Estaba muy guapa, cierto. Era una mujer esbelta y de grandes ojos que lucía una expresión feliz, vestida con un traje blanco bastante entallado y de escote generoso. Sin embargo, Juan no se detuvo a observarla más que unos segundos. No tenía ojos para nadie más que la mujer que se sentaba a su lado y que en esos momentos lloriqueaba de emoción.

—No llores o se te estropeará el maquillaje —la reprendió con tono jocoso, tratando así de que dejara de hacerlo. No se sentía capaz de verla llorar, aunque fuera de alegría, y no apartar con sus propias manos aquellas lágrimas. Incluso besarla para silenciar su congoja. Y así también saciar su apremiante apetito.

Ella se dio unos suaves toques bajo los ojos y le dedicó una sonrisa con la que parecía querer asegurarle que no lloraría más. Él tuvo que tragar saliva al contemplarla. Y durante toda la ceremonia, que por suerte fue corta, no pudo dejar de pensar en cómo sería acariciar aquellas húmedas mejillas y besar aquella jugosa boca.

—Caballero, ¿vino?

—No, gracias. Estoy de resaca, ayer me pillé una manga terrible —explicó en voz alta a los presentes—. De esta, me vuelvo abstemio de por vida.

Ninguno de los otros ocho ocupantes de la mesa número trece lo miró mal, solo un poco sorprendidos por la sincera revelación. Incluso rieron ante la graciosa expresión de Juan, con los ojos dando vueltas como si se hubiera mareado, la boca torcida y el indescriptible sonido que emitió, entre el asco y el disgusto.

—Yo me solidarizo con él —anunció Luz cuando la botella se aproximaba a su copa. El camarero la retiró—. Solo agua, gracias.

Se miraron con gesto cómplice. Él esperó a que nadie los observara.

—Que piensen lo que quieran —le susurró al oído, provocándole un escalofrío.

Por suerte, el primero de los platos les fue servido, de forma que tanto la comida como la fluida conversación se apoderaron del ambiente, permitiendo a Juan dejar de pensar en cuánto deseaba a Luz con cada partícula de su ser.

Para cuando los novios cortaron la tarta y abrieron el baile, Juan tuvo que reconocer que se había divertido. Su mente había arrinconado su tensión por el estado de su hermana y su cuerpo se había mantenido en todo momento alejado de Luz, pues un solo roce al ir a coger la copa de agua podía provocar un incendio en su piel.

Degustaron la tarta sin verdadero apetito, pues la comida había sido abundante, y se unieron al brindis que alguien en alguna de las mesas había propuesto a pleno pulmón a la salud de los novios. Dieron un único sorbo al cava, y solo porque alguien los reprendió por atreverse a brindar con agua. Al parecer, aquello traía muy mala suerte.

La música llevaba rato sonando y varios de sus compañeros de mesa decidieron salir a la pista. Luz guardó la minuta y el detalle de boda en su bolsito y echó un vistazo al móvil.

—Son más de las seis. ¿Cuánto tardas en llegar a la clínica?

Juan se giró hacia ella, con un brazo sobre del respaldo —por encima de la chaqueta y de la corbata que se había quitado a mitad de comida— poniéndose cómodo y revelando con ese gesto que no tenía prisa por levantarse.

—Desde tu casa, poco más de media hora. Si el coche arranca.

Ella notó que se había reclinado hacia delante. De pronto lo tenía muy cerca.

—Como parte de la valla se había quedado atrapada debajo del motor, esta mañana lo he vuelto a arrancar, por si acaso. Va bien.

Juan se inclinó un poco más, achicando los ojos.

—Moviste mi coche de madrugada, bajo una tormenta, sacaste la valla atrapada debajo y la colocaste en su sitio. Esta mañana, además de las otras cien mil cosas que has hecho desde antes de las siete, has vuelto a comprobar que funcionaba. Y aun así tienes ese aspecto fresco y radiante. —Luz dio un respingo cuando él rozó su barbilla con la punta de un dedo—. Creo que venir a una boda no ha sido suficiente penitencia. Sobre todo porque lo he pasado muy bien. Y sí, me llevo muy buenas ideas para contarle a Carla.

—También te he dado una colleja, si mal no recuerdo.

—A eso no puede llamarse colleja. Y lo que me merezco es un puñetazo en el estómago.

Se golpeó a sí mismo con gesto dramático, simulando un gesto de boxeador, más fuerte de lo que la representación requeriría.

—Para eso no cuentas conmigo —declaró Luz, algo apenada por su cargo de conciencia.

Juan se puso en pie y le tendió la mano.

—¿Y para esto? —Ante su cara de incomprensión, él mismo cogió su mano y la hizo levantarse—. Te estoy sacando a bailar.

—¿Como penitencia? —quiso saber ella mientras se veía conducida al centro de la pista.

—Te dije que nunca me verías hacerlo. Me retracto. Además, este es un clásico de los Whitesnake. Con una mítica balada de rock, puedo hacer una excepción.

La canción empezaba muy lenta, casi hablada, con una melodía ochentera que, a criterio de Luz, no se percibía lo suficiente para marcar unos pasos.

—No sé si seré capaz de bailar esto. —Se sentía torpe, sin saber cómo colocar los brazos, cómo mover sus ya un poco doloridos pies—. ¿Tú sí?

—Esto no se aprende en clases de baile. Esto tiene que salir solo. Así.

La arrimó a su cuerpo con su fuerte brazo sosteniéndola por la parte baja de la espalda, rodeándola, la mano casi sobre su ombligo, ejerciendo una leve presión. Se sintió elevada, hasta que el roce pasó a ser un contacto total de sus cuerpos. Las manos que tenían unidas se separaron. Juan recorrió su brazo con una larga caricia, un leve contacto que la hizo estremecerse de forma apreciable, y se lo apoyó en su propio hombro, tal como tenía el otro.

Juan aún tenía una mano libre y, después de dejarla caer mientras contoneaba las caderas y provocaba que ella se moviera igual en respuesta, la utilizó para apartarle el pelo de la cara, uno de los molestos rizos que se le habían estado soltando del recogido desde la ceremonia.

Luz reconoció vagamente la canción en el momento en que llegó el estribillo, pero no le habría prestado la menor atención a la letra de no ser porque Juan comenzó a tararearla de forma apenas audible.

—Me gusta esta canción —justificó ante la expresión de sorpresa de ella.

—Ahora a mí también —respondió sin pensar.

Por aquella declaración, Luz se ganó que él la alzara un poco más con el brazo y le diera una vuelta completa con los pies en el aire, haciéndola soltar un gritito y después una corta carcajada.

Sí, sabían que alrededor había docenas de parejas bailando. Gente conocida del pueblo, unos novios recién casados que debían ser los protagonistas... Así que el impulso que a ambos los apremiaba en aquel momento fue contenido y sustituido por un cruce de miradas lleno de reconocimiento, de deseos, de promesas.

Se apartaron con inconsciente lentitud cuando la canción terminó. Luz miró el reloj de él, pues su móvil había quedado en la mesa con su bolso, y propuso

ir a despedirse de los novios.

El camino de vuelta fue un agradable paseo, lleno de comentarios sobre los detalles que Juan replicaría tal cual para la boda de Carla y algunas ideas que retocaría, pero que no estaban nada mal como inspiración. Una conversación inofensiva, si sus manos no hubieran estado aún unidas, sin soltarse un solo instante durante los veinte minutos de trayecto, atravesando el pueblo casi desierto.

Ella llevaba la llave de su coche en el bolso. La había cogido por si él decidía irse antes de lo que a ella le hubiera parecido apropiado. Pero había estado hasta el comienzo del baile. Ella no había pensado quedarse mucho más y, tras bailar con él, ni se había planteado la posibilidad de quedarse allí sin Juan. Pretendía aprovechar los pocos minutos que aún le quedaban de su compañía.

—Qué previsora —comentó sorprendido cuando ella le entregó la llave delante del vehículo, en la misma puerta de su valla algo torcida—. Creías que me iba a ir antes que tú —adivinó.

—Solo era por si acaso —se excusó, algo cohibida.

Después lo observó, allí de pie, con el imponente traje azul que lo hacía parecer aún más alto. Todo lo que había sentido pegada contra su cuerpo durante los pocos minutos de una canción la barrió de arriba abajo.

Dio un paso hacia él, se puso de puntillas, apoyó una mano en uno de sus hombros y le dio un delicado beso en los labios. Cabizbaja, retrocedió un par de pasos y tragó saliva, con un torbellino de sentimientos aturullándola.

—¿Piensas dejarme así? —lo oyó comentar.

Cuando alzó la vista, él la miraba con una ceja alzada y expresión sorprendida.

—Solo era para decirte que... —No encontraba su voz—. Puedes hacerlo. Puedes besarme.

Él se cruzó de brazos y cambió el peso de una pierna a la otra.

—A ver si me entero. ¿Me estás dando permiso? ¿O me estás pidiendo que te

bese?

¿Estaba tomándole el pelo? Parecía de un repentino buen humor. Ella había querido decirle que lo del beso de la noche anterior estaba olvidado, que su rechazo había sido por las circunstancias y las formas. Que ahora todo era perfecto, y que si él quería hacerlo, ella estaba más que de acuerdo.

—Un poco de las dos cosas.

—Ya. —Hizo un chasquido con la lengua—. Pero ¿sabes qué pasa? Que ahora así, en frío, como que no es lo mismo.

Estaba jugando con ella. Ahora no tenía ninguna duda. En su mirada había un brillo de diversión que la tenía desconcertada. Como no supo qué decir, se quedó callada.

—Creo que el momento perfecto ha sido antes, mientras hacíamos esto.

La cogió por sorpresa. De pronto la tenía abrazada como en la pista de baile, solo que esta vez avanzaban por el sendero de pizarra —por el maravilloso jardín que Juan había arreglado, diseñado y decorado para ella— mientras él canturreaba la misma canción que habían bailado.

—Vamos, canta conmigo. Tú eres la que sabe cantar, y yo el que sabe bailar.

—Es que no me la sé. Y tú no cantas nada mal. Sigue.

—Tú tampoco bailas nada mal. Pero tendrás que aprendértela, porque me temo que va a ser nuestra canción.

La giró sobre sí misma y al volver a enfrentarla, la hizo caer hacia atrás de cintura para arriba, inclinándose sobre ella mientras comenzaba a cantar el estribillo a mayor volumen y con mayor claridad, ya que esa parte de la letra se la sabía bien.

Is this love that I'm feeling.

Is this the love that I've been searching for.

Is this love or am I dreaming.

This must be love.

'Cause it's really got a hold on me.

A hold on me.

Llegaron a la puerta de su casa sin que Luz fuera apenas consciente de ello. Solo existían sus ojos de chocolate, clavados en los de ella. Sus manos, una sosteniendo la suya y la otra abierta en la parte desnuda de su espalda. Su voz, diciendo palabras que jamás creyó que pudieran salir de sus labios, aunque tan solo se tratara de la letra de una canción romántica. Y esa boca de labios carnosos que no podía dejar de mirar.

—¿Así, sí? —Ella lo había rechazado la noche anterior, le había dicho que aquella no era la forma en la que debía suceder. Le miró los labios, por si la pregunta no era suficiente, aunque se respondió él mismo—. Oh, sí. Así, y aquí, era como tenía que ser.

Ella solo asintió con la cabeza antes de recibirlo con los labios abiertos.

Aunque sus bocas habían entrado en contacto en otras ocasiones, aquello fue otra cosa. Fue una sucesión de sensaciones, a cada cual más intensa, más demandante. Él había querido ser delicado, besarla con suavidad, y así lo había hecho. Al principio. Porque pronto la lengua de ella lo buscó y aquello fue como si una cuerda tirara de él hacia delante, hacia su interior.

Sin miramientos, la cogió por la nuca, la encajó contra él, contra su boca y su cuerpo, y exigió a la vez que le daba todo lo que tenía acumulado, todo lo que ella había despertado en él.

Las manos de ella lo hicieron estremecer mientras recorrían su espalda, se enredaban en su pelo, se aferraban a su cuello. Sus caderas se movieron de forma instintiva cuando ella le mordisqueó el labio inferior mientras dejaba escapar un leve jadeo.

Muy a su pesar, pegó la frente a la de ella y exhaló todo el aire de sus pulmones antes de hablar.

—Voy a decirte esto, solo para que no quede la más mínima duda. Me voy ahora porque no tengo más remedio, porque es la hora que es, y es lo que debo hacer. No porque quiera. ¿Entendido?

—Entendido.

Se apartó un poco del rostro de Luz y le acarició los labios con el pulgar

mientras se relamía, provocándole un escalofrío que duró varios segundos.

—Yo también voy a decirte algo. —Se sentía arder las mejillas cuando empezó a hablar—. Ahora mismo mi cerebro es consciente de todas y cada una de las células de mi cuerpo. Es como si todas se hubieran conectado entre sí y tuvieran una pequeña fiesta.

La sonrisa de satisfacción de Juan la hizo vibrar aún más.

—¿No más carne de corcho ni piel insensible?

—No. —Le sorprendió que él recordara las palabras exactas que ella había utilizado—. Pero...

—¿Pero? —Buscó su mirada cuando ella la desvió.

—Voy a necesitar algo de tiempo para asimilar estas sensaciones. Te pido que tengas paciencia, que vayamos poco a poco, sin prisas.

—No voy a presionarte para que hagamos nada que no te apetezca. —Le tomó ambas manos, de forma que ese fuera su único contacto—. Nada que no te pida el cuerpo. Tienes mi palabra también en esto.

—Gracias.

—Dejaremos que las cosas surjan por sí solas. Encontraremos el momento para cada una de ellas. Como para este beso. O este otro.

A ella apenas le dio tiempo a reír porque él ya la estaba degustando de nuevo, con más vehemencia si cabe. La fiesta de su cuerpo empezaba a crecer a pasos agigantados. Al igual que la portentosa presión que notaba ya contra su vientre. La lujuria la invadió y estuvo a punto de mandar a paseo todo lo que le acababa de decir y arrastrarlo hasta el interior de su casa.

«No puede, tiene que irse», se recordó. Y era mejor así, porque no era el momento, él tenía razón. Ya lo encontrarían.

Lo vio marchar con aquel traje que le sentaba de infarto a pesar de que la chaqueta no le cerrara del todo. «Es por esa espalda que tiene», se dijo apretando la mandíbula, «esa espalda en la que dan ganas de perderse».

¡Santo cielo!, ella estaba deseando hacerlo. Tocarlo entero, por todas partes. Sin embargo, temía que ese despertar de sus terminaciones nerviosas no fuera

a durar demasiado. Temía ser un témpano de hielo como le pasó con Ignacio.

—Tonterías —le dijo a su reflejo en el espejo del recibidor, mientras se quitaba las sandalias que no podía soportar ni un segundo más—. Si con solo rozarte ya te sube la temperatura. Y esa forma de besar tan... No tengo palabras —admitió mirándose con una sonrisilla.

Se contempló largo rato, tanto que su propia cara empezó a hacersele extraña. Y de pronto lo supo. La idea la aterró y la emocionó a partes iguales.

—Luz, ha ocurrido. Ha sucedido en tus narices y tú sin darte cuenta. Te has enamorado.

Capítulo 22

El silencio de la fila de habitáculos solo era roto por los pitidos de las máquinas, una sucesión regular de sonidos que a Juan le crispaba los nervios. Sentía una especie de ansiedad por oír el siguiente *pi* o *bip*, como si estuviera seguro de que de un momento a otro alguno fuera a dejar de sonar; o bien que la velocidad se acelerara antes de pararse de forma definitiva el corazón al que emulaban con su mecánico latido.

Buscó con ojos inquietos el número siete, donde —según le habían dicho en el mostrador de recepción de la UCI— se encontraba su hermana. «El número siete», se había repetido con una risotada mental, su aparente número de la suerte.

El último paso hasta el umbral del hueco de la puerta lo dio titubeante, con un inusitado miedo. ¿Y si en los diez segundos que él había tardado en llegar al número siete, después de que el médico de guardia le informara del estado estable de su hermana, hubiera empeorado de nuevo? ¿Y si no la encontraba despierta, lúcida, con ganas de volver a la habitación, incluso con apetito?

Poco más de veinticuatro horas en la UCI y ya se estaba recuperando como si caer inconsciente al suelo del baño no hubiera sido más que un resbalón. La vez anterior había tardado tres días en despertar. Aquello había derivado en la decisión de trasladarla a aquella clínica buscando un milagro. Esta nueva crisis no podía conllevar la búsqueda de otro hospital u otro tratamiento, pues no lo ofertaban en ningún lugar. La consecuencia más inmediata era el retorno

de Álex, el fin de la búsqueda del padre de Carla. Y a largo plazo, o tal vez solo a medio, la resignación y la fe.

Lo primero que vio fue el apósito en el lado derecho de su frente. Tres puntos por el tortazo contra el lavabo, que podía haber sido mortal en sí mismo. Después le llamó la atención su palidez, pues parecía mimetizarse con las sábanas. Si no fuera por el pañuelo de doradas estrellas fugaces atravesando un cielo azul, apenas se la vería sobre la cama. O por esos enormes ojos azules suyos, cuando se percató de su presencia y se abrieron para enfocarlos con ilusión y, un segundo después, sorpresa.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermano?

—Se ahogó anoche entre vapores etílicos. Soy su reencarnación mejorada. Juan 2.0.

—Muy mejorada, desde luego. —Sonrió y hasta ese gesto pareció costarle un pequeño esfuerzo. Lo escrutó de arriba abajo—. Afeitado, con un traje a la moda... ¿Llevas gomina?

—Mi ángel de la guarda insistió.

—Bendita sea. —Hizo un dramático gesto con las manos en alto, como si orara.

Él gruñó mientras tomaba asiento a su lado.

—Me obligó a acompañarla a una boda como penitencia por mis pecados.

—No tienes cara de que te hayan obligado a nada. —Alzó tanto las cejas que tuvo que llevarse una mano a su pequeña herida. Los puntos le tiraban—. Ya no tienes cara de lechuga. Pero sonrías como un tonto.

—Es que me alegra ver que mi hermanita pequeña está mejor —justificó y, de inmediato, su rostro se ensombreció—. Me has dado un susto de muerte, pequeñaja.

—Sí, yo también me he asustado bastante esta vez —reconoció algo compungida—. Y además, no has sido tú quien ha venido a verme esta mañana.

—Lo siento en el alma. —Le tomó la mano en la que no tenía ninguna vía,

aunque sí marcas de haber recibido más de un pinchazo—. Te juro, te lo prometo por la memoria de nuestros padres, que no volveré a hacer nada parecido.

—No jures por nuestros padres. —Soltó su mano de mala gana—. Solo comprométete a cumplir tu palabra.

—Hecho.

—Muy bien. Porque esto no va a ir a mejor, Juan. Ya no me van a dar más radioterapia. Está claro que no me hace ningún bien, al contrario. Se centrarán en la quimio, otra tanda más. Y si después de eso no hay mejoría apreciable, ya me han advertido que, de no lograr un trasplante de médula, lo mejor será que vuelva a casa y allí reciba cuidados paliativos.

Juan respiró con las aletas de la nariz completamente dilatadas.

—¿Solo otra tanda de quimio?

—Sí. Tampoco parece estar haciendo demasiado. Pero al menos no me deja inconsciente.

—Ya estás aguantando más del doble de lo que auguraban los primeros médicos. Eres dura de roer. Aguantarás hasta que haya alguna donación compatible.

—Ese es mi clavo ardiendo. Aunque, por si no tengo esa suerte, creo que será mejor acelerar los preparativos de la boda. Poner ya una fecha. Yo diría que un par de meses a lo sumo.

Observó que él la miraba algo perplejo, como si hablar de su posible inminente muerte como si tal cosa lo sorprendiera. No entendía por qué. Ella llevaba años haciéndose a la idea de que ese momento iba a llegar. Que fuera en menos de dos meses le venía un poco mal, con una boda entre manos y eso, así que la muerte iba a tener que esperarla un poco más. Eso se decía cada mañana al despertar. «Aquí sigo. Aún no me has llevado contigo. Gracias, supongo, aunque no pienso dejar de luchar».

Juan no parecía verlo desde esa perspectiva. No podía culparlo. Tampoco a ella le hubiera gustado quedarse sola, sin su hermano, después de haber

perdido a sus padres y no contar con más familia. Pero su caso habría sido diferente, pues ella tenía a Álex.

Pensar en su soledad le dolió en el pecho, como siempre. No obstante, por primera vez un rayo de esperanza calmaba ese dolor. La escueta historia de Claudia no le había ayudado a comprender las cosas, así que tendría que preguntarle a su hermano de forma directa.

—¿Tú también llegaste ayer a esa conclusión, verdad? Que había que adelantar la boda.

—No, no lo pensé, la verdad. Aunque supongo que es lo mejor.

—Y si no era para decirle a Luz que había que acelerar los preparativos, ¿para qué fuiste a verla anoche?

Juan achicó los ojos, muy serio, plenamente consciente de su treta.

—Eres una listilla, ¿verdad?

—No soy tonta. Y tú estás... diferente. Y no solo por tu aspecto físico. Venga, cuéntame.

Juan se recostó sobre la incómoda silla, clavándose el respaldo en mitad de la columna. Pero así estaba unos centímetros más alejado de los escrutadores ojos de Carla.

—Después de que me echaran de aquí y me dijeran que no podía volver hasta once horas después, me sentí impulsado a acudir a ella.

—Pero primero te emborrachaste.

—Traté de ahogar ese impulso en el mismo alcohol con el que trataba de olvidar que te me ibas para siempre. Pero el *whisky* no pudo ni con una cosa ni con la otra.

—Condujiste hasta su casa. —Él asintió cabizbajo—. Juan...

—Lo lamento. Pero te juro que salvo la valla del jardín de su casa, no causé ningún desperfecto. Ni material ni humano.

—Menos mal, porque no podría con eso en mi conciencia. —Sacudió la cabeza y volvió a rascarse la zona de los puntos. Era imposible gesticular sin que le recordaran que estaban ahí—. Más te vale arreglar esa valla. Y de

paso, ponerle unas bonitas flores en ese jardín.

—Ya le puse un magnolio chino, un columpio y una fuente con carpas además de las flores —añadió con una risilla misteriosa—. La valla la arreglaré lo antes posible. Lo mejor será sustituir la pieza dañada. Creo que donde la compré me venderán un par de metros sueltos.

Juan supo que estaba más sorprendida de lo que cabría esperar cuando se limitó a mirarlo sin decir nada, sin pestañear. Decidió explicarle de dónde había salido esa idea, que no era de otro lugar que de la gratitud. Había sido una forma de saldar una deuda. Su particular forma de darle las gracias por lograr lo que logró y salvar sus finanzas más inmediatas.

No obstante, conocía demasiado bien a su hermana para saber que no se conformaría con eso. Y ella a él tan bien como para comprender que allí había mucho más de lo que estaba contando.

—Así que creaste un jardín para ella, sin decirle nada, cuando estaba de vacaciones en Cuba, para poder tenerlo perfecto a su vuelta. En lugar de avisarle u ofrecerte a hacerlo como agradecimiento, a ver qué le parecía.

—Me arriesgué a que no le gustara.

—Pero sabías que le gustaría —aseguró muy convencida—. Porque no le habrás diseñado un jardín estándar, bonito y aceptable para cualquier humano. Se lo habrás personalizado.

—Claro, ¿por quién me tomas? Si hago algo así, lo hago bien.

La sonrisa de ella se ensanchó y Juan no supo qué habría dicho para ello.

—Eso requiere un conocimiento de los gustos y la personalidad de quien va a disfrutar de ese jardín. ¿Cuánto conoces tú a Luz, Juan? ¿De qué habláis cuando se supone que estáis organizando una boda?

—No se supone nada, la estamos organizando —repuso un poco ofendido—. Pero hemos coincidido en más lugares, es un pueblo pequeño. Y... bueno, no solo hablamos de ti y de Álex.

—Claro que no. Habláis de tal cantidad de cosas que, a pesar de conocerla desde hace solo unos meses, es a ella a quien buscas cuando el mundo se te

viene encima.

—Así es. —Suspiró y decidió dejarse de rodeos—. Hemos conectado. No sé explicar cómo, pero es así. Me siento más a gusto con ella que con cualquier mujer que haya conocido nunca. Descontándote a ti y a mamá, claro.

—Ya... Pero ella no es tu hermana ni tu madre.

—Gracias a Dios.

—Y hoy has ido con ella a una boda.

—Y te traigo un montón de ideas para la tuya. —Agitó una mano advirtiéndole de todo lo que tenía para contarle—. Te van a encantar.

—Ese traje que llevas me encanta.

—Lo imaginaba. —La sonrisa se le borró—. Pero no es una de ellas.

—Lástima. Pero dime. —A ella le interesaba más otro tema que su propia boda en esos momentos—. La habrás sacado a bailar, ¿verdad? Dime que lo has hecho.

Él suspiró y se echó hacia delante esta vez, apoyando los codos en las rodillas.

—Sí.

—¿Y?

—Solo fue un baile, teníamos que irnos.

—Sería un único baile, pero no solo un baile.

—No, tienes razón. —Juan cambió de nuevo de postura, cruzando una pierna sobre la otra a la altura del tobillo—. Fue mucho más.

—¡Te dije que algún día las clases de baile te serían muy útiles!

—Creo que hubiera dado igual ser un poco arrítmico. El contacto fue lo importante.

—Ay, hermanito. No subestimes tu poder de seducción como bailarín. —Dio unas suaves palmaditas y se incorporó un poco para acercarse a él—. Dime que la besaste.

—Allí no.

—Pero lo hiciste. Después.

Con otro suspiro, se sentó con ambas manos sobre sus rodillas y le resumió el momento de su despedida.

—Bailé de nuevo con ella en su jardín y ya en la puerta de su casa, sin espectadores, nos besamos, sí.

—En la puerta. Y nada más.

—No. Ha sido hace menos de una hora. Tenía que venir aquí.

—¡No me jodas! —Se llevó ambas manos a las mejillas—. Te he chafado el plan.

—No has chafado nada. No iba a pasar nada más. Bueno, de haber podido habría estado más rato con ella. Tengo intención de pasar mucho rato con ella —reconoció, tanto para ella como para sí mismo, sintiendo un hormigueo en todo el cuerpo mientras lo decía—. Pero vamos a ir sin prisas. El sexo no es lo importante.

—¿Perdón? —La mano de Carla voló hasta su herida—. Creo que este golpe en la cabeza es peor de lo que pensaba. Me ha afectado al oído.

—Idiota.

—Es que no puedo creer que hayas dicho esas palabras. —Ahora ambas manos estaban extendidas sobre sus mejillas.

—Ya te he advertido que soy Juan 2.0.

—Un clon de mi hermano, eso eres —repuso con tono tan acusador como su dedo índice señalándolo.

—Me gusta mucho Luz, pequeñaja. Me gusta estar con ella. Hablar, hacer cosas como cantar en un karaoke, tomar un Cola Cao con leche desnatada sin lactosa mientras la observo dormir o sentarme a su lado en un columpio en el silencio de la noche. Es una sensación nueva para mí.

Una de las manos de Carla se fue deslizando de forma lenta al centro de su cuerpo.

—Voy a necesitar medicación extra, el corazón se me sale del pecho.

—Déjalo ya.

—Juan, ¿te estás oyendo? —Le salió una risilla nerviosa—. Es

absolutamente maravilloso.

—Es... algo que está empezando. A ver dónde nos lleva.

Carla tomó su mano y la apretó con fuerza, transmitiéndole en aquel contacto lo feliz que se sentía por él.

—No sé dónde os llevará, pero va por muy buen camino.

Un repiqueteo sacó a Luz de sus agradables sueños antes de que le sonara el despertador. Miró la hora con un solo ojo, diciéndose que tenía que haberse quedado dormida si alguien estaba haciendo ruido ya en la calle. Las siete y diez. Demasiado pronto para cualquier cosa. No era domingo, así que no podía ser David cortando el césped. Él nunca iba tan pronto y además aún no estaba tan crecido como para que tuviera que hacerse cargo de arreglarlo.

Pero el ruido continuaba y parecía muy cercano. Remoloneó un poco hasta darse por vencida y levantarse a ver de qué se trataba.

No le vio la cara, pues la tenía metida dentro del vehículo mientras guardaba sus materiales. Sin embargo, conocía muy bien esa furgoneta. Y aún mejor las partes del cuerpo que sí se le veían. Piernas largas, cintura estrecha y espalda ancha. Brazos fuertes y morenos de trabajar a la intemperie, bajo el sol y la lluvia. Y esas manos...

Lo vio subirse al asiento del conductor y desaparecer. Rumbo a la obra, imaginó.

Observó la valla de su jardín. Sabía que era eso lo que lo había llevado a su casa tan temprano una mañana de miércoles. El madrugón la enterneció, pero a su vez le rompió un poquito el corazón.

No lo veía desde el sábado, aunque él le había enviado varios mensajes. Uno con información sobre el estado de su hermana; mejoraba, gracias a Dios. Otro diciéndole que en un par de días no iría a trabajar. Y un tercero, inesperado pero maravilloso, comunicándole que Álex regresaría en breve, en

cuanto consiguiera un billete de avión, y que esperarían a ese momento para tomar nuevas decisiones sobre la boda. Remataba el mensaje diciéndole que eso no significaba que él no pretendiera pasarse a verla antes. En cuanto pudiera. Que siguiera manteniendo un hueco para él en su apretada agenda.

No podía reprocharle que no la hubiera despertado para decirle que estaba allí, arreglando la valla que había atropellado. Pero lamentaba que no lo hubiera dejado para más tarde, cuando ella estuviera en su tienda.

—Ha sido considerado —le dijo a su reflejo en el espejo del baño después de lavarse la cara, restregándosela con excesiva fuerza—. No ha contado con que el ruido te despertaría, pero ha pensado en no molestar a tus clientes. Por eso no lo ha dejado para más tarde. O tiene tanto trabajo atrasado que más tarde le es imposible.

Pero su valla había sido lo primero en su lista de tareas pendientes, observó con resignación mientras encendía la ducha. Esperaba que verla a ella no estuviera muy abajo en aquella lista.

Con un suspiro de frustración, Luz colgó el auricular del teléfono con un par de golpes —innecesarios, pero satisfactorios— contra el inocente aparato que reposaba sobre el mostrador. Acababa de discutir con su madre por enésimo año consecutivo sobre el mismo tema. Era descorazonador tener que explicar una y otra vez por qué no podía estar allí con quien fuera su suegro y jefe, fingiendo que no había ocurrido nada.

¿No podían celebrar el cumpleaños de su padre en familia y, si querían hacer una comida con amigos, dejarlo para otra ocasión? No, no podían, insistía su madre, porque Evaristo era familia.

Más familia que su propia hija, parecía ser, ya que él acudía cada año a su casa con su botella de vino de trescientos euros, sus puros habanos, se sentaba en el sillón de masaje que su padre le cedía de buen grado para quedarse en el sofá contiguo y ni se planteaba rehusar la invitación para que ella la aceptara.

En dos ocasiones habían coincidido tras la muerte de Cristóbal en esa comida de cumpleaños. La primera, a pocos meses de que ella renunciara a su puesto de trabajo. Decir que la situación había sido incómoda era quedarse corto. Él se había encargado de soltar toda clase de indirectas sobre la causa de la bajada de beneficios de la empresa. Clientes que se habían marchado porque faltaban no uno, sino dos de sus mejores asesores.

Ni la intervención constante de Lidia, pidiendo que no se hablara de asuntos laborales porque aquello era una fiesta y a ella le aburrían esos temas, pareció surtir efecto. Que su propia hija adolescente le diera un toque de atención con semejante sutileza debería haberlo hecho sentir orgulloso, en lugar de haberla ordenado callar cada una de las veces que intervenía. Cualquiera otra cría se habría echado a llorar por mencionar a su hermano muerto en términos de asesor financiero eficiente fuera de plantilla en lugar de hijo querido y añorado.

Luz se había callado, al principio. La educación recibida, el respeto a la memoria de su marido y en consecuencia a su padre, y sobre todo, el que le debía a los suyos propios, le hicieron mantener la boca cerrada. Hasta que no pudo más.

Cargó contra todos. Solo Lidia se salvó. Les escupió todo tipo de reproches. A Evaristo por sinvergüenza, por su falta de saber estar, por ser avaro e inhumano. A sus padres por permitir que la hiciera sentir así delante de sus narices, sin decir ni pío, cuando veían cómo cada uno de sus afilados comentarios la hacían sufrir.

Cuando ni así logró el más mínimo apoyo por su parte, cuando la reprendieron por las malas formas y las acusaciones innmerecidas y exageradas, estalló en lágrimas y se marchó de allí jurando no volver a pisar aquella casa.

Hubo otros cumpleaños entre medias antes de que aceptara volver a enfrentarse a una situación similar. Tras muchos intentos fallidos, acababa de lograr tener una reconciliación con sus padres y estos habían asegurado que lo

de la otra vez no se iba a volver a repetir nunca. Sin embargo, su suegro iba a seguir siendo invitado a dicha comida.

Luz había pasado por mucho, muchísimo, en esos años. Se dijo que enfrentarse a él no podía ser peor que lo que había vivido en ese tiempo.

Cuán equivocada había estado.

Si bien no se mencionó apenas la empresa que un día abandonara, los ataques se centraron en la mala influencia que ella estaba resultando ser para Lidia. Su cuñada había rechazado estudiar lo mismo que ella y Cristóbal, Administración y Dirección de Empresas, porque no quería sumarse a la compañía de su padre nada más graduarse. Ella quería ser periodista.

Con su beca lograda a base de buenas notas, había pagado su primer año de universidad. Con sus propios ahorros había alquilado un piso en Valencia junto con otras estudiantes. Había abandonado la casa de su padre sin pedirle nada al marcharse de allí. Sin su permiso, sin su aprobación. De la noche a la mañana, le había dicho que la matrícula la había hecho en otra ciudad, en otra especialidad, porque ese era su sueño. Y porque quería estar cerca de Luz para poder verla más a menudo. «Ella es como una hermana», le había revelado casi llorando, «y me entiende como tú jamás me entenderás».

Evaristo no la vio durante meses, a pesar de que ella lo llamaba y le escribía correos electrónicos. Fue a visitarlo en Navidad. Pero él nunca fue a su piso compartido, nunca puso un pie en su universidad. Apenas la llamó. Sin embargo, Lidia nunca le reprochó nada. Ni siquiera su negativa a pagarle el segundo año de universidad. Si quería estudiar a costa de su dinero, había exigido este, debía ser en Madrid. Y la especialidad elegida por él.

Aquel fue el desencadenante de la discusión de ese fatídico cumpleaños. Luz le había prestado dinero a Lidia. Incluso le había ofrecido ser colaboradora suya por horas en su nuevo negocio. Ya estaba asentado y podía permitírselo, incluso lo necesitaba, pues ella sola no llegaba a todo.

Las acusaciones fueron terribles, llegó a decir que lo que pretendía era separarla de él. Nada más lejos de la realidad. Ilusa de ella, la había estado

empujando a llamar más menudo a su padre, a visitarlo más fines de semana. Le había sugerido a Lidia que se sentara a hablar con firmeza con él, como ella había hecho con sus padres. Que así comprendería que ella no valía para el trabajo que él deseaba, pues aquello la iba a hacer infeliz además de ser un lastre para la empresa.

Luz no se molestó en defenderse. Serena, porque ya no se alteraba ante las cosas con tanta facilidad, se levantó de la mesa, pensando en la suerte que había sido que Lidia hubiera pillado un tremendo resfriado y se hubiera tenido que quedar ese día en su piso de Valencia recuperándose.

Besó a sus padres y les dijo que se verían en Nochevieja, cuando celebraban su cumpleaños y el de su madre también, pues eran con solo dos días de diferencia. Si querían verla antes, ya sabían dónde vivía.

Cogió su chaqueta y su bolso. Le entregó su regalo aún envuelto a su padre, diciéndole que esperaba que le gustase. Les deseó buen provecho sin escuchar sus súplicas para que se quedase, sin querer oír sus excusas. Y antes de salir por la puerta, le dio un último mensaje a Evaristo, sin esperar su respuesta.

—Espero que algún día seas capaz de ver que eres tú, solo tú, quien está alejando a Lidia de ti. En mí tuviste otra hija, una vez. Procura no quedarte sin ninguna.

No lo había vuelto a ver. Ni pretendía hacerlo. Aun así, año tras año, cuando llamaba a casa para felicitar a su padre, tenían la misma discusión. Este le pasaba con su madre para que intentara convencerla de que acudiera a la comida, sin éxito.

Mientras Evaristo estuviese en la casa, ella no la pisaría. No iba a cometer ese error una tercera vez. Sabía por Lidia que había cambiado apenas. Su única y fría forma de aceptar la decisión de esta había sido hacerle un ingreso mensual en su cuenta corriente. Tampoco una cantidad desorbitada, lo justo para cubrir sus gastos más esenciales. Aunque Lidia tampoco habría aceptado más.

Luz se propuso que aquella conversación telefónica —y todos aquellos

horribles recuerdos— no le amargaran el día. Por algo se había alejado de todo aquello, había buscado una nueva vida, un nuevo hogar, un nuevo empleo. Por algo era su propia jefa, la única dueña de su vida. Se había jurado hacer solo lo que la hiciera feliz, estar solo con personas que le aportaran cosas buenas y productivas. Rodearse de buena gente, con buenos propósitos, con sanas intenciones.

«O con esa sonrisa que me llega a lo más hondo del corazón», se dijo conteniendo el aliento cuando Juan apareció en el umbral de la puerta del local, mirándola con tal intensidad que le temblaron las rodillas.

Decir que estaba guapo no sería hacerle justicia. La verdad era que vestía como siempre, su ropa de trabajo algo salpicada de polvo aquí y allá. Pero su porte, su gesto, eran distintos. Estaba exultante e irradiaba un aura de seguridad y fortaleza que casi era contagiosa.

Luz se dejó invadir por esas maravillosas vibraciones y salió de detrás del mostrador para recibirlo.

—Buenos días.

—Buenos días. Confío en que te apetezca desayunar por segunda vez, aunque sean las once y media.

Ella le devolvió la sonrisa y cogió la bandeja de cartón que él le ofrecía, con dos vasos y una bolsa de su cafetería favorita. La dejó sobre el mostrador para coger las perchas que colgaban de los dedos de su otra mano.

Envueltos en un plástico con el nombre de una tintorería, estaban el traje, la camisa y la corbata que ella le había prestado. Los dejó con cuidado también sobre el mostrador.

—No hacía falta que me lo devolvieras, ya te lo dije. Estabas muy guapo, deberías quedártelo todo.

Él le cogió una mano y comenzó a jugar con sus dedos mientras la miraba a los ojos con gesto indescifrable.

—Nada de azules modernos para mí. Aunque los zapatos eran de un azul oscuro aceptable, y muy cómodos, así que me los quedo. Súmamelos a la

factura de la boda de mi hermana. —Ella fue a negarse, pretendía regalárselos, pero él no la dejó abrir la boca, tapándosela con un dedo de forma muy suave—. En cambio, tú sí podrías volver a ponerte ese vestido azul celeste que llevabas.

—¿Cuándo? —Su aliento le rozó la piel antes de que apartara el dedo, provocando un escalofrío a Juan, que lo deslizó por el contorno de su labio y bajó con tortuosa lentitud por su barbilla hasta recorrerle todo el mentón.

—En alguna boda que tengas en breve. Quizás, una que tú misma estés organizando y a la que, como excepción, te gustara asistir. —Le apartó un rizo y lo colocó con cuidado detrás de su oreja—. Creo que tu acompañante también está invitado. De hecho, es el padrino.

—Uf, no sé. —Apoyó en su pecho la mano que no tenía atrapada en la suya. Sintiendo su calor a través de la tela, comenzó a jugar con uno de los botones de su camisa de trabajo—. La boda a la que te refieres ya tiene las mesas organizadas.

—Seguro que podemos encontrar un hueco en la mesa de los niños —adujo a punto de echarse a reír al imaginarla allí, entre diez renacuajos inquietos.

Otro rizo llamó su atención y lo enroscó en un dedo antes de colocarlo junto al anterior.

—La mesa de los niños siempre es la más divertida. Hay juguetes y chuches. Me encanta hacer torres de bloques. —Frunció los labios y los ojos de Juan bajaron como un rayo hasta ellos—. Aunque si se me ocurriera dibujar algo, los otros niños se reirían de mí.

—Antes te siento en mi regazo —declaró perdiendo la sonrisa y bajando hasta su boca sin poder esperar más.

Luz lo atrajo por la nuca a la vez que él rodeaba su cintura y la alzaba más cerca de él. Fue como si no empezaran de cero. De alguna forma, el beso del sábado había quedado en un *impasse* y aquello era la continuación del punto exacto donde lo habían dejado.

A Juan el corazón le palpitaba con tal fuerza que lo sentía retumbar en su

pecho. Llevaba tres días pensando en ella, en todo lo que había sucedido desde la noche del viernes, en lo que se habían dicho, en lo que habían compartido. Y en ese beso de forma recurrente. Lo recordaba, sentía su sabor, su tacto, su aroma. Jamás un beso había significado tanto para él. Nunca una mujer se le había clavado en el alma además de en la carne. Y ni siquiera ahí habían llegado a calar tan hondo como para robarle el sueño. Ella ocupaba su mente tanto despierto como dormido.

—¿Qué me has hecho, Luz? —inquirió de forma inconsciente.

—¿Yo? —La pregunta fue casi un sollozo—. ¿Y tú a mí?

No fue tanto lo que dijo, sino cómo lo hizo. Una especie de suplicante reproche.

La empujó un poco, sin apenas darse cuenta, hasta chocar contra el mostrador que ella tenía a su espalda. Entonces sus caderas se movieron por voluntad propia, atrapándola. Ella no tardó en sentir su dureza creciente y una ola de calor la recorrió desde aquel punto donde parecían ir a fundirse, llegando a cada célula como una onda expansiva.

Juan la sintió tirar de su pelo con fuerza y creyó que pretendía apartarlo. «Tal vez me he excedido», pensó por un doloroso instante. Sin embargo, cuando apartó la boca de la suya y la miró a los ojos pidiendo disculpas sin palabras, ella frunció el ceño con mirada confusa y enredó de nuevo sus dedos en sus cabellos para atraerlo hasta sí.

Una satisfacción sin precedentes inundó a Juan por entero. La devoró, con ansia, sin sutilezas. Se apoderó de su boca mientras sus manos la recorrían de arriba abajo, su espalda, su nuca, sus nalgas, para apretarla más contra su rigidez palpitante.

Liberó sus labios porque ambos necesitaban respirar, los jadeos reclamando aire fueron prueba de ello cuando él deslizó su boca abierta por la grácil garganta que ella exponía a su merced. Deslizó la lengua por aquella delicada piel, de lado a lado, hasta el lóbulo de su oreja, subiendo por esta con pequeños mordiscos que la hicieron estremecer.

Algo vibró entre ellos, aunque al principio creyeron que eran ellos mismos. El cosquilleo provocó que Luz se apretara más contra Juan y que este gruñera en respuesta. La musiquilla que acompañó a la vibración dos segundos después, reveló el origen del suave y agradable movimiento en aquella enardecida zona de su anatomía.

—Qué oportuno —rumió Juan, dando un paso atrás.

—Tal vez sea importante —adujo Luz, tratando de recuperar la compostura.

—Más vale que lo sea. —Con gesto enfadado, sacó el teléfono del bolsillo de su pantalón—. Saavedra.

En cuanto dio un paso atrás, Luz detectó un movimiento al otro lado de la cristalera. Un repartidor de paquetería atravesaba su jardín. Un suspiro de alivio fue expulsado con fuerza mientras lo observaba caminar y se imaginaba lo que podría haber sucedido si una llamada no los hubiera obligado a separarse. No habían pasado ni quince segundos y Juan ya colgaba el teléfono para acercarse a ella de nuevo. Tuvo que frenarlo con ambas manos, porque él volvía a la carga sin ser consciente de que tenían compañía.

—Bendito móvil —susurró mirándolo con los ojos como platos—. Buenos días, Germán.

Juan se dio la vuelta. Y volvió a ponerse de espaldas un segundo después. Su pantalón aún revelaba la excitación que lo tenía preso.

Se hizo cargo de llevar el desayuno hasta la mesa de recepción mientras Luz atendía al empleado de reparto. Por la confianza en el trato, dedujo que este pasaba a menudo por allí. Lógico, ella recibiría muchos envíos de la amplia variedad de productos que exponía en su local.

Respondió sin mucho entusiasmo al hombre cuando se despidió de ambos y observó a Luz sentarse frente a él. Manteniendo un poco las distancias, comprendió enseguida. Allí no podían dejarse llevar. Era su lugar de trabajo y cualquiera podría aparecer de pronto.

Luz aceptó el café que le ofrecía sin mirarlo a los ojos. Estaba algo avergonzada, captó también. Mejor no presionarla y cambiar de tema.

—He arreglado la valla esta mañana.

El comentario pareció tranquilizarla de inmediato. Lo miró con una sonrisa más relajada. Y le contó que lo había oído poco antes de que se marchara. Estaba a punto de disculparse por despertarla cuando el teléfono vibró de nuevo.

—Vaya día con el telefonito —protestó, aunque el gesto le cambió cuando la música que comenzó a sonar fue diferente a la anterior. Una canción de rock muy famosa y significativa—. Es Álex —avisó a Luz antes de descolgar.

Ella lo escuchó atenta, pues él no hizo ni el más mínimo intento por evitar que oyera la conversación. Incluso la miró con una sonrisa y repitió lo que él decía al recibir la estupenda noticia. Tenía vuelo para el día siguiente. En pocas horas estaría de vuelta en casa.

Cuando colgó, respiraba con dificultad y sus ojos tenían un extraño brillo. Luz casi temió que fuera a echarse a llorar. No se habría imaginado nunca que una noticia en apariencia insignificante pudiera provocar esa reacción en él. Ya sabían que iba a volver en breve, solo necesitaba un billete de avión, no era como si estuviera en un lugar remoto e incomunicado. ¿Entonces, qué...?

—Lo que ha pasado Álex en los últimos meses no se puede explicar con palabras. —Juan miró el móvil entre sus manos, como si rememorara cada conversación mantenida con su cuñado a través de este—. No poder verla, recibir a través de mí tanto las buenas como las malas noticias, todo ello lejos de casa y en países desconocidos, algunos inhóspitos, sin saber defenderse en la mitad de los idiomas que allí hablaban. Le han atracado, estafado, ha pasado apuros económicos serios hasta que hemos podido hacerle llegar dinero, ha dormido en cuchitriles y hasta a la intemperie. He perdido la cuenta de las veces que ha enfermado; fiebres, diarreas, accidentes de tráfico, picaduras de bichos de lo más raros... Y aun así, él ha seguido buscando, siguiendo todas las pistas que iba recopilando, nunca dándose por vencido. Juró que no volvería sin Gerardo. Le prometió a mi hermana delante de mí que iba a traerlo aunque fuera amordazado en una maleta. —Rio con amargura—.

Le dijo que no iba a permitir que muriera si la esperanza de salvarla estaba en algún lugar de este planeta. Sin embargo, debe volver mañana e incumplir su promesa.

Luz asimiló cada palabra con empatía, viendo tanto el dolor como la alegría que suponían su vuelta.

—Quizás esté muerto. Si no ha podido encontrar a Gerardo, tal vez sea porque ya no está en este planeta. —Juan la miró con media sonrisa apenas perceptible. Ella quería una sonrisa completa, tan radiante como la que le había regalado al entrar por su puerta—. Y tampoco se rinde por venir ahora. Tiene que cumplir otra promesa que le ha dado a Carla. La de casarse con ella. Después, puede seguir su búsqueda de otra forma. Con todo lo que ha recopilado en estos meses, tal vez sea más sencillo que antes hacer un seguimiento por Internet y por teléfono.

Juan la miró unos instantes con expresión calmada, aunque el dolor no se borró de su rostro como ella había deseado.

—Mi hermana no le dejará dedicar un solo minuto más a buscarlo. De hecho, esta vez está diferente que tras las anteriores visitas a la UCI. Creo que... se ha resignado.

Luz parpadeó confusa.

—Tu hermana no me ha parecido de las que se rinde.

—Rendido no, resignado a aceptar las cosas como son —matizó más serio que dolido—. A comprender que esa donación no va a llegar por ninguna vía. Y que lo que le queda es cruzar los dedos para que el tratamiento no acabe con ella antes que la propia enfermedad.

—No lo hará —aseguró Luz, muy convencida—. Ten esperanza. Se curará, de una manera o de otra, lo logrará.

—Dilo otra vez. —Esta vez la sonrisa fue cómplice. Ella lo captó enseguida. Ambos recordaban su conversación del viernes anterior, cuando él había estado borracho y calado hasta los huesos, desesperado, buscando su consuelo—. Si me lo dices, te creeré.

Luz se levantó, bordeó la mesa, le quitó el móvil que aún sostenía entre las manos y se sentó de nuevo, esta vez sobre su regazo. Con los brazos sobre sus hombros, lo miró a los ojos y habló de forma pausada y clara.

—Ten fe. Todo saldrá bien.

Juan cerró los ojos y apoyó la frente sobre la de ella. Respiró hondo, inhaló su aroma, la rodeó por la cintura y se deleitó en la paz que le transmitía aquella postura.

—Gracias —susurró, con una nueva dosis de esperanza que no había creído posible recuperar minutos antes.

Había esperanza, tenía que haberla. Ellos dos allí sentados, abrazados y ella transmitiéndole su fuerza y su fe ya eran un milagro. Porque él nunca había creído que sentirse así con una mujer fuera posible. Si ese milagro se había obrado para él, que no se creía merecedor de ello, ¿cómo no iba a sucederse uno de mayores dimensiones para su hermana, que merecía todo lo bueno de este mundo?

Carla abrió los ojos poco a poco. Antes de tenerlos abiertos por completo, ya supo que no estaba en la UCI. El silencio de su habitación en la clínica la envolvía como el blanco inmaculado que lo inundaba todo. La acababan de trasladar esa mañana, recordó de pronto, aún desorientada.

También supo que no estaba sola. No fue ningún ruido lo que delató a Álex, sentado a su lado en la butaca. Fue su familiar aroma. Carla lo reconocería en cualquier parte hasta el día en que muriese.

—Hola —susurró muy bajito—. ¿Estás despierto?

Los ojos oscuros y cansados de Álex se abrieron de inmediato. Una sonrisa emergió con lentitud y algo de desasosiego.

—Hola, mi vida.

Se incorporó en su asiento y tomó las manos que Carla ya le ofrecía. Besó

sus dorsos con devoción, tantas veces que ella tuvo que apartarlas para rodear su rostro.

Álex se había propuesto no venirse abajo cuando la viera. Por suerte, la había encontrado dormida y había podido observarla sin ser visto. El cansancio lo había vencido tras haber dormido apenas seis horas en las últimas cuarenta y ocho. Pero echar una cabezadita en aquella butaca había sido suficiente para relajarlo un poco, lo justo para desbaratar su concentración. Y no pudo más. Las lágrimas invadieron a sus ojos y la congoja apesó su voz.

Carla lo dejó llorar, jurándose a sí misma que ella sería ahora la fuerte de los dos, pues él ya lo había sido tiempo suficiente.

—Lo siento. Lo siento tanto...

—No hay nada que sentir —aseguró ella, buscando su mirada.

—Te he fallado. Te dije que lo encontraría, y no lo he logrado.

—Estás aquí, ¿verdad? Eso es lo único que me importa. Que hayas vuelto a mí. Sano y salvo. Aunque te hayas dejado varios kilos y parte de tu salud por el camino.

Álex se secó las lágrimas, sorprendido por la firmeza de su voz. Si ella podía mantener el tipo, él no iba a ser menos.

—Me he hecho una analítica antes de venir a verte. Para asegurarme de que no traía nada raro que poder contagiarte.

—Tan considerado como siempre. —Le sonrió y esperó a que él le devolviera el gesto—. Has estado más enfermo de lo que me has contado por teléfono, ¿verdad?

—Verdad —confesó de inmediato.

—Y le hiciste jurar a mi hermano que no me diría nada, imagino.

—Exacto.

—Vale. Pues no quiero una sola mentira más.

—Te doy mi palabra. No quería preocuparte —se disculpó y se sentó a su lado para abrazarla—. Te quiero, Carla. Dios, ¡te quiero tanto...!

La besó en los labios con toda la delicadeza que pudo, cuando lo que deseaba era tomar su boca con desesperación. Pero no quería hacerle daño. Sabía que aún estaba convaleciente. Terminó el beso con suavidad y acarició su frente con los labios, justo en el lugar donde la venda cubría sus puntos. Ella se acurrucó en el hueco de su hombro.

—Siento todo lo que has tenido que pasar por mi causa —murmuró contra la reconfortante piel de su cuello.

—Volvería a pasar por ello mil veces si así lograra curarte —declaró de forma cruda y tajante.

—Dime que al menos has sacado algo bueno de estos meses —solicitó ella acariciándole el pelo de la nuca.

—He visto paisajes preciosos. Faltabais tú y tu cámara para haber podido disfrutarlos de verdad —comentó con pesar—. Y una noche me divertí con una mujer.

Carla se separó de golpe de él. Cuando lo miró a los ojos, vio en ellos un gesto de horror de lo más desolador.

—No, no, no. No es lo que piensas. Joder, ha sonado fatal.

—Bastante mal —admitió ella, más incrédula que irritada.

—Es por culpa del *jet lag*. No sé ni lo que digo.

—Aunque no es que sucediera lo que me sorprende. Si no que me lo digas con este descaro —reconoció con voz ahogada.

—Que no es eso lo que pretendía decir... ¿Cómo que no te sorprendería? —Su gesto se volvió rudo—. No me he ido de picos pardos, Carla. He ido a buscar a tu padre hasta debajo de las piedras. ¿Cómo piensas que iba a tener tiempo ni ganas de nada semejante cuando tú estabas aquí ingresada? ¿Cuando no podía dejar de pensar ni un minuto que en cualquier instante dejarías de respirar y yo ni siquiera estaría a tu lado para darte la mano y decirte adiós?

Carla cerró los ojos y sacudió la cabeza. Habían sido meses muy duros. Por la mente, muchas veces atiborrada de medicación, se le había pasado de todo.

—Perdona. Tienes razón. Es solo que entiendo lo solo que has debido de

sentirte. Créeme, me he puesto en tu lugar. Sé que en algunos países en concreto te habrás visto tentado en innumerables ocasiones, dado que son lugares de turismo... sexual —carraspeó—. Y cuando uno se siente desesperado y solo... No sé, llegué a pensar que podrías haber huido de la realidad a través de una mujer que te ofreciera su consuelo. No te habría podido culpar por ello.

—Lo hice. Pero a través de la música. Nada de sexo. Te doy mi palabra.

—¿Has estado dando conciertos? —Parpadeó con sorpresa.

—Solo una noche. Con una mujer que te habría caído genial.

Le contó su insólito encuentro con Heather. Las horas que pasaron en aquella taberna desvencijada rodeados de vecinos del pueblo que los aplaudieron tras cada tema.

Ella lo había invitado a pasarse a ver el rodaje a finales de semana. Él había asegurado intentarlo si disponía de tiempo. Estaba esperando noticias sobre el lugar donde había ido Gerardo tras dejar el pueblo en el que se hospedaba.

No las obtuvo, su casero no logró obtener información alguna en los tres días que Álex se había dado de plazo para abandonar la región y seguir buscando. Antes de partir, decidió acercarse a despedirse de Heather. La vio rodar varias tomas de una escena en la que el coche en el que viajaba volcaba y ella caía en una cuneta embarrada.

La muy camicace no había aceptado una doble para esa escena ni para ninguna otra. Estaba llena de rasguños y barro cuando lo percibió entre el equipo técnico.

Se habían tomado un refrigerio juntos y ella le había deseado buena suerte, aunque antes de marcharse, le había contado algo que le había dado una última esperanza.

En la película salían algunos animales que, en teoría, la iban a atacar cuando ella se adentrara en la selva. Por supuesto, estaban amaestrados y para atenderlos había un equipo de especialistas. Tras la noche en la taberna, ella les había preguntado si habían conocido en el pueblo en esas semanas a algún

hombre que se dedicara a algo similar. Y dio la casualidad de que sí. En una ocasión, en una de las tiendas donde se vendía desde fruta hasta cartuchos de escopeta, coincidieron con un hombre que encajaba con la descripción. Al verlos comprar sacos de comida para animales, les preguntó si necesitaban ayuda, pues era veterinario y acababa de terminar su contrato. Como no necesitaban a nadie, habían tenido que rechazar su ofrecimiento. Él había comentado que entonces cogería su coche y recorrería Centroamérica en busca de un empleo.

Podría no ser él, no era el único que había perdido el trabajo con el cierre de la empresa turística, pero de seguro se trataba de un hombre español, de unos cincuenta años y con un brazo tatuado.

—Ese mismo día alquilé un coche y fui tras esa pista —le indicó Álex. Ella había escuchado su narración sin abrir la boca una sola vez—. Ya estaba en Guatemala cuando Juan me avisó de tu accidente en el baño. Pero no había logrado nada nuevo. Es posible que ya haya llegado a Sudamérica. Podría llamar a la embajada de...

—No quiero que sigas con ello, Álex —lo cortó de inmediato—. Ya has hecho suficiente.

—No voy a volver a irme. Solo sería una búsqueda a distancia.

—No importa. Quiero que lo dejemos como está. Que nos centremos en nosotros. En vivir.

—¿Estás segura?

La sintió asentir contra su pecho.

—He estado pensando, Álex. —Sin apartarse de su abrazo, lo miró a los ojos—. Y creo que lo mejor será que la boda sea lo antes posible. No creo que esperar sea una buena idea.

—Juan ya me ha dicho que te cancelan la radioterapia —le informó, acariciándole una mejilla con los nudillos.

—Sí. Pero tampoco quiero más quimio antes de la boda. Y quiero irme a casa en cuanto sea posible. No quiero estar más tiempo encerrada aquí.

Álex tragó saliva. Aquel era un momento que sabía que podría llegar. Y él le había dado su palabra hacía mucho tiempo, justo antes de ingresar en aquella clínica. Si ella quería dejar de tratarse, él no pondría impedimentos.

—Hablabamos con los médicos y se lo diremos —aceptó, rotundo.

—Gracias por entenderlo. No quiero someterme a otra sesión de quimio y arriesgarme a empeorar. Prefiero estar como estoy ahora el día de nuestra boda.

—Por mí nos casamos ahora mismo. Cogemos un taxi e irrumpimos en la primera iglesia que encontremos —propuso, divertido.

—¿Y perderme el fiestón que hemos estado organizando? Ni hablar.

Aquello hizo reír a Álex de verdad por primera vez en mucho tiempo. Carla vio con total claridad en ese momento al hombre del que se había enamorado, por encima de su piel algo cenicienta y sus ojeras demasiado marcadas. La sonrisa que la había cautivado desde que lo viera en un escenario entregado a la música que lo transportaba a otra dimensión. A un lugar donde todo era posible.

Él la había llevado a ese lugar la primera vez que la besó. «Ojalá pudiéramos vivir allí para siempre», se dijo mientras lo observaba. Cuánto lo había echado de menos.

—Todo será cómo y cuándo tú desees. Estoy a tu total disposición.

—Te tomo la palabra. Coge mi agenda del cajón. Busquemos una fecha y llamemos a Luz. Por cierto —apuntó cuando él le entregó lo que le pedía—. Tienes que conocerla cuanto antes.

—En cuanto pueda me pasaré por su local. Le pediré a Juan que me acompañe. Trabaja cerca, según me contó.

—Sí. ¿Y también te contó que se ha enamorado de ella?

—¿Que... qué? —A Álex se le cayó el bolígrafo que acababa de encontrar sobre la mesita.

Carla rio a carcajadas.

—Él aún no lo admite con esas palabras. Pero está coladito por sus huesos.

Ven, acércate, que te cuento.

Capítulo 23

Lidia llegaba tarde. Por tercer día consecutivo. En circunstancias normales, Luz le habría reprendido por ello, sobre todo por la reincidencia. Suerte que últimamente estuviera algo dispersa y ese tipo de cosas se le escaparan.

Entró por la puerta de Nuestro momento justo cuando una pareja se marchaba.

—Adiós, y que salga todo muy bien —los despedía Luz.

—Gracias. No olvides pasarte por casa una tarde cuando vayas a visitar a tus padres.

—Lo recordaré, querré conocer a vuestra «mini-vosotros» —bromeó, haciéndolos reír.

La pareja salió por la puerta y Luz se los quedó mirando un rato con una sonrisa un poco tonta en los labios.

Había sido una maravillosa sorpresa volver a ver a Jorge y Laura, amigos desde la universidad. Llevaban tiempo trabajando fuera del país y ahora volvían para asentarse de nuevo en Madrid. Estaban de vacaciones por el Mediterráneo y habían querido pasar a saludarla. Y comunicarle la buena nueva. Iban a ser papás en breve. Ella les había ayudado a organizar su boda, siendo unos de sus primeros clientes. A pesar de la distancia, la amistad seguía ahí. Un cosquilleo de nostalgia le recorrió el cuerpo.

—Vamos, dilo. —Lidia le palmeó el hombro con camaradería—. Te mueres de envidia.

—¿Cómo dices?

—Sí, es tu reloj biológico. Tic, tac. Suena cuando menos te lo esperas, pero sobre todo cuando ves a embarazadas, críos con mocos comiéndose no sé qué que hayan encontrado en el suelo y...

—Para, no seas... guarra —dijo sin tapujos—. Y no, no siento la llamada de ningún reloj, excepto el de la boda que tenemos mañana y de la que nos falta cerrar varios detalles.

—Vamos, me dirás que no sientes envidia. —Le hizo cosquillas entre las costillas con un dedo, varias veces, cosa que sabía que le molestaba bastante. Ella le dio un manotazo para apartarla—. ¿Ni un poquito?

—A ver, te lo voy a decir una vez y con eso zanjamos el tema. Siempre quise tener hijos, tu hermano lo sabía, y estaba en nuestros planes a largo plazo. Él murió y esos planes nunca tuvieron lugar. Y hasta ahora no había vuelto a encontrar a nadie con quien me llegara ni siquiera a plantear el simple hecho de mantener una relación. ¿Cómo voy a pararme a pensar en tener hijos?

—Hay muchas madres solteras. Existen los bancos de semen... —comenzó a enumerar Lidia.

—Sí, ya lo sé. —Le hizo un gesto de burla, arrugando el labio superior—. Y me parece muy bien que otras se decanten por ese camino. Pero no es el mío.

—Espera, espera... retrocedo en tus palabras porque creo que... has dicho: «Hasta ahora no había vuelto a encontrar». ¿Te has confundido en la conjugación o es que...?

Luz suspiró. La rapidez de su propia lengua la había delatado.

—No me he equivocado.

—¡Dios! ¡Lo sabía! Lo del bocadillo de Nocilla de la semana pasada fue el colmo de los detalles, Luz.

—¡Qué dices! —Tuvo que hacer memoria para saber de qué hablaba. Se refería a la merienda que había preparado para Juan como un guiño a cierta rebanada sorpresa que él había dejado una vez en su cocina—. Ni que hubiera sido de caviar.

—Haces muchas cosas por los demás, Lucecita, pero hasta ahora creo que solo a mí me habías preparado un bocadillo de esos. Bueno, tal vez a mi hermano...

La frase unida a su mirada retadora la hizo sentirse un pelín mal.

—A él no le gustaba más que el chocolate negro, en tableta, de un par de marcas concretas —adujo, con algo de tristeza en la voz.

—Cierto. Lo recuerdas mejor que yo.

—Lo recuerdo todo, lo bueno y lo no tan bueno, para bien y para mal. — Ahora se sentía un poco irritada—. Y tú eras muy niña, no te tortures.

Al notar que estaba empeorando su buen humor, Lidia prefirió no remover más el pasado.

—Vale, dejemos a mi hermano en paz en la gloria celestial. Aunque te aseguro que, sentado en una algodonosa nube, se sentirá muy feliz e incluso aliviado de que tú vuelvas a sentirte... así.

La señaló con ambas manos, como si fuera una azafata de televisión mostrando un producto a la venta.

—¿Así?

—Así, dominada por tus hormonas.

—No me siento dominada por mis hormonas. —Recordó el aroma de la piel de Juan, sus ojos mirándola en la penumbra, sus labios húmedos y ardientes, sus dedos ásperos apretando la carne de sus brazos... —Bueno, no solo eso.

—¡Dios mío! ¡Te has ruborizado! —Lidia se frotó las manos, ansiosa de saber más—. ¡Esto promete! ¡Cuenta, vamos, no te dejes detalle!

—Nos hemos besado. Varias veces —decidió confesar, pues tampoco había pretendido mantenerlo en secreto. Solo que no había sabido encontrar el momento para contárselo a nadie, menos aún a Lidia, siendo quien era.

Le narró lo ocurrido, pero se dejó muchos detalles. En concreto, todo lo concerniente a la tormentosa noche en la que apareció en su casa dando gritos. Esa parte se la saltó, pues no era algo que su cuñada necesitara saber en absoluto. Optó por decir sin más que había accedido a acudir a la boda de su

amiga con él, porque ella no había querido ir sin acompañante. Invitarlo le había parecido una buena excusa para avanzar en los detalles del enlace de su hermana, y él había aceptado.

—Joder, debes de tenerlo coladito de verdad para que aceptara ir a una boda. ¿No era antimatrimonio?

—No digas palabrotas —la increpó, como siempre—. El de su hermana le parece bien.

—Como última voluntad —farfulló, poniendo los ojos en blanco.

—¡Calla! ¡No se va a morir! —Luz se levantó de golpe de la silla de detrás el mostrador. Su voz y su gesto eran iracundos. Tras mirarla como si quisiera darle un bofetón, se volvió a dejar caer con desgana sobre la silla—. Ni se te ocurra hacer un comentario semejante delante de él. ¿Me oyes? Y delante de mí, tampoco.

—Perdona. —La reacción le parecía exagerada, pero aceptaba que había sido un poco bruta—. Lo siento.

—Parece mentira que perdieras a tu hermano de una manera similar, qué poco tacto, de verdad —continuó ella, recogiendo sin ton ni son un montón de papeles.

—Precisamente porque lo he vivido, sé de lo que hablo y soy realista —se defendió, sintiéndose atacada.

—¿Acaso eres médico? —continuó, cada vez más nerviosa—. ¿Sabes siquiera cuál es su estado?

—Sé que ha renunciado a seguir con la quimioterapia por el momento.

El estómago de Luz se encogió sobre sí mismo.

—¿De dónde has sacado eso?

—La oí hablar con Álex el día que me llevaste a conocerlos al hospital, mientras tú ibas al baño. Yo estaba en el pasillo, pero pude oírlos sin que se dieran cuenta. No va a volver a tratarse, como pronto, hasta después de la boda. Lo siento —añadió al ver que Luz se venía abajo.

Habían acudido al hospital para conocer a Álex, pues este no quería

separarse de Carla ni un instante. Allí les habían comunicado que ya tenían fecha definida, siempre que lo planificado fuera posible. Por suerte, lo era. Y la fecha elegida era nada menos que la víspera de San Juan. Muy simbólico dado el lugar donde iban a casarse.

También les habían contado que en unos días Carla se iría a casa, pero no le habían dado ningún detalle de su tratamiento. Ella había creído que podría ir y volver para administrarse la quimioterapia, no que fuera a posponerla o, incluso, cancelarla.

Luz hundió la cara entre las manos y la otra se acercó para acariciarle la espalda. Tras un buen rato frotándosela con cariño, susurró.

—Juan tiene suerte de tenerte a su lado. Te necesitará cuando llegue el momento. Yo no lo habría podido sobrellevar sin ti.

La silla rechinó contra el suelo cuando Luz se levantó de golpe de nuevo. Tenía la mandíbula apretada con fuerza y la voz le salió entre dientes.

—A veces me dan ganas de darte una torta como si fueras una niña malcriada. Luego recuerdo que no soy tu madre, a pesar de haber tenido que hacer ese papel contigo muchos años. Entonces la torta me la daría a mí, por no haber sabido hacer bien mi trabajo contigo.

Los ojos de Lidia se humedecieron y sintió como si algo se rompiera en su interior.

—Si me la merezco, dámela. Si eso te va a hacer sentir mejor, hazlo. Pero la realidad es la que es, Luz, por mucho que tú quieras poner todas tus esperanzas en un caso perdido.

—Ya eres mayorcita. Fustígate tú sola. —La mirada que le echó la dejó muda—. Y termina esto para mañana, que es tu trabajo de adulta. Yo he acabado por hoy. Cierra al salir.

Lo último que Lidia oyó fue el portazo que dio al marcharse, y después, el silencio. Corto. Hasta que la voz de su conciencia, una conciencia muy trabajada por su amiga, hermana y madre, Luz, una conciencia muy pesada y machacona, le dijo la boca tan grande que tenía y lo mal que se le daba

mantenerla cerrada.

Una pareja paseaba camino a la playa, de la mano, sonrientes, de pronto ella se detuvo con cara de sorpresa y le dijo algo que alarmó al hombre, aunque el rostro le mudó de pronto a una sonrisa resplandeciente. Se acercó a ella y...

—Juan. ¡Juan!

El aludido se giró bruscamente al oír su nombre, tanto que perdió el equilibrio y se inclinó ligeramente hacia un lado. La vista se le puso en blanco por un momento, el estómago le dio un vuelco y perdió el equilibrio lo justo para tener que sostenerse en el hombro de su compañero.

—Uf —resopló, tratando de recomponerse, respirando con dificultad y pestañeando numerosas veces.

—¡Eh! Tío, ¿estás bien?

—Sí, sí. No sé, me he mareado un poco.

—¿Has comido bien hoy?

—Sí, en el bar. Incluso he merendado. —«Un bocadillo de Nocilla, a la que de pronto me he vuelto adicto», pensó con sonrisa amarga.

Javier lo miró ceñudo, evaluando la situación.

—Entonces habrá sido un vértigo. Mi madre los tiene de vez en cuando. La tensión, el estrés... en su caso la menopausia. En el tuyo, la carga de trabajo, quiero pensar.

—Sí, eso será —aceptó tanto para él como para sí mismo. Aunque bien sabía que había sido otra cosa lo que había provocado aquel estado. Una idea loca le había cruzado la mente. Loca y absurda. Totalmente impropia de él. Tanto que hasta su propio cuerpo parecía querer huir de aquel pensamiento que lo desestabilizaba. Lo hizo a un lado lo mejor que pudo y disimuló de igual forma su desasosiego—. Dime, ¿qué querías?

—El camión con los materiales acaba de llegar. Pero si quieres puedo

hacerme cargo yo —se ofreció, tan responsable como siempre.

—No, no, estoy bien. —Se frotó la cara con ambas manos, tratando de despejarse—. Vamos, más vale que empecemos. Quiero irme a casa cuanto antes.

Enfrascado en la descarga de materiales, creyó que podría dejar la mente en blanco. No fue así. La imagen de la pareja lo atormentaba. Los rostros de ambos se habían convertido en los de Luz y el suyo propio en un traicionero juego de su cerebro. En el momento en que el hombre se había agachado y había puesto ambas manos en el abultado vientre de la chica, esperando recibir otra patada como la que ella parecía haber sentido, una imaginaria voz, muy parecida a la de Luz, había retumbado en sus oídos. Una voz que decía: «¡Juan! ¡Nuestro hijo quiere saludarte!». Nuestro hijo. Nuestro...

«Ni siquiera me la he tirado todavía y ya me veo haciéndole un bombo. ¿Qué cojones me pasa?», soltó tras un largo trago a una cerveza que se había permitido solo porque era viernes a última hora y el trabajo de descarga era simple, aunque sofocante.

Sin embargo, el trago tuvo un sabor demasiado amargo. Las palabras despectivas le supieron sucias en la boca al ser referidas a ella. No, cuando se acostara con Luz, si algún día lo hacía, que lo haría, ¿o no? ¡Dios! ¡Claro que lo haría! Aunque tuviera que esperar una eternidad a que ella aceptara, aunque las ganas lo consumieran por dentro hasta la agonía, Luz y él iban a unir sus cuerpos mucho más allá de los no tan castos besos que llevaban compartidos. Pues bien, cuando retozara con ella hasta perder el aliento e incluso la razón, sería algo muy distinto a tirársela. Porque ella le hacía sentir algo, no sabía qué, solo que era algo nuevo y desconcertante, aunque maravilloso al mismo tiempo.

Resopló, bebió otro trago algo más sabroso tras aquella reflexión que se parecía bastante a una revelación y continuó con su trabajo con la sonrisa de Luz ocupando su mente, su voz canturreando en sus oídos y el sabor de sus labios palpitando en su boca.

Se dijo que la obsesión era completa cuando creyó verla aparecer entre las torres de cajas recién apiladas.

«¡Dios! Estoy para que me encierren», se dijo, aturdido.

—¡Hola! —saludó la aparición—. Confiaba en encontrarte aún aquí.

Antes de ser capaz de asimilar que la presencia no era fruto de su imaginación, Luz lo asió por el centro de la sudorosa camiseta, tiró de él hacia abajo y apretó sus labios contra su boca entreabierta por el desconcierto.

La cesta de mimbre que llevaba en la mano cayó al suelo al mismo tiempo que Juan la sostenía por ambos brazos para pegarla más a él, alzándola del suelo hasta que ella tuvo que ponerse de puntillas. En un cambio de ángulo de sus cabezas, que profundizó un beso que desde el primer instante había sido furioso, fue a rodearla por la cintura para tenerla todavía más cerca, pero chocó con un bulto en su espalda.

¿Llevaba una mochila? Las alucinaciones no llevaban mochila, ¿o sí? Se la apartó de los hombros en un visto y no visto hasta que cayó al suelo. Luz se encaramó aún más a él, aferrada a su cuello, con una pierna alrededor de la de Juan, quien ya la alzaba con un brazo por debajo del muslo desnudo que su vestido dejaba a su alcance.

Los silbidos interrumpieron el tórrido momento y fue como si un balde de agua fría cayera sobre ambos.

—¡Dejad algo para mañana! —gritó Raúl, aplaudiendo y vitoreando.

—¡Largaos ya a casa! ¡Y cerrad el pico!

—Sí, jefe —respondieron a coro, carcajeándose mientras se alejaban—. ¡Hasta pronto, Luz!

—¡Adiós, chicos! Buen fin de semana.

—No mejor que el vuestro —murmuró alguno, provocando más risas entre los demás.

—¡Capullo! —gritó Juan, pero se sonrió de todas formas.

—Siento... —comenzó Luz con sonrisa inocente—. No pensé que pudieran vernos. Tampoco pensé que fuéramos a... bueno... besarnos así.

Juan la observó con detenimiento. La repentina vergüenza poco parecía tener que ver con la forma en que había tomado la iniciativa, ni en cómo había respondido a su exigente demanda. ¡Santo cielo! Lo había encendido en solo una décima de segundo. O tal vez ya llevara recalentándose todo el día, o toda la semana.

—No hay nada que sentir. ¿Sabes que al macho le gusta pavonearse, no? — bromeó—. Tú me acabas de convertir en el pavo real de cola más colorida.

Luz se carcajeó y él tuvo que contener las ganas de, ya sin público, seguir donde los habían interrumpido. Lo consiguió a duras penas.

—¿Querías algo? Aparte de ver mi colorida cola y darme un beso que no me va a dejar dormir esta noche.

Aquella declaración provocó que sus mejillas se sonrojaron mientras sonreía con timidez. Su ya radiante rostro se iluminó aún más. Juan tragó saliva. ¿Cómo podía ser tan preciosa?

—¿Tienes planes para ahora mismo?

—No, salvo ir a darme una ducha al polideportivo y después a mi casa a cenar lo primero que pille para poder dormir diez horas seguidas.

—Bueno, pues si no estás demasiado cansado te propongo un cambio de planes. ¿Tienes aquí tu bañador de la piscina?

—Sí, siempre lo llevo en la mochila.

—Entonces, perfecto. He traído toallas, dos bocadillos de tortilla con jamón, refrescos y una pelota hinchable.

—¿Nos vamos a la playa? —dedujo él.

—Hace un día estupendo y ya empieza a anochecer más tarde. He pensado que podíamos hacer una merienda-cena, por eso he hecho tortillas en vez de traerte Nocilla. Aunque la verdad es que no me quedaba, la gastamos el otro día y no he vuelto a ir a la compra y...

Él vio que se estaba poniendo nerviosa, como si el impulso que la había llevado a hacer esos planes y presentarse allí sin avisar se fuera desinflando según hablaba. Se preguntó si algo que él hubiera hecho o dicho había

provocado esa sensación en ella.

—Hoy te aseguro que prefiero la tortilla —intervino, dispuesto a que el ánimo no decayera—. Desde que escuchamos la música de la boda en tu casa, llevo comprados no sé cuántos botes de Nocilla. Voy a hacerme accionista.

Ella volvió a carcajearse y Juan comprendió que solo había necesitado una pequeña confirmación por su parte de que el plan era de su agrado.

—Pero estoy muy sudado. Y sucio. No sé si solo con el agua del mar me quitaré toda esta mugre.

—La sal es muy purificante. Y yo te frotaré la espalda —añadió con una mirada más seductora de lo que ella misma había creído, haciendo que él achicara un poco los ojos, lo justo para delatar en qué estaba pensando—. ¿Vamos?

—Vamos.

Tardó apenas un minuto en ir a la furgoneta a por su bolsa de deporte y seguirla. La hubiera seguido hasta las puertas del infierno si ella se lo hubiera pedido con el mismo tono con el que se había ofrecido a frotar su espalda. Y se habría quemado vivo con una estúpida sonrisa en la cara.

Una hora después de un baño que podría haber acabado en mucho más de no haber habido más personas en el agua, pues ver a Luz en bikini había sido el colmo para su obsesionado cerebro, ambos devoraban sus bocadillos mientras el sol se ponía en el horizonte.

—¿Tienes frío? —Juan le frotó un brazo al sentirla temblar.

—Un poco. El bikini aún no se ha secado y sin el sol, ya no lo hará.

—Cámbiate. Yo te tapo.

Luz miró alrededor.

—Si ya no hay nadie.

—Estoy yo.

Ruborizada por lo obvio de la observación, accedió a que él la envolviera

con una toalla mientras ella se ponía la ropa interior y el vestido que poco la iba a abrigar.

—¿No has traído un chaqueta?

—No. —Se encogió de hombros—. La idea se me ocurrió de repente y no quise tardar mucho, para no llegar después de que te fueras.

Tras su discusión con Lidia, y con sus malos augurios rondándole la cabeza, había tenido el arrebatado de lanzarse a disfrutar de la vida, y hacer que Juan la disfrutara también. Regalarle una maravillosa tarde sin nada triste en mente.

—Podías haberme llamado.

—Era una sorpresa. —Se encogió de hombros.

—Ha sido una gran sorpresa. Gran de grande y de estupenda —matizó.

—Me alegra oírlo.

Se miraron unos segundos. Ella sintió un escalofrío que la hizo estremecerse. Él la había mirado en el agua como si fuera a abalanzarse sobre ella en cualquier momento. Se habían peleado de forma infantil por la pelota que en un impulso había sacado de un armario al buscar la cesta de mimbre. Habían escondido en esos contactos inocentes mucho más de lo que cualquiera de los que les rodeaba podría haber apreciado. Una presión en las caderas, un impacto desde la espalda, un abrazo de varios segundos, un suave mordisco en el hombro... Y con el recuerdo de todo aquello, otro escalofrío.

—Toma, tengo una sudadera.

—¿Y tú qué te vas a poner?

—Con la camiseta me valdrá. Aunque tus piernas...

Ella se levantó para ponérsela y cerró la cremallera.

—Si me llega hasta la rodilla. Me taparé con la toalla.

—No, las toallas están mojadas —apuntó Juan—. Ven.

Se sentaron directamente en la arena. Él optó por ponerse detrás de ella, envolviéndola con su cuerpo.

—No había pisado esta playa todavía —susurró en su oído cuando el sol se ocultó por completo y una línea verdosa apareció en el cielo.

—¿En serio? Llevas meses trabajando aquí.

—No había tenido tiempo. Ni ganas. Pero me alegra que haya sido así. Hace este momento aún más especial.

—Ha sido un arrebató. —A Luz le tembló todo, incluso la voz. Nunca creyó que ese tipo de palabras pudiera salir de boca de Juan, tan escéptico, tan poco romántico, tan... De pronto se dio cuenta de que él no era en absoluto como ella había creído en un principio, y que él mismo tenía un concepto de sí mismo bastante equivocado. No pudo profundizar más en aquellos pensamientos, pues una nariz comenzó a acariciar su oreja izquierda, seguida de unos labios suaves rodeados por una barba que le hizo cosquillas.

—Me gustan tus arrebatos.

Cuando comenzó a besarle el cuello sin ninguna prisa, Luz creyó desfallecer. Era una caricia tan sutil, y a la vez tan insistente, que todo su cuerpo ardió en respuesta. El frío desapareció por completo. La sangre palpité con fuerza en el punto que él torturaba con suavidad. Gimió un segundo antes de morderse el labio inferior con fuerza, como si emitir aquel revelador sonido le estuviera prohibido.

—Todos tus arrebatos —le oyó espetar antes de que girara la cabeza hacia él y tomara su boca con hambre y posesión.

Lo sintió duro contra la zona baja de su espalda, donde sus cuerpos se encontraban, y otro gemido se escapó de su boca cuando él le dio un segundo de respiro.

—Sube —ordenó mientras la tomaba por la cintura y la posicionaba de frente a él. Ella colocó ambas rodillas a los lados de sus caderas, hundiéndolas en la arena, y se dejó caer sobre su bañador aún húmedo, pues él solo se había puesto la camiseta.

Por un segundo, ella dudó de si la humedad era del bañador de él o suya propia, pues se sentía arder en aquella parte de su cuerpo que hacía tanto que nadie había logrado despertar. Una de tantas. Porque otra parte aún dolorida palpítaba en el centro de su pecho con más fuerza de la que era capaz de

recordar.

—Juan —susurró, abriendo los ojos un instante, buscando su mirada, queriendo explicarle sin palabras cuánto deseaba aquello, pero el terror que le producía dejarse llevar de aquella manera, en aquel lugar. En ello estaba cuando su visión periférica divisó unas siluetas aproximándose.

El brinco que dio para apartarse de él fue digno de una gimnasta olímpica.

—¿Luz? —oyó Juan que decía una voz masculina, a la vez que se incorporaba tratando de recuperar lo que se acababa de escapar de entre sus manos.

«Qué oportunos», pensó al ver a una pareja, aunque al instante se quedó petrificado al reconocer a los futuros padres que había visto paseando esa tarde.

—¡Hola de nuevo! ¿Aún por el pueblo?

—Sí, íbamos a dar solo una vuelta, pero nos ha encantado y nos hemos quedado un poco más. Nos apetecía ver anochecer junto al mar antes de marcharnos.

Se quedaron mirando a Juan, buscando una presentación por parte de ella. Pero se había quedado muda.

—Hola. Soy....

—Es Juan. Un amigo —se adelantó ella mientras él les daba un apretón de manos. Al oír a Luz, el segundo apretón se demoró más de lo normal—. Ellos son Jorge y Laura, unos viejos amigos, a los que también ayudé a organizar su boda.

—Enhorabuena. ¿Para cuándo? —comentó por salir de aquella sensación que lo acababa de invadir.

—Para San Juan —apuntó la mujer con tono jovial—. ¡Qué curiosa casualidad!

—Pues si esta chiquitina es puntual, habrá que ponerle Juana —observó el marido.

—Ni hablar. No te ofendas —se disculpó ella con Juan.

—¿Qué tal, Joana? —aportó Luz, procurando relajar el ambiente.

—Ya veremos. —La madre parecía no estar muy por la labor. Luz pensó que se debía a que ya tendría otro nombre en mente—. Bueno, nos vamos a la orilla antes de que haga demasiado frío para estar aquí.

—Sí, nosotros también nos tenemos que ir. —Luz miró a Juan y él asintió—. Pasadlo bien. Y avisadme cuando nazca.

—Descuida.

Recogieron sus cosas y caminaron hasta la furgoneta en silencio. Tampoco hablaron durante el corto trayecto hasta casa de Luz.

—Te acompaño —fue lo único que dijo él cuando ella lo miró para despedirse.

Por el sendero de su jardín, Luz no pudo mantener el silencio por más tiempo.

—¿Te ocurre algo? ¿Es... por tu hermana?

—No.

—¿No es por ella o no te ocurre nada?

—¿Por qué les has dicho eso?

Tuvo que detener sus pasos. La pregunta fue brusca e inesperada.

—¿Perdón?

—¿Por qué te me has adelantado cuando iba a presentarme y has matizado que era un amigo?

Luz tragó saliva.

—¿No es lo que somos?

—No. No es lo que somos. ¿O sí?

Se hizo un silencio que pareció invadir todo el jardín. No se oían ni los habituales grillos que lo habitaban.

—Empezaste siendo un cliente, simplemente eso. Pero algo entre nosotros nos convirtió en amigos. Y después... surgió esto. —Sus manos trataron de gesticular algo que implicaba a ambos. No fueron muy precisas.

—¿Esto?

—La atracción.

—Atracción —repitió él, con tono escéptico.

—¿No te sientes atraído por mí?

—Como un imán.

Aquello la hizo sonreír y la relajó un poco. Se acercó un paso hacia él y le rozó una mano.

—¿Qué querías que les dijera?

Él entrelazó los dedos con los de ella.

—¿Qué soy realmente para ti?

—El hombre con el que estoy empezando a mantener una relación más allá de la simple amistad.

Ahora, la otra mano de él tomó la otra de ella, tirando de ambas hasta que estuvieron pegados frente a frente.

—En mi barrio a eso lo llaman ser novios. Perdona si soy anticuado. ¿En Facebook no pone «novio de», sino «mantiene una relación con»?

—No lo sé. —Río sin mucha gana—. No he actualizado mi estado después de que nos besáramos. No tengo quince años.

—Creo que los adolescentes usan más otras redes sociales, por lo que me contó nuestro amigo David, entre otro medio millón de cosas —añadió con los ojos en blanco—. Pero yo me siento un poco como si volviera a tener su edad cuando estoy contigo, cuando pienso en ti. Que es a todas horas.

—Juan...

—Luz. —Soltó sus manos para rodearle ambas mejillas y acercar sus rostros—. Sé que no has tenido que plantearte estas cosas nunca. Que con Cristóbal todo empezó muy pronto y que después de él no has mantenido ninguna relación como tal. Pero yo sí las he tenido, y a ninguna de ellas la he llamado novia. Duró mientras duró y se acabó cuando se acabó, porque lo que nos unía sí era solo atracción. Entre tú y yo hay mucho más que eso. ¿O no es así?

—Sí, es así. —Agachó un poco la mirada pero él la obligó a que la alzara hasta sus ojos—. Siento no haberlo admitido delante de ellos. Siento haberme

puesto tan nerviosa. Pero es que ellos conocían a Cristóbal. Y me he sentido, por un instante, como si estuviera haciendo algo malo. Pero sé que no es así, te lo aseguro —se apresuró a aclararle—. Si no hubiéramos estado en una situación tan comprometida, no habría reaccionado así.

Juan soltó su rostro y le dio un poco de espacio.

—¿Te arrepientes de lo que estábamos haciendo?

—No, en absoluto. Pero me alegro de que no haya llegado más lejos, porque entonces a lo mejor sí me habría arrepentido. —Él frunció el ceño—. Porque estábamos en un sitio público, a la vista de cualquiera, y yo no soy así —explicó—. Además, cuando suceda... necesito intimidad, estar tranquila, estar preparada.

—Vaya, yo que pensaba que eso surgiría con uno de tus arrebatos. —Aunque se rio, ella no pudo seguirle.

—Creo que no. Al menos no la primera vez.

Lo miraba algo asustada, y él no quería inspirarle ningún temor. Jamás.

—De acuerdo. Lo entiendo.

—Lo siento.

—No. No tienes que sentirlo. Pero has hecho bien en explicármelo. Así no habrá malentendidos, como en la playa.

—Siento haber herido tus sentimientos con mi rechazo. No volverá a suceder.

Él le acarició la mejilla.

—Siento que te sientas presionada. No volverá a suceder.

—No me siento presionada. Tú haces que surja de forma muy natural, y me resulta muy fácil dejarme llevar. Solo te pido que no insistas si llega un momento en el que te pido que te detengas.

—Jamás lo haría.

—Gracias.

—De nada. —Le dio un beso y de pronto se apartó—. Y no has herido mis sentimientos.

—Sí lo he hecho.

—Claro que no, yo no tengo de eso.

Esta vez, ella le puso una mano abierta sobre el corazón.

—Sí que tienes, Juan, y eso es lo que más me atrae de ti. Los tienes, y los estás descubriendo y aceptando sin darte ni cuenta. ¿No me acabas de decir que soy tu primera novia? ¿La primera vez que llamas así a una mujer con la que estás?

—Sí.

—Eso implica sentimientos, ¿o si no dónde está la diferencia?

Él tardó un par de segundos en responder.

—En que eres mía y de ninguno más.

—Y viceversa, claro.

—Claro.

—¿Solo eso?

—Pues...

Ella esperó a que añadiera algo. No lo hizo.

—Piensas día y noche en mí. Eso has dicho hace un momento —intervino al ver que se quedaba en blanco.

—Cierto. Vas a tener razón.

Ella se rio y volvió a besarlo.

—Ya hablaremos otro día de nuestros sentimientos. Veo que hoy no das más de ti en ese tema.

—Ni en ese ni en ninguno. Estoy muy cansado.

—Es verdad. Lo siento. Vete a descansar. Nos vemos la semana que viene. ¿Vendrás con tu cuñado?

En la visita al hospital con Lidia, habían acordado que Álex se pasara con Juan por el local para ponerlo al día de los avances y cerrar varios temas.

—Sí. Pero me gustaría verte antes. El domingo, por ejemplo. Podríamos comer juntos.

Un cosquilleo le recorrió la espalda. Tenían una cita. Sí que se sentía como

una adolescente al fin y al cabo.

—¿Dónde?

—Donde tú quieras.

—Vale. Yo elijo. ¿Vendrás a buscarme? —solicitó coqueta.

—Como un fiel y galante novio, por supuesto.

—Así me gusta.

Esta vez, cuando se besaron, él se empleó a fondo. Quería demostrarle muchas cosas con ese beso. Y encontrar respuestas para sí mismo. Creyó decirle todo lo que deseaba. Y recibió a cambio una respuesta deliciosa.

—Mmm. Casi se me olvidan los motivos que me impiden arrastrarte por esa camiseta más allá de esta puerta.

—¿Solo casi? —Chocó la lengua contra el paladar—. El domingo tendré que emplearme mejor.

—Me parece perfecto.

Capítulo 24

Había empezado a llover y, como de costumbre, Juan no llevaba ni gorro ni paraguas. Echó a correr desde la furgoneta hasta el otro lado de la calle, atravesó la valla del jardín de Luz y alcanzó la puerta acristalada en escasas zancadas. Suerte que el enlosado del camino fuera de pizarra y no resbalara. A menudo tenía buenas ideas como esa, al igual que otras malas, como llevar esas viejas zapatillas de suela desdibujada en un día de lluvia.

Para su disgusto, leyó la palabra «cerrado» en el cartel de la puerta. Se imaginó que Luz habría salido a hacer algún recado y que aún no habría vuelto, pues siendo tan eficiente como era ella, dudaba de que hubiera olvidado su cita de esa tarde. Cita profesional, pero cita al fin y al cabo.

De no haber estado lloviendo como lo hacía, la habría esperado sentado en el balancín o incluso repanchingado en la hierba. Era miércoles y estaba cansado. Tres días de trabajo a sus espaldas y otros dos por delante, no había día de la semana peor. Tuvo que conformarse con apoyar la espalda contra la puerta y mirar al cielo encapotado.

—Tendría que haber instalado unos toldos retráctiles a lo largo de todo el recibidor —pensó en alto, y se propuso comentarlo con Luz, mientras dejaba vencer su peso contra el cristal.

La puerta cedió a su cuerpo, abriéndose y haciendo que casi cayera de espaldas.

—Supongo que ya hay confianza como para esperar dentro sin permiso.

Que Luz hubiera cerrado la tienda pero no echado la llave era otra cosa que no le cuadraba a Juan, por lo que dedujo que tendría que estar por allí. Tal vez hasta su cita hubiera tenido unas horas sin planes con clientes y se hubiera dedicado a lo que fuera en su casa y no en su negocio, pensó. Además, aquel era un pueblo tranquilo. Mucha gente dejaba la puerta abierta durante el día.

La tenue melodía de una voz femenina muy familiar le dijo que estaba en lo cierto. Luz estaba en alguna parte de la planta baja, y solo tuvo que seguir aquel dulce sonido para dar con ella.

Lo que menos podía esperar al llegar al vestidor de la trastienda era encontrarse con semejante cuadro. Se quedó petrificado en el umbral de la puerta, observando sin apenas respirar, con la garganta seca y los ojos incapaces de pestañear. Perderse un solo detalle habría sido una verdadera lástima.

Luz canturreaba un tema en el que los Bon Jovi prometían estar allí por ti, mientras con los pantalones a la altura de los tobillos, se colocaba con dificultad una especie de camisoncito lila de tejido semitransparente que no le llegaba más abajo de las nalgas, estas sí, cubiertas por unas sencillas braguitas negras de algodón tupido. Se veía que tenía ciertas dificultades para colocar la escasa tela a la altura de sus dorsales, y también pectorales, comprobó Juan cuando ella se giró para mirarse en el espejo mientras se peleaba con el pedacito de tela.

—Bueno —se interrumpió a sí misma en pleno estribillo—. Sabía que no era mi talla. Quién me mandará a mí...

—Pues a mí me parece que te queda de miedo.

El grito que profirió al escuchar la voz de Juan hizo que los espejos de la redondeada estancia vibraran e hicieran un efecto de eco bastante estridente. En un gesto instintivo, se cubrió el cuerpo con ambos brazos, sin ser consciente de que al cruzarlos sobre sí misma, sus pechos se juntaron y alzaron para alegrar aún más la vista de un ya más que excitado espectador.

—A lo mejor quieres probarte también esto. —Juan le ofreció la braguita de

encaje también lila, minúscula e igual de transparente que encontró sobre una mesa auxiliar, aún con su etiqueta puesta. Etiqueta casi más grande que la propia prenda—. Si se me permite opinar, creo que combinará mejor que con negro.

—¡Se puede saber cómo has entrado! —vociferó ella, tapándose con la cortina del probador—. ¿No sabes leer? ¿O es que no sabes lo que significa cerrado?

—El cartel decía cerrado, pero la puerta estaba abierta. Y está diluviando.

—Oh —soltó lastimera, mientras se aseguraba de que la cortina la cubría del cuello a los pies—. ¿Y no sabes decir: «hola, ¿estás ahí?», en lugar de entrar como un ladrón?

—No se me ha ocurrido. Te he oído cantar y... no esperaba encontrarte... así. —Carraspeó—. ¿Era una sorpresa para más tarde? De ser así, siento haberla estropeado. Aunque te aseguro que sorpresa, ha sido. Y muy agradable.

—¡No! Claro que no. Esto no es para ti.

—¿Ah, no? —Su tono fue de verdadero enfado, aunque ella esperaba que lo dijera con sarcasmo—. ¿Y para quién, entonces? Porque no había creído necesario tener esta conversación contigo, pero esperaba que en nuestra relación hubiera exclusividad. ¿Con cuántos más te ves?

—¿Pero qué dices? Por supuesto que con nadie. Esto es para mí, solo para mí.

—Pues qué lástima.

Luz sacudió la cabeza, tratando de recobrar la calma en su corazón y la claridad en su mente, pero sin poder evitar que la voz le saliera cortante.

—¿Te importaría que dejáramos de hablar de esto y salir afuera para que pueda vestirme?

—Cierra la cortina y vístete —espetó irritado.

—Mi ropa está en esa silla.

—Muy bien. ¿Quieres que te la acerque?

—¡No! —Hizo un aspaviento con una mano que casi le hace perder la

cortina—. Quiero que salgas y dejes que me vista. Espérame en la tienda. Y no se te ocurra volver a entrar. Espera hasta que yo salga —recalcó.

—Como quieras. Si necesitas ayuda, llámame. *I'll be there for you* —canturreó, al hilo de la canción que ella había estado tarareando.

—Muy gracioso. Largo.

Bastante más tarde de lo que Juan esperaba, Luz salió y se reunió con él en la mesita de recepción. Estaba sofocada, casi sudando y tenía el rostro carmesí. Juan se sintió culpable y decidió intentar calmarla.

—Oye, no hace falta que pases mal rato por lo que ha sucedido ahí dentro. Tranquila.

Tras un suspiro largo y profundo, lo miró a los ojos con el ceño aún un poco fruncido.

—Mira, te lo voy a explicar para que no pienses lo que no es y, una vez que acabe, quiero que dejemos el tema y nos pongamos con la boda de tu hermana. ¿De acuerdo?

—Como quieras.

—Vale. —Aunque aquella frasecita empezaba a exasperarla—. Pues resulta que soy una especie de coleccionista. Sí. Cada cual tiene sus *hobbies* —defendió cuando él puso cara de sorpresa—. Uno de los míos, desde que trabajo en esto, es probarme lencería y quedarme con la que más me gusta. Me llegan docenas de catálogos cada temporada. Para la noche de bodas y para regalar en despedidas de soltera, esas cosas. Y elijo los que más me gustan o los que creo que mejor se pueden vender para tener como muestra en la tienda. Aunque algunas clientas compran viendo el propio catálogo, es más fácil que se decanten por algo que pueden tocar con sus propias manos —explicó—. El tejido, el encaje o el raso es algo que si no lo tocas no puedes hacerte a la idea de cómo quedaría o... si no te lo pruebas.

Se detuvo al ver que su explicación estaba dilatando las pupilas de Juan, incluso haciendo que su mandíbula inferior se aflojara.

—El caso es que al principio me daba cosa probármelos yo misma, pero

algunos eran tan bonitos que no pude resistirme. Por supuesto, solo me probaba la parte superior, como hoy, por higiene. Y aquellos que me gustaba cómo me quedaban, acababan en mi armario. Y ahí se han quedado la mayoría de ellos.

—¿Los compras y luego no los usas?

—Hombre —chasqueó la lengua—, tú mismo has visto que eso no es algo para ponerse a diario. Solo los que son más tipo camisón los acabo usando en verano. Pero conjuntos como el de hoy, la verdad es que no me los vuelvo a poner.

—Uf, y yo que había empezado a pensar que debajo de la ropa que te he estado viendo todo este tiempo llevabas encajes y rasos de esos, de todos los colores y texturas. Estaban empezando hasta a picarme los dedos de ganas de comprobarlo.

Ella enrojeció de nuevo, se levantó a por unas tazas y una tetera y las depositó con excesiva fuerza sobre la mesita.

—Bueno, ya te lo he contado. Ahora olvídate del tema y vayamos a lo que toca hoy.

—Me va a costar un poco centrarme, te lo advierto —decidió confesar tras un rato viéndola ir y venir a por el azúcar, después a por unas pastas y finalmente a por unas servilletas.

—Pues haz un esfuerzo —dijo con severidad tras resoplar.

La mirada suspicaz que él le echó mientras ella servía unas infusiones que ninguno tenía ganas de beber la hizo estremecerse un poco.

—Ya lo estoy haciendo, desde que he cruzado el umbral de la puerta del vestidor. Me oigo el pulso en los oídos. Y un montón de imágenes se me agolpan en la cabeza. De ti, en tu dormitorio, al irte a dormir con esas cositas puestas. O de ti eligiendo un conjuntos tipo dominatrix por el mero hecho de vértelo puesto, hablando contigo misma frente al espejo de lo sexy que te sientes.

—No tengo ninguno de ese tipo —logró decir, tras dar un sorbo a un té

demasiado caliente. Aunque sí que era cierto que hablaba consigo mismo frente al espejo, vestida de cualquier manera, no necesariamente semidesnuda —. No me va el cuero en la ropa interior.

—Ya. Eres más de encajes y raso. —Su voz seguía siendo tensa.

—Sí, sin muchos lazos, me resultan incómodos.

—Qué más da, si luego no te los pones —apuntilló Juan, escondiendo una sonrisilla en el borde de su taza.

—Por si decido ponérmelos un día —rebató Luz.

—Me gusta esa posibilidad. —Depositó la taza con delicadeza premeditada y seleccionó una pasta a la que dio un pequeño bocado antes de preguntar sin dirigirle la mirada—. ¿De cuántos días hablaríamos, si decidieras ponértelos todos?

—No los tengo contados.

—Más o menos.

—¿Si te respondo cambiaremos de tema?

—Sí. —Esta vez la miró a los ojos y ella pudo ver la excitación mezclada con la diversión.

Con un suspiro, cerró los ojos para hacer recuento de memoria.

—Pues... alrededor de treinta.

—Tr... —fue lo único que pudo pronunciar Juan.

Esta vez Luz no pudo contener la risa y la carcajada la ayudó a deshacer el nudo que tenía en el estómago desde que había oído su voz a su espalda en el vestidor.

—Treinta. Entre camisones, *babydolls*, picardías y conjuntos de sujetador y braguita o tanga, uno para cada día del mes. Si quisiera.

—Ya. —Tosió porque solo dos letras ya le habían dejado sin aire—. Pues habrá que intentar hacer que quieras.

«Ya quiero», pensó Luz, o quería, antes de su intrusión. Le había llegado por mensajero esa misma mañana el último pedido de su marca favorita. De los tres modelos, ese le había gustado especialmente, y no había podido esperar

para probárselo. Pero Juan había tenido que llegar antes de su hora justo ese día. Y encima, a ella se le había tenido que olvidar cerrar la puerta. Ahora ya no estaba segura de querer que la viera con nada especial. Al menos no con ese, que era demasiado ajustado y, maldita fuera, se le estaba incrustando en la espalda y bajo el pecho.

—¿Camisa nueva? —dijo de pronto él, sacándola de sus cavilaciones.

—¿Qué? Ah, no. Es del año pasado, pero hasta ahora que ha empezado a hacer mejor tiempo no me la he vuelto a poner. La verdad es que no esperaba lluvia.

—¿Y también la llevabas el año pasado con la etiqueta colgando?

—¿Cómo?

Juan se acercó a ella por encima de la mesita y tiró de la etiqueta que sobresalía entre su pelo y su nuca. Reconoció el clavel en cuanto lo vio. Era el mismo que llevaba la etiqueta de la braguita lila que había sostenido en sus manos minutos antes, visualizándola en el cuerpo de Luz.

—¿Aún lo llevas puesto? —preguntó con un agudo tono de incredulidad.

—Mierda. Sí —espetó ella, apartando sus dedos de un manotazo.

—¿Por qué? —Ahora la voz de Juan se volvió profunda.

—Porque no es mi talla —confesó, poniéndose en pie y caminando nerviosa de un lado a otro—. Y por más que lo he intentado, no he conseguido quitármelo. Dios, se me está clavando por todas partes.

Juan observó entre estupefacto y divertido cómo se tironeaba del incómodo modelito a través de la camisa. La ternura que sintió por ella fue lo único que logró controlar la excitación inicial que le había provocado saber que debajo de aquella prenda de algodón verde oscuro aún llevaba aquel estimulador de libidos masculinas.

—Vale. Hagamos una cosa. ¿Confías en mí?

—Depende —murmuró ella, mirándolo con cautela.

—Aún no he saltado sobre ti, ¿no? Creo que merezco un voto de confianza.

—De acuerdo —aceptó con un suspiro derrotado, dejándose caer sobre el

sofá.

—Volvemos ahí dentro, para no estar aquí a la vista de cualquiera que quiera acercarse. Con tanta cristalera esto no es muy discreto.

—Cierto.

—Y te ayudo a quitártelo para que dejes de sufrir de forma absurda.

—Pero no mirarás, ni de reojo.

—Te lo quitaré desde tu espalda.

—Vale.

Sin mirarlo, pasó por su lado y se dirigió al vestidor. Él la siguió conteniendo la risa.

—¿Cómo pensabas deshacerte de él? —quiso saber mientras ella se quitaba la camisa a toda velocidad, mirando hacia una pared sin espejos.

—Lidia me dijo que pensaba pasarse sobre la hora de cierre para recoger los detallitos para invitados de la boda de este sábado. A veces se encarga de esas cosas y...

La voz se le quebró cuando sintió las manos de Juan a ambos lados de su cintura.

—Sube los brazos —susurró, haciéndole cosquillas en la nuca con su suave aliento, por lo que supo que estaba más cerca de lo estrictamente necesario para lo que tenía que hacer.

No protestó y obedeció. Sus brazos quedaron a ambos lados de su cabeza, demasiado rígidos, con los codos en tensión, y el temblor por la postura no tardó en manifestarse. Aunque mayor fue otro temblor, el de su vientre, cuando las manos de él se deslizaron con lentitud por sus costados para alzar la tela y liberar, primero, el seno derecho, de forma que sus ásperos dedos rozaron la parte baja de su carne. Trató de contener el aire en la garganta pero se le escapó con un sonido muy revelador.

—Es imposible quitártelo de un solo tirón, y sin tocarte un mínimo —se disculpó él con voz aún más ronca—. Por lo que he podido notar lo mucho que se te había clavado en la carne. ¿Por qué has estado aguantando todo este rato

sin pedirme ayuda?

—Me daba vergüenza.

—¿Que te viera desnuda o que supiera que no podías quitártelo?

—Ambas cosas. Aunque más lo segundo —meditó en alto—. Lo primero es más bien otro motivo, que no es vergüenza.

—¿Y qué motivo es ese? —preguntó mientras deslizaba la otra mano bajo el otro seno. Ahora el *babydoll* estaba sobre ambos pechos, sin sostenerlos, y Juan tiró de él hacia arriba de forma que la suave tela acarició su cara justo antes de que el calor de sus manos rozara sus mejillas.

—Aún me estoy haciendo a la idea de dejar que me toques. Por debajo de la ropa.

—Ajá —aceptó, sacándole por ambos brazos la pieza y echándola a un lado.

Antes de que ella pudiera decir nada más, él le bajó los brazos y le cubrió los hombros con la camisa.

—Tengo que ponerme el sujetador primero —anunció, girándose sin pensárselo dos veces para ir en su busca al probador donde había estado antes.

Pero él estaba demasiado cerca aún, y al girar se topó de frente contra su pecho. Alzó la vista y vio en sus ojos una mirada enfebrecida. «Oh, Dios», pensó Luz, «no me mires así».

—Has jadeado —declaró él con total seriedad.

—¿Yo?

—Sí, tú. Cuando te he rozado un pecho, y después el otro. Te has estremecido y has jadeado ante mi contacto. Aunque lo primero ha sido más parecido a un ronroneo.

Iba a bajar la vista, pero él la sujetó por la barbilla y la obligó a seguir mirándolo.

—Yo sé por qué me estoy conteniendo como lo hago, Luz. Y Dios sabe lo difícil que se me está haciendo. Pero todo este esfuerzo carece de sentido si tú también tienes que contenerte.

No hubo réplica, sencillamente porque Luz no disponía de ninguna.

—Te dije que esperaría hasta que te sintieras preparada. Lo menos que puedes hacer es ser sincera y decírmelo cuando lo estés.

—Tienes razón. Es lo justo —aceptó con ambas manos aferradas a los lados de su camisa, cubriéndose con ella y sintiendo el corazón palpitándole a toda velocidad. Casi sin pensarlo, le miró a los ojos y le confesó la verdad—. Sí era para ti. El *babydoll*... la combinación lila. Aún no sabía cuándo iba a ponérmelo, pero me lo estaba probando y estaba pensando qué pensarías tú si me vieras con él puesto. Qué me dirías. Qué harías.

Le notó tragar saliva. Su nuez subió y bajó con lentitud. Se humedeció los labios antes de hablar.

—¿Y entonces por qué te has tapado con la cortina y te has enfadado tanto al verme? ¿Por qué me has mentido?

—Primero, porque me has asustado. Y además, porque ya estaba pensando en pedir una talla mayor cuando te he oído a mi espalda. Porque efectivamente, con una braguita negra el efecto no es el deseado. Y porque la primera vez que eso pase entre tú y yo, quiero que sea especial. Lo he imaginado de noche, en la cama, quizás unas velas, música y...

—¿De verdad necesitas todo eso? —De su garganta brotó una especie de escéptica y escueta carcajada—. Yo solo te necesito a ti.

Aquella declaración fue toda una revelación. Para ambos. Los dos eran conscientes de que más allá de las connotaciones sexuales a las que se referían, implicaban algo mucho más profundo, menos carnal. A Luz le tembló todo el cuerpo al sentir la mano de él deslizarse por su mejilla, su mandíbula, su nuca...

—Solo te necesito a ti —repitió, demorándose en cada palabra, como si al decir las todo cobrara sentido de pronto, mientras la atravesaba con una mirada cargada de asombro y, creyó ella, también alivio.

La besó, con ímpetu, con ganas acumuladas, con deseo contenido. Ella se olvidó de que debía seguir sosteniendo su camisa y le echó los brazos al

cuello, enredó sus dedos en su pelo, atrayéndolo más hacia su boca.

Solo el frío a su espalda le dejó saber que había perdido la prenda, porque el calor sobre su pecho no lo habría delatado. En cambio Juan sintió sus endurecidos pezones a través de su propia camiseta, apenas unos milímetros de algodón. El efecto fue tal que no pudo evitar empujarla contra la pared, haciendo que chocara contra uno de los espejos. La fría superficie contra la cálida piel de su espalda hizo arquearse a Luz, provocando aún más a Juan.

La tomó por las manos y las subió sobre su cabeza, mirándola a los ojos, pero sin dejar de rozar sus labios. Su mirada fue un aviso, y ella asintió con la cabeza de forma casi imperceptible. Sin embargo, sus ojos clamaban por lo que los de él anunciaban que iba a hacer a continuación.

Ella ni siquiera trató esta vez de reprimir el jadeo que emitió su garganta cuando él deslizó sus labios por ella, ni el gemido estrangulado que se le escapó cuando su lengua alcanzó uno de sus senos y, después de un interminable período de enloquecedora tortura, el otro.

Cuando la boca no fue suficiente, Juan soltó las muñecas de ella y abarcó sus generosos pechos con ambas manos, provocando en ella una convulsión que la hizo chocar contra él y rebotar después contra el espejo.

—Aún no —indicó Juan, y la giró contra el cristal.

—¡Ah! ¡Está helado!

—No lo creo. Es más bien mi boca la que está ardiendo —contradijo mientras le bajaba los pantalones hasta los tobillos y se los sacaba por los pies después de los zapatos—. Un poco más —indicó al ver que trataba de apartarse del cristal, una vez de pie, mientras se colocaba estratégicamente entre sus nalgas, oprimiéndola contra el espejo.

Ella sintió el bulto de su erección a través de la ropa interior de ambos, de forma que supo que se había desabrochado el pantalón, aunque no se lo había quitado. Solo ella llevaba una única prenda encima. Tras ese pensamiento, vio su reflejo quitándose la camiseta sin apartar sus caderas de donde estaban. Solo entonces la hizo girar de nuevo y la contempló largos segundos de arriba

abajo.

—Ahora el contraste de temperatura será mayor —declaró relamiéndose, y volvió a atacar sus pechos sin piedad.

Esta vez ella se aferró a sus hombros desnudos con fuerza, tratando de sostenerse en ellos, pues las piernas le fallaban. El calor de su boca y el movimiento vertiginoso de su lengua la estaban haciendo enloquecer. Gritó su nombre repetidas veces, sin saber si lo hacía para pedirle más o para que se detuviera. Sus manos acariciaron su ancha espalda, su fuerte nuca, como tanto había ansiado en secreto.

—Uf, eres tan sensible —farfulló él mientras enterraba el rostro entre ambos pechos e inhalaba su aroma.

—No, nunca lo he sido —negó en un susurro—. Eres tú. Tú me haces sentir así —declaró sin aliento—. Oh. Oh. Me estoy mareando.

Él se apartó de golpe y la sostuvo por los codos con ambas manos.

—Estás hiperventilando —concluyó tras mirarla unos instantes—. Respira más despacio. Así, por la nariz, y échalo por la boca. Eso es.

Tras hacer lo que él le indicaba, imitándolo y mirándolo a los ojos, la sensación de vértigo desapareció y de nuevo la vergüenza comenzó a abrirse paso. Él lo notó enseguida y trató de atajarla antes de que fuera tarde.

—¿Mejor?

—Sí, gracias.

—Bien. Porque vamos a hacer el amor. Y para eso necesitamos estar los dos en plenas facultades. —La sonrisa que le dedicó la derritió aún más que sus palabras—. Yo me siento como al dos mil por cien. ¿Qué tal estás tú?

—Temblorosa. Y en un porcentaje tan imposible como el tuyo —admitió algo ruborizada—. Aunque ya has dicho que no te hace falta, yo sí voy a necesitar una cama para que hagamos el amor —repitió las palabras, pues le había gustado oírlas en sus labios. Ahora quería ser ella quien las pronunciara.

Por el brillo de los ojos de él, supo que habían tenido un efecto similar para ambos.

—Puedo concederte eso —aceptó al tiempo que la alzaba en brazos y cargaba con ella hasta su dormitorio—. ¿Está cómoda la señorita? —bromeó por el camino.

—Sí. Me siento más cómoda de lo que había imaginado —fue su respuesta—. Más expectante que nerviosa. ¿Y usted, señorito?

Tras una carajada que la hizo botar en sus brazos, Juan la besó en lo alto de las escaleras a pocos pasos de la puerta de su habitación. Fue un beso corto pero revelador. La mejor de las respuestas para aquella pregunta. Aun así, cuando la tumbó en la cama, la recompensó con unas acertadas palabras.

—No he estado tan cómodo, nervioso y expectante a la vez en toda mi vida.

Las caricias, aunque ansiosas, fueron lentas para descubrirse el uno al otro. Dónde latía la sangre con mayor fuerza, dónde la piel era más sensible. La poca ropa que quedaba fue desapareciendo y ambos estaban más que enardecidos cuando él se apartó de sus labios y la miró como si lo acabara de impactar una bala en pleno pecho.

—Dime que tienes preservativos.

—Pues... no. ¿No tienes tú?

«Muchos. Pero en casa. Imbécil de mí».

—No. Dime que usas algún otro tipo de anticonceptivo. Te aseguro que estoy sano, siempre lo he estado. Y pongo la mano en el fuego a que tú lo estás también.

—Lo estoy. Pero lo siento. No uso nada. No lo he necesitado desde hace mucho tiempo, hasta ahora. —Suspiró y le rodeó la cara con ambas manos—. No pasa nada, podemos hacer otras muchas cosas, y otro día...

—Sí, pienso hacerte muchas cosas, hoy y otro día. Pero ahora mismo necesito estar dentro de ti, lo necesito de verdad. —La besó con desesperación y ella supo por sí misma lo mucho que él la deseaba—. ¿Hay

alguna farmacia cerca, una gasolinera, o...? Uf, dudo que llegara vivo o sin que esto llamara la atención —se señaló hacia el vientre, haciéndola reír. Y de pronto, a ella se le encendió la bombilla.

—La vitrina de despedidas.

—¿Qué?

—Tras el biombo japonés, en una esquina. Tengo expuestos en una vitrina productos para despedidas, fiestas pre-boda... Hay un estuche de juegos. Dados de posturas, esposas y un antifaz, y no sé qué más. Creo que trae varios preservativos.

—¿En serio?

—Sí, iré a por ellos.

—No, ya bajo yo. Tú quédate ahí y ni te muevas.

—Pero...

La besó de forma fugaz y se puso los calzoncillos mientras salía disparado por la puerta.

De pronto había recordado algo. No había cerrado la puerta de la entrada. Cualquiera podía meterse en la tienda a pesar del cartel de cerrado, como había hecho él. Aparte de que no le parecía que ella tuviera que salir y vestirse para bajar, no porque fuera a cambiar de idea por el camino —que también, si lo pensaba detenidamente... — sino porque en su mente él era el responsable de no haber sido precavido y llevar protección consigo. Él era el que había tensado la cuerda para ver si ella estaba ya lista. Y vaya si lo estaba. Así que él debía estar más que listo, pero no se le había ocurrido coger preservativos. Menudo lince.

Encontró la vitrina enseguida. Tras ojear los estantes dio con la cajita de regalo. Sacó el contenido, pieza por pieza, cosas que no supo dónde apoyar. Optó por ponerse una esposa en la muñeca y el antifaz en la frente. Con los dados en una mano y un tanga de gominola entre los dientes, al final, encontró lo que buscaba. Tres preservativos. Bueno, con tres deberían conformarse de momento.

No se molestó en sacarlos ni en meter el resto de cosas de vuelta en la caja, se la llevó completa, pero antes fue hasta la puerta para cerrar con el pestillo. Las llaves no sabía dónde estaban, así que tendría que valer con eso.

Cuando alzó la vista tras deslizarlo, se encontró de frente con la mirada estupefacta de Lidia, y entonces se dio cuenta de su atuendo, su escueta ropa y sus improvisados complementos.

Él le dedicó una sonrisa inocente y le mostró la caja que llevaba en las manos a modo de explicación. Ella tenía la boca abierta y se la tapó con una mano.

Sin mediar palabra, ambos se habían hecho entender. Así que se despidió de ella con un saludo de su mano esposada y corrió de nuevo hasta el dormitorio.

Ya le diría más tarde a Luz lo de su encuentro, pensó, y cuando la vio tapada hasta el cuello con la ropa de cama, frunció el ceño.

—Veo que lo has encontrado —comentó entre risas nada más verlo de aquella guisa. Cuando quería podía ser muy gracioso, hasta sin proponérselo.

—Sí. Trae tres preservativos de sabores. Manzana, fresa y plátano. ¿Por cuál quieres empezar? —preguntó con una risilla.

—No sé, tal vez manzana. —La voz de ella era coqueta y lo hizo estremecerse—. Puede que sea verde, y así combinará con esto.

A Juan casi se le desencaja la mandíbula cuando ella apartó las sábanas y se mostró no desnuda como la había dejado —y como permanecía en su retina— sino con un conjunto verde muy claro, que era una muestra inmejorable de aquello que se decía sobre que insinuar puede ser más excitante que enseñar.

—Te lo dejaré puesto, o medio puesto, para el de manzana. Pero te lo arrancaré para el de fresa.

—¿Y qué hay del de plátano? —preguntó divertida, mirándolo embelesada mientras se quitaba los calzoncillos con dificultad y mostraba su vigorosa erección.

—Para ese tengo reservado algo.

—¿Qué?

—Quizás ni lo veas.

Al ver que ponía cara rara, se quitó el antifaz de la frente y meneó las esposas que colgaban de su muñeca.

Ella negó con la cabeza y rio a carcajadas, provocando que su erección palpitara.

—No quememos todos los cartuchos en una tarde —comentó algo cohibida mientras lo sentía trepar sobre su cuerpo.

—Créeme, tengo muchos cartuchos en la recámara.

Y antes de que ella pudiera seguir con los juegos verbales, la penetró sin previo aviso, de una estocada lenta pero firme.

—Oh, Dios, no estaba... No me lo esperaba ya.

—Mejor.

Tras un par de embestidas con las que pretendía encajar bien dentro de ella, se giró y la colocó sobre él.

—Quiero verte moverte sobre mí. Con tu camisoncito verde manzana. Con tus maravillosos pechos moviéndose frente a mi boca. Quiero mirarte y ver el placer en tu cara.

Ella le concedió todas y cada una de sus peticiones, y mucho más que él ni siquiera se había atrevido a imaginar. Sensaciones y sentimientos que brotaron en su pecho mientras otras partes de su cuerpo disfrutaban del mayor placer que habían sentido jamás.

Los rosados labios de ella pronunciando el nombre de él, su pelo alborotado, su mirada nublada y las manos ansiosas deambulando de arriba abajo por su vientre, su pecho y sus hombros. Ella le hizo el amor como él deseaba y a la vez como nunca creyó posible. Aquella comunión trascendió sus cuerpos, y Juan sintió que algo dentro de él, algo que no era físico, alcanzaba una parte del ser de aquella increíble mujer que se entregaba a él sin reservas.

La segunda vez fue más lenta, más sosegada y ambos buscaron que el otro alcanzara un clímax intenso sin esperar a que fuera simultáneo. Cada uno tuvo

su momento, y ambos disfrutaron de ver al otro estremecerse hasta el delirio.

Antes de la tercera hubo una parada para una visita al baño y otra a la cocina para buscar una bebida bien fría. Hubo arrumacos y palabras dulces, caricias ligeras y cosquillas que los hicieron reír como niños. Hasta que la risa se convirtió en gemido y sin echar mano de accesorio alguno más allá de la protección con sabor a fruta, culminaron los encuentros de esa tarde con un apoteósico final que dejó a Luz colgando del borde de la cama y a Juan arrodillado en el suelo frente a ella.

—Los miércoles son los días que más cansado estoy de toda la semana — comentó él dejándose caer sobre el vientre de ella.

—Menos mal —jadeó Luz, acariciándole el pelo enmarañado.

—Así que espero que me dejes quedarme a dormir. Creo que no soy capaz de subirme a la furgoneta y conducir ni medio kilómetro.

—A dormir —susurró ella, incorporándose sobre los codos—. ¿Y crees que vamos a dormir algo?

—Sí, mucho, yo por lo menos. Pero antes de irme al trabajo, te despertaré y me despediré como es debido. Así que, después de una ducha y de comer lo que sea que tengas en la nevera, más me vale ir en busca de una farmacia, o una gasolinera.

Ella rio y se incorporó para besarlo con suavidad. Después lo besó con más fuerza.

—Ducha y cena, me apunto —comentó, dirigiéndose hacia la puerta. Al ver que no la seguía, le hizo un gesto con el dedo hasta que se acercó. Tiro de él por una mano para llevarlo al baño y abrió el grifo de la ducha que pensaba compartir durante un buen rato—. Y por lo demás no te preocupes. Esa caja que has subido es la de exposición. Tengo tres o cuatro más en stock en el almacén.

No faltó a su palabra. Luz no escuchó el despertador de Juan, pero sí sintió las manos de él recorriéndole el cuerpo hasta lograr despertarla. Estaba agotada, pero él logró ser muy persuasivo. Aunque sentía ligeras molestias en ciertas partes de su cuerpo que llevaban demasiado tiempo sin recibir las atenciones adecuadas, se entretuvieron lo suficiente en la cama, y después en la ducha, como para que Juan tuviera que vestirse a todo correr y desayunar en tiempo récord para no llegar tarde a trabajar.

—Ven a comer después —le solicitó ella cuando se despidieron con un profundo beso con sabor a la mermelada de frambuesa de la tostada que él llevaba en una mano, a medio terminar.

—Pero solo a comer —advirtió él, con sonrisa ladeada—. Tengo apenas una hora. Y estaré sucio y sudado.

—Solo a comer —corroboró ella, tratando de ponerse seria. No lo logró.

—Uf, vas a acabar conmigo.

La besó una vez más y se marchó masticando su tostada con cierta dificultad a causa de la gran sonrisa que no podía borrar de su rostro.

Capítulo 25

Como cada domingo desde que vivía en Villa San Juan, Luz se levantó con las luces del alba para salir a correr los doce kilómetros que había establecido como su ruta de entrenamiento. La avenida desde su casa hasta la parroquia; un camino umbrío alejado de la carretera, que era un atajo para bajar hasta la playa; el paseo del pequeño puerto pesquero y un serpenteo por las calles más antiguas del pueblo; finalmente, una parada en la fuente de la plaza del ayuntamiento para beber un buen trago de agua y refrescarse el rostro antes de emprender el camino de vuelta.

Ese día, añadió otros tres kilómetros a su ruta, deshaciendo el camino de ida en lugar de volver directa por las calles principales. El domingo anterior se había saltado su rutina por primera vez en años. Juan había pasado la noche del sábado con ella, por lo que no había tenido ninguna intención de abandonar la cama hasta bien entrada la mañana.

Mientras corría, su cabeza solía desconectarse de casi todo, de los problemas de la semana, de la realidad de su vida presente. Era el recuerdo de los años de entrenamiento en la disciplina de atletismo que había realizado de adolescente lo que se apoderaba de ella al igual que lo hacía el calor que invadía sus músculos, o el sudor que goteaba por su piel.

Ya no tenía el fondo de aquel entonces, cuando correr medias maratones no se le hacía un auténtico suplicio. Sin embargo, la capacidad de concentración en la carrera era algo que no había perdido. Era una con su cuerpo, y se movía

al ritmo que este le marcaba, a la velocidad que era capaz de mantener.

Cuando llegaba a la meta, solía sentirse satisfecha y, tras una ducha, renovada.

Sin embargo, ese día no era capaz de desconectarse de su realidad como otras veces. Y sabía por qué. Era el aniversario de la muerte de Cristóbal. Y por primera vez en todos esos años, no iba a viajar hasta Madrid para visitar su tumba en el cementerio.

Esa era la decisión que había tomado la noche del viernes, cuando había comenzado a preparar la bolsa de viaje. Mientras buscaba qué meter, se había dado cuenta de que aquella visita ya no tenía el sentido que había tenido hasta entonces.

Desde que vivía en Villa San Juan, solo visitaba la tumba de Cristóbal por la festividad de Todos los Santos y por el aniversario de su fallecimiento. Estando aún en Madrid, también lo había hecho el día de su aniversario de boda y por el cumpleaños de él. Y solo en aquellos momentos se permitía hablar con él de forma directa, como si lo tuviera delante, pero en su fuero interno. Allí y en la iglesia. Porque ambos lugares eran suelo sagrado.

Así pues, a pesar de haberse mudado y no tener que darles explicaciones a sus padres, ella había seguido asistiendo a misa cada domingo a las once, como cuando vivía bajo el techo de estos. Y allí le contaba a Cristóbal cómo le iban las cosas, cómo estaba siendo su vida sin él. Allí le pedía que no permitiera que su recuerdo se borrara. Porque el tiempo pasaba y muchas cosas, pequeños detalles, se iban desdibujando en su memoria. Sensaciones que él había provocado en ella, incluso su voz o su forma de mirarla, cada vez eran más difíciles de retener más allá de un instante fugaz.

Sin embargo, ese día era otro el mensaje que necesitaba darle. Podría haber ido hasta su tumba para hacérselo llegar. Pero su fe le decía que aquello era innecesario. Él podía oírla desde el lugar que ella eligiera. Y el templo de la parroquia del pueblo que le había regalado su nueva y feliz vida era un lugar excelente.

Desayunó tras una larga ducha y se vistió para acudir a la eucaristía a la que era asidua, como tantos otros vecinos.

Antes de que el padre Andrés comenzara la liturgia, ella cerró los ojos y se concentró en el rostro de un Cristóbal joven que no había enfermado aún, el que todavía no le daba al trabajo mayor importancia que a su relación de pareja, el que le juraba amor eterno sin motivo aparente y sonreía a cada minuto.

—Hola, Cris. Perdón por faltar a nuestra cita de la semana pasada. Pero... ha ocurrido. Ya sé que te dije que dudaba mucho de que fuera posible, pero me equivocaba. Es posible y es maravilloso, porque me siento exultante de felicidad. Se llama Juan y la verdad es que es bastante distinto a ti en casi todo. Aun así, no he podido evitarlo. Me he enamorado de él.

Suspiró y se puso en pie cuando el párroco lo indicó. Al cabo de unos minutos, volvió a sumirse en sus pensamientos.

—Te lo tenía que contar, aunque sé que desde donde estás, habrás podido observar cómo poco a poco se ha ido colando en mi corazón. Y sé que te alegras por mí, porque esto era lo que tú querías. Que rehiciera mi vida, que fuera feliz, que le diera otra oportunidad al amor. Te aseguro que no lo he buscado. Simplemente, ha llegado por sí solo. Y espero que lo haya hecho para quedarse.

Alguien se levantó para hacer una lectura y ella trató de escucharla, sin lograrlo del todo.

Docenas de recuerdos de su vida con Cristóbal se agolparon de pronto en su cabeza, como si una energía misteriosa los hubiera colado allí de sopetón. Algunos incluso los había creído olvidados, pero ahí estaban de nuevo. El corazón se le contrajo en el pecho.

—No, Cris. No olvidaré nada de lo vivido contigo, de lo que sentía a tu lado. Tanto lo bueno como lo no tan bueno. Pero todo quedará a buen cobijo en un rinconcito que siempre será para ti. Te pido perdón si el lugar te parece muy pequeño, pero ahora mismo mi corazón late por él, con tanta fuerza que

hasta creo sentirlo en mi pecho más vivo y más grande. Siempre te querré, lo sabes, pero ahora debo seguir adelante. Y hacerlo con él.

Luz estaba atendiendo a una mujer cuando Juan llegó de trabajar esa tarde. Habían acordado que se quedaría a dormir. Desde aquella primera noche, eran ya unas cuantas las que pasaban juntos, incluso entre semana. Con su trabajo a pocos minutos de allí, tener que madrugar no era excusa para no quedarse. De hecho, él no necesitaba ninguna excusa para reconocer que dormir junto a Luz era un placer en sí mismo.

Tras definir la fecha de la boda de Álex y Carla, Asier y él se estaban apresurando con la restauración del porche de la parroquia, lo que les estaba llevando más horas al día de lo habitual. Pretendían que todo estuviera perfecto para la víspera de San Juan. El resto de sus empleados estaba dando los últimos retoques al Centro Cívico y un equipo de jardineros subcontratados culminaba la labor de crear una campa uniforme que fusionara los terrenos ajardinados que separaban ambos edificios.

Luz lo vio entrar y lo saludó, indicándole con un gesto que acababa enseguida. Él también le comunicó sin palabras que no había problema y que iba a por algo de beber, a lo que ella asintió con una sonrisa.

Ya se dirigía a la neverita que había en la trastienda cuando algo llamó su atención en una de las vitrinas. Era como si unos ojos lo miraran y lo llamaran por su nombre. Cuando enfocó aquel rostro sonriente, supo que era él al igual que había sabido quién era con solo verlo de espaldas.

Caminó hasta casi pegar la nariz al cristal, arrastrado por una fuerza inexplicable que tiraba de él hasta allí. Una fuerza que pretendía darle un mensaje.

—Así que eres tú —creyó escuchar de una voz firme pero amable—. Tú eres el elegido.

Juan tragó saliva, diciéndose que el calor que había pasado reforzando vigas maestras le estaba pasando factura.

—Me alegra que nos veamos al fin las caras —continuó en su mente el hombre de sonrisa enorme y blanquísima, ojos negros y redondos como los de su hermana, cabello igual de oscuro. Había sido alto y muy delgado. Y sobre todo, transmitía un aura de serenidad y suma felicidad en aquella imagen—. Tengo algo importante que decirte.

—Soy todo oídos —murmuró Juan como si aquello fuera una conversación de verdad.

—Tienes una tarea que cumplir. Una que yo no tuve tiempo suficiente para llevar a cabo. —La voz imaginaria hizo una pausa dramática que a Juan le pareció el colmo de su propia paranoia. Aunque ya sabía lo que iba a decirle a continuación, antes de imaginar escucharlo—. Tienes que hacerla feliz.

Las voces de las dos mujeres a su espalda no lo habían distraído de su pequeña alucinación. Sin embargo, la campanilla que sonaba en la puerta al abrirse y cerrarse lo sacó de su extraño ensueño.

Cuando se giró, la clienta ya se alejaba por el jardín y Luz caminaba hasta detenerse a su lado, junto a la foto de la vitrina. Se dispuso a explicarse.

—Esta foto estaba en el dormitorio que suele usar Lidia. Nunca he puesto a la vista en esta casa ninguna otra de él, excepto la que había aquí de ambos. No sé si te habrás fijado alguna vez.

—Sí, y sabía que erais vosotros.

Ella asintió con sonrisa enigmática.

—Me gustaba mucho esa foto y, en su día, este me pareció un sitio muy apropiado para tenerla. Pero ya no. —Él la miró con calma, dejando que se explicara, pues parecía necesitarlo—. En cambio, esta otra de él, sonriente y feliz aunque solo, debe estar aquí. Ahora es su lugar. Es el recuerdo de que una vez fue parte de mí, y eso no puedo ni quiero cambiarlo, porque a Cristóbal siempre le pertenecerá un pedacito de mi corazón. Pero desde que nuestra relación ha avanzado hasta el punto de entregarme a ti de la manera en

la que lo he hecho, una foto en la que él y yo íbamos de la mano no me parece que deba estar expuesta. Se quedará en un álbum de recuerdos, como las demás.

Inspiró con fuerza, esperando a que él dijera algo. No lo hizo. Y para su asombro, lo vio darle la espalda y dirigirse a la puerta.

Luz nunca habría imaginado una reacción como esa. Había dado por hecho que con su explicación él lo comprendería y lo aceptaría. Que se marchara sin decirle nada era lo último que podía esperar de él, por lo que aún estaba paralizada cuando lo vio echar el cerrojo, girar el cartel de abierto a cerrado y caminar de nuevo hasta ella. Sus pulmones volvieron a funcionar cuando Juan la tomó en brazos, pasándolos por debajo de sus piernas.

—¿Qué haces? —Tuvo que agarrarse a su cuello para no caer.

—Tengo una misión.

—¿Qué clase de misión?

—Una secreta.

Ya subían las escaleras cuando él comenzó a besarle el cuello de aquella forma que a ella le hacía estremecerse.

—¿No me vas a dar ninguna pista?

Él no sabía muy bien cómo llevar a cabo la misión que se le acababa de encomendar. Tendría que pararse a pensar en ello con más calma. Por lo pronto, iba a comenzar por aquello en lo que creía tener ciertas nociones. Al menos a un nivel que a ella parecía hacerla sentir, si no feliz, al menos satisfecha.

—Ahora mismo voy a darte una muestra muy explícita. Estate atenta.

No hubo más palabras. Habría sido imposible con la boca de él tan ocupada en cada centímetro de su cuerpo. Luz se olvidó de todo excepto de la sensación de sentirse deseada, colmada, reverenciada.

Sus manos estaban por todas partes, sus besos eran abrasadores. Su mirada, reveladora. Luz comprendió que era suya, ya no había vuelta atrás, y él se le entregaba abiertamente, en cuerpo y alma. Cuando la penetró de aquella

manera tan cruda y directa con la que él solía hacerlo, tan profunda y enérgica, los ojos se le nublaron y se dejó arrastrar a un lugar donde solo cabían ellos dos y el más absoluto gozo que jamás había experimentado en su vida.

Eso fue lo que trató de mostrar en sus ojos justo antes de explotar, mientras él buscaba su mirada para advertirle que su propio estallido estaba ya próximo. Fue, por primera vez, casi simultáneo, lo que lo hizo todavía más satisfactorio.

—Si lo que pretendías era llevarme de paseo por las estrellas, puedo decirte misión cumplida —susurró Luz al cabo de unos segundos contra la piel de su garganta. Él aún seguía sobre ella, inmóvil y con la respiración agitada.

—Es una misión a largo plazo. —La liberó de su peso mientras salía con lentitud de su interior y se tumbó de lado, rodeándola con un brazo para pegarla a su pecho. Ella se acurrucó, mimosa—. Esto es solo el principio.

—Pues no sé cómo será el final, pero el principio te puedo asegurar que me apetece repetirlo muy a menudo.

Juan soltó una corta carcajada y la besó en la frente con dulzura.

—Lo que te haga feliz.

Aquella frase la hizo reír y lanzarse a un segundo asalto para otro paseo hacia el paraíso. Lo que no sabía era que iban a ser cinco palabras que iba a escuchar muy a menudo de ahí en adelante, ya que Juan se había tomado aquella misión muy en serio.

Capítulo 26

Luz se despertó con el sonido del agua al caer contra la ducha. Cuando fue consciente de la causa del ruido, extendió la mano y comprobó que en la cama ya no estaba Juan. Se había levantado antes que ella y se estaba duchando. Abrió un ojo y buscó el despertador. Las diez y media. ¿Qué día era? Tenía que ser fin de semana si él aún estaba en casa, duchándose. Vale, era sábado, atinó por fin. El sábado anterior a la boda de Carla y Álex. Justo quienes iban a ir ese día a las once y media a su casa a definir los últimos detalles del evento.

¡En solo una hora! ¿Por qué Juan no la había despertado para que se fuera duchando ella también? Tenían dos baños, podía usar la otra ducha o compartir la misma como tantas otras veces, pensó crispada mientras se incorporaba y se sentaba en la cama.

Entonces lo notó. El... escozor. Todo lo ocurrido la noche anterior le vino a la mente de golpe. Se ruborizó. No se vio a sí misma, pero lo supo por el calor que sintió de pronto en las mejillas, casi tan ardiente como el que notaba en otro lugar más íntimo.

Juan no la había despertado porque consideraba que debía dormir un poco más, adivinó. Después de la noche anterior, ambos deberían dormir hasta las cinco de la tarde como poco. ¡Santo cielo! ¿Cómo iba a mirar a su hermana a la cara después de lo que había estado haciendo con Juan horas antes?

Todo había empezado de la forma más inocente. Estaban cenando y ella

comentó que había recibido un envío con varias muestras de productos para colocar en la vitrina de despedidas de soltero. Aún ni lo había abierto, pero se le había ocurrido proponerle algo. Ya que Carla y Álex no habían querido tener ningún tipo de fiesta de despedida, por lo menos podrían hacerles un regalo picante cuando fueran al día siguiente. Un detalle divertido para robarles una sonrisa.

Al principio él había puesto cara de auténtico horror. Aceptaba la idea de que Álex se acostara con su hermana desde hacía años, pero no la retenía en su mente más de dos segundos seguidos. No quería pensar en nada que ellos dos pudieran hacer desnudos y juntos. «Tampoco a solas consigo mismos», había añadido al darse cuenta de cómo había sonado la frase, empeorándolo aún más y haciendo que Luz se carcajeara un buen rato.

A pesar de todo, ella siguió con su idea. Después del postre fue a por la caja y la abrió delante de él. Le fue mostrando los objetos uno por uno, una amplia selección de novedades para exposición, muchas de las cuales eran todo un misterio del que había que leer las instrucciones.

Según fueron inspeccionando cada juguete o cada complemento, el interés de Juan fue en aumento. Hasta que se le ocurrió otra idea más interesante todavía. Lo que debían hacer era probar ellos mismos la mercancía y así poder decidir con mejor criterio qué regalarles.

Luz, a pesar de considerarlo una excusa barata en un principio, acabó dándole la razón. Y ambos terminaron en el dormitorio con la cama repleta de accesorios de todo tipo, tubos de geles estimulantes, vibradores de varios tamaños... Y lo que Luz recordaba con mayor estupor. Aún no se podía creer que hubiera accedido a probar aquello. Juan estuvo a punto de desmayarse cuando ella le dijo que eso era para él y acto seguido se lo introdujo sin miramientos, tan metida en materia como estaba. La protesta de él había muerto en un jadeo que aún le producía escalofríos con solo recordarlo. Se había derramado en su boca apenas treinta segundos después.

—Buenos días.

Como un ángel caído, hermoso y letal, Juan entró en la habitación con la toalla en la cintura y el pelo goteando sobre sus hombros.

—Has recogido todo —apreció ella, aún envuelta en las sábanas.

—Había que limpiar varias cosas. Otras las he tirado directamente. —Rio para sí—. Pero el resto está a buen recaudo. Para... otra ocasión. —Le guiñó un ojo—. ¿Qué tal estás?

—Un poco dolorida.

—Yo también.

Los dos se miraron y la carcajada fue simultánea. Si podían mirarse a los ojos y reírse de lo compartido aquella noche, todo era perfecto. Más que perfecto.

Lo vio quitarse la toalla y ponerse los calzoncillos. ¿Cómo podía seguir excitándose con solo mirarlo? ¿Es que no había tenido suficiente tras la noche más satisfactoria de toda su vida? Parecía que nunca se saciara de él. Juan leyó su mirada y contoneó las caderas de espaldas, centrado su atención en su prieto y perfecto trasero.

—Voy a intentar llegar a la ducha —comentó mientras caminaba con dificultad.

—¿Te ayudo?

—Ja, ja —pronunció sin reír de verdad.

El timbre de la puerta sonó cuando Luz acababa de salir del dormitorio. Volvió de inmediato sobre sus pasos.

—¿Ya están aquí? ¡Falta casi una hora!

—A lo mejor se han confundido y creían que era a las diez y media —dedujo Juan, vistiéndose a toda prisa—. O están nerviosos y no podían esperar más.

—Pues yo necesito ducharme más de dos minutos —repuso ella, casi suplicante—. Ábreles y sírveles algo de beber mientras me preparo, por favor.

—Claro, tú tómate tu tiempo.

Juan bajó corriendo las escaleras al segundo timbrado, frotándose el pelo aún mojado con una toalla.

Cuando abrió, no fue a Carla y a Álex a quien encontró. La pareja que estaba allí tampoco parecía esperarlo a él.

—Buenos días —dijo Juan, con gesto confuso tras soltar la toalla y dejarla colgada de su cuello.

El hombre y la mujer de unos sesenta años se miraron entre sí y volvieron a mirarlo a él. La mujer le susurró al hombre como si Juan no pudiera oírla.

—A lo mejor se ha mudado.

—Cómo se va a mudar, su negocio sigue aquí.

—¿Puedo ayudarlos? —Juan, algo impaciente, desvió la mirada a las maletas que había a sus pies.

—Disculpe, buscamos a Luz Duque —se decidió a decirle el hombre—. ¿Sigue viviendo aquí?

—Sí, esta es su casa. ¿Quién lo pregunta?

Cuando la cara de sorpresa mudó a retadora, Juan lo adivinó incluso antes de escucharlo.

—Somos sus padres. ¿Y usted?

Juan carraspeó. Una bola como de serrín se le había formado en la garganta. De pronto pensó que su cara reflejaba todas y cada unas de las travesuras que había hecho con su hija horas antes. Las manos empezaron a sudarle.

—Soy Juan. Juan Saavedra. El novio de Luz. Encantado.

Fue a darles la mano, pero al momento se dio cuenta de que los tenía fuera de la casa. Así que rectificó y les pidió que entraran. Él mismo cogió una de las maletas, porque la otra ya la había cogido el padre de Luz antes de que él lograra alcanzarla.

Entonces sí les dio la mano a ambos, porque pensó que recibir dos besos a lo mejor no era de su agrado. Eran bastante conservadores, por lo que había podido interpretar de lo que Luz le había contado sobre ellos. Y estaba claro que no les había hablado de él en ningún momento.

A pesar de eso, él había querido dejar claro desde el principio que era su novio. No un tío que acababa de salir de la ducha de la casa de su hija y que a

lo mejor no volvían a ver nunca, ni ellos ni ella.

—Luz está en la ducha. Acaba de entrar hace un minuto así que creo que será mejor dejarla terminar con calma. Doy por hecho que no os esperaba. Me lo habría dicho.

—Era una sorpresa —intervino la madre con sonrisa algo forzada.

—Le va a encantar veros, por supuesto. Por favor, sentaos. —Los dirigió hacia el comedor, ya que él necesitaba desayunar si no quería que oyeran sus tripas rugir mientras esperaban a Luz—. ¿Puedo ofrecerles algo para beber?

—Una cerveza.

—¡Francisco! Es muy temprano —lo reprendió su mujer sin llegar a tomar asiento.

Él lo hizo dejándose caer sobre una de las sillas.

—Tengo calor y sed y es lo que me apetece. Nos hemos levantado al alba para coger el AVE hasta Valencia y luego un taxi hasta aquí. No me gusta mucho conducir y lo evito siempre que puedo —le explicó a Juan—. Así que no es tan pronto para mi cuerpo. Quiero una cerveza.

—Claro, ¿y usted, Regina?

Ella abrió los ojos al ver que conocía su nombre. Una amplia sonrisa le salió sin poder evitarlo.

—Que sean dos.

Esa vez el sorprendido fue el marido.

—Las traigo ahora mismo. —Juan salió como un rayo hacia la cocina.

—Mira que estás rara últimamente —oyó que le recriminaba Francisco a su mujer.

Lo que se dijeran después, no llegó a oídos de Juan. Cuando volvió con una bandeja donde llevaba tres manteles individuales, sus bebidas, un plato de pastelitos y un gran tazón de Cola Cao, ellos lo miraron algo estupefactos.

—Aquí están las cervezas, y una de tantas maravillas que cocina Luz. —Les ofreció el plato y ellos cogieron un dulce cada uno. Juan depositó dos junto a su tazón—. Yo, si no les importa, voy a desayunar.

Se sentó y bebió un buen trago antes de comerse un pastelito con notable apetito.

Francisco se comió el suyo y enseguida cogió otro. Lo masticó despacio antes de preguntar:

—¿Vives aquí, Juan?

—No. Pero a veces me quedo a dormir. —Bebió un largo sorbo de Cola Cao para pensar cómo cambiar de tema—. Además, en un rato vendrán mi hermana y su prometido. Cuando han llamado creía que eran ellos, que se habían adelantado. Vamos a repasar los últimos detalles para su boda. Es el próximo sábado.

—Enhorabuena —adujo Regina.

—Gracias.

—Así que Luz organiza la boda de tu hermana. ¿Así os conocisteis? —continuó indagando el hombre.

—La verdad es que no. Primero la conocí y después le pedí que organizara la boda de mi hermana. Unos... tres días después —informó con humor.

—Que rápido. —Se sorprendió la madre.

—Sí todo está siendo... bastante rápido. —Al ver en sus caras que parecían haber entendido aquel comentario por el lado que tenía que ver con ellos dos, quiso aclarar a qué se había referido. Además, iban a ver a Carla en unos minutos. Mejor que estuvieran sobre aviso. No quería que les sorprendiera su aspecto—. Mi hermana tiene leucemia y no parece haber cura por ahora para su enfermedad. Su novio estuvo un tiempo buscando a su padre porque podría ser un donante compatible. Ella es mi hermanastra, por eso no es también mi padre —especificó de forma fugaz—. Pero no lo encontró y no hay ningún otro donante por el momento. Así que antes de que empeore, van a casarse. Ella estaba en el hospital y Álex de viaje por el mundo buscando al padre perdido. Yo solo no me vi capaz de organizar una boda. Así que conocer a Luz fue algo así como que el destino la pusiera en mi camino.

Les contó cómo llegó por casualidad a su negocio, porque estaba nervioso y

no podía dejar de hablar. Así a lo mejor no le hacían más preguntas antes de que Luz terminara de ducharse. ¡Dios, que se diera prisa!

—Qué forma tan extraña de conocerse —comentó el padre.

—Espero que tu hermana se recupere pronto, Juan —intervino la madre por encima de las palabras de su marido.

—Gracias. Yo también.

—Así que trabajas en una obra en el pueblo —continuó Francisco—. ¿Eres albañil?

Juan notó el retintín con el que dijo la palabra, como si le pareciera poca cosa, captó con irritación. Sabía que él se dedicaba a la banca y que a Luz nunca le había faltado de nada gracias a ello. Ahora su hija se ganaba la vida por su cuenta, pero estaba claro que no quería para ella un hombre que no pudiera contribuir a que su nivel de vida siguiera siendo el mismo que cuando vivía bajo su techo.

El orgullo le pudo y no escatimó en detalles con los que dejarle claro a ese hombre lo mucho que se había esforzado en la vida.

—Dejé la universidad y empecé a trabajar como peón de obra cuando mis padres murieron y tuve que hacerme cargo de mi hermana yo solo. Pero años después retomé mi carrera de Arquitectura. Al terminarla, fundé una pequeña empresa que ha ido creciendo bastante en los últimos años.

Se explayó otro buen rato hablando de su trabajo, de su empresa y sus empleados. Les habló de la obra que acababa de terminar esa misma semana en el pueblo, donde justamente iba a ser la boda. Hasta les invitó a dar más tarde un paseo hasta allí para que vieran los cambios, ya que ellos habían conocido la zona antes de la reforma.

Y de pronto se le acabó la cuerda y no supo qué más decir. ¿Por qué Luz tardaba tanto?

—Lamento lo de tus padres. —El tono de Regina fue amable y sincero.

—Gracias, señora.

—No me llames señora, dime Regina, y trátame de tú, por favor —solicitó

muy sonriente.

—Claro.

Al ver que el padre fruncía el ceño, creyó que por el tono encantado con el que ahora hablaba su mujer, ya que durante su charla sobre su trabajo había creído verle bastante satisfecho, Juan no pudo más.

—Voy a ver si Luz está ya lista y así la aviso antes de que baje y os vea aquí sentados.

—¿Papá? ¿Mamá? —oyó Juan a su espalda antes incluso de poder ponerse en pie.

—Un poco tarde, muchacho —comentó Francisco.

—¿Pero... qué hacéis aquí?

—Conocer a tu novio. —Regina la miró muy sonriente, pero con un poco de reproche en la mirada—. Este del que no nos habías hablado todavía.

Luz le dirigió a Juan una mirada de disculpa y él le dedicó una sonrisa con la que quería al mismo tiempo quitarle importancia y decirle lo aliviado que estaba de que por fin estuviera allí con ellos.

—Bueno... es que llevamos poco tiempo juntos —se disculpó ella, aunque no dejó de mirar a Juan mientras lo decía.

—¿Poco? —La voz del padre fue de indignación—. ¿Y ya se queda a dormir?

—Francisco —lo reprendió su mujer.

Luz alzó una mano para pedirle a su madre que no le sacara la cara.

—Papá, ya tengo treinta y cinco años, por favor. Y esta es mi casa.

Tal vez fuera por el tono tajante con el que ella lo dijo, pero el hombre hizo gesto de fastidio y puso los ojos en blanco.

—Vale, no he dicho nada. —Y acto seguido, se comió otro pastelillo.

Habían estado a punto de perder a su hija hacía tiempo por no comprenderla como ella necesitaba. No estaba dispuesto a meter la pata en su casa y dejar de ser bienvenido en ella. Además, Luz tenía razón. Ya era mayorcita. Aunque para él siempre sería su niña.

—¿No habrá ocurrido nada, verdad? —pensó de pronto Luz. Se acercó a ellos para mirarlos de forma minuciosa. Parecían algo cansados, pero no enfermos.

Su madre llevaba el pelo rubio corto, peinado con un toque de laca que conseguía mantenerlo como recién salido de la peluquería. Con los años había variado el tono de su rubio con diferentes tintes, pero nunca lo había llevado demasiado claro. La largura cada año era menor, hasta el punto de no sobrepasar ya apenas su nuca. Sus ojos marrón miel eran muy similares a los de su hija, tal vez un poco más pequeños. Pero el óvalo de la cara de ambas era muy similar.

Por el contrario, a su padre se le veía bastante más envejecido que cuando ella abandonó Madrid de forma definitiva. Había ganado peso, sus canas cubrían ya toda su cabellera, y las gafas no lograban ocultar unas arrugas muy marcadas alrededor de los ojos. Debía cuidarse más y trabajar menos. Ella se lo decía muy a menudo, y él siempre le respondía con un bufido.

—No, solo que me he jubilado —adujo Francisco, justo antes de terminarse su cerveza—. Y tu madre ha insistido en hacer un viaje por Europa. De un mes —detalló con el mismo tono de fastidio que ya había utilizado antes—. Así que queríamos venir a verte antes y darte una sorpresa.

—¿Por fin te has jubilado? ¡Es fantástico! —No pudo ocultar su enorme alegría y le dio un abrazo que lo sorprendió, aunque lo correspondió al instante—. ¿Cuánto os vais a quedar? —preguntó al ver sus maletas.

—Una semana.

El timbre sonó antes de que Luz pudiera decir nada más.

—Esta vez sí que serán Álex y Carla. Solo se adelantan media hora —comentó Juan mientras acudía a abrir.

Luz fue a explicarles a sus padres quiénes eran y qué hacían allí antes de que entraran, pero estos le advirtieron que no era necesario, pues Juan se lo había contado todo mientras la esperaban. Todo, todo, comprendió Luz al ver que no se sorprendían en absoluto al ver el pañuelo en la cabeza de Carla y su

mochila con el oxígeno y las gafillas.

Se hicieron las presentaciones pertinentes y, al decir Juan que casualmente Regina y Francisco se quedaban hasta el sábado, Carla les hizo prometer que asistirían a la boda aunque tuvieran que marcharse un poco antes de que acabara el festejo. Incluso los animó a cambiar los billetes para el día siguiente.

Al principio, Francisco fue un poco reacio. Pero tras ver el entusiasmo de la joven y la sonrisa sincera con la que los invitaba a asistir, terminó aceptando. Su tren salía a las siete. Podían quedarse hasta las cinco y media sin problema.

Regina se mostró encantada con la idea. Asistir a una de las bodas que organizaba su hija había sido un secreto deseo que por fin iba a verse realizado. Además, se trataba de la hermana del novio que acababan de descubrir que tenía. Eso le añadía emoción al momento.

Como Carla había sido tan abierta y dicharachera desde el principio, la mujer solicitó estar presente mientras cerraban los últimos detalles del evento. Su marido, por el contrario, decidió retirarse a descansar un poco tras el viaje.

Regina pudo admirar entonces el minucioso trabajo que realizaba su hija, cosa que no le sorprendió en absoluto, pues siempre había sido muy concienzuda en todo lo que hacía.

Tras repasar punto por punto la hora y el lugar de cada paso de la boda, analizó los imprevistos que podían surgir y detalló las soluciones que podrían aplicarse a cada caso.

—Eres increíble, Luz. No se te escapa nada —alabó la novia, abrazándola sin poder contenerse—. Va a salir todo perfecto.

—Yo... ¿puedo hacer una pregunta?

Todas las caras se giraron hacia Regina, que leía y releía el plan de boda que su hija había diseñado y que tenían extendido en un pliego de papel sobre la mesa del comedor.

—Claro, mamá.

—Aquí pone que a las diez menos cuarto Martina y Claudia acudirán a la casa de Carla para ayudarla a vestirse. Pero no pone nada sobre el maquillaje. Entiendo que no necesitas ir a la peluquería —comentó con suavidad y sonriendo con comprensión—. Pero no irás a maquillarte tú misma el día de tu boda, ¿verdad?

Carla miró a Regina y después a Álex, quien se encogió de hombros como queriendo desentenderse de aquello, pues era ajeno a ninguna decisión que debiera tomar él.

—Verás, Carla, mi madre te lo pregunta porque hasta hace algunos años fue representante de una marca de cosméticos. —Luz se vio obligada a intervenir para aclarar la situación, que comenzaba a ser algo incómoda—. Entre otras cosas, asesoraba a maquilladoras, por lo que es algo que conoce bien y a lo que no puede evitar darle importancia.

—Oh, entiendo. —Carla pareció aliviada—. La verdad es que no tenía pensado maquillarme mucho. Con mi palidez, los gafillas del oxígeno atravesándome la cara y con lo que voy a llevar para cubrirme la cabeza, no me parecía que fuera necesario ni apropiado.

—Al contrario. —Sin pensárselo dos veces, Regina se levantó, subió un poco más la persiana de una de las ventanas, le pidió a su hija que le cediera el asiento y se quedó mirando el rostro añorado de Carla—. Con los productos adecuados, que no van a dañar en absoluto esta piel sensible que tienes, puedes hacerte un tratamiento revitalizante en solo una semana. La noche del viernes puedes ponerte una mascarilla hidratante e iluminadora, y por la mañana tendrás un cutis de revista. Y ese día, yo te aplicaría una base de un tono muy similar al tuyo y lo realzaría únicamente con polvos de sol en lugar de colorete, para darte un aspecto más natural y juvenil. —Rozó sus mejillas con las yemas de dos dedos, en los puntos donde aplicaría dicho maquillaje—. En los labios, matices rosados de textura jugosa, nada mate. Y con esos ojazos que tienes, cualquier cosita que te pongas va a quedar espectacular. Sombra suave, de un tono que dependería del color exacto de tu vestido, y máscara de

pestañas en marrón en lugar de negro.

Carla llevaba un rato sin parpadear, puede que incluso sin respirar. Regina la estudiaba con ojo profesional y había descrito con tanto detalle cómo la imaginaba que ella misma se había hecho a la idea de verse así ese día.

—Vaya. —Le salió una risilla nerviosa—. ¿De verdad estamos a tiempo de que la piel de mi cara reviva por un día?

—De sobra, y no solo por un día. —Regina no pudo evitar dar una palmada como si acabara de firmar un contrato millonario—. Creo que tengo de casi todo en mi maleta. No voy a ningún lado sin unas cuantas cosillas básicas —comentó guiñándole un ojo.

—Y lo que no tenga ella, lo tengo yo —aportó Luz—. Los cosméticos han sido el regalo estrella de mi madre por mis cumpleaños y Navidades desde que me salió mi primera espinilla —confesó divertida.

—Y gracias a ellos, logramos controlar las que amenazaban con salir después —defendió su madre con orgullo—. Si me dices el tono aproximado del vestido, te busco la sombra más apropiada. Y te hacemos una prueba ahora mismo si te apetece.

La cara de Carla reflejó que la idea le hacía mucha ilusión. Miró a Álex con sonrisa de disculpa y este le devolvió otra de comprensión. No había nada más que añadir.

—Le mandé una foto a Luz por correo electrónico, de cuando me lo probé la primera vez que Martina me lo trajo con todas las piezas definitivas. Podemos enseñártela.

—¿En serio? Me encantaría. —Regina dio unas palmaditas de alegría.

—Creo que los hombres vais a tener que abandonar la sala. —Carla le dio un beso a Álex y este le acarició una mejilla.

—Vale. Me aguantaré las ganas de verlo hasta el último momento.

—¿A mí tampoco me vas a dejar ver la dichosa foto? —protestó Juan.

—No. —Carla señaló la puerta con el dedo índice—. Fuera.

En cuanto los hombres desaparecieron, las mujeres se reunieron en torno al

ordenador y contemplaron la fotografía de la prueba.

—Definitivamente, sombra de un suave color arena —oyeron Juan y Álex que declaraba Regina, y ambos se miraron con gesto cómplice. Parecía una tontería, pero a Carla le había hecho clara ilusión poder sentirse un poco más bella el día de su boda, después de haberse resignado a casarse condicionada por los efectos que su enfermedad estaba causando en su debilitado cuerpo—. Vas a estar deslumbrante.

—Venga, fuera de aquí. —La voz de Regina fue firme y no dejaba lugar a réplicas—. Juan y Álex han cocinado, así que nosotras recogemos.

—Y yo me libro por mi cara bonita. Vámonos, antes de que se arrepientan — los acució Francisco.

En esa ocasión, que los echaran de la cocina no les importó demasiado a ninguno. El mundial de fútbol estaba en sus primeras fases y el partido de esa tarde estaba a punto de dar comienzo. Se acomodaron en el sofá y Juan se alegró de poder hablar con el padre de Luz de algo en lo que parecía que estaban de acuerdo. Además, con la compañía de Álex la situación era más llevadera.

Las preguntas de Francisco habían dejado de ser tan personales como cuando Juan había estado a solas con él y Regina. Aunque en todo momento el tono de la conversación había sido amable, sí había creído detectar un pulla directa hacia él en un comentario en apariencia inocente que había hecho el hombre durante la comida que compartieron los seis.

Había dado a entender lo importante que era para él que un hombre se ganara la vida para así poder mantener a su familia. Las mujeres le habían salido al paso de forma inmediata, argumentando que en los tiempos que corrían, no solo los hombres eran capaces de sacar a flote una casa y a los hijos, si los hubiera.

Aunque Juan estaba más que de acuerdo con ellas, no había podido evitar sentirse un poco atacado por aquel comentario de Francisco. Sabía que tenía que ver con que él estuviera casi viviendo con Luz, ya que Carla había preguntado, como quien no quiere la cosa, si esa semana iba a querer volver a casa con Álex y con ella, dado que sus suegros habían aparecido por sorpresa.

No era algo que hubieran decidido de forma abierta, pero Luz y él habían comentado que estaría bien dejarles unos días a solas en la casa después de la boda, puesto que no iban a hacer nada parecido a un viaje de novios. Y aunque convivir con ellos era algo que Juan daba por hecho —ya que la casa era muy grande y su hermana estaba tan delicada que su presencia allí era incluso necesaria— era cierto que ambos se merecían algún tiempo de intimidad.

Quedarse con Luz había sido la conclusión lógica. Ambos deseaban estar juntos el mayor tiempo posible. ¿Qué necesidad había de buscarse algún alojamiento de alquiler?

Sin embargo, no podía evitar sentir lo que su padre parecía temerse. Que ella fuera la que más aportaba de los dos en ese arreglo. Como si se estuviera aprovechando de ella. Sabía de sobra que no era así, pero el comentario de Francisco le había tocado la fibra sensible. Y el orgullo.

Si realmente empezaban a convivir como pareja antes o después, él se ocuparía de parte de los gastos de la casa. Eso por descontado. Y no solo de los gastos. También de las tareas, como llevaba haciendo desde los diecinueve años, e incluso desde antes.

Sus padres lo habían educado muy bien en ese aspecto. A él y a Carla por igual. Limpiar, recoger, cocinar... Esto último creía hacerlo bastante bien, al igual que Álex. Entre los dos habían preparado un estofado de ternera y verduras para chuparse los dedos. Incluso Francisco lo había reconocido. A lo que su mujer había alegado que ya podría él aprender a cocinar ahora que se había jubilado.

Queriendo que la tarde no tuviera un solo momento tenso, Juan se levantó a por unas cervezas y puso su mente en modo fútbol. Tal vez así dejara de

pensar en Francisco como suegro y lo viera solo como otro hombre con el que intercambiar impresiones sobre el partido de turno.

Solo entonces se dio cuenta de lo importante que era para él congeniar con los padres de Luz. Aquella había sido una cuestión sobre la que nunca antes se había tenido que preocupar. Los suegros. Otra novedad que Luz traía a su vida. Una vida que ya no podía imaginar sin ella.

Regina les llevó unos vasos para las cervezas que Juan acababa de ir a buscar y se aseguró de que los tres estuvieran sentados en el salón antes de dirigirse a su hija. Carla se había retirado a descansar en cuanto había terminado su postre. El mero esfuerzo de comer la fatigaba bastante. Sin su siesta diaria, no tenía energías para poder disfrutar de la tarde, en lugar de arrastrarla. Aun así, nunca se acostaba más tarde de las diez.

—Parece que han congeniado bien, ¿verdad? —Luz guardó en la nevera la fuente con las sobras y miró a su madre sin comprender—. A pesar de encontrárselo de forma tan inesperada, se lo ha ganado en menos de un día. Y te aseguro que a mí también.

Luz puso los ojos en blanco y no dijo nada. Se limitó a abrir la puerta del lavavajillas y a ir metiendo los platos sucios dentro.

—¿Es el primero?

—¿El primero que qué?

—¿Ha habido otros novios antes que él? —Al ver que Luz no le decía nada, tan solo le lanzaba alguna que otra mirada airada, Regina se acercó a ella y le sostuvo una mano—. No te estoy juzgando, cariño. Pero no nos has mencionado a ningún hombre desde que... desde que te fuiste de Madrid —se corrigió en el último momento, pues no era necesario mencionar al difunto.

—Porque no había nada que contar.

—¿Y Juan no es algo que contar?

—Sí lo es, como puedes comprobar. Pero lo conozco solo desde febrero. Y

llevamos juntos apenas un par de meses.

—Aunque se queda a dormir de vez en cuando.

Luz dejó su tarea y miró a su madre de forma directa, tal como había hecho horas antes con su padre.

—Sí, lo hace. Lo volveré a repetir. Tengo treinta y cinco años y esta es mi casa —sentenció una vez más, con voz cortante.

—Y yo te repito que no te juzgo ni te critico. —Regina alzo ambas manos en señal de rendición—. Solo quiero saber si... si va todo bien.

—Estamos a gusto juntos. ¿Eso te vale?

—¿Te vale a ti?

—Por el momento, sí.

—Entonces perfecto. —Ambas volvieron a centrarse en los cacharros sucios, pero Regina no pudo evitar seguir con la conversación—. Yo solo quiero que seas feliz.

—Lo soy.

—Entonces yo también.

Luz la miró a los ojos. Empezaban a ponerse vidriosos. Le cogió la mano que había soltado momentos antes.

—Mamá...

—Hija. —En un arrebato, Regina abrazó a su niña y aspiró el aroma de su pelo, el de su champú de siempre—. La otra vez no tuvimos esta conversación porque eras muy joven, los dos lo erais. Todo parecía que iba a ir sobre ruedas, os adorabais y nada parecía augurar que pudiera dejar de ser así en algún momento. —Rompió el abrazo para cogerla por los hombros y mirarla a los ojos—. Pero ahora es diferente.

—¿Qué es diferente?

—Con veintipocos años todo se ve de otra manera. Sin embargo ahora, con tu edad, con tu experiencia de la vida, ya sabes lo que quieres, lo que necesitas. Pero que lo sepas no significa que vaya a llegar con facilidad. Habrá momentos complicados también con Juan, cariño. Muchos. Problemas

que no viviste con Cristóbal porque no tuvisteis tiempo. Como tu madre, debo aconsejarte que no te dejes superar por ellos. Que luches, que tires para adelante. Si lo amas, no permitas que ningún obstáculo os separe. Ya no tienes veintipocos. Volverse a enamorar es más difícil según pasan los años.

Luz tragó saliva con dificultad.

—¿Cómo estás tan segura de que estoy enamorada?

—No serías la Luz que llevas años demostrándonos ser si no lo estuvieras.

—Acarició su mano con ternura—. Él no estaría aquí de no ser así.

Podían llevar años distanciadas, pero era su madre y la conocía más que bien.

—Gracias por los consejos, mamá. Aunque me hayas llamado vieja —añadió, arrugando el ceño.

—Ay, hija. —Regina rio por la ocurrencia—. Si tú eres vieja, ¿qué soy yo?

—La sabia madre de una vieja.

Le dio otro fuerte abrazo y ambas hicieron esfuerzos por no dejar caer las lágrimas. Para evitarlo de verdad, cada una se enfrascó en una labor. Luz metía los cubiertos en el lavavajillas mientras Regina frotaba con energía una cazuela y su tapa.

—Mira que es guapo, ¿eh?

—¡Mamá!

Un cuchillo se le cayó de las manos al oír aquel comentario. Estuvo a punto de cortarse con el filo.

—Te alabo el gusto. ¿Qué tiene de malo? —alegó, sin apartar la vista del fregadero.

—Nada. Pero prefiero que no me lo digas. —Sobre Cristóbal nunca le había dado su opinión al respecto—. Es raro.

—Vale, perdona. Pensaba que estábamos siendo sinceras. —No pudo evitarlo. Tuvo que soltarlo—. Parece muy fuerte también.

Luz apretó la mandíbula.

—Basta.

—¿Tiene tatuajes?

—No, no tiene tatuajes. ¿Puedes parar?

—¿Y algún *piercing*?

La mandíbula de Luz cayó por sí sola, atónita.

—¿Porqué iba a tenerlo?

—Es curiosidad.

—¿Se puede saber qué te pasa, mamá?

—Creo que es la menopausia.

Las carcajadas fueron casi simultáneas. Luz la besó en la mejilla y le dio una fuente para que la fregara también y dejara de pensar en el cuerpo de su novio.

Mientras guardaba la botella de vino que apenas nadie había probado, Luz pensó que si se lo hubieran dicho hacía unos meses, no se habría podido creer la conversación que acababa de mantener con su madre en aquella cocina.

Capítulo 27

Eran muchas las incógnitas que Carla se planteaba con respecto a su futuro. Cuánto tiempo le quedaba de vida era una de ellas, probablemente la principal. Otra era en qué condiciones llegaría a ese último día. Si tendría dolores, si estaría consciente, si sería una larga agonía o llegaría de repente. También se preguntaba cómo afectaría aquello a Álex, a Juan, a sus amigos más allegados.

Todo aquel mar de dudas se agolpaba en su mente antes de dormirse y al despertarse, mientras veía la tele o cuando Álex la ayudaba a lavarse, pues en los últimos días se fatigaba bastante si se enjabonaba ella misma estando de pie en la bañera.

Habían empezado a tomar largos baños de espuma juntos, ella de espaldas a él, entre sus brazos y sus piernas. Él recorriendo su cuerpo con la esponja en lánguidos movimientos, masajeando su cabeza con champú, aunque ella no tuviera un solo pelo que lavar. La sensación de sus yemas presionando su cuero cabelludo era sumamente agradable, y el aroma de su champú de siempre le hacía sentir que su aspecto no había cambiado. Era una ilusión a la que se aferraba durante unos minutos. Allí todo era posible. Ellos dos, juntos para siempre, no era un sueño inalcanzable.

Sin embargo, había una certeza que nada ni nadie iba a poder quitarle nunca, ni siquiera la enfermedad que podía llevársela el día menos pensado. Ella se iba a casar con Álex y su boda iba a ser tan maravillosa como siempre había

soñado. Todo iba a ser perfecto. No porque no pudieran surgir imprevistos sin importancia, aunque sabía que Luz tenía un as en la manga para cada uno de ellos, sino porque celebrar su amor por Álex con las personas que los querían y los habían apoyado durante tanto tiempo era algo tan maravilloso en sí mismo que la forma de celebrarlo al final era lo de menos.

Ese iba a ser su momento, y era algo que ni la muerte iba a poder arrebatarse jamás.

Tal vez fuera por aquella firme convicción que se levantó la mañana del evento tranquila y despejada. Había dormido bien, se sentía descansada. El sol parecía querer asomarse entre las brumas matinales y la temperatura era templada dada la hora, lo que prometía una víspera de San Juan calurosa y sin lluvias.

Se lavó la cara para quitarse la mascarilla que Regina le había aplicado antes de acostarse. Se había tomado muy en serio su papel de maquilladora oficial, y había prometido estar allí la primera, antes de que sus amigas fueran a ayudarla con el vestido, pues vestirse debía ser lo último antes de salir por la puerta.

Juan había hecho de chófer por la noche, y esa mañana volvería a hacerlo. Habían dormido los dos solos en su casa, algo que hacía mucho que no ocurría, ya que desde que ella había solicitado el alta voluntaria, Álex había convivido con ellos.

Sin embargo, este se había ido a dormir a casa de sus padres por deseo expreso de Carla. Esa sería la última noche que pasarían separados, la última que serían solo novios. De la siguiente en adelante, cada noche junto a él sería un regalo.

El despertador de Juan sonó en la habitación contigua, pero él ya llevaba despierto mucho rato. Estaba más nervioso que su hermana. Saber que era Luz quien supervisaba todo lo que iba a suceder ese día era una de las pocas cosas que lo tranquilizaban. Porque su hermana pequeña se casaba. Él ya no iba a ser el único responsable de cuidarla. No de manera oficial. No ante la ley. No

a los ojos del mundo, ni de sus amigos. Ni de sus padres.

Él iba a sustituir a su padre en el papel de padrino, iba a dar el discurso antes de que comenzara el banquete. Y después, Álex sería el hombre más importante en la vida de Carla.

Perder ese derecho y esa obligación para con ella le resultaba extraño. No iba a dejar de ser su hermano, no iba a dejar de cuidarla ni de quererla, ni ella a él, pero de alguna forma sentía que la perdía.

Imaginó que ese era el sentimiento que cualquier padre o madre tenía con respecto a sus hijos el día que estos se casaban o se emancipaban. Era algo normal, ley de vida. Era algo bueno y que Carla se merecía. Y aun así... Dolía, rasgaba por dentro. Ni sabiendo que nadie en el mundo la cuidaría mejor que Álex —con excepción de él mismo— dejaba de sentir ese vuelco al corazón cada vez que se recordaba que ya había llegado el momento.

Y si no se daba prisa en ir a buscar a Regina, iba a llegar el momento pero de verdad, se planteó al mirar el despertador de reojo. Había que ponerse en marcha y dejar la nostalgia y los miedos a un lado.

Ese iba a ser el día más maravilloso de la vida de su hermana. Él había estado trabajando para que así fuera, codo con codo, con la mujer que mejor podía conseguir que aquello fuera posible. Y se había llevado un inesperado premio en el proceso; a esa maravillosa mujer.

«Quién lo iba a decir», pensó mientras se metía en la ducha. Desde luego, él no. Nunca se hubiera imaginado que se enamoraría, porque nunca creyó que el amor de esa naturaleza existiera de verdad. Pero ya no se lo podía negar a sí mismo.

Él podía querer, desde luego, porque quería a sus padres, a su hermana, a Álex y a muchos de sus amigos de siempre. Pero a ella la amaba de una manera diferente a como había querido hasta entonces. No sabía explicarlo, porque ni él mismo lo entendía.

Solo sabía que iba más allá del deseo, pues también había deseado, y lo que Luz provocaba en él era mil veces mayor a cualquier lujuria que ninguna mujer

hubiera despertado en su cuerpo.

También iba más allá del cariño, de la amistad, de un amor fraternal. Porque no podía dejar de pensar en ella un solo día, ni podía evitar preocuparse por cómo estaba, ni dejar de intentar hacer lo que fuera por robarle una sonrisa. Verla feliz era no solo una misión, sino una necesidad.

Y lo más apabullante de todo aquello; él sentía que ella también lo amaba. Lo sentía con cada beso, cada mirada, cuando se le entregaba entre las sábanas. Ella se lo daba todo y él lo aceptaba con las manos abiertas, deseando devolverle multiplicado por mil todo lo que ella le regalaba de sí misma. Quería dárselo todo, la luna si ella se la pedía. Sentía que podía hacer lo que fuera por ella. Y aquello lo fascinaba y aterraba a partes iguales.

Cuando salió de la ducha y se miró en el espejo empañado, se preguntó qué sería lo que Luz más anhelaba. Y una respuesta le vino a la cabeza casi de inmediato, mareándolo y haciendo que el baño girase a su alrededor. La borró de su mente por el momento.

Acababa de hacerse a la idea de que estaba enamorado, así que mejor asentarla y digerirla y, más adelante, con la cabeza menos ocupada que aquel día en concreto, meditar sobre la posibilidad de dar él mismo el paso que en pocas horas iba a dar su hermana. Un paso que si le hubieran dicho hacía unos pocos meses que se iba a plantear dar, se habría reído en la cara de quien hubiera tenido tan estafalaria idea.

A las once y media, todos los invitados esperaban sentados en las cuarenta y siete sillas de madera adornadas con una gerbera cada una, la hermana mayor de la margarita, alternando los colores de forma aleatoria. Las amplias telas blancas con las que habían cubierto las dos hileras de asientos los protegían del brillante sol que iba a ser testigo de la ceremonia que estaba a punto de tener lugar.

Al final del pasillo definido por una larga y estrecha alfombra blanca, un pequeño altar confeccionado con una mesita, un mantel blanco que habían tomado prestado de la sacristía y un pequeño centro de gerberas de todos los colores que salpicaban las sillas esperaba la llegada de los novios, con el padre Andrés al frente, a pocos metros del porche de la parroquia.

Álex llegó con su madre sentada en su ineludible silla de ruedas, pero guapísima en su vestido largo de madrina color coral, y su casquete con velo ladeado adornando su cana y corta melena. Ambos realizaron el recorrido del pasillo en cuanto la música de la guitarra de uno de sus excompañeros del grupo Sombra Añil comenzó a tocar una versión algo peculiar del *Canon* de Pachelbel. El propio Álex la había adaptado, convirtiéndola en una melodía más rockera.

Nadie se sorprendió de ver al novio bailar más que caminar mientras empujaba la silla y se situaba ante el sacerdote. Tras asegurarse de que su madre estaba cómoda, saludó al padre Andrés, se giró hacia los presentes, besó a su padre sentado en la primera fila con su traje gris oscuro y, para deleite de los presentes, imitó con un gesto de sus manos los acordes finales que su amigo hacía sonar.

Estaba guapo y elegante, con su traje negro de corte entallado y moderno, su camisa blanca más clásica y su corbata negra con una gran clave de sol blanca bordada en el centro. Se había cortado un poco el pelo el día anterior y se había afeitado esa misma mañana. Aun así, seguía teniendo el aura de un bajista granuja a punto de empezar un concierto. El concierto más importante de su vida.

Las sonrisas de los presentes lo animaron y aplacaron un poco sus nervios. Hasta que un murmullo al fondo le hizo alzar la vista y encontrarla. Allí, a escasos metros, del brazo de Juan. Como un ángel flotando sobre la hierba. El corazón le palpitó como en un solo de batería, enérgico y desenfrenado.

Bajo las notas de la versión clásica del *Canon* que esta vez tocaba un cuarteto de cuerda, Carla caminó despacio, bien sujeta al brazo de su hermano,

quien cargaba su mochila de oxígeno en el otro. Las punteras de los zapatos cómodos sin apenas tacón que había elegido para no tropezar sobresalían por debajo de su falda de seda blanca de volantes superpuestos, coronados por un tul a la altura de las caderas salpicado de pequeñas flores bordadas en múltiples colores, unas peonías a juego con las del *bouquet* de novia que llevaba en la mano.

El drapeado de su cintura le daba algo más de cuerpo, compensando su extrema delgadez. El corpiño era de tirante ancho y cubría sus marcadas clavículas, con un escote en forma de corazón que realzaba su pequeño busto. La espalda, muy escotada, quedaba cubierta con la parte más larga de su exclusivo pañuelo de novia.'

Martina se había esmerado con el vestido en general, pero el pañuelo se había llevado la mayor parte del trabajo. Era de un intrincado tejido cubierto de encaje y bordados, sobre una base de lino muy fresca y agradable al tacto. Los dibujos, bordados a mano por sus mejores costureras, simbolizaban el amor, la amistad y la prosperidad.

Ella misma se lo había colocado un poco ladeado, de forma que el giro en la nuca simulara una coleta que se desplegaba después por toda su espalda, hasta la cintura.

En la frente, una línea de elaborado macramé remataba el velo para fusionarlo con su piel, de forma original y favorecedora, enmarcando su angelical rostro. Un rostro al que Regina había sacado un partido espectacular con unos días de tratamiento y unos cuantos productos de maquillaje aplicados de forma tan sutil que apenas se podía apreciar, pero que le daban un aspecto no solo bello, sino saludable.

Álex aceptó la mano de Carla que Juan le ofrecía sin poder despegar los ojos de ella. Ambos se miraron con tal intensidad que el silencio se mantuvo varios segundos después de que las notas musicales finalizaran.

Tuvo que ser el padre Andrés quien carraspeará para romper aquel encantamiento. En cuanto captó la atención de los novios, comenzó a

pronunciar las palabras que los unirían como marido y mujer hasta al fin de sus días.

Tras un pequeño cóctel amenizado con música en directo en una zona en la que se habían colocado paneles con múltiples fotografías de los novios con los invitados —algunas de ellas tan antiguas que los propios retratados ni se reconocían— todos fueron conducidos a la gran carpa que se había establecido en una tercera zona de la campa, la más próxima al Centro Cívico.

Allí los esperaba un despliegue de mesas redondas de blanquísimos manteles y sillas forradas en rojo, en honor al fuego que esa noche de San Juan iba a simbolizar el fin de lo malo para purificarlo y dar paso solo a cosas buenas. Unos jarroncitos de las mismas peonías del ramo de Carla adornaban el centro, y una serie de tiras de led descendía desde la estructura de la carpa hasta cada una de las mesas, como si de las ramas de un sauce llorón se tratara. Aún apagadas, en cuanto anocheciera se iban a encender en verde y amarillo, para dar al lugar toque mágico además de iluminarlo.

Tras consultar el atril donde se indicaba qué mesa ocupaba cada cual, todos se fueron acomodando y observaron cómo los novios y sus más allegados lo hacían en la mesa principal, esta alargada en lugar de redonda, de forma que los seis ocupantes quedaban de cara al resto de mesas.

Cuando la música de entrada cesó y todos estuvieron bien instalados, Juan se puso en pie y, tras un suspiro, comenzó su discurso.

—Todos los que estáis aquí me conocéis de sobra como para saber que las palabras no son lo mío —leyó, aunque se lo sabía de memoria desde hacía semanas—, pero la ocasión merecía el esfuerzo.

Aquellas primeras líneas suscitaron algunas risas dispersas, calmando un poco los ánimos de Juan, quien se sentía nervioso además de emocionado. Prosiguió mirando a todos y a la vez a ninguno en concreto.

—Desde que conozco a Carla, desde que ella es mi hermana, sé lo mucho que le ilusionaba vivir un día como el de hoy. Sin embargo, ahora comprendo que ni ella misma era capaz de imaginar lo maravilloso que iba a ser este momento. Porque cuando lo soñaba, pensaba en todos y cada uno de los preparativos, mil detalles, pero se olvidaba del más importante. No pensaba en ningún hombre en concreto, sino en un príncipe inventado al que dotaba de cualidades idealizadas, al que no amaba, quien en realidad no significaba nada para ella. Sin embargo, y a pesar del idílico lugar, la perfecta organización y la inmejorable compañía, lo que hace mágico este momento para ella es que el hombre con el que se acaba de casar es Álex.

Lo miró directo a los ojos, y este le correspondió con una mirada brillante y expectante. A Juan le tembló la voz un poco antes de continuar.

—Aunque no sea ese príncipe azul de su imaginación, no podía haber encontrado a nadie mejor. No podía haber otro a quien yo, en nombre de mis padres —quienes nos observan y nos acompañan desde algún lugar donde espero que sean felices— le entregara a mi hermana con la confianza de que va a velar por ella, desvivirse por ella, hacerla feliz y amarla como ningún otro podría hacerlo. Porque él es el elegido, y ha demostrado ser merecedor de una mujer tan excepcional como él.

Juan tuvo que desviar la mirada de los padres de Álex, quienes lloraban a moco tendido. Su discurso incluía una parte en la que les agradecía haber educado a un hombre como él, pero sobre la marcha decidió saltársela y darles las gracias más tarde, en privado, para no empeorar su congoja.

—Álex, te entrego a la única familia que me queda, y sé que con ello no pierdo nada, sino que gano un hermano para toda la vida. Carla —desvió la vista hacia ella, quien ya lloraba sin poder contenerse—. Te deseo la más absoluta felicidad y te doy las gracias por estar en mi vida, por ser mi hermana, por todo lo que he compartido contigo en estos años, todo lo que me has regalado y lo que me has enseñado. Siempre me tendrás para lo que necesites, hasta el último momento, no lo olvides. Te quiero, pequeñaja. —

Aquello la hizo sonreír a pesar de las lágrimas. Él le dio un beso en la mejilla y se giró de nuevo hacia los invitados—. Y como nos decían nuestros padres de niños: «Como no os comáis todo lo de vuestro plato, luego no podréis ir a jugar». Así que buen provecho a todo el mundo.

La carcajada fue general y precedió a un entusiasmado aplauso que duró más rato del que Juan esperaba.

Cuando tomó asiento y se giró hacia Luz, esta se limpiaba las lágrimas con un pañuelo y trataba de disimular un puchero que nunca antes le había visto.

—¿Tú también? —le reprochó. No se había esperado provocar el llanto en ella.

—¿Cómo pretendes que no me emocione? Ha sido extraordinario, Juan. Las palabras perfectas.

Le dio un beso en la mejilla con las manos rodeándole el rostro, llena de orgullo y del más profundo amor.

Los camareros les trajeron el primero de los entremeses y Luz cambió el chip como por arte de magia. Juan la vio supervisar el recorrido de cada bandeja, asegurándose de que todo se hacía como estaba dispuesto.

La observó con disimulo mientras comían, pendiente también de los novios y los padres de Álex al otro lado de la mesa, pero sin poder deshacerse de la extraña sensación que le había provocado verla tan compungida, mirándolo como si hubiera hecho algo heroico y no simplemente pronunciar un discurso que se esperaba que hiciera por el mero hecho de ser el padrino.

Cierto que a él en concreto le había costado bastante llevar a palabras escritas aquellos sentimientos. Quizás ella le conociera tan bien ya como para ser consciente de hasta qué punto le había resultado difícil abrirse de ese modo. Primero, para escribirlo, y después, para decirlo en público.

Él no era muy directo a la hora de expresar sus sentimientos, menos aún con palabras verbalizadas. Pero amaba a aquella mujer que, a petición suya, había repetido vestido en una boda en el mismo pueblo, cosa que ya le había advertido que iba contra sus principios. Pero él había insistido y ella había

accedido, por él.

No sabía por qué se había empeñado tanto en que lo hiciera. Tal vez porque lo llevaba el día en que se dieron su primer beso de verdad, el día en que le contó lo más oscuro que le había sucedido en el pasado, el día que ambos habían reconocido que albergaban sentimientos por el otro.

Y allí estaba ella, radiante en su vestido azul, con sus rizos recogidos parcialmente en la parte alta de su cabeza, los labios brillantes y los ojos enormes y delineados en azul oscuro.

Cada vez que la miraba le parecía más hermosa. Única. Hecha para él. Para sus manos, para su boca... Para su corazón.

Tal vez, en algún momento una vez concluida la boda y todo lo que conllevaba, debería tratar de pasar a palabras esos sentimientos por ella que tanto lo acuciaban.

Porque si le había emocionado oír las palabras que les había dedicado a Carla y a Álex, era de esperar que unas dirigidas a ella fueran aún mejor recibidas.

Pero si aquel discurso le había costado horas y horas, no podía ni imaginar lo que le iba a costar redactar una declaración de amor y, después, verbalizarla, pensó cuando la tarta llegó en una gran bandeja y el fotógrafo se situó ante la mesa para inmortalizar uno de los momentos más esperados por su hermana. Uno de tantos. Y todos ellos quedarían en su memoria para siempre.

Juan buscó a Luz entre los invitados. No eran tantos, pero ella parecía desaparecer cada pocos minutos como si se encontraran en el aeropuerto más concurrido del mundo.

Tras un buen rato charlando con unos y otros, la encontró en la mesa nueve, la que ocupaban sus empleados y sus parejas. Aunque en ese momento solo

estaban ella y Miguel.

Le sorprendió verlos reírse a carcajadas y, después, cuando ella se levantó para marcharse, que lo besara en la frente con gesto fraternal. A él se le quedó un poco cara de tonto, con esa sonrisa que Juan conocía muy bien. Una que ponía cuando algo le gustaba. Mucho.

Controló los celos recordándose a sí mismo la clase de persona que era Luz, y la amistad que les unía a él y a Miguel tras tantos años. Aun así, la sangre tardó en dejar de bullirle casi el mismo tiempo que Luz en reparar en él después de pasar por la mesa contigua a preguntar a sus vecinas de toda la vida —a las que realmente ella no conocía de nada— qué tal se lo estaban pasando, como pudo comprobar leyendo sus labios.

—¿Haciendo amigos? —le dijo en cuanto se plantó frente a él.

—Comprobando que todo va sobre ruedas. No soy una simple invitada, también estoy trabajando —le recordó.

—¿Y de qué hablabas con Miguel, que era tan divertido?

—De ti.

Los ojos de Juan se abrieron de par en par.

—¿Os reíais de mí?

—Claro que no. —Le dio un golpecito en el brazo como protesta—. Lo he visto solo en la mesa y le he preguntado si iba todo bien. Luego él me ha felicitado por la organización. Cree que es todo perfecto. Y después me ha dado las gracias, y lo digo textualmente, por hacerte tan feliz. —Sonrió con coquetería—. Dice que contigo contento se trabaja mucho mejor.

—¿Y eso es gracioso? —No terminaba de convencerle la excusa, por mucho que ella pusiera esos morritos que lo incitaban a morderlos allí mismo.

—No. Nos hemos reído cuando le he dicho que es lo que tenemos las monjas, nos desvivimos por hacer felices a los demás. —Juan puso los ojos en blanco y no pudo evitar reír también—. Tranquilo, se lo ha tomado bien. Se ha disculpado y yo le he dicho que no tenía importancia, que también me había reído mucho.

—Y el beso en la frente era por...

—No sé. Me ha salido sin más.

Él se le acercó un poco, como si fuera a contarle un secreto.

—Pues tú no le des muchas alas, que ya te avisé de que te había echado el ojo.

La expresión de Luz fue de incredulidad. Qué poco sabía del efecto que podía provocar en un hombre.

—Tonterías...

—De tonterías nada. Ven. —La cogió por una muñeca y la arrastró con escasa delicadeza—. Voy a darte motivos para que no vayas besando por ahí a otros.

—Venga ya. —Trató de zafarse inútilmente—. ¿No serás un celoso redomado?

—No. —Al ver que se estaba pasando en la fuerza empleada, aflojó su agarre—. Pero está sonando una canción que no pienso dejar que bailes con nadie más. Creo que ni esta ni ninguna.

El tema era *Valió la pena*, de Marc Anthony en su versión salsa y Juan le demostró lo que había aprendido en aquellas clases a las que se había visto obligado a asistir de adolescente. Ella lo sorprendió siguiéndolo bastante bien.

—¿Y esto? —le preguntó él en un giro que pareció ensayado.

—Carla me chivó que la salsa era lo que mejor se te daba. Imaginé que antes o después querías bailarla conmigo. Así que he estado practicando.

Lo demostró deslizando los pies con velocidad y precisión, acompañándolos con movimientos fluidos de brazos y caderas.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—Tutoriales en Youtube —confesó algo avergonzada—. No tenía mucho más donde elegir, con mis padres por aquí.

—Qué pena que no se hayan podido quedar un poco más hoy.

—Sí.

Lo siguiente lo susurró en su oído aprovechando un giro.

—Pero qué bien que esta noche te tenga solo para mí.

Ella le sonrió con picardía, encantada de oírle decir ese tipo de cosas. No era demasiado dado a expresar sus sentimientos ni deseos con palabras. Era más de actos, que tampoco estaba nada mal. Aunque a ella las palabras se le hacían necesarias en muchas ocasiones. Como aquella.

—Te he extrañado mucho. —Tras otro giro, la atrapó contra su pecho—. Muchísimo.

—Has venido a comer tres días. —Para ella tampoco había sido suficiente, pero no iba a confesarlo ahora que él parecía abrirse.

—No me refiero solo a verte. —Le guiñó un ojo—. Ya me entiendes.

Aquello la hizo ruborizarse de forma encantadora. Cuando la música cesó, él no permitió que se alejara.

—¿A qué hora sería educado desaparecer?

Luz suspiró, anhelante y con la respiración acelerada por el baile. ¡Cómo le encendía la sangre verlo moverse así!, sentirlo atraparla hacia él, dejarse llevar por sus movimientos, como cuando lo hacía en la cama o... en el lugar que surgiera, pensó ansiosa.

Tuvo que obligarse a concentrarse en dónde se encontraban.

—Tú eres el padrino, yo la responsable de que todo salga según lo previsto. Nos iremos los últimos.

—Ni hablar.

La dejó pasmada con su inmediata negativa.

—Es nuestro deber. —¿Cómo no podía verlo de esa forma?

—Nos iremos cuando se vayan ellos, Álex y Carla. Si el resto se quiere quedar, allá ellos.

Esa opción era razonable. Pero a ella le encantaba verlo consumirse por la urgencia de tenerla. Era de lo más satisfactorio.

—Tendrás que convencerme. —Su voz fue juguetona y lo hizo reaccionar de inmediato.

—No es la primera boda en la que tengo que contenerme para no devorarte. Y en esta conozco a demasiada gente. —Le rozó los labios con devastadora suavidad—. No me tientes.

Ahora la urgencia parecía consumirla a ella. Pero no quiso perder la ventaja que mantenía sobre él.

—Te va a encantar lo que llevo debajo —le susurró ella para, acto seguido, desaparecer entre la gente.

—Como si no te deseara ya lo suficiente —murmuro él para sí, frustrado y excitado—. Tú añade más incentivos.

—¿Ya te vas?

Lidia se sobresaltó al oír aquella voz a su espalda. Lo había estado evitando durante horas. Pero al final la había cazado. Y a solas. Maldita su suerte.

—Me quedan dos exámenes por hacer aún. Me gustaría dar el último repaso este fin de semana. Y aquí ya no me necesitan.

—Pero eres de la familia. Hasta los padres de Luz estaban invitados.

—Eso fue una carambola del destino. Yo no estoy aquí como invitada.

—Pero te has vestido como una.

Se sintió observada de la cabeza a los pies por esos ojos verdes que parecían acariciarla cada vez que se posaban en su piel. Siguió recogiendo para huir de su mirada.

—Lo he hecho por Luz. Pero mi trabajo ya ha acabado.

—Pensé que al menos me hablarías para darme las gracias por el regalo. Podrías decirme si te gustó y dónde lo has colocado.

Una de las cestas vacías donde habían llevado los detallitos de boda, que a petición de Juan habían sido baterías externas, se deslizó entre sus manos y cayó al suelo. Lidia trató de disimular la causa de aquel accidente, que no había sido otra que la alusión a aquel regalo.

—Gracias. Sí, me gustó. Lo tengo colgado en mi dormitorio, entre el espejo del tocador y la ventana —soltó de carrerilla con voz monocorde.

—De nada. Me alegro. Buena elección, habrá luz natural para iluminarlo y te verás dos veces cada vez que te mires al espejo —repuso en el mismo tono a cada una de sus respuestas.

Ella dejó su tarea y se giró para reprocharle haberlo hecho. Se lo encontró más cerca de lo esperado.

—Pero no tenías que haberte molestado. Además, te pedí que borraras las fotos.

—No fue molestia. Y no podía borrarlas. —Dio otro paso hacia ella—. Sobre todo esa.

—¿Por qué esa? —Lidia retrocedió sin darse ni cuenta, chocando contra el coche.

—Es la única que te hice después de besarte.

Así que había vuelto a hacerle otra foto después. Por el fondo apenas perceptible, ella no se había dado cuenta de que no era la pared del lobby del bar donde la había besado. Podría haber sido casi en cualquier sitio. Pero ahora que lo sabía, por fin comprendía esa mirada que indicaba que tenía la cabeza en otra parte. En otro momento. El resto del día no había podido sacarse el beso de la cabeza. El muy cabronazo sabía que era él quien estaba en su mente en esa foto.

Hugo esperó con paciencia infinita su respuesta, pero ella volvió a cargar las cajas en su coche y dejó de mirarlo, como si lo último que le había dicho no lo hubiera oído.

—¿Adónde te vas ahora? ¿África? ¿La Antártida? —ironizó.

Él ya sabía que no iba a ponerle las cosas fáciles. Nunca lo hacía. Aunque esta vez parecía más enfadada que indiferente.

—Tengo una ruta por Nueva Zelanda programada para mediados de julio.

—Qué bonito. Que te diviertas.

—¿Qué vas a hacer tú cuando termines tus exámenes? —prosiguió, sin darse

por vencido.

—Me voy a Nueva York. —La cara de él fue de sorpresa a la vez que de disgusto. ¿Acaso pretendía que se quedara para siempre allí, al contrario que él? Porque dudaba que fuera a pedirle que lo acompañara. Qué soberana estupidez que se le pasara algo así por la cabeza, se dijo a sí misma. Suspiró y cambió el tono de voz—. Pero aún no se lo he dicho a Luz. Por favor, no le digas nada.

—¿Y cómo es que ella no lo sabe?

—Mi padre me ha conseguido unas prácticas para este verano en *The New York Times*. Como para rechazarlas. Pero me lo ha dicho la semana pasada. Sin tiempo para pensármelo, tuve que responderle en tres días. Y no podía decir que no.

¿Por qué la miraba así? Ni que le hubiera dicho que era una de las expedicionarias que irían a Marte para no volver.

—Lo entiendo. Yo habría hecho lo mismo —admitió con orgullo—. Pero no se lo digas justo hoy a Luz. Se alegrará por ti, por supuesto, pero, ya sabes, te extrañará. Por no hablar de que la dejas en plena temporada alta de bodas.

—Lo sé. —Y aquello le rasgaba el corazón—. La ayudaré a encontrar a alguien antes de irme.

—No será lo mismo. —Ella sonrió y él le devolvió el gesto—. Me alegro por ti. Es una gran oportunidad. Te abrirá mil puertas.

—Gracias, eso espero. —Se miraron y un montón de palabras se quedaron en suspenso entre ambos—. Tengo que irme a estudiar.

—Por supuesto. —Se apartó hacia un lado. Hasta ese momento, Lidia no se había dado cuenta de que estaban a apenas un palmo de distancia—. Yo me quedaré un poco más. Quiero hacer fotos cuando enciendan las hogueras. Ahora iba a cambiar la batería y el objetivo —señaló su coche a cuatro plazas de aparcamiento del de ella.

—Vale. Adiós. Y buen viaje —le deseó con tono más frío del que realmente sentía.

—Igualmente. Cuídate mucho.

Lo vio dudar. Notó el impulso que lo incitaba a acercarse a ella para, imaginaba, despedirse con un par de besos afectuosos, de lo más correcto y habitual entre dos personas en su situación. No lo hizo.

Él se alejó caminando de espaldas, mirándola allí parada y, cuando menos se lo esperaba, alzó la cámara y le hizo una foto.

Ella abrió la boca para protestar, pero él le sonrió y le guiñó un ojo antes de darse la vuelta y seguir su camino.

Estaba dejando la cámara en el maletero cuando oyó un repiqueteo de tacones a su espalda. Nada más girarse, Lidia impactó contra él, lo cogió por los cuellos de la camisa y comenzó a besarlo con ansiedad y fuerza.

Las piernas de Hugo chocaron contra el parachoques, evitando que los dos cayeran por el ímpetu de Lidia, su incontrolada forma de besarlo, de encaramarse a él como si estuviera al borde de un abismo, a punto de precipitarse por él.

—Shh, tranquila —susurró Hugo contra sus labios, tratando de ralentizar aquella boca hambrienta—. Tranquila —repitió, sosteniéndole el rostro entre las manos.

Jadeando por la falta de aire, ella lo miró a los ojos un instante antes de que él tomara las riendas del beso y volviera a hacerla languidecer con aquella delicada lentitud.

—Por Dios, no me beses así. No puedo soportarlo.

La confesión le oprimió el pecho, pero no logró hacerlo cejar en su empeño de demostrarle lo que sentía por ella con aquella caricia. Con suavidad, con dulzura, la besó hasta que ella se apartó con ojos húmedos y labios temblorosos.

—Hasta la vista, Hugo. —Su voz era un susurro apagado—. Buena suerte.

La vio darse la vuelta y volver hasta el coche. No pudo ni moverse de su postura recostada sobre un lateral del suyo. Vio que se sentaba y que cerraba la puerta. Oyó el motor arrancar. Aquel sonido lo quebró por dentro, lo rasgó

y le obligó a mirar para otro lado.

Entonces los vio. Carla y Álex caminaban del brazo, ella con el peso echado sobre él, con su mochila de oxígeno a cuestas. Tuvo el impulso de ir a ayudarlos, ella parecía no encontrarse bien. Pero alcanzaron el coche nupcial y Álex abrió el maletero. A toda velocidad sacó una mochila gemela de la que cargaba, cambió el cable y le colocó a Carla las gafillas del oxígeno en la nariz sin demora y con destreza.

En pocos segundos, ella sonreía de nuevo y él dejaba caer su frente contra la de ella, diciéndole algo tan bajito que él no pudo oírlo, pero que a ella la hizo reír.

El reflejo de tomar la cámara se esfumó tan rápido como había llegado. Un buen fotógrafo sabía cuándo tomar una foto, del mismo modo que sabía cuándo no tomarla. Aquel momento era crudo, pero era bello. Y era de ellos. Lo inmortalizarían en sus mentes sin necesidad de que una fotografía lo plasmara, sin que una tercera persona interfiriera. Dejó de mirarlos, tanto porque merecían intimidad como porque una incómoda ansiedad se había instalado en su estómago.

Alzó la vista, buscándola, esperando que aún no se hubiera marchado.

Cerró el maletero de un portazo y corrió hasta el hueco que había dejado su coche junto a la acera. Su corazón volvió a latir cuando la vio en mitad de la carretera, maniobrando para dar la vuelta, para cambiar el sentido de la marcha hacia la salida del pueblo.

«¡No!», gritó su mente, desesperada.

Como un suicida, se plantó delante del vehículo en marcha. Ella ya había corregido la posición del vehículo y aumentaba la velocidad. El golpe de la mano de Hugo en el capó la hizo frenar en seco.

—¡Estás loco!— leyó él que pronunciaban sus labios.

Rodeó el coche hasta abrir la puerta del copiloto. Se sentó a su lado.

—Da la vuelta.

—¿Qué?

—Conduce hacia el centro del pueblo. Después te sigo indicando.

Tras mirarlo confundida, hizo lo que le decía. Condujo por las calles que le iba señalando, hasta que en cinco minutos llegaron a un aparcamiento. Él le indicó la plaza número trece.

—¿Estás hospedado en el hotel?

—Cuando acepté el trabajo, supe que querría fotografiar las hogueras. Se haría tarde, así que mejor pasar aquí la noche y marcharme por la mañana.

Le sonrió y se dispuso a salir del coche, pero ella lo sujetó por una mano.

—Hugo... Esto no es buena idea. Después será peor, lo sé. Será más difícil.

—¿Y si esto es lo único que podemos tener? —La miró a los ojos, implacable—. ¿Si no volvemos a sentirnos así nunca, con nadie más? ¿Vamos a dejarlo pasar por miedo a recordar lo maravilloso que fue?

—Sé que será más que maravilloso. —Le salió una risa amarga—. Por eso tengo terror a recordarlo cada segundo del resto de mi vida.

—Merecemos disfrutar del momento, Lidia. Hagámonos este regalo.

Enredó los dedos con los de ella y esperó a que fuera Lidia quien se soltara para salir del vehículo.

Él la rodeó por la cintura cuando la alcanzó y la dirigió hasta el segundo piso, hasta el final del pasillo, hasta la habitación donde había pensado que dormiría solo. Pero había cambio de planes. No pensaba permitir que se fuera hasta la mañana siguiente.

Lidia observó con deleite el dormitorio. Siempre había querido ver las habitaciones del hotel. Tan solo una vez había estado allí comiendo con Luz. Ella la había invitado para celebrar sus buenas notas el primer año de universidad.

Era una habitación sencilla pero acogedora, de estilo rústico. Un armario antiguo a juego con las dos mesillas de noche que rodeaban la amplia cama de suaves sábanas pálidas, cubierta con una colcha del mismo tono azul cielo de las cortinas que Hugo cerraba de forma estratégica. La luz del atardecer entraba de forma tenue, perfecta.

—¿No estarás pensando ponerte a hacer fotos?

—Aunque quisiera no podría. Tengo todo el equipo en el maletero del coche.

—Mejor.

—No son fotos lo que quiero hacerte ahora mismo.

En dos pasos estaba ante ella y la tomaba entre sus brazos. Ella lo había esperado tierno, como las anteriores veces. Él la sorprendió hundiendo la lengua en su boca de forma voraz. Sintió que se humedecía en apenas unos segundos.

Notó sus manos recorrerle el cuerpo, buscar el cierre del vestido para quitárselo.

—En la nuca —susurró al notar su forcejeo.

Entonces Hugo retrocedió un paso, soltó el enganche con una mano y observó boquiabierto cómo el vestido caía por su propio peso hasta los pies de Lidia.

—Guau. —Se quedó mirando su deslumbrante desnudez. Solo unas finas braguitas blancas cubrían su cuerpo—. Podrías haberme avisado.

—Quería ver tu cara. Esa cara. —Sonrió coqueta. —Ahora te toca a ti.

—Mi ropa no guarda sorpresas.

Para demostrárselo, se desnudó de forma rápida, soltando los botones de la camisa y el del pantalón y lanzando las prendas a una esquina.

—Uf, sí que lo hace —determinó ella, admirando su cuerpo.

Sabía que iba a encontrar un cuerpo bonito bajo su ropa, pero aquello era más de lo que esperaba. Al igual que lo era el bulto bajo su ropa interior.

—No puedo seguir mirándote y no tocarte —confesó él.

Estiró el brazo y la atrapó por la cintura para pegarla a él. Sus cuerpos se acoplaron de inmediato. El cómodo colchón los recibió cuando cayeron sobre él ansiosos, enfebrecidos, enamorados.

Aunque no hubo promesas ni planes de futuro, fueron sinceros en sus sensaciones, al dar con generosidad y recibir con deleite cada muestra de afecto del otro, cada roce y cada beso. Se entregaron al placer hasta que sus

cuerpos cayeron rendidos, colapsados por la extrema excitación, por la devastadora culminación de su placer.

Ya de madrugada, cuando Lidia despertó y lo sintió rodeándola por la espalda con uno de sus fuertes y cálidos brazos, su corazón comenzó a sufrir las consecuencias de sus actos; comenzó a desgarrarse por lo que podría ser pero no sería.

Temerosa de no poder soportar una despedida por la mañana, soltó con sumo cuidado su agarre y se escabulló de la cama en silencio.

Antes de salir por la puerta con los zapatos en la mano para no hacer ruido con los tacones, lo observó unos segundos bajo la luz de la luna de aquella mágica noche. Bello, desnudo, relajado. Su piel bronceada en contraste con las blancas sábanas desordenadas.

Esa sería la foto que ella se llevaría de él grabada en su retina. Esa y sus ojos verdes mirándola con intensidad mientras la penetraba por enésima vez en pocas horas, diciéndole cosas imposibles que nunca llegarían a suceder.

—Buena suerte, Hugo Ayamonte —susurró antes de darse la vuelta y dejar atrás al que sabía que sería el amor de su vida. Ese hombre con el que compararía a todos y cada uno de los que conociera de ese día en adelante.

Anochece cuando Luz enfiló, de la mano de Juan, el sendero de pizarra que atravesaba el jardín de su casa. Se apoyaba en el fuerte brazo de él, consciente de que el tambaleo de sus piernas no se debía solo a las largas horas sobre sus altos tacones. La cabeza empezaba a darle vueltas.

—No debería haber accedido a tanto brindis —se lamentó cuando Juan la soltó para cerrar la puerta de la entrada y ella tuvo que agarrarse al pasamanos de la escalera.

—En la comida no te he visto ni probar el vino.

—No lo he hecho. Pero en total habré bebido... cincuenta sorbos de cava. —

El número era aproximado, pero no exagerado—. ¿Por qué vuestros amigos no paraban de gritar: «Viva... cualquier cosa»? ¡Como para no secundar el brindis posterior!

—Son así. Desmesurados en casi todo. ¿Te encuentras mal?

—No, solo estoy un poco achispada. ¿Acaso tú no?

—Algo. Tampoco he bebido apenas vino. Aunque además del cava, ha caído alguna que otra copa de lo que se le ocurriera traerme a cada uno de los que me buscaban, deseosos de decirme lo contentos que estaban de ver a Carla tan exultante.

—Así que estás borracho —se lamentó ella.

—Sí, pero de felicidad. —Le rodeó la cintura y le dio un beso mucho más intenso que los pequeños que había logrado robarle de vez en cuando durante la fiesta—. No me he bebido ni la mitad de cada una. Estoy perfectamente. Lo bastante bien como para recordar que llevo toda la semana sin poder tocarte.

—Volvió a besarla, esta vez en el cuello, recorriéndolo hasta llegar a su oreja—. Y con esta, llevo dos bodas deseando quitarte este vestido.

El escalofrío que la barrió terminó en un punto muy concreto de su anatomía, uno que lo reclamaba a gritos. Ella también lo había extrañado.

—Bueno, mis padres ya no están.

—Gracias a Dios. —Rio—. No me malinterpretes. Me han caído muy bien. Mejor de lo que esperaba por las cosas que me habías contado.

—Los últimos años hemos limado asperezas. Aunque aún quedan algunas.

—Pero me alegra que tengamos la casa para nosotros solos. Toda la noche.

—¿Toda? —La pregunta llevaba pícaras intenciones implícitas.

—Si estás realmente bien. No me gustaría que mañana no recordaras... las cosas que hagamos. Ni que ha sido conmigo con quien las has hecho.

—No han sido suficientes brindis como para llegar a esos extremos.

La vio ponerse tensa. Él había jurado no hablar nunca del incidente. Nunca. Esa era la condición que ella le había puesto para contarle el episodio más oscuro de su vida. Pero él no lo había mencionado. Solo había querido ser

cuidadoso.

—Solo quiero que estés segura, que no te sientas obligada ni forzada...

—¿Obligada a hacer el amor contigo? —Negó con incredulidad—. ¿Forzada a hacer cosas sucias con el hombre que ha logrado despertar en mí el deseo después de haber llegado a creer que mi cuerpo ya no era capaz de sentir?

Aunque su declaración lo satisfizo de forma abrumadora, hubo algo que no le gustó.

—Entre tú y yo nunca nada podría ser sucio.

—¿Ah, no? —Una sonrisilla sustituyó a su serio semblante—. ¿Y cómo llamas a lo que hicimos, por ejemplo, la noche anterior a que vinieran mis padres?

—Pues... jugar. —Él también rio entre dientes—. A juegos de adultos.

Ella se carcajeó y él la abrazó con fuerza. Después le tomó la cara entre ambas manos y le habló tan cerca que sus narices se rozaron.

—He hecho cosas sucias antes, créeme, y no es lo que hacemos tú yo. Contigo es diferente.

Luz tuvo que tragar saliva y respirar despacio.

—¿Y cómo es conmigo?

Él la miró muy serio. Acarició su mentón, observó con el corazón encogido el brillo entre sus párpados semicerrados. Ella confiaba en él, eso le decían sus ojos. Lo invitaban a tomarla, porque ella lo deseaba. Y algo más allá del deseo que a él estaba a punto de hacerle explotar el corazón de pura dicha.

—Sagrado.

Ella rio de nuevo. Juan no supo si por efecto del cava o porque creía que él bromeaba. Pero rara vez había hablado tan en serio.

—¿Y cómo llamamos entonces a esto? —planteó Luz.

Se deslizó por su cuerpo, tocándolo con ambas manos hasta caer de rodillas y desabrochar la cremallera de su pantalón. Él ya estaba enhiesto incluso antes de que ella le bajara los pantalones. Cuando lo tomó con la boca, el placer lo recorrió como un latigazo que lo hizo envarar la espalda.

—La gloria —gruñó en respuesta a su última pregunta, dejándose arrastrar a la cima de un placer indescriptible.

Antes de derramarse, la instó a que se apartara y la alzó para desnudarla a tal velocidad que, para cuando Luz fue consciente de que estaba sin ropa, él ya devoraba sus pechos con ella anclada a su cintura escalera arriba, de camino a la cama.

—Nos perderemos las hogueras —murmuró Luz en el preciso momento en el que se hundía en ella con vigor y destreza.

—Tenemos nuestro propio fuego aquí mismo. —Juan la embistió una segunda vez de un golpe seco, antes de pasar a una cadencia rápida y certera que ella ya había empezado a esperar, como un sello de la casa. Era tan rotundo en cada penetración que ella creía que cada vez sería la que más profundidad lograría alcanzar. Pero no, siempre conseguía ir más allá, abrirse paso hasta su más íntimo rincón. Entre sus piernas, y en su corazón.

Oh, sí, podían arder allí mismo. Pero resurgirían de sus cenizas solo para volver a quemarse una y otra vez. El uno junto al otro, sobre el otro o debajo de este. Fundiéndose hasta convertirse en un único ser. Dos cuerpos, piel con piel, pero una sola alma.

Capítulo 28

Un ruido que a Luz le pareció estridente la sacó de un pesado sueño, sobresaltándola. Juan gruñó molesto, balbuceando palabras malsonantes como protesta.

—Es mi móvil —comprendió ella al cabo de unos segundos, incorporándose con dificultad en la cama.

Las siete y media de la mañana, leyó en su despertador. ¿Quién podía llamar a esas horas un domingo? Como fuera alguien que se hubiera confundido, no pensaba ser muy amable cuando se lo hiciera saber.

En la pantalla del móvil observó un número larguísimo. Descolgó sin mucho ánimo.

Juan oyó la voz de un hombre, apenas unos fragmentos de palabras se escapaban hasta llegar a sus oídos. Un raro acento le llamó la atención y le hizo abandonar del todo el sueño que lo atrapaba. Luz desapareció de un salto del colchón, desnuda por completo, cogió del suelo la bata de verano que solía dejar a los pies de la cama y se dirigió a toda prisa escalera abajo. Él se puso los calzoncillos, que encontró también en el suelo, y la persiguió alarmado.

La alcanzó cuando ella ya conectaba el ordenador en el salón. Al verlo aparecer, mirándola con ojos asustados, ella dejó el móvil sobre la mesa y activó el altavoz.

—Ya he accedido a mi correo, Karel. Sí, aquí está. Lo he recibido.

Juan se sentó a su lado y miró la pantalla, sin comprender nada.

—Abre los archivos adjuntos —indicó el hombre. Ahora que lo escuchaba con claridad, Juan identificó su acento como cubano—. Comprueba que han llegado bien los cuatro, las tres fotos y el folleto.

—Sí —corroboró Luz tras unos segundos—. Se abren todos.

—¿Crees que es él?

Ella contempló las imágenes con detenimiento.

—Yo diría que la cara es la misma, aunque envejecida y más morena. Y el tatuaje...

Miró a Juan con gesto interrogativo y esperanzado. Este fijó la vista en el hombre que aparecía en una fotografía junto a varios pájaros de colores y tres mujeres jóvenes de aspecto extranjero, tal vez de origen escandinavo. Después en otra, solo, más de cerca. Y una tercera, de cuerpo entero. Luz hizo zoom hacia el tatuaje que había en su antebrazo. Juan tragó saliva.

—No es el mismo tatuaje —alegó él—. Pero parte se parece mucho. Puede que haya añadido elementos.

—Mucha gente lo hace. Agranda un tatuaje que ya tiene —aportó Luz.

—Tienes toda la información del lugar en el folleto que te adjunto con las fotos —se oyó decir a Karel, mientras de fondo alguien solicitaba ser atendido en un inglés mal pronunciado—. Ahora te tengo que dejar, linda. Llámame si necesitas alguna cosa.

—Muchísimas gracias, Karel. De todo corazón.

—De nada. Suerte.

La conexión se cortó y Juan la miró con los ojos desorbitados. Luz trató de explicarse sin perder un segundo en ponerse manos a la obra.

—Karel es uno de los recepcionistas del hotel en el que nos alojamos Lidia y yo en Cuba —explicó mientras tecleaba en el ordenador de forma frenética—. Ya sé que me dijiste que no alterara a Carla diciéndole todas las posibilidades que se me ocurrieran sobre cómo dar con su padre. Tampoco te quería alterar a ti. Así que no te he mencionado nunca los correos electrónicos

con la foto que me facilitó ella, y que yo he distribuido y solicitado que reenviaran todos mis contactos. Ni las publicaciones en mis redes sociales. Ni las copias que hice en papel y que he llevado en el bolso allá a donde he ido, que he repartido con mi teléfono y mi dirección de correo en la parte trasera.

Juan no era capaz de hablar. Observaba la pantalla, donde Luz ampliaba y leía a toda velocidad el texto de un folleto informativo sobre un parque nacional en... ¿Costa Rica?

—Karel fue muy amable desde que llegamos. Nos indicó muchos sitios que visitar, y yo le pregunté por algún lugar donde pudiera haber animales, explicándole la búsqueda del padre de Carla. Se mostró muy colaborativo, pero nunca pensé que...

—¿Cómo lo ha localizado? —A Juan le temblaban la voz y las manos.

—Me ha dicho que escaneó la foto y la envió a sus compañeros en todos los hoteles de la cadena. Al parecer, se ha alojado en uno en San José, en Costa Rica, hace una semana. Se registró con el nombre de Francisco Teruel y comentó que se quedaría solo dos días, que iba a empezar a trabajar en el Parque Nacional Los Quetzales. Al recepcionista le llamó la atención su tatuaje, porque le sonaba haberlo visto en algún sitio. Cuando recordó dónde, ya se había marchado. Pero le había visto hacerse fotos en el jardín. Parecía que quería impresionar a unas mujeres con sus conocimientos sobre las aves autóctonas que anidan en los árboles y que son un atractivo turístico para sus clientes. Le solicitó las imágenes al fotógrafo del hotel y se las envió a Karel.

Eran imágenes de fotógrafo profesional, comprendió Juan, de ahí la calidad y que el tatuaje se viera con tal nitidez.

—Francisco Teruel —rumió—. En cada país al que ha viajado, Alex lo ha localizado con diferentes nombres. Teruel es su segundo apellido, el tercero de Carla. Pero no sé por qué habrá elegido Francisco.

La página web a la que remitía el folleto tardó en cargar. Esos segundos fueron suficientes para que Luz recordara ciertos datos en apariencia insignificantes, pero que podían ser una prueba más de que lo habían

encontrado.

—San Francisco de Asís es conocido por su amor a los animales, decía que eran criaturas de Dios al igual que las personas. Hay un cuadro en el Museo del Prado en el que se le muestra predicando a las aves. Se dice que estas no se iban hasta que él acababa su bendición. —Juan la miró confuso—. Va a trabajar con quetzales, aves autóctonas, en este parque nacional.

Juan pestañeó y Luz le regaló una radiante sonrisa mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

La web cargó por fin y ambos pudieron contemplar las impresionantes imágenes del precioso lugar que era el Parque Nacional Los Quetzales.

—Dame tu número de carné de identidad —le indicó mientras tecleaba de nuevo—. ¿Tienes pasaporte?

—Caducado.

—Cogeremos cita urgente. Pero será mejor que compremos cuanto antes los billetes de avión. Nos vamos a Costa Rica.

El todoterreno se detuvo, pero Juan no se movió ni un milímetro. Luz se giró hacia él en el asiento trasero, ansiosa por salir tras más de una hora de trayecto por caminos agrestes.

—Es aquí —anunció el conductor, mirándolos con perplejidad desde el retrovisor central.

—¿Podría darnos un minuto? Gracias.

Ante la escueta pero directa solicitud de Luz, el hombre que de forma tan amable había accedido a llevarlos hasta el centro de interpretación medioambiental, salió del vehículo y se dirigió al edificio a hacer una visita al excusado antes de reemprender su ruta.

—Me voy en cinco minutos —les advirtió—. O tal vez diez.

Luz esperó a que estuviera varios pasos alejado de ellos para tocar una de

las tensas manos de Juan.

—¿Y si tampoco es aquí donde está? —Su voz sonó como la de un niño asustado.

Era probable que ya se hubiera marchado a cualquier otro lugar, como las otras tres veces que habían creído encontrarlo. Primero, en el centro de información de entrada al parque, donde les aseguraron que había estado esa misma mañana. Después, en el piso alquilado del pequeño pueblo donde llevaba viviendo la última semana, aunque según el casero no dormía allí a diario. Y por último, en el taller mecánico donde se encontraba el todoterreno que le habían asignado con su puesto de veterinario. Ni siquiera había sido él quien lo había llevado, sino una grúa. A él lo había socorrido un compañero al que había llamado por radio, para —esperaban— llevarlo a aquel centro de interpretación en las profundidades de la selva.

—Estará aquí. Depende de que vengan a recogerlo, carece de medio de transporte. Y su compañero aún no ha vuelto, según su GPS. —Eso era lo que les había dicho el chófer que les había llevado—. Tenemos que ir ya y comprobarlo nosotros mismos antes de que se vaya de verdad.

—¿Y si no logro convencerlo? —Fue su siguiente miedo—. ¿Si por mucho que lo intente, él se niega a viajar hasta Valencia para ayudar a su propia hija? —El resentimiento se abrió paso entre sus temores.

—La ayudará. Estoy segura.

Juan alzó sus ojos hacia ella. Ambos estaban sudados por la humedad y cansados por el largo viaje y la falta de sueño. Sus caras brillaban y sus ojos se hundían en sus ojeras. Aun así, ella estaba radiante de esperanza. ¿Cómo lo hacía?

—¿Cómo puedes estarlo?

—Porque tengo fe.

Ella apretó su mano. Él suspiró antes de abrir la puerta.

—No te separes de mi lado —solicitó tembloroso.

—No lo haré.

Lo hallaron en un almacén, rebuscando entre varias cajas de no muy buenas maneras. Algunas salían volando sobre las demás cada pocos segundos. Estaba bastante claro que no era un hombre muy paciente.

Juan aprovechó para hablar cuando por fin pareció encontrar lo que buscaba y el ruido de cajas se detuvo.

—¿Francisco Teruel?

—El mismo que viste y calza.

Se giró hacia la puerta pero no los miró. Tenía la vista fija en un aparatito electrónico que ninguno de los dos supo identificar, aunque por la correa que este trataba de colocarle, Luz dedujo que se trataba de uno de esos localizadores que se les ponía en una pata a los animales para hacerles seguimiento, según había visto en varios documentales por la tele.

—¿El mismo Francisco Teruel que realmente se llama Gerardo Ramírez? — preguntó Juan, más por llamar su atención que porque tuviera dudas reales.

Se le veía algo sucio y despeinado, pero era el mismo hombre de las fotos. Tan alto y corpulento como él, de tez oscura, pelo castaño algo aclarado por el sol, y ojos tan azules como los de Carla. Exactamente esos ojos eran los que delataban quién era más que cualquier otro rasgo, como pudo comprobar cuando los clavó en él.

Las palabras de Juan habían tenido el efecto deseado. Gerardo soltó el aparatito casi tirándolo a un lado y salió de la penumbra del almacén para mirarlos de arriba abajo en la claridad del pasillo.

—¿Quién lo pregunta?

—Soy Juan Saavedra. El hermano de Carla, tu hija. —Se hizo un silencio en el que ambos hombres se mantuvieron la mirada. Ni un parpadeo. Ni un solo músculo de sus caras en movimiento—. Pero no te preocupes, no soy hijo tuyo.

Gerardo pareció evaluarlo, como si buscara en su rostro algo concreto.

—Así que por eso Carolina rechazaba mi dinero. Encontró pronto consuelo, y quien pagara las facturas —dedujo, media sonrisa burlona asomando en su arrugado rostro—. Porque tú no puedes tener muchos menos años que Carla.

—De hecho, soy cinco años mayor que ella—. La cara de incompreensión del hombre delató lo poco que había pensado en qué habría sido de su mujer y su hija en casi treinta años—. Carolina no me dio a luz, pero fue mi madre desde que se casó con mi padre. Bastante tiempo después de rechazar tu dinero. Como la mujer fuerte y maravillosa que era, logró salir adelante sin ayuda de ningún hombre. Ya después, se enamoró, se casó y me adoptó como su hijo.

Gerardo tardó en digerir toda aquella información. Desvió un poco la mirada del gesto adusto de Juan, y pareció reparar por primera vez en Luz. La miró con el ceño fruncido. Dudando, pensó esta, de si su primera impresión habría sido equivocada y ella pudiera ser su hija.

—Yo soy Luz Duque, la novia de Juan. Encantada.

Porque ella era así, y porque pretendía relajar un poco la tensión del ambiente, se adelantó dos pasos y le tendió la mano. Él pareció dudar por un segundo, pero accedió al apretón y farfulló otro «encantado» en respuesta. Se quedó un poco paralizado cuando ella, además, le dio dos besos en ambas mejillas.

Cuando retrocedió hasta su lugar al lado de Juan, vio que este emitía un bufido casi imperceptible y también tendía su mano. El apretón entre ambos hombres duró varios segundos, durante los cuales se miraron a los ojos en silencio.

—Me alegra saber que la decisión que tomé no impidió que Carolina siguiera adelante —reconoció el hombre, con voz más sosegada—. ¿Cómo está?

—Muerta. —Su rostro palideció. Juan decidió no ensañarse con un silencio demasiado prolongado—. Mi padre y ella sufrieron un accidente de tráfico hace quince años. Murieron en el acto.

—Lo lamento. De todo corazón.

A pesar de su cara de circunstancias, Juan dudaba de que ese hombre tuviera corazón. Esperaba equivocarse, pues era a este al que pretendía apelar para convencerlo.

—Por suerte, yo ya era mayor de edad, y nadie pretendió llevarse a Carla de mi lado, aunque ella fuera menor. —Tomó aire con fuerza y se propuso que no le temblara la voz—. Yo era su hermano, para la ley lo era, y lo soy. Pero mi sangre y la suya no tienen nada que ver, salvo por el color. En cambio, la tuya forma parte de ella. Tú le diste la vida, y ahora puedes salvársela.

Esta vez el silencio dramático que hizo Juan fue deliberado. Sacó su móvil del bolsillo de su pantalón y buscó la foto de Carla que había preparado para mostrarle. Era la más preciosa de todas las que él había tomado con la nada desdeñable cámara de su móvil; un primer plano de ella con una sonrisa radiante y su pañuelo blanco de novia mecido por el viento a su alrededor.

—Esta es tu hija el pasado sábado, en el día de su boda. A ella le habría gustado invitarte, si hubiera podido localizarte. Sin embargo, el que ahora es su marido no se pasó meses recorriendo medio mundo para darte una invitación de boda, sino para pedirte que salvaras al amor de su vida. Carla necesita un trasplante de médula ósea, de alguien que sea inmunológicamente compatible con ella, o morirá en pocos meses. —Tragó saliva sin poder evitarlo. La mano le sudaba y el móvil estaba a punto de caérsele al suelo—. Hoy soy yo el que está aquí, el que te ruega que hagas esto por la hija que abandonaste y que, a pesar de ello, confía en que acudas en su ayuda porque, al fin y al cabo, eres su padre.

Aquella misma noche, en la habitación del hotel en San José, ni Luz ni Juan eran capaces de pegar ojo.

—Vendrá —dijo Luz cuando Juan, a las cuatro de la mañana, dio su enésima vuelta en la cama.

—Eso ha dicho. Pero ¿si solo lo ha hecho para quitarnos del medio y poder desaparecer de nuevo?

Luz se giró hacia él, quedando a un palmo de su cuerpo.

—Nos ha pedido que cogiéramos su billete de avión junto con los nuestros mientras él trataba de dejar todo cerrado aquí. Si quisiera fugarse, no nos habría dado su pasaporte.

—Tendrá más. Con otros nombres falsos.

Ella chasqueó la lengua, molesta por su extrema desconfianza.

—Ya te ha explicado lo de sus cambios de nombre, y lo de sus tatuajes. No seas tan paranoico.

Después de revelarle a Gerardo la causa de su presencia allí, este les había solicitado que fueran a la cafetería que había en el centro de interpretación para hablar con mayor calma del asunto.

Se había mostrado interesado en los detalles de la enfermedad de Carla, el tratamiento, el tiempo que llevaba arrastrando los dolores y los ingresos. Había escuchado con suma atención todo lo que le habían contado, muy serio en todo momento, pero sin mostrar ninguna clase de sentimiento de forma abierta.

Había lamentado que Álex no lo hubiera localizado antes, y les había explicado el por qué de sus cambios de nombre, el cual no tenía nada que ver con tratar de borrar su rastro. Simplemente, cuando había ido a trabajar a muchos lugares de África y Asia, su nombre era impronunciable para la gente de esos países. Demasiadas erres. Solían llamarlo con apodos que les resultaban más sencillos, y él había acabado usando nombres autóctonos. Incluso había llegado a cambiar su verdadero nombre por algunos otros en su documentación oficial. Había descubierto que así era más fácil que lo contrataran. Lo creían nacido allí y solo extranjero de ascendencia.

Después, cambiar de nombre al cambiar de país se había vuelto costumbre. Buscaba uno que fuera acorde con el puesto que pretendía desempeñar y el lugar en cuestión.

En cuanto a sus tatuajes, se debían a todos y cada uno de los animales que lo habían atacado.

Trabajando en España con leones en cautividad, había sufrido su primer

zarpazo, sus primeros puntos. Lucía la cicatriz de unas garras en un muslo y la cabeza de un león dibujada en el antebrazo. Cuando un águila real casi le sacó un ojo de un picotazo, se tatuó su cabeza junto al león antes de abandonar los Alpes. El resto de los cinco animales habían ido sumándose al tatuaje a la vez que otras cicatrices que se repartían por su cuerpo. El segundo zarpazo de su vida, esta vez de un tigre de Bengala y en el abdomen; la picadura de una serpiente en un pie, en Australia; y el vergonzoso pero casi mortal mordisco de una perra que había creído en peligro a sus cachorros recién paridos cuando él fue a comprobar que estaban todos sanos. Se le había lanzado a los testículos sin miramientos. El dibujo de la hembra de setter irlandés ocupaba un lugar en solitario en su bíceps, pues era a la que recordaba con mayor temor.

Cada tatuaje había significado una advertencia para sí mismo. «Recuerda que los animales salvajes son peligrosos y que tú siempre serás detectado como una amenaza en su territorio». También había aprendido que los domésticos no dejaban de ser animales ni aunque llevaran un collar con su nombre y todas las vacunas en regla.

Después de aquellas anécdotas, habían vuelto a lo que realmente importaba, y él había asegurado que haría lo que estuviera en su mano por salvar a Carla. No había puesto pegas para viajar a España cuanto antes, pues decía comprender lo vital que era cada segundo que pasaba. Tan solo había puesto una única condición. Una, pero muy controvertida.

Había dado su palabra de acompañarlos si ellos prometían no decirle nada a Carla sobre él. Si resultaba ser compatible, la donación sería anónima.

Juan le había advertido que ella podía atar cabos y descubrirlo por sí misma. Llevaban varios días fuera de España, en un viaje del que no les habían dicho nada hasta que ellos les habían llamado para invitarlos a comer en la casa, y no habían tenido más remedio que inventar algo. Como no habían querido darles falsas esperanzas hasta encontrarlo de verdad, habían alegado querer cogerse unas vacaciones y de paso dejarles a ellos solos en su luna de miel

hogareña.

Pero tanto Carla como Álex lo conocían muy bien y ya estaban con la mosca detrás de la oreja. Por qué Costa Rica, si nunca había mencionado ese país antes. Por qué tan de repente, por mucho que él insistiera en que preparar su boda le había supuesto mucho estrés y que necesitaba algo de tiempo alejado de todo.

Nada había disuadido a Gerardo. Él se dejaría sacar hasta un riñón si hiciera falta, había dicho, pero ella no debía saberlo nunca.

—Reconozco el daño causado por mis decisiones, aunque por suerte ella y Carolina os encontraran a tu padre y a ti como consecuencia de estas —había declarado muy tajante—. Y no quiero que Carla sienta ningún tipo de gratitud hacia mí, ningún tipo de afecto. Prefiero que siga pensando que desaparecí y que nunca más me verá. Creedme, es lo mejor para todos. Yo ni sé ni puedo ser un padre. No quiero que ella tenga la más mínima esperanza de que llegue a serlo.

No habían vuelto a insistir. Decirlo o no, no era lo importante. Que él no se echara atrás, sí.

A pesar de acceder a su exigencia y acordar el viaje a España, Juan no se había marchado muy convencido. Había esperado algo más de resistencia por su parte, más que aquella condición inamovible, pero poca cosa al fin y al cabo. Solo consistía en mantener la boca cerrada y fingir haber sido bendecidos por un milagro.

—Perdona que desconfíe de un hombre que abandona a su familia a su suerte —alegó Juan, inquieto, volviendo a girarse en la cama.

—No fue del todo así. No me mires de esa manera —lo increpó Luz al sentir de pronto sus ojos clavados en ella—. Les procuró dinero hasta que Carolina lo rechazó, y aun así buscó otra vía para hacérselo llegar, hasta que ella le pidió el divorcio. No se desentendió tanto como...

—Como mi madre. —La voz de Juan fue gutural y extraña—. Eso ibas a decir.

—No, iba a decir tanto como para que no tuvieran qué comer.

Juan resopló y se destapó del todo. Hacía mucho calor y él se estaba calentando todavía más.

—Un padre no es solo dinero a fin de mes.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Pero si lo piensas, el hecho de que enviara dinero hasta que este fue rechazado, implica que algo le importaban. Ese algo es el que le va a llevar a Madrid con nosotros.

Juan lo esperaba de verdad. Porque no tenía más salida que confiar en ello. Lo meditó unos instantes, dejando vagar su mente hacia su pasado.

—Mi madre no lo habría hecho. —Su voz sonó ahogada—. No habría donado su médula para mí.

—No lo sabes —adujo Luz, convencida de que ninguno dormiría ya esa noche.

Todos sus demonios se estaban apareciendo en su cabeza y ella sola no sabía si sería capaz de espantarlos. Él tenía que poner algo de su parte.

—Sí que lo sé. La vi en un par de ocasiones después de que se fuera. Una de ellas, estábamos los cuatro. Coincidimos en el aparcamiento de un área de servicio de la autopista. Yo aún recordaba su cara. Ella apenas me miró, después de ver a mi padre. Creo que solo fijó un par de segundos su vista en mí para cerciorarse de que realmente había visto a su exmarido. Después, toda su atención se centró en Carolina. Si hubieras visto su mirada... Era de puro odio. La escrutó como si le diera asco, como si solo verla la ofendiera. Ella estaba con su nuevo marido y con el primero de los dos hijos que tuvo con él, así que no tenía nada que reprocharle, faltaría más, pero parecía sentir envidia y repulsión a partes iguales.

Luz imaginó al pobre muchacho que un día fue sintiéndose ignorado por su propia madre, viendo cómo su interés no era otro que buscarle defectos a la nueva pareja del hombre que ella misma había rechazado.

—¿Cuántos años tenías?

—Nueve. Pocos para comprender muchas cosas. Pero esa impresión se me

quedó grabada. Años después, comprendí que lo que le molestaba de Carolina era que fuera más joven y más guapa que ella.

—Y mejor persona —aseguró Luz sin poder contenerse—. Solo que eso no sé si pudo detectarlo a simple vista.

—Con ver cómo me ayudaba a subir al coche porque yo me había quedado petrificado, y me daba un beso cuando yo me encaramé a ella en busca de un abrazo de consuelo, tuvo que ver que era mucho mejor madre que ella. Su hijo de apenas un año lloraba a moco tendido en su carrito y ella ni lo miraba, pendiente de nuestro coche como estaba.

La escena se dibujó en su mente como una película, en la que las ganas de abofetear a uno de los personajes se volvía algo personal y muy real, no imaginario. Al igual que el impulso de abrazar a otro se convertía en una necesidad vital.

—Me habría encantado conocerla. A tu verdadera madre, Carolina —matizó, pues esa era la auténtica—. Y a tu padre también.

Aquello le gustó mucho a Juan. Tanto como para relajarse un momento.

—Me habrían dado la enhorabuena por mi buen gusto. Aunque habrían dudado del tuyo —bromeó con una risilla apagada—. ¿Sabes? Siempre me ha hecho sentir algo extraño no pensar en esos dos hijos que tuvo la mujer que me dio a luz como mis medio hermanos. Para mí no lo son. No son nada más que los descendientes de una mujer que una vez estuvo con mi padre. Hace mucho que Carolina es la única que me viene a la mente cuando pienso en la palabra madre.

—Eso dice muchísimo de ella. Supo asumir ese papel como suyo por derecho propio. Del mismo modo que sientes a Carla como tu verdadera hermana.

—Para mí, la única. Y aunque así sea, si uno de esos dos medio hermanos míos que ni siquiera sé si saben de mi existencia estuviera en la situación de Carla y me buscara para pedirme ayuda, yo no dudaría ni un solo segundo en prestársela.

Lo dijo con voz calmada, sin rencor ni dolor. Fue una declaración sincera a modo de reflexión que a Luz le mostró lo básicas que eran algunas cosas para él en la vida. Tan básicas como para ella. Poder ayudar a los demás de forma desinteresada si estaba en su mano hacerlo.

—Otra muestra más de lo grandes que fueron como padres Carolina y Joaquín. —Le acarició el pelo en la oscuridad, retirándoselo de la húmeda frente—. Ellos son los que te educaron para ser un buen hombre, los que con su ejemplo te enseñaron a ser una persona de corazón generoso.

Juan los recordó con un inmenso cariño. Era cierto que en ellos había encontrado el mejor ejemplo para desenvolverse en la vida. Cuando se encontraba en una encrucijada, solía pararse a pensar qué le habrían dicho ellos que hiciera, qué habrían hecho ellos mismos. Seguir ese instinto siempre le había resultado bien.

—Los echo tanto de menos que duele —confesó, abriéndose a ella como solo Luz lograba que él hiciera—. Da lo mismo el tiempo que pase. El dolor se mitiga, logras aparcarlo para que no esté presente a todas horas, pero nunca desaparece por completo.

—Lo sé. —La voz de Luz fue un susurro en la calurosa estancia—. Aunque sea crónico y vaya a estar presente en tu alma de por vida, poco a poco se difumina y te deja ver la belleza del mundo que tienes ante tus ojos. Solo hay que combatir cada punzada de dolor con un recuerdo alegre de su vida o con algo bueno que haya sucedido en la tuya después de la pérdida, demostrándote que tu camino sigue adelante a pesar de su ausencia, que no tiene sentido desperdiciar la vida que te ha sido regalada enfadándote con Dios, contigo mismo o con cualquiera de los que te rodea, ni dejándote morir tú también.

En cuanto las palabras estuvieron dichas, Juan la abrazó con fuerza. No supo de qué otra forma reconfortarla más que con su propio contacto, a pesar del calor sofocante que los rodeaba y que el cuerpo de ambos desprendía.

—¿Lo echas de menos? —No pudo evitar preguntárselo. Aunque le escociera la respuesta, la comprendería.

—Recuerdo con nostalgia la vida que tuvimos, antes de que todo sucediera. Momentos felices y divertidos que siempre perdurarán. Pero la vida que ambos habíamos establecido tras casarnos no nos hacía felices. Dejamos que el trabajo nos absorbiera. Cuando enfermó, nuestro matrimonio ya parecía estar en un segundo lugar en nuestras prioridades. En sus últimos días me pidió perdón por ello. Estaba arrepentido de muchas cosas, pero sobre todo de no haber dedicado más tiempo a estar juntos fuera de la oficina. Yo le dije que en eso ambos habíamos sido culpables por igual. Y me hizo prometer que no desperdiciaría mi vida con cosas banales, materiales, que no me hicieran feliz. Me pidió que aprovechara cada momento como si fuera el último. Que viviera por los dos. —«Que me volviera a enamorar», pensó, pero no fue capaz de decírselo a Juan—. Me costó cumplir esa promesa. Al principio el dolor no me dejó ver el camino. Pero creo haberlo encontrado.

El abrazo de él se estrechó a su alrededor. Después buscó su boca y la besó con dulzura. Ella respondió gustosa. Cuando el calor comenzó a ser agobiante, se separaron y mantuvieron solo las manos unidas.

—Dime que todo va a salir bien. —Juan se acercó de nuevo sobre la almohada y apoyó la cara en su pelo, inhalando su fragante aroma—. Si me lo dices, te creeré.

—Todo va a salir bien. —El nudo de su garganta la hizo hablar de forma casi inaudible. No era la primera vez que él le solicitaba exactamente eso. Que lo contagiara de su férrea convicción—. Duerme. Mañana será un día muy largo.

Se quedaron en silencio, tratando de dormirse, con pocas esperanzas de lograrlo. Pero el cansancio los venció.

—Eres el mejor regalo que me ha dado la vida. No me dejes nunca, Luz —susurró Juan antes de comenzar a roncar—. Te quiero. Ya no podría vivir sin ti.

Ella le mantuvo las manos aferradas y él sintió un pequeño apretón en respuesta. Pero fueron los músculos de sus brazos al relajarse, pues ella ya

estaba dormida.

Capítulo 29

El milagro se obró. Las pruebas dijeron que los progenitores hematopoyéticos de Gerardo eran compatibles con los de su hija. Y el cuerpo de esta lo corroboró. No rechazó las nuevas células. Además, se recuperó de forma notable y a buen ritmo. Incluso su sistema respiratorio tuvo cierta mejoría, como consecuencia del mejor estado del resto del organismo. Carla podía caminar sin su mochila de oxígeno siempre que no pretendiera correr o subir un tramo superior a diez escaleras. No obstante, Álex siempre se aseguraba de llevar la mochila con el depósito bien lleno en el maletero del coche, por si acaso, junto con el neceser de la medicación que iba a tener que tomar de por vida. Una vida que esperaban fuera muy larga, no solo los diez años que algunos médicos habían vaticinado tiempo atrás.

Cierta mañana de domingo, además, en el maletero había una nevera portátil repleta de comida y bebida para una barbacoa bajo el sol de la recién estrenada primavera.

Cuando Carla se enteró de que el jardín trasero de la casa de Luz —a la cual su hermano parecía haberse mudado de forma permanente desde poco después de la boda— estaba en pleno proceso de reforma, propuso la idea de una barbacoa, como excusa para tomar unas fotos del proceso de mejora y subirlas a la web corporativa de Juan. Se sentía lista para volver al trabajo.

La idea fue bien acogida y, aunque el proyecto estaba aún a medias, el espacio útil era más que suficiente para cuatro personas.

Pasaron unas horas distendidas, como siempre que los cuatro se reunían, aunque era más habitual que fuera en la casa de sus padres, ahora la de Carla y Álex. El invierno había sido frío y lluvioso, y el gran salón fue su lugar de encuentro cada fin de semana, a menudo con más amigos deseosos de acompañarlos y ver la sorprendente mejoría de Carla.

Chuletas y verduras a la parrilla, bebidas bien frías, fruta de temporada y buñuelos de crema que Luz preparaba a menudo para la que ya llamaba su cuñada —pues esta había confesado que eran su debilidad— dieron paso a una sobremesa en cuatro tumbonas para hacer la digestión de una copiosa comida.

—Si quieres descansar un rato dentro, te bajo una almohada al sofá o te acomodas en el dormitorio de invitados —ofreció Luz, siempre pendiente de cada detalle y de su salud—. Tú como en tu casa.

—Gracias. Estoy bien aquí. Un poco de sol me vendrá bien.

Aun así, entre Álex y Juan movieron la sombrilla de la mesa para que ella quedara a la sombra.

—A veces os pasáis, de verdad. Llevo una pamea, ¿veis?, y es muy bonita además.

—¿La cierro? —Álex la miró ceñudo.

—No, es igual. —No pudo evitar lanzarle un beso que él hizo como que cazaba al vuelo—. Luz es muy blanquita. Dejadla para ella.

—Sí, sí. Gracias —aceptó esta, pero se rio y ambas se miraron con gesto cómplice.

Sentadas a la sombra con sendos refrescos, observaron cómo los hombres se ponían manos a la obra. Juan le había solicitado a Álex durante la comida que antes de irse lo ayudara con un par de cosas del jardín, y él no había dudado en aceptar.

Ahora las mujeres se recreaban en los movimientos de sus respectivos amores, sin camiseta a causa del calor, colocando el enrejado que iba a separar el jardín delantero del trasero, desde un lateral de la casa hasta el

comienzo de la arboleda que lindaba con la propiedad vecina. Querían hacerlo más privado que el terreno que daba a la vía pública y por donde entraban los clientes de Luz hasta su local. Eran barrotes finos y separados un palmo entre sí, sin dar sensación de encerramiento. Además, una cerradura permitía abrir las dos partes de la verja de par en par.

Una vez instalados, los iban a cubrir de hiedra para que ocultaran el hierro forjado, creando la ilusión de que la planta estuviera flotando.

—Tendrían que echarse crema protectora si van a estar a pecho descubierto. O mejor aún, echársela nosotras, ¿no crees? —comentó Carla, jocosa, mirando de reojo a su compañera, quien no despegaba la vista de Juan.

—¿Disculpa?

La carcajada de Carla la pilló por sorpresa.

—Si no hubiera cazado a mi hermano mirándote varias veces así, como tú lo estás mirando ahora, me darías un poco de lástima. En cambio, viendo que los dos estáis en la misma fase de «se me cae la baba con solo mirarte», lo que siento es euforia.

Luz trató de ocultar su sonrojo bebiendo de su vaso. Carla se giró hacia ella y le sonrió.

—Es maravilloso veros así. Mi hermano jamás ha estado así antes, con ninguna mujer.

—Tampoco ha convivido antes con ninguna otra. Aparte de ti, claro.

—Por supuesto, eso es un hito en sí mismo. Pero, a lo que me refiero, es a que os complementáis de forma excepcional. Sois tan monos juntos... Y que él no se corte en hacerte un arrumaco aun sabiendo que yo voy a verlo, es inaudito. —Hizo alusión a los besos y caricias que le había regalado cada vez que él iba y venía de la barbacoa con un nuevo plato, o cada vez que esta se levantaba a por algo a la cocina y volvía a su lado. Como si su corta ausencia le hubiesen parecido años—. Siempre ha odiado que invadiera su vida privada, es muy celoso de su intimidad con todo el mundo, y yo no soy una excepción a pesar de ser su hermana. Míralo, cerrando esta parte del jardín

para que nadie os vea haciendo... lo que queráis hacer aquí.

Luz ignoró el último comentario, pues sabía cuánto le gustaba bromear a Carla con temas subidos de tono, sobre todo con ella, que siempre se mostraba cohibida con ese tipo de conversación.

—Bueno, teniendo en cuenta que mi negocio está en nuestra casa, separar los accesos y tener una parte del jardín en exclusiva, en la que nadie pueda entrar, me parece buena idea. ¿Qué? ¿Qué he dicho? —preguntó cuando la sonrisa de Carla se fue ensanchando lentamente.

—Vuestra casa. Eso has dicho.

—Oh, bueno... Llevamos más de medio año conviviendo. Es nuestro hogar. Yo lo veo así. Espero que él también. Al menos eso me parece.

Sobre su rostro pareció caer una repentina sombra. Carla se quitó la pámela y centró toda su atención en ella. En la exultante felicidad, se abrió una grieta por la que asomaba una latente tristeza.

—Pero no te ha dicho nada.

—No es mucho de decir nada —reconoció encogiéndose de hombros y apartando la mirada.

—Ya, es parco en palabras. Pero al menos... ¿te ha dicho ya lo que siente por ti?

No. Jamás. Él nunca decía nada parecido a «te quiero», y ella se había cuidado mucho de no mencionar las palabras.

Ni cuando en momentos de pasión estas pugnaban por salir de su boca en un alarido de placer. Ni cuando él la abrazaba sin motivo aparente para después oler su pelo o el hueco entre su hombro y su cuello. Ni cuando la cogía desprevenida y se ponía a bailar con ella por toda la casa cantando la canción que sonaba en la radio o la que le viniera a la cabeza en ese momento.

Le daba un miedo atroz decirlas y que todo se desmoronara.

—Bueno, antes o después lo hará —aseguró Carla, restándole importancia—. Porque tú lo sabes, ¿verdad? Sabes que te quiere.

—Me siento muy querida —confirmó, aunque no pudo evitar que la voz le

saliera algo débil.

—Pero a pesar de todo, te falta algo. —A Luz los ojos se le llenaron de lágrimas, así que intentó mirar hacia otro lado. Carla le dio un beso en la mejilla y después le dejó espacio—. ¡Ay! ¡Cómo somos las mujeres! Y qué sopapo tan grande merecen a veces los hombres. Si quieres, se lo doy de tu parte —bromeó, tratando de levantarle el ánimo.

—No te preocupes. Estamos bien, de verdad. Él es como es, y no pretendo cambiarlo ni en lo más mínimo. Solo quiero hacerlo feliz. Y sé que él también quiere que yo lo sea. Eso sí que me lo ha dicho en varias ocasiones.

Recordó la primera vez que se lo dijo. Cuando le habló de una misión secreta, cuyo objetivo era hacerla feliz. Desde entonces, cuando ella le pedía alguna cosa, ir a algún sitio o hacer algún cambio en la casa, él respondía: «Muy bien, lo que te haga feliz».

—Me alegro entonces.

—Pero... voy a pedirte que no le menciones nada de esto a él. Que se quede entre tú y yo, por favor.

—¿Un secreto? —Carla lo meditó unos instantes y después le habló en un cuchicheo—. Soy buena guardando secretos. Sobre todo si a quien se los oculto es a Juan.

Luz imaginó que aquello era normal entre hermanos. Claro que no podía estar segura, ya que nunca había tenido ninguno, por mucho que Lidia lo fuera de alguna forma. Y que a Carla la empezara a sentir también como a una.

—Gracias.

—¿Me guardas tú también uno?

—De acuerdo. —La idea le gustó, las acercaba más la una a la otra—. Secreto por secreto.

—Sé lo de mi padre. —A Luz le brincó el corazón en el pecho. ¿Se refería a...?—. No te agobies, él nunca se enterará. No voy a intentar hablar con él ni le voy a pedir su número a Juan. Si lo quisiera, solo tendría que buscarlo en su móvil. Con saber que ya le habéis dado las gracias de mi parte, estoy

satisfecha. Respetaré su deseo de no tener contacto alguno conmigo. Es lo menos que puedo hacer tras haber acudido en mi ayuda.

Pero Luz empezaba a conocerla bastante bien, y sabía que en el fondo de su corazón deseaba verlo, hablar con él aunque solo fuera una vez.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Sospeché de la repentina donación tras vuestro inesperado viaje. Y soy muy buena sonsacándole a Álex.

Luz ya había imaginado que habría sido él, no había muchas más opciones, a no ser que alguien del personal sanitario se hubiera ido de la lengua. Gerardo había ido lo justo al hospital y había estado en Valencia solo el tiempo estrictamente necesario. Los médicos y enfermeros que lo habían atendido habían aceptado su deseo de confidencialidad. Hasta Álex había respetado que él no quisiera conocer al marido de su hija, ni cuando este insistió en querer darle las gracias en persona.

Después se había ido, despidiéndose solo de Juan por teléfono y solicitando que lo avisara si su presencia volvía a ser vital.

—Pero se lo prometimos, Carla. Le dimos nuestra palabra de no decirte nada.

—Lo sé. Y la habéis mantenido. Álex accedió al comprender que, en realidad, él no le había prometido nada a mi padre, solo lo habíais hecho vosotros dos —replicó muy convencida—. Un tecnicismo que ante la ley le eximiría tanto a él como a vosotros. Juan y tú le prometisteis a mi padre no decirme nada a mí —especificó, gesticulando con las manos, como si estuviera poniendo a las personas en un lado y en otro—. Pero que se lo contarais a Álex y él a mí, no estaba dentro de sus condiciones.

—Eso es hilar muy fino. —Luz veía la lógica pero no le convencía demasiado—. A Juan no le va a gustar.

—Pero tú no se lo vas a contar. Es nuestro secreto —le recordó, con los ojos muy abiertos—. Al igual que yo sé que hasta que no te declare amor eterno y te pida que te cases con él, no serás feliz del todo. Pero no voy a decirle nada,

aunque me muera de ganas de darle el empujoncito.

Se miraron con complicidad.

—Mis labios están sellados —confirmó Luz.

Carla simuló cerrar su boca con una cremallera y ambas volvieron a contemplar a sus hombres, ahora ya sudorosos, trabajando bajo el sol.

—Qué suerte la nuestra, ¿eh?

—Voy a por el bote de crema —declaró Luz antes de levantarse, haciéndola reír a carcajadas.

—¿De qué se reirán tanto estas dos?

Álex se dio la vuelta y vio cómo Luz entraba en la casa mientras Carla se reía a gusto. La verdad, la causa era lo de menos. Ver reír así a su mujer era lo importante.

—Seguramente de nosotros —respondió sin darle importancia, aunque lo creía de verdad—. Reírse es bueno. Aunque sea a nuestra costa.

—Pues habrá que sentarse en esas tumbonas y que sean ellas las que trabajen en domingo. Así seguro que nos reímos a gusto tú y yo.

Álex miró a su cuñado con el ceño fruncido. Esas repentinas malas pulgas lo sorprendieron bastante.

—¿Acaso le dejas a tu novia meter baza en la reforma del jardín?

—Claro. Las ideas son de los dos. Yo solo he definido el diseño final y...

—Y lo ejecutas —lo cortó—. Todo tú solo. Por eso me has pedido que te ayude hoy.

Él lo observó con una ceja alzada.

—Si no querías, haberlo dicho.

—No me importa, ya lo sabes. Pero Luz podría ayudarte, si la dejaras. Sujetar el enrejado mientras lo anclas no es muy difícil. Y además, es su casa.

—Lo sé. Y ese es el problema —gruñó.

—¿Ah, sí?

Álex se levantó de su posición arrodillada y encaró a Juan, instándolo a que

dejara la tarea y le contara el problema.

—Es que... me siento como en casa, ella es así de desprendida para todo y poco a poco me he acostumbrado a vivir con ella, aquí, sin darme ni cuenta.

—Miró alrededor, visualizando el resultado final de su proyecto. Y a los dos, solos, disfrutando de él. O no tan solos, se reconoció solo para sí, con una idea de futuro que acudía cada vez más a menudo a su cabeza, aterrándolo y fascinándolo por igual—. Estoy muy a gusto, más de lo que podría haber llegado a imaginar nunca. Pero siento que este tipo de cosas tengo que hacerlas yo. Necesito poner algo de mi parte. No sé si me explico.

—Yo vivo en la casa de Carla, que es la tuya y siempre lo será —expuso Álex como respuesta.

—Eso es diferente.

—¿Por qué? ¿Porque estamos casados? —Juan no supo qué responder—. Yo tampoco la dejo hacer mucho en casa, pero solo porque aún está delicada y no quiero que haga esfuerzos. Luz está sana como una manzana.

Juan se rascó la sudorosa nuca mientras estiraba los músculos de los hombros. Álex se acercó un paso más a él, esperando que le contara lo que lo perturbaba de aquella curiosa forma.

—La limpieza, cocinar y demás nos lo repartimos a turnos, sin ser muy estrictos. Según vaya la semana —expuso Juan al sentirse observado.

—Eso es estupendo. Además, los dos trabajáis y aportaréis dinero para los gastos por igual, imagino —continuó indagando el otro.

—Hace un tiempo hicimos una cuenta común en la que ingresamos dinero todos los meses —explicó—. De ahí tiramos para los gastos de la casa, la comida, cuando salimos fuera... Pero cada uno sigue usando su propia cuenta para los gastos personales.

Álex alzó una ceja, suspicaz.

—¿De quién fue la idea?

—Mía. Le expliqué que no me sentía bien viviendo aquí de gorra. Le propuse lo de la cuenta común como solución. Ella dijo que le parecía bien.

Fuimos al banco y ya.

—Muy romántico.

La conversación empezaba a irritarlo. No le gustaba por dónde estaban yendo los tiros de su cuñado.

—Es algo práctico, no romántico —refutó.

—Claro que no lo es. Porque imagino que no le dijiste: «Luz, me encanta vivir contigo, y quiero que sea así para siempre. Por lo tanto, como siento que tu casa es mi casa, creo que deberíamos aportar a nuestro hogar el dinero que ganamos como un bien común del que disfrutar juntos».

La cara de Juan se constriñó al escuchar aquella declaración con una mala imitación de su ronca voz, llena de insinuaciones que no le gustaron un pelo.

—¿Me estás vacilando?

—No, solo quiero que lo compares con lo que tú le dijiste.

Esta vez Álex lo encaro más de cerca, retándolo a que, si podía, rebatiera sus argumentos.

—Solo le dije lo que ya te he dicho. —En esta ocasión no pudo sostenerle la mirada.

Un chasquido de su lengua le hizo volver a mirar a su cuñado, que parecía tener toda la intención de querer arruinarle el domingo.

—La verdad, Juan, a veces me pregunto por qué una mujer como Luz está con un tío como tú.

Esta vez sí. Había tocado la tecla equivocada.

—¿De verdad quieres que te responda? —rugió con los dientes apretados.

Pero no lo amedrentó ni un ápice. Se conocían demasiado bien. Juan podía calentarse con facilidad, pero la sangre nunca llegaba al río.

—No, quiero que te lo plantees a conciencia y te respondas a ti mismo. En otro momento. Carla nos está mirando y se ha dado cuenta de que discutimos.

—No estamos discutiendo. —La miró de reojo, con todo el disimulo que pudo—. Bueno... quizás.

—Cambiemos de tema. —Le lanzó un beso a su mujer y le sonrió para

tranquilizarla—. ¿Qué tal va el curro?

—Lo de la bodega fue el sùmmum —comentó con tono casi nostálgico mientras volvía a su tarea con la verja. Álex lo acompañó y sostuvo otro de los barrotes—. Encontrar algo como aquello, cerca de aquí, me fue imposible y por eso estamos con la reforma del agroturismo. Pero en un par de meses estará finiquitada. Y la verdad, para un equipo como el mío es poca cosa. Y para mí mismo, tampoco es un reto.

Su voz estaba cargada de decepción y Álex supo que aquello lo tenía más preocupado de lo que cabría esperar.

—Lo único que me ha gustado de verdad es una oferta que me han hecho por recomendación. Es otra bodega que ha visto mi trabajo anterior. Pero lo he rechazado.

—¿Por qué?

—Es en Canarias.

—¿En Canarias hay bodegas?

—Parece que sí. Y una está dispuesta a invertir una buena suma para ampliar sus instalaciones. Mimetizarse con el entorno... Pero será otro quien lo haga.

—¿Por quién lo has rechazado? —quiso saber Álex, al notar la amargura en su última frase—. ¿Por tu equipo y sus familias o por Luz?

—Por todos menos por mí. —Le dirigió una mirada intensa y resignada—. También por ti y por mi hermana —añadió, ganándose una sonrisa de su interlocutor—. Estoy tanteando algo más, pero tampoco es demasiado cerca. Aunque al menos podría venir los fines de semana. Estoy dándole vueltas.

—Bueno... Por nosotros no lo hagas. Nos vamos de viaje. Uno largo. Probablemente —matizó al ver la sorpresa del otro—. Voy a proponérselo a Carla si sigue tan bien como hasta ahora los próximos meses.

—¿Y adónde os iréis?

—Mientras estuve buscando a su padre, pude ver paisajes que a ella le hubieran entusiasmado. Los habría fotografiado durante horas. Y quiero que lo haga. Que disfrute de la vida que ha recuperado haciendo lo que más le gusta.

No quiero que desperdicie un solo segundo en cosas sin importancia. He ahorrado lo suficiente para irnos todo el verano. No a hoteles de cinco estrellas, pero sí con las comodidades que ella necesita.

—Eso sí que es una luna de miel como Dios manda —reconoció Juan, dándole una palmada en la espalda—. Fíjate que yo sí sé por qué mi hermana está con un tío como tú.

—Se agradece el cumplido. Pero a ver si tomas un poco de ejemplo —soltó cortante y se alejó de él cuando Carla caminó hasta ellos—. ¿Qué haces? —le preguntó al verla con una manguera en la mano.

—Con este sol me veo obligada a echarte crema. —Lo amenazó con el chorro que comenzaba a salir cada vez con mayor fuerza—. Pero primero, habrá que quitarte ese sudor que te cae por la espalda. Ven aquí.

—Ni loco. —Comenzó a huir, pero ella lo seguía y él tenía miedo de que se fatigara, por lo que realmente no corría como deseaba—. ¡Está helada!

—¡No seas cobarde! Es solo un momento —argumentó ella entre risas—. Y luego te recompensaré con un untuoso masaje bronceador. ¡No escapes!

Juan no pudo evitar carcajearse y olvidar así las duras palabras que acababa de lanzarle su cuñado. Rememoró una tarde de verano en el jardín de su casa con sus padres, Carla y él en plena batalla de pistolas de agua. El recuerdo le hizo sentir como si una burbuja se inflara en su pecho y estuviera a punto de estallar.

Sin embargo, Luz apareció en su línea de visión, con su vestido de flores amarillas ciñéndose a su cuerpo, bajo los rayos del sol de la tarde que iluminaban sus dorados rizos sueltos, caminando hacia él con una sonrisa que llenó su pecho de otro sentimiento. Uno que llenaba el vacío que tantas veces había sentido en su interior, que lo calmaba tanto como lo alteraba, todo siempre con una intensidad arrolladora.

—No te rías tanto que a ti te espera lo mismo —lo amenazó, mostrándole el bote de crema solar que llevaba en la mano.

Él recogió el guante y contraatacó.

—Me gusta el agua fría. Es revitalizante.

El bote cayó al suelo cuando Juan la rodeó por la cintura y la atrajo hasta su cuerpo, pegándola a él. Las manos de Luz recorrieron su pecho, sin importarle la humedad que lo empapaba, incluso recreándose en ella.

—Y vigorizante —añadió esta, mirándolo con los ojos brillantes, mordiéndose el labio inferior a la vez que dibujaba cada músculo para acabar deteniéndose en los suaves pezones, acariciándolos con las yemas de sus dedos.

Él le demostró lo vigoroso que estaba ya, sin necesidad de nada más, solo con ella torturándolo de aquella forma, provocándolo con el tacto y la mirada. Metió las manos bajo su falda y apretó sus nalgas para pegarla más a él. Ambos suspiraron ante el roce de sus cuerpos enardecidos.

—Si te pones juguetona, esto es lo que consigues.

Se aseguró de que la guerra de agua se sucediera bien lejos antes de hundir la lengua en la boca de Luz, quien lo esperaba deseosa y entregada.

A Juan lo maravillaba la disposición con la que ella siempre lo recibía, al igual que la intensidad de su propio deseo. Ella lo encendía de forma veloz y continua. Nunca se había sentido atraído por la misma mujer tanto tiempo ni con tal necesidad. Lo normal en él habría sido que hubiera perdido el interés hacía meses. Pero era todo lo contrario. Cada día que pasaba, lo atrapaba más y más en la deliciosa trampa de su ser.

—¿Los echamos ya? —le susurró al oído a la vez que le lamía el lóbulo de la oreja, haciéndola reír y estremecerse.

—Eso no sería muy hospitalario por nuestra parte.

A la última palabra la acompañó un grito cuando un helado chorro de agua cayó sobre ellos, obligándolos a separarse.

—Aquí estaba saliendo humo —declaró Carla, ensañándose ahora con Juan, quien emitió un rugido gutural al recibir el chorro de lleno contra el pecho.

—Vas a morder el polvo, pequeñaja.

La loca persecución que se sucedió, con agua de la manguera, botellas, y

hasta cubos enteros, demostró que aún no era la hora de mandar a Carla y Álex para casa.

Cuando estos se fueron, ya secos y con la tarea de la verja del jardín terminada, Luz y Juan disfrutaron en su jardín privado como habían deseado horas antes, haciendo a la luna testigo de cuánto podían entregarse el uno al otro, cuánto podían decirse sin necesidad de palabras.

Capítulo 30

Juan estaba estresado. Cansado. Irritado. Sin duda se merecía quedar con sus amigos para desconectar unas horas de la rutina, del trabajo, de todo lo que le embotaba la cabeza desde hacía algunos meses.

Luz lo había acompañado en muchas ocasiones a aquellas quedadas, sobre todo si las parejas se sumaban. Él adoraba lo bien que había congeniado con todos ellos, y le encantaba que a estos ella les hubiera parecido tan fantástica como esperaba. Como merecía. Sin embargo, aquel día necesitaba un rato para él, a solas, con ellos.

Si ella hubiera querido acudir, él no le habría confesado sus deseos de un par de horas de charla masculina. Por suerte, Luz no había dado pie a que la invitase. En cuanto le había mencionado que lo habían llamado para quedar, ella le había informado sobre ciertas tareas de última hora para la boda que tenía al día siguiente, a la que iba a acudir en persona.

Desde que Lidia había dejado su puesto, ella misma se ocupaba de estar en los eventos que requerían de una atención especial. Eran los menos, por lo que no había querido contratar a nadie nuevo que ocupara el lugar de su cuñada. Juan sabía cuánto la echaba de menos, y no solo por la falta que pudiera hacerle en el trabajo.

Comprendía muy bien el hueco que había dejado en su corazón la marcha de Lidia. Era como su hermana, al igual que Carla lo era para él. Y aunque había sabido que tenerla codo con codo era algo temporal, pues al terminar los

estudios pensaba dedicarse a su profesión, no había contado con su marcha a miles de kilómetros.

Por supuesto que se alegraba por ella, Luz era demasiado generosa como para no hacerlo. A pesar de que la oportunidad la hubiera logrado el que fuera su suegro —con quien Juan sabía de sobra que la relación era nula— ella había felicitado a Lidia de corazón y había elogiado el buen criterio de Evaristo a la hora de hacer uso de sus influencias internacionales. Por una vez iban a servir para algo bueno y no lucrativo para él de forma directa, aunque la beneficiada fuera su hija.

Los primeros meses habían sido difíciles, pero Juan ya creía verla menos alicaída. Y Lidia llamaba muy a menudo. Sus charlas por Skype podían durar horas. Él no entendía que tuviera tanto que contarle, tal vez porque era hombre de pocas palabras. Sin embargo, el humor de Luz mejoraba de forma notable tras cada una de aquellas largas conexiones por Internet. Eso era lo que contaba.

Ahora él necesitaba un momento de esos. De desahogo con las personas que mejor te conocen, en las que confías. No obstante, era reconfortante saber que al volver a casa ella iba a estar esperándolo para cenar. Verían una película antes de dormirse, o la dejarían a medias si los ánimos les llevaban a irse a la cama un poco antes de que les entrara el sueño. Muy interesante debía de ser el argumento si no acababan desnudos antes de dormir.

La idea le robó una sonrisa mientras aparca a un par de calles del Rivers. Durante el corto paseo de camino al bar, sus ojos miraron los escaparates de los comercios de forma mecánica, sin interés real en nada de lo que se exponía en ellos. Hasta que algo captó su atención de forma directa. No era la primera vez que algo detrás de un cristal parecía llamarlo por su nombre. Y supo que tenía que entrar a por ello sin falta. Costara lo que costara.

En el Rivers, tres de sus amigos de toda la vida lo aguardaban sentados

alrededor de una de las mesas habituales, frente a los billares y la pantalla gigante donde siempre emitían deportes; un partido de waterpolo en aquellos momentos.

—¿Cerveza? —le preguntó Martín, que se disponía a ir a la barra para pedir una ronda.

—No. Una tónica.

—¿Estás enfermo? —La ceja de Jon, sentado junto a Jaime, se alzó con sorpresa.

—No. Pero no quiero beber hoy. Y la tónica me sienta bien.

—Yo sin ginebra creo que no la he llegado a probar nunca —comentó entre risas Martín, pero no pidió más explicaciones antes de ir en busca del camarero.

—Igual nos quedamos a cenar Martín y yo. Jaime hoy no puede. ¿Te sumas?

—No, cenaré con Luz.

—Joder, os odio. —Jon bufó con fuerza exagerada—. Lo que queréis es echar el polvo de los viernes.

—Tengo tres hijos de poco más de un año. No tengo tiempo de acostarme con mi mujer si antes me he ido con mis amigos de cañas. —Jaime los miró con sonrisa ladeada antes de añadir: —Lo tendré que sumar al de mañana.

La carcajada fue colectiva y Martín los miró con suspicacia antes de tomar asiento.

—¿Y el chiste?

—Que tú no vas a mojar ni hoy ni mañana —alegó Jon.

—Tú tampoco. Rosa no viene hasta dentro de dos semanas, ¿no?

—Dos y media. Se me está haciendo eterno.

—A nosotros también. Te pones muy pesado cuando se va de viaje. Muy... ñoño. No hay quien te aguante.

—Yo no la había mencionado todavía —se defendió el aludido, y dio un gran trago a la cerveza que acababan de servirle—. Has sido tú.

—Vale, pues cambiemos de tema. No me apetece que os metáis conmigo por

mi falta de sexo. —Las tres últimas palabras las dijo casi susurrando. El camarero estaba aún cerca.

—Eres tú el que te has separado y ninguna otra mujer está a la altura de tus expectativas —le reprochó Jaime, señalándolo con su cerveza antes de dar un sorbo—. A ver si empiezas a aceptar que no hay otra Alicia para ti en el mundo, cosa que por otra parte es lo mejor, porque si no te acabarías separando otra vez.

—Ya, bueno. —Martín se removi6 inc6modo en el asiento—. Lo estoy asimilando.

—¿Y la morena del otro día? —Juan lo record6 de pronto—. Se la veía muy dispuesta a irse a tu casa.

—Era muy... joven —defini6 como principal pega entre de todas las que le había encontrado—. No buscábamos lo mismo.

—Joder, primero prueba a ver si congeniáis y luego piensa en boda, hombre. —El que le recrimin6 esta vez fue Jon, que no llevaba m6s de dos años casado—. Que lo haces todo al revés.

—Estamos en diferente punto de la vida —insisti6 Mart6n, un poco molesto por tanta cr6tica—. No iba a funcionar.

—Yo me la habr6a llevado al catre, por lo menos para probar —aleg6 Jon. Y aunque lo dec6a con sinceridad, no pudo evitar soltar una risilla.

Los dem6s le siguieron el rollo un poco m6s.

—Pero Mart6n no folla m6s que por amor —brome6 Jaime, volviendo a hacer que todos, excepto el aludido, rieran.

—Bueno, hab6amos dicho que no íbamos a hablar de mi vida sexual.

—Tu «no vida» sexual —lo corrigi6 Juan, que hasta el momento no hab6a querido meter el dedo en la llaga, pero esa vez se lo hab6a puesto muy f6cil.

—S6, ha quedado muy claro. —Tras beberse media pinta de un solo trago, Mart6n decidi6 que el cachondeo se acababa ah6—. ¿Qu6 tal el curro?

Cada cual solt6 su lastre entre cervezas y patatas fritas. Juan hab6a ido dispuesto a confesarles sus angustias. Pero en el 6ltimo momento, no se vio

con ánimos.

Jaime lo conocía demasiado bien. Así que esperó a que los otros dos se fueran al baño para ir directo al grano.

—¿Qué tal van los proyectos? ¿Has presentado el último que tenías entre manos?

Al verse acorralado, no tuvo más remedio que responder.

—Sí, este jueves. Yo creo que les ha gustado.

—¿Pero? —Se notaba que había un pero por su tono de su voz.

—Se sale de su presupuesto. Lo sabía incluso antes de presentarlo. Aun así, no he podido rebajarlo más. —Ante la ceja alzada de Jaime, trató de explicarse—. No voy a entregarles algo mediocre porque ellos me den una cifra muy por debajo de lo que el proyecto necesita.

—¿Y no había manera de bajar más?

—Si les planteaba lo que me pedían, no. Imposible.

—Así que queda descartado —aceptó su amigo sin querer insistir más—. ¿Y los otros dos que tenías pendientes de respuesta?

Jaime y su jodida buena memoria, pensó Juan con fastidio.

—El de Calpe queda descartado. Sabes que lo he repetido varias veces, pero al parecer no soy capaz de plasmar la idea que ellos tienen en mente. — La frustración le hizo rascarse la cabeza con ambas manos, despeinándose una cabellera que llevaba demasiado larga para su propio gusto, pero que no había tenido tiempo de pararse a pensar en cortársela—. Es imposible saber lo que quieren, están cambiando de opinión cada semana. Así que les dije que ese era el último boceto que les entregaba. No habrá más cambios. Y ya sé que dirán que no.

Jaime asintió con la cabeza, asimilando los gestos de su amigo, al igual que la información que le iba consiguiendo sonsacar poco a poco.

—¿Y el otro?

—Estoy esperando. —No le dio más detalles. No le había dicho mucho de ese, solo que era el más ambicioso de todos. La mayor pega que presentaba no

se la había mencionado.

—Seguro que saldrá, ya verás.

—No lo sé. Está la cosa complicada.

—Bueno, no te agobies. Aún tienes plazo. ¿No?

—En un par de semanas acabamos en el agroturismo.

—Oh. Entiendo. —Por fin Jaime empezó a comprender hasta qué punto estaba agobiado su amigo—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, pero gracias.

—¿Lo has hablado con Luz?

—Aún no.

—Deberías.

—Lo sé.

Con un resoplido, Jaime se acercó a él por encima de la mesa. Y esperó a que Juan alzara la vista que tenía perdida en el cestillo de patatas que removía sin escoger ninguna.

—Juan... ¿Por qué no lo habéis hablado todavía?

—No estoy seguro. —Negó con la cabeza, mirando la patata que se había decidido por fin a mordisquear, pero sintiendo el paquetito envuelto que había guardado en el bolsillo de su pantalón—. Creo que es porque no quiero defraudarla.

—No lo harás. No por algo así. —Como no parecía estar muy convencido, le palmeó el brazo para que lo mirara a la cara—. Juan. Luz es razonable, además de muy lista. Seguro que además de comprenderlo a la perfección, se le ocurre alguna que otra idea con la que poder ayudar si al final...

—No quiero que me ayude. —La frase sonó demasiado alta, y muy tajante—. No quiero llegar a eso. Es mi empresa, yo debo sacarla adelante.

—Las cosas no son así cuando se está en pareja.

—¿Ah, no? Ella tiene su negocio. No me ha pedido una sola vez que acuda a una de las bodas para hacer un trabajo que sé que delegaba siempre en Lidia, ni ninguna otra tarea. Comprende como yo que ese es el espacio del otro.

Jaime sospechaba que no era ese el motivo por el que ella no había solicitado su ayuda. Ella no parecía tener la misma obsesión que Juan con su espacio personal. De haber sido así, no habría montado su empresa en su propia casa, aunque las zonas estuvieran bien delimitadas, ni le habría abierto las puertas para que convivieran tan pronto, por mucho que su relación fuera excelente. La impresión que él tenía de las ocasiones en las que había tenido oportunidad de conocerla, era que era el extremo opuesto a Juan en cuanto a hermetismo se refería. Suerte que en otros aspectos fueran más parecidos, si no, no habrían congeniado de aquella mágica manera que Juan parecía negarse a ver.

—Está bien que tengáis vuestro espacio, pero no por eso hay que evitar ciertas conversaciones o incluso pedir ayuda si se necesita. Por lo que la conozco ya, sé que si llegas a un punto complicado en tu negocio y ella se entera cuando ya no tenga solución, sí que se sentirá defraudada.

—No llegará ese punto.

—Lo que tú digas, amigo.

—¿Por qué esas caras tan largas?

Martín y Jon los miraron con el ceño fruncido.

—Porque va siendo hora de irnos.

Tras un par de protestas por parte de sus amigos, quienes intentaron conseguir que se quedaran para una última ronda sin lograrlo, se despidieron. Pero antes de entrar en sus coches, Jaime le insistió una vez más.

—Habla con ella.

Juan le gruñó. Después asintió con la cabeza y le dio la espalda.

—Dales un beso a Ariadna y a los niños de mi parte—le gritó por la ventanilla.

—Y tú deja de besar a Luz unos minutos para poder hablar de las cosas que te preocupan—le increpó a su vez el otro—. Cabezota.

Cuando Juan entró en la cocina, Luz sacaba del horno una gran bandeja de pescado humeante.

Esperó a que la apoyara en la encimera y entonces la abrazó por la espalda y le susurró al oído la letra de la última canción que había oído en la radio antes de aparcar. Le dio la vuelta y bailó con ella, robándole una sonrisa y logrando que su corazón palpitara con fuerza.

Luz había sabido que necesitaba de sus amigos para levantar el ánimo. Por eso se había inventado lo de los detalles que revisar para el día siguiente. No le gustaba mentirle, pero había sido una mentirijilla de nada, y se alegraba de haberla urdido. Se lo veía más relajado y animado.

—¿Besugo? ¿Tú no tenías que trabajar? —preguntó antes de girarla sobre sí misma con elegancia.

—He acabado más rápido de lo que había calculado. —Se encogió de hombros y un lateral de su holgada camiseta de andar por casa se deslizó por uno de sus brazos—. Y me apetecía pescado.

—A mí me apetece saltarnos la peli de después —confesó él, no pudiendo evitar besar el hombro que había quedado al descubierto.

—Nunca ha sido obligatorio ver un película después de cenar —refutó ella, conteniendo el escalofrío que le recorría por todo el cuerpo.

—No, pero es una agradable rutina, sobre todo cuando nos la saltamos.

La besó acallando su risa. Y si no fuera porque ella había estado mucho rato cocinando, y porque él se moría de hambre, también se habrían saltado la cena, pensó mientras la guiaba en un baile entre sensual y divertido por toda la cocina. Otra costumbre que él no sabía que estuviera adquiriendo, pero que a ella le colmaba el corazón de anhelo y la piel de deseo.

Cuando Juan dio el baile por concluido, a ella le flaqueaban las piernas y la bandeja le temblaba en las manos de camino a la mesa. Aún estaba sirviendo los platos cuando, sin ninguna ceremonia, Juan dejó caer una cajita sobre el mantel.

—Se me olvidaba. Esto es para ti.

Luz se sentó frente a él y miró perpleja el objeto que había caído entre el vaso de agua y el plato. Era una caja pequeña y cuadrada, con el nombre de una famosa cadena de joyerías.

Tenía la mandíbula apretada cuando alzó los ojos hacia Juan, que parecía de lo más tranquilo, incluso había empezado a comer su ración de besugo y asentía en reconocimiento al buen sabor de cada bocado.

—¿No lo vas a abrir?

En cuanto dijo aquello, la miró. Y la vio. La expectación, la sorpresa en sus ojos, incluso la incredulidad. Todo eso desapareció en cuanto sus manos abrieron la caja y descubrieron lo que contenía. Aunque ella la disimuló con una sonrisa y un «gracias», él captó la decepción y la sintió caer sobre él como una losa.

¿Cómo no se había percatado antes de aquello? Ella se dedicaba a organizar bodas, y ya había estado casada. Era más que lógico que tal como iban las cosas entre ellos —la convivencia, los momentos de intimidad que compartían, y en general casi todos los aspectos de su relación— ella esperase que antes o después él le comprara un anillo. Al parecer, el momento debería haber sido ese. Pero para su evidente disgusto, lo que le había regalado era otra cosa.

Juan perdió el apetito de inmediato. Pero se obligó a seguir comiendo y tratar de disimular mejor que ella.

—Son casi iguales a los que te regalé cuando estuvimos de vacaciones, ¿no crees? —Se refería a unos sencillos que había percibido que ella miraba con interés en el puesto ambulante de un mercadillo en Menorca ese verano. Luz no los había comprado, pero él sí lo había hecho rato después, con disimulo, mientras ella se entretenía probándose unos vestidos playeros. Se los había dejado en la almohada de su gigantesca cama en la habitación del hotel y su cara de ilusión al verlos al salir de la ducha sí había sido gratificante. Los diez euros mejor invertidos de su vida, había pensado Juan al verla con una amplia sonrisa mientras se los probaba casi desnuda. Ahora los dos ceros

extra que le habían costado los nuevos no le parecían tan buena inversión—. Dijiste que te había dado tanta pena perder uno cuando te bañaste en la playa, que ha sido verlos y saber que tenían que ser para ti.

Luz observó los pendientes de delicadas flores blancas en cascada y asintió forzando una sonrisa que sabía que él merecía, pero que le estaba costando muchísimo mostrar.

—Son preciosos, incluso más que los otros. Más elegantes. Me encantaban porque me pegaban con todo. Y porque me los habías regalado tú, por supuesto.

—Entonces he acertado.

—Desde luego. Muchas gracias. Pero no hace falta que te gastes tanto dinero en cosas así. Los otros eran bisutería. Estos se nota que no lo son.

Luz no entendió por qué él, de pronto, fruncía el ceño con gesto casi enfadado.

—¿Crees que no puedo permitirme hacerte regalos caros?

—No he dicho eso. He dicho que no es necesario. Con unos pendientes más sencillos soy igual de feliz.

—Pero estos eran los que se parecían a los otros —insistió él, soltando los cubiertos sobre el plato—. Te gustaban y has dicho mil veces desde el verano que era una pena haber perdido uno. Quería que los tuvieras.

—Vale. —Se quitó las perlas que llevaba y se puso los nuevos pendientes lo más rápido que pudo—. Te lo agradezco. Y te aseguro que voy a ponérmelos mucho.

—Muy bien.

El silencio se apoderó de la mesa durante varios minutos. Luz no podía dejar de pensar en la extraña y repentina forma en la que se había alterado Juan por su inocente comentario. Eso la distrajo de la sensación de angustia que había sentido por unos instantes. Un breve momento en el que ella había creído que él iba a pedirle que se casaran. Solo entonces se había dado cuenta de cuánto lo deseaba, a pesar de que siempre había creído que él no pensaba en esas

cosas.

Entonces había visto los pendientes y un balde de agua fría la había despertado de su fantasía. Él nunca querría casarse. Nunca le diría que la quería. Él era así y así debía aceptarlo si realmente lo amaba. Ella estaba dispuesta a asumirlo porque era el precio que debía pagar para poder tenerlo a su lado. Pero aceptarlo no la libraba de sufrir por no poder alcanzar algo que para ella era más que un deseo. Era una necesidad.

No lo podía evitar. Necesitaba oír de sus labios que la amaba.

Comprender que esas palabras nunca saldrían de su boca era desolador. Y dudaba de que su cara no reflejara ese sentimiento en esos momentos. ¿Sería por eso que él se había mostrado tan enfadado?

Si Juan ya tenía bastante claro que no iba a seguir el consejo de Jaime cuando salió del Rivers, aún estaba más seguro después de lo sucedido. Al igual que le había urgido pasar un rato con los colegas, ahora precisaba de una velada agradable con ella, sin problemas, sin preocupaciones. Si es que la decepción que creía haber notado en sus ojos no se interponía entre ellos.

Lo que él necesitaba más que el aire que respiraba era estar con ella, solo ellos dos en el pequeño mundo feliz que habían creado en aquella casa. Uno del que no sabía si sería capaz de alejarse si las circunstancias lo llevaban a ello.

Porque por encima de sus propios deseos y necesidades, siempre había estado su sentido de la responsabilidad. Él no podía fallarles a seis familias. Aunque aquello lo obligara a separarse por un tiempo de la mujer que lo hacía sentir completo, vivo y realizado.

La mujer a la que ojalá le hubiera comprado un anillo en lugar de unos pendientes.

Luz rompió el silencio preguntándole por los amigos con los que había estado, llevando la conversación a un punto neutral y relajado. Terminaron la cena con un postre de chocolate que era una nueva receta que había practicado Luz y que él sabía que ella había preparado para la comida del día siguiente.

Imaginó que su estado anímico la había impulsado a hincarle el diente cuanto antes.

Mientras Luz se levantaba para llevar los platos a la cocina, él pensó que conocía un remedio para su tristeza que tenía sobre ella efectos incluso más efectivos que el chocolate.

La siguió de forma sigilosa y la hizo brincar del susto cuando la rodeó por la espalda, envolviéndola en sus brazos, hundiendo la nariz en el hueco entre su cuello y su hombro y presionando su siempre dispuesto miembro contra su encantador trasero.

No le dijo nada, se limitó a acariciarla por debajo de la camiseta, donde no encontró nada salvo su suave piel, lo que provocó en él un reflejo inmediato.

La despojó de toda la ropa con urgencia y la giró para deleitarse en su desnudez.

Los ojos de Luz brillaban por la sorpresa y la expectación, que era lo que reflejaban en esos momentos. Él no supo que también lo hacían por las lágrimas no derramadas.

Le apartó algunos mechones de pelo y dejó al descubierto los pendientes. Los admiró como único elemento sobre su cuerpo desnudo.

Besó sus orejas, bajó por su cuello, subió hasta su boca y, en cuanto deslizó su lengua en su interior, ella tiró de su camiseta para sacarla por su cabeza con repentinas prisas.

Sus bocas se reencontraron al deshacerse de la prenda y los senos de Luz impactaron con el pecho de Juan, quien adoraba sentir aquella tierna carne contra su piel, pero aún más en su boca.

Los devoró, de aquella exquisita forma que a ella le provocaba, primero, un cosquilleo; después, escalofríos y, finalmente, unas punzadas de deseo que iban directas hasta su sexo y que en varias ocasiones la habían llevado al orgasmo sin más estímulos.

—También había un collar a juego. —Juan abandonó sus pechos para besar su escote y su cuello, dibujando con su lengua la curva del imaginario collar

—. Me había parecido excesivo, pero ahora te imagino con él así, sin nada más, y me arrepiento de no haberlo comprado para ti.

Ella tiró de su pelo para hacerlo mirarla a los ojos.

—No necesito un collar, Juan.

—Pero yo quiero darte lo que desees —respondió, con sus ojos clavados en los de ella, las manos deslizándose por sus costados hasta detenerse de nuevo en sus pechos y acariciar sus pezones con lentos círculos de sus pulgares.

—Ya me das lo que deseo —declaró entre gemidos.

—Todo lo que desees —remarcó él, hundiendo dos dedos en su intimidad de una directa estocada, del mismo modo que la lengua en su boca.

Luz lo rodeó con una pierna y él la arrastró hasta la mesa de la cocina, donde la aupó para sentarla en el borde justo antes de desabrocharse los pantalones.

—Ya tengo todo lo que deseo. —El gemido fue casi un sollozo cuando entró en ella y la embistió sin piedad hasta hacerla caer hacia atrás, cubriéndola con su cuerpo para seguir adorándola con manos y boca—. Te tengo a ti. ¿Qué más puedo desear?

—Sí, me tienes—. Alzó sus rodillas para profundizar más en su interior, aumentando la cadencia de sus movimientos, volviéndolos frenéticos—. Soy tuyo, Luz.

La postura comenzaba a ser incómoda, así que Juan bajó de la mesa, tiró de sus piernas y la hizo girarse para ponerla de espaldas, con el trasero expuesto hacia él, quien no tardó ni dos segundos en volver a penetrarla.

Qué placentero era sentirla piel con piel. Nunca antes, con ninguna otra, había practicado sexo sin preservativo. Pero hacía meses que ella había propuesto tomar anticonceptivos orales y así poder prescindir del látex que les impedía sentirse por completo.

Solo con ella había consentido en no usar protección más allá de querer evitar un embarazo. Porque nunca antes había sentido a ninguna mujer como suya y de nadie más. De nadie. Ni siquiera del recuerdo de un hombre que ya no existía.

—Dime que tú también eres mía —jadeó contra su oído, lamiendo el lóbulo y sintiendo el frío de uno de sus recién estrenados pendientes—. Dímelo, Luz —exigió con la voz y la fuerza de sus implacables caderas.

—Soy tuya, Juan —accedió a confirmarle en cuanto se sintió capaz de hablar, con la voz enronquecida, ambas manos aferradas a los lados de la mesa, el peso de su cuerpo sobre su espalda, la sensación de presión en los senos, prietos contra la fría superficie, y el aliento de él pegado a su oreja. La volvía loca la forma en que la poseía, tan ruda y tierna al mismo tiempo, siempre con aquella energía. Y esa noche, con un trasfondo de rabia que ella misma estaba absorbiendo y volcando en ella el desasosiego de su alma—. Solo tuya.

La desgarrada declaración lo llevó al límite, pero quería verle los ojos mientras se derramaba en su interior. Salió de ella con un quejido de frustración y la subió a sus caderas para hundirse lo más rápido que pudo.

Segundos después, con la espalda de ella chocando contra una pared, ambos alcanzaron la cima con los labios rozándose lo justo para permitir que sus ojos se mirasen y se dijeran mil cosas que sus bocas callaban.

Se pertenecían de una manera que Juan nunca había sentido, que Luz no recordaba haber llegado a experimentar con tal intensidad. Aun así, había sentimientos y deseos que ninguno era capaz de confesar en voz alta.

Capítulo 31

Luz no sabía qué era lo que le sucedía a Juan. Había imaginado que la invitación de Carla y Álex a comer ese sábado en el jardín de su casa, en agradecimiento a la barbacoa que habían celebrado un mes antes en la de ellos, lo alegraría. Sin embargo, llevaba dos días con una cara de perro que pocas veces le había visto.

Había eludido todos sus intentos por abordarlo, restando importancia a su estado de ánimo. «Estoy cansado, trabajo muchas horas últimamente», había sido su única excusa.

Ella sabía que aquello era cierto. Él volvía a media tarde del agroturismo que estaban reformando y apenas descansaba un rato tras ducharse. En cuanto cenaban, se metía en el despacho que habían habilitado en casa para que tuviera su espacio de trabajo. A veces permanecía allí sentado hasta altas horas de la madrugada. Ella ya estaba dormida la mayoría de las veces cuando él se acostaba a su lado.

Cuando ella le preguntaba si podía ayudarlo en algo, él siempre decía que no. «Está todo controlado», respondía casi siempre. Al menos, en el tema de la contabilidad le dejaba echarle una mano. No con el seguimiento de los gastos o las nóminas, eso quería llevarlo él solo, pero sí en el aspecto fiscal.

Ella creía que podía ayudarlo aún más, tenía el tiempo y los conocimientos, pero Juan siempre alegaba que cada uno tenía una empresa propia de la que hacerse cargo. Como cada vez que ella le insistía él se ponía a la defensiva,

había optado por dejar de sacar el tema.

En el tiempo que llevaban juntos, había comprendido que cuando a Juan se le metía algo entre ceja y ceja, no había forma de moverlo de su postura. Y como le había dicho un día Carla, que lo conocía mejor que nadie, él era muy celoso de su intimidad. Lástima que a ella no la dejara asomarse más que a una parte de ese lado suyo tan personal.

Como Luz era mucho más flexible —en todos los aspectos— había sido ella la que se había amoldado a esa norma de no pasar los límites de la privacidad laboral del otro. Aunque para ser sincera consigo misma, era una situación que no le agradaba.

Sobre todo porque se temía que su mal humor se debía a temas laborales.

Supo que Juan estaba haciendo un gran esfuerzo por sonreír cuando llegaron a su antigua casa. Por suerte, Carla ejercía una especie de magia sobre él y enseguida aquella oscura nube que había parecido rondar desde el día anterior sobre la cabeza de Juan se disipó, permitiendo que pasaran una tarde de lo más agradable en familia.

Luz adoraba a sus cuñados cada día más. Eran divertidos, sencillos y cariñosos. Y sacaban lo mejor de Juan siempre que estaban cerca de él. Incluso en momentos complicados como el que Luz sabía que él estaba atravesando, pero que no se decidía a confesarle a ella.

Eran casi las nueve de la noche cuando no pudo más y, aprovechando que los hombres estaban entretenidos con un reportaje en la televisión, se decidió a indagar si su hermana sabía algo sobre qué le ocurría.

—Carla, quería hacerte una pregunta —comenzó, sintiéndose muy nerviosa de repente.

—Claro... Oh, disculpa un momento —se interrumpió al oír sonar el teléfono fijo que colgaba de la pared de la cocina—. ¿Sí?... Hola, Jaime, ¿qué tal?... ¿Qué?... Habla más despacio, porque no te entiendo... Sí, sigue aquí. Te lo paso ahora mismo.

Luz siguió a Carla, que corría hacia el salón con el teléfono inalámbrico en

la mano, gesto preocupado y manos temblorosas.

La conversación fue breve pero esclarecedora. Juan colgó en menos de un minuto, cogió de una muñeca a Luz y la arrastró con él hasta el coche, sin apenas darle tiempo a despedirse ni coger nada más que su chaqueta y su bolso. Todo lo que habían llevado para la comida se quedaría allí, de momento.

Durante el corto trayecto que los separaba de la casa de Jaime, Juan le explicó que la mujer de este, Ariadna, había sufrido un accidente doméstico bastante aparatoso y que habían tenido que llamar a una ambulancia para que la llevara a hospital. Sofía, una vecina, la había acompañado mientras él atendía a sus trillizos de quince meses, pero necesitaba ir con ella lo antes posible y que alguien se quedara con los niños mientras tanto.

El día anterior, como algunos otros viernes, habían estado tomando unas cervezas en cuadrilla. Juan había mencionado que comerían con Carla y Álex ese día, y Jaime había pensado en él y en Luz como primeras personas a las que recurrir, ya que eran los más cercanos y de confianza disponibles. Sus padres y sus suegros no vivían cerca. Y su cuñada estaba trabajando en París.

Todas aquellas explicaciones se las dio a ambos, muy alterado, mientras trataba de calmar a los niños, que no dejaban de llorar.

—Lo han visto todo —les informó con gesto compungido, mientras aceptaba que tanto Luz como Juan tomaran en brazos a dos de los pequeños—. Yo volvía del comedor, estaba poniendo la mesa para cenar, y cuando he querido avisarla de que tenía a Zoe gateando bajo sus piernas, ya ha sido tarde. Ella llevaba la ensaladera de cristal en las manos, se ha tropezado con la niña y ha chocado contra la encimera.

—¡Dios mío! —no pudo evitar exclamar Luz, a la vez que acunaba a la implicada en el accidente. Le dio un cariñoso beso en una de sus empapadas mejillas.

—Siempre tenemos la barrera puesta en la puerta mientras cocinamos, porque desde que gatean y andan es imposible tenerlos controlados en todo

momento. Pero la acabábamos de quitar para llevar la cena al comedor. ¡Y son tan rápidos! Incluso gateando. He perdido a Zoe de vista un segundo y... ¡Dios! ¡Ha sido culpa mía!

—No. Solo ha sido un accidente —intervino Juan al instante—. Una suma de desafortunadas circunstancias.

—Y tan desafortunadas. —Jaime sacudió la cabeza, como si visualizara la escena de nuevo—. Tras chocar, Ariadna ha tratado de coger los pedazos al vuelo, supongo que para evitar que cayeran sobre los niños. Y ha sido peor, porque se los ha clavado aún más en ambos antebrazos. Acabo de terminar de recoger los cristales y de limpiar toda la sangre. Mucha sangre —añadió, poniéndose aún más lívido de lo que estaba—. Y he tenido que dejar a los niños solos en sus cunitas mientras lo hacía. Por eso lloran tanto, además de por lo que han presenciado.

—¿Por lo demás están bien? —Juan inspeccionó la carita y los brazos de Aidan, el pequeño que sostenía él y que parecía haberse calmado por fin.

—Sí. Solo a Zoe le ha caído un pedazo de cristal en la mano. Ha sido un cortecito de nada, le he puesto una tirita de dibujitos y se ha quedado contenta. Hasta que la he llevado a la cuna, claro.

—Vaya susto —comprendió Luz, dando un suave apretón a Jaime en un hombro.

—Y bueno, Ian y Zoe tienen un poco de fiebre. Ayer a la noche empezó él con unas décimas y le dimos paracetamol. Zoe ha caído a mediodía. Aidan parece estar bien, es el que suele librarse de los contagios. Pero si veis que les sube a cualquiera de los tres, podéis darles el medicamento cada seis u ocho horas. Uno coma dos milímetros para Zoe y uno coma cinco para los chicos. Es según el peso —explicó de forma mecánica—. La siguiente toma sería a las doce. Está apuntado en la caja del jarabe, que está junto al cambiador de su dormitorio.

—Descuida. Lo tendremos controlado.

—No me cabe duda. —Los miró con gesto agotado—. De verdad,

muchísimas gracias por venir. Menos mal que aún estabais aquí al lado.

—De nada, hombre. Nos las apañaremos. —Juan palmeó la espalda de su amigo—. Si no te fias mucho de mí, sabes que Luz supervisará cada cosa que haga.

—Contaba con ello. —Rio ligeramente—. Me voy ya. En su último mensaje, Sofia me ha dicho que al parecer los cortes han alcanzado varios tendones y van a tener que operar a Ariadna de urgencia. Tengo que estar allí cuando salga.

—Por supuesto. Vete tranquilo.

—Os he apuntado todo en este papel. —Señaló el aparador de la entrada, donde había un par de folios escritos. Por las dos caras—. Cómo preparar sus biberones, el ritual de cada uno para quedarse dormido... Si me acuerdo de algo más, os mando un mensaje. Y si pasa lo que sea, me llamáis las veces que haga falta.

Juan dejó escapar a Aidan, quien pugnaba por bajar al suelo y, tras lograrlo, se entretuvo pasando entre sus piernas una y otra vez.

—Tranquilo, si no se duermen, jugaremos. Si no quieren jugar, les daremos de comer. Y si se hacen caca, Luz les cambiará los pañales.

—¿Perdona? —La aludida dejó de acunar a Zoe un segundo.

—Bueno, dos para ti y uno para mí, es mi última oferta.

Jaime supo que Juan trataba de bromear para tranquilizarlo un poco. Le agradeció el intento.

Cuando se despidió de sus hijos, la más menuda de los trillizos ya dormitaba en el hombro de Luz y Aidan tiraba del pantalón de Juan para que lo siguiera a algún sitio. Ian no quería soltarse de su padre y este sintió un dolor agudo al dejarlo en brazos de Juan.

—Ven, colega —le dijo este, cogiéndolo con cuidado—. Lo mejor cuando uno está malito, es distraerse. ¿Vienes a jugar con tu hermano y conmigo? A ver quién es más rápido en llegar a la habitación.

Lo dejó en el suelo cuando Aidan echó a correr y el pequeño no tardó ni un

segundo en sumarse a la carrera, con las dificultades añadidas de no saber andar aún muy bien, por lo que su instinto competitivo le hizo tirarse de rodillas y gatear a toda velocidad. Juan los siguió a ambos gritando: «¡Que me ganen, que me ganen!».

Jaime decidió que sería mejor ir en taxi y llamó por teléfono para solicitar uno.

—A esta muñequita le voy a dar ya el biberón mientras le tomo la temperatura. Creo que se va a dormir en cuanto la acueste.

—Eso espero. —Jaime acarició la rubia cabecita de su hija, la más dorada de los tres—. Mil gracias, Luz. Eres un ángel.

—De nada. Encantada de poder ayudar.

Se sintió un poco nerviosa al verse de pronto observada en silencio por unos ojos que expresaban el nerviosismo de la extrema situación de estrés en la que se encontraba el pobre hombre.

—No sé si Juan hubiera sido el primero en el que habría pensado en acudir de no saber que estaba contigo en esos momentos —le confesó centrando su mirada en los rizos de la niña mientras los atusaba—. No porque no sea un hombre responsable o no confíe en él, al contrario. Es uno de mis mejores amigos desde el colegio, y no conozco a nadie que se tome más en serio sus responsabilidades. Y aunque con Aidan siempre se ha llevado muy bien, por lo menos para jugar, cuidar de unos bebés es más que jugar con ellos. Sobre todo cuando están enfermos o asustados.

—Claro —logró decir ella, algo perdida.

—Él solo se iba a ver desbordado. Y Álex y Carla se merecen un poco de tranquilidad después de todo por lo que han pasado. Tu presencia es como un bálsamo, Luz. Desde la muerte de sus padres, Juan no había vuelto a ser realmente feliz hasta ahora. Nos lo has devuelto. A todos nosotros.

Luz tuvo que tragar saliva. Se sintió abrumadísima por aquellas palabras. Sobre todo viniendo de quien venían y en un momento como aquel.

Entonces él acarició la manita de su hija, justo en el punto donde lucía una

tirita con ositos de peluche, sonrió y la miró a los ojos con un gesto tan dulce que el corazón se le encogió aún más.

—No, eres mucho más que un bálsamo. Eres como una de estas tiritas con dibujos.

—¿Ah, sí? —La comparación la sorprendió—. ¿Y eso por qué?

—Juan tenía una herida. Había tratado de curarla con tiritas normales, de las del color de la piel. Al principio parecían cumplir su función, pero acababan por molestarle, y él las arrancaba antes de tiempo. No las quería en su piel, no le gustaban en realidad. Y la herida no terminaba de curar. Pero te encontró a ti, con tus alegres colores, con tu magia curativa. No creo que quiera despegarse de ti nunca.

Luz parpadeó con lágrimas en los ojos, asimilando las increíbles palabras que Jaime le había dedicado.

—Es... lo más raro y más bonito que me han dicho nunca. Gracias.

—Dejándome de metáforas extrañas, lo que quiero decir es que Juan llevaba mucho tiempo esperándote, y que aún se está dando cuenta de lo mucho que te necesitaba en su vida. Y te aseguro que todos los que lo queremos estamos muy agradecidos de que vuestros caminos se hayan cruzado. Yo, esta noche en concreto, estoy más que agradecido. Estoy... aliviado.

—Yo... no sé mucho de niños —soltó al ver que él esperaba que dijera algo—. Bueno, sé la teoría, pero te confieso que no tengo mucha práctica con niños de esta edad. Pero tranquilo, estarán perfectamente.

—No se te da nada mal, por lo que veo.

Zoe ya había cerrado los ojos y se la veía muy a gusto sobre su hombro. Jaime suspiró y salió por la puerta con gesto contrito.

—Sentiros como en vuestra casa. Lo que se ha salvado de la cena está en la nevera. No dejéis que se eche a perder.

—Gracias. Mantennos informados —solicitó ella antes de cerrar la puerta.

Zoe cayó rendida en su cuna, con tan solo unas décimas de fiebre que Luz se propuso controlar a medianoche.

Mientras Juan y los chicos jugaban a los piratas en los sofás del salón — saltando de uno a otro al grito de «¡al abordaje!», como si de barcos se trataran— ella se metió en la cocina, cerró la puerta y conectó el intercomunicador que vigilaba el sueño en la habitación de los niños. Estaba dispuesta a repasar a fondo la limpieza del lugar de los hechos.

Imaginaba que, dadas las circunstancias, Jaime no había estado en condiciones de ser muy meticuloso barriendo cristales y limpiando la sangre en profundidad.

No se equivocó.

Aunque en apariencia estaba todo limpio, encontró minúsculos cristales y algún trocito de tomate y lechuga en esquinas y bajo la mesa de la cocina. En la fregadera aún había un par de manchas rojizas. Una palangana apartada en el tendedero había sido la depositaria de varios trapos y dos camisetas tan ensangrentados como en una matanza.

Pensó que si el hombre hubiera querido tirarlos estarían en la basura, así que ni corta ni perezosa, buscó en los armarios los elementos necesarios para preparar su remedio casero para las manchas de sangre y se puso manos a la obra.

Ya estaba todo a remojo y el suelo recién fregado cuando Juan irrumpió en la cocina con un niño a la espalda aferrado a su cuello y el otro colgando boca abajo cogido por los tobillos.

—¡He cazado a estos grumetes y los he hecho mis prisioneros! —exclamó con una risa maliciosa.

—Espero que el que está boca abajo no sea Ian —advirtió Luz, espantada, fregona en mano.

—¿Por qué?

La respuesta la dio el propio Ian, vomitando el puré y el pescado de la cena cual boca de riego.

Luz se hizo con uno de los pocos paños limpios que quedaban a la vista y arrebató al niño de las manos de un horrorizado Juan. Por el contrario, Aidan se carcajeó de lo lindo.

—Ya está, no pasa nada —tranquilizó Luz al pequeño, pues sollozaba asustado.

—Yo lo limpio —se apresuró a ofrecerse Juan cuando ella lo fulminó con la mirada.

—Faltaría más —le dijo—. ¿No sabes que los niños tienden a vomitar con facilidad, sobre todo si están malos y encima se los pone boca abajo nada más cenar?

—Solo pensaba en que se divirtieran y se agotaran para llevarlos a dormir —se excusó él.

Con Aidan aún en la espalda, limpió el suelo con papel de cocina —con auténtica cara de asco— y después fregó el suelo de nuevo.

—Hay formas de divertirse que no implican contorsionismos —lo reprendió Luz una vez que Ian pareció tranquilizarse.

—*Teno ame*— dijo el pequeño de forma muy clara, provocando la risa de los frustrados adultos.

—Venga, biberón para los dos y a dormir —sentenció Juan de forma tajante.

—*Momí, no. Bubá* —aportó esta vez Aidan, que se expresaba de forma muy parecida a su hermano.

—Creo que va a ser mejor tratar de dormirlos en el salón y después llevarlos a sus cunas. Si no, despertarán a su hermana —vaticinó Luz.

—Ian solo se duerme con su osito y si lo tumbamos boca abajo. Aidan se toma el bibe sentado en la cuna y luego se acurruca en una esquina con su manta. Es lo que pone en el Boletín Oficial del Estado que ha redactado Jaime —ironizó Juan.

—Pues sigamos sus indicaciones —aceptó ella.

Por suerte, funcionaron. Antes de las once estaban los tres dormidos y los adultos se dispusieron a cenar en la cocina con el intercomunicador

encendido.

A las once y cuarto, un llanto desesperado los hizo botar en sus respectivas sillas. Juan incluso se atragantó con un trozo de lasaña que le costó un buen rato hacer pasar tras toser como si fuera a ahogarse.

Los lloros de Zoe despertaron a los otros dos bebés y desde ese momento se desató el caos.

Fue la media hora más larga que habían vivido en mucho tiempo. Cuando uno se tranquilizaba, otro rompía a llorar de forma escandalosa y el tercero llamaba a su mamá. La pauta se repitió numerosas veces, solo que variando de niño y de reclamo. También hubo un par de pañales que cambiar y muchos mocos que limpiar.

A las doce menos cuarto, decidieron que por quince minutos no pasaba nada y que podían administrar el medicamento a los dos niños que presentaban fiebre. Aidan se conformó con su chupete y se acurrucó con su manta una vez que los otros dos dejaron de llorar.

Zoe aceptó el hombro de Juan en esta ocasión y se durmió al cabo de pocos minutos. Ian tuvo que ser acunado por Luz, quien decidió probar con una canción que recordaba de cuando era niña.

Bajo la lamparita de tenue luz en forma de estrellas que se reflejaba contra la pared, ambos acostaron a los bebés a la vez y salieron de puntillas del dormitorio.

No habían llegado a sentarse para seguir cenando cuando un lloriqueo se oyó en el intercomunicador.

—Más vale ir cuanto antes, no vaya a ser que se despierten los otros — resolvió Luz de inmediato.

—Deja, voy yo. Creo que es Aidan. No estaba dormido, lo he visto girarse cuando has dejado de cantar.

—Entonces será mejor que vuelva y siga cantando hasta que se duerma.

—No, con Aidan me entiendo muy bien. Tú cena, que yo ya no tengo hambre.

Como Luz tampoco tenía apetito ya, recogió la cocina de nuevo y decidió esperar a Juan sentada en el sofá, leyendo lo que Jaime había redactado punto por punto.

Se sobresaltó al sentir una mano rozarle el hombro. Había sido muy sigiloso al llegar, y muy rápido en tranquilizar al pequeño.

—Recuérdame esta noche el día que se nos ocurra hablar de tener hijos. ¿Cómo demonios lo hacen Jaime y Ariadna sin volverse completamente locos? —planteó en un susurro de incredulidad mientras se derrumbaba a su lado—. ¡Au!

Luz chistó ordenándole callar. Había gritado muy alto.

—¿Qué coño hay aquí? —Juan metió la mano entre los cojines y sacó una pieza en forma de estrella. Varias de las puntas se le habían clavado en una nalga al caer como un peso muerto sobre el sofá.

—Hacen lo que pueden lo mejor que pueden —respondió ella a su pregunta, tratando de no hacer mucho caso a lo primero que le había dicho nada más entrar, pues no sabía muy bien cómo interpretarlo—. Están muy dedicados a ellos y tienen la situación bastante controlada —declaró, mostrándole las hojas que él ya había leído—. Solo que nunca se puede tener todo controlado al cien por cien. Suma a tres niños a esa ecuación y las probabilidades de caos se triplican.

—No voy a volver a llamarle Papuchi nunca más. De ahora en adelante lo llamaré Superman.

Luz rio y miró a Juan con detenimiento. No le había parecido que se desenvolviera mal del todo con los niños. Exceptuando los momentos del vómito y de cambios de pañal, se las había apañado bastante bien.

Un calor que comenzó en la boca de su estómago se fue extendiendo poco a poco por todo su cuerpo, trayendo con él imágenes de Juan con los niños en sus fuertes brazos.

—¿Cómo has conseguido dormir a Aidan?

Él la miró de forma que se le erizaron los pelos de la nuca.

—Le canté tu canción. Aunque no me sabía toda la letra y me he inventado algunas partes. No creo que a Aidan le haya importado mucho mi poca capacidad para la rima, ni mi forma de desafinar. ¿Sabes? Nunca me había parado a pensar en lo difícil que es entonar bien cuando se canta tan bajito. Tendré que practicar.

El corazón de Luz dio un pequeño vuelco al oír esa última frase. Le hacía interpretar aquello que había dicho sobre hablar de tener hijos de manera diferente. No como una forma de decirle que no pensaba ni hablar del tema visto lo visto esa noche, sino más bien todo lo contrario. Sin embargo, tras su desdichada interpretación de lo que contenía la cajita que le había regalado un par de semanas atrás, no quería hacerse demasiadas ilusiones.

—Será mejor que nos acostemos ya y descansemos un poco. No sabemos si a lo largo de la noche tendremos que ir atenderles una o diez veces.

—¿Diez? —inquirió él, con expresión horrorizada.

—Más o menos —calculó ella, con sonrisa compasiva.

—No. Definitivamente tres hijos, no. Mucho menos a la vez —farfulló él por el pasillo, dejándola atónita pero esperanzada.

La noche no fue tan movidita como habían temido. Solo tuvieron que acudir en tres ocasiones, y solo una de ellas ni el biberón, ni el medicamento ni las canciones funcionaron. Ian vomitó por segunda vez y, al cambio de ropa y de sábanas, se le sumó un repentino insomnio del pequeño.

Como en su boletín Jaime no mencionaba nada ni a favor ni en contra, resolvieron llevarse a Ian a la cama con ellos. Con un par de toallas y una palangana en cada mesilla.

Le estuvieron haciendo todo tipo de gracias hasta que se fue acurrucando poco a poco en el regazo de Luz de la misma forma que abrazaba a su osito. Sin dejar de mirar ni un momento a Juan y su improvisado teatro de marionetas hechas con calcetines, fue cerrando los ojos hasta caer rendido.

—Se ha dormido —susurró Juan y apagó la lamparita de noche a cámara lenta.

Ayudó a Luz a cambiar de postura, de forma que Ian quedó rodeado por ambos en la cama. Ya eran las siete de la mañana y creyeron que sería mejor no tentar a la suerte llevándolo al dormitorio infantil.

A los pocos minutos, el teléfono de Juan vibró sobre la mesilla. Era un mensaje con la primera noticia que habían recibido sobre el estado de Ariadna. Jaime les informaba de que la operación había salido bien y que, probablemente, con una adecuada rehabilitación, esta recobraría los movimientos de brazos y manos sin problemas.

Juan se lo mostró a Luz para no tener que hablar y esta le indicó por señas que le respondiera a la pregunta que le hacía después sobre cómo estaban los niños.

Luz no vio ese mensaje, porque cerró los ojos y se dispuso a dormir un poco. Juan respondió:

«Nos alegra que Ariadna esté bien. Dale un abrazo de nuestra parte. Dile que salvo un par de vomitonas, vuestros hijos están perfectamente y que ahora somos sus tíos preferidos. Sobre todo yo, claro. Si me asegurasen que los míos no van a vomitar nunca y que van a cagar con olor a rosas, no me importaría ascender de tío molón a padre megamolón. Tú has dejado de ser Papuchi, eres Superman».

El domingo por la noche, habiendo dejado a los trillizos al cuidado de sus abuelos maternos, Juan y Luz regresaron a casa con ganas de darse una larga ducha y dormir toda la noche sin interrupciones. Aunque en su fuero interno, ambos sentían una cálida nostalgia por el recuerdo de los tres pequeñajos que les habían robado el corazón ofreciéndoles el suyo de forma incondicional en pocas horas.

El día había sido mucho más tranquilo que la noche, a pesar de que alimentarlos había sido una ardua tarea que había requerido de todas sus dotes de persuasión y distracción. Bañarlos y jugar con ellos había sido mucho más gratificante y divertido. Y algo más que ninguno de los dos reveló; un secreto más que no compartieron y que si hubieran sabido que el otro pensaba exactamente lo mismo, tal vez se hubieran atrevido a confesar.

El instinto paternal de ambos se había despertado a fuerza de sonrisas, gorgoritos, palabras inconexas y pronunciadas por graciosas lenguas de trapo y miradas amorosas cargadas de inocencia y confianza.

Y ver al otro en su papel de padre o madre les había lanzado punzadas de anhelo directas al corazón.

Tal vez por eso a Juan se le hizo aún más duro sentarse frente a Luz en la cama y decirle lo que llevaba guardándose desde que el viernes recibiera una temida y a la vez ansiada llamada de teléfono.

—Tengo que hablar contigo de algo importante.

Luz, que se estaba desnudando para ir a la ducha, se quedó con un zapato en la mano y el otro aún puesto en cuanto oyó aquellas palabras. El modo en el que había hablado le provocó un incómodo escalofrío que le recorrió toda la espalda.

—Tú dirás.

Juan se descalzó de dos puntapiés para ponerse más cómodo en una conversación que le resultaba muy incómoda.

—El lunes dejaré a Javier a cargo de la obra para poder ir a firmar el contrato del próximo proyecto.

—¿En serio? ¡Enhorabuena! Me alegro de que tantas horas encerrado en tu despacho hayan dado sus frutos. —Luz se relajó de inmediato, lo abrazó y le dio un beso corto pero intenso—. ¿Y cuándo empezáis? Porque a lo mejor así tu equipo no tiene que cogerse el mes que viene las vacaciones, todos a la vez.

Él apenas le había contado nada de sus problemas para cerrar un nuevo

contrato, pero sí le había dicho que las vacaciones de ese año serían en cuanto finalizaran la obra del agroturismo, si no firmaba nada antes. Ella le había estado tanteando para poder organizarse los eventos, y él no había tenido más remedio que darle esa escueta información.

—Estaba pensando en llevarme solo a tres de los chicos hasta que empecemos con lo gordo, y así dar tiempo a Javier a terminar los últimos detalles de la restauración con Asier y Óscar. Es lo único que queda ya, y así podríamos empezar en... una o dos semanas.

—¿Tan pronto? —Era raro, pues no había mencionado nada hasta la fecha. Pero era una buena noticia—. Es estupendo.

—Sí, cuanto antes empecemos, antes acabaremos —admitió más serio de lo que Luz creía oportuno.

Le tomó de las manos con gesto reflejo, tratando de que enfocara sus ojos, pues tenía la mirada algo esquiva. Le sorprendió notar que le sudaban las palmas.

—Y bueno, dime, qué tipo de obra es, dónde está...

—Es el mayor proyecto que he hecho hasta ahora. Me ha costado bastante crear el diseño, porque no me han dado muchas pautas y he tenido que inventarme casi todo, ciñéndome a lo poco que he podido sacarles en una sola visita, algunas llamadas y correos. Hay gente que no sabe explicarse muy bien, ni ponerse de acuerdo —se quejó con tono irritado—. Pero cuando vieron los planos, se quedaron entusiasmados. —Cuando le explicó esto, Luz pudo apreciar que el trabajo en sí le ilusionaba, que el esfuerzo se iba a ver recompensado pudiendo ejecutar sus ideas, unas que habían salido de su talentosa creatividad—. Se trata de un pazo que es legado familiar y que los herederos han acordado restaurar y transformar en un hotel de lujo, con balneario y diversas actividades, como hípica. Tienen amplios terrenos a los que han querido sacar partido. Hay mucho que hacer. Tendré que subcontratar varios equipos para tareas concretas.

Luz lo escuchaba embelesada. Sin duda, era lo más grande en lo que él se

hubiera embarcado nunca. Sonaba fantástico. Excepto por dos detalles. Que hasta ese momento no le hubiera mencionado nada al respecto; y que acabara de pronunciar una palabra que no le terminaba de encajar muy bien.

—No soy muy entendida en el tema, pero creo estar segura de que solo en Galicia hay pazos. ¿Me equivoco?

—No. —Le notó apretar la mandíbula, un solo segundo, pero le vio hacerlo—. Este está en una aldea de Ourense.

—Ourense —repitió ella, casi sin voz—. No me has contado nunca que hayas ido a una aldea gallega a visitar a un posible cliente. ¿Cuándo fue?

—La semana que fuiste a ver a tus padres.

Luz tragó saliva y le soltó las manos de golpe.

—¿Y por qué no me contaste que hiciste un viaje en mi ausencia? Te pregunté qué tal esa semana, te llamé varias veces, y no mencionaste que estuvieras a mil kilómetros de casa.

—A ochocientos cincuenta —le corrigió, con gesto apesadumbrado—. No quise decirte nada porque pensé que no te gustaría saber que tanteaba un trabajo tan lejos de casa.

—Es peor que me lo hayas ocultado.

Estaba enfadada. Juan ya había contado con ello, por eso no había encontrado el momento de hablarlo en todo el fin de semana.

—No creí que al final tuviera que recurrir a él, era el último cartucho en mi recámara —se excusó, mirando cómo ella se tapaba con la colcha, como si un frío repentino la estuviera haciendo temblar—. Pero nada más cuajaba, Luz, por mucho que lo he intentado. Me he dejado los ojos en el ordenador y en cientos de planos y esto es lo único que he conseguido. Si no lo acepto, tendré que despedir a mis empleados. Lo único que podría encontrar a corto plazo serían pequeñas reformas que yo solo o con uno de los chicos sacaría en cuatro días. Y yo soy arquitecto, Luz —recalcó con el ceño fruncido—. Por mucho que realice todo tipo de trabajos en la ejecución de mis diseños, porque la empresa es mía y soy el primer interesado en que todo quede

perfecto, hace tiempo que dejé de ser peón de obra.

No había pensado confesarle que sentirse realizado y satisfecho con su trabajo era muy importante para él. Esperaba que lo comprendiera. Ella trabajaba en algo que le entusiasmaba y con sus propias condiciones.

—Así que te vas mañana y me lo dices hoy —soltó con mirada herida.

—Me han llamado este mismo viernes aceptando el presupuesto.

Luz calló un minuto que a Juan le pareció una hora.

—¿Cuánto tiempo? —quiso saber tras asentar en su cabeza la información y sus consecuencias—. ¿Cuánto tiempo tardarás en acabar esta mega obra?

—Ocho meses. Puede que diez. Más o menos. —Ella alzó una ceja y él se apresuró a tranquilizarla—. Pero vendré cada fin de semana. El viernes a la noche estaré aquí y me iré el domingo por la tarde —aseguró con convicción—. Y si para Navidad no hubiéramos acabado, haremos un receso durante las fiestas.

Luz dejó de respirar durante unos instantes. ¡Santo Dios! Navidad. ¡Si aún era abril! Estaría todo el verano alejado de ella, salvo los fines de semana. ¿Y las horas al volante que suponía eso, con sus riesgos, con el desgaste físico y el coste económico? Luz solo le veía más y más pegas al asunto.

—¿Dónde vas a vivir durante la semana?

—Alquilaré un piso en el pueblo más cercano. En la aldea no hay nada parecido a un hostel. Y para tanto tiempo... prefiero intimidad.

«Tanto tiempo», repitió Luz para sí. Ese era el problema. Demasiado tiempo.

—¿Y las familias de los chicos? Algunos tienen hijos —comprendió según lo decía, aún más angustiada.

—El viernes les comuniqué lo que había. Mañana me tienen que decir si se suben al carro o prefieren una excedencia hasta que termine este proyecto y vuelva a casa a por el siguiente. Trabajaré a diario para lograr que el próximo sea aquí al lado, te lo prometo.

—Les has dado un ultimátum —le recriminó, indignada.

—Les he ofrecido lo que único que he podido.

Y lo había hecho ya, antes incluso de que ella supiera una sola palabra sobre el tema, siguió maquinando Luz en su impactado cerebro. La furia se apoderó de ella.

—¿Y a mí? ¿Qué me has ofrecido? ¿Me has dado alguna opción de réplica, me has preguntado acaso si quiero acompañarte?

Juan parpadeó varias veces, sorprendido por la idea que le planteaba.

—Tú tienes tu trabajo aquí. Estás en plena temporada de bodas.

—Exacto. —Por fin algo en lo que la tenía en cuenta, aunque demasiado tarde—. Y de la noche a la mañana no puedo cambiar nada. Pero si me hubieras hablado de esto con tiempo, tal vez podría haberme organizado.

—¿Cómo habrías hecho eso?

—No aceptando bodas para este año.

Él parecía en shock ante aquella posibilidad.

—No podía pedirte eso. No quiero que tengas que sacrificar nada por mí — declaró con un deje de tristeza.

—¿Ah, no? —Ella rio por la ironía—. Ya me estás haciendo sacrificarme a mí misma. Te vas y me dejas sin ti de lunes a viernes durante el resto del año. ¿Cómo crees que me siento?

—¿Y cómo crees que me siento yo? —Casi se lo gritó, y Luz no pudo evitar ponerse en pie y responder en el mismo tono.

—¡No lo sé! Tal vez si me lo dijeras, si me hablaras de cómo te sientes más a menudo, de tus preocupaciones, de tus deseos, esta conversación sería muy diferente.

Juan recibió aquellas recriminaciones como una flecha de fuego en mitad del pecho. Era la primera vez que se gritaban desde que estaban juntos. La primera vez que ella le confesaba lo que le disgustaba su hermetismo. Lo había temido, pero vivirlo era mucho peor de lo que había imaginado.

—Luz, yo no quiero irme. Pero no tengo otra opción.

—Siempre hay otra opción.

—Esta vez no la hay —aseveró desde su posición sentada, con ella sobre su

cabeza, mirándolo con reproche y decepción—. Y mis chicos lo saben. Todos vendrán, estoy seguro. Necesitan el dinero.

Ella se acercó más a él, le señaló con el dedo en mitad de la frente y le habló en un tono duro en el que nunca antes lo había hecho.

—Tal vez te sorprendan. Tal vez sus prioridades no sean las mismas que las tuyas.

—No seas injusta. —Trató de cogerle la mano, pero ella la apartó.

—Tú has sido injusto conmigo. Podías haberme pedido ayuda. ¿Por qué nunca me la pides?

La voz de su conciencia, que sonaba muy parecida a la de Jaime con una frase que él mismo había pronunciado hacía no mucho, lo golpeó como el dedo de ella segundos antes.

—En esto no podías ayudarme.

—Eso ya nunca lo sabremos.

Luz dio la conversación por zanjada y se dirigió a la ducha. Él la siguió pero, para su asombro y disgusto, ella había cerrado con pestillo la puerta. Otra cosa que nunca antes había hecho.

Con el corazón en un puño, Juan pensó que tenía derecho a sentirse enfadada y no querer hablarle de momento. Le daría tiempo. Y cuando comprendiera que esa había sido su única opción, lo perdonaría.

Estar separados iba a ser duro, pero lo que tenían estaba asentado en sólidas raíces, y sabía que era tan fuerte como para soportar la distancia el tiempo que fuera necesario. O eso se dijo a sí mismo cuando ella le dio la espalda en la cama esa noche y no respondió al beso de buenas noches que le dio en la mejilla.

Nunca un rechazo le había dolido tanto. Quizás porque era el primero que ella le brindaba desde que empezaran su relación de pareja. Cruzó los dedos para que fuera el último.

Luz no se equivocaba en cuanto a eso de que su equipo lo iba a sorprender. Juan pudo comprobarlo cuando Román le pidió sus vacaciones adelantadas y así tener tiempo para organizar la mudanza de toda su familia a Ourense para una corta temporada. Sus hijos tenían exámenes, su mujer también trabajaba. Necesitaban organizarse, pero también el trabajo.

Más aún le sorprendió que Óscar le pidiera esa excedencia que él les había ofrecido. Su mujer estaba embarazada y había tenido algunas complicaciones que le obligaban a guardar reposo. Él no iba a dejarla en esos momentos ni a hacerla viajar, poniendo su salud y la del niño en peligro y, además, para estar lejos del apoyo que tanto necesitaba de su familia.

Los demás se sumaron a pesar de sus asuntos personales, que cada cual solucionó como mejor pudo. Como Javier, sin quien Juan no creía poder llevar el proyecto adelante. Era su mano derecha y lo consideraba indispensable en su equipo.

Él también tenía dos hijos, pero eran pequeños y no tenían aún responsabilidades escolares. Además, coincidía que su mujer tenía familia en Pontevedra, por lo que en cuanto la obra del agroturismo estuvo finalizada, se mudaron allí los cuatro.

Despedirse de Luz fue duro y más doloroso de lo que esperaba. A ella el enfado no se le había pasado. Al contrario, parecía que meditarlo no había hecho sino acrecentar su disconformidad con la decisión que había tomado. Por su cuenta, sin contar con ella.

Lo que no sabía era que además de enfadada, estaba desolada.

El día que lo vio marchar de forma definitiva, con sus maletas, dejándole un papel en la nevera con la dirección del piso que había alquilado, el corazón de Luz se resquebrajó, dejándole una herida que tardaría mucho en curar. Una más.

Sentada en el columpio de su jardín, después de ver desaparecer la furgoneta blanca de Juan en el horizonte, la parte más pesimista y autodestructiva de su ser la martirizó diciéndole que antes o después, de un modo u otro, todos la

abandonaban.

No importaba cuánto se entregara ella, cuánto amor quisiera darles. Primero Cristóbal, después Juan. Porque tal vez cumpliera su palabra de volver cada fin de semana, o tal vez no. Y aun haciéndolo, cinco días con sus cinco noches sin tenerlo a su lado le parecía inimaginable. Hasta tal punto se había acostumbrado a su presencia en su casa, en su cama, en su vida. En su alma. ¿Cómo arrancar del alma una parte que ya pertenece a esta?

Hasta Lidia la había abandonado, se dijo, recreándose en su dolor. Le habían ofrecido renovar el contrato en Nueva York, y ella se lo estaba planteando. A pesar de que una parte egoísta de ella le gritaba que le pidiera que volviera, la parte generosa que solía ganar le había aconsejado que valorara los pros y los contras, y que hiciera lo que más le apeteciera en ese momento.

Lidia lo había pasado mal durante un tiempo, era un trabajo estresante y no se había adaptado a la ciudad como había esperado. Pero la experiencia era irrepetible. Y Luz así se lo había hecho ver hasta que las cosas se habían asentado.

«Yo tengo que hacer lo mismo», se dijo tras pensar en su amiga y hermana. «Luchar contra la adversidad, enfrentarme a mis miedos, salir adelante, trabajar para lograr mis objetivos».

De nuevo, dos partes de su ser pugnaban por dominarla. Obligó a su parte débil y derrotista a arrinconarse para dejar paso a la decidida y poderosa que había logrado hacerla salir de un profundo hoyo hacía ya tiempo.

Era más mayor, más experimentada y más sabia. No iba a volver a caer en la desesperación. Al contrario. La vida había puesto a Juan en su camino, dándole una segunda oportunidad para amar. Un tiempo distanciados no iba ser una prueba insalvable. No era ni remotamente comparable a lo sucedido con Cristóbal.

Con aquella determinación corriéndole por las venas, Luz se dispuso a afrontar la primera de las muchas semanas en soledad en una casa que se le iba a hacer enorme para ella sola.

Aún no sabía cuánto, pero pronto iba a comprobarlo. Y a padecerlo.

Capítulo 32

Once meses después

Era una tarde soleada de finales de marzo. La terraza del *Magda Lennon* estaba casi al completo, pero las dos mujeres encontraron una mesa y se sentaron. Fue Lidia la que se encargó de ir a pedir a la barra, dejando a Luz sumida en su ensimismamiento.

No escatimó en el surtido de dulces. De hecho, se podría decir que se pasó bastante. Además del batido de chocolate para Luz, para compartir escogió todos y cada uno de los productos del mostrador que contuvieran chocolate, aunque solo fueran unas virutas. El camarero se ofreció a llevárselo él mismo en una bandeja hasta su mesa y ella salió de nuevo a la terraza donde la esperaba su cuñada. Aunque por su mirada perdida, se podría decir que no esperaba a nadie, o lo que era peor, esperaba a alguien que no iba a venir.

Supo que la cosa era grave cuando casi una docena de bollos, palmeras y magdalenas fueron depositados sobre la mesa junto con su batido y un zumo para Lidia, pero ella ni pestañeó.

Lidia dejó a un lado sus propios problemas, sin duda Luz tenía más que bastante con los suyos propios. Ya le hablaría en otra ocasión sobre la oferta de trabajo como corresponsal en Washington que aún no sabía si aceptar o no.

Sería mejor dejar para otro día también su inquietud por el hombre al que había dejado solo de madrugada en una habitación de hotel —en ese mismo pueblo hacía casi dos años— y al que no le había cogido las llamadas que se

sucedieron a lo largo de varias semanas después. Tan solo un mensaje de texto había sido su respuesta.

«Disfrutamos del momento. Tal y como acordamos. Buena suerte, Hugo».

Eso lo había acallado durante meses. ¿Por qué entonces había recibido esa mañana un correo de su antiguo trabajo en Nueva York diciendo que un fotógrafo español había estado allí preguntando por ella?

Mejor, por una vez, no centrarse en sí misma y dejar que Luz se abriera a ella como solía suceder a la inversa. Un año completo en una ciudad como Nueva York hacía que una viera la vida de otra forma. Ahora que estaba de vuelta, trabajando para un periódico en Valencia sin tanto estrés ni rivalidades, pudiendo visitar cada viernes a la persona que más quería en el mundo, se sentía en casa y en paz.

Sin embargo, si Luz no era la de siempre, si su brillo estaba apagado, no había hogar ni nada era apacible. Tenía que solucionarlo. Y una montaña de dulces era la primera de sus endeblés armas.

—¿A qué hora dijo Juan que vendría? Porque no sé si nos va a dar tiempo a comernos todo esto antes de que llegue. Aunque claro, tiene llaves, que espere.

—Hoy tampoco va a venir —murmuró Luz tras un largo y pesadoso suspiro.

—¿Cómo? ¿Te ha llamado para decírtelo mientras yo estaba dentro?

—No. Pero son casi las ocho. Si no está aquí, ya no vendrá.

—Si no está aquí y no te ha llamado, es que estará llegando. —Quiso sonar convincente, pero ni ella misma las tenía todas consigo.

Si no se presentaba, sería la enésima vez que Juan no aparecía para pasar el fin de semana con Luz. Eran ya cuatro o cinco las veces que había avisado en el último momento. Complicaciones de última hora, aducía, quería terminar lo que fuera, Luz ni se lo había explicado con detalle, pero siempre era el trabajo. O eso argumentaba.

—No estoy preparada para esto, Lidia. Aunque algo en el fondo de mi corazón me decía que algún día llegaría este momento, aún no estoy lista.

—¿Qué momento? ¿De qué estás hablando?

—No estoy lista para volver a perder el amor.

—Luz...

Lidia trató de aflojar el nudo de su garganta. Lo normal era que Luz la consolara a ella, le diera ánimos, la convenciera de que todo iba a salir bien. Con sus estudios, sus trabajos, con sus fugaces novios, con su dominante padre. Pero tener que ser ella la fuerte de las dos no se le daba tan bien como quisiera.

—¿Sabes? —Sonrió con dificultad y su cara fue un auténtico poema—. Creía que le hacía feliz. No aspiraba a nada más, de verdad, pero creía que con eso le bastaría, con estar bien juntos. Aunque en el fondo de mi corazón no pudiera evitar desearlo, no esperaba de él un «te quiero», ni un «cásate conmigo». Él me dejó muy claro desde que nos conocimos que no creía en ello, no era para él, por mucho que otras personas creyeran en su existencia y aseguraran sentirlo.

—Claro que te quiere, Luz, es imposible que no lo haga. —Porque si ellos dos no se querían, tal como ella los había visto desde que empezaran a convivir, e incluso antes, Lidia ya no sabía en qué creer en esta vida—. Aunque puede que aún no lo sepa. Y desde luego, le haces muy feliz.

—¿Entonces por qué permanece lejos de mí? ¿Por qué no me llama cada noche? ¿Por qué aceptó ese maldito trabajo a mil kilómetros, sabiendo que significaría no vernos en mucho tiempo?

—No lo sé. —Chasqueó la lengua con hastío, no pudiendo evitar pensar que ella se hacía unas preguntas muy similares con respecto a alguien que actuaba de forma semejante—. Nunca he entendido a los hombres.

—Tal vez esté esperando a que sea yo la que decida que se acaba. —El pensamiento de Luz hizo que Lidia levantara una ceja con escepticismo—. Tal vez sea su forma de dejarme, esperando a que lo haga yo por él.

—No. Eso sería muy cobarde, y no creo que Juan lo sea. Un poco imbécil sí que está resultando ser, la verdad. —Esperó a que Luz se riera y continuó—.

Porque solo un imbécil no se daría cuenta de que está metiendo la pata hasta el fondo contigo.

—¿Cómo no se va a dar cuenta?

—Es que a veces los hombres no se dan cuenta de lo más evidente. Lo tienen delante de sus narices, y como si fuera transparente.

Luz lo meditó. Jugueteeó con el borde de un plato. Volvió a dejarlo sin probar nada, frustrando las esperanzas de Lidia.

—Quizás debería hablar con él abiertamente del tema —meditó en alto—. Pero como ya te he dicho, aún no estoy preparada para perderlo. A mí sí puedes llamarme cobarde.

—Cobarde no. —Cabreada e impotente, Lidia dio un gran bocado a una Rellenita de vainilla, sus favoritas. Habló con la boca llena y los dientes manchados, esperando hacerla reaccionar con risa o con reproche. Pero nada. La escuchaba sin apenas mirarla—. Enamorada hasta las trancas.

—Sí, enamorada perdida —reconoció con sonrisa apática—. Pero al parecer, encontrar el amor por segunda vez en una sola vida es demasiado pedir.

—No lo es. —Un puño golpeó la mesa haciendo rebotar platos y vasos—. Porque si alguien se merece que la quieran en este mundo, eres tú, Luz. Te juro que no conozco a nadie que lo merezca más.

—Ay, mi niña. —Estiró una mano y acarició su puño hasta abrirlo—. Gracias. Pero no eres objetiva.

—¿Porque te quiero como a una hermana? —Apretó su mano con fuerza—. Quizás.

—Yo también a ti, cariño. —La última palabra le salió algo aguda y tuvo que fruncir los labios. Apartó la mano y la unió a la otra en su regazo.

—Eh, eh. Ni se te ocurra llorar. —Desesperada, cogió lo primero que pudo de un plato—. Toma, cómete esta palmera.

—No me apetece, de verdad.

Solo de pensar en meterse algo en el estómago, se le encogían las tripas.

—Y como bien he sospechado —oyó Luz que decía una ansiada y grave voz a su espalda—, aquí estáis. Solo he tenido que seguir el aroma a chocolate —comentó Juan con despreocupación a la vez que se sentaba en una silla junto a Luz y la abrazaba por encima del hombro.

Sin poder controlar el impulso, Luz se abrazó a él hundiendo el rostro en su pecho, inhalando con fuerza su aroma, lanzándole una mirada de súplica a Lidia para que hablara de lo que fuera, pues ella estaba a punto de echarse a llorar.

—¡Hey! —Juan se extrañó al sentir la excesiva fuerza en el abrazo, la besó en la coronilla y la balanceó con suavidad—. ¿Y esto?

—Te quejarás —intervino Lidia tras darle unos segundos a Luz para responder. Como no lo hizo, se apresuró a parlotear y poder darle el tiempo que necesitaba—. Un abrazo de oso de bienvenida y encima protestas.

—No protesto, en absoluto. —Trató de buscar su mirada, pero ella se separó de golpe y se puso en pie.

—Justo iba a ir al baño. Disculpad —dijo sin mirarlo y se apresuró a entrar en el local.

Cuando Juan la perdió de vista y fijó sus ojos en la mujer que tenía delante, las sospechas de que ahí pasaba algo se confirmaron.

—¿Qué? —quiso saber ante su inquisitiva mirada.

—Mira, Juan —comenzó Lidia, tras pensar muy bien lo que iba a decirle—. Me caes bien. Y eso es mucho decir, teniendo en cuenta que soy la hermana del difunto marido de Luz, ¿no crees?

—Si tú lo dices.

—Sí, porque no solo soy su cuñada, ella es como mi propia hermana. Así que es mi obligación vigilar sus espaldas. ¿O acaso tú no lo haces con la tuya?

—Desde luego —admitió, masticando el primer bollo que alcanzó.

—Entonces comprenderás que quiera una respuesta sincera para la pregunta que te voy a hacer. Dime la verdad, porque solo voy a hacértela una vez.

—Adelante.

—¿Estás con otra?

El bocado que acababa de tragar se le paró en la garganta. Tuvo que toser para hacerlo pasar.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—¿Me preguntas si engaño a Luz con otra mujer?

—Sí, eso te pregunto.

—¿Por qué cojones me preguntas eso? Espera... —Sacudió la cabeza. Una idea horrible se había dibujado en su cerebro y quería sacarla de inmediato—. ¿Luz piensa eso?

—No lo sé. No creo, si no me lo habría dicho. Pero mira esta mesa. —Señaló el arsenal de dulces—. No ha probado ni uno. Ni uno, Juan, nada de chocolate. ¿No crees que es obvio que le pasa algo?

—Yo qué sé, puede que no tuviera ganas.

—Ya. Pero aún no has respondido a mi pregunta —insistió con dureza.

—Joder, ¡no! ¡Claro que no! Me paso el puto día trabajando. Llego al piso de alquiler tan tarde que apenas como nada, porque solo quiero dormir. —Se removió en la silla, sin ser capaz de encontrar postura. Tras ocho horas en el coche, por mucho que se turnara con Asier al volante, lo que menos le apetecía era estar sentado en una incómoda silla de terraza. Eso y esa conversación—. Si te hubieras molestado en hacer de *paparazzi* conmigo, podrías haberlo comprobado por ti misma. Y si me hubieras espiado con un teleobjetivo por la ventana de mi puto baño, habrías comprobado que no tengo tiempo ni ganas de hacerme ni una maldita paja. ¿Cómo cojones pretendes que esté tirándome a otra?

—Vale. —El gesto de la joven pasó de suspicaz a molesto—. No hace falta ponerse grosero.

—Es que... —Bufó un par de veces, se frotó la cara y Lidia pudo ver el agotamiento físico del que hablaba—. Me estoy matando para acabar este proyecto lo antes posible. Trabajo muchos sábados para que así sea, y llego

casi a las diez al piso.

—Por eso no la llamas.

—Sí la llamo. —Fue tajante y algo amenazador en su respuesta.

—Una o dos veces por semana.

—No lo sé, no las cuento. Pero también le mando mensajes.

—Mensajes. —Soltó una risa corta y seca, aunque se sintió un poco hipócrita. Ella había recurrido a uno de forma cobarde pero disuasoria—.

Muy bonito.

—Cuando es tarde y pienso que se ha podido acostar, o le mando un mensaje o...

—O directamente no haces nada.

Juan apretó la mandíbula hasta que le rechinaron los dientes.

—Si quiere hablar conmigo puede llamarme ella. Si en ese momento no puedo contestarle, sabe que la llamaré más tarde.

—Por eso no te llama todo lo que quisiera. Le rechazas las llamadas una y otra vez.

Aquel detalle había irritado a Lidia desde hacía tiempo, pero hasta la fecha no le había dado mucha importancia. Ahora se la daba.

—En mi trabajo no puedo parar cada vez que me suena el móvil. Uso maquinaria, tengo las manos sucias o estoy sujetando algo que no puedo soltar, ¿sabes? No todos trabajamos con un ordenador.

Le parecía un razonamiento aceptable, pero solo lo exculpaba de no coger en el momento.

—Bueno, pues Luz necesita más que eso.

—¿Y no es capaz de decírmelo ella misma? —inquirió, empujando la silla hacia atrás para poder estirar sus largas piernas sin chocarse con la mesa.

—Nunca lo hará, porque espera que salga de ti. Aunque por lo que veo, puede esperar sentada —alegó, cruzándose de brazos, pero obligándose a no hacer un puchero. Mantuvo su gesto duro y sereno lo mejor que pudo.

—¿Acaso no entiendes que estoy haciendo precisamente esto por ella?

—¿Ah, sí? —Su gesto de asombro fue inmediato—. No lo entiendo, no.

Juan se preguntó cómo podría explicarle a Lidia cómo se sentía. No tenían tanta confianza. Ni siquiera había hablado del tema con su hermana. Solo una vez con Álex, y hacía mucho tiempo, había intentado abrir esa parte de su alma hasta aquel punto. Aunque debía reconocer que no había hecho caso de su consejo de la forma que este habría esperado.

Suerte que ese fin de semana su hermana y Álex estuvieran de escapada rural por el cumpleaños de este. Estaba claro que Luz y él necesitaban todo ese tiempo para estar solos.

—Podría trabajar de lunes a jueves y solo hasta las cinco y vivir más tranquilo. Pero entonces tardaría otros dos meses más en acabar —fue su única explicación.

—Igual ella prefiere eso, pero verte más a menudo entre tanto. ¿Se lo has preguntado?

—No —admitió, cada vez más consciente de que su decisión había sido no solo equivocada, sino devastadora.

—Está claro que tenéis que hablar. Yo ya no voy a decirte nada más. Solo te pido una cosa. —Se acercó a él por encima de los dulces—. No le hagas más daño.

—¿Más?

En efecto, más. Porque parte del daño ya estaba hecho. Luz volvía hacia ellos y su rostro revelaba con claridad que había estado llorando.

«Mierda. ¡Mierda! ¿Cómo habían llegado a eso?»

—Bueno, yo me voy. —Lidia se levantó de golpe—. Supongo que has pagado ya, ¿verdad? Si traes esas bolsas...

—Llévatelas tú. A mí no me apetecen.

—Mejor a medias. ¿O quieres que reviente? Seguro que Juan colabora. Vendrá hambriento. ¿O has parado a comer algo?

A Juan empezaban a asquearle las mil preguntas de Lidia, pero se negó a empeorar las cosas soltándole otra grosería.

—Hemos trabajado hasta las once. Me he dado una ducha, he hecho la mochila y he recogido a Asier para venir directos. Solo hemos parado para cambiarnos el asiento, echar una meada y gasolina. Hasta el bocadillo lo hemos comido en marcha.

—Así me gusta, que hay que aprovechar cada minuto —apuntilló, mirándolo ceñuda—. Os dejo, tortolitos. Nos vemos la semana que viene, Luz.

Repartieron los dulces en las bolsas que ella había solicitado en la barra y tomaron caminos opuestos. Lidia hacia su coche, para volver a su piso alquilado en Valencia, y los otros dos hacia la casa. El corazón de él dejó de palpar un par de segundos cuando la rodeó por el hombro y ella dio un respingo que no logró disimular.

—¿Qué plan tenemos para hoy?

—¿Plan? No he hecho ningún plan. —Su voz era monocorde, casi apagada—. Como sueles venir cansado, he dejado pollo preparado en el horno para poder cenar pronto y que no se haga tarde para irte a dormir.

Juan se detuvo en seco. Aquello era aún peor de lo que había pensado.

—No he venido aquí para que me alimentes e irme a dormir. He venido para estar contigo. —Le tomó ambas manos—. ¿Has hecho cena? Estupendo, porque me muero de hambre, pero no pienso irme a dormir justo después. ¿A la cama? Tal vez, con otros fines.

—No pasa nada. Tenemos todo el fin de semana. —Se soltó de él, pero le ofreció una leve sonrisa—. Y sé que te mueres de sueño además de morirte de hambre.

—Luz. —Ella reanudaba la marcha y él tuvo que detenerla—. Deja de pensar un poco en lo que necesito yo y dime lo que necesitas tú.

—¿Yo? —Se encogió de hombros—. A ti. Conmigo.

—Pues aquí me tienes. —Ella frunció los labios—. ¿Qué?

—Por un momento he pensado que hoy tampoco vendrías —confesó.

—Dios... —Apretó los ojos con fuerza, porque no podía soportar esa mirada suya de pronto tan reveladora—. Sé que algún día te he avisado a última hora.

Me está costando calcular los tiempos en algunas instalaciones. Me da el viernes y no he terminado. Si el lunes tiene que venir el equipo que he subcontratado, no les puedo decir que no vengán hasta el martes.

—Lo entiendo, no pasa nada.

—Sí pasa. —Casi gritó, tajante—. No te parece bien.

¿Por qué de pronto parecía estar reclamándole a ella?, se preguntó indignada. ¿No tendría que ser al contrario?

—Entiendo que es tu trabajo y que es importante para ti.

—Genial. ¿Pero?

—Pero para mí eso es secundario, Juan. —No podía creer que tuviera que explicárselo—. Dejé un trabajo que me consumía la vida y el alma, decidí vivir de otra manera.

—¿Sabes qué pasa? —A Luz le sorprendió ver cómo se iba enfadando. ¿Por qué era él el que se enfadaba?—. Que algunos no podemos vivir tan desahogados. Tengo una responsabilidad, más bien más de una. Aparte de la empresa, tengo cinco empleados, y un sexto esperando a reincorporarse.

—Lo sé, y sé que tu trabajo te gusta, que te llena. Sin embargo...

—Dilo —exigió, al ver que se reprimía—. ¡Acaba!

—¡Me gustaría que no fuera lo primero! —Esta vez ella no pudo evitar sonar igual de enfadada que él.

La respiración de Juan se detuvo de golpe.

—No lo es.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué actúas como si lo fuera?

Él puso los ojos en blanco y suspiró. A Luz no le gustó un pelo aquella reacción. Como si pensara que su reproche más que justificado era solo una pataleta de niña pequeña.

—¿Es porque no te llamo lo suficiente?

—No. Bueno, sí —se corrigió, tras pensarlo un segundo—. Esa es una de tantas cosas...

—¿Tantas cosas? Enuméramelas —le ordenó con tono amenazador.

Para Luz aquello fue el colmo.

—Juan, no quiero discutir.

—Pues ya es tarde para eso.

Enfrentados en mitad de la acera, Luz se juró no hacer una escena. Trató de hablar con calma.

—¿Quieres saber lo que quiero? Que estés aquí, que no pasen los días y no sepa nada de ti. Que no te esté esperando y de pronto no vengas —enumeró, marcándolo con los dedos, como él había exigido—. Pero soy una persona racional y comprendo que tu trabajo es exigente. Así que no voy a pedirte nada que tú no quieras darme.

Él se acercó un paso a ella y se agachó un poco para fijar la vista en sus ojos, de una forma un poco retadora que nunca antes había empleado.

—No me lo pides, pero reconoces que lo necesitas. ¿Cómo no voy a querer satisfacerte?

Un vecino que paseaba con su perro los saludó al pasar. Luz esperó a que estuviera lejos.

—No puedo obligarte a querer lo que quiero yo —susurró—. Pero para mí es mejor esto que nada. Así que lo asumo y ya está.

El corazón se le encogía, se le desangraba... No, no estaba preparada para aquello.

—Te resignas a conformarte con lo que soy capaz de darte, pero no eres feliz con lo que te doy.

El dolor fue desterrado a un lado. Luz se juró que no sufriría por lo que no podía tener, ya había sufrido por algo así muchos años. Y se prometió valorar lo que sí tenía, lo que no quería dejar escapar por ansiar más de lo que la vida le regalaba.

—Soy muy feliz con lo que me das, Juan. Si no, no estaría contigo —aseveró, tomándole de una mano y con voz más melosa—. Es solo que cada vez me lo das menos. Y lo echo en falta. Te extraño, no lo puedo evitar. ¿Acaso tú no me extrañas a mí?

—Cada segundo del día.

La cara de Juan cambió tras esas palabras. El ceño fruncido dio paso a una mirada cansada pero intensa. Luz sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Fue una sensación placentera, pero muy fugaz.

—Aun así hay días que no sé nada de ti —reprochó con dolor.

—Esto... es nuevo para mí. —Ahora sus ojos parecían perdidos, su mano se aferraba a la de ella, como si temiera perderse si la soltaba—. Lo hago lo mejor que sé, pero está claro que no sé hacerlo muy bien.

Asumir aquella carencia parecía haberle costado mucho. Ella sabía que nunca había tenido una relación de pareja de verdad con nadie antes que con ella. Aun así, creía que había unos mínimos que, se sobrentendía, debían cumplirse cuando dos personas se querían. Tal vez ese fuera el problema...

No quiso volver a darle vueltas a ese básico detalle.

—¿Cuánto falta para que dejes Galicia?

—Un par de semanas. Tal vez tres.

—Vale. —Parecía poco, pero para ella otras tres semanas era una eternidad—. ¿Y después?

—Aún no tengo un contrato firmado para después. Es otra cosa que me roba tiempo, buscar el próximo trabajo.

Aquello la sorprendió.

—Dijiste que tenías un par de ellos en mente.

—Uno está descartado. —Era todavía más lejos que el actual. —Para el otro tengo que presentar aún el proyecto. Este fin de semana tendré que dedicarle algunas horas si pretendo tenerlo a tiempo. Y si quiero que sea lo bastante bueno para que firmen.

—Lo será —dijo con convicción—. ¿Puedo preguntarte dónde es?

—Se trata de un hotel centenario a rehabilitar y ampliar. A treinta y dos kilómetros de aquí.

La exactitud de la respuesta —además de la escasa distancia— hizo sonreír a Luz. Él le dio la mano y ella la aceptó, dejando la conversación aparcada

ahí, de momento.

Sin embargo, el cerebro de Juan no podía parar de darle vueltas al asunto mientras cenaban. Porque la mujer que se sentaba frente a él no era la alegre y sonriente Luz que él había conocido, la que lo había cautivado, sin la que el día a día se le estaba haciendo insoportable. Entonces, ¿por qué había sido tan imbécil de no llamarla cada día? Era por la falta de costumbre, se había respondido a sí mismo, sin que aquello aliviara su culpa. Era una excusa que no le convencía, quizás porque detrás de ella, lo que había era miedo a no soportar tener que despedirse tras oír su voz solo unos minutos. Colgar sin decirle la falta que le hacía a su lado, lo triste que estaba sin ella, rogarle que dejara todo y fuera a buscarlo, que se quedara allí con él el tiempo que hiciera falta.

Pero él no podía ser tan egoísta. No con alguien tan generoso como ella. Eso era impensable. Sin embargo, parecía que eso era exactamente lo que ella quería escuchar.

Hasta el momento, ella nunca le había hecho rendir cuentas de nada. Solo se había entregado a él, en cuerpo y alma. Lo había acogido en su casa, lo había colmado de un millón de cosas que ni siquiera sabía que pudiera necesitar. ¿Cómo no iba a hacerle eso más feliz que ninguna otra cosa en la vida? Le dolía que ella pudiera pensar que no era su mayor felicidad. Aunque más le dolía darse cuenta de hasta qué punto se había alejado de ella, no solo de forma física.

Quizás todo aquello llevara esa noche a Juan a hacerle el amor a Luz con vehemencia. Parecía querer decirle algo y no encontrar la forma.

Cuando el sueño los abrazó, Juan esperó que con aquel acto tan íntimo, comprendiera cuánto significaba para él. En cambio, Luz se durmió con un nudo en la garganta, pensando que, una vez más, él no había sido capaz de transmitirle con palabras lo que con su cuerpo parecía querer expresar.

Gran parte del sábado fue dedicada al proyecto pendiente de Juan, y Luz decidió dejarlo trabajar sin interrumpirlo con sus inquietudes y sus miedos, tragándose las palabras que pugnaban por salir de su garganta una y otra vez.

«Te quiero. Me duele no poder decírtelo por miedo a perderte si lo hago. Me duele no oírte decírmelo nunca, por más que me convenzo de que sí lo sientes, pero que no te sale expresarlo con palabras. Demuéstramelo, Juan, para que no necesite oírlo. Necesito una señal que me diga lo que tú no eres capaz de decir. Es triste reconocerlo, pero necesito un “te quiero” para seguir adelante».

Capítulo 33

El domingo por la tarde, la mochila de Juan reposaba abierta sobre una silla del dormitorio. Solo una muda limpia, el móvil, la cartera y las llaves del coche se esparcían sobre la cama desecha. Luz, aún semidesnuda tras su último íntimo encuentro de ese fin de semana, observaba las prendas y los objetos con vista difusa, mirando sin ver.

En cuanto saliera de la ducha se marcharía otra vez. La aparente normalidad vivida esos dos días desaparecería con él. El sentimiento de abandono la envolvería en cuanto viera alejarse su furgoneta al final de la calle. Otra semana más con el corazón en un puño preguntándose si la llamaría o si le cogería el teléfono cuando ella lo hiciera. Puede que fueran dos semanas. O incluso tres.

Porque él no había vuelto a sacar la conversación del viernes. De hecho, juraría que la había evitado a conciencia. Había tratado de mostrarle que todo estaba bien, que no pasaba nada, que aquella ausencia suya no debía afectarla, porque él siempre volvería a ella. Antes o después.

El problema residía en que era, mucho más a menudo, después que antes.

Ella no sabía llevar esos altibajos. Esa intensidad de él cuando estaba presente, haciéndole el amor de forma arrolladora en incontables ocasiones. Y en su ausencia, aquel desapego. No lograba entender esa dualidad de su personalidad. Aseguraba echarla de menos. ¿Por qué no se lo demostraba a diario?

El teléfono comenzó a zumbiar sobre las sábanas. Luz enfocó la vista y leyó un número móvil no registrado en los contactos, pero cuyo origen indicaba ser Santa Cruz de Tenerife.

Un impulso visceral la hizo coger la llamada sin tan siquiera pensárselo dos veces.

—Diga.

—Hola. Me gustaría hablar con Juan Saavedra —solicitó una voz femenina con tono neutro.

—En este momento no puede ponerse. ¿Puedo ayudarla yo en algo?

—Bueno, eso depende. ¿Trabaja usted para él?

—No. —Había estado tentada de decir que sí, de mentir para descubrir lo que necesitaba saber. No pudo—. Soy su novia.

—Oh, en ese caso... ¿Podría decirle que me llame cuando le sea posible, a este mismo número? Soy Raquel Medina, de Bodegas Tajinaste. Hablamos hace varios meses para una reforma integral de las instalaciones. En aquel momento rechazó el proyecto, dijo que estaba ocupado con otra obra.

—Sí, eso es —susurró, con el corazón a mil por hora.

—Pero la verdad es que desde que hablé con él, nos hemos centrado en la producción y hemos dejado el tema de la reforma un poco aparcado. Así que no hemos buscado a nadie más. Y las fotos de los trabajos en la otra bodega que colgó en su web nos tienen entusiasmados, algo así es justo lo que andamos buscando. Estamos dispuestos a aplazar la obra un poco más, hasta que él esté disponible.

A Luz se le atascó en la garganta la poca saliva que pudo tragar. Allí tenía ya un nudo, una mezcla de orgullo y desazón que no le dejaba apenas respirar. Tampoco hablar.

—¿Hola?

—Sí, disculpe, tengo mala cobertura —soltó de sopetón, a la vez que se incorporaba de la cama. El grifo de la ducha acababa de dejar de oírse.

—¿Le dirá que me llame?

—Sí, desde luego. Le daré su mensaje.

—Muchas gracias. Hasta pronto.

—Adiós.

El móvil se deslizó por su mano hasta caer sobre la cama. Se ató el nudo del batín para cubrir su desnudez y trató de controlar los galopantes latidos de su corazón.

—¿Decías algo? —Juan entró en el dormitorio, con gotas de agua sobre los hombros desnudos y una toalla anudada a la cintura—. Me ha parecido oírte hablar.

—Sí. —Luz inspiró hondo y lo miró a los ojos, dispuesta a no perder el más mínimo detalle de su reacción—. Hablaba con Raquel Medina.

—¿Con quién?

Dio un paso hacia él. Cogió el teléfono y se lo dio.

—Raquel Medina. De Bodegas Tajinaste.

Vio en su cara que acababa de reconocer el nombre. Y que no le había gustado que hubieran hablado.

—¿Has cogido una llamada de mi móvil?

—Sí. Disculpa la invasión de tu intimidad. No es la primera vez que me meto donde no me llaman en tus asuntos laborales. Pensé que una vez más no importaría demasiado.

Juan la sostuvo por la muñeca, con firmeza pero sin hacerle daño, cuando ella pretendió darle la espalda. Su gesto y su voz se mantuvieron en apariencia serenos.

—No me importa una mierda que cojas una llamada si yo no puedo hacerlo en ese momento. Solo te lo pregunto para entender qué ha pasado. ¿Qué quería?

—Al parecer, admira tanto tu trabajo que está dispuesta a esperar lo que sea hasta que puedas reformar sus bodegas. En Tenerife —remarcó, con clara acritud.

—Ya le dije que no podía realizar ese proyecto, que no contara conmigo —

sentenció Juan, tirando el móvil dentro de la mochila y dando la espalda a Luz para vestirse.

Ella no iba a dar el tema por zanjado con esa facilidad.

—Le dijiste que estabas ocupado con otra obra en aquel momento. Eso no es un rechazo definitivo.

—No era cierto, aún no había firmado este último contrato. Pero es lo que tuve que decirle.

—¿Por qué?

Él se giró, desnudo, con el calzoncillo en la mano. Se vistió de forma apresurada.

—Porque pensé que sería una respuesta más profesional que decirle que no hago trabajos fuera de la península porque no puedo estar lejos de mi familia.

—Eso no te hace menos profesional —repuso dolida—. Cada cual pone las condiciones en su forma de trabajar.

—En aquel momento no lo tenía tan claro como ahora. En aquel momento —continuó, sacando la cabeza por la camiseta—, de no haber encontrado otra obra, tal vez habría tenido que aceptar.

—Y no venir en meses —puntualizó.

—Eso o despedir a mis empleados. ¿Qué querías que hiciera?

—Pedirme ayuda.

Juan se quedó a medio camino de subirse los pantalones.

—¿Pedirte dinero?

—¿Acaso tú no me lo prestarías si pudieras y vieras que mi negocio necesita una inyección de liquidez?

—No es el caso —sentenció, ajustándose el cinturón.

—¿Pero si lo fuera? —insistió Luz, reclamando su mirada, la cual estaba ocupada en la búsqueda de sus zapatos.

—Claro que te lo dejaría.

—¿Y cuál es el problema de que sea a la inversa? —Soltó una carcajada seca—. ¿Es porque tú eres el hombre?

—No, joder, no. —De rodillas, metió la cabeza bajo la cama y encontró el zapato que le faltaba—. Pero no puedes estar salvándome constantemente. Soy yo el que tiene que librar sus propias batallas de vez en cuando.

Lo miró mientras se calzaba. Trató de que aquella cotidiana actividad la relajara. No lo logró, pero al menos bajó el tono de voz.

—Echarte una mano si puedo hacerlo no es salvarte de nada —trató de razonar.

—¿Eso crees? —Ya incorporado y vestido por completo, la enfrentó con toda su atención por fin en ella—. Sin conocerme de nada, me sacaste de un apuro la primera vez que nos vimos. Después aceptaste ayudarme con la boda de mi hermana saltándote tus propias normas.

—Tú me contrataste —intervino.

Él ni la escuchó.

—Hasta me hiciste la puta declaración de la renta. Cuando estaba al borde de la quiebra, hiciste tu magia y Gallardo me aplicó unos descuentos inauditos que me sacaron del agujero —siguió enumerando—. Encontramos al padre de Carla gracias a tu viaje a Cuba.

—Eso fue casualidad —desmintió, hastiada—. O en todo caso, fue gracias a Lidia, que me convenció de ir.

—Casualidad o no, la que hablaste del tema con el recepcionista fuiste tú. Yo... —suspiró, dejando caer los hombros, rindiéndose a su propia frustración. Se desplomó sobre la cama y miró a un punto indefinido del suelo—. No estoy acostumbrado a esto.

—¿A que alguien te ayude? —Quería comprenderlo, pero le costaba bastante—. ¿A no estar solo?

Él alzó la vista. Tenía una mirada atormentada.

—Me quedé solo cuando mis padres murieron. Con diecinueve años me hice cargo de una casa, de una hermana adolescente. No porque fuera el hombre, porque era el mayor. Y no había nadie más

—Yo soy un día mayor que tú —apuntó ella.

Él hizo una mueca.

—Muy graciosa.

—No era un chiste. —Con un bufido que demostraba que estaba al borde de su paciencia, se sentó a su lado con una pierna doblada bajo la otra—. Estoy tratando de seguir tu lógica.

—No es lógica, son los hechos. Asumí la responsabilidad de crear una empresa. Después, la de ir contratando empleados. Fue mi decisión la de aspirar a más. Por lo tanto, soy yo quien debo encontrar la salida a mis problemas.

Su síntesis habría sido válida si él siguiera solo como cuando esos problemas habían empezado, pensó para sí Luz.

—Aunque estos problemas impliquen sacarme de tu vida —fue lo que en realidad le dijo.

—¡No te saco de mi vida!

—Lo haces. De forma consciente o no, pero lo haces —lo acusó, esta vez sin tratar de contener su irritación—. Dime, ¿me habrías pedido que me fuera contigo a Tenerife de haber tenido que aceptar ese trabajo? ¿Habrías consultado conmigo esa decisión o no habría tenido ni voz ni voto?

Él pareció sorprendido por sus preguntas.

—Te habría expuesto la situación. Pero no te habría pedido que vinieras. Porque tu trabajo está aquí —justificó bajo su acusadora mirada.

«Pero no porque no lo deseara con toda mi alma», pensó solo para sí.

—Yo puedo organizar bodas en cualquier parte —declaró con las manos abiertas, explicándole algo que le costaba creer que no hubiera visto por sí mismo—. Me llevaría un par de meses conocer la zona, hacer contactos... Pero podría hacerlo. O me habría tomado una temporada sabática hasta que terminaras la obra.

Esa última propuesta lo hizo reír mientras negaba con la cabeza.

—Claro, tú te lo puedes permitir, porque nunca te ha faltado el dinero.

Aquella frase pareció hacer eco en el dormitorio. Después, fue como si hasta

el tic tac del reloj se hubiera detenido.

—¿Eso es lo que crees? —La voz de Luz sonó triste al romper el silencio.

—¿Acaso no es así?

—¿Y de dónde sacas eso? ¿Sabes con qué llegué aquí, con qué compré esta casa?

—Tenías un buen trabajo. Cristóbal tendría un seguro de vida —supuso.

Luz negó con la cabeza, incrédula, preguntándose cómo él había podido pensar todo ese tiempo que era una mujer acomodada desde niña y que nunca había pasado por dificultades similares a las suyas. Estaba muy equivocado.

—Con el seguro de vida de Cristóbal y mis ahorros de tres años de trabajo pagué lo que nos quedaba de la hipoteca del piso de Madrid. Después lo vendí. Con ese dinero compré esta casa y la reformé. Con lo poco que me quedaba —continuó, cada vez más acalorada—, monté mi negocio y trabajé a tiempo parcial en el Magda Lennon para poder sobrevivir los dos años que tardé en obtener beneficios con Nuestro momento. Y ya está. No acepté ayuda de mis padres, que tampoco aprobaban mi cambio de vida. No acepté el finiquito de mi suegro, porque renuncié a mi puesto. Él no me echó, por lo que no me correspondía. Tampoco había pretendido dármelo, pero por amistad a mis padres rectificó. Devolví su generosa transferencia.

Juan asimiló aquella información con sorpresa, pero siguió en sus trece. Luz no supo si las gotas que perlaban su frente eran humedad por la reciente ducha o sudor a causa de la sofocante conversación.

—Me parece muy correcto. Pero te lo podías permitir. No tenías a nadie a tu cargo. Ni una hermana pequeña, ni seis familias que vivieran del sueldo que les pagabas. Y de haberte hecho falta de verdad, tras agotar otras vías como créditos bancarios e hipotecas, podrías haber recurrido a tus padres.

—Porque son mi familia, ¿verdad? —Su argumento se basaba en eso. A ella le venía de perlas—. Esa es tu lógica. Pues en esa misma línea, lo mío es tuyo —dijo remarcando cada una de las últimas palabras de forma pausada—. ¿No somos una pareja? ¿No vivimos juntos? ¿No es esta nuestra casa?

—Es tu casa.

—¡Mierda, Juan! —Dio una palmada contra la cama con todas sus fuerzas—. ¿Acaso te hago yo sentir como si no fuera la tuya?

—Claro que no. —Para asombro de ella, él se tiró del pelo con frustración. Jamás le había visto hacer algo similar—. ¡Joder, Luz! Tú lo haces todo fácil en ese sentido.

—¿Y por qué demonios quieres tú complicar las cosas?

Se estaban gritando. Solo una vez con anterioridad lo habían hecho, y él se había jurado que no volvería a suceder nunca. Porque una de las pocas cosas que recordaba de sus padres antes de que se separaran eran los gritos constantes, que a menudo no le dejaban dormir.

En cambio, su padre y la madre de Carla no solían gritarse, y si discutían no lo hacían de forma acalorada, o al menos nunca lo habían hecho delante de ellos.

—La vida es complicada. —Juan bajó el tono y suavizó las formas.

—Tanto como nosotros la hagamos. —Luz respondió del mismo modo—. Cualquier cosa es más fácil de sobrellevar entre dos. Siempre que esos dos se entiendan bien. Creí que tú yo lo hacíamos.

—Lo hacemos.

—¿Entonces por qué estamos discutiendo?

—Porque no puedes ser solo tú la que lo des todo, Luz.

Aquellas palabras la hicieron quedarse callada unos segundos. Medio río por ellas.

—En eso estamos de acuerdo. Pero es que ese todo no es exclusivamente el dinero. Yo me doy a ti, por completo. En cambio tú... te guardas parte de ti para ti mismo. —Él la miró, sintiéndose perdido, sin saber qué decir—. Si todo esto del dinero tiene algo que ver con lo que hizo tu madre...

Su mirada se endureció de pronto. Una sombra cayó como un telón sobre sus brillantes ojos.

—¿A qué viene ahora hablar de mi madre?

—No hablo de Carolina. Si no de tu madre biológica. Nunca has mencionado su nombre.

—Judith. —Apenas susurró las escasas letras—. No me interesa recordarlo, por eso no lo habré mencionado.

—Yo no lo repetiré entonces —concedió con comprensión—. Pero si crees que porque ella os dejó a tu padre y a ti en busca de un hombre adinerado la historia puede volver a repetirse, estás muy equivocado. —Tomó aire con dificultad, las ganas de llorar la apremiaban—. Tú me has elegido, Juan, me has visto como soy y estar conmigo ha sido tu elección. Creía que en mí veías mucho más que una mujer que te atraía físicamente. Que en mí encontrabas valores acordes a los de Carolina, y diametralmente opuestos a los de... ella.

Juan la observaba en silencio, claramente confuso e irritado.

—Sé que lo que menos te interesa de mí es mi dinero —comunicó tajante.

—Gracias. No estaba segura de que lo tuvieras tan claro, dada la importancia que parece darle.

—Es importante que una empresa sea rentable. En esencia, es su objetivo. Tú tienes una. Deberías saberlo.

—Muy bien. —Visto que no parecían llegar a ninguna conclusión satisfactoria, Luz decidió que debían zanjar el tema de inmediato—. Si para ti es importante alcanzar un gran beneficio económico en tu trabajo, lo comprenderé. Pero no aceptaré unos meses como los que acabamos de pasar. Nunca más.

—No he dicho un gran beneficio... Y, ¿qué significa exactamente eso último que has dicho?

—Lo que has oído. —Tomó aire y habló con decisión—. No acepto una relación en la que no estemos juntos.

—¿Es eso un ultimátum?

—Es una petición. Siempre me dices que te pida lo que me haga feliz. Pues bien, tenerte lejos me hace infeliz.

Infeliz. A Juan se le vino todo abajo al oír esa palabra. Estaba fracasando

estrepitosamente en la misión que se había encomendado a sí mismo, aunque lo hubiera hecho a través de un figurado mensaje del más allá. El Cristóbal de su imaginación le dio un puñetazo mental.

—¿Qué quieres de mí, Luz?

Ella se levantó y lo miró muy seria y decidida.

—Quiero que pienses qué es lo que quieres tú. Qué quieres realmente. Y cuando lo tengas claro, me lo dices. Pero ten bien meditada la respuesta cuando me la des, porque lo que digas puede cambiarlo todo.

—Luz...

—Perdí el amor una vez, Juan. —Ahora ella le dio la espalda a él—. Me dolió tanto que llegué a enfadarme con Cristóbal por morirse y dejarme sola. Tardé mucho en dejar ese enfado atrás, en asumir que él era el último que quería morir, que dejarme sola le dolió a él más que a mí que se fuera para siempre. No quiero estar con un hombre de nuevo y aun así seguir sintiéndome sola. Sola, aquí dentro —matizó, al tiempo que se giraba, y se golpeó en el pecho al ver su ceño fruncido, como si no entendiera.

—No voy a dejarte. Nunca. —Se levantó y le tomó ambas manos—. Si quieres que lo haga, tendrás que ser tú la que me echés de tu vida.

—Entonces, no te alejes cada vez más. —Apretó los labios, jurándose no llorar—. Y no hablo solo de la distancia física.

—Está bien. Voy a hacerlo mejor, te lo prometo. —Juntó su frente con la de ella y le habló en susurros—. Te llamaré a diario. Aunque sea a las doce de la noche.

—No lo hagas como una obligación. —Se apartó un paso de él para mirarle a los ojos. Decían tanto o más que las palabras en esos momentos—. Si no sale de ti, no lo quiero.

—Si no lo he hecho así antes es porque no quería molestarte a esas horas. ¿Cómo no voy a querer hablar contigo? —planteó, desesperado.

No tenerla con él cada noche en aquel vacío apartamento había sido un suplicio. No dormía igual si ella no ocupaba el otro lado de la cama, si no se

acurrucaba en su pecho. Añoraba su calor, su aroma, su sonrisa por las mañanas. Hacerle el amor cuando se lo pedía el cuerpo. Y el corazón. Porque también añoraba contarle los problemas, las anécdotas del día. Preguntarle qué tal el suyo, hacer planes para el fin de semana o, simplemente, darle un beso cuando le viniera en gana.

Pero él no era dado a llamadas telefónicas largas. En su trabajo era escueto al teléfono. Lo importante, lo trataba en persona. Ni siquiera con Carla o con sus propios amigos había mantenido nunca conversaciones telefónicas de más de unos minutos. Le resultaba impersonal, porque gran parte de la comunicación se hacía con los ojos, con los gestos... Las palabras no eran su fuerte, nunca lo habían sido.

Sin embargo, ahora comprendía que debía haber hecho el esfuerzo de amoldarse a la situación y haber previsto que Luz no era como él en ese sentido. Es más, era todo lo contrario a él.

—Si no lo necesitas, no lo hagas —claudicó ella con gesto crispado.

—Lo haré —aseguró él, recortando de nuevo las distancias—. Porque me gusta hablar contigo, y ahora sé que tú lo necesitas. Sería mucho más fácil si me dijeras ya qué otras cosas necesitas.

—Sí que lo sería, ¿verdad? —El tono fue sarcástico—. Pero no voy a hacer eso. La vida no es fácil, tú mismo lo has dicho.

—A veces uno necesita pistas —insistió él—. Sobre todo si es un novato como yo.

—No voy a salvarte esta vez, Juan. Tendrás que librar esta batalla tú solo.

«*Touché*», pensó cerrando un momento los ojos.

—¿Para qué hablaré a veces?

Ella le sonrió, comprensiva.

—A veces dices cosas muy acertadas.

—¿Ah, sí? —No se le ocurría ninguna en ese momento—. Recuérdame alguna.

Ella le cogió el mentón con una mano y le sonrió con tal ternura que su

corazón quiso posarse en su mano de la misma manera.

—Yo solo te necesito a ti —pronunció con solemnidad. Y Juan recordó dónde y cuándo él había dicho exactamente eso—. Solo te necesito a ti.

Pensó que iba a besarlo, pero dio un paso atrás y lo miró un solo segundo antes de salir por la puerta.

Cuando bajó con su mochila, ella estaba sentada en el columpio del jardín. No se levantó cuando se acercó, así que él se sentó a su lado y la besó sin cruzar una sola palabra más.

—La suerte está echada —lanzó Luz al aire cuando la furgoneta desapareció al final de la calle. Quizás, para no volver.

Capítulo 34

La puerta estaba cerrada, cosa que no era de extrañar, pues los jueves a las siete de la tarde el *Dando la nota* nunca abría. No era un muy frecuente acudir a un karaoke a esas horas entre semana, por lo que Adrián, el dueño, tenía otro trabajo por las mañanas de lunes a viernes como locutor en una radio local.

Luz esperó a que llegara. La había llamado el lunes para preguntarle si podía pasarse esa semana a recoger un par de cajas de disfraces y accesorios que pretendía renovar. Había pensado que al grupo de teatro juvenil del pueblo le podía venir bien todo aquello, y como ella era una de las coordinadoras de las actividades del Centro Cívico, se le había ocurrido dárselo en persona.

Luz le había dicho que su único hueco libre de trabajo era el jueves. Podría pasarse cuando volviera de su reunión del club de lectura en casa de Belinda, que terminaría sobre las siete. Él tuvo que consultarlo con alguien antes de confirmarle la hora. Había estado tentada de decirle que llevara las cajas al Centro Cívico, que estaba abierto hasta las ocho, pero lo había descartado. Imaginaba que, de poder hacerlo él mismo, no andaría solicitando que ella acudiera hasta allí. Quizás se le hubiera estropeado el coche. Y a ella no le costaba nada.

Tuvo que esperar hasta las siete y diez a que Adrián abriera. Estaba dentro. A ella no se le había ocurrido llamar a la puerta.

—Hola, perdona que te haya hecho esperar. Ando un poco liado.

—No pasa nada.

Estaba sudando. ¿Estaría haciendo reformas además de renovar el material?, pensó sorprendida. También parecía nervioso. Y todo estaba tan oscuro...

Lo siguió a tientas, guiándose por la camiseta blanca que caminaba ante ella. Suerte que fuera un hombre alto, aunque delgado. Si no, no habría sido capaz de verlo en las tinieblas.

—¿Se ha ido la luz?

—No, qué va. Ahora la enciendo. Espera aquí.

—¿Aquí?

—Sí, siéntate ahí mismo.

Él la tomó por un brazo y la hizo sentarse en una de las mesas posicionadas ante el escenario. En la más centrada, pudo observar cuando un foco lo iluminó frente a ella.

—¿Adrián? —lo llamó, pero ya había desaparecido.

De pronto, una música comenzó a sonar y cuatro hombres cuyas caras ella conocía bien aparecieron sobre la tarima. Vestían disfraces curiosos. Uno llevaba orejas de burro, otro parecía una galleta de jengibre, otro iba de Pinocho y el último era el Gato con Botas.

La música y los disfraces pronto le indicaron que la canción era *I'm a believer*, el tema principal de la fabulosa película de animación *Shrek*. Le sorprendió que en la pantalla ubicada tras ellos no se viera el siempre presente video clip que acompañaba a las actuaciones.

«Es tan solo un ensayo», dedujo. «Voy a ver a los Hombres K ensayando», pensó de inmediato, con ilusión, pues era todo un privilegio. Pero... ¿no era raro que ninguno fuera disfrazado del protagonista, de Shrek?

La pregunta se desdibujó en su mente cuando una voz que no era la de ninguno de ellos comenzó a cantar la letra de la canción. Tampoco era Adrián. Este tenía la voz más aguda, lo había escuchado cientos de veces en la radio. Aquella voz era mucho más grave, más profunda... La piel se le erizó incluso antes de verle la cara.

Juan apareció en el escenario caminando con soltura, mirándola a los ojos

con una seductora sonrisa, mientras entonaba cada estrofa hasta llegar al estribillo para ponerse a bailar una loca coreografía. Muy ensayada, comprobó tras ver la complicidad que mostraba con el grupo que lo rodeaba.

Conteniendo tanto las lágrimas como la risa, Luz disfrutó del espectáculo que era ver a Juan con una diadema de orejas verdes y un chaleco ajado sobre una holgada camisa blanca. Oírlo cantar con tanto sentimiento que parecía que el tema lo hubiera compuesto él. Bailar con aquella energía, totalmente entregado, divirtiéndose junto con cuatro hombres que simulaban tocar guitarras de juguete y una batería en miniatura como si de los mismísimos Smash Mouth se trataran.

La canción hablaba de un hombre que no creía en el amor, pues era algo que no estaba hecho para él. Eran cuentos de hadas. Pero desde que vio la cara de ella, creyó. Se enamoró.

Cuando la actuación terminó, Luz prorrumpió en aplausos como una loca. Juan saltó del escenario y caminó hasta su mesa, donde Luz no podía parar de reír con los ojos vidriosos.

Antes de decirle una sola palabra, cogió una pequeña bolsa de la mesa de al lado, una de papel marrón que ella reconoció como del Magda Lennon. Sacó una Rellenita de chocolate y se la ofreció.

Luz lo miró sin comprender.

—En el chocolate está la felicidad —dijo Juan, con solemnidad. Al ver que no reaccionaba, le indicó con un gesto que mirara la magdalena.

Luz desvió la vista de sus ojos radiantes a la Rellenita, y vio que de la cobertura de chocolate sobresalía algo brillante. Se le cortó la respiración. Y no se movió ni un milímetro.

—Y mi felicidad está a tu lado, Luz —continuó, sacando la sortija del mullido dulce. Sopló un par de veces para quitarle las migas—. Me preguntaste qué era lo que quería. Y me insinuaste algo que me costó ver, pero tras darle algunas vueltas a nuestra conversación, capté tu propuesta implícita. Por supuesto, te conozco lo bastante bien como para saber que tú nunca me lo

ibas a pedir directamente. Por un lado, te han educado de una forma demasiado conservadora. Y por otro, estoy yo con mis prejuicios y mis miedos. Sé que nunca te he dado muestras de que la idea me hiciera mucha gracia. Pero eso ha cambiado. Tú has hecho que cambie. Y me doy por aludido. Te digo sí, Luz. Sí quiero. Quiero estar contigo para siempre. ¿Quieres tú lo mismo?

—Sabes que sí. —Articuló tras tragar saliva y asimilar todas la aturulladas palabras que él le había soltado como un chorro de agua en plena cara—. Pero...

—Espera.

Le cogió la mano para ponerle la joya sin que ella tratara de evitarlo. La sortija con tres flores blancas —idénticas a las de ciertos pendientes que él le había regalado— brilló en su dedo. Juan la admiró con una sonrisa de satisfacción.

—Antes de que pongas un solo pero, quiero que sepas que he pensado esto a conciencia. Incluso he hecho fabricar esta joya para ti, porque no formaba parte del conjunto de pendientes y collar. Y digo sí, rotundamente sí, esto es lo que quiero. Quiero casarme contigo, Luz. —La miró tan convencido de sus propias palabras que a Luz se le secó la boca—. Sé que esa iba a ser la primera de las pegadas que se te iban a ocurrir. Olvídala. Y estoy preparado para rebatirte cualquier otra cosa que se te ocurra en contra de que seamos marido y mujer.

—¿No me digas? —Estaba francamente sorprendida, pero no iba a rechazar el reto—. Entonces te diré para empezar, como ya imaginarás, que no aceptaría que mi marido trabajara tan lejos de casa como para no verlo a diario. Salvo excepciones muy puntuales como las que a mí misma me pudieran surgir —añadió con lógica.

—Sin problema. —Ella alzó ambas cejas, pidiendo más concreción—. Voy a asociarme con Javier. Hace algún tiempo que me propuso la idea, pero hasta ahora no lo había visto claro. La empresa necesita crecer, necesitamos

contratar a más empleados fijos, polivalentes y bien cualificados para terminar en menor plazo los encargos. Y yo solo no puedo, ni quiero, hacerme cargo de algo tan grande. Porque me gusta mi trabajo —continuó, sin perder un ápice de determinación—, pero no quiero dedicarle el cien por cien de mi vida. Javier es el primero que se embarcó conmigo cuando me establecí por libre. Nos entendemos y confiamos el uno en el otro. Cada uno se encargará de diferentes aspectos del negocio, pero ya no habrá una única figura como responsable final. Eso me aligerará la carga mental, y el número de horas diarias.

—¿También hará que trabajes más cerca de casa? —inquirió, decidida a dejar bien claro ese punto.

—Sí. Javier tampoco desea estar lejos de su familia. No aceptaremos trabajos a más de una o dos horas de casa. Y otro de los cambios que hemos hablado implica establecer un horario más estricto de fin de jornada. Además de un día libre entre semana si trabajar un sábado resultara imprescindible —añadió—. ¿Qué te parece?

Esperó impaciente su respuesta. Ella habló sin cambiar el gesto.

—Aceptable.

—Estupendo. —Pretendía hacerse la dura con él. Estaba sacando su lado de negociadora implacable. Él ya había contado con ello—. Ya estamos un paso más cerca del altar. ¿Siguiente obstáculo?

Ella no tardó en saber cuál podría ser.

—Querré hijos. Más de uno.

—Yo lo tengo también en mente —aseguró sin inmutarse—. Y desde mucho antes de lo que puedas imaginar. En su momento la idea me abrumó, pero ya la he digerido. Empecemos a intentarlo cuando quieras.

—No me refería a ya mismo. —En esta ocasión, la abrumada fue ella. Tanto que tuvo que dar un paso hacia atrás. Él lo dio hacia delante—. En un par de años, quizás.

—Como quieras. Pero tampoco deberíamos esperar mucho. Ya no somos unos jovencuelos. Y a mí el número tres me parece el ideal. De uno en uno,

claro —matizó, con el recuerdo de cierta noche con ciertos trillizos en la cabeza.

A Luz cada vez le acuciaba más la necesidad de beber algo, bien frío.

—¿Quieres tres hijos?

—Es lo que me gustaría, pero pueden ser dos si a ti tres te parecen demasiados —cedió, antes de que ella lo pusiera como objeción—. Pero uno solo, no. Para mí es importante que tenga un hermano.

—En eso estamos de acuerdo. —La sonrisa le salió sola.

—Otro paso hacia el padre Andrés —comentó Juan, también muy sonriente—. Porque doy por hecho que quieres una boda por la iglesia.

—Sí, la prefiero.

—Yo también. Mi enfado con Dios se ha apaciguado un poco en los últimos tiempos, y sé que para ti es importante que nuestra unión sea bendecida.

—Lo es —confirmó, sorprendida de que él lo comprendiera y lo aceptara desde el primer momento.

—Y si estás pensando en que voy a desentenderme de la organización —continuó, sin que ella hubiera tenido la oportunidad de que aquello se le pasara por la cabeza—, te advierto que ya tengo muchas cosas ideadas. Como el tema de los músicos. ¡Chicos! —gritó mirando hacia el escenario.

—¿Ya ha dicho que sí? —preguntó uno de ellos.

Luz había olvidado que estaban ahí.

—Aún no, pero lo hará. Música, por favor —solicitó Juan.

A un gesto de estos, Adrián, que estaba en la cabina del DJ, respondió con otro gesto de su mano. La música de los Whitesnake inundó el local, pero las voces fueron las de los hombres sobre el escenario. Todos a coro, comenzaron a cantar *Is this love*.

—Esta es nuestra canción. —La cogió por la cintura y la hizo girar como aquella vez en su jardín—. Habrá que bailar la en nuestra boda.

—Esto es jugar sucio —protestó Luz, derritiéndose por momentos—. Sabes que bailar contigo es mi debilidad.

—Solo juego mis cartas lo mejor que sé. —Se acercó a su oído y le susurró—. ¿Qué culpa tengo yo de tener un as en la manga?

La notó estremecerse, siempre tan receptiva, tan sensible a sus caricias, a sus besos... El deseo lo apremió. Lo aplacó como pudo, centrándose en un objetivo más importante en ese momento; lograr tenerla para siempre a su lado.

La giró en el aire como la primera vez que bailaron aquella canción, provocando en ella sensaciones aún más intensas.

—¿Hemos llegado ya al final del pasillo? —preguntó Juan cuando la depositó en el suelo.

—¿Eso crees?

—Hago lo que puedo. Pero ya sabes que soy nuevo en esto. Admito que necesitaré un poco de ayuda por tu parte.

Por fin se decidía a pedirle ayuda de forma abierta. Desde luego, estaba decidido a no irse de allí sin un sí. Pero a ella aún le faltaba algo.

—Yo necesitaré que me digas algo que aún no me has dicho. A ser posible, a diario.

Juan no tardó en captar a qué se refería.

—Claro que te lo he dicho. Sin palabras, cada vez que te besaba, que te hacía el amor. —La apretó contra sí, con firmeza, moviendo sus caderas al ritmo de la música, inundándola de él como todos sus sentidos anhelaban—. Cuando bailo contigo te lo estoy gritando. Pero si son palabras lo que necesitas, ahora te las acabo de cantar. No he elegido esa canción al azar. Suscribo todo lo que dice. —Se quitó la diadema de orejas verdes y la tiró sobre la mesa. Después, besó sus labios con suavidad y se quedó a un centímetro de ellos para susurrarle—. No creía en el amor. Pero soy creyente desde que te vi. Me he enamorado de ti. Ahora sé que es posible. Tú lo has hecho posible.

Luz le acarició la nuca y respondió al roce de sus labios con tentadores y ligeros besos.

—Esa última frase no la dice la canción —apostilló.

—Pero la digo yo. —Se apartó un poco para mirarla a los ojos y achicó los suyos, retándola de nuevo—. Te quiero, Luz. ¿Me quieres tú a mí?

—Sí, Juan. Te quiero muchísimo.

El impacto que oírlo le provocó en mitad del pecho le hizo comprender por qué ella había reclamado las palabras. Eran poderosas. Tenían un gran valor cuando era la persona amada quien las decía. Otra maravillosa novedad más que descubría con ella.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Más que nada en el mundo.

Juan detuvo el baile, la abrazó con fuerza y la besó con ganas y gran alivio. Los músicos sobre el escenario gritaron y aplaudieron. La música lenta cambió de golpe para entonar el *We are the champions* de Queen, haciéndolos reír a ambos aún sin separar sus labios.

—Por si algún día se me olvidara decírtelo, verás un «te quiero» tallado en piedra, en una segunda fuente que están instalando ahora mismo en el jardín trasero.

Luz sintió cómo el corazón se le derretía un poquito más.

—Bala en la recámara, ¿eh?

—No podía arriesgarme a dejar un solo cabo suelto —justificó Juan mientras la dirigía hacia la salida del local.

—No se te ha escapado ningún detalle.

—He aprendido de la mejor. —La besó de forma lenta y profunda en cuanto salieron a la calle y nadie pudo verlos—. Espera a ver la cena que te he preparado. Y lo que tengo para después.

¿Había estado ya en su casa? En casa de ambos, pensó de pronto, porque no le cabía duda de que Juan aceptaría que se instalaran definitivamente allí, donde estaba su negocio, donde ya habían convivido, donde dos jardines de ensueño hacían de su hogar un lugar idílico.

Tenía que haberlo montado todo mientras ella estaba en casa de Belinda con

las chicas. Se planteó que tal vez ellas también estuvieran compinchadas. La verdad era que habían estado un poco raras toda la tarde.

—¿Es que hay más?

—Siempre habrá más —prometió con solemnidad, caminando con un brazo rodeando su cintura—. Si no lo hubiera, por un despiste puntual sin importancia, dame un tirón de orejas y lo recordaré sin falta.

—Te tomo la palabra —aseveró, pues no pretendía volver a llegar al punto en el que se habían encontrado esos meses, sufriendo en silencio sin decirle al otro cómo se sentía—. Pero dime qué es lo de esta noche.

—Ya está aquí la impaciente. —La estrujó contra sí y la besó en la sien.

—Una pista...

—Solo una. —Ella asintió con ansia—. Hace juego con tu sugerente colección del armario de nuestra habitación. —Enfatizó la palabra «nuestra», dejando constancia de que pensaba lo mismo que ella sobre su hogar—. Pero es para mí.

Luz frenó el siguiente paso.

—Mi sugerente colección de nuestro armario también es para ti.

—Cierto. Pero esta vez es para ponérmelo yo.

Luz abrió la boca formando una gran O y Juan se carcajeó mientras tomaba su mano y reanudaba la marcha.

—Nunca dejas de sorprenderme —admitió, llena de expectación.

—Y nunca dejaré de hacerlo —prometió Juan, con toda intención de cumplir tanto esa como todas las promesas que le hiciera a Luz desde esa noche en adelante.

La primera noche del resto de sus vidas.

Epílogo

El día había amanecido bastante nublado, pero poco a poco el cielo se estaba despejando para dar paso a los rayos de un radiante sol de principios de verano. Lidia se asomó a la ventana por enésima vez en la última hora, comprobando que la temperatura también empezaba a subir.

—Ya no hay duda. No va a llover, te lo aseguro.

Desde su asiento frente al tocador, Luz la miró a través del espejo y le sonrió complacida. Había sido testigo de muchas bodas bajo la lluvia. Entre ellas, la suya con Cristóbal. Aunque después aquel hecho se quedaba en una mera anécdota, ella prefería que nada en absoluto le recordara a su anterior enlace. Porque esa era su nueva vida, ella era otra Luz. Y Juan era el hombre al que se iba a unir para siempre y por completo.

Además, que lloviera habría sido una lástima, porque todo estaba pensado para una boda al aire libre, excepto la ceremonia. Ella necesitaba dar el «sí, quiero» dentro del templo, y Juan no había tenido ninguna pega en ello. El festejo, en cambio, iba a tener lugar en el exterior, al igual que la boda de Carla y Álex, en homenaje al evento y al lugar que los había unido a ellos; aquella otra boda, la reforma de aquellos terrenos, aquel pueblo que ya era el hogar de ambos.

Aún en ropa interior —una muy especial que tenía guardada desde hacía mucho tiempo, tras haberla visto en un catálogo incluso antes de llevar el anillo de compromiso en su dedo— y con solo un batín cubriéndola, dejó que

su madre terminara de peinarla. El maquillaje suave y de tonos rosados no podía favorecerla más, pensó, sintiéndose hermosa e ilusionada.

—¿Te gusta así o te dejo algún rizo más suelto?

Su madre le había recogido el pelo de forma sencilla por delante, con unos tocados de flores, de forma que su rostro quedaba despejado, pues su larga melena lucía suelta solo en la parte de la espalda. A él le gustaba su pelo, largo y al viento. Nada de recogidos completos, ni de velos. No en esta ocasión.

—Así está bien. Está perfecto.

—Estás más que preciosa. —Regina la observó en el reflejo y juntó su mejilla a la de ella con una sonrisa emocionada. Se obligó a apartarse antes de echarse a llorar—. Venga, ponte ya el vestido.

—¿Estáis listas ya? —se oyó al otro lado de la puerta.

—¡Aún no! —gritaron las tres mujeres a la vez.

—Pues aquí hay alguien que quiere entrar —repuso el padre de Luz—. Y no soy yo —añadió.

La puerta se abrió y Carla asomó la cabeza con timidez.

—¿Hay sitio para la madrina en el cuarto de la novia o debo esperar a verte cuando entres en la iglesia?

—Por supuesto que puedes pasar —concedió Luz, poniéndose en pie para ir a recibirla con un beso.

—¡El maquillaje! —les recordó Lidia, por lo que se abrazaron y solo rozaron sus mejillas en un beso simulado.

—Luego te comeré a besos. Después del «sí, quiero» —propuso Carla.

—Estás guapísima —la admiró Luz, tomando sus manos y dando un paso atrás para observarla mejor—. Sabía que el verde era tu color.

Y le iba estupendo con esa melenita castaña que lucía desde hacía casi un año. Parecía otra. Nadie hubiera dicho que hacía nada había estado entre la vida y la muerte.

—Tú podrías ir al altar tal como estás y serías la novia más radiante de la

historia. Juan te raptaría nada más salir de la iglesia. O nada más entrar — bromeó Carla, haciendo que Luz dejara atrás aquel sobrecogedor pensamiento, y provocando también que Regina se ruborizara.

—Dejemos las transparencias para la noche de bodas —propuso la mujer—. Vamos, ponte el vestido, que se nos echa la hora encima.

Luz se despojó del batín, haciendo que las otras tres contuvieran el aliento al ver el delicado conjunto de ligero y medias, sostén, corsé y tanga de encaje y tul, todo de un blanco inmaculado pero claramente diseñado para hacer perder el sentido a un hombre. Juan iba a caerse patas arriba cuando la desnudara, pensaron todas ellas.

Ayudaron a Luz a vestirse y se quedaron un rato en silencio mientras la observaban.

—¿Qué tal estoy?

La miraron de arriba abajo y volvieron a compartir otro pensamiento. Vestida también iba a dejar sin aliento a Juan.

—Estás más guapa que nunca —corroboró Lidia, mirándola con los ojos nublados.

Era la segunda vez que le decía aquellas palabras, y ambas se emocionaron. Pues la primera, fue el día que se casó con su hermano.

Luz no quiso dejarse embargar por lo recuerdos que, aunque hermosos, no eran para ese día.

Por supuesto que nunca olvidaría su boda con Cristóbal. Pero era una página que había pasado ya. Era un pedazo de su vida que se quedaría para siempre en un rinconcito reservado para él en su corazón.

—¿Os falta mucho? No quiero llegar tarde —se oyó de nuevo a Francisco al otro lado de la puerta—. Y aquí no para de llegar gente —protestó, molesto y nervioso.

—¿Luz? Soy Hugo. —Se oyó casi por encima de la voz del otro hombre—. ¿Quieres que empecemos ya con las fotos?

Lidia tragó saliva. Sabía de sobra que él estaría allí. Luz no iba a elegir a

otro fotógrafo que no fuera él para su propia boda. Y aunque se había estado concienciando durante meses para ese momento, volverlo a ver después de lo ocurrido la última vez le resultaba inconcebible.

—Adelante, Hugo —aceptó la novia—. Estamos todas listas. Papá —añadió cuando la puerta se hubo abierto—. Ven tú también, por favor. Solo serán un par de fotos.

Lidia no supo si él la había mirado en algún momento de forma directa y no solo a través de su objetivo, porque salvo para posar junto a Luz, no había alzado la vista ni una sola vez hacia él.

No quería encontrarse con aquellos ojos verdes. No sabía lo que podía llegar a sentir si sus miradas se cruzaban. Y le daba un miedo atroz descubrir qué dirían los ojos de él cuando la miraran. ¿Se mostraría indiferente, como si nada hubiera pasado, como si no la conociera? ¿O esos ojos de gato estarían cargados de reproche por su forma de comportarse, inmadura y cobarde?

Como tenía que bajar las escaleras con Luz para sostener la cola de su vestido de seda blanco, falda de amplio vuelo y cintura entallada, escote en pico y finos tirantes, dejó que los demás bajaran delante de ellas.

Hugo iba fotografiando el proceso, a pocos pasos, no perdiendo detalle. Cuando Lidia se vio obligada a detenerse para evitar pisar la larga falda plisada de su propio vestido, una mano se le adelantó y alzó la tela de forma que pudo seguir su camino.

—Gracias —susurró ella al llegar a la puerta.

—De nada.

Hugo lo dijo sin mirarla a la cara, haciendo que Lidia sintiera una aguda punzada en el pecho. Olía igual que siempre. Y su cabello, aunque más corto, seguía siendo de un dorado brillante. Sintió ganas de hundir los dedos en los mechones revueltos de su estratégicamente despeinada cabellera.

En el coche de la novia, con el padrino al volante, Luz, Regina y Carla tomaron rumbo a la parroquia de San Juan con bastante prisa. Solo quedaban quince minutos para las doce.

—No te importa ir con Hugo, ¿verdad? —le había solicitado Carla al pie de la carretera—. Álex ha llevado a Juan a la iglesia y me han dejado aquí de camino, pero he contado con que no hacía falta que volviera. Y atrás, con la cola del vestido, no cabemos las dos.

—Sí, yo la llevo —había respondido el fotógrafo por ella—. Daos prisa. Quiero hacer algunas fotos antes de que Luz entre en la iglesia.

Ella lo siguió hasta su coche, uno muy nuevo que nunca antes había visto, más grande y mejor equipado que el anterior, por lo que dedujo que las cosas le iban bastante bien. No lo había dudado ni por un momento.

—Estás muy guapa.

A Lidia le ardió la sangre al oír aquellas tres simples palabras. Se había esmerado en elegir el vestido, el peinado y el maquillaje. Pero no por él, sino porque era la boda de Luz. Aunque era cierto que cuando él había anunciado su presencia en el dormitorio, ella se había echado un vistazo rápido en el espejo. Que el recogido alto en el que había trenzado su larga melena negra estuviera bien firme. Que el maquillaje más recargado en los ojos y muy suave en los labios no se hubiera desdibujado. Que el escote redondo de su vestido largo color lavanda no se hubiera torcido, pues debía reconocer que era muy ceñido antes de llegar a la falda y, cada vez que se movía, sentía los pechos prietos contra la tela de raso.

—Gracias.

El resto del camino lo hicieron en silencio. Cuando él aparcó al otro lado de la calle, en el único hueco libre que encontró en los alrededores de la parroquia —pues el resto de invitados ya había llegado— Lidia se decidió a mirarlo, pensando que él no se daría cuenta mientras salía del vehículo. Pero no lo hizo. Al contrario. Se giró hacia ella y por fin logró cazar su mirada.

—¿Esa es la única palabra que me vas a dirigir en todo el día? ¿Gracias?

Lidia tragó saliva y apretó los labios, conteniendo la respiración acelerada que él había provocado con tan solo clavar sus ojos en ella.

—Tú también estás... muy bien —dijo nerviosa, pues en el último momento

la palabra guapo le había sonado ridícula, por muy cierta que fuera.

—No, no lo estoy. ¿Cómo puedo estarlo?

Su mirada era acusadora, reflejaba mil reproches y preguntas. Ella contuvo el aliento y las ganas de llorar. Así que no había sido la única que no había podido pasar página. Eso era todavía peor que haber estado sufriendo ella sola.

—Te advertí que no deberíamos haberlo hecho. Que sería peor.

—Y aún así lo hicimos —repuso él, acercándose peligrosamente.

—Hugo... no es el momento —comenzó ella, retirándose hacia atrás, hasta casi chocar contra la puerta.

—No sé si habrá un momento mejor que este.

Le tomó la cara con ambas manos y fue directo a por sus labios. El sollozo que se escapó de estos fue tan revelador para ambos que el beso se tornó desesperado. Ella satisfizo su deseo de aferrar su pelo entre los dedos, y se permitió abrazarlo después, rozar su nuca, palpar su garganta y el nacimiento de la fina línea de vello que atravesaba su pecho. Él se inclinó sobre ella todo lo que el estrecho espacio le permitía, queriendo rodearla con todo su cuerpo, como si así lograra que no volviera a escapar nunca.

Solo cuando el codo de Hugo golpeó el volante, haciendo sonar la bocina, pudieron separarse el uno del otro.

—Cierto. No es el mejor momento —susurró él, limpiándose el carmín de las comisuras con el pulgar y haciendo lo mismo con la boca de ella después—. Hablaremos cuando acabe con las fotos, tras el baile. Ni se te ocurra intentar desaparecer, porque te encontraré.

La amenaza fue tan vehemente que Lidia supo que lo haría, costara lo que costara.

No tenía escapatoria. Y él lo sabía.

Se obligó a centrarse en lo que importaba en ese momento, que era la boda de Luz. Mientras él salía, ella sacó de su bolsito de mano el pintalabios y se retocó el maquillaje como pudo. El peinado no iba a tener tan fácil remedio.

Al igual que su anhelante corazón.

No hubo ni un solo segundo en todo el día en el que lograra dejar de buscarlo con la mirada.

Ni cuando alcanzó a Luz en la puerta de la iglesia y esta la miró con el ceño fruncido y después alzó ambas cejas con sorpresa, mientras ella se atusaba el peinado sin mucho éxito.

Ni cuando, caminando por el pasillo tras la novia con la cola del vestido en las manos, vio la cara de Juan iluminarse como si los rayos de sol hubieran entrado por un ventanal para posarse sobre él. Este recibió a Luz con un beso en el dorso de su mano que la cámara no se perdió.

Tampoco pudo esquivar a Hugo mientras fotografiaba a los invitados en los bancos, pues ella era uno de ellos. Le fastidió especialmente sentirse enfocada cuando, durante los votos, a ella se le escapó una lágrima al oír al sacerdote pronunciar las palabras «hasta que la muerte os separe».

Ni siquiera al salir al exterior, mientras el confeti, los pétalos y el arroz volaban hacia los recién casados, su presencia pudo pasarle desapercibida. Era muy bueno haciendo su trabajo. Estaba en todas partes.

Solo durante el banquete pareció darle tregua. Luz había querido que fuera como un invitado más pero, por suerte, lo había sentado bastante alejado de la familia más cercana. Compartía mesa con el cuarteto musical que ella había bautizado como Hombres K; con Adrián, el dueño del karaoke del pueblo y tres camareros del Magda Lennon, donde Luz había trabajado años atrás. La única mesa en la que solo había hombres. Y desde la que poco a poco comenzaron a oírse gritos y vítores dedicados a los novios, con brindis para rematarlos que hicieron participar a todos los invitados.

Creyó oírlo carcajearse más de una vez, pero no volvió a verlo hasta el momento de cortar la tarta. Y le sorprendió comprobar que, por cómo le costaba enfocar la vista en su cámara, parecía haber bebido algunas copas de más.

Cuando el baile comenzó, siendo abierto por los novios con una célebre

balada rockera que Lidia sabía que era especial para ellos, entonada por los Hombres K, vio a Hugo sacar algunas fotos. Pero en cuanto los novios se separaron para bailar con los padrinos, la atención del fotógrafo se centró en ella y, después, lo hizo su cámara.

Caminando en su dirección, la fotografió repetidas veces, haciéndola sentir muy incómoda.

—El baile aún no ha acabado —repuso al verlo detenerse ante ella.

—Pero yo sí. Estoy un poco borracho y no voy a poder hacer un buen trabajo de aquí en adelante.

—Eso es muy poco profesional —le recriminó, molesta por los novios.

—Luz no quería más que algunas fotos del baile. Cuando se me pase un poco, haré unas cuantas más de los invitados. De ellos dos ya tengo muy buen material.

—Entonces ya puedes irte. —Sonó enfadada sin poder evitarlo—. No quiero que Luz te vea borracho.

—Me lo perdonará cuando vea el álbum que voy a hacerles. Ya tengo la idea aquí. —Se señaló la sien, pero el segundo toque se lo dio en mitad de la ceja.

Lidia negó con la cabeza y tras un largo suspiro se resignó a lo inevitable.

—Ven. Vamos a buscarte un café bien cargado.

—No. Baila conmigo.

No esperó a que respondiera, la cogió de la mano y le hizo colocarla sobre su hombro. Ella accedió para no montar una escena, moviendo a un lado la cámara que a él le colgaba del cuello, para no chocar a cada movimiento.

—¿Cuánto has bebido?

—Un par de copas de vino blanco, tal vez otras dos de tinto... y otras tantas de cava.

—Pensaba que habría sido aún más, tal como vas —confesó algo sorprendida. En sí no era poco, pero dado que la comida había sido abundante y el banquete había durado unas tres horas, había achacado su estado a más bebida y de mayor graduación.

—No suelo beber.

—¿Y por qué lo has hecho?

Él la acercó un poco más, con un gesto casi imperceptible, solo un pequeño apretón en su cintura tirando de ella hacia sí.

—He bebido un trago cada vez que el cuerpo me pedía ir hasta ti y arrastrarte lejos de aquí.

Lidia detuvo el baile al instante.

—Hugo...

—Sé que has vuelto para quedarte —indicó, obligándola a moverse al ritmo de la música—. Que has rechazado volver a Estados Unidos. Quieres echar raíces. Hagámoslo juntos.

El corazón le dio un vuelco, tanto por la propuesta como por el hecho de que supiera tanto sobre sus decisiones laborales. Pero aquello no podía ser tan bonito como lo pintaba.

—Tú no puedes echar raíces. —Y ojalá ella no tuviera eso tan claro, incluso más que él.

—Entonces, vente conmigo.

—¿Adónde? —Rio por lo disparatado de la idea—. ¿A cada loca aventura a la que se te ocurra embarcarte?

—Exacto. Eres periodista, escribe sobre ello. Yo haré las fotos.

Lo decía con tanta sencillez, como si fuera algo que la gente hiciera todos los días, abandonarlo todo, el esfuerzo de años de estudio y trabajo, y largarse de la noche a la mañana a saber dónde y a hacer qué. Además, con un hombre al que hace años que no se ve.

—No es ese el periodismo que yo hago —alegó, como único inconveniente.

—Prueba a cambiar de registro —resolvió él, con sonrisa de diablo.

—No es tan fácil.

—No es tan difícil —contradijo convencido—. Prueba este verano. Y después, decide. —La vio meditarlo, realmente se lo estaba pensando. Algo palpitó en su interior, una esperanza que realmente no había creído posible,

pero que el alcohol le había hecho ver como un sueño alcanzable—. ¿Conoces Camboya? En dos semanas podríamos estar allí.

Ella parpadeó con sorpresa.

—¿Por qué Camboya?

—Ven y lo descubrirás —susurró en su oído, rozándole la oreja con su aliento, haciéndola estremecer.

La abrazó para bailar aún más juntos, completando su persuasiva estrategia con aquel contacto tan íntimo, tan deseado...

¿Le habría propuesto aquello solo porque estaba borracho? Lo dudaba. Si no quisiera de verdad que fuera con él no lo habría dicho, estaba segura.

Por encima de su hombro, vio a Luz y a Juan que volvían a bailar juntos. La canción lenta había terminado y ambos se movían al son de las notas de merengue que él dominaba y que Luz trataba de seguir con algunas dificultades.

Aun así, logró alzar la vista para mirarla y sonreírle. Todavía estaba abrazada a Hugo, y la mirada que le lanzó su cuñada, ilusionada y cargada de ánimos, le hizo pensar mil cosas en un solo instante.

Ella había perdido el amor, y lo había vuelto a encontrar años después, cuando no lo esperaba siquiera. Juan y ella habían pasado por momentos difíciles, separados todo un año, pero su amor era más fuerte que la distancia y lo habían superado.

Ahora Luz la miraba como tantas otras veces, comprendiéndola mejor de lo que se comprendía a sí misma, dándole un consejo solo con una mirada y una sonrisa.

«Adelante, sé valiente, lucha por lo que quieres».

¿Por qué no podía ella luchar por algo así?, se planteó con resolución. Estaba claro que la distancia tampoco había logrado mitigar lo que había entre Hugo y ella, fuera lo que demonios fuera. El beso en su coche había sido puro fuego y estando allí, entre sus brazos, imaginando un futuro a su lado, el corazón se le llenaba de miedo, pero también de dicha.

—De acuerdo —se oyó decir de pronto, sin poder creer que lo estuviera haciendo—. Probaré. En dos semanas. Y si no funciona, en otras dos volveré a casa, y será para quedarme de forma definitiva.

Él la miró con sonrisa gatuna y ella supo que no iba a ponérselo nada fácil para escapar de él.

—El trato era por todo el verano. Dame al menos dos meses. —Volvió a acercarse a su oído y su voz se volvió aún más seductora—. Me juego mi mejor cámara a que después de ese tiempo, la aventura logra enamorarte. Yo prometo poner todo de mi parte.

«¿Todo de tu parte para qué?», se planteó Lidia. «¿Para que la aventura me enamore o para enamorarme tú?».

—Eso es muy presuntuoso, incluso para ti —declaró sin poder evitar el escalofrío que su aliento le provocó. Después, los que rozaron su oreja fueron sus labios—. Aquí no, por favor...

—No has cambiado de perfume. —Hugo lo pronunció como si fuera una acusación.

—Tú tampoco.

Cuando la miró a los ojos, supo hasta qué punto se moría por besarla allí mismo. Casi logró arrastrarla hasta su boca con solo esa mirada. Sin embargo, retrocedió un paso y rompió el contacto.

—Lo tengo grabado a fuego en mi memoria. Como tu tacto y tu sabor —declaró Hugo con tono desgarrado—. Como la fotografía mental que hice de ti, cuando tu vestido cayó al suelo. Quiero quitarte este de la misma forma. En el mismo lugar.

Lidia se derretía de deseo. Pero allí, rodeada de familia y amigos, no podía dejarse llevar.

—Calla. Luz nos está mirando. Todos nos miran. Estamos en la pista y no estamos bailando.

—Mejor que no bailemos. Si vuelvo a acercarme a ti voy a besarte. O algo más —confesó con seriedad—. Así que será mejor que me vaya a hacer las

últimas fotos.

—Sí. Buenísima idea.

Se alejó dos pasos de ella sin darle la espalda. Pronunció unas últimas palabras antes de ponerse a trabajar de nuevo.

—Cuando terminen los fuegos artificiales. En el hotel. En la misma habitación de la otra vez.

Lo vio mezclarse entre la gente, pero ella no pudo despegar los pies del suelo.

Cuando oscureciera, tras la recena prevista para las nueve, estaba estipulado que unos técnicos de pirotecnia lanzaran algunos fuegos artificiales como regalo sorpresa para los novios, de parte de los amigos de Juan.

No sabía si iba a poder soportar dos horas de espera, pensó inquieta. Y dos semanas más para dejar su vida atrás e irse a la otra punta del mundo con él.

Pero, observando a Luz y a Juan mirarse con aquella complicidad, susurrándose al oído a saber qué secretos, y besándose con el sentimiento con el que lo estaban haciendo, a Lidia se le despejaron todas las dudas.

Era ahora o nunca. Aquel iba a ser su momento, el de Hugo y ella. Y si después la cosa no funcionaba, no sería por no haberlo intentado. Ella no era de las que se rendía antes de tiempo.

«Espero que no pierdas tu mejor cámara en esta apuesta, Hugo. Ni yo mi corazón».

Nota de la autora

Querido lector: en primer lugar, agradecerte el tiempo que has dedicado a leer esta historia. Espero de corazón que la hayas disfrutado. También espero que un poquito de ella se quede para siempre contigo.

Si parte de ese poquito tiene que ver con cierta desazón que has llegado a sentir en los pasajes en los que se habla sobre la enfermedad de Carla, tal vez te interese la información que voy a darte a continuación.

No he elegido la leucemia al azar como parte de la ficción que es *Nuestro momento*. Desde hace mucho tiempo, me venía rondando la cabeza una preocupación por los numerosos casos de personas de todas las edades que, por el mero hecho de no disponer de un donante compatible, acaban sucumbiendo a esta terrible enfermedad.

Cuando indagué sobre el tema, descubrí que solo en uno de cada cuatro casos un familiar es inmunológicamente compatible con los enfermos, a menudo un hermano. Por eso, las donaciones anónimas son tan importantes. Además, convertirse en donante es mucho más sencillo de lo que imaginaba.

Toda la información que puedes precisar la tienes disponible en esta página web:

<https://www.fcarreras.org/es/donamedula>

Puedes ver un vídeo de pocos minutos en el que se te explica todo de forma sencilla y clara, y que resolverá todas tus dudas.

¡La cantidad de vidas que podrían salvarse si todos diéramos este paso!

He de reconocer que, en el momento de poner punto y final a esta novela, aún no me he inscrito en REDMO (Red Española de Donantes de Médula Ósea) para formar parte del grupo de personas solidarias que ya lo han dado. Hasta hace poco que he sido madre, el mero hecho de sacarme sangre me producía una aprensión terrible. Pero ¿qué tendrá la maternidad que todas esas pequeñeces desaparecen en el momento de traer al mundo a tu bebé?

Además, durante el período de embarazo o lactancia no se puede ser donante. Yo hace ya un par de meses que he concluido esto último, así que no voy a demorarlo mucho más.

Cuando me inscriba en la red de donantes —lo cual tengo intención de que sea antes de redactar la primera palabra de mi próxima novela— lo haré pensando en que, tal vez, mis células ayudarán al hijo de otra madre a seguir con vida. Lo haré pensando en que si fuera la receptora de la donación, me sentiría agradecida de por vida con aquella persona que, sin ningún tipo de interés, ha dedicado unos minutos de su tiempo a formar parte de un grupo de personas valientes y comprometidas con la vida de miles de inocentes que no tienen por qué morir si el resto damos un simple paso para evitarlo.

Carla es un personaje de ficción que, como no podía ser de otra forma en una novela romántica, acaba recibiendo la donación que precisa.

¡Qué bonito sería que todos los casos reales acabaran con el mismo dulce final!

Seguro que algún día será posible. Mientras tanto, contribuyamos a lograrlo con los que el destino ha querido que posean compatibilidad inmunológica con nosotros. Seguro que la sensación de saber que hemos contribuido a salvar una vida nos hace vivir la nuestra con mayor intensidad.

Gracias por tu tiempo una vez más.

Si te ha gustado

Nuestro momento

te recomendamos comenzar a leer

Fontaine

de *Mina Vera*



Capítulo 1

La extraña mujer sonrió con satisfacción.

—¿Es que acaso piensa, idiota, que nos perseguían y quemaban en la hoguera simplemente porque éramos seres humanos corrientes? Estúpido. Bah, ustedes, los terráqueos, cada día se vuelven más cretinos. En aquellos primitivos días de la Edad Oscura, ya todos adivinaban por instinto que pertenecíamos a otra raza, que éramos los Otros Seres, y, por lo tanto, peligrosos para ellos.

—Pero entonces, ¿quién es usted? —preguntó Danny.

La vieja se encogió de hombros.

—Soy Otro Ser. El mundo en el que vivimos no existe para ustedes, y nunca lo encontrarán. Incluso uno de nuestros compañeros divulgó un gran número de nuestros secretos, pero nadie le creyó.

LA MANSIÓN DE KEZIAH MASON, Julien C. Raasveld

1

Laura Mendizabal se sorprendió al descubrir que, en Nueva Orleans, Jaime y ella no se iban a alojar en un hotel de la ciudad, sino en una finca de los alrededores, propiedad de un importante hombre de negocios, socio de la Paragramma, llamado Peter Sears.

Se trataba de una gran extensión de tierras, no podía decir cuánto medía exactamente, puesto que le dijeron la cifra en millas y, aunque sabía que una milla era algo más que un kilómetro, no supo hacer el cálculo; en su centro, había una enorme edificación, una mansión blanca de dos pisos, con una larga avenida flanqueada por unos árboles gruesos, cubiertos de musgo, cuyas ramas caían pesadamente hasta el suelo, como sauces llorones.

La casa en sí era un edificio antiguo, al menos todo lo antiguo que podía ser

algo en Estados Unidos, pero estaba totalmente reformada. Incluso tenía piscina, cancha de tenis y campo de golf. Como ayudante de Jaime, cargo que todo el mundo procuraba omitir llamándola simplemente *madame*, fue alojada en una hermosa habitación, tan grande como todo su apartamento junto. Estaba decorada con ese gusto exquisito y anónimo propio de los profesionales, todo detalle cuidadosamente combinado en suaves tonos terrosos, y amueblada en caña; una oportuna puerta la comunicaba con el dormitorio que habían destinado a Jaime.

Laura se acercó a ella y giró la manilla. Estaba abierta.

En la casa había seis personas más, aparte de su dueño y de ellos dos. No tardó en descubrir que Tony Fontaine también se encontraba allí, junto con sus matones, aunque estos últimos permanecían casi siempre en las áreas del servicio. Fontaine no les necesitaba, parecía muy cómodo en aquel sitio.

«Supongo que eso explica por qué Regúlez sigue entero», pensó al verle, tomando un Martini seco junto a la piscina, vestido con un elegante traje de hilo blanco. Hacía un buen tiempo sorprendente y Fontaine disfrutaba del espectáculo de las dos chicas que nadaban, y de las tres que tomaban el sol enfundadas en diminutos bikinis.

Al verla, parpadeó con aquellos ojos increíblemente azules y sonrió de una forma que Laura solo pudo describir como *íntima*. La saludó amablemente, aunque simuló tardar unos segundos en recordar su nombre. «Hijo de puta», le insultó, sin palabras, al verle hacer tanto teatro, recordando el puñetazo que le había dado *Mud*, y el miedo que pasó mientras le sacaban sangre.

—Así que usted es la imprescindible ayudante de Jaime —se burló en cuanto pudo pescarla un segundo a solas, que fue casi enseguida—. Qué gran suerte. ¿Por qué no viene luego a mi habitación? Me gustaría dictarle algo, ya pensaré qué.

—Lo haría encantada —replicó ella, huyendo rápidamente de su lado, perseguida por su risa—. Pero no sé escribir.

Al principio, supuso que el objeto de aquella concentración era mantener

alguna clase de encuentro, mágico o no, en la misma finca, y en relativo secreto, pero no tardó en descubrir que se equivocaba.

A lo largo del resto de ese primer día, Jaime estuvo con ella, conociendo el sitio y disfrutando de la piscina. Jugaron al tenis y al golf, actividad que hasta entonces se había limitado a ver de pasada en televisión y en la que descubrió que tenía un golpe tan potente como mala era su puntería. Fue divertido; perdió tantas pelotas que el propio Peter Sears hizo bromas con la posibilidad de que llegara a arruinarle.

Cenaron pronto, en un porche cerrado, atendidos por gran cantidad de camareros, en su mayor parte de origen hispano. Luego, Laura se retiró a su habitación mientras los demás se quedaban tomando una copa; irse, dada la variedad de bebidas que se ofrecían, supuso un notable esfuerzo, pero luego se sintió contenta de haberlo conseguido.

No había pasado ni media hora cuando Jaime cruzó la puerta de comunicación entre los dormitorios. Llevaba varios papeles en la mano y los dejó sobre el escritorio, empezando a quitarse la corbata.

—Dame tu pasaporte, anda —dijo, por todo saludo, como si se diera por hecho su presencia allí.

—Está en la cartera azul. ¿Para qué lo quieres? —preguntó, sorprendida, dejando a un lado el libro que había cogido de la biblioteca. Se había sentado en la cama, con todas las almohadas a la espalda, y había encendido un cigarrillo, esperando disfrutar de la lectura hasta quedarse dormida. Estaba agotada por el larguísimo viaje y el día intenso que había pasado. Al parecer, no iba a ser posible—. ¿Es que vamos a alguna parte?

—No, al contrario —contestó Jaime, terminando de desnudarse. Buscó con la mirada y escogió la única silla de respaldo recto para dejar ordenadamente su ropa—. Tú no vas a ningún lado. O sí, pero no imaginas dónde, y solo para volver aquí.

—¿De qué hablas?

Jaime la miró pensativo antes de contestar.

—Vas a quedarte aquí, en Estados Unidos, en Nueva Orleans, Laura. —Se dirigió al escritorio y escogió uno de los papeles que había traído. Volvió a la cama y se acostó a su lado. Solo entonces se lo entregó—. Es exactamente lo que parece. Una licencia matrimonial. La semana que viene iremos a Las Vegas y nos casaremos. Ya está todo preparado. En este país, serás la señora Ispizua.

Laura miró la hoja de papel con asombro, absolutamente atónita, incapaz de leer sus gruesas letras.

—Yo... yo...

—Sé que no es exactamente lo que esperabas. —Jaime habló a la defensiva. Debía estar muy pálida, porque no intentó arrebatarse ninguna almohada y se apoyó directamente en la cabecera de caña—. Sin embargo, reconoce que es una buena solución para nuestro... problema. Compraremos una casa aquí, una casa grande, con un jardín gigantesco, y vendré muy a menudo, tanto como pueda. Pasaré largas temporadas contigo, te lo prometo. Ni siquiera te dará tiempo a echarme de menos. Será como ser la esposa de un marino.

«La esposa de un marino...», repitió mentalmente, desolada.

—Es ilegal. Sabes que esto no vale nada. —Laura arrugó el papel entre las manos y se lo lanzó a la cara—. Y, lo peor de todo, es inmoral.

—Laura, no seas cabezota. —Jaime frunció el ceño—. Tendrá validez mientras nadie lo descubra, algo que no tiene por qué ocurrir. Y esto resolvería todos nuestros problemas. Medítalo con cuidado, porque es todo cuanto puedo ofrecerte. Tienes dos días para tomar una decisión. Si acaso...

—No. —Le cortó, apagando el cigarro en el cenicero de la mesilla y tumbándose, dándole la espalda—. Esto tiene que acabar. Buenas...

Jaime la cogió por el hombro y la hizo girar, derribándola de la montaña de almohadas. Apenas tuvo tiempo de lanzar una exclamación antes de que la besara y cuando la soltó ya no tenía ninguna intención de hacerlo.

Jaime la miró de un modo extraño.

—Eres mía, Laura, siempre lo has sido, a pesar de todo, y siempre lo serás,

mientras vivas —le dijo, muy cerca—. Quiero que permanezcas a mi lado, quiero que sigas aquí. *Aquí*. —La oprimió contra el colchón—. Me consumen los celos, ¿es que no lo entiendes? La sola idea de que Aguirre te esté tocando, me vuelve loco.

—Claro que lo entiendo. Estas hablando conmigo, Jaime. He vivido esa misma situación demasiado tiempo.

—Oh, maldita sea. —Jaime dejó caer la cabeza hasta apoyar la frente en su pecho—. ¿Qué puedo hacer, dime?

—Nada. O todo. Dejarla a ella o dejarme a mí. Pero no puedes tenernos a las dos. Ya no.

—Dime que no me amas —la retó, en un susurro—. Atrévete a decirlo.

Laura agitó la cabeza, con tristeza.

—Eres un capullo, Ispizua. ¿Por qué me hablas de amor? No tiene nada que ver, nada. Las cosas ya no son tan fáciles.

—Sí lo son, pueden serlo, *deben serlo*, cariño... Sería tan fácil, sería tan fácil si te dejaras llevar...

Volvió a besarla, apasionadamente. Laura supo lo que vendría a continuación, se encontraba en un terreno mil veces recorrido. Le abrazó y permitió que empezara a desnudarla. La piel de Jaime ardía y la obligaba a arder, sus manos sabían cómo tocarla. Laura sintió el despertar de la respuesta, pero por primera vez la imagen de otro hombre cruzó su mente.

Aguirre...

«No puedo... no».

—Vamos, vamos, cariño —susurraba Jaime, cubriéndola con su peso, besando sus pechos, ya desnudos—. Déjate llevar...

«Dejarme llevar». Precisamente allí había estado el problema, durante tantos años. Ahora, se sentía siempre aterrada por la posibilidad de perder el control... Al pensar en eso, recordó que aún no se había tomado la píldora anticonceptiva, y sufrió un sobresalto.

—¡No! Espera. —Le detuvo bruscamente, apoyando ambas manos en su

pecho. Extendió una hacia la mesilla, y sacó del cajón la lengüeta empezada que había guardado allí—. Dame un segundo. Tengo que tomar...

—No. —La mano de Jaime cubrió rápidamente la suya, inmovilizándola. Le miró sin comprender. Estaba muy serio—. No, Laura. Quiero que me des un hijo, un hijo *mío*. Llevo esperándolo muchos años, demasiados. Me lo debes.

Laura abrió los ojos como platos.

—Te debo muchas cosas, muchas. Pero no puedo pagarte así.

—Ya lo creo que puedes —replicó él, arrojando la lengüeta a un lado. Laura gritó, tomada por sorpresa—. Lo harás.

—¿Qué? ¡No! ¡Jaime, no! ¡Para, no te atrevas...!

—¡Deja de gritar! ¡No voy a hacerte nada que no te haya hecho miles de veces!

—¡No es verdad! ¡Esto es una violación! ¡Jaime! —Trató de escurrirse hacia arriba, pero la detuvo, aplastándola contra el colchón—. ¡No lo hagas! ¡Te digo que no quiero!

—¡Estate quieta de una vez! —Como intentó abofetearle, la agarró por las muñecas y le sujetó las manos contra la almohada, a ambos lados de la cabeza—. ¿Violación? ¿Pero cómo... cómo te atreves? ¿Qué demonios ocurre? ¿Soy acaso menos digno de semejante honor que el tal LaGuardia? ¿Eh?

Allí estaban, por fin. El odio, el rencor, la rabia. Jaime decía que la había perdonado, pero eran tantas cosas, tantos detalles... Y habían tenido que irse tan lejos, para que surgiera, después de tanto tiempo. Laura se echó a llorar.

—Perdón... —susurró—. Perdóname.

—¡No puedo perdonarte! ¡*No quiero* hacerlo! —le gritó en la cara—. ¡Me destrozaste la vida, maldita, maldita furcia! ¿Cómo pudiste hacerme eso? ¡Todavía tengo pesadillas con el día en que te atreviste a presentarte ante mí para decirme que estabas embarazada de otro, y que preferías casarte con él! ¡Te hubiera matado, te juro que te hubiera matado! —La voz se le ahogó en un sollozo—. Ese día, Laura, ese día me hiciste adulto, quizá te haga gracia saberlo. Y, aunque pueda lamentar que las cosas te hayan ido mal, te juro por

la salvación de mi alma que nunca podré olvidarlo. Nunca. Jamás.

—Jaime, por favor...

—¡Cállate! ¡Me hundiste, Laura, me hundiste con tanta efectividad y tan profundamente como te hundiste tú misma! ¿Te ha quedado claro? —Ella asintió convulsivamente. Jaime la zarandeó—. ¿Es tanto, entonces, pedir que aceptes esta situación? Te amo, te amo y estoy desesperado por tenerte a mi lado. ¿Te sientes mal por Estibaliz? ¿Te duele el orgullo? ¡Piensa cómo quedó el mío, gracias a ti! ¡Si yo pude aguantarlo, ¿por qué no tú?!

—Yo... era una niña. Estaba enferma...

—¡Deja ya de buscar excusas! ¡No estabas enferma la primera noche que te acostaste con él, la primera noche que me traicionaste, la primera vez que le entregaste a ese impresentable lo que era *mío*, mío por derecho! ¡Y yo también era un niño, pero ni siquiera se me pasó por la cabeza la idea de ser infiel! ¡Mírame! —Laura había apartado la cara, apoyando la mejilla en la almohada, incapaz de seguir soportando la vergüenza, pero obedeció la orden al instante. Los ojos oscuros de Jaime estaban llenos de lágrimas—. ¡La verdad, Laura, la única verdad, la triste y lamentable verdad, es que mi mundo siempre ha girado alrededor del tuyo, y tú jamás, jamás, has pensado en mí primero!

«Es cierto», admitió ella, sintiéndose derrotada. Al margen de lo que había sido su relación en los últimos años, le debía tanto, estaba tan en deuda, que, en realidad, poco importaba nada más. Si pasara el resto de su vida existiendo solo para él, aún le quedarían por pagar los intereses. «Lo siento, Mikel», se despidió en silencio, pues estaba claro que no iba a volver nunca a Bilbao. No esperaba que le doliese tanto el corazón con esas tres palabras, ni que ansiara tanto verle, y que la abrazara, y la consolara, como tantas otras veces. Pero, eso, no volvería a ocurrir, y Mikel estaría mejor, mucho mejor, sin ella. Había sido siempre tan egoísta... Ya iba siendo hora de dejar de pensar en sí misma, y aceptar las consecuencias de sus actos. Todas.

Jaime se había quedado muy quieto, sumido en algún pensamiento tormentoso. Laura tragó saliva, sorbió sus lágrimas, y alzó la cabeza, hasta

unir sus labios. Él entornó los ojos para mirarla. Durante unos segundos, la dejó tomar la iniciativa; luego, suspiró, y profundizó suavemente el beso, mientras la llevaba lentamente de vuelta a la almohada...

—¿Te casarás conmigo, y te quedarás aquí? —susurró, al cabo de unos momentos. Laura oyó la pregunta, pero su mente tardó unos segundos en generar una respuesta. Estaba pensando en Aguirre, preguntándose qué estaría haciendo. Con la diferencia horaria... seis horas, si no se equivocaba. Siendo algo más de las doce de la noche en Nueva Orleans, en Bilbao serían las seis, bien pasadas, de la mañana. Con toda probabilidad, Aguirre se estaría despertando para hacer un poco de gimnasia antes de ir a trabajar...

—Sí...

—¿Y me darás un hijo?

—Sí... —Ahí no dudó. En realidad, ya ni escuchaba. Le hubiera dicho que sí a todo. Jaime se apartó y la miró con gravedad.

—¿En qué estás pensando, Laura? —Ella se ruborizó, sintiéndose pillada en falta—. Déjalo, déjalo, no hace falta que respondas. Ni siquiera quiero que respondas. ¿Por qué demonios no pueden ser las cosas como antes, sin más?

—Porque no eres un hombre libre. —Le acarició la mejilla—. Porque ya no eres mío, Jaime. Porque te perdí, hace mucho tiempo.

—¡No, yo estoy aquí! ¡Siempre he estado aquí y siempre estaré aquí! ¡Estoy dispuesto a compartir una pequeña parte de mi vida con Estibaliz, pero la parte mayor es toda tuya, lo sabes! ¿Por qué no puedes aceptarla?

—Yo no soy como tú, Jaime. No puedo vivir así. Me está... destrozando, te lo he dicho muchas veces. Mikel...

—Te has enamorado de él... —Más que afirmación, era una acusación. Laura asintió.

—Sí. —Lo admitió con auténtica sorpresa, preguntándose cuándo ocurrió y cómo no se había dado cuenta hasta entonces—. No lo busqué y no lo esperaba, pero así es.

Jaime afirmó la mandíbula.

—Maldita sea —dijo, tras un tenso silencio. Se levantó con brusquedad y se dirigió a la puerta, desnudo, cogiendo su ropa y los papeles de camino. Laura pensó que iba a irse sin añadir palabra, pero en el último momento se detuvo en el umbral—. Mañana tengo que ir a una reunión...

Ella se sobresaltó. ¿Allí estaba, la razón de aquel viaje? Sintió el inmenso alivio del final de la espera, pero también una honda preocupación por Jaime.

—¿Qué reunión...?

—Una que no te importa. —Laura frunció el ceño—. Seguiremos hablando cuando vuelva. Pero ya te voy adelantando que me da igual lo que pienses, lo que hagas, y a quién quieras. Me da totalmente igual, Laura. Es tan... injusto —exclamó, entre desolado y furioso—. Hablaremos a mi regreso.

«Como quieras», iba a decir Laura, pero Jaime no le dio tiempo a hablar. Salió del dormitorio dando un portazo.

2

Jaime no estaba en la mansión por la mañana.

María, una de las dos criadas peruanas, le dijo que había salido a primera hora, por un asunto de negocios, con Peter Sears y otro de los potentados, Jerry Dalton, y que no volverían hasta el día siguiente, como poco. No sabía a dónde habían ido, ni para qué, y no hizo comentarios sobre el sorprendente hecho de que la ayudante de Jaime supiera tan poco de sus citas.

Laura se quedó preocupada. No esperaba que la reunión fuera en otro lugar y menos que implicase una noche con Jaime fuera. Pero, como no le quedaba más remedio, procuró consolarse. Al menos, Fontaine, tal y como le aseguró María, no formaba parte de la alegre excursión. Eso podía significar que la salida de Jaime se debía a simples asuntos de negocios, negocios normales...

Así pues, Laura se encontró sola y aburrída en la casa. Ni siquiera vio a Fontaine, ni a los otros invitados. Cuando preguntó por ellos le dijeron que habían ido todos en grupo a la ciudad, de visita turística, y que no volverían

hasta la hora de comer, o quizá más tarde. No la habían llamado porque suponían que estaría muy cansada después del largo viaje, y ya habría otras oportunidades.

«Menos mal», pensó, aliviada, imaginando lo que sería recorrer el *French Quarter* con aquella gente. Consideró la posibilidad de aprovechar el tiempo para ir a la Universidad de Tulane, pero decidió dejarlo para más adelante, sobre todo porque no quedaba ningún coche en la mansión, y aceptar la oferta que le hicieron de pedir uno de alquiler, con chófer incluido, le pareció un exceso. Dado que al mediodía el termómetro alcanzó los treinta y cuatro grados centígrados, decidió ponerse un bikini y salir a tomar el sol.

Estaba leyendo una revista tumbada en una hamaca junto a la piscina cuando se le ocurrió la idea. Sin pensárselo dos veces, para no desanimarse, cogió un libro de la biblioteca, el primero lo bastante impresionante que encontró, algo sobre arquitectura modernista, y le explicó a María que había prometido dejárselo al señor Fontaine en su habitación. No estaba muy segura de que María se hubiese creído la historia, pero sonrió, con sus exuberantes labios de mujer inca, y le indicó cuál era.

La puerta, por supuesto, no tenía cerradura. Aquello no era un hotel, era una casa particular, y sus ocupantes, en principio, no tenían nada que esconder ni temían nada de los que se alojaban con ellos. Laura entró, conteniendo la respiración, y echó un vistazo general. Fontaine tenía una habitación gigantesca y preciosa, tuvo que admitirlo; empapelada en tonos crema y dorados, la falta de divisiones provocaba una gran impresión de espacio, de libertad, sensación que se acentuaba con la gran cristalera que mostraba una amplia terraza, llena de plantas de exuberancia que solo pudo describir como *tropical*.

La moqueta, mullida, de pelo largo y suave, también era crema, e invitaba a caminar con los pies descalzos. Al otro lado de un arco recubierto de escayola que la dividía por la mitad, había una gran cama de dosel, sobre una tarima de dos escalones, un enorme armario empotrado, y una puerta que comunicaba

con un cuarto de baño de mármol blanco y grifos dorados. A la derecha, tras un arco mucho más pequeño, había una sección acondicionada como despacho. Laura le dio la espalda al resto, y se dirigió hacia allí.

Fontaine era un hombre ocupado, eso le quedó claro. Sobre el amplio escritorio de madera oscura, tenía distribuidos por montones varios libros con balances y contabilidades diversas, de los que no pudo sacar nada en absoluto, mapas, guías turísticas, diccionarios de media docena de idiomas y dos documentos, un permiso de conducir y un pasaporte, ambos norteamericanos y a nombre de Tony Fontaine. La mesa solo tenía un cajón, lleno de material de oficina, bolígrafos, libretas de notas sin estrenar, algunas gomas y clips.

Bajo el escritorio, sin embargo, encontró un pequeño arcón adornado con remaches metálicos y una enorme cerradura con forma de rombo. Estaba cerrado con llave, pero tuvo suerte; la buscó por los alrededores, siguiendo la lógica de *dónde hubiera escondido yo la maldita llave*, y la encontró, en el cajón de los bolígrafos, bajo las gomas de borrar apiladas en una cajita de plástico blanco cuya tapa mostraba el curioso lema *No me olvides*. Abrió el arcón rápidamente y la devolvió a su sitio.

Dentro, cómo no, había más libros y más papeles, pero sin duda eran mucho más importantes y todos, o al menos en su mayor parte, estaban relacionados con la magia, y tenían aspecto de ser muy antiguos. Pasó lentamente la vista por los títulos que pudo traducir, básicamente los escritos en español e inglés, porque su escueto alemán no resultó suficiente con los que estaban en ese idioma: *Unseen Beings*, *In the name of Magic*, *La Senda que No Se Ve...* Se detuvo, sorprendida, al ver un viejo volumen, en castellano antiguo. *Diarios de las Horas Imposibles. Johannes de Tolledo Ferguson*. De su lomo colgaba, medio suelta, una tira de un viejo papel adhesivo en el que podía leerse: AX/7783bis-B4.

Supo que era un dato importante al momento, pero tardó unos segundos en recordar. «Cielos», pensó entonces. «Mikel. Oh, Dios». Acuclillada, Laura se tapó el rostro con las manos y basculó lentamente adelante y atrás, tratando de

asumir aquella información y de mantener la sangre fría. Sus peores temores se estaban confirmando: *Centro* podía haber mandado a cualquier agente a Bilbao a recuperar ese libro, asesinando a la madre de Mikel, pero había sido Fontaine.

No cualquier otro, sino Fontaine.

Pensó en el ventilador, girando incansable en los recuerdos de Aguirre, y sintió que se le revolvía el estómago. Quería irse de allí, se sentía enferma de miedo, pero probablemente jamás volvería a tener una oportunidad como aquella, así que se sobrepuso y, con dedos temblorosos, siguió buscando.

Encontró un sobre con más documentación: media docena de pasaportes de distintos países y con distintos nombres, aunque con la misma foto, que mostraba el rostro de Fontaine mirando pensativo hacia la cámara, y montones de identificaciones oficiales, de Bibliotecas, de Prensa, de sociedades gastronómicas, abonos de teatro, de infinidad de Casinos...

Uno le llamó especialmente la atención. Era el más antiguo de todos, por la fecha, y estaba algo deteriorado en su borde superior derecho. La foto era también de Fontaine, aunque no pertenecía al mismo negativo que las otras. *James Brannigan*. Laura abrió los ojos, incrédula, y volvió a leer, pero no se había equivocado: C.I.A. Fontaine era un agente de la C.I.A, o al menos se hacía pasar por uno, ya que no tardó en encontrar otra identificación oficial del F.B.I.

«Oh, no». Desde luego, Fontaine estaba en todas las salsas y alguien así era peligroso, con o sin magia. Encontró también una tarjeta que declaraba a James Brannigan experto catador de whisky. Vale, en eso no había mentido.

«¿Y qué hago yo ahora?», se estaba preguntando cuando vio el libro de tapas negras, sin ningún título.

Tenía un tacto curioso, aterciopelado y, de alguna forma, húmedo. Desconocía aquella clase de piel y también cómo un libro, tan evidentemente antiguo, podía haber sido fabricado con un papel, papel, no papiro, ni pergamino, sino papel, de tan buena calidad, y con una encuadernación tan

resistente.

En la portada, alguien había grabado un Signo, incrustándolo con fuerza, a fuego quizá, sobre aquel extraño cuero. Laura procuró no mirarlo, pero aun así, el dibujo pareció *prenderse* de sus pestañas y le irritó los ojos. Abrió el libro con la intención de ignorar la molestia, esperando que desapareciese por sí misma y pasó unas cuantas páginas, amarilleadas por el uso y el tiempo.

Estaba escrito a mano; era claramente un diario, el diario de un tal Narmermersessen, un nombre que hubiera creído imposible, por lo ridículo, de no verlo allí escrito, y descubrió sorprendida que, aunque sus ojos no reconocían el idioma ni el tipo de escritura que había utilizado su autor, una sucesión de estilizados dibujos que la hicieron pensar en los jeroglíficos egipcios, la irritación que sentía funcionaba de alguna forma como filtro, permitiendo que su mente captase claramente su mensaje.

Al principio, nada más empezar a hojearlo, tuvo que volver atrás varias veces, pues no conseguía localizar ninguna de las referencias históricas que daba, ni los nombres geográficos, aunque el escenario le resultaba sutilmente familiar. Luego, decidió sencillamente asumir que no conocía la forma en que el pueblo del tal Narmermersessen llamaba a los lugares y que era mejor no volverse loca por ello.

Arrancó una hoja de una de las agendas de Fontaine, cogió uno de sus bolígrafos, y empezó a anotar metódicamente los nombres y las referencias generales que encontraba de mayor interés. Ya consultaría esa información en alguna enciclopedia, o en Internet, cuando le fuera posible.

Narmermersessen nació y vivió durante sus primeros años en Ankhiiia La Alta, capital del Imperio Zoheen (*¡Zoheen!*, susurró en voz alta, al recordar las visiones que le provocó Fontaine), el cual parecía extenderse desde Khentw'Gaaray de Los Dos Ríos, hasta el lejano Reino Menor de Toorke, al que, en ocasiones, se refería como a *la gran bota*. Fue médico, y de prestigio, al menos eso aseguraba él mismo. Su padre, un krattón de la Península Occentalia, perteneciente a una rica y antigua familia de comerciantes del

cobre, también lo era, y había aprendido con los grandes maestros de su época.

En los tiempos en los que se iniciaba el diario, cuya primera página estaba oscuramente fechada en el día séptimo del mes cuarto de la segunda estación del quinto año de reinado del Emperador Hellessentallarmarell —*¡Vida, Salud, Poder!*, añadía el autor, siempre, detrás de ese nombre y de todo aquello relacionado con él, como, por ejemplo, el al parecer bellísimo e incomparable palacio de Ineb–Hedj, el *Muro Blanco*—, Narmermersessen, a pesar de su juventud, afirmaba (demasiadas veces para cosa buena), tener fama de ser un gran cirujano y de preparar excelentes pócimas.

Él mismo se declaraba lector ávido e incansable, y contaba cómo fue precisamente esa afición la que le puso en contacto con un sabio de la ciudad de Gaal, un importante enclave comercial czinio, en la costa del mar de Odeem, cerca del delta del Gran Río de Aak, país al que en esos momentos estaba sometida.

El sabio, cuyo nombre no se mencionaba en ningún momento, o por lo menos Laura no lo encontró en su apresurada lectura, en la que saltaba a menudo párrafos enteros de tediosas descripciones, aseguraba conservar en su casa de Gaal una colección de extraños volúmenes, libros que en su momento habían pertenecido a la ya mítica Biblioteca de Saón y que él había conseguido salvar de la hoguera, con grave riesgo de su vida, cuando el ataque de la llamada Alianza del Oro, que redujo a cenizas la ciudad sagrada de los Nocturnos.

Eso, según las crónicas, fue el origen de las violentas Guerras Doradas que aún duraban en la frontera norte de Zoheen, y había tenido lugar en un tiempo que quedó indeterminado para Laura —se indicaba que fue en la época del emperador Lossendermarakal, quien quiera que fuera ese— pero debía referirse a un pasado sumamente remoto porque, a pesar de la cordialidad del czinio, Narmermersessen no le creyó.

Sin embargo, tanto insistió el sabio, y le dijo cosas tan sorprendentes y misteriosas, que terminó dudando y sucumbiendo a la curiosidad, por lo que

aceptó su invitación, y cuando sus múltiples ocupaciones —nueva referencia a sus enormes virtudes médicas— se lo permitieron, decidió hacerle una visita.

3

Extracto Del Diario de Narmermersessen

[...]

Fui, pues, a Gaal, a la antigua Gubla, porque me había hablado de unos libros misteriosos, compendios de un saber tan viejo como oculto, pero ciertamente no estaba preparado para lo que me ocurrió.

Me los mostró cuando ya llevaba alojado allí varios días, una noche en la que cenábamos en el patio central de la casa, intentando aprovechar en lo posible el frescor del jardín, y en la que no dejé de quejarme amargamente por el repentino fallecimiento de uno de mis pacientes más ricos, el venerable Rheanaleestarem. La noticia me la había traído un mensajero mnerio a primera hora de la mañana y yo buscaba atribuirle mi mal humor, aunque sabía que no era solo eso.

Había hecho calor, mucho calor, durante toda la jornada, y no parecía refrescar con las sombras de la noche. El aire tenía peso y era áspero de tacto. Aunque nos habíamos bañado poco antes, las túnicas de lino se pegaban a nuestros cuerpos sudorosos; nada se movía en aquel ambiente asfixiante.

Demasiado calor, demasiado extraño...

Mi amigo estaba inquieto. Su casa siempre olía a cubil de hechicero, incluso en el patio, en cuyo centro había un hermoso estanque habitado por peces de colores y presidido por un gigantesco sauce, que por el día era aprovechado desde el edificio para tender grandes retales de lino que provocaban sombras. Al atardecer, solían retirarlas, para disfrutar de las estrellas.

Esa noche, sin embargo, por alguna razón que nadie había compartido

conmigo, permanecían en su lugar, inmóviles, pesadas, como si se tratase de un techo de piedra. Aquel lugar siempre me hizo pensar en un extraño templo, en cuyo centro se alzase una impresionante columna, pero nunca tanto como entonces.

Y el sauce era impresionante, en verdad, sobre todo por el enorme boquete que había en su tronco. Nada más llegar a la casa pude comprobar que del interior del árbol surgían trozos de metal, hierro retorcido, atormentado, de hasta un palmo de grosor, oxidado por el tiempo y por el aire cargado de sal del cercano mar.

Yo... no cabía en mí de asombro. Pasé mi primer día en Gaal examinando semejante maravilla, y llegué a la conclusión de que, incrustado dentro del árbol, perfectamente encajado como si la madera hubiese crecido *naturalmente* a su alrededor, había un arcón de hierro, del tamaño de un hombre, y que fuera lo que fuese lo que este algún día contuvo, se había abierto camino violentamente hacia el exterior, destrozando metal y madera en su camino.

Mi amigo me permitió investigar a mi antojo, aunque no respondió a ninguna de mis preguntas. *Un arbusto de tamarisco. Un simple arbusto de tamarisco*, fue todo lo que conseguí sacarle.

—La muerte —dijo aquella noche, dejando pensativamente su copa sobre la mesa—. La muerte es como el vino aaki. No es malo, pero hay mejores opciones.

Me eché a reír, en un intento de ignorar el escalofrío que recorrió mi espalda.

—Poco importa si un vino es bueno o malo, cuando es el único que hay y estás obligado a probarlo —bromeé. Él suspiró, con auténtico pesar.

—Las verdades absolutas me espantan. —No le entendí, pero no me atreví a interrumpir sus divagaciones, porque desde mi llegada era la primera vez que le veía dispuesto a tratar temas menos banales que la abundancia de la próxima cosecha. Finalmente, miró el árbol, nervioso, cogió una de las

lámparas de aceite, la jarra de vino fresco que acababa de traer una esclava, y me invitó a acompañarle al interior de la casa. Yo supe lo que iba a hacer y, después de todo cuanto lo había deseado, me temblaron las piernas, y estuve a punto de rehusar.

En el núcleo central del edificio, en la parte trasera, tras una puerta de acceso absolutamente prohibido a todo el mundo y sellada mágicamente para mayor seguridad, mi amigo tenía una habitación oscura, sin ventanas, con las paredes cubiertas por gruesos tapices negros de confección Nocturna: la luz de la lámpara parecía ridícula, amedrentada en medio de aquellas sombras.

—¿Puedes creer en lo increíble? —me preguntó. La habitación era bastante pequeña, pero su voz levantaba ecos en un lugar grande y vacío.

—¿Bromeas? —Pensé en el sauce de su patio—. Como bien sabes, provengo de una familia con gran afinidad a la magia. Mi abuela conocía los *Quinientos Signos de Saón*, mi madre aprendió unos doscientos treinta y siete, y me ha enseñado los Cincuenta y Seis menores.

Eso le produjo un ataque de risa. Dejó la jarra en el suelo, por temor a derramar su contenido.

—¡Doscientos treinta y siete! ¡Ja! ¡Y me constan cuáles! Puedes quitar un sarpullido, soldar un hueso, engordar una vaca, hinchar una vela para aumentar la velocidad de un barco... Puedes leer un pensamiento involuntario, obligar a amar, obligar a odiar... Tonterías. Todo tonterías. —Se pasó una mano por los ojos, secándose las lágrimas—. ¡Por los Cuarenta y Dos Reinos Aliados de Aak, muchacho, no me hables de trucos de feria! Dejémonos de rodeos. Dime: ¿cuántos Signos de ataque conoces?

Establecí a Ee'Rwneey para dejar sin efecto los tres siguientes Signos y respondí:

—Domino a Shaan'Naash y a Leen'Sees, y dentro de poco estaré preparado para invocar a Zheei'Marheei.

Agitó una mano en el aire, con petulancia.

—Y yo domino sus Contrarios, y treinta y dos más de ataque que jamás has

oído nombrar. Soy mejor mago que tú.

—Nunca lo he puesto en duda —admití, un poco irritado—. Eres más viejo que yo.

Negó con la cabeza.

—No. No es esa la única razón.

Se refería, claro, al viejo tema de los escrúpulos. A lo largo de nuestras conversaciones había quedado claro que yo los tenía; él no, y eso suponía una gran ventaja. Para entrar a estudiar en los Centros de Ciencias Arcanas de Zoheen había que renunciar a muchas cosas, entre ellas el respeto por la vida y por la individualidad y, aunque yo pudiera pasar por alto el respeto a la vida, jamás rechazaré todo aquello que me hace único.

Supongo que podía haberle dicho que, pese a no haber recibido una educación mágica propiamente dicha, aunque no ostentara el título de Iniciado, había estudiado en Bilb'Oolyum, a las orillas de la encantada Narveen, soñando los confusos sueños que abren la mente, y que luego Tessiniusmedelman de Aak en persona me había aceptado como su aprendiz. Pero esos datos ya los sabía y no parecía concederles importancia. Me señaló una mesita.

—Levántala.

Obedecí, sorprendido. Apenas pesaba. Era de madera, muy ligera, de largas patas esbeltas y curvas, terminadas en delicadas garras de león. A lo largo de todo el borde tenía una filigrana de Signos. Me angustié al darme cuenta de que no reconocía ninguno de ellos.

—Más alto —ordenó, y yo la levanté con una mano y la elevé todo lo que pude, quedando debajo, cercado por las cuatro patas. Desde allí le miré, esperando instrucciones. Él se echó a reír—. Qué incauto. Casi me dan ganas de pronunciarlo ahora.

Pero me indicó que volviera a dejarla en el suelo y que me apartase a un lado. Cuando así lo hube hecho, puso una mano sobre la superficie de la mesa, dibujó con la otra algo en el aire y dijo: Tee'Riday.

Yo nunca había visto una magia tan poderosa, que afectara de tal forma a la materia. La mesa cambió tan rápido que no fui capaz de seguir la metamorfosis con la vista. La madera clara se convirtió en hierro oscuro y me encontré ante un gran arcón, en cuyo frontal brillaba una estrella de plata de cinco puntas.

—Levántalo ahora —me dijo entonces mi amigo, con sorna.

Yo lo intenté, desde luego, aunque ya sabía que no podría hacerlo. Aquello debía tener el peso de unos diez hombres o más. Y yo había estado debajo... La idea de lo que hubiera podido ocurrir, de pronunciarse la palabra de poder cuando yo lo sostenía con una mano, me estremeció. Debió notármelo en el rostro, porque redobló sus risas burlonas mientras giraba la estrella, tres veces.

Sonó un profundo *clank*, y el arcón se abrió, solo para mostrar que, dentro, había otro, de plata maciza y con el mismo símbolo de la estrella, aunque en este caso brillaba tenuemente, situado en la tapa.

—Plata... —dije. Mi amigo asintió, como si aquello respondiese a alguna razón evidente.

—Sí, claro. Algunos libros no la necesitan, pero otros, sí.

Giró la segunda estrella, en sentido contrario, se oyó de nuevo el *clank*, y la tapa se levantó, con un chirrido de metal. Dentro, perfectamente ordenados, había muchos rollos de papiro; calculé, por el volumen y el tamaño de los que estaban a la vista, que alrededor de un centenar.

—Esto —declaró mi amigo, señalándolos—, cambiará tu vida. Ya no serás más el mismo, ya no serás como eras.

Los miré fascinado, y el médico que fui se convirtió en el mago que soy.

—¡No me importa!

Él sonrió como una hiena.

—¿Los quieres? Tienen un precio.

—¡No me importa!

—Tendrás que ayudarme en una empresa y, no te engañes, es muy peligrosa.

—¡No me importa! ¡No me importa! —seguí gritando yo, víctima de la más

absoluta estulticia, dejando claro que, si bien estaba buscando el conocimiento, realmente no era muy sabio.

Mi amigo asintió, depositó la lámpara en el suelo y sacó un trozo de papiro de la bolsita que solía colgar de su cintura. No pude ver bien el símbolo que había en él pintado, pero era... ah, no sé decir bien cómo era. Sobre todo, sobre todo, perverso.

—No está aquí —susurré, espantado, sin saber lo que decía.

—Ningún Signo está *aquí*. —Aseguró él, dibujando con tres dedos líneas invisibles sobre el papiro y luego otras, en sentido transversal—. Tampoco están realmente *allí*. Alguien me dijo una vez que son puentes, tendidos entre dos realidades muy distintas.

Traté de indagar sobre el oscuro sentido de semejantes palabras, pero me hizo un gesto imperioso con la mano y guardé silencio. Él no. Él murmuró frases que yo no entendía, pero que se movían en el aire, como si tuvieran cuerpo e inteligencia propios, ocupando un espacio vital en aquella pequeña habitación amortajada con tapices, asfixiándonos.

—No te desmayes. No te desmayes —me advirtió, viendo que me sentía enfermo.

Negué como pude, controlando la náusea. Él puso la mano sobre el Signo, entornó los ojos y estuvo concentrado lo que me pareció una larguísima eternidad, tan inmóvil que llegué a pensar que incluso había dejado de respirar. Solo su túnica se agitaba, y la mía, movidas por el continuo reptar de las palabras que había pronunciado.

Pero todavía no estaba todo dicho, o hecho. Cuando volvió de su abstracción, me cogió una mano y con un alfiler de oro me pinchó en la yema del pulgar. Yo lancé una exclamación. Una gruesa gota de sangre surgió en el extremo de mi dedo.

—Repíteme conmigo —ordenó entonces, con una voz que me sonó atronadora—. *A la primera, donde tú quieras*.

—*A la primera, donde tú quieras* —repetí, obediente. Él sonrió y oprimió

mi pulgar. La gota de sangre cayó sobre el papiro, cerca del borde, a la derecha del dibujo, si es que, como suponía, yo lo estaba viendo del revés. Ante mi horror, fue inmediatamente absorbida con un murmullo gorgoteante. No quedó ni rastro, ni la más leve mancha.

—*A la segunda, cuando tú quieras.*

—*A la segunda, cuando tú quieras.*

Esta vez, la sangre cayó en el mismo lado del papiro, aunque cerca de la esquina contraria, y desapareció de la misma forma, con aquella sensación de repugnante ansiedad. Súbitamente, todo se detuvo: el continuo movimiento de las frases, la brisa que levantaban, el susurrar de nuestras túnicas, el crepitar de la lámpara de aceite... Mi amigo cogió el papiro y lo rasgó en tres partes iguales. Cogió la central y la dividió a su vez en tres nuevas partes. Dobló un trozo meticulosamente y me lo entregó.

—Cómetelo. —Yo así lo hice, tomando un trago de vino para ayudarme a tragar. El papiro era diminuto, pero sus afilados bordes me dañaron la garganta. Él asintió satisfecho y metió los otros trozos en su bolsita.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —pregunté con desconfianza. No me gustaba la idea de que se hubiese quedado con el que contenía mi sangre. Sin tomarse la molestia de darme una respuesta, pasó un dedo por mis ojos.

—Geeow'Rekseei.

Me llevé las manos al rostro. Había sentido un estallido dentro de mi cabeza, y un punto de intenso dolor.

—¿Qué significa esto? —Mi amigo lanzó un bufido, irritado por tanta pregunta y posiblemente por tanta ignorancia. Geeow'Rekseei es un Signo que cualquier mago novato conoce. Ahora lo sé.

—No pierdas más el tiempo, vamos. —Me advirtió, señalando el contenido de los arcones—. Si quieres leer alguno de los que están debajo de la tela, avísame. La luz les perjudica.

Salió y me dejó a solas con aquellos libros. Una pequeña lámpara mantenía a distancia la frialdad de las sombras. Cogí el primer rollo.

Los leí. Los leí todos, los que se apilaban en la superficie y todos los siguientes, incluso los que estaban bajo la tela de seda. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que estaba entendiendo idiomas que nunca había aprendido, además del *occentas*, el *czinio* clásico, el *zoheenita*, y el *aaki*, que dominaba, y para entonces ya no era algo que me causara asombro. Totalmente enajenado, llevado por una especie de fiebre, no dejé de leer y leer a lo largo de horas interminables, en las que días invisibles se mezclaron con sus noches, y semanas y segundos tenían medidas semejantes...

Hasta que, de pronto, tras una densa y sofocante negrura, desperté con sobresalto en mi cama.

—Te trajeron delirando, amo. —Me informó el esclavo que me había entregado mi amigo para que alegrara mis noches, un muchacho khubitta de largos rizos dorados. El miedo brillaba en sus ojos azules, muy claros, como aguas poco profundas. ¡Era un muchacho tan hermoso!—. Gritabas. Gritabas como loco.

—Bésame —le ordené, convulsionado por un deseo intenso, un hambre sexual que no había sentido nunca hasta entonces. Él iba a hacerlo, pero dudó y apartó el rostro, y eso me irritó. La magia embrutece y yo estaba saturado. Le golpeé y le metí por la fuerza bajo mis sábanas, y le obligué a darme placer una y otra vez, derramando con gran potencia mi semilla en aquella boca que me había negado.

¡Por las Siete, jamás había paladeado un éxtasis semejante y jamás he vuelto a sentir uno igual! No se debía a las cualidades amorias del muchacho, yo ya había disfrutado de él muchas veces y, aunque era hábil, pues estaba bien adiestrado, no tenía posibilidad de arrastrarme a semejante punto de auténtica ebullición.

No, era la magia, la magia en la que me había empapado durante tanto tiempo, la que hacía que me dolieran los testículos, que tuviera el miembro continuamente duro y dispuesto, la que liberaba mis fluidos con tanta liberalidad.

No podía contenerme, ni hubiera querido de poder hacerlo. Fue un placer intenso, bestial, que ya siempre echaré de menos. Cuando hube satisfecho aquel apetito volví a quedarme dormido y al despertar el esclavo ya no estaba a mi lado. Me incorporé y entonces lo noté.

Solo puedo describirlo como *sensación*, algo que no venía de la vista, ni del tacto, ni olía, ni tenía sonido, ni sabor. Carecía de razón de ser, de auténtica substancia, pero no por eso dejaba de ser menos firme. Me levanté, con esfuerzo, agotado quizá por mi proeza sexual, y me dirigí al patio, pues algo me impulsaba a acudir allí inmediatamente, sin dilación.

No me crucé con nadie y eso me extrañó, pues el dueño de la casa era un hombre caprichoso y tenía siempre gran cantidad de servidumbre moviéndose por los pasillos, pendiente de sus deseos. Y la misma casa era... era distinta, aunque entonces no supe a qué atribuirlo.

Llegué al patio, y me quedé tan perplejo, que el propio asombro me sostuvo.

La casa, sí, era la misma, pero definitivamente era otra. Más sencilla, más pequeña, más... Giré sobre mí mismo, anonadado, lleno de pánico. Solo había segundo piso en el núcleo central y faltaba todo el frontal de la edificación; el patio era de hecho la entrada y lo cerraba un pequeño muro de ladrillo que dudé me llegase a la cintura.

En el centro, eso sí, estaba el árbol, y era tan inmenso como lo recordaba, pero en su tronco no había rastros del extraño boquete. Mi amigo estaba junto a él, pintando con esmero algo en el suelo, usando pigmentos que extraía de pequeños cuencos ovalados. «Salta el muro», me dijo la voz de la prudencia. «Salta el muro, corre, aléjate de aquí lo más rápido posible».

Iba a hacerlo, de verdad que iba a hacerlo, pero entonces, mi amigo me vio y me llamó.

Tenía un cuenco en las manos y los dedos manchados de un color ocre. Me saludó efusivamente, expresó lo feliz que se sentía de verme tan recuperado, y me pidió que me pusiese de rodillas y que me apartase el flequillo, para pintarme un Signo en la frente.

—Justo a tiempo —repetía, entre risas que me helaban la sangre—. Justo a tiempo.

—¿Quieres hacer el favor de explicarme lo que ocurre? —le pedí, con impaciencia, aunque me postré ante él tal y como me había indicado.

—Te aseguro que ni siquiera yo acabo de creérmelo —dijo—. No estaba seguro... pero ha funcionado.

—¿El qué?

—Nos hemos... movido en el tiempo. Y en el sentido más difícil, hacia *atrás*. Estate quieto —ordenó, cuando yo empecé a negar con la cabeza. El terror recorrió mi espalda, mis intestinos, anidó finalmente en mi estómago y estuve a punto de vomitar—. Vas a estropear el Signo.

—¿Dónde... cuándo estamos? —balbuceé.

—Oh. En los albores de la propia Historia. —Estudió su dibujo con atención—. Sí, así. Perfecto. Ahora las manos. —Las extendí hacia él, con las palmas hacia arriba—. Estamos en los albores de la Historia, Narmermersessen, pero no te asustes. Cuando todo esto termine, te devolveré a tu época. Solo te he traído para que me ayudes.

—¿Qué dices? ¿En qué puedo ayudarte yo? Sabes perfectamente que hasta llegar aquí no era más que un principiante, y que pasará mucho tiempo antes de que logre asimilar los conocimientos que he adquirido en tu casa.

—No te preocupes. En realidad, es el recipiente, no su contenido, lo que me interesa. Y esto.

Señaló mis muñecas. Pintó una línea sobre cada una de las cicatrices que las cruzaban, el recuerdo imborrable de las heridas que me provoqué, hace mucho tiempo, buscando la muerte. El pigmento ocre se tiñó de azul en contacto con mi piel. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no esconderlas. Eran el legado de una adolescencia bastante turbulenta, cuyo recuerdo todavía me perturba.

—No sé...

—Es esto. —Me agarró de la túnica con tanta fuerza que estuvo a punto de desgarrarla—. ¿Lo comprendes? La magia ha entrado. La magia ha salido. El

camino ha quedado abierto. Nunca, nunca, podrás librarte de ella.

—¿Por qué no me hablas de lo que buscas? —le pregunté, un poco irritado. El miedo es una sensación muy curiosa, nunca sabes cómo vas a reaccionar.

Se limitó a reír.

—Porque no hay tiempo. Luego, luego —prometió—. Ahora, quiero que te subas al sauce. Del Sur vendrá una mujer, una Nocturna. Deja que se acerque a la casa, y no delates tu presencia, te va la vida en ello.

—Pero...

—Calla. Haz como digo. Deja que se acerque. Pronunciará Palabras de Poder y con ellas despertará al Príncipe Nocturno que duerme en el interior del árbol. Saldrá enloquecido y furioso, hambriento tras largos siglos de abstinencia de sangre. No te lo pienses, salta sobre él y clávale esto. —Me tendió un curioso puñal. La hoja era oscura, muy larga, y afilada, pero lo que llamaba la atención era la empuñadura, erizada de pinchos.

—Por las Siete Cabezas —susurré, horrorizado, al verlo.

—Es Leviathan, *Daño-Definitivo*. El metal violeta, es Kayx, el dorado, oro, y el rojo, cobre. Juntos, forman la más letal de las combinaciones. Acaba con cualquier forma de vida, vida que jamás puede recuperarse. Cógelo.

Estaba demasiado conmocionado como para pensar por mí mismo. Así que, obediente, subí al sauce y esperé. Ví entonces que con nosotros había una tercera figura, un muchacho que nos miraba en silencio desde el interior de una jaula de maderas que alguien había situado junto al estanque. Le reconocí, con sorpresa: era el esclavo khubitta.

—¿Comiste el papiro? —le pregunté, aprovechando un momento en el que mi amigo nos dejó solos. El muchacho asintió, con un súbito destello de miedo. Estaba tan asustado que me di cuenta de que no iba a sacar de él ninguna información de interés, así que guardé silencio. Además, solo era un esclavo. Su única relación con la magia, de existir, debía ser la de servir de componente. Yo había oído hablar de algunos Signos especialmente hambrientos, y especialmente poderosos, que requerían el sacrificio de una

vida, pero por aquel entonces todavía no conocía ninguno.

La luna estaba muy alta cuando distinguí la silueta, acercándose silenciosamente al muro de ladrillo.

—Ahí está —susurró mi amigo. Tenía una lanza en la mano y guardaba algo oculto a su espalda, una especie de tela, aunque tenía el brillo del oro. Manteniéndose oculto a la vista de la figura que se acercaba, esgrimió la lanza y la introdujo a través de los barrotes de la jaula. El muchacho trató inútilmente de rehuir la punta. No le atravesó, no le mató, no era ese el propósito. Tan solo desgarró su piel y su carne en múltiples lugares, y la sangre empezó a derramarse, y empapó la tierra, extendiéndose hacia el borde del Signo que había allí pintado. El árbol se estremeció, desde la última de sus raíces hasta la más joven de sus hojas, y yo con él. Ahogué un grito, aferrándome a las ramas, sujetando el filo de Leviathan con los dientes.

La mujer, era una mujer, siguió acercándose.

—¡Thymoeer! —llamó, con una voz clara y pura. El sauce retumbó en respuesta. Ella rio y trazó en el aire un Signo terrible, mientras pronunciaba las Palabras de Poder que me habían anunciado. Las magias que afectaban al árbol empezaron a consumirse, convirtiéndose en nieve negra.

Golpes, golpes, golpes...

La mujer estaba ya en el patio. Mi amigo surgió entonces y lanzó algo al aire. Algo que brilló al caer sobre ella, haciéndola gritar, derribándola como si la hubiese aplastado el peso de mil toneladas. Era una red dorada, tejida de hechizos, saturada de sortilegios. Lo que estaba dentro del sauce aumentó el vigor de su empuje. Mi amigo clavó un extremo de la red al suelo, con un estilete dorado.

—¡Que quede atado tu Poder de Control y todos los Signos que de él deriven! ¡Que te sea retirado el título de Nebt-Kau hasta que yo decida devolvértelo! —La mujer, aunque debilitada, siguió forcejeando. Él rio, tan indiferente a sus vanos intentos como a los estremecimientos del sauce—. Tranquila, Lyûmn. Tú no tienes por qué preocuparte. Pienso ofrecerte un

puesto a mi lado. —Señaló al muchacho de la jaula—. Incluso te tengo preparado un delicioso obsequio. —Clavó otro estilete—. ¡Que quede atado tu Poder de Cambio, y todos los Signos que de él deriven! ¡Que te sea retirado el título de Nebt-Jeperu, hasta que yo decida devolvértelo!

Creo que enloquecí la primera vez que el poderoso puño surgió del tronco, con un terrible gemido de madera quebrada y metal destrozado. Oí también los gritos aterrados del muchacho, y el entrecocar de las maderas de su jaula, mientras intentaba destruirla con solo la fuerza de sus manos. Y por primera vez, vi claramente el miedo, la duda, en el rostro de mi amigo. Con el tercer estilete en la mano, contempló cómo el árbol se abría, casi partiéndose en dos, y entrecerró los ojos.

El prisionero del árbol escapó por fin, abriéndose camino por la fuerza, sembrando los alrededores de astillas y esquirlas metálicas, y caminó bajo la noche, hacia mi amigo y la mujer atrapada bajo la red. Era un hombre. Yo le vi de espaldas, desde arriba. Parecía muy alto y tenía el cabello largo, con gruesas guedejas grises en un rubio ceniciento. Una capa de piel oscura cubría sus hombros y llegaba a arrastrar su borde por el suelo y, en su mano derecha, la luna brilló sobre un gran anillo de plata con una piedra de Kayx.

Después de la furia inmensa, brutal, que había demostrado hasta entonces al escapar de su prisión, sus movimientos se revelaron como lentos, meditados. Claro que yo no veía sus ojos. No sé si concentraba en ellos toda su ira. Supongo que sí.

—¡Ahora! —exclamó mi amigo, y supe que se refería a mí. El llamado Thymoeer se detuvo. Yo sentía demasiado miedo como para moverme. Además, aunque estaba dispuesto a acabar con un Nocturno enloquecido y peligroso, no pensaba atacar por la espalda a uno que no parecía violento. Más que nada porque, para entonces, había aprendido a valorar mucho mi propia vida.

—Retira esa red —ordenó Thymoeer, dirigiéndose a mi amigo—. Hazlo, mortal, o te juro que sentirás mil veces el dolor que le estás ocasionando.

—¡Ahora! —repitió el otro.

«Maldición», pensé. Me deslicé entre las ramas hasta caer al suelo, y empuñé el cuchillo. Las púas atravesaron mi piel, se hundieron en mi carne, derramaron mi sangre... Su esencia se confundió con la mía y Leviathan bramó en mi interior. Thymoer se volvió y lo miró *a él*, no a mí, con sorpresa.

—¡Mátale! ¡Está muy débil! ¡Es el momento! ¡Hazlo! —seguía gritando mi amigo. Quizá, si Thymoer hubiese intentado atacarme o tan siquiera huir, lo hubiese hecho. Pero se limitó a levantar los brazos y ofrecerme su pecho. Llevaba una rica túnica y la capa de piel, sujeta con el broche de la estrella. Me encontraba ante un Príncipe Nocturno. Me sentí muy pequeño y débil.

—Si lo haces, te perderás —afirmó, pero el puñal gritaba y gritaba, y yo no sabía qué hacer, a quién creer, qué paso dar—. ¿Por qué razón piensas que se llama Leviathan, *Daño-en-los-Dos-Sentidos*?

—¿*Daño-en...*? —repetí, confuso—. ¿No era *Daño-Definitivo*?

Thymoer se echó a reír. Mi amigo me miró aterrado.

—¡No hables con él! ¡Te mentirá! ¡Mátale!

—Se llama Leviathan, *Daño-en-los-Dos-Sentidos*. Así, y de ninguna otra forma. Tu amigo te ha engañado. Vamos, dile que lo haga él, que empuñe él, el puñal —me sugirió Thymoer. El czinio palideció. La espiral de violencia que me unía a Leviathan, perdió gran parte de su fuerza—. No querrá. Ese puñal extingue, mata, termina, y une los extremos. Si lo usas para dar la muerte, muerte recibirás.

—¡No le escuches! ¡Intenta confundirte! ¡Yo no puedo matarle!

—Eso es cierto. A mí solo puede hacerme daño en manos de un Natural —me escrutó—. Supongo que tú lo eres, o ese aprendiz de mago no te hubiese utilizado para esto. Dime ¿me odias lo suficiente como para morir por conseguir mi muerte? Solo tú tienes la respuesta.

Dudé durante mucho rato, pero solo porque estaba confuso por los efluvios de la magia. Este diario es la prueba de que bajé el puñal; lo arrojé a un lado y

por el ruido que hizo supuse que había caído al estanque. Mi amigo hundió los hombros con resignación. No me hubiese sorprendido que me gritase, airado, pero ni siquiera se tomó la molestia de dirigirme una mirada de reproche. En su pequeño mundo de intrigas, yo había dejado de existir. Thymoeer se volvió hacia él.

—Retiraré la red —dijo el czinio, pero el Nocturno negó con un gesto.

—Demasiado tarde. Vete.

Mi amigo trató de reír, pero estaba sudando.

—Supongo que piensas salir de Caza.

Thymoeer sonrió.

—Puedes estar seguro. Corre. Corre tanto como puedas y escóndete tan bien como te sea posible, porque cuando la luna se eleve, mañana por la noche, saldré a buscarte.

No tuvo que repetirlo dos veces. El czinio dejó caer el estilete que tenía en la mano y abandonó la casa con toda la velocidad que le permitieron sus cortas y viejas piernas, sin preocuparse lo más mínimo por lo que pudiera sucederme a mí. Thymoeer avanzó hasta que sus sandalias de papiro estuvieron a punto de tocar la red. Rio, de una forma alegre y breve, aunque pude ver que sus ojos no perdían su gravedad.

—Por el Enano, Lyûmn. ¿Es esto lo que tú entiendes por un rescate? ¿Se puede saber en qué estabas pensando? Retira ese tejido —me dijo a mí—. Yo no puedo tocarlo. Solo su visión, me daña. Debe estar sufriendo mucho.

Obedecí, rápidamente. La mujer se levantó, pálida, mordiéndose los labios. Nunca había visto y probablemente nunca veré nada tan hermoso. Tenía el cabello cobrizo, y sus ojos brillaban con un resplandor plateado. La amé instantáneamente, lo hubiera dado todo por ella y hubiera hecho lo que me hubiese pedido. No creo que nadie pudiese dejar de sentir lo mismo.

—¡Hijo de un asno! —exclamó, sacudiéndose la ropa. Thymoeer volvió a echarse a reír—. ¡Si no hubieras cometido la tontería de caer en la burda trampa de Gerión, no hubiese tenido que arriesgarme a esto!

Él asintió.

—Cierto. Gracias. Teniendo en cuenta que estaba a punto de derrotarte, venir en mi ayuda ha sido todo un detalle por tu parte.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Derrotarme? ¿Derrotarme tú a mí? Ja. Llevas demasiado tiempo encerrado en ese arcón, Thymoer. La falta de sangre te ha corroído el cerebro.

—Puede —miró a su alrededor—. No conozco este lugar, no sé cómo pude llegar aquí. ¿Dónde estamos?

—En las afueras de Gubla. No hay nada por aquí que pueda resultarte interesante, créeme. Te sugiero que vengas conmigo al Sur, a la ciudad de Iunu, donde me encuentro ahora establecida, y que repongas fuerzas. —Algo chasqueó entre las raíces del árbol y llegó hasta nosotros un rumor de susurros, de voces adormiladas, justo un segundo antes que los gritos del aterrorizado esclavo. Por los barrotes de la jaula habían empezado a extenderse relámpagos plateados, atraídos por su calor vital, y él intentaba protegerse—. Vámonos —insistió la mujer, a la que probablemente ni se le pasó por la cabeza la posibilidad de intentar ayudarlo—. Permanecer aquí es peligroso. Ese hechicero ha utilizado demasiadas magias prohibidas y este lugar va a perderse en la *Grieta*.

Thymoer asintió. Él sí que miró pensativo, algo triste, al esclavo, pero se encaminó a la salida.

—Acepto tu propuesta y te la agradezco. ¿Y tú? —se dirigió a mí—. ¿Tienes planes?

Me removí, incómodo y angustiado, sintiéndome fuera de tiempo y fuera de lugar. ¿Qué planes podía tener? Todo lo que conocía, no existía aún. Y quizá jamás llegara a existir.

—No.

—Ven entonces si quieres. —Lyûmn hizo una mueca de disgusto, aderezado con algo de desdén, pero no se opuso abiertamente. Pareció resignarse al

absurdo capricho de Thymoer—. Te estoy agradecido y me gustaría conocer tu historia, qué ha pasado y cómo llegaste a meterte en este lío. Pero supongo que lo primero es lo primero. ¿Cuál es tu nombre? —preguntó, mientras dejábamos atrás el muro y la casa. A nuestras espaldas, cada vez más lejos, el muchacho seguía gritando, y gritando, gritando... Ni la mujer ni Thymoer parecían oírle, y yo no quise demostrar preocupación por un esclavo, pues eso hubiera sido una indudable muestra de debilidad.

—Narmermersessen —contesté, tratando de olvidar aquellas voces, llenas de horror.

—Narmermersessesse... —Thymoer abrió los ojos como platos—. Rayos. Demasiado complicado. Creo que te llamaré Narmer.

[...]

**Todo lo puede el amor.
Ella tendrá una segunda oportunidad.
Él descubrirá que sí puede amar.**



Luz es una mujer que, pese a haber perdido a su marido muy joven, decide vivir la vida con optimismo y esperanza. Buscar lo bueno de cada día en lo personal y lo profesional la empujan a sí misma a ser feliz. Y esa felicidad también se refleja en su negocio de organización de bodas como en el tiempo que dedica a diversas labores de voluntariado, lo que la ayuda, además, a dejar atrás la pena y la nostalgia.

Juan es un hombre trabajador. Tras invertir todos sus ahorros, se establece de forma independiente en el gremio de las reformas. Pero la noticia de la enfermedad de su hermana Carla hace que sus asuntos financieros pasen a un segundo plano. Negándose a que ella deje este mundo sin tener la boda que siempre ha soñado, y a pesar de lo escéptico que es hacia el amor y, sobre todo, hacia el matrimonio, busca ayuda profesional para algo tan ajeno a él como la planificación de una boda.

Conocer a Luz cambiará por completo su forma de ver la vida. Tras años sumido en las sombras, Luz será la luz que le haga abrir los ojos a algo que nunca creyó que rozaría si quiera su corazón: un amor paciente, generoso e incondicional.

Ella hará descubrir a Juan un sentimiento que hasta entonces había creído un mito, y él le regalará una segunda oportunidad de amar que Luz jamás creyó volver a encontrar.

Mina Vera es el seudónimo que utilizo para firmar mis obras, centrándome principalmente en novela romántica, en casi todos sus subgéneros. Nací en Bilbao en junio de 1981, y desde entonces ya no pude estarme quieta. El interés por la creatividad y la redacción me llevó a estudiar Publicidad y Relaciones Públicas en la Universidad del País Vasco, aunque el mercado laboral me ha llevado a trabajos más comerciales que creativos. Tal vez por ese motivo, acabé fusionando esa inquietud creativa con mi pasión por la lectura. Así que un día, comencé a escribir esas historias que revoloteaban por mi cabeza.

Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2019, Mina Vera

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-08-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Nuestro momento

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo
Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Mina Vera
Créditos